RUTH A. TUCKER

Hasta lo Último de la tierra

HISTORIA BIOGRÁFICA DE
LA OBRA MISIONERA

EDITORIAL
Vida

CAPITULO 1

Los primeros siglos:
Evangelización del Imperio Romano

El cristianismo y las misiones van ligados de modo inseparable. Es difícil imaginar dónde estaría el cristianismo hoy día si no hubiera existido ese esfuerzo misionero enérgico que surgió después de Pentecostés y continuó por algunos siglos después. Quizá, como la religión de Zoroastro, sería ahora una religión antigua, estudiada por los eruditos, pero poco conocida fuera de las fronteras de su país de origen. Pero desde el principio el cristianismo fue diferente de todas las otras religiones. El mandamiento a salir a llevar las buenas nuevas constituía el corazón mismo de la fe.

La primera generación de creyentes cambió el mundo al llevar el evangelio fuera de las fronteras de Palestina, hasta Roma en el occidente, y a casi todos los centros urbanos principales en el oriente del imperio. "Lo que comenzó como una secta judía en el año 30 d.C. — escribe J. Heriberto Kane — era ya una religión mundial en el año 60 d.c.[1] Inspirados por el liderazgo de grandes cristianos tales como Pedro y Pablo, y esparcidos por la persecución (aun más vigorosa después de la destrucción del templo de Jerusalén en 70 d.C.), se convirtieron en evangelistas que llevaban consigo el mensaje de Cristo. "Todo cristiano — escribe Esteban Neill — compartía el evangelio", y "nada es más notable que el anonimato de estos primeros misioneros".[2] Sus nombres no se encuentran en los anales misioneros. Sin embargo, ellos fueron unos de los misioneros más influyentes de todos los tiempos.

Afortunadamente para estos primeros misioneros, las circunstancias eran casi ideales para comunicar su fe. En comparación con futuros misioneros que tendrían que enfrentarse a situaciones casi imposibles, estos primeros evangelistas trabajaron dentro de un sistema que a menudo preparaba el camino para su ministerio. Había mucha facilidad de movimiento dentro del Imperio Romano en los siglos después de Cristo. Las buenas carreteras romanas invitaban a la gente a viajar, y la paz que prevalecía hacia que los viajes fueran aun más placenteros. Además, a diferencia de la mayoría de los misioneros de siglos futuros, los primeros evangelistas no tenían que someterse a años de preparación en idiomas extranjeros, pues el griego y el latín eran los idiomas del imperio, y los creyentes podían comunicar el evangelio con libertad dondequiera que fueran.

Otro factor que preparó el camino para un testimonio cristiano público fue la existencia de las sinagogas. El libro de los Hechos menciona una y otra vez las predicaciones en las sinagogas judías, que eran como foros públicos. Esto permitió la diseminación de las ideas cristianas durante más de una generación después de la muerte de Cristo. Aunque la persecución era una realidad siempre presente, la sociedad romana permitía los debates públicos. La gente estaba dispuesta a recibir ideas nuevas y deseaba algo más que la religión mitológica, impersonal e ineficaz de los dioses paganos.

El cristianismo penetró el mundo romano por cinco avenidas principales: la predicación y enseñanza de los evangelistas, el testimonio personal de los creyentes, las obras de caridad y bondad, la fe demostrada en la persecución y la muerte, y el razonamiento intelectual de los primeros apologistas.

Según documentos de esa época, los cristianos de los primeros siglos tenían muchos deseos de compartir su fe con otros. Cuando las sinagogas les cerraron las

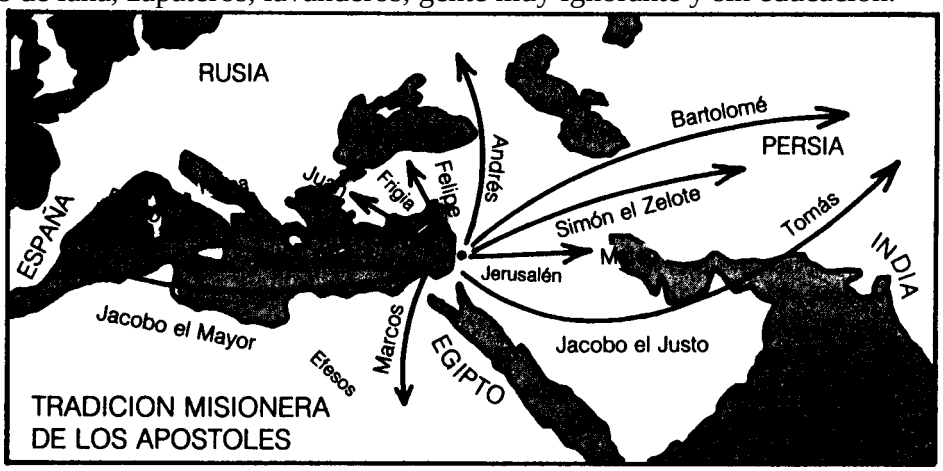
puertas, la enseñanza y la predicación se realizaban en casas particulares, por lo regular bajo la dirección de ministros laicos itinerantes. Eusebio de Cesárea, el historiador de la Iglesia primitiva, nos cuenta de la dedicación de algunos de estos evangelistas itinerantes de principios del siglo segundo:

> En aquella época muchos cristianos sentían sus almas inspiradas por la Santa Palabra, y estaban llenos de un deseo apasionado por la perfección. Su primera obra, en obediencia a las instrucciones del Salvador, era vender sus bienes y distribuirlos a los pobres. Después dejaban sus hogares y se disponían a realizar la obra de evangelistas. Era su mayor ambición la predicación de la Palabra de fe a los que no hubieran tenido noticias de ella todavía, y a encomendarles el Libro de los evangelios divinos. Se contentaban sencillamente con poner los fundamentos de la fe entre los pueblos extranjeros. Entonces nombraban pastores, y les encargaban la responsabilidad de edificar a los que ellos acababan de traer a la fe. Después seguían hacia otros países con la gracia y la ayuda de Dios.[3]

Tal vez de más importancia que el evangelismo de los predicadores itinerantes era el testimonio dado en la vida diaria de los creyentes. "En esa época todo cristiano era un misionero — escribió Juan Foxe en su clásico Libro de los mártires —. El soldado trataba de reclutar personas para las huestes celestiales; el prisionero buscaba la manera de ganar al carcelero para Cristo; la esclava susurraba el evangelio al oído de su ama; la joven esposa le rogaba a su cónyuge que se bautizara para que sus almas no se separaran después de la muerte; todos los que habían conocido el gozo de creer trataban de traer a otros a la fe."[4]

Aun los peores críticos de los cristianos reconocían su ferviente celo evangelístico. Uno de ellos fue Celso, de cuya pluma salieron algunos de los ataques más duros contra el cristianismo de esa época. Esta es su descripción de los cristianos, aunque no completamente precisa:

> Se proponen convencer sólo a las personas indignas y despreciables, los idiotas, esclavos, mujeres pobres y niños. Se comportan como montañeses y pordioseros; no se atreven a dirigirse a un auditorio de hombres inteligentes ... pero si ven un grupo de jóvenes, o esclavos, o gente rústica, allí se meten y tratan de ganar la admiración de la turba. Lo mismo pasa en las casa particulares. Allí vemos cardadores de lana, zapateros, lavanderos, gente muy ignorante y sin educación.[5]



A pesar de la importancia del testimonio mencionado antes, el testimonio

silencioso de la caridad cristiana puede haber tenido un impacto mayor en el evangelismo. Se conocía a los cristianos por su amor e interés por otros, y los testimonios más expresivos no venían de los cristianos mismos sino de los críticos del cristianismo. El emperador Juliano se preocupaba porque los miembros de su propia religión no parecieran menos buenos que los cristianos, a quienes el llamaba "ateos":

> El ateísmo ha progresado en especial por el servicio cariñoso dado a los extraños, y por el cuidado de ellos en el entierro de los muertos. Es un escándalo que no haya un solo judío que sea pordiosero, y que los galileos, que no tienen dios, cuidan no sólo de sus propios pobres sino de los nuestros también; mientras que los que nos pertenecen acuden en vano a nosotros en busca del auxilio que debíamos prestarles.[6]

El testimonio que los primeros cristianos mostraban en la vida también se veía en su muerte. Hasta el siglo cuarto, cuando el emperador Constantino hizo confesión pública de su cristianismo, la persecución era una amenaza real para los cristianos que confesaban abiertamente su fe. Aunque la cantidad total de los mártires no fue tan grande como afirman algunos historiadores, y aunque los brotes de persecución ocurrieron sólo esporádicamente y eran por lo general de carácter local, ningún cristiano podía sentirse del todo libre de la retribución oficial. Habiendo comenzado con la lapidación de Esteban, los seguidores de Cristo confrontaban la cruda realidad de que podrían correr la misma suerte, lo cual hacía que los cristianos "de nombre" se retiraran de sus filas. El fuego de la persecución purificaba la iglesia, y el valor demostrado por las víctimas inocentes era algo que los incrédulos no podían pasar por alto. Hay muchos "casos auténticos de conversiones de paganos — escribe Neill — en el momento de presenciar la condena y muerte de los cristianos",[7] factor que apoya la afirmación de Tertuliano, apologista del segundo siglo, de que "la sangre de los mártires es la semilla de la iglesia".

En tanto que la persecución y el martirio trajeron muchos incrédulos al cristianismo por la impresión emotiva, los argumentos bien desarrollados y razonados de los primeros apologistas ganaron a otros más por la impresión hecha a sus intelectos. El cristianismo, a diferencia de muchas de las otras religiones del mundo romano, no tenía su origen en mitos o magia, sino que tenía su fundamento en la realidad y en hechos históricos, y muchos de los primeros cristianos, comenzando con Pablo en Atenas, se dieron cuenta de que este factor singular podía servir de atractivo al testificar a los cultos filósofos paganos. Los defensores de la fe, entre los cuales estaban Orígenes, Tertuliano y Justino Mártir, tuvieron una influencia poderosa al hacer el cristianismo más lógico para los sabios y eruditos, algunos de los cuales se convirtieron.

Pero el evangelismo vibrante que se había realizado durante los primeros siglos de la iglesia comenzó a perder su intensidad a principios del siglo cuarto durante el reinado del emperador Constantino. El cristianismo se convirtió entonces en la religión del estado, y como consecuencia las iglesias se vieron inundadas por cristianos nominales, quienes tenían más interés en la política y en el prestigio social que en las cosas espirituales. El cristianismo estaba de moda. Los edificios de estructuras suntuosas reemplazaron a las sencillas casas iglesias, y los credos tomaron el lugar de los testimonios espontáneos y las oraciones. La necesidad de un evangelismo dinámico parecía superflua, por lo menos dentro del mundo romano civilizado.

En las fronteras del imperio los bárbaros incivilizados amenazaban la estabilidad

misma del estado romano. La posibilidad de convertirlos al cristianismo llegó a ser una meta buscada por los funcionarios del gobierno, quienes apoyaron mucho la obra de evangelistas esforzados como Martín, obispo de Tours. Este fue un soldado del siglo cuarto que entró en un monasterio y de allí salió a esparcir el evangelio por las campiñas francesas. Algunos de los primeros y más eficientes misioneros "al extranjero", sin embargo, no estaban de acuerdo con el estado, ni con la Iglesia de Roma. Ulfilas (arriano) y Patricio y Colombano (ambos celtas) no tenían vínculos directos con la iglesia ni con el estado romanos (aunque sus esfuerzos evangelísticos hicieron que ciertas zonas de Europa se sometieran con más facilidad al sistema romano). Su objetivo principal era el evangelismo acompañado de crecimiento espiritual, objetivo que a menudo sería secundario en los siglos siguientes.

El Apóstol Pablo

El punto de partida de las misiones cristianas es, por supuesto, la Iglesia neotestamentaria. Los discípulos que habían huido asustados y dudosos durante las horas de angustia del Maestro en la cruz, recibieron el poder del Espíritu Santo el día de Pentecostés, y así nació el movimiento misionero cristiano. El documento más detallado y preciso de este esfuerzo misionero es el libro de los Hechos, en el cual sobresale el apóstol Pablo, y también desempeñan un papel preponderante, entre otros: Pedro, Bernabé, Silas, Juan Marcos, Felipe y Apolos. Fuera de las Escrituras, se sabe poco de esta primera generación de cristianos, excepto por los relatos de la tradición, algunos de los cuales declaran que los propios discípulos de Jesús llevaron el evangelio a otras tierras. Se dice que Mateo fue a Etiopía, Andrés a Escitia, Bartolomé a la India y Arabia, y Tomás también a la India.

La más plausible de estas primeras tradiciones parece ser la que rodea al apóstol Tomás. Cuenta el relato que Tomás desobedeció el llamamiento del Señor para llevar el evangelio al Oriente, rebeldía que le costó el ser llevado como esclavo a la India, donde estuvo a cargo de la construcción de un palacio para el rey Gundaforus. Mientras estaba al servicio del rey, Tomás se pasaba el tiempo predicando el evangelio en vez de edificando el palacio, ofensa que le hizo pasar un tiempo en la cárcel. Al fin Tomás tuvo la oportunidad de compartir su fe con el rey, quien creyó y fue bautizado. Aunque muchos de los detalles de la historia parecen fantásticos, el bosquejo básico puede tener cierto elemento de verdad. Un grupo de "cristianos de Tomás" del sudoeste de la India todavía tiene servicios religiosos en una antigua iglesia que, se dice, fue fundada por Tomás. Las excavaciones arqueológicas ya han establecido que en realidad hubo un rey Gundobar que reinó en la India durante el siglo primero.

El apóstol Pablo, sin lugar a dudas, es el más grande misionero de la Iglesia primitiva. Kenneth Scott Latourette dice que Pablo "ha sido al mismo tiempo el prototipo, el modelo y la inspiración de millares de sucesores".[8] Muchos lo consideran como el más grande de los misioneros de todas las épocas, quien realizó el ministerio extraordinario de establecer el cristianismo desde las raíces, y aseguró así su crecimiento y estabilidad en los siglos siguientes. Sin embargo, desde un punto de vista muy humano, Pablo es una figura menos impresionante de lo que algunos de sus devotos quisieran que fuera. En muchos aspectos él fue un hombre común, y se enfrentó a los mismos problemas que han tenido que encarar los misioneros desde entonces.

La historia bíblica de la vida y del ministerio de Pablo es bien conocida. Nació en una familia judía de Tarso, y fue criado como fariseo estricto, opuesto con violencia a la

más reciente amenaza al judaísmo, es decir, la nueva "secta" de Jesús. Fue testigo del martirio de Esteban, y recibió poderes del sumo sacerdote para arrestar a otros de esos herejes. El iba camino a Damasco a cumplir esa comisión cuando tuvo una conversión repentina y milagrosa. A partir de entonces fue el evangelista más dinámico del cristianismo del primer siglo. Sus viajes misioneros lo llevaron a ciudades por todo el mundo del Mediterráneo, donde estableció con éxito iglesias locales autóctonas.

La extraordinaria obra de Pablo en el campo de las misiones han llevado a varios misionólogos a afirmar que sus métodos se deben seguir de cerca, si no con precisión, en el mundo de hoy. Rolando Allen, en su libro Missionary Methods: St. Paul's or Ours? [Métodos misioneros: ¿los de San Pablo o los nuestros?], hace una fuerte defensa del caso, sólo por el hecho de que los métodos de Pablo tuvieron éxito:

> En poco más de diez años, San Pablo estableció la iglesia en cuatro provincias del imperio: Galacia, Macedonia, Acaya y Asia. Antes del año 47 d.C. no había iglesias en estas provincias; en 57 d.C. San Pablo da la impresión de que su trabajo allí ya había terminado... Este es, en realidad, un hecho asombroso. Hoy día nos parece increíble que se funden iglesias con tanta rapidez y seguridad, pues estamos acostumbrados a las dificultades, incertidumbres, fracasos y recurrencias desastrosas de nuestra propia obra misionera. Muchos misioneros después de él han logrado una cantidad mayor de conversos; muchos han cubierto una zona mayor que él, pero nadie ha establecido iglesias como él. Ya hace mucho tiempo que olvidamos esa posibilidad... Si actualmente alguien se aventura a sugerir que puede haber algo digno de nuestra cuidadosa atención en los métodos de Pablo, debido a lo cual alcanzó él tales maravillosos resultados, lo cual deberíamos imitar, tal persona corre el riesgo de que la acusen de tendencias revolucionarias.[9]

Allen señala que Pablo, a diferencia de otros misioneros después de él, concentró su obra en estratégicos centros densamente poblados: ciudades comerciales y de influencia política, desde donde el evangelio sería llevado con rapidez a las zonas circunvecinas. Además, él alcanzó a personas de todas las clases sociales, lo cual le dio a la iglesia una base de operaciones más amplia. Y, por encima de todo, estableció iglesias independientes, no estaciones misioneras. El "no reunió congregaciones, sino que plantó iglesias", evitando así "un sistema de organización eclesiástica extraño y complicado".[10] Los misionólogos han visto que los métodos de Pablo se pueden aplicar también a otras circunstancias del día de hoy. J. Christy Wilson, en su libro *Today's Tentmakers* [Los fabricantes modernos de tiendas], propone que los misioneros deberían considerar las ventajas de ir al extranjero con profesiones u oficios seculares, y ganar su propio sustento a la vez que llevan a cabo la evangelización y establecen iglesias, tal como lo hizo Pablo.

En vez de buscar una metodología en Pablo, los misioneros modernos pueden inspirarse en las pruebas que soportó él, y pueden aprender de sus soluciones para algunos complicados problemas misioneros. Además de las prisiones y azotes, Pablo sufrió casi toda clase posible de persecuciones y maltratos.

> Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos

> desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias.
>
> 2 Corintios 11:25-28

Como si esto fuera poco, también sufrió Pablo el rechazo, no sólo de los discípulos, que lo aceptaron sólo después de la defensa de Bernabé, sino también de los líderes judíos con quienes había estado asociado. Y de seguro debe de haberse sentido muy solo por carecer de esposa y de familia.

Pablo también tuvo conflictos en sus relaciones personales, como la disputa con Bernabé sobre si valía la pena que Juan Marcos los acompañara en la misión. El desacuerdo hizo que Pablo se separara de Bernabé, y así se formó otro equipo misionero; Bernabé salió con su sobrino Juan Marcos, y Pablo se fue con Silas. Las tradiciones culturales y religiosas también le presentaban disyuntivas a Pablo. El comer la carne ofrecida a los ídolos, el asunto de la circuncisión y el día apropiado para la adoración fueron algunos de los problemas difíciles que tuvo que resolver, y al hacerlo sentó un precedente de libertad en lugar de legalismo, que se aplicaría en todas las generaciones futuras.

Es difícil exagerar la importancia del apóstol Pablo al fijar una norma para alcanzar a los perdidos. Hasta cierto punto, el éxito o el fracaso de la obra misionera llevada a cabo después de él se puede atribuir en parte a la imitación de su ejemplo o a la desviación de las normas generales establecidas por él.

Como muchos de los heroicos evangelistas cristianos que lo siguieron, Pablo tuvo un fin violento. Según la tradición, fue martirizado, junto con Pedro y muchos otros cristianos, durante la odiosa persecución del emperador Nerón en el año 64 d.C. Aun con el ejemplo que él dio en su muerte, Pablo inspiró a las generaciones futuras a no estimar su vida preciosa para sí mismas, pues si sufrían con Cristo, también reinarían con El.

Policarpo

La fe inflexible de los cristianos durante los primeros siglos de la Iglesia resaltaba como ejemplo refulgente ante el mundo pagano. ¿Cómo podía alguien permanecer inconmovible frente a la muerte, y declarar a Jesús crucificado como Dios, si todo era un mito o una falsedad? Tal confianza absoluta en un Dios invisible era un fenómeno nunca antes visto. ¿Cuál era la fuente de tanto valor? Muchas personas comenzaron a transitar por el camino de la fe después de hacerse esas mismas preguntas.

Policarpo fue uno de los primeros mártires que recibió amplia publicidad en los años posteriores al período del Nuevo Testamento. El fue un obispo muy amado en Esmirna. F. F. Bruce escribe lo siguiente:

> Era él una figura venerable, que formaba el último eslabón que lo unía a los que habían visto a Cristo en la carne, pues él había aprendido a los pies de Juan, el discípulo amado."[11]

No se sabe ni cómo ni cuándo se hizo cristiano, pero a principios del siglo segundo ya tenía un ministerio floreciente en Esmirna. "Esclavos, aristócratas locales y ... miembros del personal del procónsul — según W. H. C. Frend — se contaban entre su congregación bien organizada y unida."[12]

Su ministerio contra el paganismo tenía tanto poder que se le denunciaba a él por

todo Asia Menor como el "ateo", "el maestro de Asia, el destructor de nuestros dioses".[13] A los paganos les parecía que él estaba glorificando a un hombre muerto, y sus emocionados sermones sobre las enseñanzas y los milagros de Jesús, lo cual había aprendido directamente de Juan, les molestaban de modo especial. Sus escritos también eran motivo de irritación. El único documento existente escrito por él es una carta a la iglesia de los filipenses, en la cual muestra a Cristo como el punto decisivo de su mensaje. "En cuanto a Cristo, lo presenta como Señor, sentado a la diestra de Dios y a quien está sometido todo lo que está en los cielos y en la tierra.[14]

Durante unos cincuenta años Policarpo ejerció una poderosa influencia en su dignidad de obispo. Sin embargo, según las palabras de Elliot Wright: "El fue el más amable de todos los hombres . . . un modelo de humildad."[15] No fue de la edad apostólica, y a pesar de su relación con Juan nunca se igualó con ese apóstol, como se hace evidente en su propia epístola:

> Escribo estas cosas, hermanos, no con arrogancia, sino porque ustedes me lo pidieron. Pues, ni yo, ni ningún otro como yo, puede alcanzar la sabiduría del bendito y glorioso Pablo, quien estuvo entre ustedes ... y enseñó con firmeza la palabra de verdad.[16]

En el año 156 d.C. empezó la persecución al cristianismo en la provincia de Asia. Así está registrado en una carta de la iglesia de Esmirna. Las autoridades civiles, por razones no muy claras, decidieron matar a algunos cristianos. De inmediato se temió que Policarpo fuera un objetivo posible de la persecución, y los creyentes de la localidad insistieron en que él se refugiara en un lugar secreto. Su período de reclusión fue corto. Después de torturar a un sirviente, los soldados averiguaron su escondite y lo encontraron en una pila de heno.

> Se supo que la ejecución no era lo que querían las autoridades. Después de todo, Policarpo tenía ochenta y seis años de edad y ¿qué se podría ganar con su muerte? Lo que ellos querían, en realidad, era que él negara su fe. ¡Qué victoria tan grande sería eso para el paganismo, y qué golpe se le daría así a la "secta" de Jesucristo! Los oficiales le insistían después de ponerlo preso: "¿Por qué, qué daño hay en decir 'César es el Señor', ofrecerle incienso y salvar así la vida?" El procónsul le rogaba: "Considere la edad que usted tiene, y jure por la divinidad de César; arrepiéntase y diga: 'Fuera con los ateos'. . . Abjure y lo dejaré ir."[17]

Lo que pasó después ha sido registrado con emoción por Eusebio, el historiador de la Iglesia primitiva:

Policarpo, con rostro decidido, miró a la multitud que estaba en el estadio e hizo señal de despedida con la mano. Suspiró, levantó los ojos al cielo, y gritó: "¡Fuera con los impíos!" El gobernador seguía insistiendo: "Abjure y lo dejo ir; reniegue de Cristo." "Durante ochenta y seis años — replicó Policarpo — he sido su siervo, y El nunca me ha tratado mal; ¿cómo puedo blasfemar de mi Rey que me salvó?" "Yo tengo bestias salvajes — dijo el procónsul —. Si no le importan las fieras, lo haré destruir con fuego..." Policarpo le respondió: "El fuego con el que me amenazas quema por poco tiempo y luego se extingue; hay un fuego que no conoces, el fuego del juicio venidero y del castigo eterno, el fuego reservado para los impíos. Pero, ¿por qué vacilas? Haz lo que quieras." ... El procónsul estaba asombrado y envió al pregonero a que desde el centro del estadio

gritara tres veces: "Policarpo ha confesado que es cristiano". . . Entonces de todas las gargantas salió el grito de que Policarpo fuera quemado vivo. . . El resto sucedió en menos tiempo del que se necesita para describirlo: La multitud se apresuró a recoger troncos y madera de los talleres y de los baños públicos.. . Cuando la pira estuvo lista... Policarpo oró... Cuando él dijo el "amén" al completar la oración, los ejecutores encendieron el fuego, y se levantó una llamarada grande."[18]

Aunque la ejecución de Policarpo había sido instigada y llevada a cabo por funcionarios paganos, animados por las turbas anticristianas, el resultado final fue una victoria para los cristianos. Por supuesto, los creyentes de Esmirna se pusieron muy tristes por la pérdida de su querido pastor, pero muchos incrédulos también estaban horrorizados por lo ocurrido. La muerte de Policarpo puso fin al brote de persecución en Asia, y preparó el camino de los que no tenían tanto valor como él para que confesasen abiertamente su fe en Cristo.

Perpetua

La cesación de la persecución en Asia Menor, después de la muerte de Policarpo, no se aplicó a todo el Imperio Romano. La persecución continuó en otros lugares, y durante los primeros años del siglo tercero se volvió general y bien coordinada, sobre todo en el norte de África donde Perpetua y su sierva Felicitas fueron ejecutadas. Antes de este período de intensa persecución, hubo casos aislados que recibieron mucha publicidad. Uno en Roma, sólo una década después de la muerte de Policarpo, fue el martirio de Justino, a quien desde su muerte se le ha llamado Justino Mártir.

Educado en la filosofía de Platón, Justino se convirtió al cristianismo en su juventud y pronto llegó a ser uno de los más capacitados defensores de la fe. Fue un escritor poderoso que, con inteligencia, presentaba el cristianismo a sus lectores paganos y denunciaba abiertamente la persecución de sus hermanos. En Roma enseñaba a los creyentes y a los que buscaban información sobre la fe, en casas particulares, y al parecer fue este crimen, más que ninguna otra cosa, lo que le llevó al martirio. Después de un juicio, el juez pronunció la sentencia de muerte, y Justino fue decapitado junto con otros cinco hombres y una mujer.

Bajo el gobierno del emperador Séptimo Severo, unas décadas después, ocurrió la primera persecución intensa y general. En 202 él proclamó un edicto que prohibía la conversión al cristianismo o al judaísmo. El emperador mismo adoraba a Serapis, una deidad egipcia de los muertos, y temía que el cristianismo fuera una amenaza para su propia religión. Aunque el edicto iba dirigido principalmente a los nuevos conversos, tanto éstos como los líderes de la Iglesia sufrieron persecución.

En Cartago, la persecución del emperador se dejó sentir con más fuerza. En esa gran ciudad romana del norte de África, el crecimiento del cristianismo alarmaba a los funcionarios, y el edicto del emperador se extendía a cualquiera que "enseñara o hiciera conversiones".[19] Entre los cristianos de Cartago estaba Saturo, un diácono quedaba clases de catecismo a un grupo de conversos. Vibia Perpetua, madre de un bebé, y su sirvienta Felicitas, quien tenía ocho meses de embarazo, habían ingresado en la clase y estaban entre los afectados por el edicto del emperador. No se sabe nada del esposo de Perpetua, pero los historiadores han dicho que tal vez había fallecido anteriormente o quizá la había abandonado por su nueva fe. Los otros condenados a muerte fueron Saturo y otros tres hombres.

La historia personal de Perpetua ha sido conservada en un documento del siglo tercero, La pasión de Perpetua y Felicitas, que se cree tiene fundamento en diarios y apuntes de Perpetua y Saturo. "Parte de la historia puede ser legendaria — observa Wright —; pero si se compara con la mayoría de las historias de los santos mártires del siglo tercero, el relato está lleno de toques humanos convincentes."[2O] En esta historia, Perpetua cuenta las humillaciones y la tristeza de su padre, un respetable noble, sufridas cuando se le informó que su única hija había sido arrestada y puesta en la cárcel como una criminal común. El fue enseguida y le rogó que renunciara a la nueva fe que estaba estudiando, Cuando ella se negó a hacerlo, él se enojó tanto que amenazó con pegarle, pero ella no se inmutó.

No obstante, pronto se demudó el imperturbable semblante de Perpetua. Lo que su estricto padre no había podido conseguir, lo hizo su indefenso bebé. Ella estaba "loca de ansiedad", casi hasta la desesperación, cuando dos cristianos le llevaron el hijito ala prisión.

> Alimenté al bebé, que estaba débil de hambre. En mi ansiedad hablé con mi madre acerca del niño, traté de consolar a mi hermano y les encargué a mi hijo. Yo tenía mucho dolor porque los veta sufrir por compasión de mí. Estas fueron las pruebas que tuve que soportar por muchos días. Entonces conseguí permiso para tener a mi bebé conmigo en la prisión. Enseguida recuperé la salud, al quedar libre de la preocupación y la ansiedad que sentía por el niño."[21]

Al acercarse la fecha de la ejecución, la crisis familiar se agudizó más. Su padre vino a la prisión y otra vez le rogó que pusiera las consideraciones familiares por encima de su credo. "No te separes por completo de nosotros; pues ninguno de nosotros podrá volver a andar con la frente alta si te pasa algo." Pero la fuerte joven no se doblegaba: "En el patíbulo se hará conforme a la voluntad de Dios; pues sé que no hemos sido puestos en nuestro propio poder sino en el de Dios."[22] Al día siguiente cuando su padre supo que la iban a echar a las fieras en el circo, trato de rescatarla. Aunque ese fue un acto heroico de compasión, las autoridades ordenaron que se azotara al anciano. La escena fue muy triste. "Me acongojé por la suerte de mi padre — escribió Perpetua — como si yo misma hubiera sido la azotada. “[23]

Al terminar el juicio, la suerte de los prisioneros quedó decidida y pasaron los últimos días antes de la ejecución en meditación personal, "más preocupados por su dignidad y su lealtad a Cristo — según Wright — que por el sufrimiento que les esperaba".[24] Se reunieron para orar, compartieron su última cena — su ágape, o fiesta de amor — y le testificaron acerca de su fe a la multitud que estaba afuera.

El día de la ejecución los prisioneros fueron traídos al circo donde, según la costumbre romana, se torturó a los hombres primero, para divertir a la multitud, antes de ejecutarlos. Saturo se detuvo a la entrada para dar una última palabra de testimonio a Prudencio, el carcelero, quien después se convirtió a Cristo y fue martirizado también. A los hombres se les envió al circo con un oso, un leopardo y un jabalí. Saturo quedó tan ensangrentado y mutilado después de su martirio que los espectadores se reían de él, y gritaban: "¡El está bien bautizado!" A Perpetua y a Felicitas, quien había dado a luz en la prisión, se les desnudó y envió al circo donde fueron atacadas por una "novilla enfurecida". La sangrienta tortura pareció excesiva a la multitud que comenzó a gritar:

"¡Bastar"[25]

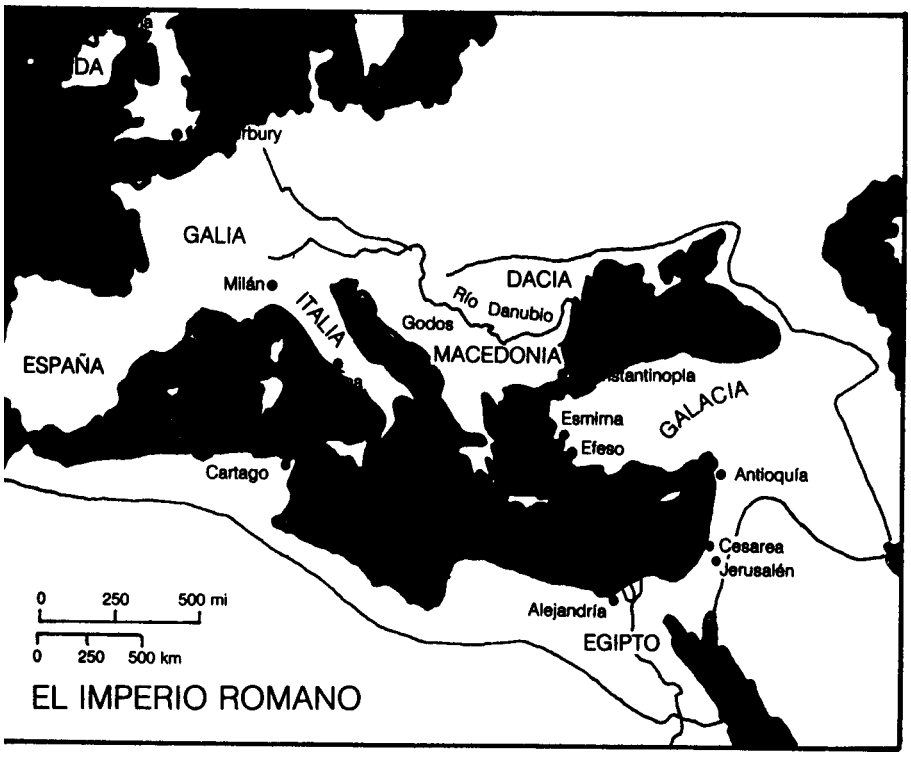
Cuando terminó aquel espectáculo preliminar, las jóvenes fueron llevadas al verdugo, y Perpetua les gritó entonces a sus entristecidos amigos cristianos: "Proclamad la Palabra a los hermanos y hermanas; permaneced firmes en la fe; amaos los unos a los otros y que nuestro sufrimiento no se convierta en estorbo para vosotros.[26] La llevaron después al gladiador que la degollaría. Ya sea por vacilación o por falta de práctica, su primer golpe no fue suficiente. Perpetua gritó de dolor y tomó la temblorosa mano del gladiador y dirigió la espada a su garganta para que terminara su angustia.

Después de esta oleada de persecución, siguieron cincuenta años de relativa paz y, en ese período, la iglesia siguió creciendo constantemente. Muchas personas que tal vez no hubieran podido sufrir la misma prueba de Perpetua y sus compañeros fueron atraídas por su ejemplo a una fe que demostraba tal valor y serenidad.

Ulfilas

Después de la famosa conversión del emperador Constantino en 312, el Imperio Romano quedó cristianizado nominalmente, y el vibrante testimonio de los cristianos pareció decaer. Ya no sufrían por su fe, pues se había puesto de moda hacerse cristiano, y como resultado hubo un debilitamiento en el fervor espiritual. El martirio causado por la persecución oficial era un terror del pasado. La iglesia y el estado se aliaron y el cristianismo se usó cada vez más para ayudar a la expansión imperial. A los misioneros se les consideraba, desde el punto de vista político, con la esperanza de que sus esfuerzos evangelísticos pudieran poner zonas extranjeras bajo el control Romano. Ulfilas fue uno de tales misioneros. Aunque él mismo estaba motivado por el deseo de esparcir el evangelio, su misión era, según la política romana, provechosa para la expansión territorial.

Ulfilas fue uno de los misioneros más grandes de la Iglesia primitiva. Su ministerio se dirigió a los godos, una tribu bárbara, fuera del Imperio Romano, que vivía en lo que ahora es Rumania. Nació en 311 y fue criado en el ambiente pagano de los godos. Se cree que su madre era goda y su padre un cristiano de Capadocia que había sido llevado cautivo por los invasores godos. Cuando tenía poco más de veinte años, enviaron a Ulfilas al servicio diplomático en Constantinopla. Allí pasó varios años y estuvo bajo la influencia del obispo Eusebio de Nicomedia, quien le enseñó las Escrituras, en griego y latín. Bajo la dirección de Eusebio sirvió de "lector", y tal vez ministró a los soldados godos del ejército romano.



Eusebio, como la mayoría de los obispos bizantinos de su época, era arriano, o por lo menos arriano a medias, y Ulfilas heredó de él esta enseñanza herética. Arrío, de la misma época de Ulfilas, fue un predicador cristiano convincente y popular, y se le recuerda principalmente por sus dificultades teológicas con respecto a la divinidad de Cristo. De los pasajes de la Escritura que hablan de Cristo como "engendrado por el Padre" y "el primogénito de toda creación", él sacó en conclusión que aunque Cristo no tenía pecado ni podía cambiar y era el Salvador de la humanidad, era en esencia diferente del Padre, y por lo tanto no era Dios. Aunque esta doctrina fue rebatida en el Concilio de Nicea, muchos miembros del clero, en particular los del oriente del imperio, siguieron con esa misma opinión, y Ulfilas era uno de ellos. Pero según Latourette, él profesaba una forma moderada de arrianismo.[27]

A la edad de treinta años, después de pasar casi diez años en Constantinopla, consagraron a Ulfilas como obispo de los godos que vivían al norte del río Danubio, fuera de las fronteras del imperio. Tal vez ya había cristianos allí, pues si no, no lo hubieran enviado como obispo. Sin embargo, se consideraba la evangelización como su tarea principal. Su ministerio era a un pueblo considerado bárbaro, "salvaje e indisciplinado, rudo y ordinario, con un nivel de vida más bien bajo, que habitaba en `carretas', pues no tenía morada fija".[28] Para tales "pueblos sencillos — sugiere Esteban Neill — el arrianismo se les presentaba como una simplificación más bien atractiva, pues los libraba de las intrincadas controversias acerca de la naturaleza y persona de Cristo, para seguirlo como líder, y para concentrarse en la ya bastante difícil tarea de aprender a vivir una vida sobria, justa y piadosa."[29]

Durante cuarenta años Ulfilas hizo obra evangelística entre los godos, con mucho éxito, pero con persecuciones también. En 348 la oposición del jefe godo Atanárico (quien creía que la misión de Ulfilas era un esfuerzo para poner a los godos bajo el dominio

romano) fue tan sangrienta y causó la muerte de tantos cristianos que Ulfilas, con el permiso del emperador arriano Constantino, pasó su comunidad cristiana goda a un territorio más seguro, al otro lado del Danubio. Posteriormente algunos de estos cristianos volvieron a su gente como misioneros.

La obra de amor más perdurable de Ulfilas entre los godos fue la traducción de la Biblia a su lengua materna, un idioma en que no había nada escrito antes, para el cual tuvo que preparar un alfabeto. Este fue "probablemente el primero o el segundo caso — según Latourette — de lo que ha ocurrido en centenares de idiomas, su reducción a la escritura por misioneros cristianos y la traducción escrita a ellos de toda la Biblia o parte de ella".[30] Ulfilas con mucho cuidado tradujo del original griego a formas idiomáticas del godo. Los godos y los vándalos llevaban consigo esa Biblia al trasladarse de un lugar a otro en Europa.

Aunque la traducción de Ulfilas fue una contribución monumental a las misiones de los primeros siglos, aun esta parte de su ministerio ha sido criticada. El omitió los libros de Samuel y de Reyes por considerarlos, según palabras de un historiador de la Iglesia primitiva, "sólo un relato de proezas militares, y las tribus godas estaban en particular dedicadas a la guerra. Ellos necesitaban dominar su naturaleza belicosa y no algo que los estimulara a la guerra".[31]

Ulfilas murió a la edad de setenta años mientras estaba en una misión a Constantinopla, enviado por el rey godo. La rivalidad militar de tanto tiempo entre los godos y el Imperio Romano continuó después de su muerte. Los visigodos lanzaron ataques devastadores contra el imperio, y el despojo siguió durante décadas, llegando a su clímax en la noche del 24 de agosto del año 410, cuando Alarido y su ejército invadieron Roma. A pesar de las campañas militares, los fieles sucesores de Ulfilas siguieron predicando el evangelio a los godos. Ellos acompañaban a las tribus godas nómadas a los campos de batalla y a cualquier otro lugar a donde los llevaran sus caravanas, lo cual causó el comentario sarcástico de Ambrosio de Milán, opositor del arrianismo: "Los que antes moraban en carretas, ahora usan una carreta como iglesia." Pero burlas aparte, ese "comentario mordaz — escribe V. Raymond Edman — se convierte en elogio para los hombres de fe quienes, como Pablo, se hacían 'todas las cosas para todos los hombres, para de alguna manera salvar a algunos'. Quizá su doctrina era defectuosa, pero no su corazón. Ellos buscaban una posición de servicio, no de seguridad; la camaradería en Cristo, no una catedral; el discipulado, no el dominio".[32]

Patricio

Envuelto en leyendas y glorificado por su santidad, este misionero a Irlanda en el siglo quinto es uno de los personajes peor representados en la historia de la Iglesia. A pesar de la opinión popular, Patricio no fue ni católico romano ni irlandés, y se le elevó a la santidad en el Concilio de Whitby (unos dos siglos después de su muerte) como un incentivo para poner a la iglesia celta bajo el dominio católico romano. Sin embargo, hoy día su nombre es casi sinónimo de catolicismo irlandés, y su verdadero ministerio ha sido desfigurado de tal manera que ya no se puede reconocer.

Patricio nació en un hogar cristiano de la provincia romana de Bretaña cerca del año 389 d.C. Su padre era "diácono" y su abuelo sacerdote de la iglesia celta. Era el período antes de la dominación romana cuando la mayoría de los clérigos se casaban. Se sabe poco de la niñez de Patricio, pero cuando tenía unos quince años, una banda de

irlandeses invadió su aldea de la costa occidental de Bretaña, y muchos jovencitos, incluso él, fueron llevados para ser vendidos como esclavos. Un campesino de Slemish compró a Patricio. Allí apacentó cerdos durante los seis años siguientes.

Aunque había sido criado en un hogar cristiano, Patricio no tenía una fe personal en Dios. Durante sus años de cautividad reflexionó en su condición espiritual y su vida cambió:

> El Señor abrió el entendimiento de mi incredulidad para que, aunque algo tarde, yo pudiera recordar mis faltas, y volverme al Señor mi Dios de todo corazón; y El consideró mi estado de bajeza, y tuvo compasión de mi juventud e ignorancia, y me cuidó aun antes de conocerlo, y antes de tener sabiduría para distinguir el bien del mal; y El me fortaleció y consoló como lo hace un padre con su hijo.[33]

F. F. Bruce dice que "desde entonces la vida de Patricio estuvo caracterizada por la oración intensa y persistente y, de cuando en cuando, le parecía oír una voz interior como respuesta a sus oraciones. Fue una de estas comunicaciones divinas la que al fin de los seis años de servidumbre, lo incitó a escapar de su amo y a dirigirse a la costa, a un puerto donde encontraría un barco que lo alejara de blanda. Con toda precisión encontró el barco que le había anunciado esa voz interior".[34]

Al verse libre, Patricio fue a la isla de San Honorato, cerca de la costa de la Riviera francesa. Se internó en un monasterio durante algún tiempo, y después regresó a su casa, donde lo recibieron los familiares que habían sobrevivido el ataque en el cual él fue capturado. Durante este tiempo en Bretaña, según cuenta Patricio en su libro Confesión, Dios lo llamó "bien entrada la noche". Ese fue su llamado macedónico:

> Veía yo a un hombre llamado Víctor, que parecía venir de Irlanda, con muchas cartas en la mano; y él me dio una, y ... mientras yo leía en voz alta la introducción de la carta, creí en ese preciso momento oír las voces de los que estaban junto al bosque de Focluth, cerca del mar occidental; y esto era lo que gritaban: "¡Por favor, niño santo, ven y camina entre nosotros de nuevo!" Su clamor penetró hasta lo más profundo de mi corazón; y entonces desperté.[35]

La misión de Patricio a Irlanda no tuvo lugar inmediatamente después de su llamamiento. Primero fue a estudiar en la iglesia de Auxerre en Galia. Pero aun después de su estudio y ordenación al diaconado, sus superiores estaban preocupados por su talento para tal misión, y escogieron a Paladio en su lugar para que la realizara. Sin embargo, Paladio murió antes de cumplirse el primer año de haber llegado a Irlanda, y eso le abrió el camino a Patricio. El ya pasaba de los cuarenta, pero parecía tener más ánimo que nunca antes para cumplir con su llamamiento.

Cuando Patricio llegó a Irlanda en 432, había enclaves aislados de cristianos, pero la gran mayoría de la gente todavía estaba sumida en el paganismo. Ellos adoraban el Sol, la Luna, el viento, el agua, el fuego y las rocas; creían en espíritus malos y buenos de toda clase que, según ellos, habitaban en los árboles y las colinas. La magia y los sacrificios, incluso los de humanos, eran parte de los ritos religiosos de los druidas o sacerdotes.

No debe sorprendemos que Patricio de inmediato haya encontrado mucha oposición de los druidas, pero él aceptó su orden social y político, y al fin algunos de los

druidas con más poder e influencia se convirtieron al cristianismo. No pasó mucho tiempo antes que los druidas comenzaran a perder su poder, pero sus creencias mágicas permanecieron por la aparente tolerancia que tuvo Patricio con el paganismo. El trató de disminuir el prestigio de ellos, según F. F. Bruce, "no por el poder del mensaje cristiano, sino al mostrarse él como un druida más poderoso que los paganos",[36] un fenómeno que los misionólogos modernos reconocen como una "lucha entre poderes". Este tipo de magia supersticiosa siguió durante siglos en el cristianismo celta.

Poco después de su llegada a Irlanda, Patricio obtuvo una victoria importante cuando convenció al rey Loigaire para que le concediera tolerancia religiosa a los cristianos. No mucho después, el hermano del rey se convirtió y le dio un terreno a Patricio para que levantara una iglesia en su dominio. Después de establecer la iglesia, Patricio se trasladó a campos nuevos donde el evangelio nunca había sido predicado; y para el año 447, después de quince años de predicación, gran parte de blanda había sido evangelizada. Aunque para entonces Patricio era reconocido en toda Irlanda como un gran hombre de Dios, su popularidad y prestigio no habían sido conseguidos con facilidad. En su libro Confesión él cuenta acerca de la peligrosa vida que vivió. Doce veces estuvo a punto de perder la vida, incluidos un horripilante secuestro y una cautividad de dos semanas. No obstante, él siguió su obra por más de treinta años, motivado por el temor más que por cualquier otra cosa: "Temo perder la obra que comencé, y que Dios me halle culpable."[37]

Los métodos de evangelización de Patricio fueron, en cierto modo, similares a los de muchos misioneros antes y después de él. Su primer paso en la evangelización de un nuevo campo era ganarse al líder político. El tenía la esperanza de que entonces sus súbditos lo seguirían. También estaba de acuerdo en hacer regalos a tales gobernadores locales. A diferencia de muchos misioneros católicos romanos, Patricio y los misioneros celtas que lo siguieron se preocupaban mucho por el crecimiento espiritual de los fieles. A los conversos se les daba una preparación intensa en las Escrituras y se les animaba a tomar parte en el ministerio. Las mujeres desempeñaban un papel importante en las iglesias celtas; pero Patricio, que era soltero, tenía mucho cuidado en el trato con ellas, "sin aceptar regalos de las mujeres piadosas para que no hubiera ni sombra de escándalo".[38]

El gran éxito de Patricio como evangelista y misionero se puede apreciar en que estableció unas 200 iglesias y bautizó a unos 100.000 creyentes. Pero siempre reconocía sus propias debilidades y le daba a Dios la gloria por todos sus logros. Lo que le faltaba en su propia fuerza, Dios lo suplía con abundancia. Terminó su libro Confesión con este testimonio:

> Ruego a todos los que creen en Dios y le temen, los que hayan leído o aceptado este documento, compuesto en Irlanda por Patricio el pecador, hombre ignorante por cierto, que nadie diga jamás que fue mi ignorancia la que realizó la pequeña obra hecha o demostrada por mí según la voluntad de Dios; sino que sea su juicio, y así se crea en verdad, que todo fue un regalo de Dios. Y esta es mi confesión antes de morir.[39]

Colombano

La evangelización de Irlanda por Patricio y otros fue una de las realizaciones misioneras más extraordinarias de la Edad Media. Fue una obra misionera hecha en su

mayor parte por la iglesia celta, no por la iglesia romana occidental. Edman dice:

> Existía un deseo inmenso por las misiones extranjeras en el corazón impetuoso de los creyentes irlandeses; un celo poco común en aquella época. Ellos llevaban el evangelio a todas partes con un amor ardiente por Cristo, sin temor al peligro y sin evitar dificultades.[40]

Aunque fueron por toda la Europa central y hacia el norte hasta Islandia, fue Britannia, la patria del primer gran misionero a Irlanda, su primer campo "extranjero". Aunque la iglesia allí entraría posteriormente en el sistema católico romano, esa sería la tierra que siglos después daría ímpetu al evangelismo mundial del sigo diecinueve.

Los monjes misioneros celtas, según E. H. Broadbent, hicieron una obra misionera más pura....que la que salió de Roma."

> Su método consistía en visitar un país y, cuando parecía conveniente, fundar una aldea misionera. En su centro construían un sencillo templo de madera, alrededor del cual construían cuartos para la escuela y casitas para los monjes, quienes eran los constructores, predicadores y maestros. Fuera de este círculo, si era necesario, se construían habitaciones para los estudiantes y sus familias, que se iban reuniendo alrededor de ellos. Todo se encerraba con una cerca, pero la colonia a menudo se extendía más allá del perímetro original. Grupos de doce monjes salían, cada uno bajo la dirección de un abad, a abrir campos nuevos para el evangelio. Los que se quedaban enseñaban en la escuela y, tan pronto como sabían el idioma de la gente en medio de la cual trabajaban, traducían y escribían porciones de las Escrituras, y también himnos, los cuales enseñaban a sus discípulos. Tenían libertad para casarse o quedarse solteros; muchos permanecían solteros a fin de tener más libertad para la obra. Después de tener algunos conversos, los misioneros escogían grupitos de jóvenes capaces, los preparaban en artes e idiomas, y les enseñaban la Biblia y la manera de explicarla a otros, para que pudieran trabajar entre su propia gente. No bautizaban antes que los profesantes de la fe hubieran recibido cierto grado de instrucción y hubiesen dado pruebas de firmeza. Evitaban los ataques a las religiones de los pueblos en que trabajaban, pues consideraban más beneficiosa la predicación de la verdad que la exposición de los errores. Aceptaban las Santas Escrituras como fuente de fe y vida y predicaban la justificación por la fe. Ni participaban en política ni pedían ayuda del estado. Toda esta obra, en su origen y progreso, aunque había desarrollado ciertos aspectos ajenos a la enseñanza del Nuevo Testamento y al ejemplo apostólico, era independiente de Roma y diferente en aspectos importantes del sistema católico romano."[41]

Uno de los más famosos de estos misioneros-abades celtas fue Colombano, nacido en una familia irlandesa noble en 521 y criado en la fe cristiana. En su juventud entró al monasterio donde se hizo diácono y luego sacerdote. Su celo evangelístico se manifestó desde muy temprano en su ministerio y se le atribuye el establecimiento de

muchas iglesias y monasterios en Irlanda, entre ellos los más famosos de Derry, Durrow y Kells.

El cambio de Colombano de las misiones "domésticas" a las "extranjeras" a la edad de cuarenta y dos años, según su biógrafo del siglo séptimo, fue motivado por "el amor de Cristo", pero parece que hubo también otras razones. Su biógrafo admite que él fue excomulgado por el sínodo, pero alega que fue una decisión injusta sobre un asunto sin importancia. Sin embargo, Will Durant afirma que el motivo de la excomunión y la salida de Britannia fue más serio:

> El era guerrero a la par que santo. "Hombre de mucha fuerza y voz potente ; su mal genio le ocasionó muchas peleas, y por último una guerra con el rey Diarmuid. Se peleó una batalla en la que, según se cuenta, resultaron muertas 5.000 personas. Colombano, aunque vencedor, huyó de Irlanda (563), resuelto a convertir tantas almas como muertos hubo en el combate de Cooldrevna.[42]

No importa cuáles fueran las razones de Colombano para irse al extranjero. El hecho es que lo hizo y, en el transcurso de años de labor, causó un tremendo impacto en Britannia. Con doce clérigos a sus órdenes, estableció su centro de operaciones junto a la costa de Escocia en Iona, una islita nebulosa, árida y oscura, golpeada todo el año por la fuerza de las olas. Allí estableció un monasterio con la rutina de la vida monástica de oración, ayuno, meditación, estudio bíblico y trabajo manual, pero además, y lo más importante, preparaba evangelistas que eran enviados a predicar el evangelio, construir iglesias y establecer más monasterios.

Colombano era activo en la obra misionera, y de Iona viajó muchas veces a Escocia y, se dice que evangelizó a los pictos, que vivían en las montañas escocesas. Por su testimonio, se convirtió el rey Brude que reinaba sobre los pictos del norte. Al principio, Brude no quiso dejar entrar a Colombano por las puertas de la ciudad, pero Colombano se quedó afuera y oró hasta que el rey accedió. Así como Patricio, más de cien años antes, Columbo tuvo una fuerte oposición de los druidas; pero, como su predecesor, los desafió a comparar sus trucos con el poder de Dios. La teología de Colombano, según Latourette, "fue una religión basada tanto en milagros como en ética, y mucho menos en credos formales"[43]

A pesar de la importancia de los esfuerzos misioneros de Colombano, muchos estudiosos modernos están en desacuerdo con su biógrafo del siglo séptimo, que lo admiraba, en que él y sus discípulos de Iona, tuvieran toda la responsabilidad en la evangelización de Inglaterra y Escocia. Hubo muchos otros misioneros de Irlanda y otras partes que hicieron evangelismo en ese campo y que no estaban asociados con Colombano. El asunto de la importancia de Colombano tiene relación, en parte, con la importancia de los misioneros católicos romanos. Muchos historiadores han tratado de dar a los misioneros enviados por el Papa más importancia de la que merecen. Había mucha competencia entre los misioneros católicos romanos y los celtas; los católicos sacaron mejor partido, al fin, pero la obra inicial de la evangelización de mucha parte de Britannia, y la Europa central, fue realizada por los enérgicos y fieles monjes celtas.

CAPITULO 2

Las Misiones Romanas:
El bautismo de las masas

Desde el principio, las misiones católicas romanas estuvieron muy ligadas a las hazañas políticas y militares, y las conversiones en masa fueron el factor principal del crecimiento de la iglesia. Se buscaba a los caudillos políticos y mediante promesas de ayuda militar los hacían cristianos "de nombre", y sus súbditos los seguían, por lo general. En algunos casos la necesidad de ayuda militar venía mezclada con cierta creencia supersticiosa de que el Dios de los cristianos era un aliado mejor en la batalla que los dioses paganos. Tal fue el caso de Clodoveo, rey de los francos, en el siglo quinto. El se casó con una princesa cristiana, pero no quiso apartarse de sus deidades paganas hasta cuando estuvo a punto de ser derrotado en combate. En ese momento, se dice que hizo una promesa de que serviría al Dios cristiano si su ejército salía victorioso. El día de Navidad de 496, él celebró su victoria al hacerse bautizar junto con 3.000 de sus soldados. "La razón de su conversión — según Norman Cantor — fue sencilla: Vio que si aceptaba la religión católica, sería el único rey germano ortodoxo de Galia", y "como campeón católico le sería más fácil obtener la alianza de los galorromanos al continuar sus conquistas".[1]

La conversión en masa del ejército de Clodoveo fue la primera de muchas en la Edad Media, y "fue este método — escribe Bruce Shelley — el que convirtió a toda Europa". El concepto de la conversión individual fue "el método usado por las misiones protestantes auspiciadas por los movimientos evangélicos del siglo diecinueve, las cuales hacían hincapié en un cambio de corazón", pero fue "la conversión en masa" lo que hizo extenderse a la Iglesia Católica Romana durante la Edad Media.[2]

En aquella época, no obstante, hubo individuos que mostraron verdadero interés en las misiones cristianas. Entre ellos estaba Gregorio Magno (540-604), uno de los obispos de Roma con más influencia y capacidad durante todo el período medieval. Fue un estadista misionero de primera categoría, y por su insistencia se envió el primer grupo misionero con apoyo del Papa. Cuando era monje, Gregorio había estado muy preocupado por llevar el mensaje cristiano más allá de las fronteras aledañas al imperio, pero sólo cuando llegó a ser obispo de Roma pudo transformar su interés en acción. Se cuenta que se conmovió mucho cuando vio jóvenes rubios británicos en el mercado de esclavos, y dijo: "Ellos son anglos, déjenlos que sean ángeles."[3] No sabemos si esa historia en particular es verdadera o no, pero lo cierto es que Gregorio le dio prioridad especial a las misiones a Bretaña, y en 596 envió a Agustín y a un grupo de monjes a llevar el evangelio a esa parte del mundo, aunque no sin problemas y demoras. Aunque era sincero y devoto, Agustín no era el mejor candidato para tal papel de liderazgo. Mientras viajaban por Galia, camino a Britania, regresó con los monjes, y dijo que "no se les debería obligar a hacer ese viaje tan peligroso, duro e incierto" a través de esa "nación bárbara, fiera e incrédula". Sus temores no tenían fundamento, y Gregorio le escribió e insistió en que continuaran el viaje. Así lo hicieron, y Agustín y sus monjes tuvieron la mayor responsabilidad del establecimiento de la Iglesia Católica Romana en Inglaterra. El servicio prestado, sin embargo, perdió valor, al rechazar ellos las costumbres de los

misioneros celtas que habían llegado allí primero.

Mientras Agustín y su contingente de monjes evangelizaban a Inglaterra y bautizaban a millares de conversos, afrontaban problemas complicados con relación a las tradiciones paganas. ¿Podrían coexistir las ceremonias paganas con el cristianismo, y qué debería hacerse con los templos paganos? Fue en respuesta a estos asuntos que Gregorio estableció importantes normas misioneras católicas romanas que se seguirían durante siglos:

> Los templos paganos de esta gente no hay que destruirlos sino sólo los ídolos que se encuentren en ellos... Si los templos están bien construidos, es una buena idea separarlos del culto al diablo y adaptarlos para la adoración del Dios verdadero... Y como la gente está acostumbrada, cuando se reúnan para el sacrificio, dispuestos a matar muchos bueyes en sacrificio a los demonios, parece razonable organizar un festival para el pueblo. La gente debe aprender a sacrificar su ganado no en honor del diablo sino de Dios y para su propio alimento... Si les permitimos este gozo externo, es posible que hallen el camino hacia el gozo interior. . . Es sin duda imposible desarraigar todos los abusos de una sola vez del corazón de esos campesinos, del mismo modo que el que trata de escalar una montaña alta no avanza dando saltos sino que asciende paso a paso.[4]

Hubo otros monjes que sirvieron en la causa misionera durante la primera parte de la Edad Media. Entre ellos el más notable es Bonifacio, el apóstol de Alemania. Pero no fue sino hasta más tarde, en el período medieval, que muchos clérigos católicos romanos hicieron de las misiones su llamamiento para toda la vida. Esto se produjo por la participación enérgica e las órdenes monásticas. Las cuatro más activas fueron: los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los jesuitas. Por medio de estas órdenes, el catolicismo romano se afirmó en cada continente y, al fin, dominó la escena religiosa en muchas partes del mundo.

Aunque los católicos romanos dominaron las misiones cristianas durante la Edad Media, ellos no fueron los únicos misioneros de esa época. Separada por entero del catolicismo, está la Iglesia Nestoriana u Oriental que se dispersó por Asia con el evangelio al huir de la persecución. Según el historiador Juan Stewart, la Iglesia Nestoriana fue “la iglesia más misionera que el mundo haya visto jamás”. De sus primitivas fortalezas en Asia Menor, huyeron a Persia y a la península de Arabia. Así evitaron la persecución de los funcionarios romanos y de los líderes de la Iglesia Católica. Allí se encontraron con la fiera oposición de los seguidores de Zoroastro, y después de los musulmanes. Entonces siguieron avanzando hacia el oriente al Asia central, la India, Afganistán y Tíbet, zonas que se convirtieron en “centros de actividad cristiana”. “Ellos fueron hombres de mucha fe, poderosos en la Escritura, de la cual conocían de memoria partes extensas.” Algunos, en realidad, se aprendieron de memoria todo el Nuevo Testamento. Se establecieron escuelas para preparar a los jóvenes, y monasterios, semejantes a los institutos bíblicos modernos, que enviaban a los jóvenes para que se dedicaran exclusivamente a realizar actividades evangelísticas.[5]

Del Asia central, los nestorianos se trasladaron más al oriente, y en el siglo noveno ya habían entrado en China. De allí pasaron a Corea, Japón y al sudeste de Asia. Su

influencia siguió en aumento y, para el siglo trece, se calcula que no había menos de 27 patriarcas metropolitanos y 200 obispos nestorianos en China y las zonas colindantes. Pero entonces esta poderosa iglesia misionera comenzó a decaer. Los nestorianos pacifistas no podían detener a los militantes fanáticos del Islam, ni mucho menos a los ejércitos de Gengis Kan y otros bárbaros que devastaron extensas regiones de Asia, entre ellas centros principales del cristianismo nestoriano.

Esa época de las misiones cristianas quedó terminada y olvidada. Debido a las primitivas diferencias doctrinales entre los nestorianos y la iglesia occidental sobre el tema de las dos naturalezas de Cristo, se consideró a los nestorianos como herejes, según el punto de vista de los católicos romanos, y no se tuvieron en cuenta sus grandes realizaciones evangelísticas. Sólo en años recientes se han dado cuenta los eruditos de que las acusaciones de herejía habían sido exageradas, y entonces han descubierto el legado que el movimiento misionero cristiano tiene en sus precursores nestorianos.

El período medieval final fue de tremendo crecimiento para las misiones católicas romanas, y continuó a través del Renacimiento y de la Reforma. Mientras las órdenes religiosas se esparcían por todo el mundo, el empuje misionero de la Iglesia Católica Romana se fue diversificando y descentralizando. Para ponerle remedio a tal situación, los funcionarios del Vaticano consolidaron la obra misionera durante el siglo diecisiete. La Sacra Congregación para la Propagación de la Fe (del latín De propaganda fines) se estableció bajo el control directo del Vaticano, en parte para aflojar el control que España y Portugal ejercían sobre las misiones en el Nuevo Mundo.

La *Propaganda* era un comité de cardenales católicos que tenían a su cargo la responsabilidad de propagar la fe. Contaba casi por completo con misioneros franceses, y tuvo un comienzo lento. Para principios del siglo dieciocho, la obra misionera en varias partes del mundo era próspera; pero no iba a durar. Entre otros factores, las tendencias teológicas liberales, el racionalismo, la competencia protestante, la suspensión de los jesuitas (con el regreso obligado de unos 3.500 misioneros) y la Revolución Francesa se combinaron para producir una profunda decadencia de las misiones católicas, y en 1800 los misioneros que tenían que responder ante la Propaganda eran sólo unos 300.

Durante el siglo diecinueve, las misiones católicas romanas se fueron recuperando lentamente, y en 1850 la iglesia ya estaba otra vez en el evangelismo extranjero. Hubo un aumento en el trabajo de las mujeres. La más conocida fue Anne-Marie Javouhey, quien comenzó su obra en África en 1822. Cuando falleció, en 1851, dejó unas 900 Hermanas de San José, de hábito azul, por todo el mundo. Se ha visto una expansión mayor de las misiones católicas romanas en el siglo veinte, y a fines de la década de los sesenta ya contaban con cerca de 100.000 misioneros profesionales y laicos en servicio activo en todo el mundo. Casi la mitad de esos misioneros eran mujeres, hermanas católicas, solteras, muchas del nivel espiritual de la Hermana Teresa, ganadora del Premio Nóbel de la Paz, que entregan su vida al servicio de la iglesia y de la humanidad.

Bonifacio (Winfredo)

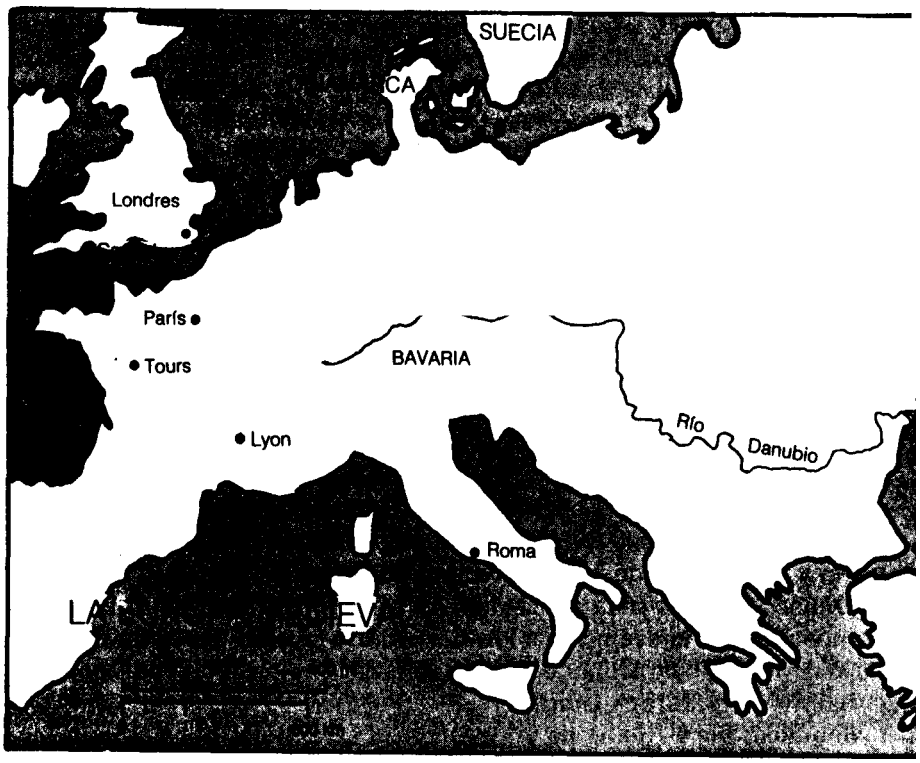
El desarrollo de las misiones católicas romanas en la Europa central durante la primera parte de la Edad Media se puede atribuir a la labor de Bonifacio, más que a la de ningún otro individuo. Se le llama “el mayor de todos los misioneros de la Edad Media”, “uno de los misioneros más destacados en toda la historia de la expansión del cristianismo”, y “el hombre que ejerció la influencia más profunda en la historia de Europa que ningún otro inglés haya ejercido jamás”.[6] Sin embargo, a pesar de sus sinceros

esfuerzos por realizar la tarea de las misiones, como la interpretaba él y la Iglesia Católica Romana, su carrera, según V. Raymond Edman, "refleja la decadencia espiritual del cristianismo inglés y continental, el cual había comenzado a atribuirle más valor a la iglesia que a Cristo, y a los sacramentos que a la Biblia".[7]

Bonifacio nació en Devonshire, Inglaterra, a finales del siglo séptimo. Entró a la vida monástica en su juventud, y a la edad de treinta años fue ordenado sacerdote. Aunque tenía muchas oportunidades para surgir como dirigente de la iglesia en su patria, su interés mayor era por los paganos del continente europeo que no conocían el mensaje del cristianismo. Su primera labor misionera con los frigios de Holanda, sin embargo, no tuvo éxito debido a la oposición y a disturbios políticos. Regresó a su patria con deseos de quedarse y aceptar la posición de director de un monasterio; pero su preocupación por las misiones no lo dejaba, y en 718, tres años después de haber ido a su primera misión, regresó al continente europeo. Esta vez fue primero a Roma. Había aprendido una lección con su primera experiencia. Era esencial que tuviera el reconocimiento y el apoyo del Papa, y eso fue lo que buscó y recibió en Roma: un respaldo que lo dejó marcado para toda su carrera. Ya no sería un misionero independiente para la evangelización del mundo pagano. Sería un emisario de Roma, comisionado para establecer la autoridad papal sobre la iglesia de la Europa central.

Bonifacio fue a Alemania y luego a los Países Bajos por tres años; después regresó a Alemania, donde sirvió por el resto de su vida. En 723 hizo su segundo viaje a Roma, y en esta ocasión el papa Gregorio II lo consagró obispo y misionero a Alemania. Después de su regreso a Alemania, comenzó su obra misionera con devoción y alcanzó reputación de valiente por toda la cuenca del Rin. Muchos de los llamados cristianos de esa región se habían vuelto a las prácticas paganas en su ausencia, y participaban en la adoración de espíritus y en las artes mágicas. Bonifacio estaba convencido de que se necesitaban medidas enérgicas para contraatacar este sacrilegio, y entonces se atrevió a dar un golpe al centro local de adoración pagana. Reunió a una gran multitud en Geismar, donde estaba el roble sagrado del dios del trueno. Ante las miradas horrorizadas de la gente, cortó ese árbol. Fue este un acto de desafío que llamó la atención con claridad al hecho de que ni el árbol ni el dios que honraba tenían poderes sobrenaturales. Al mismo tiempo esto aumentó el prestigio de Bonifacio. Se hicieron cuentos fantásticos asociados con tal incidente. Uno decía que cuando "el gigantesco monstruo cayó, su tronco se dividió en cuatro partes que, al caer al suelo, de modo milagroso formaron los brazos de una cruz, cada brazo con una medida igual"[8].

Aquel incidente fue "una obra maestra de metodología misionera",[9] según Felipe Schaff, y millares de personas reconocieron la superioridad del Dios cristiano y pidieron ser bautizadas. Bonifacio se sintió animado y reconfortado por la reacción positiva y siguió haciendo lo mismo, destruyendo templos y santuarios paganos y desmoronando las piedras sagradas. Poco a poco fue poniendo en duda la validez de esta agresividad. Le confió sus dudas a otro obispo, quien le aconsejó que tal uso de fuerza era una necedad, y que un método más significativo y duradero sería "hacerles preguntas sobre sus dioses, para averiguar sus orígenes y sus atributos, al parecer humanos, su relación con el principio del mundo y, al hacer esto, obtener contradicciones y absurdos de sus respuestas para que se confundan y avergüencen".[10]



Sin tener en cuenta el impacto de la tala de árboles sagrados y de la demolición de santuarios en la parte inicial de la obra evangelística, estaba claro que se necesitaba mucho más para edificar una iglesia permanente. Como sus precursores celtas, Bonifacio continuó con las misiones monásticas para preparar el camino a un clero local bien instruido. Varios monjes trabajaron con él; cada uno fue asignado a un campo nuevo, donde se estableció un claustro y se iniciaron sesiones de preparación para los nuevos conversos. La única cosa verdaderamente nueva de su ministerio fue el reclutamiento entusiasta de mujeres para la causa de las misiones. "Por primera vez en muchos siglos — escribe Latourette — encontramos la participación activa de las mujeres en las misiones... No es hasta el siglo diecinueve — con la excepción de la empresa misionera morava del siglo dieciocho — que se destacan las mujeres como representante a de la fe entre los pueblos recientemente convertidos al cristianismo."[11]

En 737, después de su tercera visita a Roma, Bonifacio recibió autorización para organizar obispados en Bavaria, y en 744 fundó el famoso monasterio de Fulda. Este monasterio todavía existe y es un centro del catolicismo romano en Alemania. Las realizaciones fenomenales atribuidas a Bonifacio no hubieran sido posibles sin el poderoso respaldo que le dio Carlos Martel. Este obtuvo una victoria sobre los musulmanes en la batalla de Tours en 732 que decidió a su favor la lucha contra el Islam. "Sin la protección del príncipe de los francos — escribió Bonifacio — no puedo gobernar ni al pueblo ni a la iglesia, ni defender a los sacerdotes y clérigos, monjes y monjas. Tampoco puedo impedir la práctica de los ritos paganos y la adoración sacrílega de ídolos sin su mandato y el temor que su nombre inspira."[12]

Hasta el final, el ministerio de Bonifacio estuvo dedicado a la exaltación de la Iglesia Católico Romana, a "convertir el corazón de los sajones paganos a la fe católica, y reunirlos con los hijos de la madre iglesia".[13] Por eso no es sorprendente que la obra de Bonifacio se opusiera a los objetivos misioneros de los monjes franceses y celtas. "El

cosechó los frutos de los trabajos de ellos — según Schaff — y destruyó su futura utilidad, la cual pudo haber asegurado mediante una política cristiana más liberal. El se oponía a todo rasgo de individualidad. . . Para él, el cristianismo verdadero era idéntico con el romanismo..."[14] El hecho que muchos misioneros celtas tuvieran esposas y defendieran el matrimonio de los clérigos era motivo de excomunión para Bonifacio. En su pasión romana por la uniformidad, aun los asuntos triviales como la fecha de la Pascua, el derecho a comer cierto tipo de carne y la frecuencia con que se debería hacer la señal de la cruz en la misa, eran causa para que él los denunciara como falsos profetas.

Durante los últimos años de su ministerio, Bonifacio renunció al trabajo de administración de la iglesia, que por tanto tiempo había consumido tanta energía suya, y volvió a hacer la obra misionera. "El espíritu del misionero se impuso — escribe Neill — y lo llevó otra vez a tierras donde Cristo no había sido jamás nombrado."[15] En 753 él regresó a Holanda a ministrar a los frigios, que todavía no estaban completamente evangelizados. Allí, a orillas del río Borne, él y unos cincuenta ayudantes y seguidores suyos, levantaron las tiendas en preparación para un culto de confirmación de nuevos conversos. Pero este servicio nunca se realizó. Bonifacio y sus compañeros fueron atacados y asesinados por una banda de paganos armados. Así terminó el ministerio del misionero más dinámico y exitoso en cuanto a lo externo de la Europa medieval.

Anscar

Las primeras misiones católicas romanas a Escandinavia, como las de Alemania, estuvieron muy ligadas a los despojos políticos y militares. El primer conocimiento del cristianismo llegó a esa parte del mundo por medio de mercaderes. En 826 el rey Haroldo de Dinamarca, junto con su esposa y unos cuatrocientos cortesanos y seguidores, se sometieron al bautismo con la esperanza de conseguir ayuda militar de los francos. Aunque tales conversiones en masa carecían de consagración espiritual, ellas abrieron el camino a los misioneros. Después de la conversión del rey al cristianismo, mandaron a buscar a Anscar para que comenzase la obra evangelística en Escandinavia.

Anscar, a quien a menudo llaman "el apóstol del norte", nació en Francia en 801 y estudió desde la edad de cinco años en el monasterio de Corbie, fundado más de doscientos años antes por Colombano. Anscar era un místico movido por visiones y sueños; su mayor ambición era obtener la corona de mártir. Por eso aceptó con entusiasmo esta peligrosa y nueva comisión. Sus esperanzas de convertir a los daneses, sin embargo, pronto se esfumaron cuando se hizo patente la impotencia militar y política del rey Haroldo, y en menos de tres años Anscar y el rey fueron expulsados de Dinamarca.

Tan pronto se vio obligado a salir de Dinamarca, llegó una invitación del rey de Suecia en la que pedía misioneros. Anscar y otro monje enseguida aceptaron el reto, pero su barco fue atacado por piratas que les robaron todo lo que tenían. Al llegar a Suecia, el rey Bjo los recibió bien y les dio libertad para predicar. Hubo muchas conversiones, en especial entre la nobleza, pero como en el caso del rey Haroldo, parecía que las conversiones tenían un móvil político.

Tan importante era la obra de Anscar en la perspectiva política, que el emperador Luis el Pío negoció con el papa Gregorio IV para que nombrase a Anscar arzobispo de Hamburgo con jurisdicción de los 9stados escandinavos y eslavos del norte de Europa. Para ayudar a Anscar en esta misión, Luis le dio un rico monasterio en el Flandes occidental, fuente financiera que le permitiría obsequiar regalos a los gobernantes de provincias. Anscar reclutó monjes de Corbie para que lo ayudaran, y el catolicismo

avanzó mucho en los doce años siguientes. La división entre la religión y la política, no obstante, seguía indefinida, y las ganancias eran por lo regular de carácter político, motivadas por lo que el Dios cristiano y sus príncipes temporales pudieran dar. Latourette relata un incidente registrado por el colega y biógrafo de Anscar:

> Un ejército de suecos no cristianos al sitiar una ciudad se enfrentaba a resultados desalentadores. Echaron suertes para ver si alguno de sus dioses los ayudaría. La respuesta fue desfavorable y los suecos estaban muy tristes. Pero unos mercaderes, que se acordaron de las enseñanzas de Anscar, sugirieron que echaran suertes para ver si Cristo, el Dios de los cristianos, los ayudaría. El resultado fue propicio, los sitiados compraron su paz, y los vencedores volvieron a casa y honraron a Cristo con ayunos y con limosnas a los pobres.[16]

En tanto que las victorias políticas y militares traían nuevas zonas bajo la influencia católica romana, las derrotas a menudo hacían que los afectados volvieran al paganismo. Tal fue el caso en 845, cuando Anscar vio destruida su labor de catorce años por los ataques de los invasores del norte. Una flota danesa de despojadores dirigida por el rey Horich I atacó a Hamburgo, saqueó y quemó la ciudad, y Anscar tuvo que ocultarse, pero no encontró refugio. Cuando buscó la protección del obispo de Bramen, este se la negó, pues tenía celos de Anscar, porque no habían incluido a Escandinavia en su sede.

Con ayuda militar externa, pronto se volvió a tomar posesión de Hamburgo, y se dio a Anscar la sede combinada de Hamburgo y Bramen. El rey Horich se alió con los cristianos, y disminuyeron las amenazas militares, lo cual permitió que Anscar dedicara más tiempo a un ministerio espiritual, que era lo que él deseaba. El era un asceta de corazón, y le atribuía mucha importancia a la oración y al ayuno, pero no a expensas de actividades útiles. El insistía en que sus monjes siempre estuvieran ocupados en el trabajo, y se le veía a menudo tejiendo mientras oraba. Como sucedía con la mayoría de los líderes espirituales medievales, se le atribuían grandes milagros, pero él mismo trataba de evitar tales elogios, y decía que “el milagro mayor de su vida sería que Dios hiciera de él un hombre del todo devoto”.[17]

Anscar murió en paz en 865 sin la corona de mártir que había anhelado. Pero ese no fue el premio mayor que no pudo alcanzar. A pesar de todos sus esfuerzos, no pudo establecer una base permanente para el cristianismo en Escandinavia. Después de su muerte, k gente retornó al paganismo, y no fue sino hasta después del siglo décimo cuando la Iglesia Católica Romana logró un permanente arraigo en esa parte del mundo.

Raimundo Lidio

Los esfuerzos misioneros de orientación política de la Iglesia Católica Romana durante el período medieval vinieron a ser pocos en comparación con el mayor intento expansionista de la iglesia: las cruzadas, un movimiento que duró doscientos años (1095-1291), el cual tenía como objetivo recuperar la Tierra Santa. Ellas no tenían nada de empresa misionera. Su propósito era ensanchar el territorio dominado por los cristianos, y no convertir a los musulmanes. Fue una empresa sangrienta y se perdieron decenas de millares de vidas. Aunque las primeras cruzadas tuvieron cierto éxito militar, todo lo ganado se perdió al fin. De más importancia fue la pérdida del posible diálogo entre sarracenos y cristianos. Tan fuerte fue el odio de los musulmanes por los cristianos, como resultado de la salvaje crueldad manifestada durante las cruzadas, que su recuerdo no se

ha borrado, y la evangelización entre los musulmanes es todavía muy difícil.

No todos los cristianos de esa época creían que el uso de fuerza militar fuera la mejor manera de tratar a los musulmanes. A principios del siglo trece, cuando el espíritu de las cruzadas todavía estaba en alto, Francisco de Asís propuso que había que ganar a los musulmanes con amor, no con odio. Sus primeros dos intentos por evangelizarlos no tuvieron éxito, pero su tercera tentativa en 1219 le permitió llegar a la presencia del sultán de Egipto. Por las barreras del idioma, Francisco no pudo presentar el evangelio con poder. Aunque no hay pruebas de que hubiera conversiones por sus esfuerzos, su ejemplo preparó el camino para que otros vieran a los musulmanes como potenciales hermanos en Cristo. Entre ellos estaba Raimundo Lulio, un destacado misionero de esa época.

Lulio nació en 1232 en un rico hogar católico romano de Mallorca, isla cercana a la costa de España, en el mar Mediterráneo, que le había sido quitada a los musulmanes poco antes de su nacimiento. En su juventud fue a España y sirvió en la corte del rey de Aragón. Aunque tenía esposa e hijos, también tenía amantes, y "según su propio testimonio, vivió una vida inmoral".[18] Su vida decadente no parecía disminuir su genio intelectual y creador, y aun en su juventud fue reconocido por su erudición y su talento literario.

Cuando tenía poco más de treinta años, Lulio volvió a Mallorca, y allí tuvo una profunda experiencia religiosa. "Nació de nuevo", según Samuel Zwemer. La suya fue una experiencia mística caracterizada por visiones. Una noche, mientras componía una canción erótica, tuvo la primera visión. De repente lo sorprendió una imagen. Vio "al Salvador, colgado de la cruz, sangrando de las manos, los pies y la frente, quien lo miró con reproche". Aunque conmovido por la visión, Lulio volvió a escribir canciones a la semana siguiente; pero otra vez apareció la visión. Esta vez se entregó a Cristo, pero enseguida surgieron las dudas: "¿Cómo puedo yo, sucio de impurezas, entrar a una vida más santa?"[19] Fue este sentimiento de culpa lo que impulsó a Lulio a dejar su riqueza y prestigio y dedicar su vida al servicio de Dios.

La reacción inicial de Lulio al llamamiento al servicio cristiano era característica de la época en que vivió. Se dedicó a la vida monástica, al ayuno, a la oración y a la meditación. La máxima demostración de amor a Dios, creía él, era vivir como un monje en reclusión, separado del todo de las tentaciones del mundo. Otra visión le dio conciencia de sus responsabilidades hacia los que le rodeaban. En su libro El árbol del amor, relata la visión que se convirtió en su llamado misionero: Mientras estaba a solas con Dios en el bosque, lejos de las distracciones mundanales, se encontró con un peregrino que, al saber de la vocación escogida por Lulio, lo regañó por su egoísmo y lo retó a salir al mundo y llevar a otros el mensaje de Cristo. Esta visión hizo que Lulio dirigiera su energía a las misiones en el extranjero y, en particular, entre los sarracenos, los enemigos más odiados y temidos del cristianismo. El escribió lo siguiente:

> Veo a muchos caballeros que van a la Tierra Santa más allá de los mares y piensan que pueden conquistarla por la fuerza de las armas; pero, al fin, todos son destruidos antes de alcanzar lo que creen tener. Me parece que la conquista de la Tierra Santa se debe intentar ... por medio del amor y de las oraciones, con derramamiento de lágrimas y de sangre.[20]

Después de esta visión, Lulio dedicó mucha parte de su tiempo a estudiar el idioma árabe. Esta fue una labor que duró nueve años. En esa época le ocurrió algo que casi arruina su futura carrera como misionero. Compró un esclavo sarraceno para estudiar

el árabe con él. Parece que el esclavo se aburrió con los argumentos insistentes y razonados de su amo en defensa del cristianismo. Un día el esclavo blasfemó contra Cristo; Lulio perdió el control de sus emociones y golpeó al esclavo en el rostro. El esclavo agarró un arma e hirió a su amo de gravedad. Por ese crimen el esclavo musulmán fue puesto en prisión. Poco después se suicidó, tal vez por temor de que correría peor suerte. Esta fue una terrible experiencia para Lulio, pero le dio un deseo mayor de alcanzar a los musulmanes para Cristo.

Había cumplido Lulio ya los cuarenta años cuando comenzó su carrera misionera. Después contaba así los sacrificios que esa decisión le demandó: "Yo tenía esposa e hijos, era bastante 'rico y vivía una vida mundana. Con gozo dejé todas estas cosas para promover el bien común y propagar la santa fe. "[21] El apartó suficiente dinero a fin de proveer para las necesidades de su esposa y de sus hijos. El resto lo dio a los pobres, según la tradición de Francisco de Asís.

Los objetivos misioneros de Lulio eran tres: El apologético, el educativo y el evangelístico. "Creó un sistema filosófico para persuadir a los no cristianos de la verdad del cristianismo; estableció colegios para preparar misioneros; y él mismo fue a predicar a los musulmanes. . ."[22] La contribución de Lulio como defensor del cristianismo frente a los musulmanes fue inmensa. Escribió unos sesenta libros de teología, muchos de ellos dirigidos a los intelectuales musulmanes. Trataba con más frecuencia el tema de la divinidad. Su misión, como él la veía, era "tratar de persuadir a algunos de ellos por medio del diálogo con sus sabios y la manifestación del método divino: la encarnación del Hijo de Dios, y las tres Personas de la bendita Trinidad en la divina unidad de su esencia". Quiso establecer "un parlamento de religiones y deseaba enfrentarse al Islam con la revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".[23]

En el campo de la educación misionera, Lulio, según la tradición de Colombano, consideraba los monasterios como el lugar ideal para la preparación de los evangelistas. Viajaba mucho en busca del apoyo de los líderes políticos y de la iglesia para su causa. El rey Jaime II de España fue uno de los que respaldó su visión. En 1276, con el entusiasta apoyo y las contribuciones financieras del rey, Lulio abrió un monasterio en Mallorca con trece monjes franciscanos. Su plan de estudios incluía el idioma árabe y la "geografía de las misiones". El sueño de Lulio era establecer centros de preparación por toda Europa, para lo cual tendría que convencer a la jerarquía católica romana del valor de ellos. Esto no fue tarea fácil. Cuando fue a Roma, en varias ocasiones, sus ideas fueron ridiculizadas o no se les prestó atención; los papas y cardenales parecían más interesados en los placeres mundanos y en su engrandecimiento personal que en las misiones. A pesar de la falta de apoyo que encontró en algunas partes, tuvo éxito en el establecimiento de otros monasterios de orientación misionera. Su mayor victoria en la educación la obtuvo en el concilio de Viena. Allí logró que se ofrecieran cursos de árabe en las universidades europeas. El creía que esto daría comienzo al diálogo entre musulmanes y cristianos.

La carrera misionera de Lulio no comenzó con la elegancia que se podría esperar de un destacado y experto estadista misionero que había promovido sus planes en las clases sociales más altas. Aprendió que una cosa era predicar las misiones a otros, y otra era ir él mismo como misionero. Estaba él en el puerto de Génova, listo a embarcarse para Túnez. Su equipaje ya se encontraba a bordo, y una multitud de amigos se preparaba para festejar la despedida. Entonces, en el último momento, "se sintió sobrecogido de terror", según rememoró después. Lo paralizaba "la idea de lo que le pudiera suceder en el país adonde iba. La posibilidad de la tortura y la prisión perpetua se le presentó con tal fuerza

que no pudo controlar sus emociones".[24] Bajaron su equipaje y el barco zarpó sin él. Casi enseguida sintió remordimiento, y decidió salir en el próximo barco, sin importarle las consecuencias. Aunque enfermo con fiebre, tal vez por su lucha interior, abordó otro barco, y así comenzó su propia misión en el extranjero.

Los temores de Lulio sobre la obra misionera en Túnez no carecían de fundamento. Túnez era un poderoso centro del Islam en el norte de África, y había rechazado muchas invasiones. Les tenían mucho odio a los cruzados. Sin embargo, a su llegada no encontró tanta hostilidad como esperaba. Se presentó a los principales intelectuales musulmanes. Luego invitó a una conferencia para discutir los méritos del cristianismo y los del Islam. El prometió que si se le demostraba que el Islam era superior, lo aceptaría como su fe. Los líderes musulmanes estuvieron de acuerdo en reunirse. Así Lulio tuvo su primera oportunidad para demostrar sus métodos misioneros.

Cuando Lulio tenía la oportunidad de defender el cristianismo, tomaba una posición doctrinal que, según Zwemer, era "ortodoxa y evangélica hasta las raíces, con poca teología medieval y . . . muy pocas ideas romanistas". Su argumento aún es válido en un debate con los musulmanes:

> Cualquier entendido debe reconocer que la verdadera religión atribuye la mayor perfección al Ser Supremo. Ella no sólo incluye la concepción más digna de todos sus atributos — bondad, poder, sabiduría y gloria — sino que demuestra la igualdad y armonía que existen entre ellos. Pero el defecto de la religión de ellos era que sólo reconocían dos principios activos en la deidad — su voluntad y su sabiduría — mientras dejaban inoperantes su bondad y su grandeza, como si fueran cualidades indolentes e inactivas. Ese defecto no se le puede adjudicar a la fe cristiana. En su doctrina de la Trinidad presenta la concepción más elevada de la deidad, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en una sola esencia y naturaleza. En la encarnación del Hijo se demuestra la armonía que existe entre la bondad de Dios y su grandeza; y en la persona de Cristo se ve la verdadera unión del Creador y su criatura; en tanto que en su pasión, que soportó por su gran amor por el hombre, saca a luz la armonía divina de su infinita bondad y misericordia, atributos de Aquél que por nosotros los hombres, por nuestra salvación y restitución a nuestro primer estado de perfección, soportó tales sufrimientos y vivió y murió por el hombre."[25]

La reacción a la defensa del cristianismo hecha por Lulio en Túnez no fue uniforme. Unos aceptaron sus argumentos, o por lo menos mostraron interés en oír más, pero la mayoría se sintió ofendida por el ataque verbal. Lulio fue encarcelado y esperaba que lo condenarían de seguro a muerte. Al fin una multitud lo apedreó y le ordenaron que saliera del país; orden que no obedeció y por tres meses "se escondió como rata de puerto" en Goleta, pueblo de la costa, dando "testimonio silencioso de su Maestro".[26] Frustrado por su falta de libertad, regresó a Europa, pasó varios años en Nápoles y luego se fue a Francia. Allí dictaba conferencias y escribía libros sobre su "nuevo método", y estaba siempre en busca de personas que se unieran a su misión.

Aunque los musulmanes eran el objetivo principal de la pasión misionera de Lulio, los judíos también le llamaban la atención. Los siglos doce y trece están plagados de historias horrorosas de antisemitismo. A los judíos les echaban la culpa de casi todos los males sociales, y por eso fueron expulsados de Francia e Inglaterra. Este castigo parecía

nada en comparación con los de la Inquisición española. Algunos individuos se atrevían a defender a los judíos, y entre ellos estaba Lulio. El los buscaba con amor, como había hecho con los sarracenos, y les presentaba a Cristo como su Mesías.

Los viajes y las diversas actividades mantenían ocupado a Lulio en Europa; pero en 1307, a la edad de setenta y cinco años, después de una ausencia de quince míos, volvió al norte de África, esta vez a Bujía, al este de Argelia. Como en Túnez años atrás, enseguida buscó un foro para debate público, y con valor retó a los musulmanes a comparar su religión con el cristianismo. Aunque Lulio afirmaba que quería llegar a los musulmanes con amor, su mensaje era a menudo muy ofensivo, y tal vez haya provocado el enojo de los oyentes contra el cristianismo casi tanto como las cruzadas.

Uno de sus argumentos, dice Zwemer, era presentar los Diez Mandamientos "como la ley perfecta de Dios, y luego demostrar, por los libros de ellos, que Mahoma había quebrantado cada uno de esos preceptos. Otro argumento favorito suyo era presentar las siete virtudes cardinales y los siete pecados capitales, sólo para después demostrar que al Islam le faltaban las primeras y estaba lleno de los segundos".[27]

El debate público de Lulio no duró mucho tiempo. Fue puesto en prisión y durante seis meses sus captores "le presentaban . . . todas las tentaciones sensuales del Islam".[28] Después de su prisión fue expulsado de Bujía y regresó a Europa. Pero su carrera como misionero en el extranjero no había terminado. En 1314, a los ochenta y dos años de edad, regresó a Túnez, donde parece que sólo su edad le dio cierta protección. Tal vez también se había dulcificado con los años, pues las autoridades musulmanas le dieron más libertad de la que antes le habían concedido, y así obtuvo algunas conversiones. Siempre estuvo consciente de que el ministerio a los musulmanes era una batalla dura. "Por cada sarraceno que se hace cristiano — escribió — más de diez cristianos se vuelven musulmanes."[29]

Aunque la estadía de Lulio en Túnez fue bien recompensada, no le permitió la última recompensa que deseaba: el martirio. Lulio estaba bajo la influencia del espíritu de la época en que vivió, y "entre los franciscanos prevalecía una manía por el martirio". [30] El privilegio más elevado era morir al servicio del Maestro. Entonces, en 1314, volvió a Bujía a ver a su grupito de conversos y a poner su defensa del cristianismo a la prueba final.

> Durante diez meses el anciano misionero vivió oculto, hablaba y oraba con sus creyentes y trataba de influir en los que todavía no habían sido convencidos... Al fin, cansado de la reclusión, y con anhelo de martirio, se presentó en el mercado al aire libre como la persona que ellos habían expulsado una vez de su pueblo. . . El les insistió con amor, y a la vez les habló con sencillez toda la verdad... Lleno de furia por la valentía de Lulio, e incapaces de responder a sus argumentos, el populacho, en su fanatismo, lo agarró y lo arrastró fuera de la ciudad. Allí, por órdenes del rey, o con su complicidad, lo apedrearon el 30 de junio de 1315.[31]

Lulio murió poco después. Su vida y su obra dan testimonio del poder del verdadero cristianismo para permanecer firmes, aun en los períodos más oscuros de la historia de la Iglesia. La Iglesia Católica Romana, en su mayoría, o pasó por alto a Lulio y su pasión por las misiones, o lo condenó como hereje. No obstante, él permaneció fiel a su llamado, siempre consciente de su deber personal de propagar el mensaje de Cristo.

Las Casas

La época de los descubrimientos que comenzó a fines del siglo quince introdujo a la Iglesia Católica Romana en una nueva era de misiones en el extranjero. El Nuevo Mundo se consideraba como un posible campo de expansión, y tanto los papas como los líderes políticos estaban deseosos de hacer lo posible para ponerlo bajo el dominio católico. La reina Isabel, que perseguía con insistencia a los "herejes" protestantes en España, pensaba que la evangelización de los indígenas era la justificación más importante de la expansión colonial, y ordenó que los sacerdotes y frailes estuvieran entre los primeros en establecerse en el Nuevo Mundo. Los franciscanos y dominicos (y después los jesuitas) aceptaron el reto con entusiasmo y, en cuestión de décadas, el catolicismo se convirtió en una fuerza influyente y permanente. La velocidad de este avance y dominio católico fue fenomenal. En 1529 un misionero franciscano en México escribió que era casi imposible mantener un registro de las conversiones en masa:

> El fraile que estaba conmigo y yo bautizamos en esta provincia de México a más de 200.000 personas; tantas que en realidad no puedo calcular la cantidad con precisión. A menudo bautizábamos en un solo día 14.000 personas, unas veces 10.000 y otras 8.000.[32]

El obstáculo mayor de las misiones en el Nuevo Mundo eran los colonos mismos por su trato cruel a los indígenas. Aunque la reina Isabel había decretado que se respetara la libertad de los indígenas, en la práctica se les trataba de modo inhumano, como esclavos. Tal trato no pasó inadvertido a los misioneros, y algunos se expusieron al enojo de los colonos para proteger los derechos del indígena. Uno de ellos fue Bartolomé de las Casas, quien, aunque lento para reconocer y admitir el mal, llegó a ser el mayor defensor de los indígenas durante el período de la colonia española. En de las Casas, el espíritu de las misiones y el amor humano estaban estrechamente ligados en una unidad casi no igualada por ningún misionero anterior o posterior a él.

De las Casas nació en España en 1474, hijo de un mercader que había viajado con Colón en su segundo viaje. Después de graduarse de abogado en la Universidad de Salamanca, zarpó hacia la isla de La Española para servir como consejero legal del gobernador. Pronto se adaptó al rico estilo de vida de los colonos y aceptó la opinión común que se tenía de la población nativa. Participó en ataques contra los indígenas y los esclavizó en su plantación. En 1510, cuando tenía unos treinta y cinco años, tuvo un cambio espiritual y se convirtió en el primer sacerdote ordenado en América. Pero en lo exterior cambió poco, y se adaptó con facilidad a la vida sensual característica de la mayor parte del clero. Sin embargo, se fue dando cuenta de que el trato a los indígenas no era consecuente con los preceptos cristianos. A la edad de cuarenta años, volvió la espalda a ese cruel sistema del cual había participado y comenzó a luchar contra él. Después ingresó en la orden de los dominicos, donde encontró apoyo a sus ideas.

Como el más expresivo abogado de los indígenas en el Nuevo Mundo, de las Casas hacía viajes a España, a defender la causa de ellos delante de los funcionarios oficiales y de cualquiera que lo quisiera escuchar, presentando el caso algunas veces en forma ingenua y demasiado simple:

> Dios creó a estas sencillas personas sin maldad y sin culpa. Ellas son fieles y obedientes a sus amos naturales y a los cristianos a quienes sirven. Son sumisas, pacientes, pacíficas y virtuosas. No les gustan las

> peleas, ni son rencorosas ni vengativas. No poseen riquezas mundanas ni las desean. Con seguridad estas personas serían las más bendecidas del mundo si tan sólo adoraran al verdadero Dios.[33]

El ministerio de Bartolomé de las Casas era mucho más que un mero humanitarismo. La evangelización tenía prioridad, y durante varios años viajó por América Central para establecer centros misioneros. En una ocasión convenció a un cacique nativo, que había estado aterrorizando a los colonos, a que depusiera las armas, y a que dejase que bautizaran a toda su tribu. Debido a la oposición de los colonos, la mayoría de sus conversiones no fueron tan fáciles.

A la edad de setenta años, nombraron a de las Casas como obispo de Chiapas, una sede pobre del sur de México, la cual él escogió en vez de otra diócesis más rica, aunque, según Latourette, "él debe de haber sabido que esa sería la tarea más dura de su carrera".[34] La mayoría de los terratenientes españoles de allí le echaron la culpa por las nuevas leyes dictadas por la corona española con el propósito de dar a los indígenas protección y libertad. El cumplimiento de tales leyes "arruinaría la economía de la plantación", decían los propietarios españoles, y no las obedecieron. A su vez, de las Casas ordenó a sus sacerdotes que les negaran la absolución a tales rebeldes, y así se inició la oposición. Los sacerdotes se le rebelaron. Después de soportar él esta situación durante tres años renunció a su obispado, desanimado y derrotado. En 1547, a la edad de setenta y tres años, salió del Nuevo Mundo definitivamente. Su lucha por los derechos humanos prosiguió en España hasta su muerte, casi veinte años después. Todavía se le recuerda como a uno de los misioneros humanitarios más grandes del cristianismo.

Francisco Javier

El siglo dieciséis, dominado por la Reforma Protestante, también llevó las marcas de la Contrarreforma Católica, acción tomada para contrarrestar los avances de los protestantes, reforzar las paredes desmoronadas de la iglesia medieval y llevar la iglesia hasta las playas lejanas donde nunca antes se había escuchado el nombre de Cristo. Esta expansión tenía por objetivos no sólo el Nuevo Mundo, donde el desarrollo colonial progresaba con rapidez, sino también la India y el Lejano Oriente, donde se establecían entonces rutas comerciales lucrativas. La Iglesia Católica Romana estaba ansiosa de sacar provecho de esta nueva ola de viajes al extranjero, y los aventureros monjes y frailes misioneros se presentaron como entusiastas voluntarios para cumplir con ese deber. Las órdenes religiosas de fines del medioevo (los dominicos y los franciscanos), suplieron muchos de los valerosos voluntarios, pero fueron los jesuitas (la Compañía de Jesús), fundados en 1535, los participantes más activos de la contrarreforma. La fundación de esa organización, escribe Stephen Neill, "es quizás el acontecimiento más importante de la historia misionera de la Iglesia Católica Romana".[35]

Ignacio de Loyola, un noble español, fue el fundador de los jesuitas, y bajo su control el grupito de devotos discípulos se convirtió en una organización de aspecto militar y centralizada que consideraba la lealtad al papa y a la Iglesia Católica Romana como el ideal más elevado. La orden se expandió con rapidez, y a la muerte de Loyola en 1556 había más de 1.000. Menos de un siglo después de su fundación había más de 15.000 esparcidos por todo el globo. El más famoso de estos primeros jesuitas misioneros (y tal vez de todas las épocas) fue Javier, uno de los seis del círculo íntimo de Loyola, y socio oficial de la orden. En 1541 zarpó para la India en representación del papa y del rey

de Portugal para comenzar su corta aunque extraordinaria carrera misionera.

Javier había nacido en 1506, en una familia noble española, y creció en un castillo del país vasco. En su juventud asistió a la Universidad de París, donde se interesó por la filosofía y la teología. Allí pasó algún tiempo con un grupo de protestantes, jóvenes cristianos devotos que arriesgaban su vida por el evangelio en el baluarte católico de París. Entonces Javier conoció a Loyola, hombre completamente dedicado a la Iglesia Católica Romana, cuyo dinámico magnetismo personal ejerció una poderosa influencia en el joven estudiante, que todavía estaba indeciso en su vida espiritual. Poco después Javier ingresó al grupo de Loyola, dando la espalda a los protestantes y a la lucrativa carrera que pudo haber tenido. Hizo voto de pobreza y de celibato, y se dedicó por completo a la propagación de la fe católica.

El llamado de Javier a las misiones en el extranjero vino de repente y sin manifestaciones sobrenaturales. Se había escogido a otros dos jesuitas para que fueran a la India como misioneros, y al enfermar uno de ellos, nombraron a Javier para que lo reemplazara. Avisado con menos de veinticuatro horas de anticipación, se puso en camino a la India. Llegó a la ciudad portuaria de Goa en 1542, donde encontró que la sociedad estaba más bajo la influencia de la cultura europea que de la religión. Allí había un ambiente corrompido, y Javier se sintió frustrado desde el principio. ¿Cómo se podría traer a Cristo a un pueblo sumido en una vida de inmoralidad? Allí Javier desarrolló su método acostumbrado para la obra misionera: el evangelismo infantil. A los niños se les ganaba con más facilidad que a los padres, y él esperaba que, con los sacerdotes que lo siguieran, podrían prepararlos desde la niñez. Así los niños se convertirían en dirigentes eficientes en sus comunidades.

Javier no se quedó en Goa por mucho tiempo. No le gustaba esa sociedad occidentalizada con su mezcla de judíos y musulmanes. Cuando vio que sus exhortaciones no tenían efecto en la ciudad, le pidió al rey de Portugal que introdujera la Inquisición y forzara a la gente a aceptar el dogma y la moral católicos. Pero antes de que se dispusiera eso, salió en busca de una viña más fructífera. “Quiero estar donde haya . . . verdaderos paganos”, escribió, con la creencia de que en tal medio las conversiones se producirían con más facilidad.[36]

De Goa, Javier se trasladó más al sur de la India para trabajar entre los pobres pescadores de perlas de la costa. Aunque varios [a]ños antes se había introducido el catolicismo a esa zona, había pocas señales de él cuando llegó Javier. La población era de hindúes, y su reacción al cristianismo dependía en su mayor parte del sistema de castas. Los brahmanes de la clase alta se oponían, y sólo uno se convirtió; pero los paravas de la clase baja estaban más abiertos al cambio, pues sabían que su estado social no podría empeorar con su decisión. Grandes multitudes venían a aprender y a recitar los credos, y los bautismos abundaban; los bautizados eran tantos que algunos días Javier estaba tan cansado de bautizar que casi no podía mover los brazos. Pero el bautismo era para él el aspecto más importante del ministerio, y no se lo negaba a nadie, sin importarle cuán cansado estuviera. En una petición a Loyola de más obreros, le escribió él:

> En estas tierras gentiles la única educación necesaria es la capacidad para enseñar las oraciones y salir a bautizar a los pequeños, los cuales mueren ahora en grandes cantidades sin el sacramento, pues no podemos estar en todas parte al mismo tiempo para socorrerlos.[37]

El énfasis de Javier en el bautismo y su concentración de la obra en los niños iban

de la mano. A un colaborador le escribió:

> Le recomiendo con insistencia la enseñanza a los niños, y que tenga mucha diligencia en el bautismo de los recién nacidos. Como los adultos no se interesan en el paraíso, ni para escapar de los males de la vida ni para alcanzar la felicidad, por lo menos que los pequeños vayan allá al ser bautizados antes de morir.[38]

Pero el énfasis de Javier en los niños no era sólo para asegurarles un lugar en el paraíso, sino para usarlos en el evangelismo de otros, una tarea que él no podía hacer solo:

> Como me era imposible atender en persona el creciente volumen de llamadas . . . recurrí a lo siguiente: Les dije a los niños que memorizaban la doctrina cristiana que fueran a los hogares de los enfermos, y reunieran allí a tantos familiares y vecinos como fuera posible, y dijeran el credo con ellos varias veces, y prometieran a los enfermos que si creían serían sanados... Así dejé satisfechos a todos los que me llamaban, y al mismo tiempo conseguí que se enseñaran el credo, los Diez Mandamientos y las oraciones, en los hogares y en las calles.[39]

Tal vez mucho más emocionante para los jóvenes que visitar a los enfermos y recitar credos, era otro tipo de actividad religiosa en el que Javier los animaba a participar. Escribió con orgullo:

> Ellos detestan la idolatría de su gente y pelean por esa causa. Se oponen aun a sus padres si ven que éstos acuden a los ídolos, y vienen a contármelo. Cuando me informan de ceremonias idólatras en las aldeas . . . reúno a todos los muchachos que puedo, y vamos juntos a esos lugares. Allí el diablo recibe de ellos un trato con más desprecio que la honra que haya recibido de sus padres idólatras. Los chicos toman los pequeños ídolos de cerámica, los rompen, los convierten en polvo, escupen sobre ellos y los pisotean.[40]

El evangelismo de Javier en la India fue superficial. Es dudoso que los niños y adultos que fueron bautizados conocieran siquiera las verdades más fundamentales del cristianismo. Después de tres años de labor entre los pescadores de perlas de la costa, todavía no había dominado el difícil idioma tamil, y aun las sencillas oraciones y credos que enseñaba a la gente, se supo después, estaban mal traducidos. Los servicios religiosos eran ritualistas y repetidos, como lo indica el propio relato de Javier:

> Los domingos reúno a toda la gente, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, y les hago repetir las oraciones en su idioma. Les gusta hacer eso, y asisten con gozo a las reuniones... Les doy el primer mandamiento, ellos lo repiten, y luego decimos juntos: “Jesucristo, Hijo de Dios, concédenos la gracia de amarte por encima de todas las cosas.” Después de pedir esta gracia, recitamos el Padrenuestro juntos, y luego clamamos en coro: “Santa María, madre de Jesucristo, consíguenos de tu Hijo la gracia que nos capacite para guardar el primer mandamiento.” Después decimos el Ave María y procedemos de la misma manera con los otros nueve mandamientos. Así como decimos doce Padrenuestros y doce Ave Marías en honor de los doce artículos del credo, también decimos diez

> Padrenuestros y diez Ave Marías en honor de los Diez Mandamientos, y pedimos a Dios que nos dé gracia para obedecerlos bien.[41]

Javier no había ido a la India a establecerse en una zona y fundar un ministerio duradero. El se consideraba explorador y estaba ansioso de seguir adelante y poner las bases de las misiones jesuitas en otro lugar. Cuando salió de la India en 1545 para dirigirse al Lejano Oriente, otros tomaron su lugar muy pronto, y después de varias décadas había más de una docena de aldeas cristianas, cada una dirigida por un sacerdote.

De la India, Javier fue a Malaca en la península de Malasia, donde ministró por algún tiempo; pero soñaba con visitar el Japón y establecer el cristianismo allí. De regreso a Goa en 1548, conoció a Anjiro, un japonés que lo convenció de que un misionero podría conseguir grandes resultados en el Japón, con un proceder apropiado y razonamiento lógico: "El rey, la nobleza y todas las otras personas discretas se convertirían al cristianismo, pues los japoneses, decía él, se guían solamente por la ley de la razón."[42]

Javier llegó al Japón en 1549, y muy pronto se dio cuenta de que su ministerio allí sería mucho más difícil que las brillantes predicciones hechas anteriormente. La barrera idiomática impedía todo intento de evangelismo: "...Somos como tantas estatuas de ellos, pues nos hablan de muchas cosas, mientras nosotros callamos por no entender el idioma." No obstante, Javier podía escribir, sólo meses después de su llegada, que a la gente le gustaba oír acerca de las cosas de Dios, "sobre todo cuando entienden".[43] Parece que algunos sí entendieron, pues cuando Javier salió del país, después de dos años, dejó atrás a unos cien conversos.

La libertad para diseminar sus creencias, dada a Javier y a sus compañeros, fue el resultado del inestable ambiente político del Japón. No había un gobierno central y el budismo estaba en decadencia. Esa situación se mantuvo después de la partida de Javier, y los misioneros jesuitas que lo siguieron fueron testigos de resultados impresionantes. En la década de 1570-1580, muchos japoneses se convirtieron al catolicismo. Unos 50.000 fueron bautizados en una sola región y, al terminar el siglo dieciséis, se calcula que había unos 300.000 japoneses que profesaban la fe cristiana. Todo eso ocurrió a pesar de un trascendente cambio en la escena política japonesa. Ya no se recibía bien a los misioneros extranjeros, y los cristianos japoneses afrontaron una grave persecución, algunas veces con el resultado de la muerte por crucifixión. En 1638 varios miles de cristianos participaron en la rebelión de Shimabara, para protestar por la persecución y por los impuestos exorbitantes. Al fin se refugiaron en un castillo donde, después de semanas de resistencia, fueron vencidos y asesinados. A pesar de tales derrotas, el catolicismo mantuvo su influencia en el Japón durante más de dos siglos.

Javier volvió a Goa después de salir del Japón, y allí hizo planes para ir a China, con la esperanza de introducir el evangelio en esa tierra. Otro jesuita fue el que inició la obra allí, pues cuando Javier se disponía a entrar, enfermó de fiebre y murió en una isla cerca de la costa de China, sólo diez años después de comenzar su carrera misionera.

Mateo Ricci

"No se admiten bárbaros." Si hubiera habido una frase para representar a China en toda su larga historia, hubiera sido esa. China era un país orgulloso y aislado y, como tal, eludió por muchos siglos el establecimiento permanente del cristianismo en su suelo. Se hicieron varios intentos sin éxito. Los nestorianos, que viajaron por tierra desde Siria durante el siglo sexto, fueron los primeros misioneros cristianos en China que se conocen.

Su influencia comenzó hacia el siglo trece cuando llegó fraile Juan, el primer misionero católico romano. El encontró libertad considerable para predicar bajo la protección de los mongoles que gobernaban la China en ese entonces, y millares fueron bautizados. Durante el siglo catorce, cuando subió al poder la dinastía Ming, los misioneros fueron expulsados, y otra vez se borraron con rapidez todas las huellas dejadas por los cristianos. Fue a fines del siglo dieciséis cuando el cristianismo obtuvo cierta firmeza en China. Esto se atribuye a Mateo Ricci, un jesuita italiano que "se convirtió en la figura extranjera más respetada en la literatura china".[44]

Ricci nació en 1552, el año que murió Javier. Su padre era un aristócrata italiano que envió a su hijo a Roma a estudiar leyes. Sin embargo, mientras el joven Ricci estaba allí cayó bajo la influencia de los jesuitas y, después de tres años, dejó sus estudios e ingresó en la orden de los jesuitas. Su padre se angustió tanto, cuando supo la noticia, que salió para Roma enseguida a sacar a su hijo de la orden. En la primera noche de su viaje enfermó de fiebre alta y no pudo continuar. El anciano Ricci regresó a casa, pues pensó que esa enfermedad repentina era una señal del enojo de Dios con él, y tenía temor de lo que pudiera ocurrir si ponía más resistencia.

La admisión de Ricci en la Compañía de Jesús no fue el fin de sus estudios seculares. En el Colegio Romano, una escuela jesuita, estudió con los matemáticos más famosos de la época. Esta educación secular le preparó el camino para su eficaz ministerio entre los intelectuales de China.

La primera comisión de Ricci fue a Goa, donde había iniciado Javier su carrera misionera. A diferencia de Javier, no fue solo, pues 1 con él iban otros trece misioneros jesuitas. Siguiendo el ejemplo y las instrucciones que había dejado Javier, ellos se dedicaron principalmente a la obra educativa para la preparación de niños que fueran la generación siguiente de dirigentes cristianos. La educación de los niños no era la idea que Ricci tenía de la obra misionera. El pidió otra comisión, pero no le contestaron pronto. Después de cuatro años en la India, Ricci según su biógrafo, "recibió la orden de marcha por la cual había orado por tanto tiempo".[45]

En las misiones jesuitas al Lejano Oriente habían estado sucediendo cosas emocionantes, y Ricci tenía muchos deseos de entrar en acción. Así que, cuando llegó el llamado de Macao, puerto portugués de la costa de China donde su amigo Ruggieri había ido antes, él aceptó con entusiasmo. Aunque tenía problemas con sus estudios del idioma, y estaba deprimido por no recibir ánimo de parte de los misioneros veteranos, Ricci zarpó con muchas esperanzas hacia su nuevo puesto misionero.

La llegada de Ricci a China señala la puerta abierta que por tanto tiempo se había esperado. Aunque los misioneros habían residido por largo tiempo en Macao, no se les había permitido la entrada en China. Wang P'an, el gobernador de Shiuhing, se enteró de la experiencia de Ricci en campos tales como las matemáticas, la astronomía y la geografía, e invitó a Ruggieri y a Ricci a que fueran a vivir en su provincia. Aunque al principio temieron que la invitación fuera una trampa para matarlos, ellos corrieron el riesgo y fueron. No era un truco, y Ricci muy pronto demostró el valor de su preparación seglar en la obra misionera en el extranjero. Llevó consigo aparatos mecánicos como relojes, instrumentos musicales e instrumentos de astronomía y navegación, así como libros, pinturas y mapas, todo lo cual despertó mucho interés en los intelectuales chinos. Los mapas tenían un atractivo especial para aquellas personas, pues anteriormente se habían negado a aceptar que hubiera más mundo que China y sus vecinos inmediatos. El objetivo principal de Ricci no era introducir la ciencia occidental sino llevar el evangelio a

China. Con ese propósito, él y Ruggieri se afeitaron la cabeza y se vistieron como los monjes budistas. Después de sólo dos años, ya tenían creyentes, y los dos misioneros dedicaron una capilla y una residencia privada que habían construido con ayuda de los chinos. En 1588, cinco años después de su entrada en China, Ruggieri regresó a Europa y Ricci quedó encargado de la obra, con varios sacerdotes jesuitas que lo ayudaban.

Entre tanto, Ricci había cambiado su traje de budista por el de sabio confuciano, al conocer que esa apariencia le daría más respeto. El confucianismo era la religión de los intelectuales chinos, y Ricci trataba con insistencia de ganar para Cristo a ese segmento de la población. Si los chinos pudieran considerar el confucianismo sólo como una filosofía, entonces podrían aceptar el cristianismo también, sin abandonar sus creencias tradicionales.

Mientras Ricci buscaba la manera de acomodar el cristianismo en China, otro misionero jesuita, Roberto de Nobili, hacía en esencia la misma cosa en la India: hacerse brahmán para alcanzar a los de esa casta para Cristo. EL obedecía las leyes y vestía como los brahmanes, y se separó de la iglesia cristiana de la localidad. Por hacer eso recibió muchas críticas. Tanto él como Ricci fueron objeto de mucha polémica dentro del catolicismo romano.

El esfuerzo de Ricci por adaptar el confucianismo al cristianismo les gustó a los chinos y, sin duda, aumentó el número de los llamados conversos; pero de muchas maneras les restó valor a muchos principios esenciales del cristianismo. Por ejemplo, muchos cristianos occidentales creían que el nombre de Dios se veía disminuido en su importancia por la palabra china que Ricci usaba. Ese nombre era el Señor del Cielo *(T'Ien* 'cielo' y Shang-Ti 'Señor soberano') de los clásicos antiguos. Asimismo Ricci permitía a los creyentes chinos que participaran en las ceremonias en honor de los antepasados, con oraciones e incienso. El alegaba que tales tradiciones sólo indicaban respeto hacia los familiares muertos.

Los métodos de Ricci, casi de inmediato, recibieron la crítica, en particular de las órdenes de los dominicos y los franciscanos, quienes estaban en un sentido compitiendo con los jesuitas. Estos también manifestaron su resentimiento contra los jesuitas en el caso de la misión en el Japón. En China, donde los jesuitas habían mantenido el monopolio del catolicismo durante varios años, las otras dos órdenes encontraban faltas con facilidad. A principios del siglo diecisiete el asunto ya se había convertido en lo que se llamó la Controversia de los Ritos Chinos, el debate más caluroso que jamás hayan confrontado las misiones católicas romanas. Las decisiones papales, por lo general, estaban del lado de los dominicos y franciscanos, y prohibían a los cristianos chinos que hicieran sacrificios Confucio o a sus antepasados. El emperador chino, al contrario, apoyó a los jesuitas, y amenazó con expulsar a los que se opusieran al culto a los antepasados. La controversia siguió durante siglos y nunca ha sido del todo resuelta.

En defensa de Ricci, se puede anotar que las amargas disputas creadas por sus métodos fueron sin mala intención, y su aceptación del confucianismo puede haber sido producto de la influencia de su asociación con los intelectuales.

> Es posible — escribe A. J. Broomhall — que para ellos los aspectos políticos, ceremoniales y cívicos de estos ritos no tuvieran nada que ver con la religión y la superstición, pero no era ese el caso del chino común, de creencias animistas.[46]

A Ricci le parecía natural la aceptación de las ideas del confucianismo. Al estudiar

los clásicos chinos y traducirlos, adquirió gran respeto por lo que podría ofrecer esta antigua cultura. Pasó por alto la doctrina de la Tabula rasa, la creencia de que había que erradicar por completo las filosofías y religiones diferentes del cristianismo para introducirlo con éxito. Esa fue la conclusión de Javier al encontrarse con la bien desarrollada cultura japonesa. Antes en la India había tratado de derrumbar los sistemas diferentes del cristianismo y tuvo poco éxito. La filosofía del acomodamiento se convirtió entonces en la norma de los jesuitas.

El gran respeto que Ricci tenía por el pueblo chino, y su deseo de compartir su conocimiento científico con ellos, le dieron oportunidades poco comunes concedidas a escasos extranjeros, antes o después de él. En 1601, por invitación de Wan Li, se le permitió residir en Pekín y continuar su obra misionera cerca del emperador mientras recibía un salario del gobierno imperial. Le llevó como presente un voluminoso reloj de caja al emperador, y él y sus sacerdotes eran los que le daban cuerda por encargo oficial de la corte imperial.

> Cuando los enemigos trataron de expulsarlo — escribe Broomhall — los influyentes mayordomos de palacio temieron que no podrían mantener en funcionamiento el reloj e impidieron que Ricci fuera expulsado [47]
>
> Es un milagro de la omnipotente mano del Altísimo — escribió Ricci — y el milagro parece mayor porque no sólo vivimos en Pekín, sino que también gozamos aquí de mucha autoridad.[48]

Ricci ministró en Pekín hasta su muerte en 1611, casi diez años después de su llegada a esa ciudad. Durante ese tiempo un número considerable de intelectuales y funcionarios oficiales hicieron profesión de fe en Cristo, entre otros Pablo Hsii, uno de los intelectuales más famosos de China y miembro de la Academia Imperial. Su fe era verdadera y la pasó a sus hijos, que la mantuvieron ardiendo por generaciones. Su hija se dedicó por completo a la formación de narradores profesionales de cuentos, los cuales se encargarían de llevar el evangelio a las aldeas. Otras dos descendientes de Pablo se hicieron famosas por sus matrimonios: Una fue la señora de Sun Yat-sen, y la otra la esposa de Chang Kai-Chek. Aunque el número de creyentes chinos a la muerte de Ricci parece minúsculo (unos 2.000) en comparación con la vasta población china, su influencia fue mucho mayor debido a la alta posición social de ellos. En los siglos diecisiete y dieciocho, el cristianismo siguió creciendo, a pesar de brotes periódicos de violenta persecución. Durante el medio siglo después de la muerte de Ricci, la iglesia aumentó en un ciento por ciento.

No hay certeza sobre el valor evangélico o personal de este cristianismo primitivo en China, pero en dogma y práctica era poco diferente del catolicismo medieval de Europa. En su diario, Ricci menciona que Pablo Hsü se inclinaba “ante la estatua de la Santísima Virgen” antes de entrar en la residencia de uno de los sacerdotes jesuitas, y que después de bautizado “asistía todos los días al sacrificio de la misa” y “hallaba gran consuelo en la confesión”.[49] Pero el mensaje del evangelio estaba incluido y, según Broomhall, “se enseñó mucha doctrina pura, si no se tiene en cuenta lo demás que se añadía”.[50] Un folleto acerca de Dios, escrito por un sacerdote jesuita durante este período se hizo circular por las provincias, siendo utilizado posteriormente por los misioneros protestantes. Fue precisamente esa clase de literatura la que mantuvo vivo el mensaje

después del edicto de 1724, el cual expulsó a los misioneros y obligó a los cristianos chinos a celebrar sus cultos en secreto.

CAPITULO 3

El avance moravo:
El amanecer de las misiones protestantes

El surgimiento de las misiones católicas romanas, que ocurrió durante la Contrarreforma Católica del siglo dieciséis, no tuvo paralelo entre los protestantes. Las misiones de alcance mundial no eran el interés principal de la mayoría de los reformadores. El mantenimiento de su posición frente al ataque católico romano y el establecimiento en Europa ya eran logros importantes en sí, y había poco tiempo y personal para la obra misionera allende los mares. Los protestantes, además, no tenían las oportunidades para las misiones en el extranjero de que disponían los católicos romanos, quienes dominaban la escena religiosa en la mayoría de las naciones con puertos marítimos, y que, en consecuencia, podían viajar y vivir bajo la protección de exploradores y compañías comerciales. Los estados de Suiza y Alemania, primeros baluartes del protestantismo, no ofrecían a los protestantes tal acceso a los mares y a los países extranjeros. Además, los protestantes no tenían una fuerza misionera preparada, como las órdenes monásticas católicas romanas.

La teología protestante era otro factor que limitaba la visión de las empresas misioneras. Tan seguro estaba Martín Lutero del pronto regreso de Cristo, que pasó por alto la necesidad de las misiones en el extranjero. El justificaba aun más su posición, con la afirmación de que la Gran Comisión obligaba sólo a los apóstoles del Nuevo Testamento, quienes habían cumplido su obligación al propagar el evangelio por el mundo conocido. Así las generaciones siguientes quedaban exentas de tal responsabilidad. Los calvinistas, por lo general, usaban el mismo tipo de razonamiento, y añadían la doctrina de la predestinación, lo cual hacía que las misiones parecieran superfluas si Dios ya había elegido a los que iba a salvar. Sin embargo, Calvino mismo fue, por lo menos en apariencia, el más misionero de todos los reformadores. No sólo envió docenas de evangelistas a su patria, Francia, sino que también dio la comisión a cuatro misioneros, junto con algunos hugonotes [protestantes) franceses, de establecer una colonia y evangelizar a los indios de Brasil. Desafortunadamente, la aventura que comenzó en 1555 terminó poco después en un fracaso trágico cuando el líder rebelde Vilegagnon se pasó a los portugueses, quienes atacaron la débil colonia y dejaron a los pocos e indefensos sobrevivientes en manos de los jesuitas.

El siglo diecisiete vio más esfuerzos misioneros protestantes, aunque dispersos. Además de la obra realizada en las colonias norteamericanas (véase el Capítulo 4), ninguna de las empresas fue permanente. Los cuáqueros se interesaron en las misiones en el extranjero, y en 1661 envió Jorge Fox a tres de sus hermanos en la fe como misioneros a China; pero el grupo nunca llegó a su destino. Años después Justiniano von Weitz, el primer misionero luterano, zarpó para Surinam en la costa atlántica de América del Sur, donde entregó su vida en un esfuerzo fallido por establecer una misión allí.

El siglo dieciocho presenció el primer gran esfuerzo misionero de los protestantes, pues fue sólo entonces que ellos, en cantidad considerable, reconocieron su responsabilidad de evangelizar a los que no tenían el evangelio. Entre los primeros en reconocer esta responsabilidad estuvieron los luteranos, entre ellos pietistas como Philip Jacob Spener y August Hermann Francke, quienes se habían apartado del frío formalismo

de las iglesias estatales. Francke, profesor de la Universidad de Halle, convirtió ese plantel en el centro del pietismo continental y del evangelismo y las misiones en el extranjero del siglo dieciocho. Las misiones en el extranjero, sin embargo, no eran un procedimiento aceptable para la mayoría de los líderes y teólogos de la iglesia del siglo dieciocho, y muchos se burlaban de los pietistas. Los llamaban "entusiastas", "sacerdotes de Baal", "herejes", "falsos luteranos" y "gente peligrosa"; pero ellos, confiados en que tenían la razón, siguieron ganando terreno.

El primer gran impulso que recibieran las misiones protestantes ocurrió cuando el rey Fernando IV de Dinamarca, pietista, solicitó misioneros de Halle, Alemania, para evangelizar a la gente de sus colonias extranjeras, en particular los de Tranquebar, en la costa del sudeste de la India. Bartolomé Ziegenbalg y Henry Plütschau (véase el Capítulo 5) se presentaron como voluntarios y así nació la Misión Danesa-Halle. En la década siguiente, en 1714, se abrió una universidad misionera en Copenhague, que preparó a los futuros misioneros, entre los cuales estuvo el gran Hans Egede, quien estableció una colonia misionera en Groenlandia en 1722.

El misionero más notable del siglo dieciocho de la Misión Danesa-Halle fue Christian Frederick Schwartz, luterano devoto, que fue a la India en 1750 y sirvió con fidelidad hasta su muerte, cuarenta y ocho años más tarde. Pasó gran parte de su carrera misionera viajando por la costa de la India, predicando el evangelio y estableciendo iglesias; realización que hubiera sido imposible sin su dominio de varios idiomas y dialectos. Aunque se quedó soltero y sin hijos, tuvo un ministerio eficaz entre los niños, quienes maduraron en la fe e incrementaron la asistencia de su iglesia en Tanjore hasta que llegó a tener aproximadamente 2.000 miembros. Durante la vida de él la Misión Danesa-Halle creció mucho, y llegó a tener muchos misioneros, sesenta de los cuales eran egresados de Halle; pero el espíritu entusiasta de los primeros años se había ido desvaneciendo. Al tiempo de su muerte, había pocos nuevos voluntarios para llenar los puestos vacantes.

Por fortuna la decadencia de la Misión Danesa-Halle no fue el fin de las primeras misiones protestantes. Otro grupo, también bajo la influencia del pietismo de Halle había aparecido y pronto se convirtió en una de las iglesias misioneras más grandes de toda la historia. Los Hermanos Moravos (Unitas Fratrum), animados por el intrépido conde de Zinzendorf, tomó con entusiasmo la Gran Comisión, y preparó el camino para la gran era de las misiones modernas. Durante el siglo dieciocho solamente, los moravos establecieron obras misioneras en las Islas Vírgenes (1732), Groenlandia (1733), América del Norte (1734), Laponia y América del Sur (1735), África del Sur (1736) y Labrador (1771). Su ferviente objetivo era la propagación del evangelio hasta lo último de la tierra, lo cual se hizo evidente por la proporción de sus misioneros con respecto a los laicos. Tenían un misionero por cada 60 laicos; un logro notable si se compara con la proporción de uno por cada 5.000 del protestantismo en general.

Uno de los rasgos característicos de las misiones moravas, que hicieron posible tan alto porcentaje de misioneros enviados al extranjero, fue el hecho de que se esperaba que todos los misioneros tuvieran sostenimiento propio. El movimiento moravo había surgido de la clase artesanal, y parecía natural que los misioneros llevaran consigo su oficio o profesión al viajar al extranjero. Las contribuciones voluntarias, según la teoría misionera morava, eran inadecuadas para el financiamiento de la tarea del evangelismo mundial. La única alternativa era que los cristianos fueran misioneros durante el ejercicio de su vocación.

En la península del Labrador los misioneros moravos se sostuvieron con negocios, y les sobraba suficiente dinero para atender a las necesidades básicas de los esquimales necesitados. Poseían barcos ' y puestos de comercio, y con su ejemplo interesaban a los esquimales en empresas productivas. El efecto de su ministerio no fue sólo llevar el evangelio a la gente, sino también mejorar su economía. En Surinam, en la costa del nordeste de la América del Sur, los moravos establecieron una variedad de negocios, entre los cuales estaban la sastrería, la relojería y la panadería. Al crecer su influencia económica, creció también su influencia espiritual, y así surgió en ese país una iglesia morava floreciente.

> La contribución más importante de los moravos — escribe William Danker — fue su énfasis en que todo creyente es un misionero y debe testificar por medio de su vocación diaria. Si otros cristianos hubieran estudiado con más cuidado el ejemplo de los moravos, es posible que los comerciantes hubieran retenido su puesto de honor dentro de las crecientes misiones mundiales cristianas, junto al predicador, al maestro y al médico.[1]

Conde Nicolás Luis von Zinzendorf

Uno de los más grandes misioneros de todas las épocas, y el individuo que hizo más por el avance de la causa de las misiones protestantes durante el siglo dieciocho y fue un noble alemán. el conde Nicolás Luis von Zinzendorf se tuvo una influencia poderosa en los comienzos del cristianismo protestante, que en muchos aspectos igualó o superó la de sus amigos Juan Wesley y Jorge Whitefield. Inició el evangelismo ecuménico, fundó la Iglesia Morava y escribió muchos himnos; pero, por encima de todo, impulsó un movimiento misionera mundial que preparó la escena para Guillermo Carey y el "Gran Siglo" [g]in las misiones quo vino posteriormente.

Zinzendorf nació en 1700 en una familia rica y noble. La muerte de su padre y el nuevo matrimonio de su madre hizo que quedara al cuidado de su abuela y de su tía, las cuales lo criaron. Su ferviente pietismo evangélico inclinaba su corazón a los asuntos espirituales. Su primera enseñanza fue reforzada por su educación. A la edad de diez años fue enviado a estudiar a Halle, donde recibió la inspiradora enseñanza del gran pietista luterano August Hermane Francke. Allí Zinzendorf se reunió con otros jóvenes devotos, y de su asociación surgió la "Orden del Grano de Mostaza", una hermandad cristiana dedicada a amar a "toda la familia humana" y a la propagación del evangelio. De Halle, Zinzendorf fue a Wittenberg a estudiar derecho como preparación para la carrera de estadista, única vocación aceptable para un noble. Pero él no estaba contento con lo que le deparaba el futuro. Anhelaba entrar al ministerio cristiano, pero el rompimiento de la tradición familiar parecía imposible. La cuestión lo abrumó hasta 1719, cuando un incidente, durante una gira por Europa, cambió el curso de su vida. En una visita a una galería de arte, vio una pintura (el Ecce Homo de Domenico Feti) que mostraba a Cristo sufriendo el dolor producido por la corona de espinas, y una Inscripción que decía: "Yo hice todo esto por ti, ¿qué haces tú por mí?"[2] Desde ese instante, Zinzendorf supo que nunca podría ser feliz :viviendo al estilo de la nobleza. A pesar del precio que tendría que pagar, buscaría una vida de servicio al Salvador que había sufrido tanto por salvarlo.

La oportunidad de participar en un servicio cristiano de importancia no se le presentó a Zinzendorf hasta 1722 cuando un grupo de refugiados protestantes buscó protección en su propiedad en Berthelsdorf, que después se llamó Herrnhut (que significa "el cuidado del Señor"). La invitación de Zinzendorf a estos refugiados a establecerse en sus propiedades, a pesar de la oposición de otros miembros de su familia, fue un punto decisivo en el desarrollo del movimiento moravo. Herrnhut creció rápidamente al tenerse noticias de la generosidad del conde. Los refugiados religiosos siguieron llegando, y pronto la propiedad se convirtió en una creciente comunidad, que se distinguía por sus casas y talleres recién construidos. Pero, al crecer la población, también aumentaron los problemas. Los diferentes fundamentos religiosos de los residentes crearon discordias y, en más de una ocasión, se puso en peligro la propia existencia de Herrnhut.

En 1727, cinco años después de la llegada de los primeros refugiados, todo el ambiente cambió. Un período de renovación espiritual llegó a su clímax en un servicio de comunión el 13 de agosto con un gran avivamiento que, según los participantes, señaló la venida del Espíritu Santo a Herrnhut. Sin tener en cuenta lo que haya sucedido en cuanto a lo espiritual, no cabe duda de que esta gran noche de avivamiento produjo un nuevo entusiasmo por las misiones, que fueron la principal característica del movimiento moravo. Las pequeñas diferencias doctrinales ya no constituyeron causa de discusión. Al contrario, había un fuerte espíritu de unidad y una elevada dependencia de Dios. Se comenzó una vigilia de oración que continuó veinticuatro horas al día, siete días a la semana, sin interrupción, durante más de cien años.

La participación directa en las misiones en el extranjero no ocurrió sino hasta unos años después del gran avivamiento espiritual. Zinzendorf asistía a la coronación del rey danés Christian VI, y durante las festividades le presentaron a dos personas de Groenlandia (conversos de Hans Egede) y a un esclavo negro de las Indias Occidentales. El quedó tan impresionado con su solicitud de misioneros que invitó al esclavo a visitar Herrnhut, y él mismo volvió a casa con un sentido de urgencia por empezar inmediatamente la obra misionera. Antes de un año se enviaron los primeros dos misioneros moravos a las Islas Vírgenes, y en las dos décadas siguientes los moravos enviaron más misioneros que los enviados en conjunto por los protestantes (incluidos los anglicanos) durante los dos siglos anteriores.



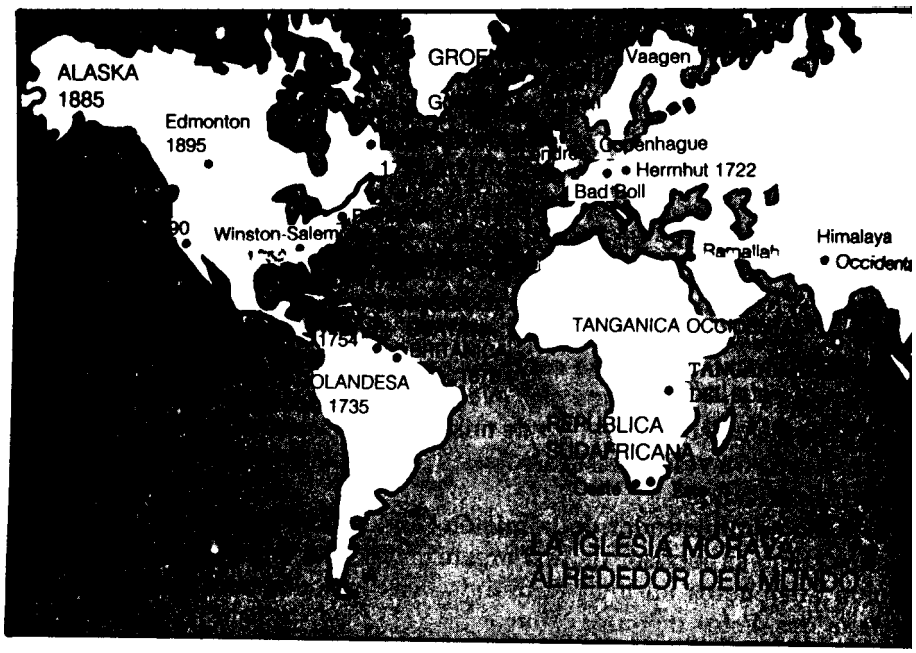
Conde Nicolás Luis von Zinzendorf

Aunque a Zinzendorf se le conoce principalmente como iniciador y motivador de misiones, también participó personalmente en empresas misioneras en el extranjero. En 1738, unos años después que los primeros misioneros habían ido al Caribe, Zinzendorf acompañó a tres nuevos misioneros que habían recibido la comisión de unirse a sus colegas allí. A su llegada, vieron con tristeza que sus colegas estaban en la cárcel; pero Zinzendorf, sin pérdida de tiempo, usó su prestigio y autoridad de noble para obtener su libertad. Durante su visita celebró servicios religiosos diarios para los caribeños, y dispuso la organización y las asignaciones territoriales de los misioneros. Cuando vio que la obra misionera estaba firme, regresó a Europa. Después de dos años, zarpó de nuevo, esta vez hacia las colonias norteamericanas. Allí trabajó, hombro con hombro, con los hermanos que laboraban entre los indígenas. También visitó las congregaciones moravas y luteranas, y trató de unirlas; pero no tuvo éxito en ninguna de las dos actividades. Los luteranos rechazaron sus planes ecuménicos, y no causó muy buena impresión entre los indígenas.

Aunque Zinzendorf había renunciado a su vida de noble, nunca pudo dominar su arrogancia ni su engreimiento, y le fue difícil rebajarse al rango de simple misionero. No le gustaba la vida en el campo, ni las molestias de la obra diaria de un misionero. Consideraba a los indígenas como incivilizados y rudos, y no le gustaba que se metieran en su vida privada. Es sorprendente que su incapacidad para relacionarse con ellos, o para llevarse bien con ellos, no apagara su entusiasmo por evangelizarlos. Zinzendorf fue principalmente un administrador de misioneros y, antes de salir de América, nombró a veinte misioneros más para la obra entre los indígenas norteamericanos.

Como administrador de la misión, Zinzendorf pasó treinta y tres años como supervisor de una organización que tenía bajo su dirección misioneros en todo el mundo. Sus métodos eran sencillos y prácticos. Estos métodos todavía pudieran ser útiles a las misiones modernas. Todos sus misioneros eran laicos preparados, no en teología sino en evangelismo. Como laicos que se sostenían a sí mismos, se esperaba que ellos trabajaran lado a lado con sus posibles conversos, dando testimonio de su fe por la palabra hablada y por el ejemplo vivo. Se debían mostrar como iguales, no como superiores a ellos. Su tarea era solamente de evangelismo, sin participar en los asuntos políticos o económicos de la localidad. Su mensaje era el amor de Cristo, un mensaje evangélico muy sencillo, sin considerar las verdades doctrinales hasta¸ después de la conversión; y aun entonces, el misticismo emocional tenía más importancia que la enseñanza teológica. Primero que todo, los misioneros moravos tenían mentalidad de solteros. Su ministerio estaba antes que todo. Abandonaban a las esposas y a los familiares por la causa de Cristo. Se animaba a los jóvenes a que permanecieran solteros, y cuando se permitía el matrimonio, a menudo se elegía el cónyuge al azar.

El ejemplo principal de dedicación a la obra fue el propio Zinzendorf, quien dejaba a su esposa e hijos cuando viajaba por Europa y otros países extranjeros. Su exilio de más de diez años, lejos de su patria, complicó aun más su vida familiar. En su ausencia, su hábil esposa Erdmuth manejaba sus asuntos comerciales y legales. Ella se preocupaba menos por mantener intacta su relación matrimonial que, como se sabía, se había ido enfriando, y los últimos quince años fue un matrimonio nominal solamente. No obstante, la muerte de



ella fue causa de amarga tristeza para Zinzendorf. Según John Weinlick, su biógrafo, "...el remordimiento agravó la pena del conde. El no había sido justo con Erdmuth. A pesar de lo que digan los críticos, él no le había sido infiel durante sus largas separaciones; pero él había sido desconsiderado en extremo. El había olvidado que ella era mujer, esposa y madre".[3]

Después del año de luto por Erdmuth, Zinzendorf se casó con Ana Nitchmann, una campesina que, junto con otras personas, lo había acompañado en sus viajes por muchos años. El matrimonio se mantuvo en secreto durante más de un año, en parte para evitar la controversia familiar, por haberse rebajado a casarse con una mujer que estaba por debajo de su clase social. A pesar de su humilde origen, Ana fue una devota hermana morava. En lo místico, ella tuvo una fuerte influencia ideológica en Zinzendorf. Este fenómeno le trajo problemas serios a la misión.

Bajo la dirección del conde, la Iglesia Morava había hecho mucho hincapié en la muerte de Cristo. Cuando era niño, el conde había meditado en la muerte y la agonía del Señor, y su llamado al ministerio se había manifestado al contemplar una pintura que representaba la agonía de Cristo. Con el correr del tiempo, lo que había sido un énfasis se volvió una obsesión, y toda la iglesia parecía sumida en una forma extremista de misticismo. Tanto los hermanos como las hermanas moravas se consideraban muy indignos al hablar en detalle de la pasión y muerte de Cristo. En una carta circular enviada a las iglesias, Ana (años antes de su matrimonio con Zinzendorf) escribió: "Como un gusanito, quisiera meter me en sus heridas (las de Cristo)." Zinzendorf mismo se refería a los hermanos como "gusanitos de sangre en el mar de la gracia". Se formó una "Orden de Necios", y Zinzendorf animaba a los miembros a portarse como niños y a considerarse como "pececillos que nadan en la sangre" o "abejitas que chupan las heridas de Cristo".[4]

Mientras que algunos pueden pensar que la obsesión de los moravos con la muerte física de Cristo fue sólo una desviación de la herencia cristiana evangélica, la importancia de tal desviación es aun más profunda en su relación con las misiones

cristianas. Cuanto más mística e introspectiva era la identificación personal de los moravos con el sufrimiento físico del Señor, tanto menos se preocupaban por las necesidades de los demás, en especial con relación al evangelismo mundial. Ellos pensaban que sus experiencias místicas, basadas en los sentidos, eran evidencia de la más alta espiritualidad, y despreciaban el lado práctico de su fe. Por eso se vio afectada la causa de las misiones cuando se discriminaba a los misioneros activos por no haber alcanzado el elevado plano de espiritualidad de los místicos.

Todo esto pudo haber causado la rápida desintegración de este gran movimiento misionero; pero, afortunadamente, el conde recobró el buen juicio antes de que eso ocurriera. Admitió que la condición da la iglesia había "degenerado mucho", y que "tal vez él tenía la culpa". Zinzendorf pudo dejar atrás ese período "breve, aunque terrible"[5] y orientar bien a sus seguidores otra vez. Por supuesto, ese hecho habla de la grandeza del conde.

La contribución de Zinzendorf a las misiones se puede apreciar mejor en la vida de los hombres y mujeres que aceptaron su reto a dejarlo todo por amor del evangelio. Toda su motivación era el amor de Cristo al sacrificarse por el mundo. Con ese mensaje fueron ellos hasta lo último de la tierra.

Christian David y Hans Egede

Aparte del conde de Zinzendorf, el individuo que más influyó en la fundación de la Iglesia Morava fue Christian David, quien tuvo la responsabilidad de llevar hermanos exiliados de toda Europa (Unitas Fratum) al campo de propiedad de Zinzendorf. David nació en Moravia en 1690, en una familia católica romana. En su juventud fue un católico devoto, cuidadoso de los ritos, días festivos y la adoración de la Virgen María. Después recordaba que su corazón ardía con el fuego de su devoción religiosa. A pesar de su profunda sinceridad, no entendía bien el verdadero cristianismo. Se fue lejos de su casa a recibir instrucción de un maestro que, junto con su familia, aunque en secreto, profesaba la fe evangélica. Aun entonces su conocimiento de las enseñanzas cristianas era limitado. Nunca había visto una Biblia antes de los veinte años de edad, cuando consiguió una.

En 1717, a los veintisiete años, David se convirtió y poco después, con el apoyo de su devota esposa Ana, fue un predicador laico itinerante. En sus viajes conoció a centenares de cristianos perseguidos y temerosos que buscaban un refugio donde pudieran adorar a Dios con libertad. Con esa experiencia David conoció a Zinzendorf en 1722, y los dos se esforzaron por establecer el campamento evangélico de Herrnhut. En los años siguientes, David representaba a Herrnhut en sus viajes por Europa, en busca de colonos.

Aunque tenía la profesión de carpintero y había tenido éxito en el reclutamiento de colonos, Christian David quería tener una vinculación más directa con el evangelismo, y esa oportunidad se presentó en 1733. El y otros dos moravos fueron como misioneros a Groenlandia a reforzar la obra misionera allí. Dos años antes de su partida para Groenlandia, Zinzendorf había oído rumores de que el misionero luterano Hans Egede estaba por abandonar su obra allí. Fue esa información equivocada la que impulsó a Zinzendorf a ir al rescate. De inmediato pidió voluntarios de sus seguidores moravos para llenar el vacío, y se escogió a David como dirigente.

La llegada de los misioneros moravos sorprendió a Egede. Los recibió bien pero,

casi enseguida, surgieron los problemas y malentendidos. Tanto Egede como David eran tercos y, como habían idiomas diferentes, el asunto se complicó más. Egede, nativo de Noruega, tenía dificultad para entender el alemán hablado por los moravos recién llegados, y estos no podían comprender el idioma noruego en lo más mínimo. David y sus compañeros se dieron cuenta de que Egede no tenía intención de dejar su misión.



Christian David, misionero moravo a Groenlandia.

Hans Egede y su familia ya habían estado en Groenlandia durante más de diez años cuando llegaron los moravos y, a pesar de los obstáculos, permanecieron dedicados del todo a la misión. Egede nació en Noruega en 1686 (cuatro años antes del nacimiento de Christian David), creció en una familia luterana devota, con la profunda influencia del pietismo que había penetrado a los países escandinavos. Estudió para el ministerio y luego pasó diez años tormentosos en el pastorado. Un conflicto con otro ministro de su diócesis, sobre cuestiones de dinero, fue la causa para que un tribunal eclesiástico lo multara más de una vez. Parece que Egede no recibía bastante dinero para mantener a su familia, pero la manera como trató de resolver la situación no era aceptable.

Desde su niñez, Egede había oído historias de Groenlandia y de los cristianos que siglos antes habían llegado allí desde Escandinavia; cristianos de cuyos descendientes no se había sabido nada por más de doscientos años. El había aprendido, en la historia de Noruega, que el evangelio había sido llevado a Groenlandia, centenares de años antes, por Leif (el hijo de Erico el Rojo, hombre violento que había sido expulsado, primero de Noruega y después de Islandia por varios casos de homicidio). Acompañado de un sacerdote, Leif propagó el cristianismo entre los habitantes de Groenlandia[7] y, para el siglo doce, la iglesia había crecido tanto que se le permitió que tuviera su propio obispo; pero, con el transcurso del tiempo, la iglesia se deterioró y cayó otra vez en el paganismo.

Estas historias, en combinación con su fervor misionero pietista, movieron al joven pastor noruego a explorar la posibilidad de comenzar una misión en Groenlandia, para alcanzar a "esa pobre gente que en tiempos pasados había sido cristiana e iluminada con la fe cristiana, pero que ahora por falta de maestros y de instrucción había caído de nuevo en la ceguera y el salvajismo pagano".[6] Como no tenía una junta misionera que lo patrocinara, Egede envió una propuesta "para la conversión e iluminación de los

habitantes de Groenlandia"' al rey (del reino unido de Dinamarca-Noruega) y a las autoridades eclesiásticas; pero la guerra con Suecia demoró la decisión sobre su solicitud durante varios años.

Mientras tanto, Egede encontró una fuerte oposición familiar a sus planes. Su suegra se enojó mucho cuando supo la noticia, y su esposa, Gertrudis (trece años mayor que él), estaba pasmada y dio a entender que se arrepentía de haberse casado con él. Su actitud cambió pronto, después que ella y su esposo oraron juntos sobre el asunto. Ella se convirtió en su apoyo más fiel y los dos respondieron a lo que ahora era un llamado conjunto. Cuando otros le ponían presión para que abandonara sus planes, ella permanecía firme en su ayuda:

> Mi querida esposa daba pruebas de su gran fe y constancia al decirme que ya era demasiado tarde para arrepentirse de lo hecho. No puedo expresar cuánto me animó al hablarme así y por el hecho de que ella, una frágil mujer, mostraba más fe y valor que yo.[8]

En el verano de 1718, Egede, junto con su esposa y cuatro hijos, salió de su parroquia del norte y navegó hacia el sur hasta el puerto marítimo de Bergen, donde esperaba conseguir pasaje para Groenlandia. Esta primera etapa del viaje, a lo largo de la traicionera costa noruega, se convirtió en una pesadilla peligrosa, que pudo haber acabado con una decisión más débil que la de ellos. Egede cayó al mar y pudo haber perecido, pero un pescador lo rescató. En vez de desanimarlo, esta incidente afirmó su fe y lo convenció de que su rescate era una señal clara de Dios de que había sido librado para un propósito divino.

Después de más de dos años de demoras e incertidumbres en Bergen, los Egede obtuvieron pasaje por medio de la Compañía Bergen y llegaron a Groenlandia en el verano de 1721. Después de afanarse por construir un alojamiento para su familia para los meses de frío que seguirían, Egede se acostumbró a la vida de misionero en el extranjero. El agradable tiempo del verano perdió su agrado por la presencia constante de nubes de mosquitos. Pero el mayor problema no eran los mosquitos sino la barrera idiomática. Egede esperaba encontrar un idioma semejante al suyo, llevado a Groenlandia siglos antes por su propia gente, pero sus esperanzas se desvanecieron pronto. El tratar de comunicar aun las frases más sencillas se convertía en una gran lucha. Para empeorar las cosas, Egede no pudo encontrar ni señal de las creencias cristianas que él esperaba habían sido trasmitidas de generación en generación durante siglos.

La comunicación no fue la única barrera cultural que Egede tenía que vencer. El tipo de vida de los esquimales era muy diferente del suyo. Ellos vivían en alojamientos primitivos, de ciento veinte a ciento ochenta centímetros de alto, a menudo atestados con varias familias en un solo alojamiento, y calentados demasiado en invierno. El olor rancio de la carne y el pescado podridos, combinados con el olor asqueroso de las vasijas con orina (para empapar las pieles), hacían que el ambiente fuera casi insoportable para el predicador noruego; pero las visitas a los hogares eran su único medio de comunicación eficaz con los esquimales durante los largos meses del invierno.

El ministerio de Egede entre los esquimales tuvo un principio lento. Mientras sus hijos menores, Pablo y Niels, aprendieron pronto el difícil idioma, en los juegos con sus amigos, Egede luchó durante años con las complejidades de la gramática, y aun entonces

se le hacía difícil comunicar los valores espirituales. El dependía mucho de Pablo y Niels, quienes fueron una gran ayuda en su ministerio. El método más eficaz de Egede para ganar la amistad y la atención de los esquimales durante sus primeros años en Groenlandia fue la música. Según su biógrafo, Luis Bobe, "él se ganó el corazón de ellos con sus cantos".[9]

Sin embargo, el progreso de la evangelización iba demasiado lento. Egede insistía en que los esquimales olvidaran su paganismo, el cual no se podría acomodar al cristianismo. Mantuvo muy firme su posición contra los rituales religiosos paganos y exigía que los esquimales acabaran con los amuletos protectores sagrados, sus supersticiosos cantos y danzas al toque de tambores y sus "malabarismos diabólicos". El tenía poco entendimiento de sus creencias y por eso no pudo establecer los vínculos entre su religión pagana y el cristianismo. Además, su objetivo era transformarlos en "seres humanos" antes de tratar de convertirlos al cristianismo. Este método fue lo que lo llevó a concentrar sus esfuerzos en los niños. Como estos no estaban llenos de supersticiones paganas como sus padres, se les podía enseñar con más facilidad. Con el permiso de los padres, él bautizaba a los niños y comenzaba a enseñarles las verdades del cristianismo tan pronto como pudieran comprender su significado.

Egede nunca abandonó su sueño de encontrar habitantes de Groenlandia cuya tradición se pudiera remontar hasta su propia tierra nativa. En sus exploraciones descubrió restos de arquitectura europea, incluso las bases de una iglesia en unas ruinas nórdicas; pero nunca pudo encontrar huellas de cristianismo que pudiera haber sido trasmitido por generaciones anteriores.

El lento progreso de la obra misionera de Egede y la falta de éxito comercial de la Compañía Bergen se combinaron para apagar el entusiasmo original que había existido en su patria por la obra en Groenlandia. Entonces en 1730 el Rey Federico IV, fuerte patrocinador de la obra misionera en Groenlandia, murió, y su sucesor, el rey Christian VI, ascendió al trono. Al año siguiente este rey decidió abandonar la empresa comercial de Groenlandia y llamó a los obreros y funcionarios de la compañía. A Egede se le permitió que se quedara, pero aun su permanencia allí era insegura. Esta fue la situación que produjo el rumor de que Egede iba a abandonar su obra misionera. Este rumor hizo que Zinzendorf enviara a Christian David y a sus colegas moravos a continuar la obra que Egede había comenzado.

Los problemas entre los moravos recién llegados y el veterano misionero Hans Egede eran inevitables. Egede, de personalidad dominante y áspera, ofendía a los moravos que creían en un método de evangelismo más delicado. Según el historiador Stephen Neill, "lo que siguió es común a lo que casi siempre ocurre cuando una segunda misión entra en un territorio donde está establecida ya otra misión más antigua. Los recién llegados critican las debilidades de los anteriores, sin importarles lo que hayan tenido que soportar los pioneros de la obra[10].

El conflicto entre los dos grupos estaba en sus métodos de evangelismo. Para los moravos, Egede era un luterano rígido y doctrinario, que tenía más interés en enseñar su fría ortodoxia que en salvar las almas. Ellos se preguntaban: "¿Cómo podría esperarse que los esquimales entendieran las doctrinas complicadas antes de que Dios les diera la luz de la salvación?" Egede, al contrario, consideraba que los moravos predicaban una religión deplorablemente sentimental, con poco interés por la doctrina cristiana y la erradicación de las supersticiones paganas. Su evangelio unilateral del amor de Cristo, con poca referencia al Dios todopoderoso, santo y justo, afirmaba él, no presentaba la realidad del

cristianismo.

A pesar de las diferencias, Egede y los moravos trabajaron hombro con hombro, y a veces mantuvieron una relación bastante amistosa. Egede les prestó todas sus notas del idioma y sus materiales a los moravos cuando éstos trataban de aprender la nueva lengua (aunque la barrera idiomática entre ellos les restaba valor a las notas). Cuando los moravos enfermaron de escorbuto, Egede los visitaba a menudo y hacía todo lo posible para darles algún alivio a su sufrimiento. Su esposa Gertrudis también se mostró amable con ellos, y los moravos la respetaban y amaban. No obstante, el conflicto siempre estaba presente, lo cual produjo el comentario siguiente de una persona de esa época:

> Los habitantes de Groenlandia dudan de toda la fe cristiana y dicen: "¿Cómo puede ser verdad, cuando ustedes mismos tienen discusiones acerca de ella?"[11]

El primer avance real del ministerio de Egede entre los esquimales fue en 1733, más o menos en la época de la llegada de Christian David y sus colaboradores. De Dinamarca llegaron las buenas noticias de que el nuevo rey había decidido continuar la obra misionera en Groenlandia. Pero con las buenas noticias vino un converso groenlandés que regresaba de una visita a Dinamarca. Este trajo también consigo la viruela. A su regreso, viajó de aldea en aldea, ministrando con Egede y, sin saberlo, propagó también la enfermedad que había llevado por dondequiera que iban. Muy pronto los esquimales estaban dominados por la viruela y luchando por su vida. Entonces se manifestó el amor y verdadero afecto que este estricto misionero tenía por ellos. Lo que él no había podido trasmitir con palabras quedó demostrado mediante las semanas y meses de abnegado servicio, en tanto que la enfermedad seguía asolándolos. Egede daba ayuda continua, y cuando no estaba sirviendo en las aldeas en el cuidado de los enfermos, los atendía en su propia casa. Al saber de su generosidad, los esquimales vinieron de muchos kilómetros a la redonda en busca de tratamiento. Los que estaban más enfermos, por graves que estuvieran, los recibía Egede en su propia casa, donde él y su esposa les daban camas y los cuidaban con mucho cariño.

Después que pasó el peligro y la calma volvió a la región, Egede observó un mayor interés de la gente en las cosas espirituales. El se había encariñado con ellos, y ahora los esquimales lo buscaban para pedirle consejos espirituales. Un groenlandés moribundo que no le había prestado atención a las enseñanzas de Egede cuando tenía buena salud, expresó de manera precisa los sentimientos de la gente hacía su misionero noruego. "Usted ha sido más amable con nosotros de lo que jamás lo hemos sido unos con otros; usted nos ha alimentado cuando hemos tenido hambre; usted le ha dado sepultura a nuestros muertos, los cuales, de lo contrario, hubieran sido devorados por los perros, zorros y buitres; y en particular, usted nos enseñado acerca de Dios y a alcanzar las bendiciones para que ahora podamos morir felices con la esperanza de una vida mejor en el más allá." La terrible epidemia de 1733 duró menos de un año, pero las cicatrices fueron más permanentes. Egede nunca pudo recobrar la salud, y su esposa siguió enferma hasta su muerte en 1736.

Mientras tanto, los moravos se habían establecido en su obra misionera y pronto comenzaron a ver grandes éxitos. En 1738 comenzó un avivamiento, y en los años siguientes centenares de esquimales se convirtieron al cristianismo. Egede acusaba a

Christian David de haber "cosechado donde él había sembrado". En parte tenía razón, pero el hecho es que el método de los moravos era más apto para los esquimales que el de Egede. Su evangelio sencillo, lleno de sentimentalismo y emoción, era más atractivo para la gente, cuyas supersticiones místicas eran parecidas al misticismo de los moravos. Muy pronto la capillita de Nueva Herrnhut estaba llena de gente. Entonces el carpintero y misionero, Christian David, construyó un templo nuevo.

Después de la muerte de su esposa, Hans Egede volvió a Copenhague y se casó otra vez. Desde allí supervisó la obra misionera en Groenlandia y preparó a jóvenes para el servicio misionero. Sus esfuerzos no dieron mucho fruto. Su mayor gozo fue ver que sus hijos continuaron la obra de evangelización en Groenlandia. Su hijo Pablo, en particular, realizó un ministerio muy eficaz en Disco Bay, donde hubo un avivamiento religioso. La gente venía desde muy lejos para oír su predicación. Su ministerio, sin embargo, se vio limitado por su deficiencia visual, pero su corazón todavía estaba en las misiones. Regresó a Copenhague, donde continuó su labor de traducir la Biblia. También colaboró allí con su padre en la preparación de un catecismo para los groenlandeses. Hans Egede murió en 1758, a la edad de setenta y dos años. Pablo vivió treinta años más, y apoyó la causa de las misiones a Groenlandia hasta el fin de sus días.

Jorge Schmidt

Al mismo tiempo que se establecía el cristianismo en Groenlandia, otros devotos misioneros moravos también lo introducían en lugares remotos del mundo. En África del Sur, Jorge Schmidt, un hermano moravo soltero, luchaba contra situaciones muy difíciles para predicar el evangelio a los naturales del país. Schmidt había nacido en Moravia en 1709, y se convirtió a la edad de dieciséis años, durante un avivamiento entre los hermanos moravos. Poco después viajó a Herrnhut. Estaba allí cuando ocurrió el gran avivamiento del 13 de agosto de 1727.

En Herrnhut, Schmidt se convirtió en un mensajero que, junto con otros hermanos, salía a predicar el evangelio. Se le asignó la tarea de volver con dos colegas a Moravia, su tierra natal. Como se sabía bien, allí la persecución de las autoridades católicas romanas era muy fuerte. Poco después de su llegada, descubrieron sus reuniones y pusieron a Schmidt y a sus compañeros en la cárcel. Después de obtener su libertad, los tres jóvenes moravos volvieron a Herrnhut. Poco después Schmidt salió de nuevo a predicar; esta vez a Austria, un ambiente aun más duro. Schmidt y sus compañeros de viaje trataron de eludir a las autoridades y tener reuniones religiosas secretas, y volvieron a caer presos. Durante tres años, él permaneció allí, en un calabozo. Las condiciones eran deplorables y, después de menos de un año, su compañero murió. Schmidt tuvo que sufrir allí solo. Si las pruebas de Schmidt hubieran sido sólo físicas, no habrían sido tan insoportables. Pero también sufrió la angustia mental, producida por la presión diaria de los jesuitas que lo tenían preso. Ellos querían que renunciara a su fe, pero él los rechazó con firmeza. Después de tres años de aflicción y tormento, sentenciaron a Schmidt a trabajos forzados, los cuales duraron tres años más. Al fin se dio por vencido y firmó un documento por el cual renunciaba a sus creencias para satisfacer a las autoridades católicas romanas.

Después de soportar tal sufrimiento y humillación, Schmidt regresó a Herrnhut con la esperanza de tener una calurosa bienvenida de parte de sus hermanos. Por el contrario, encontró una recepción fría; algunos lo trataron como apóstata, debido a su "debilidad". Se sintió deprimido y, para probar que no era cobarde, dejó la seguridad de

Herrnhut y volvió a predicar dentro de las fortalezas católicas romanas. Pero no se sentía feliz, y se sintió agradecido cuando en 1736 lo enviaron a Holanda a aprender el idioma. Luego se embarcó para África del Sur, en *1737,* a trabajar entre los hotentotes. Zinzendorf había oído los informes de Ziegenbalg y Plütschau (véase el Capítulo 5) que, de paso para la India, se habían preocupado por esos oprimidos africanos.

África del Sur era, sin duda, un campo misionero tan difícil como cualquier otro a principios del siglo dieciocho. A los colonos holandeses les disgustaban los esfuerzos misioneros que pudieran levantar el nivel social de los africanos. Por eso la llegada de Schmidt a viví entre ellos tuvo su oposición. Además, los ministros calvinistas do la Iglesia Reformada Holandesa que estaban en la Colonia del Cabo rechazaban el pietismo sentimental y emotivo de los moravos.

Después de residir por algún tiempo en una base militar, Schmid viajó al interior a una región conocida como "el valle de los simios" para trabajar entre los hotentotes. Estos, que no tenían rasgos negroides y eran de corta estatura, eran considerados como "ganado negro" por los colonos. En su esfuerzo por esclavizarlos, los colono los cazaban como si fueran animales. Los hotentotes recibieron Schmidt con precaución. Con la ayuda de un intérprete comenzó 1 predicarles y, en poco tiempo, estableció una escuela con unos con cuenta alumnos.

Como sucedía con los demás misioneros moravos, el ministerio de Schmidt no tenía patrocinadores en su patria. Se esperaba que todos los moravos fueran evangelistas; había poca diferencia entre los que ministraban en su patria y los que iban a predicar al extranjero. Schmidt trabajaba entre la gente, y hacía el evangelismo personal con sencillez en sus relaciones diarias con ellos. Por algún tiempo trabajó como jornalero en carnicerías, tenerías, venteando trigo, podando árboles frutales y haciendo otras labores de campo y después de algún tiempo, adquirió ganado propio y también un huerta propia.

La vida no fue fácil para Schmidt en África del Sur. El invierno de 1740 fue bastante severo, y él y sus vecinos sobrevivieron 1 escasez de alimentos con carne de hipopótamo, la cual no se usa pe lo común para sustento. Para Schmidt, los asuntos de la vida cotidiana eran secundarios. El único propósito de su presencia en África del Sur era la evangelización. En este campo también tuvo tiempo duros y fracasos. Su grupito de creyentes era inestable y se apartaba con facilidad del camino recto. Aun Africo, su intérprete, se volvió a su vida de inconverso; se iba a beber con sus amigos, y casi hace fracasar la débil iglesita. Schmidt los trató duramente, y pocos día después los que se habían apartado se arrepintieron; pero continuó el letargo espiritual. Schmidt estaba tan desanimado que le escribió a Zinzendorf y le dijo que quería regresar a su patria.

No sólo los africanos, sino también los residentes holandeses y la autoridades coloniales sirvieron de obstáculo para que Schmidt pudiera levantar una congregación permanente de cristianos. Los campesinos de la localidad con malicia manchaban su buena reputación Unos decían que Schmidt tenía relaciones con una mujer hotentot y otros que era un espía. Las autoridades coloniales, tanto religiosa como seglares, se resentían mucho de su presencia; la presencia de un trabajador, sin órdenes religiosas, que tenía la audacia de asumir la posición de líder espiritual.

En un esfuerzo por estabilizar la situación intervino Zinzendorf. En una carta enviada a Schmidt, le dio consejos, presentó las normas de la misión, y al mismo tiempo lo ordenó (con la esperanza de calmar a los críticos):

> ¿Por qué no bautiza usted a los hijos de los hotentotes que mueren en su infancia? [Se supone que él quiso decir "antes que mueran".] El que vino con agua y sangre, también murió por ellos. Yo lo ordeno para que bautice y dé la comunión ... como ministro de nuestra iglesia, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. . . Estoy muy contento con usted, pero, querido hermano, usted se dirige demasiado a la piel de los hotentotes, y muy poco a su corazón. . . Usted debe contarles a los hotentotes, en especial a los niños, la historia del Hijo de Dios. Si ellos aceptan al Señor, ore con ellos; si no, ore por ellos. Si su testimonio permanece, bautícelos en el mismo lugar donde mató usted el hipopótamo.[12]

Al recibir la ordenación le dio mucho ánimo a Schmidt. De inmediato ejerció su derecho al bautizar a Guillermo, quien había sido su primer converso hotentote. Después bautizó a otros, y los funcionarios holandeses se dieron cuenta de lo que pasaba. En vez de calmar la situación, la ordenación de Schmidt sólo intensificó la animosidad de los funcionarios holandeses contra él. Los ministros reformados de la Ciudad del Cabo insistieron en que los bautismos no eran válidos. Citaron a dos de los conversos para que recibieran de ellos la instrucción catequística normal. Les sorprendió ver que tenían tanto conocimiento de las doctrinas como algunos de sus propios candidatos al bautismo. No obstante, se le ordenó a Schmidt que saliera del África del Sur y se presentara ante los funcionarios oficiales en Holanda. En la primavera de 1744, zarpó para Europa a defender la validez de su ministerio ante las autoridades holandesas.

A pesar de los esfuerzos de Schmidt y de otros dirigentes moravos, nunca logró obtener el permiso para regresar. La iglesita de los hotentotes quedó sin pastor por casi medio siglo. En 1792 los moravos volvieron al valle y tuvieron la grata sorpresa de encontrar a una anciana, a quien Schmidt había bautizado hacía más de cincuenta años. Ella todavía conservaba con cariño el Nuevo Testamento que él le había obsequiado.

El segundo esfuerzo misionero de los moravos en la Colonia del Cabo tuvo más éxito que el primero. Bajo la dirección capaz de Hans Hallbeck, la obra misionera prosperó y a mediados del siglo veinte había 38 puestos de predicación y unos 50.000 creyentes bajo la jurisdicción de la Iglesia Morava.

CAPITULO 4

Las misiones norteamericanas entre los indígenas: En busca del "salvaje noble"

"Pieles rojas", "aborígenes", "los salvajes nobles", "las tribus perdidas de Israel". Ninguna otra población autóctona del mundo ha sido tan solicitada y oprimida, tanto por los funcionarios oficiales como por los políticos y los dirigentes de la iglesia, como los indígenas norteamericanos. Durante siglos, los indígenas fueron un objetivo principal de la evangelización cristiana. Las misiones católicas llegaron a la cumbre en el Nuevo Mundo. En este continente se movilizó la poderosa fuerza del catolicismo romano para convertir a la fe católica a los naturales. Con semejante celo los protestantes avanzaron en la evangelización de los indígenas, dirigidos por políticos, comerciantes y clérigos ingleses. Un grupo de valerosos misioneros protestantes realizó la obra de evangelización. La historia de las misiones indígenas norteamericanas es interesante: una historia de grandes emociones, celo y dedicación; pero una historia de grandes fracasos. ¿Cómo es posible que un esfuerzo de consagración tan grande produjera tan poco fruto? La respuesta está en los dos siglos de agresiva expropiación de tierras y del lento exterminio de los indígenas.

Los primeros misioneros que llegaron a América del Norte eran católicos romanos. En el siglo dieciséis los sacerdotes españoles, principalmente de la orden de los franciscanos, comenzaron la obra entre los pueblos indígenas, en lo que ahora es el sudoeste de los Estados Unidos. Se establecieron varias misiones, y muchos indígenas se volvieron cristianos nominales, pues insistían en la retención de muchas de sus tradiciones religiosas antiguas. Un siglo después las misiones católicas, representadas por los jesuitas franceses, entraron en el valle de San Lorenzo (ahora la provincia de Ontario, Canadá) y comenzaron la obra con los hurones. A mediados del siglo diecisiete, la mitad de la tribu se consideraba cristiana de nombre. Entonces ocurrió el ataque de la liga de los iroqueses, que se pusieron en campaña militar contra los hurones. Antes de terminar la campaña, la mayoría de los hurones había perecido, o se había esparcido. Jean de Brebeuf, director de la misión, fue torturado y asesinado, con lo cual terminó la época de las misiones jesuitas entre los hurones. La obra continuó en Québec y en otras partes, pero no con el entusiasmo que había tenido antes.

Después los misioneros católicos romanos trabajaron entre los indígenas de las sabanas y del territorio de Oregón. Sin embargo, fue el esfuerzo misionero protestante, más que el católico romano, el que hizo un impacto duradero en los indígenas de América del Norte. Desde el mismo principio de la exploración inglesa del Nuevo Mundo, hubo un fuerte impulso para ganar a los naturales para el cristianismo. Los escritos de navegantes, las compañías comerciales y los empleados oficiales, indican la existencia de ese celo misionero calculado. La cristianización de los indígenas se convirtió en un poderoso motivo para el colonialismo. Los títulos de tierras en la colonia ponían énfasis en la evangelización de los aborígenes. Los estatutos del territorio de Virginia, de 1606, comienza con la bendición del rey y su permiso a los colonos "para propagar la religión

cristiana a la gente que todavía vive en la oscuridad y la ignorancia". Los estatutos de la Bahía de Massachussets prometían "ganar y llevar a los naturales del país al conocimiento y obediencia al único y verdadero Dios y Salvador de la humanidad, y a la fe cristiana". Y el sello de la colonia daba testimonio de esta necesidad. Su emblema era la figura de un indígena que gritaba: "¡Vengan a ayudarnos!" Los estatutos de Connecticut afirmaban que la "evangelización" era el "fin principal y único" del establecimiento de la colonia. Asimismo se fundaron las colonias de Pensilvana y otras con el fin expreso de convertir a los indígenas.

En muchos casos, sin embargo, las declaraciones de los estatutos oficiales eran poco más que una retórica vacía. Al acumularse los reclamos de tierras de los colonos, el "salvaje noble" se convirtió en amenaza y obstáculo, en vez de posible hermano en Cristo. La avaricia dominaba los sentimientos humanitarios y de evangelismo. Se despreciaba abiertamente la obra de los misioneros, los cuales no sólo se enfrentaban a la hostilidad de los naturales, sino también al ridículo y a la oposición de su propia gente. Había excepciones como la de Massachusetts que, más que cualquier otra colonia, trataba de cumplir con sus obligaciones según la carta oficial. Allí se respetaba mucho a los ministros del evangelio, y se les daba la doble responsabilidad de convertir a los indígenas y de ministrar a los colonos. Con frecuencia los ministros estaban muy ocupados para dedicar tiempo a los dos aspectos de su ministerio, y se abandonaba el evangelismo de los naturales. En otros casos, los pastores tomaron en serio la doble comisión y establecieron puestos misioneros con mucho éxito.

Juan Eliot

Uno de los primeros misioneros — y tal vez el más grande — entre los indígenas norteamericanos fue Juan Eliot, a quien a menudo se le llama el "Apóstol de los indígenas". Pero a pesar de la grandeza que alcanzó como misionero, la vocación principal de Eliot fue su ministerio en la iglesia de Roxbury. Fue un ministro congregacional, padre de la iglesia de la Nueva Inglaterra colonial, no un misionero en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, su devoción a la tarea de llevar el cristianismo a los indígenas lo convirtió en uno de los grandes líderes misioneros de la historia. Muchos de sus métodos subsisten a través del tiempo.

Juan Eliot nació en Inglaterra y se educó en Cambridge, donde después de prepararse para el ministerio se graduó en 1622. Aunque fue ordenado en la Iglesia Anglicana, no era un conformista y por eso cualquier púlpito que tuviera en Inglaterra sería inseguro y de alcance limitado. Así que, después de trabajar de maestro por varios años con el gran padre puritano Thomas Hooker, salió para Norteamérica donde sus oportunidades para el ministerio eran muchas. En el verano de 1633 llegó a Massachusetts. Esta colonia todavía no había cumplido dos años de fundada.

Aunque la vida de Nueva Inglaterra le parecía a Eliot remota y falta de civilización, pronto se sintió allí bastante cómodo. Antes de un año sus tres hermanos, sus tres hermanas y su novia se unieron a él en el Nuevo Mundo. Después de pasar un año en Boston como pastor auxiliar, Eliot aceptó una invitación a pastorear la iglesia de Roxbury, donde se habían establecido muchos amigos y vecinos suyos de Inglaterra. Roxbury era un pequeño caserío de avanzada, a sólo tres kilómetros de Boston. Allí se casó Juan Eliot con Hanna Mumford, en ceremonia civil, en octubre de 1632. Esta fue la primera boda registrada en ese pueblo.

Como les sucedió a muchos pastores coloniales, los primeros años del ministerio

de Eliot los dedicó a satisfacer las necesidades de su congregación. Había indígenas cerca, pero sus visitas ocasionales a Roxbury llamaban poco la atención. Ellos eran pacíficos, y los colonos se acostumbraron a su presencia y pensaban poco en su evangelización. Lo peor es que muchos habitantes de Nueva Inglaterra, incluso algunos ministros del evangelio, consideraban el incremento en la mortalidad de los indígenas, debido a las enfermedades importadas de Europa, como el medio divino para "limpiar la tierra" para "su pueblo". Ellos pensaban que los indígenas eran un desagradable estorbo que retardaba el progreso de la civilización.

Sólo en 1644, cuando Eliot tenía ya cuarenta años de edad, comenzó en serio su esfuerzo misionero. No hubo un llamado macedónico. Tampoco una comisión solemne. Sencillamente vio la necesidad y estuvo en disposición de servir. Su primer paso fue el estudio del idioma; dos años de angustia mental para aprender el dialecto de la lengua algonquina. Este idioma no había sido escrito antes y tenía sonidos guturales e inflexiones de voces. En esta difícil tarea lo ayudó Cochenoe, un joven indígena capturado en la guerra de Pequot. Cochenoe fue el maestro de Eliot y también lo acompañó como intérprete y ayudante durante varios años.

En el otoño de 1646, Eliot le predicó su primer sermón a un grupo de indígenas que vivían cerca. Esa fue la primera prueba definitiva de su capacidad para comunicar sus ideas con eficacia, y él quería tener éxito. A pesar de sus esfuerzos, su mensaje cayó en oídos sordos; los indígenas "no le dieron importancia, ni le pusieron atención, sino que estaban inquietos y despreciaron lo que yo dije". Un mes después, Eliot predicó nuevamente, esta vez a un grupo mayor de indígenas que se congregaron en la casa de Waban. La reacción al sermón mejoró mucho. Los indígenas escucharon con atención durante más de una hora, y al terminar el sermón, hicieron preguntas. Eliot describió después esas preguntas como "curiosas, maravillosas e interesantes". Eliot respondió a algunas de las preguntas; pero después, con buen conocimiento de los métodos misioneros, no contestó más preguntas y "resolvió dejarlos con el deseo de preguntar más". Antes de salir del campamento, Eliot repartió regalos, incluyendo entre estos carnes, dulces y manzanas. El saboreó el éxito por primera vez y se "despidió con muchas invitaciones a volver".[1]

Dos semanas después de esta animadora reunión, Eliot regresó acompañado de dos pastores y un laico (como en las primeras visitas). Vinieron más indígenas curiosos y la reunión fue provechosa. Después de la oración para comenzar, Eliot dirigió a los niños en la recitación del catecismo y, por su supuesto, los padres aprendían mientras escuchaban. Entonces predicó sobre los Diez Mandamientos y el amor de Cristo. Algunos indígenas respondieron con lágrimas. Luego siguió la sesión de preguntas, de las cuales la más difícil fue: "¿Por qué ningún hombre blanco nos ha dicho estas cosas antes?"



Juan Eliot, misionero puritano a los indígenas Algonquinos.

Eliot siguió haciendo viajes cada dos semanas al caserío de Waban en los meses siguientes, dando lecciones de catecismo y sermones evangelísticos que preparaba con cuidado y practicaba en el difícil Idioma algonquino. Aunque él mismo tenía gran parte del ministerio, siempre reclutaba a otros para que lo ayudaran, entre los cuales se encontraban los pastores vecinos y sus propios feligreses. El entusiasmo de ellos lo animaba y hacía que la misión siguiera su marcha en las épocas difíciles. Los viajes eran siempre lentos y trabajosos. Eliot se fatigaba al andar por los accidentados caminos rurales, pero nunca perdía su optimismo: "No tuvimos ni un sólo día malo cuando fuimos a predicar a los indígenas durante el invierno. ¡Alabado sea el Señor! "[2]

Con el correr del tiempo, algunos indígenas se convirtieron y se vieron cambios notables en su vida. Un informe publicado antes de un año después de la primera reunión de Eliot con los indígenas, indicó el siguiente progreso:

1. Los indígenas han dejado sus danzas y fiestas solemnes.
2. Han dedicado tiempo a las oraciones matutinas y vespertinas en sus caseríos.
3. No sólo guardan el día de reposo sino que han puesto una ley para los que no lo guarden. Cualquiera que lo profane debe pagar veinte chelines.
4. Se han vuelto industriosos y hacen artículos para vender durante todo el año. En el invierno hacen escobas, estufas, ollas y canastas; en la primavera venden frutas y pescado.
5. Las mujeres están aprendiendo a hilar.[3]

Una de las primeras preocupaciones de los indígenas y de Eliot era la de tener una zona dedicada específicamente para los indígenas cristianos. La idea de Eliot era que los nuevos conversos debían estar separados de los que no tenían interés en el evangelio. Los indígenas, por su lado, querían tener un lugar de su propiedad. Los colonos blancos habían estado construyendo casas y cercas, y restringían a los indígenas en la pesca y la caza.

Eliot hizo una petición a favor de los indígenas ante el Tribunal General, el cual les concedió varios millares de hectáreas, a unos veintinueve kilómetros al sudoeste de Boston, en un rincón apartado del territorio de Natick. Los indígenas no se opusieron al traslado, y pronto establecieron Natick, al cual se hace referencia, por lo común, como "pueblo de oración".

Natick no fue una colonia indígena común. Se trazaron las calles y cada familia recibió un lote. Por sugerencia de Eliot, se construyeron algunos edificios según el estilo europeo, pero la mayoría de los indígenas decidió continuar con su tipo de casas. Eliot implantó una forma de gobierno bíblico, con base en el plan de Jetro en Éxodo 18:21. Se dividió a la población en grupos de diez, de cincuenta y de cien; cada división con un jefe. La civilización del hombre blanco se convirtió en norma, y se esperaba que los indígenas cristianos la aceptaran. Para Eliot, el verdadero cristianismo no sólo cambiaba el corazón y la mente, sino también el tipo de vida y la cultura. El no podía concebir una comunidad verdaderamente cristiana que tuviera una cultura que fuera distinta de la europea. Este factor puede haber sido la debilidad mayor de su ministerio. Desafortunadamente, las generaciones de misioneros que lo siguieron, salvo pocas excepciones, perpetuaron el mismo error.

Hubo problemas en el establecimiento de Natick, en particular por parte de los colonos blancos a quienes no les gustaba la residencia permanente de los indígenas entre ellos. Eliot seguía haciendo peticiones de más tierra ante el Tribunal General de Massachusetts y, para 1671, había congregado a más de 100.000 indígenas en 14 "pueblos de oración". El Tribunal General fiscalizaba con cuidado su ministerio. Eliot aceptaba con gozo todos los fondos públicos que ellos apropiaran para sus proyectos.

Aunque Eliot dedicaba tiempo y esfuerzos a los asuntos temporales, su mayor interés era el bienestar espiritual de los naturales. El era lento y meticuloso en su evangelismo y, aunque vio sus primeras conversiones después de predicarles sólo tres veces, nunca trató de acelerar ese proceso. En realidad, se propuso demorar el bautismo y la asociación de los nuevos conversos con la iglesia, hasta cuando él estuviera convencido de que los indígenas estaban consagrados a su nueva fe. Se celebraron los primeros bautismos en 1651, cinco años después de las primeras conversiones. Asimismo el establecimiento de una iglesia indígena se pospuso hasta que Eliot y los otros pastores decidieran que los indígenas estaban preparados para asumir las responsabilidades de la iglesia.

Eliot no sólo buscaba las profesiones de fe sino también la madurez espiritual de sus prosélitos indígenas. Esto se podría conseguir, según él, sólo cuando ellos pudieran leer y estudiar la Biblia en su propio idioma. Por eso en 1649, tres años después de su primer sermón en el caserío de Waban, a pesar de todas sus ocupaciones, comenzó su trabajo de traducción. Su primera obra completa fue un catecismo impreso en 1654. Al año siguiente el libro de Génesis y el Evangelio según San Mateo; y en 1661 se completó el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento siguió dos años después. A pesar de esta grandiosa realización, se criticó con dureza a Eliot porque, según sus críticos, había desperdiciado su tiempo en el idioma indígena, en vez de enseñarles inglés a los indígenas.

Con el paso de los años y según fueron creciendo en número los pueblos de oración — y también crecieron espiritualmente los creyentes indígenas —, Eliot concentró más y más sus esfuerzos en el adiestramiento de los líderes de estos. En 1660 ya se habían preparado veinticuatro evangelistas indígenas para un ministerio entre su

propia gente, y varias iglesias habían ordenado a sus propios pastores. Se establecieron escuelas en cada pueblo, y parecía que los indígenas se estaban adaptando bien a la cultura europea. El futuro parecía halagador, pero se trataba sólo de una apariencia engañosa. Las décadas de la usurpación europea de tierras indias no podían seguir indefinidamente sin que se les pusiera fin. La usurpación de tierras, los negocios fraudulentos y el maltrato de los indígenas tarde o temprano habrían de provocar el desquite por parte de estos. Ya existía intranquilidad entre los del nordeste, y aun los indígenas cristianos no podrían escapar de los horrores que se asomaban en el horizonte: la más sangrienta guerra en la historia de la colonia inglesa en Norteamérica.

La Guerra del Rey Felipe (llamada así por causa del cacique de los Wampanoag que inició la lucha) comenzó en el verano de 1675 después del ahorcamiento de tres guerreros que habían dado muerte a un indio amigo de los colonos por haber éste informado al gobernador colonial sobre los planes de ataque del cacique. Los colonos casi pierden esta guerra. Ella fue similar, aunque en una escala mucho mayor, a la que ocurrió en la desafortunada colonia de Virginia. Aun así, antes de terminar la contienda, más de un año después de su comienzo, quedaron devastados más de trece pueblos y un número aun mayor de caseríos. Familias completas — abuelos, padres, tías, tíos y niños pequeños — desaparecieron de los libros de registro coloniales.

Los indígenas de los "pueblos de oración" tuvieron una suerte trágica en esta sangrienta guerra. La misma historia se repetiría muchas veces en la historia norteamericana. Aunque aun los indígenas cristianos tenían quejas legítimas contra la invasión de sus tierras por los blancos y, aunque, según Eliot, "el asunto de la tierra no les era causa pequeña de tropiezo,"[4] ellos permanecieron fieles junto a los colonos blancos ante el ataque de los Wampanoag y de otras tribus. Además, ayudaron a la milicia colonial como exploradores y guerreros. Su ayuda inclinó la balanza a favor de los colonos. Pero su lealtad y servicio no fueron suficiente. Había mucha tensión. Se sospechaba de todos los naturales. Por eso los colonos enviaron a centenares de indígenas cristianos al exilio en una "isla desértica" del puerto de Boston. En el afán por expulsarlos, no les dieron tiempo para recoger sus posesiones, y los forzaron a pasar un invierno duro, sin alimento ni provisiones suficientes.

Eliot visitó varias veces a los indígenas durante ese invierno. También pidió a los funcionarios oficiales más alimentos y medicinas para ellos. Su intervención consiguió poca ayuda material. Sin embargo, estos exiliados tuvieron más suerte que las familias que quedaron atrás. Muchos de los que quedaron murieron indiscriminadamente a manos de colonos cobardes que procuraban vengarse en cualquiera que pareciera indígena. Al terminar la violencia, la mayoría de los aborígenes cristianos sobrevivientes regresaron a sus pueblos devastados. Se hicieron esfuerzos para reconstruirlos, pero la vida ya no sería igual que antes. Los indígenas se encontraban debilitados no sólo en número, sino en espíritu. Muchos de ellos que habían prestado servicio como soldados fueron tentados por el licor del hombre blanco y ya no se preocuparon más de las cosas espirituales.

La Guerra del Rey Felipe fue una tragedia para los muchos indígenas y blancos que participaron en ella de modo directo. También lo fue para el anciano de setenta y dos años, Juan Eliot, quien había invertido décadas de servicio abnegado en su obra misionera, arruinada ahora por la guerra. Pero él no se daba por vencido con facilidad: "Puedo hacer poco, pero estoy resuelto, por la gracia de Cristo, a no dejar nunca la obra mientras tenga piernas para andar."[5] Con el transcurrir de los años, su rendimiento

disminuyó, pero él siguió fiel a la obra hasta el día de su muerte en 1690, a la edad de ochenta y cinco años.

Aunque gran parte de la obra de Eliot fue perjudicada por la devastación de la guerra, su reputación como misionero del más alto rango no sufrió mella alguna. Su ejemplo como evangelista y traductor de la Biblia preparó el camino para la futura obra misionera entre los indígenas. Su influencia en la fundación de la Sociedad para la Propagación del Evangelio, brazo misionero de la Iglesia Anglicana, de participación activa en las colonias norteamericanas, fue enorme.

¿Cuál fue el secreto de la vida de servicio excepcional de Eliot? ¿Qué le dio valor para soportar los años de oposición, duro trato y desengaños? Hay que observar tres características: su optimismo inagotable, su capacidad para conseguir la colaboración de otras personas y su certeza absoluta de que Dios, y no él, era el que salvaba las almas y tenía dominio no sólo de los tiempos buenos sino también de los malos.

Los Mayhew

Eliot fue sólo uno de los varios pastores de la Nueva Inglaterra colonial que tuvo un ministerio eficaz entre los indígenas. La familia Mayhew también tuvo otra misión notable entre los naturales de la Viña de Marta. Tomás Mayhew padre vino a Norteamérica en la década de los años 1630, más o menos al mismo tiempo de la llegada de Eliot. Poco después de su llegada, se estableció en la isla de la Viña de Marta, donde adquirió los derechos de propiedad y se hizo gobernador. Su hijo Tomás estudió para el ministerio y fue ordenado antes de cumplir los veinticinco años de edad; entonces volvió a su hogar en la Viña de Marta para servir como pastor.

Aunque el ministerio del joven Mayhew era principalmente con los colonos blancos, él también, como Eliot, muy pronto se interesó por los indígenas que vivían cerca. Trabajó con paciencia en el evangelismo personal con ellos y en 1643 se convirtió bajo su ministerio un indígena llamado Hiacoomes. Desde entonces el joven Mayhew hizo viajes evangelísticos a otros grupos de indígenas en compañía de su intérprete Hiacoomes, hasta cuando Mayhew aprendió el idioma. Antes de los diez años había casi 300 conversos, y Mayhew estableció una escuela. El ministerio de este joven pastor era muy prometedor, aunque todavía estaba entre los treinta a treinta y cinco años de edad, y tenía toda una vida por delante para fortalecer su obra. Pero él quería hacer manifiesta su obra en el extranjero y decidió zarpar para Inglaterra con uno de sus creyentes. A pesar de los ruegos de sus compañeros para que continuara en la obra, el joven Mayhew se despidió de su esposa y de sus hijos y salió para Inglaterra en 1655, y nunca más se supo de él.

Cuando el naufragio de su hijo pareció confirmado, Tomás Mayhew, el padre de setenta años de edad y todavía gobernador y propietario de la Viña de Marta, se encargó de la obra misionera. Aunque él no era pastor, gozaba del respeto de los indígenas, porque había reconocido los títulos de propiedad de ellos y su estructura social. Ellos lo aceptaron sin dificultad como su líder espiritual. Con gran sentido de responsabilidad, él asumió los deberes de su hijo y sirvió como misionero durante veintidós años, hasta su muerte a la edad de noventa y dos años. Su nieto, Juan Mayhew, también estuvo relacionado con la obra, y después de su muerte, Experience Mayhew, de la cuarta generación de los Mayhew, se encargó de la obra durante treinta y dos años más.

David Brainerd

Uno de los misioneros más importantes entre los indígenas de Norteamérica, y tal vez de todas las épocas, ha sido David Brainerd. Heredó el puritanismo de Nueva Inglaterra y fue un producto del Gran Avivamiento. Brainerd era devoto por excelencia. Toda su misión se resumía en llevar el evangelio a las esparcidas tribus de indígenas nómadas. En esa causa invirtió su vida. A la edad de veintinueve años, sólo después de cinco años de obra misionera, murió a consecuencia de su extenuante trabajo. Brainerd ganó su lugar en la historia, en especial por la gran inspiración que su vida ha dado a otros. Su relato de viajes, su diario y su biografía, publicados por Jonatán Edwards, son obras clásicas de la literatura evangélica. Su vida ha tenido mucha influencia en los misioneros que vinieron después de él, entre otros Henry Martyn y Guillermo Carey. Pero hay quienes han dudado de sus métodos de evangelismo. Los métodos de Brainerd eran muy diferentes de los de Juan Eliot, su gran predecesor como misionero entre los indígenas norteamericanos. A pesar de la intensidad de los esfuerzos de Brainerd, los resultados de su obra fueron pocos.

David Brainerd nació en 1718 en Haddam, Connecticut. Su padre era un hacendado que vivía con su esposa y nueve hijos en una gran finca cerca del río Connecticut. El padre de David murió cuando éste tenía sólo ocho años; su madre murió cuando él tenía catorce. Esta tragedia siempre estaba presente en su memoria. La muerte era algo muy real para él, y en muchos aspectos careció de la felicidad de una niñez sin preocupaciones. El era sobrio y estudioso y se interesaba mucho por la condición de su alma.

A la edad de veinte años, después de vivir con su hermana y trabajar en una granja por algún tiempo, Brainerd volvió a Haddam a estudiar en el hogar de un pastor anciano. Este caballero piadoso tenía verdadero interés en su joven discípulo, pero su consejo de "alejarse de los jóvenes y cultivar la amistad de personas serias y mayores"[6] no era el tipo de consejo que Brainerd necesitaba. Esto sólo pareció perpetuar su peregrinaje religioso lleno de altibajos. El pasaba de las cumbres de elevada espiritualidad a los valles de mortificante desesperanza. La lucha espiritual de Brainerd llegó a su clímax con una experiencia de "gloria inefable", que le dio la seguridad de la salvación, pero sus altibajos espirituales continuaron por el resto de su vida.

En septiembre de 1739, a la edad de veintiún años, Brainerd se matriculó en la Universidad de Yale. Ese era un tiempo de transición allí. Al entrar a estudiar se sintió desanimado por la indiferencia religiosa que vio a su alrededor. Sin embargo, el impacto de Jorge Whitefield y el Gran Avivamiento cambió pronto ese ambiente. Los grupos de estudio bíblico y de oración surgieron de la noche a la mañana, a veces a disgusto de los dirigentes de la facultad, pues ellos tenían temor del "entusiasmo" religioso. Fue entonces cuando Brainerd hizo un insensato comentario acerca de uno de los preceptores, al comentar que no poseía más "gracia divina" que una silla, con lo cual quería decir que el maestro era un hipócrita. Les informaron de eso a los funcionarios de la facultad, quienes sin duda buscaban un incidente así para desacreditar el avivamiento espiritual. David, como víctima conveniente, fue expulsado porque rehusó retractarse públicamente de lo que había comentado en privado.

Esa fue una situación lamentable para Brainerd y le causó angustia durante años. Esto contribuyó también a su actitud melancólica. A pesar de sus propios esfuerzos y los de amigos influyentes, no lo readmitieron, ni le permitieron graduarse de Yale. No obstante, sus años de estudio no fueron una completa pérdida. En sus días de estudiante

escuchó un sermón de Ebenezer Pemberton, con un emocionante mensaje sobre las oportunidades de la obra misionera entre los indígenas. Brainerd nunca olvido ese mensaje y, en noviembre de 1742, después de su expulsión de Yale, respondió con entusiasmo al llamado de Pemberton para ir a la ciudad de Nueva York a hablar sobre la posibilidad de su participación en la obra misionera entre los naturales. Pemberton era un pastor norteamericano, quien también tenía el cargo de secretario en Estados Unidos de la Sociedad de Escocia para la Propagación del Conocimiento del Cristianismo. Hacía poco tiempo que la sociedad había inaugurado su obra entre los indígenas, y Brainerd sería uno de dos misioneros cuyo ministerio sería sostenido por ella.

Aunque Brainerd se consideraba indigno de tal tarea, los miembros de la junta opinaron de otro modo y, con entusiasmo, le ofrecieron el nombramiento. El primer período de servicio de Brainerd fue en Kaunaumeek, Nueva York, donde debía pasar algún tiempo estudiando el idioma indígena con Juan Sergeant, un misionero veterano que trabajaba en la cercana Stockbridge, Massachusetts. Juan y su esposa Abigail habían tenido un eficaz ministerio entre los indígenas durante ocho años. Bautizaron a más de cien conversos y tradujeron partes de la Biblia. Esta hubiera sido una gran oportunidad para un misionero nuevo, como Brainerd, de aprender y trabajar con este experto misionero; pero no fue así. El espíritu de independencia de David Brainerd y su deseo de tener sus propios conversos lo impulsaron a emprender la tarea solo. Pero desconocía la lengua nativa y no estaba preparado para la vida entre los indígenas.

Sus primeros días de misionero fueron solitarios y desanimadores: "Estaba descorazonado... Me parecía que no iba a tener ningún éxito entre los indígenas. Mi alma se sentía cansada de la vida, y yo deseaba grandemente la muerte." Durante varias semanas Brainerd trató de predicar a los indígenas sin intérprete, aunque después recibió la ayuda de un intérprete indígena de Stockbridge. Sus esfuerzos no producían fruto y sentía que su vida era miserable:

> Vivo en el desierto más solitario y melancólico, a unos veintinueve kilómetros de Albany... Ceno en la casa de un escocés pobre; su esposa casi no habla inglés. Mi dieta consiste en su mayor parte de pudín, maíz cocido y pan horneado en ceniza. . . Mi alojamiento es un montón de paja sobre unas tablas. Mi trabajo es demasiado duro y difícil: recorro a pie casi a diario unos dos kilómetros y medio por el peor de los caminos, y al terminar el día hago el mismo viaje de regreso, pues vivo muy lejos de mis indígenas.[7]

Durante el siguiente verano, Brainerd construyó su propia choza cerca de la población indígena, pero su intento por evangelizar a éstos continuó sin éxito. Su primer invierno en el campo fue riguroso y, debido a ello, se enfermó. En una ocasión estuvo perdido en el bosque; en otra "estuvo mucho tiempo a la intemperie, pues permaneció muy mojado después de caer en un río". En marzo de 1744, después de un año en Kaunaumeek, Brainerd predicó su último sermón. Estaba desanimado con su carrera de misionero; pero a pesar de las ofertas de algunas iglesias establecidas para que fuera su pastor, "decidió continuar más tiempo con el programa indígena".[8]

La siguiente misión de Brainerd fue en Pensilvania, al norte de Filadelfia, en tierras bañadas por el río Delaware. Allí los indígenas lo recibieron bien y a menudo se le permitió que predicara en la casa del cacique. Sin embargo, el progreso fue lento. Su

nuevo intérprete indio, Tattamy, no sólo tenía problemas con la bebida sino que le faltaba conocimiento espiritual, y por eso no lograba presentar bien el mensaje de Brainerd. Brainerd veía sus posibilidades de lograr conversiones "tan oscuras como la medianoche".

Después de varios meses cerca del Delaware, Brainerd viajó con rumbo oeste para predicar a los indígenas a lo largo del río Susquehanna. Fue un viaje duro: "Emprendimos nuestro camino por territorio inexplorado; encontramos la trayectoria más difícil y peligrosa de lo que ninguno de nosotros hubiera visto antes; altas montañas, profundos valles y horribles peñas se interponían en nuestro camino." Para empeorar las cosas, el caballo de Brainerd cayó en un "lugar terrible" y se rompió una pata. A Brainerd no le quedó otra alternativa que matarlo y seguir a pie hasta la próxima casa, que quedaba a unos cuarenta y ocho kilómetros de distancia. Después de predicar con poco éxito, Brainerd volvió a la orilla del Delaware donde, excepto viajes frecuentes, se quedó durante su segundo año de servicio misionero.[9]

La enfermedad y la depresión siguieron azotando a Brainerd. Sus esperanzas de avivamiento entre los indígenas se habían disipado hacía mucho tiempo. Con excepción de Tattamy y su esposa, que habían sido convertidos y estaban progresando mucho en su vida espiritual, Brainerd consideraba como tiempo perdido el año que pasó en Delaware. Se sentía culpable al creer que no había realizado nada por lo que le pagaban, y se disponía a renunciar. En el verano de 1745 se sintió reanimado. Supo de un grupo de indígenas que vivían a unos 136 kilómetros al sur, en Crossweeksung, Nueva Jersey, que estaban más dispuestos a recibir el cristianismo. Una vez más Brainerd se puso en marcha, pero en esta ocasión con mejor suerte. Los indígenas de Nueva Jersey estaban más deseosos de escuchar el evangelio. Muy pronto indígenas y blancos venían desde muy lejos a oír su predicación. Ansioso de ver resultados, Brainerd bautizó a veinticinco conversos pocas semanas después, y al invierno siguiente organizó una escuela.



David Brainerd predicando a los indígenas.

El verdadero fruto de la obra de Brainerd se hizo evidente en el verano de 1745, al producirse un avivamiento entre los indígenas. Aunque Brainerd todavía dependía de un intérprete, y los naturales entendían sólo las cosas más elementales del cristianismo, ellos respondieron a su predicación. Las escenas cargadas de emoción, características del Gran Avivamiento, aparecieron de repente entre los indígenas de Crossweeksung. Como

aparece en su diario, Brainerd se puso muy feliz al ver los resultados de las vidas transformadas.

> Agosto 6. Por la mañana les prediqué a los indígenas en la casa donde nos quedábamos. Muchos de ellos parecían muy conmovidos y tiernos, de modo que unas pocas palabras acerca de las necesidades de su alma hacían que derramaran muchas lágrimas, con grandes suspiros y lamentos.
>
> Por la tarde iban al lugar donde yo acostumbraba a predicarles para oír otro sermón. Había unas 55 personas en total. Unas 40 personas podían entender la predicación. Yo insistía en 1 Juan 4:10: "En esto consiste el amor." Ellos parecían deseosos de oír, pero no sucedió nada especial, excepto su atención, hasta cerca de la conclusión de mi sermón. Entonces las verdades divinas mostraron su influencia, la que produjo una gran preocupación entre ellos. Sólo unos 3 de los 40 pudieron contener las lágrimas y los amargos sollozos.
>
> Todos a una se angustiaban por Cristo mientras yo discurría sobre el amor y la compasión de Dios, al enviar a su Hijo a sufrir por los pecados de los hombres. Cuanto más los invitaba a acercarse y participar de su amor, tanto más se agravaba su sufrir, pues se sentían incapaces de acercarse a Cristo. Era sorprendente ver que sus corazones parecían traspasados por las tiernas y dulces invitaciones del evangelio, aun cuando no se les decía ninguna palabra de terror.
>
> Era muy conmovedor ver a los pobres indígenas, que antes clamaban y vociferaban durante sus fiestas idólatras y sus borracheras, clamando ahora a Dios de tal manera debido a su interés en su Amado Hijo. Hallé a dos o tres personas, que yo pensaba que habían tomado una decisión muy firme la noche anterior. Estos, con otros que habían obtenido el mismo consuelo espiritual, estaban juntos y parecían tener mucho gozo en que Dios estaba realizando su obra con tal poder en otras personas.[10]

En la primavera de 1746, Brainerd convenció a los indígenas esparcidos de Nueva Jersey a que se establecieran juntos en la cercana aldea de Cranbury, y poco después se estableció allí una iglesia. Siguieron más avivamientos, y después de año y medio los creyentes llegaban a casi 150 en número. Pero la salud de Brainerd estaba quebrantada. Su cuarto y último viaje al Susquehanna, aunque con más éxito que en las anteriores giras de predicación, fue un esfuerzo demasiado grande para su frágil constitución. El estaba muriendo de tuberculosis. Su obra misionera llegaba a su fin.

Después de pasar el invierno en la casa de un pastor y amigo de Nueva jersey, Brainerd viajó a Northampton, Massachusetts, donde pasó los últimos meses de su vida en el hogar del gran predicador y erudito Jonatán Edwards, con cuya hija Jerusha pensaba casarse. Pero ese sueño nunca se realizó. Inútilmente Jerusha lo cuidó con mucho cariño durante diecinueve meses. El murió el 9 de octubre de 1747. El 14 de febrero, Día de los

Enamorados, Jerusha murió también de tisis que, según parece, contrajo de él.

Eleazer Wheelock

Si Brainerd no estaba bien preparado para su ministerio, hubo otros entre los primeros misioneros a los indígenas más dignos de imitación que él. Entre ellos estuvo Eleazer Wheelock y sus novedosas ideas sobre la educación. El doctor Wheelock era de Nueva Inglaterra. Se graduó de Yale en 1733. Como los otros pastores de Nueva Inglaterra antes de él, Wheelock también sentía la responsabilidad de llevar el evangelio a los indígenas. En 1743 trajo a un joven indio, Sansón Occum, a su casa y dedicó cuatro años a su educación. Su éxito con Occum lo llevó a desarrollar un modelo que el historiador R. Pierce Beaver ha llamado "el esquema de operación, lo más original de toda la historia de las misiones entre los naturales de Nueva Inglaterra".[11]

El plan de Wheelock era traer indígenas y blancos para que se prepararan juntos para el servicio misionero. De este modo, los estudiantes blancos aprenderían el idioma y la cultura de los indígenas, y estos se instruirían en las costumbres de aquellos. Tanto los blancos como los naturales recibirían adiestramiento en evangelismo indígena. Se haría hincapié en el reclutamiento de indígenas, pues ellos no tendrían las barreras culturales y podrían vivir y trabajar con menos respaldo económico que los blancos.

Wheelock abrió su escuela en Líbano, Connecticut, en 1754 con dos estudiantes indígenas enviados por Juan Brainerd. Este había sucedido a David, su famoso hermano, en la misión de Nueva Jersey, y tuvo más éxito que él. La escuela se alojó en una casa donada por Josué Moor, y la institución se conocía como Escuela Preparatoria Moor. Cuando más, hubo 22 estudiantes matriculados, y la obra misionera de Wheelock era la más extensa de todas las de Nueva Inglaterra. Wheelock preparó unos 50 indígenas, y más o menos una tercera parte de ellos volvió a sus comunidades como evangelistas y maestros.

¿Una deslumbrante historia de éxito? Desafortunadamente, no. Lo que le sobraba al proyecto en ideas novedosas, le faltaba en liderazgo eficaz. Los prejuicios y la personalidad de Wheelock fueron un obstáculo en la senda del progreso. En vez del compartimiento mutuo de culturas, la escuela se vio dominada por la del hombre blanco. Wheelock nunca pudo dominar su desprecio por los indígenas y su civilización (o falta de ella). Aunque preparó con éxito a los estudiantes indígenas y los envió al ministerio, no pudo trabajar con ellos como iguales, en especial con Sansón Occum, su primer alumno. Este llegó a ser un misionero muy respetable. Con el correr del tiempo, la escuela de Wheelock fue decayendo en asistencia. Alfin se trasladó a Dresden, donde se dedicó a la educación de blancos y se conoció como Dartmouth.

David Zeisberger

El mayor esfuerzo en las misiones entre los indígenas durante el período colonial vino de Nueva Inglaterra, pero había también una obra eficaz en progreso en otros lugares de las colonias. Muchos de los misioneros eran europeos, mayormente moravos (véase el Capítulo 3). El más famoso de los misioneros moravos a los indígenas fue David Zeisberger, quien trabajó en medio de tragedias y dificultades durante sesenta y tres años. Su historia es una de tantas que ilustra gráficamente las injusticias de que fueron objeto los indígenas norteamericanos cuando los europeos se apoderaron de sus tierras.

Zeisberger comenzó su ministerio en 1744 en el valle del río Hudson. Debido a

la opinión pública adversa a la evangelización de los indígenas, él y su socio se encontraron enseguida en la cárcel, donde estuvieron confinados durante siete semanas hasta que un funcionario oficial los puso en libertad. Como misionero moravo, Zeisberger no sólo sufrió la oposición abierta a su llamamiento a la obra, sino que también enfrentó los prejuicios contra su fe. Los moravos eran considerados como miembros de una "secta" y despreciados por las denominaciones protestantes tradicionales. A pesar de la persecución, Zeisberger persistía en su obra misionera. En 1746 ayudó a establecer Gnadenhuetten, una aldea indígena cristiana en Pensilvania que llegó a ser una próspera comunidad agrícola de unos quinientos residentes indígenas. El era tan respetado que los naturales lo nombraron un "sachem", o sea, "cuidador de los archivos".

Sin embargo, los buenos tiempos no duraron mucho. Tanto los blancos como los indígenas que le eran hostiles sospechaban de Gnadenhuetten. En 1755, al comienzo de la guerra contra los franceses y los indígenas, una banda de éstos atacó la aldea, mató a once personas y quemó los edificios, mientras que la mayoría de los residentes huía para salvar la vida. Zeisberger se quedó con un puñado de indígenas que no se habían esparcido y trató sin éxito de establecer una colonia permanente en Pensilvania. Al fin, en la década de 1770, consiguió un pedazo de tierra en Ohio.

Durante varios años Zeisberger y los indígenas vivieron en paz y prosperidad en su nueva tierra, pero otra vez se rompió la calma. La Revolución Norteamericana trajo la intranquilidad a la frontera, y en 1781 las fuerzas inglesas acusaron a Zeisberger y a sus asociados de espionaje. Los indígenas fueron evacuados hacia el río Sandusky donde casi mueren de hambre durante el cruel invierno. En la primavera siguiente más de un centenar de estos indígenas cristianos volvió a su aldea en Ohio a cosechar el maíz que quedaba. Mientras estaban allí, una compañía de la milicia norteamericana capturó y asesinó brutalmente a 90 de ellos (29 hombres, 27 mujeres y 34 niños).

Durante la década siguiente, Zeisberger y sus seguidores cristianos se trasladaron de un lugar a otro en el norte de Ohio y el sur de Michigan. Al fin se establecieron en Ontario en 1792 cuando Zeisberger ya pasaba de los setenta años de edad. Allí él fundó una misión que sobrevivió por más de cien años. En 1798 Zeisberger volvió a trabajar entre los indígenas de Ohio, donde se quedó hasta su muerte diez años más tarde.

Isaac McCoy

Las misiones protestantes entre los indígenas norteamericanos cambiaron considerablemente hacia fines del siglo dieciocho. El Gran Avivamiento que había aumentado el fuego de las misiones en las colonias se había ido extinguiendo. Durante muchos años después de la Revolución Norteamericana no hubo mucho progreso en las misiones protestantes. Además, los pastores ya no encontraban indígenas a quienes no se les hubiera predicado dentro de los límites de sus parroquias. Muchos de ellos habían perecido debido a las guerras y a las enfermedades del hombre blanco, y la mayoría de los sobrevivientes consideraban que la costa del este estaba demasiado poblada para sus costumbres. La constante marcha de la civilización hacia el oeste empujaba a los indígenas cada vez más hacia regiones desconocidas. Los que querían evangelizarlos ya no podían quedarse en casa y realizar un ministerio doble como habían hecho los pastores coloniales; por el contrario, ellos tenían que levantar su campamento y seguir los vagones de los exploradores hacia el oeste, más allá de los poblados de blancos, para llegar a los indígenas. Algunos misioneros como Zeisberger se vieron empujados hacia el oeste junto con sus seguidores indígenas.

Es interesante anotar que, mientras se empujaba a los indígenas hacia el oeste, crecía el interés por las misiones entre los indígenas. Aunque esto se debía en parte al Segundo Gran Avivamiento que cubrió la mayor parte del este a principios del siglo diecinueve, también se debía al hecho de que a muchos se les hacía más fácil amar a los indígenas cuando estaban lejos de ellos que cuando estaban cerca. Tanto a los laicos como a algunos pastores les parecía más sencillo y menos molesto enviar misioneros a algún lugar distante que tener una participación activa en su propio vecindario. Durante estos años, las denominaciones desarrollaron misiones entre los indígenas, y las misiones ya existentes aumentaron sus esfuerzos.

Los metodistas vieron la necesidad de las misiones entre los indígenas por influencia de Juan Steward, un creyente de Ohio de la raza negra que sintió el llamamiento a predicar a los wyandot de Upper Sandusky, Ohio, después de su conversión en un campamento evangelístico. Los indígenas lo recibieron bien a su llegada en 1816 y, para sorpresa suya, supo que otro hombre de la raza negra, Jonatán Painter, esclavo fugitivo de Kentucky, vivía entre esos indígenas. De inmediato, Steward trató de conseguir que fuera su intérprete, pero Painter rehusó, diciendo: "¿Cómo puedo interpretar el evangelio a los indígenas cuando yo mismo no tengo religión?" Aquella noche, con el ánimo y la oración de Steward, Painter se puso en paz con Dios, y los dos comenzaron a predicarles a los indígenas. Steward luego recibió licencia como predicador metodista. En 1819 se formó la Sociedad Misionera Metodista y se enviaron misioneros adiestrados a la zona del Upper Sandusky.

Las misiones bautistas entre los indígenas comenzaron con Isaac McCoy y su esposa, quienes abrieron una misión en Foil Wayne en 1820. Después de sólo dos años en ese lugar, trasladaron la misión al sur de Michigan debido a lo que creían que era una influencia negativa de los vecinos blancos. Allí fundaron la progresista Misión Carey. Un oficial militar de Estados Unidos que la visitó sólo siete meses después de su fundación encontró una misión de buena apariencia y bien administrada, que incluía una casa misionera, una escuela, una herrería y otros edificios, así como pastos y huertas cercados y bien cultivados. La escuela tenía unos cuarenta niños, y la misión daba señales de éxito. Pero después de dos años, McCoy ya tenía deseos de trasladarse, otra vez, por temor a la influencia de los blancos y las terribles consecuencias que él consideraba que resultarían al vivir los indígenas muy cerca de los blancos. El creyó que la única solución a la mala influencia de los vecinos blancos era establecer una colonia india al oeste del estado de Missouri. En 1824 McCoy viajó a Washington a presentar su plan en la conferencia anual de la Junta Misionera Bautista. Con la aprobación de la junta, celebró una reunión con el secretario de guerra Juan C. Calhoun, quien respaldó la propuesta. A partir de esa reunión, los esfuerzos de McCoy se dirigieron hacia la influencia política y se apartó de la obra misionera entre los indígenas. Así que sus subordinados se encargaron de la obra misionera.

Aunque en toda su historia los bautistas han luchado por la separación entre la iglesia y el estado, es paradójico que por la influencia de McCoy las misiones bautistas entre los indígenas establecieron lazos estrechos con el gobierno. Este fue un período en la historia de la nación en que el gobierno tomaba parte cada vez más en las misiones entre los indígenas, y los bautistas se adelantaron a las demás denominaciones a aceptar esta función. La Misión Carey recibió fondos considerables del erario, y McCoy se alió con el gobierno de manera activa en el caso del traslado de los indígenas. El caso más notable en el que él tomó parte fue la expulsión de los cheroquíes de Georgia. La idea de McCoy

para el traslado de los indígenas era que éstos tenían que ser segregados de los blancos para cristianizarlos. En el aspecto político, él se puso del lado del estado de Georgia y de sus reclamos de las tierras de los cheroquíes. McCoy no tuvo escrúpulos para iniciar esta drástica y controvertida medida, y se apresuró a aceptar una comisión oficial para explorar al oeste y medir tierras que fueran buenas para una colonia indígena.

La expulsión de los cheroquíes fue una de las mayores injusticias cometidas por el gobierno de los Estados Unidos en toda la historia de esa nación. En 1837, varios años después del descubrimiento de oro en sus tierras, la nación cheroquí, pacífica y de avanzada cultura, fue forzada por decreto del gobierno, y nueve mil soldados, a abandonar sus hogares en Georgia. Ellos fueron encerrados como animales mientras sus propiedades se vendían al mejor postor. Transportaron a millares de ellos en barcos y otros fueron obligados a marchar por tierra más allá del río Misisipí. Fue un viaje peligroso y la mortalidad fue alta. El fuerte apoyo de McCoy a ese plan de expulsión no era característico de todos los misioneros. En realidad, muchos misioneros se opusieron con valor a esa medida, y antes de terminar el conflicto fueron arrestados cuatro misioneros presbiterianos y dos metodistas. Los juzgaron, los condenaron y los sentenciaron a trabajos forzados debido a sus fuertes protestas. Las historias de misioneros que eran sacados de sus casas a rastras y encadenados no eran cosa extraña.

A favor de McCoy, cabe anotar que, aunque fue uno de los más fuertes promotores del traslado de los indígenas, también tuvo el valor de condenar la crueldad en la realización de tal procedimiento. En fin de cuentas, la expulsión forzada de los cheroquíes, sin duda, hizo más daño a la causa del evangelio entre los indígenas que cualquier mala influencia que los vecinos blancos pudiera haber tenido.

Afortunadamente el brutal traslado en masa de los cheroquíes fue la excepción y no la norma. La mayoría de las tribus del Este que sobrevivieron a la intrusión blanca fue empujada hacia el Oeste y fuera de sus hogares y más allá de los límites de la civilización blanca, aunque con cierta resistencia. Los indígenas con frecuencia luchaban por su tierra, a veces con el sacrificio de los misioneros que iban a servirlos. Ejemplo vivo de esto es la historia de Waiilatpu en Oregón.

Marcos y Narcisa Whitman

La compra de Luisiana y la colonización del Oeste produjo una nueva clase de misioneros. Fueron valientes hombres y mujeres con espíritu decidido y aventurero que, con la inspiración del Segundo Gran Avivamiento, se consagraban a la expansión del evangelio. También se proponían implantar la civilización del hombre blanco. Ellos pensaban que no era posible evangelizar sin civilizar. Estos dos aspectos parecían inseparables y, unidos a la usurpación de tierras por parte de los blancos, constituyeron un gran obstáculo a la evangelización de los indígenas.

Típicos ejemplos de esta nueva clase de misioneros eran Marcos y Narcisa Whitman. Habían nacido a principios del siglo diecinueve, y habían experimentado un avivamiento espiritual en su juventud (Narcisa en Nueva York y Marcos en Massachusetts). Narcisa, hija del juez Esteban Prentiss, era bien educada e inteligente. Era maestra de profesión y tenía un jardín infantil; pero su corazón estaba en las misiones, sobre todo para alcanzar con el evangelio a los indígenas del Lejano Oeste. Se preocupaba mucho por los desafíos misioneros del Reverendo Samuel Parker, y también por la muy repetida historia de los indígenas nez perces que pedían que alguien les llevara el "Libro de Vida". Parker viajaba mucho por el Este para levantar fondos y reclutar misioneros

para la Junta Norteamericana de Comisionados para las Misiones en el Extranjero (una sociedad misionera congregacionalista que tenía participación activa en la evangelización de los indígenas). La necesidad de voluntarios era grande, pero la Junta Norteamericana no aceptaba a mujeres solteras.

Marcos también había estado interesado en las misiones desde hacía mucho tiempo. Su maestro de la Escuela Dominical era el padre de uno de los cinco que tomaron parte en la "reunión de oración del pajar", y tenía otro hijo que fue misionero en Hawai. Marcos soñaba con ir al seminario y entrar al ministerio, pero estudiar en el seminario costaba mucho. El campo de la medicina era una opción más práctica, y a la edad de veintiún años comenzó a viajar con un médico. En los años siguientes, Marcos enseñó en una escuela, parte del tiempo, y se preparó para ser médico. El, al igual que Narcisa, recibió el estímulo del Reverendo Samuel Parker a servir de misionero entre los indígenas. Presentó su solicitud a la Junta Norteamericana como soltero y sin compromiso, pero con ideas de contraer matrimonio en el futuro. Se enteró por medio de sus amigos que Narcisa Prentiss estaba dispuesta a casarse, y que le preocupaba el hecho de que las mujeres solteras fueran consideradas ineptas para el servicio misionero. Pensando en el matrimonio, Marcos visitó a Narcisa para hablar de las misiones entre los indígenas. El tenía Planes para un viaje al Oeste y, si veía que una mujer podía realizar el viaje, regresaría a fin de casarse con Narcisa. Se fue sin hacerle promesas. Este no era un asunto amoroso, ni un compromiso, sino más bien un trato de negocios.

Después de su visita, Whitman, de treinta y dos años de edad, viajó acompañado del Reverendo Parker a Missouri a unirse a la Compañía Norteamericana de Pieles en su expedición al Oeste en la primavera de 1835. Aunque Whitman se proponía llegar a Oregón, no llegó allá. A fines de agosto, al acabar de cruzar los montes Rocosos, Whitman regresó a casa con una caravana de negociantes de pieles, y llegó sólo unos meses después de su partida. Aunque la Junta Norteamericana no estaba muy satisfecha con su repentino regreso, Narcisa sí lo estaba. Ella y Whitman se casaron en febrero de 1836, y al día siguiente salieron rumbo a Missouri para unirse a la expedición a Oregón en la primavera.

Los Whitman no fueron los únicos misioneros de la Junta Norteamericana que viajaron a Oregón esa primavera. Los acompañaron Henry y Eliza Spaulding. Aunque Spaulding era un pastor muy instruido, su personalidad no se adaptaba al trabajo de equipo que se requería en el proyecto de Oregón. Además, años antes había conocido a Narcisa, y ella había rechazado su propuesta de matrimonio. Este hecho amargó la relación de él con los Whitman durante los años siguientes. Esa no era una situación ideal, pero el llamado para ir a Oregón parecía demasiado importante para que fuera puesto a un lado por diferencias de personalidad.

El duro viaje, las enfermedades y los problemas con las diferencias de personalidad se combinaron para hacer extremadamente difícil la travesía, pero también hubo momentos agradables durante esta. A diferencia de David Brainerd a quien, casi cien años antes, le disgustaba la "odiosa" selva, Narcisa se embriagaba con la belleza de la creación de Dios, como lo describe en su diario. Ella estaba feliz y enamorada, y durante el viaje quedó embarazada.

Después de casi 3.200 kilómetros de terribles penurias, la expedición llegó a su destino, y el grupo misionero acabó siendo más pobre que cuando comenzó el viaje. Para aligerar la carga, habían tenido que desprenderse de valiosas posesiones. "Al avanzar

íbamos dejando cosas tiradas por el camino", se quejaba Narcisa, y sacaba en conclusión que hubiera sido mejor haber viajado sin nada "para no perder nada".[12]

Al llegar los Whitman a Oregón ya habían decidido separarse de los Spaulding. Después de casi cinco meses de viajar juntos y de dormir bajo el mismo toldo, se había acumulado tanta tensión que ya no podrían trabajar juntos. Los informes de esa época, por lo general, le echan casi toda la culpa a la envidia que le tenía Spaulding a Whitman, aunque este, según muchos relatos, no era siempre de trato fácil. Como varias tribus querían misioneros, su decisión de trabajar separados fue beneficiosa. Whitman se estableció en Waiilatpu, un fértil valle, mientras que Spaulding fue a Lapwai, una zona montañosa, seca y árida. Spaulding miraba con envidia la ubicación de Whitman, sin saber que al fin su situación iba a ser la mejor. Su misión fue entre los nez percas, quienes lo recibieron con cariño y deseosos de aprender acerca de su Dios. Whitman, por su lado, trató de alcanzar a los cayuses, una tribu más traicionera de sólo varios centenares, a los cuales no les había agradado la llegada del hombre blanco.

Durante los primeros meses en Oregón, ni Whitman ni Spaulding tuvieron mucho tiempo para evangelizar a los indígenas. Para mayor desánimo, el Reverendo Parker había regresado al Este en barco, sin recibirlos y sin molestarse en dejar una nota con instrucciones o consejos. Así que los nuevos misioneros se encontraron totalmente solos. Estaban muy aislados y pasaban sus días construyendo albergues para los meses de invierno que se aproximaban. Whitman construyó un rústico ranchito con techo de barro y ramas y puso cobijas en las ventanas y en la puerta. El 10 de diciembre él y Narcisa se mudaron allí, y Narcisa comenzó enseguida a terminar de arreglar su casa. Waiilatpu era un lugar desolado y solitario en invierno, pero la primavera trajo nuevas esperanzas. El 14 de marzo de *1837,* la víspera del día en que Narcisa cumplía los veintinueve años de edad, dio a luz una hija a la que llamaron Alicia Clarisa.

El primer verano en Oregón lo pasaron en la construcción de edificios y cercas y en la siembra y cosecha de plantas. No había suficiente tiempo para la obra médica, el estudio del idioma y el evangelismo. A diferencia de los misioneros católicos que vivían con sencillez, y algunas veces seguían a los indígenas nómadas, los misioneros protestantes construían varios edificios y en algunos casos mantenían grandes empresas agrícolas. La tarea era enorme y algunas veces creían que iban a desfallecer. Tenían mucha necesidad de más provisiones y obreros, y así manifestaron sus frustraciones en una extensa carta a la Junta Norteamericana. Los nuevos misioneros llegaron antes que la carta a su destino. En el otoño de 1838 llegaron tres parejas de nuevos misioneros, cuya presencia trajo aun más conflictos. Según un biógrafo: "Parecía que los `refuerzos' no habían traído ayuda sino sólo disensión." En vez de la comunión en la oración y el dulce compañerismo, las reuniones de planeación conjunta de estos misioneros eran a menudo tormentosas y amargas. Una de las esposas describió una característica explosión de emociones así: "Se puso la cosa tan crítica que me vi obligada a salir.. . Me da náuseas ver el estado de cosas de la misión."[13]



Henry Spaulding

Hubo tiempos de unión, pero algunas veces fueron el resultado de una tragedia. Tal fue el caso del verano de 1839. El pesar y la tristeza sanaron las heridas de amargura cuando los Whitman sufrieron el dolor de una gran tragedia. Era un domingo por la tarde, a fines de junio, en Waiilatpu. Se celebraba el día domingo como el Día del Señor, y era un día de descanso de las duras faenas de la semana. Marcos y Narcisa estaban absortos en la lectura, y la pequeña Alicia estaba jugando allí cerca, o por lo menos así lo creían ellos. Cuando se dieron cuenta de su ausencia, ya era demasiado tarde. La preciosa pequeña, de dos años de edad, se había apartado y había muerto ahogada en un riachuelo cercano. Los Spaulding vinieron de inmediato para darles el pésame y tomar parte en el primer funeral de la misión en Oregón. Un año después llegó un paquete del Este con los zapatitos y vestidos que Narcisa había pedido a su madre para la niña. Una mujer más débil no podría haber resistido esto, pero la fe de Narcisa la sustentó. Ese era un propósito divino y ella, con firmeza, aceptó la voluntad de Dios. Aunque podía ver la pequeña tumba en la loma, cada vez que se asomaba a la puerta, ella sabía que su querida Alicia estaba bajo el cuidado de Dios: "Rara vez mis pensamientos la buscaron allí."[14]

El tiempo siguió su marcha en Waiilatpu. Había trabajo que hacer, y no se podía permitir que la tristeza entorpeciera el progreso. El tiempo de los Whitman se pasaba en algo más que las misiones médicas. Ellos eran campesinos prósperos. Después de sólo seis años en Waiilatpu, su "plantación" constaba de una casa grande y blanca, de adobe, para los misioneros; una casa de huéspedes, un molino para trigo y una herrería; todo esto rodeado de campos bien cultivados. El doctor Whitman no fue el único misionero en Oregón tentado por la fertilidad de la tierra. Jason Lee, misionero metodista, había caído en las garras del materialismo y pasaba su tiempo en la política, en asuntos de inmigración y en empresas agrícolas. Por supuesto, esto no tenía la aprobación de la Junta Metodista, la cual lo censuró por su interés desmedido en los asuntos mundanos.

En el caso de Whitman el materialismo no era tan intenso, pero las consecuencias fueron más graves. Waiilatpu se convirtió en un puesto de recepción para los nuevos misioneros e inmigrantes, y también en la escuela de los niños indígenas y blancos. Por esa razón Whitman tenía que preocuparse por cultivar más que para la subsistencia. Muy pronto

Waiilatpu parecía más un hotel para inmigrantes que una misión. Whitman comenzó a vender sus productos a los inmigrantes que pasaban. A menudo se le acusaba de cobrar demasiado y de explotar las circunstancias de ellos (aunque lo mismo se decía, sin duda, de todos los que les vendían a los inmigrantes). La Junta Norteamericana, al oír tales rumores, censuró a Whitman por la secularización de la misión; pero las cartas se tardaban mucho, y ellos sabían poco de las circunstancias reales bajo las cuales trabajaba él. La mayor condena, no obstante, vino de parte de los cayuses, los indígenas a quienes Whitman fue a servir. Aunque él trabajaba entre ellos con mucho sacrificio como pastor y médico, a los indígenas no les gustaba ni su prosperidad ni tampoco los inmigrantes blancos que, creían ellos, venían a su tierra atraídos por él. Había fricción entre Whitman y los cayuses, pero el misionero no se asustaba por ello.

Para Henry Spaulding la situación era diferente. El podía dedicar menos tiempo a las empresas mundanas. Estaba demasiado ocupado con sus actividades misioneras. Estableció una iglesia entre los nez percas, y Eliza tenía una escuela para los niños, hacía libros pintados a mano y traducía himnos al idioma indígena. Con su talento artístico, dibujaba grandes carteles con colores vivos para ilustrar las verdades bíblicas. (Ella se había enterado de que la famosa "Escalera Católica" del Padre Francisco Blanchet, para explicar las historias bíblicas, había impresionado mucho a los indígenas; y a ella no podían ganarle en ayudas visuales.) Los Spaulding también tuvieron oposición, pero cosecharon almas por su obra misionera.

En 1844, después de casi ocho años en Oregón, la obra misionera de los Whitman estaba prácticamente concluida. Narcisa ya hacía tiempo que había perdido el entusiasmo y el celo del principio por las misiones entre los indígenas. Se mantenía de mal genio y deprimida. Pasaba los días alimentando y alojando a los inmigrantes y a la familia adoptiva, que incluía los siete niños Sager, cuyos padres habían muerto durante el viaje por tierra que había comenzado en el Este. Marcos se encontraba también muy ocupado con las necesidades de los inmigrantes blancos. El siguió tratando las necesidades físicas de los indígenas, pero estaba desanimado por su falta de recepción de los valores espirituales. Como tantos otros misioneros a través de la historia, Whitman no podía separar la salvación de la civilización. Si los indígenas rechazaban la civilización del hombre blanco, incluso su ética laboral, ¿cómo podrían ser salvos?

El tiempo se estaba agotando para Waiilatpu y los Whitman. A pesar de las muchas advertencias, Whitman nunca creyó del todo en la reputación de los cayuses como traidores. Era una época difícil para los cayuses. Sus aldeas se vieron asoladas por una plaga, y en ocho semanas casi la mitad de la tribu de 400 indígenas había sufrido muertes dolorosas. Aunque Whitman había tratado de ayudar, la situación sólo empeoró, y entre los indígenas creció la sospecha de que él los estaba envenenando a propósito con su "medicina".

El fin de Waiilatpu vino repentinamente. Fue una aciaga tarde de fines de noviembre de 1847. Dos indígenas (uno de ellos tenía una venganza personal contra Whitman) aparecieron a la puerta de la casa de la misión. Otros esperaban afuera. Sin previo aviso, comenzó la masacre. No se trataba de un levantamiento en masa de muchos indígenas salvajes que se abalanzaban de repente contra un caserío indefenso. En la misión vivían setenta y dos personas, incluso más de una docena de hombres, y los asesinos eran indígenas a quienes conocían bien los Whitman. Sacaron hachas de debajo de las cobijas que llevaban y comenzaron la matanza con el doctor Whitman. Al terminar, había catorce muertos. Con la excepción de Narcisa, se les perdonó la vida a las mujeres y

a los niños, pero los mantuvieron en un terrible cautiverio hasta que fueron puestos en libertad unas cinco semanas después.

La noticia de la masacre de los Whitman se propagó rápidamente. Se enviaron tropas norteamericanas, y se ordenó a los misioneros que salieran del interior. En la primavera de 1850 se sometió a juicio a los cinco indígenas cayuses responsables de la matanza, los cuales fueron sentenciados a morir en la horca. El 3 de junio parecía cómo si todo Oregón hubiera acudido a ver su ejecución.

En 1871, veinticuatro años después que le habían ordenado que saliera, Spaulding volvió a Lapwai (sin Eliza, pues ella había muerto hacía mucho tiempo). Allí presenció un avivamiento entre los indígenas nez percas y spokanes, y dijo que había bautizado a unos mil de ellos. Después de tres años de servicio, Spaulding murió entre los pieles rojas a quienes tanto había amado, dando fin así a una era controvertida y difícil de las misiones protestantes en Oregón. Kate y Sue McBeth, dos hermanas solteras, se encargaron de la obra en Lapwai. Se estableció una escuela preparatoria indígena y los nez percas, quizá más que ninguna otra tribu, participaron en la evangelización de otras tribus indígenas.

El trabajo misionero entre los indígenas fue disminuyendo en tanto que pasaba el siglo diecinueve. El énfasis se ponía ahora en tierras exóticas donde la población autóctona no pudiera interferir con el avance de la sociedad norteamericana. Muchos especialistas en este campo concuerdan en que la evangelización de los indios norteamericanos, por lo general, no tuvo éxito, siendo la principal razón el conflicto entre las dos culturas por el dominio de la tierra. Perotal vez de igual importancia era la arraigada creencia entre los blancos de que los indígenas eran una raza inferior y que no valía la pena salvar su cultura.

PARTE II

El "Gran Siglo"

La expansión del cristianismo protestante en los tres siglos que siguieron a la Reforma, aunque fue notable, servía de poco indicio para lo que estaba por ocurrir en el siglo diecinueve. "En 1800 — según Esteban Neill — todavía no parecía seguro que el cristianismo pudiera convertirse en una religión universal."[1] En algunos círculos parecía que el cristianismo no era más que una religión del hombre blanco, la cual estaba siendo objeto del fuerte embate de una ola de racionalismo que recorría todo el mundo occidental. ¿Tendría algún efecto positivo el profundo poder del despertamiento evangélico del siglo dieciocho? ¿Llegaría con vida el cristianismo a la era moderna? El siglo diecinueve era crucial; en lugar de caer abatido ante el ataque del racionalismo, el cristianismo fue vigorizado por un fervor evangélico que pronto invadió todos los continentes del globo. Aquel fue verdaderamente el "Gran Siglo" de la expansión cristiana.

Hubo varios factores que hicieron propicio el siglo diecinueve para las misiones mundiales protestantes. El Siglo de las Luces y el racionalismo del siglo dieciocho fueron reemplazados en gran parte por una nueva Era de Romanticismo. Fue un período en que se rechazó la excesiva confianza en la razón y se resaltaron más las emociones y la imaginación. Fue una época en que se pasó de la teoría a la práctica. Los movimientos de reforma surgieron en las nuevas naciones industrializadas, y las iglesias y las organizaciones cristianas entraban, como nunca antes, en estrecho contacto con la gente mediante la participación activa de obreros voluntarios.

Sin duda, los cambios en los ámbitos religiosos del mundo contribuyeron a la rápida expansión del cristianismo en el siglo diecinueve. Ese fue un período de decadencia para las religiones no cristianas. "El hinduismo, el budismo y el islamismo permanecieron relativamente inmóviles en el siglo diecinueve — según el historiador evangélico Martín Marty — y los cristianos se dieron cuenta de que podían llenar el vacío."[2] El catolicismo también estaba en decadencia en muchas partes del mundo. El racionalismo francés de los siglos diecisiete y dieciocho perjudicó la Iglesia de Roma, y la Revolución Francesa cortó el flujo de las fuentes de sustento económico de las misiones católicas. En la América Latina especialmente, el catolicismo romano sufrió muchos reveses. Los movimientos nacionalistas veían a la iglesia como "el último baluarte de un régimen anticuado y opresor".[3] El protestantismo, por el contrario, progresaba. El siglo diecinueve fue una "era protestante", y con más precisión aun, estuvo dominada por el protestantismo evangélico. En Gran Bretaña los cristianos evangélicos ejercieron una influencia poderosa en los niveles más elevados del gobierno y del comercio; en Norteamérica la asistencia a la iglesia aumentó de un diez a un cuarenta por ciento en el curso del siglo. Las denominaciones se desarrollaban rápidamente, y el movimiento de la Escuela Dominical, tanto en el Reino Unido como en Norteamérica creció a pasos acelerados.

En la política, el siglo diecinueve vio grandes cambios también. Aunque hubo revoluciones y conflictos sociales en Europa y una sangrienta guerra civil en Estados Unidos, fue una era de relativa paz mundial. Las naciones occidentales, por medio del avance científico y tecnológico, se estaban convirtiendo rápidamente en potencias mundiales. Las naciones no industrializadas veían con envidia y admiración la riqueza y el prestigio de las naciones en desarrollo. En lo político, también fue un período de secularización. "Desde la época de Constantino y la cristianización del Imperio Romano hasta los últimos días del siglo dieciocho — escribe Martín Marty — los hombres de Occidente daban por sentado ... que la religión tenía que ser establecida mediante la ley, y tener la aprobación del brazo legal del estado."[4] Pero en el siglo diecinueve eso ya no era cierto. Los individuos se estaban encargando de su propia condición espiritual y de su responsabilidad de llevar el mensaje del evangelio a otros.

Los avivamientos evangélicos del siglo dieciocho que comenzaron en Inglaterra con Whitefield y Wesley desempeñaron un papel importante en el despertamiento de los líderes y laicos cristianos a su responsabilidad en el evangelismo mundial. Según Harold Cook: "El estado ya no tenía la responsabilidad de la propagación de la fe cristiana."[5] La evangelización era la responsabilidad de la iglesia y de sus líderes. Fue el volver a descubrir esta verdad lo que impulsó el movimiento misionero moderno iniciado por Guillermo Carey en Inglaterra y por Samuel Mills en Estados Unidos.

Pero no bastaba con la creencia. Se necesitaba un medio para convertir la creencia en acción, y tal vehículo lo constituyeron las sociedades misioneras. Las sociedades misioneras de voluntarios, independientes en algunos casos y con orientación denominacional en otros, transformaron las misiones cristianas, y abrieron el camino a la actividad ecuménica y a la participación de los laicos. "Nunca antes — según Latourette — había tenido el cristianismo, ni ninguna otra religión, tantos individuos dedicados exclusivamente a la propagación de su fe. Nunca antes habían contribuido de sus bienes, por su propio gusto, tantos centenares de millares de personas a fin de ayudar en la propagación del cristianismo, o de ninguna otra religión."[6] La primera de estas nuevas sociedades fue la Sociedad Misionera Bautista (1792), seguida muy pronto por la Sociedad Misionera de Londres (1795 y la Sociedad Misionera de la Iglesia (1799). En la Europa continental surgieron la Sociedad Misionera Holandesa (1797) y la Misión de Basel (1815); y en Estados Unidos, la Junta Norteamericana de Comisionados para las Misiones en el Extranjero (1810) y la Junta Misionera Bautista Norteamericana (1814). Con el correr del siglo, habría varias docenas más. Como señala Neill: "Esta fue la gran época de las sociedades [misioneras]."[7]

A pesar de la importancia del despertamiento evangélico y de las nuevas sociedades misioneras en la expansión mundial del evangelio, sin ciertos factores seglares la obra misionera hubiera sido muy limitada. Tanto el colonialismo como la industrialización tuvieron efectos de largo alcance en la expansión del cristianismo. La revolución industrial le había dado nuevo vigor a Europa y, en consecuencia, el estímulo para conquistar el mundo. El colonialismo y el imperialismo se convertirían en normas gubernamentales aceptadas, y como tales tuvieron un impacto significativo en las misiones. "El comercio y la colonización habían unido los lugares más apartados del mundo — según R. H. Glover —. Las grandes compañías del este de la India, la holandesa y la inglesa, habían preparado el camino a los misioneros, sin desearlo o intentarlo, es verdad, al hacer que los viajes a los países del Oriente y la residencia en ellos fueran más prácticos y seguros."[8]

El estrecho vínculo entre el colonialismo y las misiones ha hecho que muchos historiadores digan que los misioneros estaban solamente "siguiendo la bandera" como instrumentos del imperialismo. Este es un asunto que ha sido muy debatido por los historiadores. En muchos casos los misioneros sí "siguieron la bandera" y ayudaron así al establecimiento de los sistemas coloniales e imperialistas. Otros precedieron a la bandera pero, aun entonces, en muchos casos, impulsaron el colonialismo. Livingstone, entre otros, promovía el comercio con África y el establecimiento de colonias europeas en ese continente. Los misioneros en todas partes recibían con beneplácito los privilegios que una potencia colonial favorable les otorgara. Los misioneros protestantes estaban a favor de los gobiernos de países protestantes y temían la administración católica, y viceversa. Sin embargo, para el año 1900, la mayoría de los misioneros no estaban trabajando en territorios coloniales gobernados por sus propios países de origen.

A pesar de la cómoda relación entre los misioneros y los promotores del imperialismo, los dos grupos estaban muy a menudo enfrentados el uno al otro. Las compañías comerciales con frecuencia eran un estorbo para los misioneros. Estos, con pocas excepciones, predicaban en contra de la clase de vida que llevaban los comerciantes y colonos. En raras ocasiones había armonía entre ellos. A. F. Walls escribe: "La relación entre las misiones y la expansión colonial es compleja. Pero una cosa queda en claro: Si se asocia a las misiones con el surgimiento del imperialismo, de la misma manera tiene que asociarse a aquellas con los factores que produjeron su decadencia."[9] Ellas también han sido la causa del progreso social en las naciones subdesarrolladas. "Los esfuerzos misioneros protestantes de este período — escribe Ralph Winter — abrieron el camino al establecimiento por todo el mundo de gobiernos democráticos, de escuelas, de hospitales, de universidades y de las bases políticas para las naciones nuevas."[10]

Aunque tal progreso social era valioso, no se alcanzó sin la introducción de la cultura occidental, acompañada en algunos casos de una destrucción casi total de las tradiciones y costumbres autóctonas. Al desplegarse los misioneros por todos los continentes e islas llevaban una cultura que atraía por su poder y sus nuevos conocimientos. Por lo general, era casi imposible tratar de impedir que los habitantes de los campos misioneros adoptaran muchos aspectos de la cultura de los misioneros. En muchos casos, los misioneros permitieron y estimularon cosas tales como la alfabetización y la liberación de la esclavitud y la superstición. También es verdad que, dentro del ambiente de los círculos comerciales y coloniales, "los misioneros del siglo diecinueve habían aceptado en cierto grado — según Neill — el complejo colonial."[11]

A pesar de sus imperfecciones, fueron los misioneros del siglo diecinueve (un grupo pequeño si se los compara con otras fuerzas que hacían su impacto en el mundo de cultura diferente a la occidental), quienes, en un período de tiempo relativamente corto, convirtieron lo que algunos creían que era la religión en decadencia "del hombre blanco" en la fe religiosa más dinámica y extensa del mundo.

Ellos fueron personas comunes convertidas en héroes, cuya consagración y valor inspiraba a las generaciones siguientes a adoptar su ejemplo. Ese siglo fue una época cuando los niños soñaban con llegar a ser como Carey, Livingstone, Judson, Paton, Slessor o Hudson Taylor, hombres y mujeres verdaderamente grandes.

CAPITULO 5

El Asia Central meridional: La confrontación de credos antiguos

El sur del Asia Central fue un extraño lugar para el primer esfuerzo misionero protestante. En la India existían las religiones más complejas del mundo, y sus creencias influían en todos los estratos sociales. No debe sorprendemos, pues, que las multitudes que llenaban los mercados miraran con desprecio a los que les trajeran una nueva religión. ¿Qué podría ofrecerles una religión "occidental" que no existiera ya en el hinduismo, el budismo, el islamismo, el sikhismo o el jainismo? ¿Qué atractivo podría haber en una religión dogmática como el cristianismo? Los hindúes, con sus millares de dioses, se enorgullecían de su tolerancia y miraban con desprecio las doctrinas exclusivas del cristianismo.

No obstante, el cristianismo, como lo demostraron Guillermo Carey y los que fueron después de él, tenía mucho que ofrecerle a la gente del Asia Central. Además del don gratuito de la salvación y la vida eterna, sólo el cristianismo le ofrecía a la gente la liberación de las cadenas del antiguo sistema de castas y del proceso sin fin de la reencarnación que la tenía esclavizada. Sólo el cristianismo llegaba hasta los "intocables" y les daba esperanza para la vida presente. Sólo el cristianismo podía demandar el sacrificio de sus jóvenes en los peligros del meridiano tropical del Asia Central para que con un amor abnegado contribuyesen a elevar la condición de la gente.

No se podrían medir los sacrificios de Guillermo Carey, Adoniram Judson y otros que laboraron en la India y en otras partes del Asia Central. La constante crueldad del clima y las fiebres tropicales exigían se pagara un precio muy alto. Carey y Judson enterraron, cada uno, a dos esposas y a niños pequeños allí, pero ningún precio era demasiado elevado por el privilegio de llevar el cristianismo a esta parte del mundo. La obra misionera no era para enanos espirituales, y sus iniciadores nunca esperaban un clima ideal ni una población que los recibiera bien. Pero lo que menos esperaban era el insulto mayor contra ellos y su fe, la intensa oposición de sus propios compatriotas (la Compañía del Este de la India, en particular) quienes estorbaban todos los esfuerzos por la propagación del evangelio, aunque los funcionarios de la compañía afirmaban que estaban protegidos bajo la cobertura del cristianismo.

A pesar de las grandes barreras de oposición, el cristianismo fue implantado en la India y en otros lugares del sur del Asia Central. Por la influencia de Guillermo Carey, quien inició el "Gran Siglo" de misiones, la evangelización del mundo comenzó a considerarse como una obligación principal de la iglesia cristiana. Sin embargo, esa región nunca sería campo fértil para el cristianismo. Hoy día sólo una pequeña minoría (menos del 3%) de su población profesa el cristianismo.

Aunque Carey fue el gran pionero de las misiones a la India, él no fue el primer misionero que fue allá. Lo precedieron siglos antes Francisco Javier (véase el Capítulo 2), además de otros emisarios católicos romanos; y noventa años antes de Carey fueron Bartolomé Ziegenbalg y Henry Plütschau, misioneros luteranos de la Misión Danesa-Halle. Estos, que laboraban cerca del extremo sur de la India, en Tranquebar, tuvieron la oposición comercial de la Compañía del Este de la India (danesa); sin embargo, su obra

progresó y vieron muchos convertidos durante sus años de servicio. Después de seis años Plütschau volvió a su país debido a su mala salud. Ziegenbalg se quedó para pastorear la iglesia y traducir todo el Nuevo Testamento y gran parte del Antiguo a uno de los muchos idiomas de la India. Murió en 1719 después de catorce años de servicio.

Otro misionero de la Misión Danesa-Halle terminó la traducción de Ziengenbalg. El también influyó en Christian Frederic Schwartz para que fuera a la India. Schwartz llegó en 1750 y sirvió fielmente durante cuarenta y ocho años, hasta su muerte en 1798, cuatro años después de que Carey comenzara su obra en un lugar a más de 1.600 kilómetros al norte.

Guillermo Carey

Guillermo Carey, un zapatero inglés pobre, no parecía destinado a la grandeza. Sin embargo, se lo ha llamado con propiedad "el padre de las misiones modernas". Más que cualquier otro individuo de la historia moderna, él estimuló la imaginación del mundo cristiano al demostrar, con su humilde ejemplo, lo que se podía y debía hacer para llevar a Cristo a un mundo perdido. Aunque pasó por pruebas muy duras en sus cuarenta años como misionero, demostró una tenaz determinación por obtener el éxito de su empresa al jamás darse por vencido. ¿Cuál fue su secreto? "Yo puedo trabajar con insistencia. Puedo perseverar en lo que me proponga. A esto lo debo todo."[1] La vida de Carey ilustra a profundidad el ilimitado potencial de un individuo muy común. El fue un hombre que, sin su gran consagración a Dios, sin duda hubiera vivido una existencia muy mediocre.

Carey nació en 1761 cerca de Northampton, Inglaterra. Su padre era tejedor y trabajaba en una habitación de su casa. Aunque la pobreza era general en familias como la de Carey, la vida para ellos era sencilla y sin complicaciones. La revolución industrial solamente había comenzado a reemplazar la industria doméstica con los grandes talleres y las ruidosas textilerías. La niñez de Carey fue rutinaria, excepto por los problemas persistentes de las alergias que le impidieron lograr su sueño de llegar a ser jardinero. En vez de eso, entró de aprendiz de zapatero a la edad de dieciséis años y siguió en esa vocación hasta los veintiocho años de edad. El se convirtió en su juventud y, poco después, tuvo una participación activa en un grupo de bautistas. El dedicaba su tiempo libre al estudio de la Biblia y a los ministerios laicos.

En 1781, antes de cumplir los veinte años, Carey se casó con la cuñada de su maestro. Dorotea era cinco años mayor que él y, como muchas otras mujeres inglesas de su clase en el siglo dieciocho, era analfabeta. Desde el principio se vio que no se entendían y, al pasar el tiempo y al ampliarse los horizontes de Carey, las diferencias entre ellos fueron en aumento. Los primeros años del matrimonio fueron de dificultades y pobreza. Por algún tiempo, Carey no sólo tenía la responsabilidad de su propia esposa e hijos, sino también la de la viuda de su difunto maestro y sus cuatro hijos.

A pesar de la dura situación económica, Carey no dejó de estudiar ni de predicar. En 1785 aceptó la invitación a pastorear una pequeña congregación bautista. Allí sirvió hasta que lo llamaron a una iglesia más grande en Leicester. Allí también se vio forzado a buscar otro empleo para sustentar a su familia. Durante estos años de pastorado comenzó a tomar forma su filosofía de las misiones, iniciada primero por su lectura de *Los viajes del capitán Cook.* Poco a poco él desarrolló la perspectiva bíblica del asunto, y se convenció de que las misiones eran la responsabilidad central de la iglesia. Sus ideas eran revolucionarias. Muchos, si no la mayoría, de los clérigos del siglo dieciocho creían que la Gran Comisión había sido dada sólo a los apóstoles; por eso la conversión de los

"gentiles" no les correspondía, especialmente si no estaba vinculada al colonialismo. Cuando Carey presentó sus ideas a un grupo de pastores, uno de ellos dijo: "Siéntese, joven. Cuando Dios quiera convertir a los gentiles, El lo hará sin su ayuda ni la mía."[2] Carey no se quedaría callado. En la primavera de 1792 publicó un libro de ochenta y siete páginas, de grandes consecuencias, el cual se ha comparado a Las noventa y cinco tesis de Lutero en importancia por su influencia en la historia del cristianismo.

El libro *Estudio sobre la obligación de los cristianos de usar medios para la conversión de los gentiles* (y eso que se trataba de un título abreviado), presentaba muy bien el caso de las misiones y contradecía los argumentos que decían que no se debían enviar misioneros a tierras lejanas. Después de la publicación del libro, Carey habló a un grupo de pastores en una conferencia de la Asociación Bautista en Nottingham. Allí él retó a su auditorio con Isaías 54:2-3 y dijo sus famosas palabras: "Esperen grandes cosas de Dios; intenten grandes cosas para Dios." Al día siguiente, en gran parte por su influencia, los pastores decidieron organizar una nueva junta misionera, que se conoció como la Sociedad Misionera Bautista. La decisión no se tomó a la ligera. La mayoría de los pastores de la asociación vivían, como Carey, con ingresos muy bajos. La participación en las misiones requería grandes sacrificios económicos por parte de los pastores y de sus congregaciones.

Andrés Fuller, el pastor más destacado que apoyaba la nueva sociedad, fue su primer secretario. El primer misionero nombrado fue Juan Thomas, laico bautista que había ido a la India como médico de la marina real. El se quedó allí después de cumplir su tiempo de servicio para hacer la obra misionera como médico y evangelista independiente. De inmediato Carey se ofreció a la nueva sociedad como un "adecuado acompañante" de Thomas y lo aceptaron con beneplácito.

Aunque Carey había estado muy interesado en las misiones por mucho tiempo, su decisión de ofrecerse para ese servicio fue apresurada. Se podrían pasar por alto la angustia de su iglesia al perder a su pastor y el hecho de que su padre lo tildó de "loco", pero la reacción de su esposa debió, por lo menos, demorar un poco su decisión. No debe sorprendernos que Dorotea, con tres niños pequeños y otro en camino, haya rehusado dejar su patria para emprender un viaje peligroso de cinco meses (complicado por la declaración de guerra muy reciente de Francia contra Inglaterra) para pasar el resto de su vida en el malsano clima tropical de la India. Otras mujeres hubieran estado dispuestas a hacer tales sacrificios, y muchas lo hicieron después, pero Dorotea era diferente. Si hubiera una "madre de las misiones modernas", de seguro que no sería ella, pues se opuso con todas sus fuerzas a ese viaje.

Si Dorotea pensaba que su actitud de negarse a acompañar a su esposo lo haría cambiar de idea, estaba equivocada. Carey, aunque angustiado por la decisión de ella, estaba decidido a salir, aunque fuera sin ella. El prosiguió con los planes, que incluían un pasaje para su hijo Félix, de ocho años de edad. En marzo de 1793, después de meses de visitar las iglesias para recaudar fondos, Carey y Thomas fueron comisionados por la sociedad. Junto con Félix y la esposa y la hija de Thomas, abordaron un barco en el río Támesis, el cual los debía llevar a la India. Su viaje terminó de modo abrupto en Portsmouth, Inglaterra. Los problemas monetarios (de Thomas y sus acreedores) y la falta de licencia pastoral les impidió seguir adelante.

La demora fue una desilusión para los misioneros, pero condujo a un tremendo cambio en los planes. Dorotea, que ya había dado a luz tres semanas antes, de mala gana estuvo de acuerdo en unirse al grupo misionero con sus hijitos, con la condición de que

Kitty, su hermana menor, pudiera acompañarla. La obtención de los fondos para los nuevos pasajeros fue un difícil obstáculo, pero el 13 de junio de 1793 abordaron un barco danés y salieron hacia la India. El largo y peligroso viaje por el cabo de Buena Esperanza no carecía de sus momentos aterradores, pero el 19 de noviembre llegaron a salvo a la India.

El tiempo de su llegada no era favorable para el establecimiento de la obra misionera. La Compañía del Este de la India parecía tener el control del país, y su hostilidad a la obra misionera se manifestó muy pronto. La compañía temía todo lo que pudiera interferir con sus prósperas empresas comerciales. Carey se dio cuenta pronto de que no era bien recibido. Por temor a la posible deportación, se mudó con su familia al interior. Allí, rodeados de pantanos plagados de malaria, los Carey vivieron en circunstancias horribles. Dorotea y los dos niños mayores enfermaron de gravedad, y el cuidado de la familia requería toda la atención de Carey. Sus sueños idealistas de la obra misionera se desvanecían rápidamente. Asimismo lo entristecía que su esposa y Kitty "de continuo le echaban la culpa de sus aflicciones"[3] y envidiaban a la familia de Thomas, que vivía cómodamente en Calcuta. Después de unos meses, su situación se vio aliviada por la generosidad y bondad del señor Short, un funcionario de la Compañía del Este de la India quien, aunque era incrédulo, se apiadó de ellos y los recibió en su casa por todo el tiempo que quisieran quedarse. Sin embargo, muy pronto los Carey se trasladaron a Malda, a unos 480 kilómetros al norte, donde Carey pudo conseguir trabajo como capataz en una fábrica de índigo.

Los años pasados en Malda fueron difíciles. Aunque Carey estaba contento con su nuevo empleo, pues en la fábrica podía aprender el idioma y hacer obra personal, los problemas familiares continuaban. Kitty se había quedado atrás para casarse con el señor Short. La salud de Dorotea y su estabilidad mental iban empeorando cada día. La muerte trágica, en 1794, de Pedrito, su niño de cinco años, la hizo perder el juicio. Nunca más pudo recobrar por completo sus facultades mentales. La situación era lastimosa y sus colaboradores dijeron más tarde que ella estaba "completamente trastornada".



Guillermo Carey, el "padre de las misiones modernas"

A pesar de su traumática situación familiar y de la continuación del trabajo en la fábrica, Carey no olvidó el propósito que lo había llevado a la India. El pasaba varias horas al día en la traducción de la Biblia, y también predicaba y establecía escuelas. Para fines de 1795, ya se había establecido una iglesia bautista en Malda. Era un principio, aunque sólo había cuatro miembros, y todos eran ingleses. Sin embargo, a los cultos asistía una multitud de bengalíes y Carey podía afirmar con confianza que "el nombre de Jesucristo ya no es desconocido en este vecindario". Pero no había fruto. Después de casi siete años de trabajo en Bengala, Carey no había obtenido la conversión de un solo hindú.[4]

A pesar de su aparente falta de éxito, Carey se sentía satisfecho de su obra misionera en Malda y se sintió muy frustrado cuando tuvo que salir de allí en 1800. Habían llegado nuevos misioneros de Inglaterra y, para evitar las constantes molestias ocasionadas por la Compañía del Este de la India, se habían establecido cerca de Calcuta en el territorio danés de Serampore. Se necesitaba con urgencia la ayuda de Carey para fundar la nueva misión. Así que de mala gana partió de Malda con su familia.

Muy pronto Serampore se convirtió en el centro de la actividad misionera bautista en la India, y fue allí donde Carey pasó los últimos treinta y cuatro años de su vida. Carey y sus colaboradores, Josué Marshman y Guillermo Ward, conocidos como "el trío de Serampore", serían uno de los equipos misioneros más famosos de la historia. El centro misionero, que alojaba a diez adultos y a sus nueve hijos, tenía un ambiente familiar. Los misioneros vivían juntos y lo tenían todo en común, tal como la Iglesia primitiva del libro de Los Hechos. Los sábados por la noche se reunían para orar y presentar sus quejas, siempre "prometiéndose el amor mutuo". Las responsabilidades se compartían según la habilidad de cada uno, y la obra progresaba sin complicaciones.

El gran éxito de la misión en Serampore durante los primeros años se debió en mucho a la santidad de Carey. Su buena disposición para sacrificar los bienes materiales y hacer más de lo que era su deber fueron un ejemplo constante para los demás. Además, él tenía una capacidad especial para pasar por alto las faltas de los otros. Aun con respecto a Thomas, quien administraba mal los fondos de la misión y era una vergüenza debido a sus descuidos en cuanto a las deudas, Carey podía decir: "Lo amo y vivimos en completa armonía." Al describir a sus colaboradores, Carey escribió: "El hermano Ward es precisamente la persona que queríamos. . . Emprende su trabajo con toda su alma. Me complace mucho... El hermano Marshman es un prodigio de diligencia y prudencia, al igual que su esposa. .."[5]

Serampore era un ejemplo armonioso de cooperación misionera y los resultados lo hacían patente. Se organizaron escuelas, se instaló una imprenta y, por encima de todo, se hicieron traducciones de la Biblia. Durante sus años en Serampore, Carey hizo tres traducciones de toda la Biblia (en bengalí, sánscrito y marati), colaboró en otras traducciones completas de la Biblia y tradujo el Nuevo Testamento y partes de las Escrituras a muchos otros idiomas y dialectos. Desafortunadamente, su calidad no siempre era tan buena como la cantidad. El secretario de la misión, Andrés Fuller, lo regañó por su inconsistencia en la ortografía y otros problemas del texto que envió a Inglaterra para su publicación: "Nunca conocí a una persona con tanto conocimiento de otros idiomas como el que usted, que escribiera tan mal el inglés... Si su Nuevo Testamento en bengalí está escrito así, temo por la suerte de este. .."[6] Los temores de Fuller estaban bien fundados y Carey, para su amargo desengaño, vio que parte de su obra era incomprensible. Pero el incansable traductor no se dejó vencer por ello. Volvió a su trabajo y revisó su traducción por completo hasta convencerse de que ya era comprensible.

La evangelización formaba también parte importante de la obra en Serampore. Después de un año de establecida la misión, los misioneros tuvieron el gozo de tener el primer creyente. Al año siguiente hubo más conversiones pero, en general, se progresaba con lentitud. En 1818, después de veinticinco años de misiones bautistas en la India, había unos seiscientos creyentes bautizados y varios millares más que asistían a los cultos y a las clases.

A pesar del intenso trabajo evangelístico y de traducción, Carey siempre encontraba tiempo para hacer algo más. Uno de sus grandes logros fue la fundación de la Universidad de Serampore para la preparación de evangelistas y fundadores de iglesias autóctonas. La escuela se inició con treinta y siete estudiantes hindúes, más de la mitad de los cuales eran cristianos. Otro campo de logros educativos fue su enseñanza secular. Al poco tiempo de su llegada a Serampore fue invitado a ocupar la cátedra de idiomas orientales en la Universidad Fort William de Calcuta. Fue un gran honor para Carey, un zapatero sin educación, que le hubieran pedido que asumiera tal posición de privilegio. Con el entusiasta apoyo de sus colegas, aceptó. Este empleo dio a los misioneros los ingresos que tanto necesitaban. Este puesto también los puso en mejor relación con la Compañía del Este de la India. Allí Carey tuvo la oportunidad de mejorar su capacidad idiomática debido a las exigencias de sus alumnos.

Debido a sus ocupaciones, Carey no pudo dar a sus hijos la disciplina paterna que necesitaban. Aun cuando él estaba con ellos, su carácter bonachón fue un obstáculo para la disciplina firme, cuya falta se manifestaba en la conducta de los muchachos. Al hablar de esta situación, Hannah Marshman escribió: "El buen hombre veía y lamentaba la maldad, pero era demasiado dulce para aplicar un remedio eficaz."[7] Afortunadamente, la señora Marshman se encargó del problema. Si no hubiera sido por los fuertes regaños de esa querida señora y del interés paternal de William Ward, los hijos de Carey se hubieran descarriado.

En 1807, a la edad de cincuenta y un años de edad, murió Dorotea Carey. Sin duda su muerte fue un alivio para Carey. Ya hacía mucho tiempo que ella había dejado de ser un miembro útil de la familia misionera. En realidad, ella era un obstáculo para la obra. Juan Marshman escribió que Carey trabajaba a menudo en las traducciones en tanto que su trastornada esposa, con frecuencia en un estado de triste excitación, disparataba en la habitación de al lado. .."[8]

Durante sus años en Serampore, Carey había conocido a Lady Carlota Rumohr, de la realeza danesa, quien vivía en Serampore con la esperanza de que el clima mejorara su deteriorada salud. Aunque cuando llegó a Serampore era escéptica, ella asistía a los servicios religiosos de la misión. Se convirtió y fue bautizada por Carey en 1803. Después de su conversión, dedicó su tiempo y su dinero a la obra de la misión. En 1808, unos pocos meses después de la muerte de Dorotea, Carey anunció su compromiso con Lady Carlota.

Los trece años de matrimonio con Carlota fueron felices. Durante ese tiempo, Carey estuvo verdaderamente enamorado, tal vez por primera vez en su vida. Carlota era muy inteligente y tenía habilidad lingüística, por lo cual podía ayudar a Carey en el trabajo de las traducciones. Ella también mantuvo una estrecha relación con los muchachos y se convirtió en la madre que nunca habían tenido. Cuando ella murió en 1821, Carey escribió: "Gozamos de una felicidad conyugal que nunca ha sido vivida por ningún otro mortal." Dos años después, a la edad de sesenta y dos años, Carey se casó con Graciela Hughes, una viuda diecisiete años menor que él. Aunque Graciela no era tan

inteligente como lo había sido Carlota, Carey la alababa por su "constante preocupación y excelente cuidado" durante sus frecuentes enfermedades.[9]

Una de las más grandes tragedias que soportó Carey, durante sus cuarenta años de servicio ininterrumpido en la India, fue la pérdida de sus manuscritos en un incendio de una bodega en 1812. Carey no estaba presente cuando eso ocurrió, pero la terrible noticia de que se habían quemado su extenso diccionario políglota, dos libros de gramática, y versiones completas de la Biblia no podía permanecer oculta. Si su temperamento hubiera sido diferente, tal vez no habría podido soportar el daño; pero Carey aceptó la tragedia como un juicio de Dios y volvió a empezar, esta vez con mayor entusiasmo.

Los primeros quince años de Carey en Serampore fueron de cooperación y trabajo conjunto. Salvo algunos problemas ocasionales, la pequeña comunidad bautista de la India vivía en armonía. Tal vez era increíble que la situación fuera tan buena, y la paz no duró. Los quince años siguientes fueron de constante conflicto. El espíritu de unidad desapareció con la llegada de nuevos misioneros que no estaban dispuestos a vivir la vida comunal de los misioneros de Serampore. Sin duda se justificaba que los nuevos misioneros se sintieran desdeñados. Los obreros ancianos ya estaban acostumbrados a su sistema, y cerrados al cambio. Si los nuevos misioneros hubieran manifestado el amor y la paciencia característica del equipo de Serampore, se hubiera podido hallar solución a las diferencias. Desafortunadamente ese no fue el caso y, como resultado, vino la división de los dos grupos. Los misioneros jóvenes formaron la Unión Misionera de Calcuta y empezaron a trabajar a unos pocos kilómetros de distancia de sus hermanos bautistas. "Carecen de delicadeza", fueron las palabras que uso Guillermo Ward para describir la situación.[10]

El problema se puso más crítico cuando la junta de la misión recibió las noticias y trató el asunto. La junta original encabezada por Andrés Fuller ya no existía. Esa pequeña junta de tres se había multiplicado varias veces, y la mayoría de los miembros conocían a Carey solamente por sus cartas. Fuller y otro de los integrantes originales de la junta habían muerto, dejando así una junta que favorecía a los miembros jóvenes que ella misma había comisionado como misioneros. Durante la administración de Fuller se había insistido en dos razones para la autonomía de Serampore: "Una es que consideramos que ellos son más capaces de gobernarse a sí mismos de los que somos nosotros de gobernarlos a ellos. Otra es que ellos están demasiado lejos para esperar nuestras instrucciones."[11] Pero la nueva junta no estaba de acuerdo. Sus miembros creían que todos los asuntos de importancia de Serampore deberían estar bajo su control directo. Al fin, en 1826, después de años de conflictos, la Misión de Serampore rompió relaciones con la Sociedad Misionera Bautista.

Ese rompimiento fue un fuerte golpe económico para los misioneros de Serampore. Aunque este equipo se había sustentado a sí mismo durante la mayor parte de su existencia, pues recibían sólo un bajo porcentaje de sus fondos de Inglaterra, las circunstancias estaban cambiando. Había misioneros en más de una docena de puestos misioneros que necesitaban sostenimiento, y otros necesitaban atención médica. El equipo de Serampore ya no podía sostenerlos a todos. Carey y Marshman (Ward ya había muerto) no tuvieron más remedio que poner a su misión bajo la jurisdicción de la sociedad de Inglaterra. Poco después de eso, la junta envió una buena cantidad de dinero y unas cartas muy amables. Así comenzó el proceso de sanidad de esa dolorosa situación.

Carey murió en 1834, después de dejar para la posteridad su indeleble marca en la India y en las misiones. Su influencia en la India trascendió los límites de sus enormes

logros lingüísticos, sus instituciones educativas y los cristianos que él pastoreó. También influyó en el cambio de costumbres hindúes perversas, gracias a su larga lucha contra la incineración de viudas y los infanticidios. Pero, salvo esas excepciones, él se esforzó por dejar intacta la cultura autóctona. Carey se adelantó a su época en cuanto a la metodología misionera.

El respetaba mucho la cultura hindú y nunca trató de importar sustitutos de la cultura occidental, como tratarían de hacer tantos misioneros que vinieron después de él. Su meta era organizar una iglesia autóctona "mediante predicadores indígenas", y al proporcionarles las Escrituras en la lengua materna de la gente, y a ese fin dedicó su vida. Pero la influencia de Carey no se sintió solamente en la India. En Inglaterra, en el continente europeo y en Norteamérica se seguía con interés su obra; allí la inspiración de su valeroso ejemplo sobrepasó en importancia a todos sus logros en la India.

Adoniram y Nancy Judson

Adoniram y Nancy Judson llegaron a la India en 1812 y estuvieron asociados por algún tiempo con Carey y en particular con su hijo Félix Carey. Los Judson, junto con otros seis misioneros jóvenes, provenían de Estados Unidos. Ellos fueron los primeros misioneros norteamericanos en el extranjero. Como sucedió con otros misioneros que los precedieron, estos nuevos misioneros también encontraron en la Compañía del Este de la India un impedimento para la obra misionera. Ellos se vieron obligados a salir de la India. Después de varios meses de complicaciones y demoras, los Judson, separados de sus colegas, llegaron a Birmania donde pasarían el resto de su vida. Ellos tuvieron que sufrir muchas penurias y necesidades en su esfuerzo por llevar el evangelio a la gente de esa tierra cerrada y poco atractiva.

Adoniram Judson nació en Massachusetts en 1788. Su padre era pastor congregacional. Sólo tenía dieciséis años de edad cuando ingresó en la Universidad Brown. Recibió su diploma en tres años (en un programa de cuatro años) y ocupó el primer puesto en su clase. En sus días de estudiante había entablado amistad con un compañero de estudios, Jacob Eames, quien creía en el deísmo, una doctrina condenada por el congregacionalismo conservador en el cual había crecido Judson. Pero las opiniones de Eames hicieron impacto en el joven Judson, quien ya no estaba satisfecho con la fe de su padre. Después de su graduación, Judson volvió a su pueblo natal; allí abrió una academia y publicó dos libros de texto, pero no era feliz. A pesar de los ruegos de sus padres, se fue a recorrer el mundo. Salió con destino a Nueva York donde esperaba convertirse en dramaturgo.

La estadía de Judson en Nueva York fue corta e infructuosa. Después de unas semanas, ya estaba en camino de regreso a Nueva Inglaterra, deprimido y frustrado en cuanto a su futuro. El iba sin dirección fija cuando se detuvo una noche en un hotel. Su sueño se vio interrumpido por los dolorosos quejidos de un enfermo que estaba en el cuarto contiguo. Por la mañana preguntó por el desafortunado viajero. Le informaron que el hombre, Jacob Eames, había muerto durante la noche. Fue una experiencia terrible para el joven Judson, de sólo veinte años de edad. De regreso a casa se dedicó a hacerse un examen de conciencia.

Cuando Adoniram llegó a su casa en Plymouth, en septiembre de 1808, encontró un alboroto entusiasta. Su padre era uno de varios pastores que participaban en el establecimiento de un nuevo seminario en Andover que, a diferencia de Harvard y otras facultades de teología de Nueva Inglaterra, se basaría en los principios ortodoxos de la fe.

Con el apoyo de su padre y de otros pastores, Adoniram quiso seguir buscando la verdad en este nuevo seminario. Lo admitieron como estudiante especial, sin hacer profesión de fe; pero, después de pocos meses, él hizo una "consagración solemne" de sí mismo a Dios.

Poco después de su voto de consagración, Judson leyó una copia impresa de un inspirador mensaje misionero que había sido predicado por un pastor británico. Judson quedó tan conmovido que prometió que sería el primer misionero norteamericano. El seminario de Andover no era una colmena de entusiastas por las misiones. Sin embargo, había allí otros estudiantes interesados en ellas. Entre estos se encontraba Samuel Mills de la Universidad Williams, quien había sido el líder de la "reunión de oración del pajar" de unos años antes. Esta reunión de oración al aire libre, un acontecimiento que no se había planeado, fue un hecho decisivo en la historia de las misiones en Estados Unidos. Un grupo de estudiantes de la Universidad Williams, con inclinaciones misioneras, conocido como la Sociedad de los Hermanos, tenía la costumbre de reunirse a orar al aire libre. Una tarde, durante una tormenta, buscaron abrigo bajo un pajar cercano. Allí se consagraron al servicio misionero. Mills, que había sido trasladado a Andover, apoyaba a Judson y a los demás alumnos de Andover que estaban interesados en las misiones. Aunque nunca sirvió como misionero en el extranjero, Mills llegó a ser un gran administrador misionero.

El gran interés que este grupito de estudiantes de Andover tenia en las misiones los llevó a la formación de la junta Norteamericana de Comisionados para las Misiones en el Extranjero, a la cual se hace referencia como la Junta Norteamericana, la misma sociedad que envió a los Whitman a Oregón más de dos décadas después (véase el Capítulo 4). A pesar del gran entusiasmo, la Junta Norteamericana tuvo dificultades económicas al principio. Entonces los comisionados enviaron a Judson a Inglaterra con la esperanza de recaudar fondos mediante la Sociedad Misionera de Londres. Aunque los directores de la SML querían patrocinar a misioneros de Estados Unidos, no querían hacerlo mientras ellos dependieran de la Junta Norteamericana. Judson estaba dispuesto a ofrecerse, junto con sus colegas, a la SML, pero entonces supo que la Junta Norteamericana había recibido la donación de una herencia considerable y volvió a su patria.

Antes de irse a Inglaterra, Judson había "comenzado una amistad" con Ann Hasseltine, mejor conocida como Nancy. Ella, así como Adoniram, había tenido una conversión religiosa que transformó su vida de joven inestable en una adulta vivaz y seria. Nancy tenía un ferviente deseo de evangelizar. Ella insistía en que iría a la India, no porque se sintiera "atada a un objeto terrenal", con referencia a Adoniram, sino por "una obligación con Dios . . . con una completa convicción de su llamamiento. .."[12] En febrero de 1812, Nancy y Adoniram se casaron, y trece días después se embarcaron para la India, llegando a Calcuta a mediados de junio.

Para Adoniram y Nancy el largo viaje por mar fue algo más que una extensa luna de miel. Ellos pasaban muchas horas en estudio bíblico, en especial en busca del verdadero significado del bautismo, un tema que preocupaba mucho a Adoniram. Cuanto más estudiaba, tanto más convencido estaba de que la práctica congregacional del bautismo de infantes por aspersión era un error. Al principio Nancy se sintió molesta con sus nuevas ideas. Ella decía que el asunto no tenía demasiada importancia y que si él se hacía bautista, ella no se haría. Sin embargo, después de una investigación a fondo ella se



Adoniram Judson, pionero de los misioneros en Birmania

La primera esposa de Adoniram Judson Ann (Nancy) Hasseltine Judson

convenció de que el bautismo de los creyentes es por inmersión. Después de su llegada a la India, Guillermo Ward bautizó a Adoniram y Nancy en Serampore.

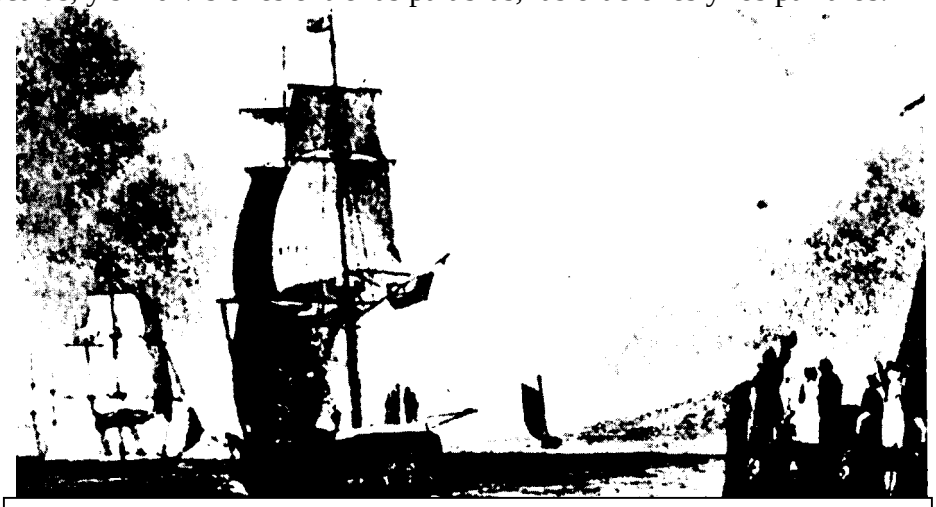
Cuando llegó la noticia a Estados Unidos de que los Judson y Lutero Rice (uno de los otros seis misioneros comisionados a la India por la Junta Norteamericana) se habían pasado a los bautistas, se formó un alboroto entre los congregacionalistas. ¿Cómo podía abandonarlos su mejor misionero después de todo lo que habían invertido en él? Pero los bautistas estaban felices, y se apresuraron a formar su propia sociedad misionera y a prometerle su apoyo.

La estadía de los Judson en la India fue corta. Ellos no podían enfrentarse a la poderosa Compañía del Este de la India. Como no podían quedarse en la India, zarparon para la isla de Francia junto a la costa de África oriental; pero cuando las posibilidades de hacer obra misionera allí parecieron pocas, decidieron volver a la India, por vía de Penang en la península de Malasia, donde esperaban hacer obra misionera. Como no había ningún barco para Penang, y los amenazaban con deportarlos, tomaron un barco que salía para Birmania. Es interesante anotar que Birmania había sido el primer campo misionero en el cual había pensado servir Adoniram, hasta cuando supo de los terribles maltratos que daban allí a los extranjeros.

La llegada de los Judson a Rangún fue triste. Durante el viaje, Nancy había dado a luz un niño muerto y tuvo que ser bajada en camilla a su nueva tierra. A diferencia de la India, Birmania no tenía una comunidad europea ni tenía sistema de castas. La gente parecía bastante independiente y libre, a pesar del régimen cruel y tiránico que los gobernaba. Había pobreza por todos lados. Las calles estrechas y sucias de Rangún estaban delineadas con casuchas. Detrás de las sonrisas felices de los que los saludaban se podía sentir la opresión. Los Judson no fueron los primeros misioneros protestantes en Birmania. Otros habían ido y vuelto, pero sólo quedaban Félix Carey (hijo mayor de Guillermo Carey) y su esposa. Ellos salieron poco después de la llegada de los Judson, cuando el gobierno birmano le ofreció a Félix un empleo. A esto había comentado su padre con amargura: "Félix ha pasado de misionero a embajador." Después Félix volvió a la India a trabajar con su padre y ayudó mucho en la obra misionera allí.

Después de dos años de haber salido de Norteamérica, Adoniram y Nancy al fin se encontraban solos para establecer su propia obra misionera. Ellos tenían la casa grande de

la misión bautista de Rangún para ellos solos y pasaban hasta doce horas diarias en el estudio del difícil idioma birmano. Nancy, por su relación diaria con mujeres birmanas, aprendió a hablar el idioma muy pronto; pero Adoniram se esforzaba por aprender el idioma escrito que consistía en una secuencia continua de letras, sin puntuación ni mayúsculas, y sin divisiones entre las palabras, las oraciones y los párrafos.



Los Judson a bordo del Caravana al zarpar del puerto de Crowninshield, en Salem, el 18 de febrero de 1812.

El idioma no era la única barrera que existía entre los Judson y la gente de Birmania. Ellos descubrieron que esta gente no tenía un concepto de un Dios eterno que tuviera un interés personal en la humanidad. Sus primeros intentos de compartir el evangelio fueron desalentadores: "No pueden imaginarse ustedes lo difícil que es darles una idea del verdadero Dios y de la salvación en Cristo, puesto que sus conceptos de la divinidad son muy bajos." El budismo era la religión de Birmania, con sus rituales y la adoración de ídolos: "Ya hace dos mil años que Gaudama (Gautama), su última deidad, entró en su estado de perfección; y aunque ya no existe, ellos todavía adoran un cabello de su cabeza, que está entronizado en una enorme pagoda, a la cual acuden los birmanos cada ocho días.[13]

El tiempo en que los Judson fueron los únicos misioneros protestantes en Birmania fue breve. No mucho después de que se trasladaron a la espaciosa casa de la misión, se limitó su vida privada al alojar allí a Jorge y Febe Hough y sus hijos. Hough, quien era impresor, había traído su imprenta y sus tipos. Poco después estaba imprimiendo partes de la Escritura que Adoniram había estado traduciendo. En los dos años siguientes, llegaron otras dos familias. Sin embargo, la muerte, las enfermedades y la salida prematura de algunos mantenía pequeño el grupo misionero.

Birmania era un campo desanimador para el cultivo del cristianismo. Parecía que cada retoño de progreso era abatido antes de que echara raíces. A veces había señales de interés animadoras, pero entonces desaparecían de repente los interesados al oír rumores de represalias oficiales. La tolerancia de que los misioneros eran objeto fluctuaba de un extremo a otro por el cambio continuo de virreyes en Rangún. Cuando los Judson gozaban del favor de la corte, tenían libertad para propagar el evangelio, y los birmanos aprovechaban la falta de control oficial. Pero cuando ese favor no existía, en vez de aparecer mucho en público tenían que pasar muchas horas en la casa de la misión,

dedicados al trabajo de traducción de las Escrituras.

Desde sus primeros días en Rangún, los Judson estaban inconformes con la ubicación aislada de la casa de la misión. Ellos estaban en Birmania para servir a la gente y querían que ésta tuviera un acceso fácil a su casa. Por un tiempo salieron de la casa de la misión y se fueron a vivir entre la población de la ciudad; pero un incendio quemó su barrio y se vieron obligados, contra su voluntad, a regresar a la casa de la misión. Ellos querían mezclarse con las personas y alcanzarlas con el evangelio desde el mismo nivel de ellas. ¿Cómo se podría lograr eso en una cultura tan diferente de la suya? La solución ideal era la construcción de un *zayat*.

Un *zayat* era un cobertizo en el que podía entrar cualquiera que quisiera descansar o comentar las noticias del día, o escuchar a los maestros budistas laicos que pasaban por allí. Ese era un lugar para reposar y olvidarse de las presiones del día. Había muchos lugares así en Rangún. Judson estaba convencido de que tal edificio lo pondría en contacto con la gente, pero la falta de dinero le impedía realizar sus planes. Al fin, en 1819, cinco años después de su llegada a Birmania, pudo él comprar a precio razonable una propiedad no muy lejos de la casa de la misión en el muy transcurrido camino de la Pagoda. Ellos comenzaron a construir su *zayat* (una choza de unos siete metros de largo por siete de ancho, con un amplio corredor, levantada en postes y separada de la superficie del suelo). Pero la construcción sola no bastaba. Adoniram y Nancy querían que la gente se sintiera cómoda. Por ello acudieron a un culto religioso en uno de los zayat que estaba cerca para familiarizarse con la disposición de los asientos y otras peculiaridades culturales. Ellos entendían bien claro que no estaban estableciendo un salón inglés de reuniones sino un zayat birmano.

La idea dio resultados. Casi de inmediato, los visitantes, que nunca habrían entrado en la casa de la misión, comenzaron a llegar al nuevo lugar. Aunque a Adoniram le quedaba poco tiempo para su trabajo de traducción, él estaba muy contento con este nuevo aspecto de su ministerio. En mayo de 1819, sólo un mes después de abrir el zayat, Maung Nau hizo profesión de fe en Cristo en un servicio dominical. La pequeña iglesia birmana de Rangún fue creciendo, y en el verano de 1820 ya contaba con diez fieles bautizados. Desde el principio los nuevos creyentes desempeñaron un papel activo en el evangelismo. Una mujer abrió una escuela en su casa; un joven llegó a ser pastor auxiliar y otros distribuían folletos. El trabajo avanzaba, aun cuando los Judson no estuvieran presentes.

Aparte de la persecución oficial, las fiebres tropicales eran el peor obstáculo de la obra en Birmania. Tanto Adoniram como Nancy sufrían de frecuentes ataques de fiebre que ponían en peligro su vida. Ellos ya sabían que la muerte era una amenaza muy real. Su hijo Róger, nacido el año después de su llegada a Rangún, llenó sus corazones de alegría durante seis meses antes de morir de fiebre. En 1820 salieron de Rangún por varios meses para procurar asistencia médica para Nancy en Calcuta. Después, en 1822, Nancy regresó a Inglaterra y a Estados Unidos con licencia por enfermedad.

Durante la ausencia de Nancy, Adoniram se dedicó por completo a la obra de traducción y completó el Nuevo Testamento en menos de un año. Mientras tanto, la situación había tenido un cambio drástico. Jonatán Price, un médico misionero que trabajaba con Adoniram, recibió una orden para presentarse delante del emperador en Ava, a varias semanas de viaje río arriba. La facilidad que Adoniram tenía para hablar el idioma birmano lo obligaba a acompañar a Price a esta importante reunión. De mala gana empacó Adoniram sus pertenencias para el viaje. Durante algún tiempo los dos misioneros

gozaron del favor de la corte real; pero a principios de 1824 la situación política de Birmania se fue volviendo aterradora. Nancy ya había regresado de Estados Unidos, y se unió a Adoniram en Ava; pero su reunión duró poco tiempo. Estalló la guerra entre Birmania e Inglaterra, y se sospechaba que todos los extranjeros eran espías. Adoniram y Price fueron detenidos y puestos en una prisión donde esperaban la ejecución los condenados a muerte.

La vida en esta prisión era terrible. Los misioneros estaban confinados junto a criminales comunes en un lugar sucio, oscuro y lleno de animalejos, con grillos y cadenas en los tobillos. Por la noche, los Caras Manchadas, que así llamaban a los guardias porque tenían la cara y el pecho marcados por haber sido criminales también, amarraban los grillos de los tobillos a un tronco suspendido del cielo raso, hasta que sólo la cabeza y los hombros de los prisioneros tocaban el suelo. Por la mañana, los fatigados prisioneros estaban tiesos y entumecidos; el día les ofrecía poco alivio. Todos los días había ejecuciones, y los prisioneros nunca sabían quién sería el próximo en morir.

Los sufrimientos de Adoniram los sentía también Nancy, y tal vez mucho más que él. Todos los días ella se entrevistaba con funcionarios públicos para explicarles que Adoniram, por ser ciudadano de Estados Unidos, no tenía ninguna relación con el gobierno británico. Algunas veces sus ruegos y sus sobornos tenían éxito y se le daba un alivio temporal a su esposo; pero, con más frecuencia, ella se sentía incapaz de hacer nada para ayudar a Adoniram, que se estaba acabando en la prisión. Para empeorar las cosas, descubrió que estaba embarazada. Durante los meses siguientes su único consuelo eran las visitas a Adoniram, permitidas por su soborno de los oficiales y guardias. Por algún tiempo no hizo más visitas, hasta que el 15 de febrero de 1825, ocho meses después del arresto de Adoniram, ella llegó con un pequeño envoltorio. Le llevaba a la pequeña María, de menos de tres semanas de nacida.

En mayo siguiente, cuando el ejército británico marchaba hacia Ava, sacaron de repente a los prisioneros y se los llevaron en marcha forzada a otro lugar más al norte. Por haber estado en prisión por más de un año sin hacer ejercicio, los prisioneros no estaban preparados para el acelerado paso bajo el ardiente sol, y algunos murieron por el camino. Los pies de Adoniram estaban en carne viva y sangrantes. Cada paso era una enorme tortura. En la marcha cruzaron un puente sobre un río pedregoso y seco. En el instante de cruzar, Adoniram se sintió tentado a saltar por un lado del puente y acabar de una vez con su dolorosa existencia. Hubiera sido una salida fácil, pero él superó la tentación y siguió adelante. Una vez más permaneció en prisión.

Después de poco días, Nancy, quien no había sabido del traslado hasta después de ocurrido, llegó al nuevo lugar. Allí volvió a suplicar por el caso de su esposo. Pero la mala salud de la criatura y la de la propia Nancy quitaron toda posibilidad de éxito a sus esfuerzos. Ella se puso tan mal que ya no podía darle el pecho a María, y sólo la misericordia de los guardias mantuvo viva a la niña. Ellos le permitieron a Adoniram que saliera de la prisión dos veces al día para llevar a la nena por la aldea a fin de que fuera amamantada por las madres que estuvieran criando en esos días. La madre y la bebé se recobraron lentamente, pero nunca mejoraron del todo.

Al fin, en noviembre de 1825, después de casi año y medio de prisión, se dio libertad a Adoniram para que interpretara durante las negociaciones de paz con los británicos. Mientras tanto, los Judson pasaron un poco de tiempo con los oficiales británicos, y por primera vez en casi dos años, pudieron disfrutar de un tiempo juntos. Nancy escribió lo siguiente a su cuñado: "No ha habido personas más felices sobre la

tierra que nosotros durante las dos semanas que pasamos en el campamento inglés."[14] Esa fue la última vez que tuvieron un tiempo de descanso juntos. Volvieron a Rangún y luego fueron a Amherst, donde Nancy se quedó sola con María mientras Adoniram regresaba para ayudar en la conclusión de las negociaciones. Las semanas se convirtieron en meses y, antes de que él pudiera regresar, recibió una carta con un sello negro. Nancy, su amada compañera, había muerto de fiebre. Unos pocos meses después también murió su hijita María.

La reacción inmediata de Judson ante la muerte de Nancy fue ahogar su tristeza en el trabajo. Durante más de un año mantuvo un paso acelerado de traducción y evangelismo, pero su corazón no estaba en lo que hacía. Era como un volcán de culpa y de angustia que estaba buscando una salida por la que hacer erupción. No podía perdonarse el no haber estado con Nancy cuando ella más lo necesitaba. Tampoco podía librarse del subyugante dolor que cada vez era más intenso. Al aumentar su depresión nerviosa, disminuyó su productividad. Comenzó a pasar largos períodos de tiempo en silencio y a evitar relacionarse con los demás. Hasta dejó de comer con los otros misioneros en la casa de la misión. Al fin, unos dos años después de la muerte de Nancy, se internó en la selva y se aisló por completo. Allí se construyó una rústica chocita y vivió como un ermitaño. Llegó al punto de cavar una tumba donde guardaba vigilia por días enteros, llena la mente de mórbidos pensamientos acerca de la muerte. Estaba rodeado de gran desolación espiritual: "Dios es para mí el Gran Desconocido. Yo creo en El, pero no puedo hablar."[15]

Por fortuna, la postración mental de Judson no continuó indefinidamente (como fue el caso de Dorotea de Carey). En aquel entonces no había psiquiatras ni existían el psicoanálisis ni la terapia de grupo. Lo que sí lo ayudó fue una inmensa manifestación de amor y de oración por parte de sus colegas y de los creyentes locales. Pero lo más importante fue que tenía una fe bien fundada que pudo sostenerlo aun en los momentos más difíciles de sus dudas. Poco a poco se fue recuperando de la depresión que lo paralizaba, y fue adquiriendo una nueva profundidad espiritual que daba más intensidad a su ministerio. Viajaba por toda Birmania y ayudaba a otros misioneros en su obra. A dondequiera que iba siempre tenía los mismos resultados: multitudes de personas que se interesaban en el evangelio, nuevas conversiones y señales de crecimiento espiritual. El percibía una nueva ola de interés "a todo lo largo y ancho del país". Era este un sentimiento que le infundía un temor reverente: "A veces me siento alarmado como una persona que ve que una locomotora comienza a moverse, y sabe que no tiene control sobre ella."[16]

Aunque su ministerio itinerante era emocionante, Judson sabía que le quedaba una gran obra por hacer, que era la terminación de la traducción de la Biblia al birmano. Tenía que dedicarle más tiempo del que le quedaba entre los viajes. Se necesitaba una concentración completa, durante dos años, traduciendo de veinticinco a treinta versículos diarios del hebreo del Antiguo Testamento al birmano, ambos idiomas muy difíciles. Judson completó la traducción inicial, pero le quedaban años de revisión menos concentrada por delante. No fue sino hasta el año 1840, catorce años después de la muerte de Nancy, que le envió la última página de la Biblia en birmano al impresor.

Mientras tanto, Judson se había estado concentrando en algo más que las revisiones. En 1834, a la edad de cuarenta y seis años, se casó con Sara Boardman, una viuda de treinta, quien había permanecido con mucha valentía en la obra misionera después de la muerte de su esposo, tres años antes (véase más adelante). Ellos hacían una buena pareja, pero la obra de Sara fue disminuyendo según fue aumentando la familia.

Durante los primeros diez años de matrimonio, dio a luz ocho hijos. Las presiones eran muchas, y en 1845, después del nacimiento de su último hijo (dos habían fallecido), cuando iban con licencia médica a Estados Unidos, murió ella.

Judson y tres de sus hijos acompañaban a Sara, y la tragedia ocurrida entristeció profundamente lo que pudo haber sido una alegre reunión con familiares y amigos. Ya habían pasado treinta y tres años desde la última vez que Judson había visto su patria y encontró cambios muy grandes. No pudo evitar notar que las villas y puertos pesqueros se habían transformado en grandes ciudades y puertos marítimos. Esa transformación había hecho desaparecer para siempre la tierra de su infancia. Casi no podía reconocer los campos de la Nueva Inglaterra. Los treinta y tres años de progreso no fueron lo único que le impedía hallar solaz y sosiego en los recuerdos de su infancia, pues al llegar a su patria se dio cuenta de que era muy famoso. Todos querían ver y escuchar a este hombre tan célebre cuya obra misionera era legendaria. Aunque a Judson le disgustaba la publicidad, para satisfacer a sus entusiastas patrocinadores, viajaba de un lugar a otro dando conferencias. La gente, sin embargo, parecía algo desengañada, pues esperaban oír emocionantes historias de pueblos de costumbres exóticas, mas todo lo que predicaba Judson era el evangelio y ellos ya lo habían escuchado antes.

Durante uno de sus viajes, Judson conoció a Emilia Chubbock, joven autora de libros de ficción que usaba el seudónimo de Fanny Forrester. Judson quedó encantado del estilo vivaz de esta cristiana bautista, pero no le agradaba que se malgastara su talento en obras mundanas. El le sugirió que escribiera una biografía de Sara, y ella aceptó con agrado; así empezó su amistad. En enero de 1846, con menos de un mes de haberse conocido, el le propuso matrimonio.

La decisión de casarse con Emilia produjo cierta controversia entre el público cristiano; pero ella cuando era más joven había pensado en ser misionera, y no había razón para creer que no pudiera ser una buena esposa para Judson. También podría ser muy útil para la obra en Birmania. Pero a Judson se le consideraba un santo del protestantismo y por eso se esperaba mucho de él. El público pensaba que no era propio de él casarse con una autora seglar, de poco más de veinte años, la mitad de la edad de él. Las críticas parecían acercarlos más, así que en junio de 1846 se casaron.

Al mes siguiente zarparon para Birmania. Los tres niños se quedaron con dos familias. Ellos nunca volverían a ver a su padre, como tampoco volverían a ver a su madre los tres niños que habían quedado en Birmania. La historia de Judson, como la de cualquier misionero, es una ilustración del trauma que sufren las familias misioneras. Los niños que lloran al desprenderse de sus amados padres y de la única seguridad que conocen, sin comprender la razón de la separación. Pero, de alguna manera, esos niños superan las circunstancias, y sabemos, por ejemplo, que de los cinco hijos de Judson y Sara que se criaron, dos fueron pastores de iglesias, uno médico, una hija fue directora de una academia y un hijo prestó servicio en el ejército del norte en la Guerra Civil hasta que lo licenciaron por haber sido herido en combate.

Judson y su nueva esposa llegaron a Birmania en noviembre de 1846. A Emilia le había ido bien en el viaje y se hallaba lista para tomar el lugar de Sara, según su capacidad. Ella fue una buena madre para los niños de Judson (sólo dos habían sobrevivido para salir a su encuentro). Ella también se dedicó con entusiasmo al estudio del idioma y a la obra misionera, sin olvidar su talento de escritora. Así describía la dura realidad de la vida del misionero: "Hay miles y miles de murciélagos. También tenemos la bendición de una porción completa de cucarachas, escarabajos, lagartijas, ratas, hormigas,

mosquitos y chinches. Estos son muy activos, y las hormigas desfilan por la casa en grandes cantidades. . . Tal vez unas veinte acaban de pasar por el papel mientras escribo. Solamente una cucaracha ha venido a visitarme ahora, pero el desinterés de ellas ha sido compensado con toda una compañía de insectos negros del tamaño de la yema de un dedo; aventureros sin nombre.[17]

Adoniram y Emilia pasaron tres años en Birmania. El nacimiento de una niña los llenó de mucha felicidad, la cual se vio opacada por causa de las enfermedades. En la primavera de 1850, mientras Emilia esperaba otro hijo, Adoniram, quien se sentía enfermo de gravedad, salió a un viaje por mar con la esperanza de mejorar. Murió antes de finalizar la semana, y fue sepultado en alta mar. Diez días después nació muerto el hijo que esperaba Emilia. Ella no supo de la muerte de Adoniram hasta agosto. En enero siguiente ella, la pequeña Emilia, y los dos hijos de Judson salieron para Boston y establecieron su hogar en Estados Unidos. La salud de Emilia estaba quebrantada y murió tres años después a la edad de treinta y seis años.

Jorge y Sara Boardman

Jorge y Sara Boardman llegaron a Birmania, procedentes de Estados Unidos, al terminar la guerra anglo-birmana, poco después de la muerte de Nancy Judson. Ellos conocían bien los peligros que les esperaban en esa tierra. La muerte de James Coleman, uno de los colegas de Judson, tuvo mucho que ver con el interés de ellos en las misiones y con su matrimonio. Jorge Boardman, graduado de la Universidad de Colby, quedó tan impactado al conocer la historia del sacrificio de Coleman que entró al seminario de Andover a prepararse para el servicio misionero. Asimismo Sara Hall, joven sensata y la mayor de trece hijos, fue conmovida por la tragedia. Su reacción fue escribir un poema sobre Coleman, y esos versos habrían de cambiar la dirección de su vida. El poema, publicado en una revista religiosa, despertó la curiosidad de Boardman, quien quedó impresionado por la sinceridad de la autora. El no quedó satisfecho hasta localizarla. Unos meses después de conocerse, se comprometieron.

Los Boardman fueron conocidos por su ministerio entre los karen, una tribu de las montañas despreciada por los birmanos. Poco después de llegar a Birmania, salieron de la comodidad de la misión en Moulmein y se trasladaron a Tavoy para comenzar la obra misionera entre los karen. Con ellos fue un creyente llamado Ko Tha Byu, quien decía que había cometido más de treinta homicidios antes de convertirse. El era un aborigen karen y tenía un hermoso testimonio. Durante tres años acompañó a los Boardman por aldeas y montañas en su ministerio evangelístico. Ese era un ministerio fructífero, pero la salud de Jorge Boardman empeoró. Murió en 1831, antes de cumplir cinco años en Birmania. A diferencia de Judson, quien trabajó varios años antes de ver una conversión, Boardman tuvo el privilegio de guiar a muchos a Cristo. Durante los últimos dos meses de su vida, fueron bautizados cincuenta y siete karen, y la iglesia de Tavoy contaba con setenta miembros.

Después de la muerte de su esposo, Sara se sintió con deseos de volver a Estados Unidos con el pequeño Jorge, su hijo de dos años; pero por petición de Judson decidió continuar en la obra. Ella había establecido una escuela para niñas y temía que se cerraría si se marchaba. Durante tres años se quedó con los karen. Pasaba el tiempo enseñando y en la continuación del ministerio itinerante de su esposo en las aldeas de las montañas, llevando a su hijito a quien los karen llamaban con afecto "El Pequeño Cacique".

En 1834 Adoniram Judson fue a Tavoy a visitar a Sara y, en esa ocasión, se

casaron. Al siguiente año, enviaron al niño a Estados Unidos para que recibiera una educación adecuada. Esa fue una experiencia difícil para el niño. Sara decía que el niño tenía "tal ternura y sensibilidad que le impedían el trato con desconocidos".[18] El ya no volvería a ver más a su madre. El vacío de la vida de Sara se llenó pronto con más niños que la mantuvieron ocupada en sus deberes maternales; pero nunca abandonó por completo su ministerio entre los birmanos. Además de enseñar en la escuela de las niñas, usaba su dominio del idioma en la preparación de himnos y de material de enseñanza en birmano. También tradujo otros materiales, entre los cuales estaba *El progreso del Peregrino*, en el cual trabajaba cuando murió.

El matrimonio de Sara con Judson no dio por terminado el ministerio evangelístico entre los karen. Ko Tha Byu se había convertido en un fogoso evangelista, quien estimuló un movimiento en masa de la tribu hacia el cristianismo. Otros misioneros fueron a ministrar entre los karen y a traducir las Escrituras, y en la década de 1850 había más de 10.000 creyentes miembros de la iglesia. Cálculos recientes consideran que hay unos 100.000 creyentes bautizados entre los karen.

Henry Martyn

Los impedimentos que la Compañía del Este de la India pusieron ante Adoniram y Nancy Judson, que los obligó a vivir en Birmania, fueron considerados como algo providencial. Por medio de los Judson, de los Boardman y de otros más se fue abriendo para el evangelio el que hasta entonces había sido un país hostil. Sin embargo, continuaron llegando misioneros a la India. Aunque la compañía seguía obstinada en su oposición, la Sociedad Misionera Bautista, la Sociedad Misionera de Londres y la Sociedad Misionera de la Iglesia lograron enviar más misioneros para impulsar la obra en la India.

Una manera de entrar a la India con un mínimo de molestias para un mensajero del evangelio era ir como capellán de la Compañía del Este de la India. El más famoso de tales capellanes fue Henry Martyn, quien llegó a la India en 1806. Durante su corta estadía allí, se convirtió en uno de los más grandes traductores de la Biblia del Asia Central.

Martyn nació en Cornwall, Inglaterra, en 1781. Su padre fue un mercader que proveyó bien para su talentoso hijo. A Martyn le gustaba mucho el estudio y, después de completar sus cursos básicos, pasó a Cambridge donde se graduó con los más altos honores en matemática. Aunque le había vuelto la espalda a Dios en su juventud, hubo varias cosas que lo hicieron reconsiderar los valores espirituales. La muerte de su padre, las oraciones de su hermana, el consejo de un pastor piadoso y las palabras escritas de David Brainerd se combinaron para llevarlo a rendirse a Dios. Sólo entonces se decidió por la obra misionera. El ejemplo del sacrificio de David Brainerd y los esfuerzos pioneros de Guillermo Carey en la India fueron una poderosa fuente de inspiración. Pronto las misiones fueron su único objetivo

Así como Brainerd, Martyn pasaba muchas horas cada día en oración y devoción a Dios: "Yo pensaba en David Brainerd y deseaba mucho igualar su devoción a Dios. Me sentía unido de corazón a este hombre querido. Quería ser como él. ¡Que me olvide del mundo y que el deseo de glorificar a Dios me consuma!" Con este propósito, Martyn se negaba a sí mismo. Para lograrlo, una de las cosas que hacia era apartarse del fuego mientras desayunaba y leía, "aunque el termómetro indicaba una temperatura de congelación".[19]

También hizo el sacrificio de quedarse soltero. El daba gracias que "había sido

liberado de todo deseo de las comodidades de la vida matrimonial", y que prefería "la vida de soltero por las mayores oportunidades para consagrarse a las cosas celestiales". Pero eso era antes de enamorarse de Lidia, la cuñada de su primo, quien le llevaba seis años de edad. Este "afecto idólatra" fue lo que lo distrajo más que ninguna otra cosa de su meta única de evangelizar a los paganos: "Sabía con claridad que la amaba con pasión. Esto estaba en oposición directa a mi devoción a Dios en la vida misionera y perturbaba mucho mi mente." Lidia había dominado su corazón. El no podía dejar de pensar en ella, y despertaba durante "la noche . . . pensando en ella."[20]

Martyn no sería ni el primero ni el último en apartarse de las misiones por causa de un romance; pero aunque Lidia estaba en sus pensamientos, él no se dejó apartar de su consagración espiritual. El estaba convencido de que podría servir mejor a Dios sin los deberes del matrimonio. Además, era muy dudoso que Lidia lo hubiera acompañado a un país extranjero. Pasó él casi un año en los planes para embarcarse para la India. Siempre sufría por motivo de Lidia, pero afirmaba que "estaba resignado con gozo, por hacer la voluntad de Dios, a sacrificar el placer terrenal"[21] del matrimonio.

En la primavera de 1805, Martyn fue ordenado ministro anglicano. Al mes siguiente lo nombraron como capellán en la Compañía del Este de la India y, en el verano de 1805, se despidió de Lidia y se embarcó para la India. A su llegada conoció a Guillermo Carey y a los demás misioneros de Serampore. Ellos reconocieron de inmediato su inteligencia y lo animaron a hacer traducciones de la Biblia. Como capellán, su responsabilidad principal era el servicio a los empleados y familias de la Compañía del Este de la India; pero su corazón estaba en las misiones. El se sintió muy entusiasmado por la oportunidad de poner el Nuevo Testamento a disposición de millones de asiáticos. Durante cuatro años sirvió en bases militares. Predicaba a europeos e hindúes, establecía escuelas y al mismo tiempo traducía el Nuevo Testamento a los idiomas indostaní, persa *y* árabe. Pero las altas temperaturas de la India central agravaron su ya frágil salud. En 1810, con el Nuevo Testamento en indostaní listo para la imprenta, se fue de viaje por mar a Persia. El esperaba una mejoría en su salud y quería hacer una revisión de sus traducciones al árabe y al persa.



Henry Martyn, traductor de la Biblia en la India y en Persia

La salud de Martyn sí mejoró por algún tiempo, y pudo perfeccionar su traducción con la ayuda de unos de los más calificado seruditos de Persia, pero en 1812 su condición física ya se había deteriorado de nuevo. Un viaje por tierra a Inglaterra parecía la única

solución a sus problemas de salud, y también sería una oportunidad para restablecer sus relaciones con Lidia. Aunque ella había rechazado su invitación para ir a la India a casarse con él, quería verla otra vez para decirle en persona lo que le había dicho por cartas durante los últimos seis años. Pero esa oportunidad nunca se le presentó, pues murió en el Asia Menor en el otoño de 1812, a la edad de treinta y un años. Cuando él llegó a la India, escribió en su diario: "Ahora, ¡que mi trabajo por Dios me consuma!" Y así sucedió.

Alejandro Duff

Uno de los misioneros más innovadores que llegaron a la India fue Alejandro Duff, quien arribó a Calcuta con su esposa en 1830. Duff no se había sentido muy impresionado con los informes de la obra misionera en la India, algunos de los cuales afirmaban que la evangelización de los hindúes había sido un completo fracaso. Los críticos decían que los pocos conversos eran en su mayoría de la clase baja. Decían también que los creyentes dependían de la misión y que no ejercían ninguna influencia sobre sus compatriotas. Aunque los informes eran pesimistas, también era verdad que no se había hecho un esfuerzo por alcanzar a las clases altas con el cristianismo. La misión de Duff tenía como objetivo cambiar esa situación.

Duff nació y creció en Escocia y se educó en su país en la Universidad de San Andrés. El avivamiento evangélico que había hecho que Escocia se tornara a Dios en la década de los veinte también encendió la fe de este joven universitario, quien a la edad de veintitrés años llegó a ser el primer misionero de la Iglesia de Escocia. La carrera misionera de Duff comenzó con ciertas dificultades. En su viaje a la India tuvo dos naufragios. En uno de ellos perdió toda su biblioteca personal, lo cual fue un rudo golpe por ser él tan dedicado al estudio y a la educación.

Al llegar a la India, puso Duff inmediatamente en marcha sus proyectos para alcanzar a las clases altas mediante la educación superior. Su idea era enseñar ciencias y artes de la cultura occidental, en inglés, a los hindúes intelectuales interesados en las ideas y en la educación occidentales. También se enseñaría y se estudiaría la Biblia. Duff estaba convencido de que con este método se implantaría con firmeza el cristianismo en la India. Los críticos de Duff, tanto los educadores hindúes como los misioneros, eran numerosos. Pero él tenía dos patrocinadores famosos: el respetable anciano Guillermo Carey y Ram Mohum Roy, un brahmán culto y de ideas liberales. Roy era un reformador popular con muchos seguidores, y fue en gran parte su influencia la que le preparó el camino a Duff. Roy se enorgullecía de su tolerancia y no se oponía al hincapié que hacía Duf en la Biblia. Roy había leído la Biblia (sin convertirse al cristianismo y animaba a los alumnos de Duff a hacer lo mismo, y a formarse su propio criterio.

Después de unos meses de su llegada a la India, abrió Duff su escuela. Comenzó bajo un árbol con cinco estudiantes, pero la noticié se regó como fuego, y al fin de la semana había más de trescientos estudiantes que querían matricularse. La escuela tuvo un rotundo éxito en la enseñanza de la cultura occidental, y también — aunque algo menor — en sus esfuerzos por la diseminación del evangelio, A los tres años, había Duff bautizado a cuatro creyentes. Número pequeño si se compara con el tamaño de la escuela. Pero aun la noticia de esas pocas conversiones creó tal alboroto que algunos estudiantes se marcharon, lo cual puso en peligro la obra de Duff por algún tiempo. Sin embargo, los estudiantes poco a poco regresaron. Al fin de su primera década en la India, la matrícula de la escuela era de un promedio de ochocientos estudiantes. Después abrió una escuela para alumnas de la clase alta, la cual también despertó mucho interés.



Alejandro Duff, educador y misionero en la India.

La mayor crítica a la obra de Duff fue que la gran mayoría de sus alumnos venía a su escuela solamente por la educación seglar. De esos millares, sólo hubo treinta y tres conversiones registradas durante la vida de Duff. Con todo, se debe recordar que la mayoría de esos treinta y tres jóvenes era de familias influyentes y se convirtieron en cristianos de influencia también. Algunos fueron misioneros y pastores, y otros llegaron a ser obreros laicos de mucha importancia.

Duff fue un presbiteriano sobrio y firme, sin humor, quien tuvo que sacrificar su vida familiar para realizar sus monumentales logros. Su trabajo era su vida, y su familia no se atrevía a interferir. En 1839 su esposa y él regresaron a la India después de su primera licencia. En Inglaterra dejaron a sus cuatro hijitos (incluso uno recién nacido) con una señora viuda. Ellos volvieron a su patria en 1850, cuando el niño menor ya tenía once años. Desafortunadamente, el recuerdo del regreso de sus padres no fue para este niño un acontecimiento alegre. Sin pérdida de tiempo, comenzó Duff a enseñarle el catecismo a su hijo. El padre, quien no conocía, al parecer, los principios del estímulo positivo, regañaba al niño así: "Los niños paganos de mi instituto en Calcuta saben más de la Biblia que tú."[22]

El joven Duff describió después a su padre como una persona "que carecía de buen humor y era incapaz de divertirse". Despreciaba la indiferencia de su padre, de quien habló amargamente.

Si Duff fracasó como padre, ciertamente tuvo éxito como misionero y promotor de las misiones. Durante su segunda licencia viajó por Inglaterra, Irlanda, Escocia, Gales y Estados Unidos. Por todas partes por donde iba lo aclamaban mucho. En Estados Unidos predicó ante el congreso y tuvo una reunión privada con el presidente. Se ha descrito a Duff como "el más elocuente misionero y orador"[23] de su siglo. Su impacto en las misiones fue colosal. Por su influencia, centenares se presentaron como voluntarios para las misiones y decenas de millares contribuyeron a la causa del servicio misionero. Por todo el mundo se imitó su idea de la combinación de la educación con el evangelismo, a pesar de las controversias que ese método suscitaba a menudo.

Mientras se alababa a Duff como innovador en el evangelismo de la alta sociedad, otros siguieron la obra con las clases bajas: los intocables y los miembros de las castas degradadas. En 1865 el doctor Juan Clough y su esposa, de la Misión Bautista Norteamericana, comenzaron su obra en la Misión de la Estrella Solitaria en Ongole, India. Pronto fueron testigos de un gran avivamiento entre los descastados. El movimiento

en masa hacia el cristianismo continuó. En un sólo día del verano de 1878, Clough bautizó a 2.222 creyentes. Durante el siglo después de esa fecha más de un millón de deseastados mala hicieron profesión de fe en Cristo. Así que, ya sea por razonamiento intelectual o por amor igualitario, el evangelio fue implantado en la India, y en ciertas zonas y en algunos corazones echó raíces profundas.

CAPITULO 6

África:
"Cementerio del hombre blanco"

En África, llamada durante siglos "el cementerio del hombre blanco", más misioneros protestantes han perdido la vida que en ninguna otra parte del mundo. El evangelismo ha sido una empresa costosa, pero la inversión ha pagado ricos dividendos. Aunque las misiones protestantes llegaron tarde al África (en comparación con Asia), este ha sido uno de los campos misioneros más fructíferos del mundo. Se calcula que para fines del siglo veinte el cincuenta por ciento de la población de África al sur del Sahara profesará el cristianismo. La mayor parte de este crecimiento, sin embargo, ha ocurrido en el siglo veinte. El crecimiento de la iglesia en el siglo diecinueve fue a menudo dolorosamente lento, pero fueron los misioneros pioneros del siglo diecinueve quienes lo arriesgaron todo para abrirle el camino al cristianismo en África.

Las misiones protestantes modernas en África comenzaron durante el siglo dieciocho en la Colonia del Cabo con los moravos (véase el Capítulo 3). A fines de ese siglo la Sociedad Misionera de Londres ya había entrado en África del Sur y, con Roberto Moffat, había comenzado a penetrar el interior; aunque la mayoría de los misioneros permaneció en las zonas más saludables al sur del río Orange y en las regiones de la costa. El empuje de la actividad misionera protestante iba de sur a norte, y para mediados del siglo diecinueve los bautistas, anglicanos y presbiterianos tenían bases sólidas en la costa occidental. A estos siguieron las misiones permanentes de la costa oriental. Para fines del siglo casi toda África ya había abierto las puertas a los misioneros.

A pesar de los grandes sacrificios, se ha criticado con dureza las misiones en África, en particular con respecto a las relaciones de los misioneros con el colonialismo y su exportación de la civilización europea. La filosofía de Moffat de "la Biblia y el arado" se expandió con la de Livingstone de "el comercio y el cristianismo", y aun María Slessor insistía en la necesidad del comercio para elevar el nivel de vida Africano y preparar más a la gente para las normas de la ética cristiana. El futuro del cristianismo en África, según los misioneros, dependía de la influencia europea y del comercio. Pocos misioneros se oponían al imperialismo que ha sido tan criticado en años recientes. Sin embargo, las críticas son injustas. Concedemos que los misioneros fueron parte integral del colonialismo, y que no se avergonzaban de identificar la civilización europea con el cristianismo. Pero ellos, más que cualquier otra influencia exterior, lucharon contra los males del colonialismo y del imperialismo. Combatieron contra el odioso tráfico de esclavos. Y después de pasada la vergüenza de tal comercio, los misioneros alzaron su voz contra otros crímenes, incluso la manera sangrienta que usó el rey Leopoldo para extraer caucho del Congo. La gran mayoría de los misioneros estaba a favor de África, y los otros europeos a menudo los despreciaban debido a la posición de los misioneros sobre la justicia racial. En realidad, se puede decir sin exagerar que sin la conciencia de las misiones cristianas, no se hubiera puesto fin a muchos de los crímenes del colonialismo.

Tal vez las mayores críticas a las misiones Africanas han sido hechas por los antropólogos y los sociólogos, quienes acusan a las misiones cristianas de la destrucción de la cultura Africana. Es verdad que los misioneros del siglo diecinueve (y aun los del veinte) no apreciaban a veces las cualidades distintivas de las culturas exóticas y no adaptaron el cristianismo a las costumbres de las sociedades primitivas. Pero también debe recordarse que muchos aspectos de la cultura Africana eran inaceptables y necesitaban un cambio radical. Los Africanos se destruían unos a otros en grandes cantidades mediante las guerras entre las tribus; a veces también por medio de sus tradiciones, tales como la cacería de cabezas, la matanza de los gemelos, los sacrificios humanos, el canibalismo y la hechicería. Los esfuerzos de los misioneros por erradicar estas prácticas ayudaron a conservar la riqueza cultural más valiosa de África: su propia gente. Sólo mediante la conservación de sus habitantes pudo África convertirse en la gran fortaleza cristiana que es hoy.

Las misiones protestantes en África comenzaron en la Colonia del Cabo con los moravos en el siglo dieciocho. A principios del siglo diecinueve los misioneros ya estaban en tres frentes principales: la costa occidental donde comenzaron en Sierra Leona, la costa oriental con Etiopía y Kenia, y en el sur donde establecieron una base misionera en Ciudad del Cabo.

Roberto y María Moffat

Roberto Moffat fue el patriarca de las misiones en África del Sur. El tuvo mucha influencia en esa parte del mundo durante más de cincuenta años. Pero aun durante su vida fue eclipsado por su famoso yerno. Algunos lo llaman "el suegro de David Livingstone". Moffat, no obstante, fue el mejor misionero de los dos. Fue evangelista, traductor, educador, diplomático y explorador; la combinación de esas cualidades lo convirtieron en uno de los más grandes misioneros en África de todas las épocas.

Moffat nació en Escocia en 1795 y creció en circunstancias humildes, por lo cual su educación fue muy limitada y no tuvo preparación bíblica formal. Sus padres eran presbiterianos muy amantes de las misiones. En las frías noches de invierno su madre reunía a los niños para leerles historias de héroes misioneros. Moffat, sin embargo, no se sentía inclinado a los asuntos espirituales. El "huyó para hacerse a la mar" por algún tiempo, y a la edad de catorce años se hizo aprendiz de jardinero, algo que no se le olvidó por el resto de su vida.

A los diecisiete años Moffat se trasladó a Cheshire, Inglaterra, para comenzar su carrera como jardinero. Allí se unió en 1814 a un grupito de metodistas que se reunía en una granja cercana. Esta asociación le cambió el corazón, así como el corazón de Wesley había sentido "ese extraño calor" casi un siglo antes en la calle de Aldersgate. Al año siguiente, después de escuchar un mensaje misionero dado por el reverendo William Roby, director de la Sociedad Misionera de Londres (SML), Moffat hizo solicitud a esa junta para entrar al servicio misionero. Aunque él tenía la recomendación de Roby, la sociedad respondió que ellos no podían "recibir a todo el que ofreciera sus servicios para la obra misionera" y que se veían obligados a "escoger sólo a los que tuvieran las mejores cualidades", entre los cuales parecía no estar Moffat. Por lo tanto, lo rechazaron.[1]

Sin desanimarse por el rechazo, Moffat consiguió un empleo como jardinero cerca de la casa de Roby y estudió teología con él. Después de un año Moffat solicitó entrada a la SML otra vez, y fue aceptado. La SML, fundada en 1795, el año del nacimiento de Moffat, era una junta misionera evangélica e interdenominacional. Durante sus veinte

años de existencia había ido creciendo paulatinamente, y tenía misioneros por todo el mundo. A Moffat lo enviaron al África con otros cuatro misioneros nuevos. Después de un viaje por mar que duró ochenta y cinco días ellos llegaron a Ciudad del Cabo a comenzar sus carreras de misioneros.

Moffat esperaba casarse antes de comenzar su vida de misionero. Durante su último año de jardinero en Inglaterra, se había interesado en la hija de su patrón. Ella se llamaba María Smith y él creía que ella tenía "un corazón amante de las misiones". Aunque el señor Smith apoyaba los planes misioneros de Moffat, su entusiasmo era menor al pensar en enviar a su única hija a un campo misionero lejano. Entonces Moffat fue, soltero, al África donde esperó por más de tres años hasta que los padres de María accedieron a dejarla ir a casarse con él. Ella tenía entonces veinticuatro años de edad.

Mientras tanto, Moffat aprendía la realidad de la obra misionera y de la cultura Africana. Le molestaba el prejuicio que los colonos ingleses y holandeses tenían contra los misioneros. El se impacientaba cuando, por la misma razón, los funcionarios oficiales estorbaban la evangelización del interior. Si las decisiones oficiales lo perturbaban, la inmoralidad y la disensión descaradas que veía entre los propios misioneros lo escandalizaban. Al escribir al secretario de la SML en Londres, Moffat se lamentaba de que ". . .nunca había habido un período cuando un grupo de misioneros se encontrara en una condición de degradación tan confusa, deplorable y terrible".[2]

Aunque la SML había tenido sus problemas (incluso de carácter moral) con algunos de sus misioneros de la colonia del Cabo, había todavía muchos que servían con honor. El primer misionero a África del Sur fue Juan T. Vanderkemp, un médico holandés. Aunque era hijo de un pastor holandés de la Iglesia Reformada, el joven Vanderkemp, bien educado, se había vuelto indiferente en asuntos religiosos. Así siguió hasta la muerte trágica de su esposa y de su hija en un accidente de navegación, del cual él mismo fue testigo. Esto le hizo cambiar de vida y volverse a Cristo. Vanderkemp llegó a la colonia del Cabo en 1799 cuando tenía más de cincuenta años de edad. Trabajó principalmente entre los hotentotes, y, aunque tuvo algunos contratiempos, ganó a centenares de ellos para Cristo. Angustiado por el tráfico de esclavos que veía todos los días, gastó mucho dinero en la liberación de los esclavos. Entre éstos estaba una niña malgache de diecisiete años con la cual se casó Vanderkemp a la edad de sesenta años. Esto causó el descontento entre colonos y misioneros por igual. En 1811 murió Vanderkemp después de sólo doce años de servicio misionero; pero fue reconocido entonces y en los años siguientes como uno de los grandes pioneros de la SML. Si Moffat hubiera mirado con más detenimiento, hubiera visto a muchos misioneros fieles y trabajadores. Desafortunadamente, fueron los infieles (como ocurre casi siempre) los que más le llamaron la atención.

Después de varios meses de demora, le dieron permiso a Moffat y a una pareja de misioneros para viajar a las regiones estériles de Namacualandia, a centenares de kilómetros al norte de Ciudad del Cabo. Fue allí donde Moffat conoció a Africanero. Este era un cacique hotentote temible, a quien un misionero holandés que salió a la llegada de Moffat le había predicado el evangelio hacía poco tiempo. Moffat pasó casi dos años en el campamento de Áfricanero. Luego lo invitó a viajar a Ciudad del Cabo. Así los colonos blancos podrían ver el gran cambio que el cristianismo había hecho en este bandido. Se le conocía en toda parte por la fama que tenía de atacar las granjas de los colonos. El viaje dio buen resultado. Por donde iba Moffat la gente quedaba bien impresionada con el testimonio de Africanero. Fue entonces que comenzó a surgir el reconocimiento de Moffat

como un gran misionero.

La presentación de Africanero no fue la única razón para el viaje de Moffat a Ciudad del Cabo. En diciembre de 1819 había llegado María Smith de Inglaterra, y tres semanas después contrajeron matrimonio. Fue la suya una unión feliz desde el principio, y así continuó durante cincuenta y tres años. Su luna de miel, un viaje en carreta de unos 1.000 Km. hasta Kuruman, no fue todo romance. Tuvieron que cruzar desiertos, densos bosques, pantanos y ríos desbordados; pero daban gracias de que no iban solos. Un misionero soltero los acompañaba.

A Moffat le parecía que Kuruman era una zona ideal para una misión. El esperaba que Africanero y su gente se mudaran para allí; pero desafortunadamente Africanero murió antes de hacerse el traslado. La misión estaba situada en la desembocadura del río Kuruman, alimentado por un manantial subterráneo que manaba agua de claridad cristalina. La visión de Moffat, como jardinero y hortelano, eran las huertas de vegetales y frutales abundantes, irrigadas por canales y cultivadas y cosechadas por los industriosos nativos. El cristianismo y la civilización podrían ir de la mano. Sus ideales eran muy elevados. Con el tiempo, después de muchos años de esfuerzo, Kuruman se convirtió en una misión modelo.

Los primeros años de los Moffat en Kuruman estuvieron llenos de dificultades. Ellos vivían en condiciones primitivas. Su primera casa fue de barro, con la cocina separada de la casa. Aunque María no estaba acostumbrada a hacer trabajos duros, ella se adaptó muy bien a la vida Africana. Lavaba la ropa a mano en el río, y cocinaba en un fogón abierto. Muy pronto venció su disgusto de limpiar los pisos con estiércol de vaca y hasta llegó a recomendar ese método: "Es lo mejor que hay para que se asiente el polvo; también mata las pulgas, las que de otro modo se reproducirían en abundancia."[3]

La dificultad mayor en Kuruman era la relacionada con su ministerio. Los bechuanas, con quienes trabajaban los Moffat, no aceptaban en lo más mínimo el mensaje de Moffat. Las supersticiones tribales dominaban y cuando el hombre que hacía llover no podía impedir la sequía, le echaban la culpa a Moffat. El robo también era muy común entre esa gente, y la casa de los Moffat fue saqueada en múltiples ocasiones. "Nuestra labor — escribía Moffat — podría compararse con el esfuerzo de un campesino por convertir un suelo de granito en tierra cultivable..."[4]

Con el tiempo aumentó el prestigio de Moffat entre los bechuanas. En 1823, después de sólo pocos años en Kuruman, la situación tribal en esa zona comenzó a cambiar. Oleadas de tribus nómadas se movilizaban por las tierras desérticas. Esto ponía en peligro la existencia de los bechuanas. En esta ocasión Moffat puso en práctica sus habilidades de diplomático. Mediante acuerdos y disposiciones militares con otra tribu pudo evitar la inminente destrucción de los bechuanas. Moffat se convirtió en una especie de general civil y salió a encontrar al enemigo. Aunque sus esfuerzos de paz fracasaron, y se libró una batalla feroz, la tribu invasora Mantatee fue debilitada y rechazada.

De allí en adelante el papel de líder de Moffat en Kuruman quedó asegurado. Como jefe militar y diplomático, él merecía mucho respeto. Desafortunadamente no tenía el mismo éxito en sus esfuerzos evangelísticos. Sus convertidos eran pocos. La poligamia era un problema persistente en ese entonces, como lo es todavía para los misioneros en algunas partes de África. ¿Cuál es la solución para un creyente que llega a su nueva fe con muchas esposas? Ni había, ni hay, una respuesta fácil y, en consecuencia, las iglesias continuaron siendo pequeñas. Esa era una situación desanimadora. María, en particular, se sentía inclinada a períodos de desesperación: "Si pudiéramos ver fruto, aunque fuera poco,

podríamos regocijarnos en medio de las privaciones y dificultades que soportamos; pero como están las cosas, a menudo nos desanimamos."[5]

Tal vez la razón principal del lento progreso del cristianismo entre los bechuanas fue sencillamente una falta de comprensión mutua. Ni Moffat entendía bien las creencias de los bechuanas ni viceversa. Moffat tenía poco interés en las tradiciones religiosas bechuanas. El trató de evangelizarlos con la mala impresión de que la tribu no tenía un concepto de Dios, ni siquiera una palabra para "Dios" en su idioma. Pero un obstáculo aun mayor en su ministerio fue que no había aprendido todavía el idioma de ellos. Durante varios años todo su medio de comunicación fue el holandés del Cabo [afrikaans]; se trataba de una lengua comercial que algunos bechuanas usaban en transacciones mercantiles rudimentarias, pero esta no se prestaba para comunicar una imagen clara del evangelio. Moffat desperdició varios años de su precioso tiempo tratando de salir adelante sin aprender la lengua de los bechuanas. Al fin se dio cuenta de que el aprendizaje del idioma, aunque difícil, era la única solución para la buena comunicación del evangelio. Estuvo tan convencido de esa necesidad que, en 1827, se ausentó de María y de sus hijos, dejó sus huertas y se internó en la selva con algunos indígenas. Allí se dedicó por completo al estudio del idioma durante once semanas.

A su regreso, Moffat estaba listo para comenzar la traducción de la Biblia, tarea que le tomó veintinueve años completar. Comenzando con el Evangelio de Lucas, se esforzó tremendamente en la traducción de cada frase. No obstante, estaba consciente de que su versión aun tenía errores. En una ocasión, debido a la mala traducción, los nativos se sorprendieron de que Pablo quisiera "armarse con revólveres". Sólo la paciente revisión le daba claridad a la traducción. Pero este no era el único problema que Moffat tenía al tratar de dar la Palabra escrita a los bechuanas. Después de su largo viaje a El Cabo en 1830, vio que los impresores no querían publicar las Escrituras en una lengua tribal. Temían que esto levantaría el nivel social de una raza "inferior". Entonces Moffat se vio obligado a imprimir él mismo el Evangelio de Lucas en la imprenta del gobierno. Esto fue una experiencia muy valiosa para él, pues a su regreso a Kuruman llevó una imprenta donada por la misión para imprimir el resto de la Biblia.

La traducción e impresión de la Biblia a menudo parecía como una tarea estéril e ingrata. Pero también tenía sus recompensas. En 1836, durante un culto cristiano en una zona apartada, Moffat quedó asombrado cuando un joven se puso en pie y comenzó a citar el Evangelio de Lucas en su propio idioma. A María le escribió: "Tú habrías derramado lágrimas de gozo si hubieras visto lo que yo he visto. "[6]

Aun antes de entregar su traducción a la gente, Moffat vio resultados positivos de su estudio de la lengua. Su capacidad para hablar el idioma de la gente produjo un nuevo entendimiento de su enseñanza. Inició una escuela con cuarenta estudiantes. Pronto su mensaje comenzó a echar raíces y se produjo un despertamiento religioso. El primer bautismo ocurrió en 1829, casi una década después de la llegada de los Moffat a Kuruman. En 1838 construyeron una iglesia grande, de piedra, la cual todavía está en pie.

Aunque se asocia la carrera de Moffat, por lo general, con Kuruman, su obra se extendió mucho más allá de esa zona. El núcleo de creyentes de Kuruman nunca pasó de los doscientos, pero la influencia de Moffat se sentía a centenares de kilómetros a la redonda. Los caciques, o sus representantes, venían de tribus lejanas a oír el mensaje de Moffat. El ejemplo más notable de esto ocurrió en 1829 cuando el importante y temible Moselecatse, uno de los caciques de más mala fama en África, envió cinco representantes a visitar a Moffat.

El quería que llevaran al misionero con ellos cuando regresaran. F encuentro de Moffat y Moselecatse fue algo inolvidable. El jefe Moselecatse, quien vivía desnudo, se sintió conmovido por el hecho d que el gran "jefe" blanco había venido de tan lejos a visitarlo. M comenzó una amistad que duró unos treinta años y que estaba fundada en un profundo respeto mutuo. Aunque Moselecatse nunca s convirtió al cristianismo, en los últimos años permitió que los misioneros establecieran una misión en su tribu. Entre esos misionero se encontraban Juan y Emilia, el hijo y la nuera de Moffat.

Aunque Moffat viajara lejos, sus pensamientos siempre estaban en Kuruman. Con el correr de los años esa zona se había convertido en un ejemplo de civilización Africana. Allí Moffat ponía en práctica su filosofía de la "Biblia y el arado". Junto al canal que habían construido, había unas doscientas hectáreas de lotes que eran cultivados por los Africanos. La casa de los Moffat era de piedra y tenía un patio cerrado donde sus cinco ayudantes hacían oficios domésticos alrededor de un enorme horno de ladrillo. Había allí un buen ambiente hogareño para los niños, que siempre jugaban cerca de la casa. Los Moffat tuvieron diez hijos, aunque sólo siete llegaron a ser adultos. De estos, cinco tomaron parte activa en las misiones en el África. Aunque Kuruman era un pueblecito aislado, que no quedaba en la ruta principal hacia el interior del país, tantos visitantes llegaban allí que a Moffat no le gustaba ese ambiente de "circo" que interfería con su trabajo de traducción y revisión de la Biblia.

Después de cincuenta y tres años en África, y habiéndose ausentado con licencia sólo una vez (1839-1843), los Moffat creían que ya era hora de jubilarse. Habían ocurrido graves tragedias, tales como la muerte en 1862 de sus dos hijos mayores en un espacio de pocos meses; pero la obra seguía adelante. Había varios pastores indígenas activos en la obra. Su hijo Juan, quien vivía en Kuruman, estaba preparado para encargarse de la misión. La salida de Kuruman fue triste y, tal vez, un error. Kuruman había sido su hogar durante más de medio siglo, y les fue difícil adaptarse a la vida en Inglaterra. María murió pocos meses después de su regreso. Moffat vivió trece años más, durante los cuales se dedicó a viajar por Gran Bretaña para promover entre adultos y jóvenes las misiones en África.

David Livingstone

David Livingstone es el misionero a quien se han hecho más elogios en toda la historia de las misiones. El fue el héroe que la Inglaterra de la reina Victoria tanto necesitaba. Durante más de un siglo, la fama que se le dio animó a muchos a participar en la obra misionera en África. Se convirtió así en un ejemplo para todas las generaciones. "Después de su muerte y de su sepultura en la abadía de Westminster, la buena reputación de Livingstone se encontraba a salvo de cualquier ataque, con la excepción de los peores herejes. Aun en este siglo los historiadores lo reconocen como el más grande de todos los misioneros."[7]

No se puede negar la gran influencia de Livingstone en las misiones Africanas, pero hay dudas en cuanto a su obra misionera en sí. Livingstone no fue el "super santo" que algunos de sus biógrafos crearon. Por el contrario, era un ser humano temperamental y frágil, con graves problemas de la personalidad que fueron un gran obstáculo para su ministerio durante toda su vida. Pero, a pesar de sus debilidades, fue el hombre que Dios escogió para llamar la atención del mundo a las grandes necesidades de África.

Livingstone nació en Escocia, lugar de nacimiento de muchos grandes misioneros, tales como Roberto Moffat, María Slessor y Carlos Mackay, quien sustituyó a

Livingstone. Al igual que Roberto Moffat, su suegro, también creció él en un ambiente humilde. Su gran inteligencia y su deseo insaciable de conocimientos lo llevaron a buscar la superación en la vida. Su larga jornada de trabajo (de seis de la mañana a ocho de la noche) en una fábrica de tejidos, donde comenzó a trabajar a la edad de diez años, no impidió su educación. Se compró una gramática latina con su primer sueldo y continuó su educación en la escuela nocturna. Estudiaba mientras trabajaba, para lo cual colocaba junto al telar el libro que necesitaba leer. Después hacía sus tareas hasta la medianoche.

Livingstone creció en una familia piadosa que asistía con frecuencia a la iglesia. En su juventud, sus padres dejaron la Iglesia Anglicana para asistir a una capilla independiente. Después de su conversión cuando aun era joven, hizo planes para ser médico misionero en China; sin embargo, las prioridades de la familia demoraron su avance en la educación hasta 1836, cuando tenía veintitrés años. Aun así, estudiaba solo durante los inviernos en la Universidad de Anderson en Glasgow; en los veranos trabajaba en la industria textil. Estudió medicina y teología y, en 1840, a los veintisiete años, estaba listo para comenzar su carrera misionera.

La SML aceptó la solicitud de Livingstone en 1839, pero la política internacional cambió los planes que tenía él de ir a China. La MST estaba reduciendo su obra en esa nación debido a la fricción que existía entre China y Gran Bretaña, la que al fin llevó a la Guerra del Opio. La SML decidió que Livingstone debía ir a las Indias Occidentales, pero Livingstone ya había sido presentado al impresionante veterano misionero en África, Roberto Moffat, cuya estatura era de un metro con ochenta centímetros. Moffat influyó mucho en el joven candidato a misionero, a quien hablaba de las grandes oportunidades para evangelismo que había más allá de Kuruman en "las extensas llanuras del norte" donde "algunas veces había visto por las mañanas el humo de millares de aldeas a las que nunca había ido un misionero".[8]

Con mucho entusiasmo Livingstone partió para África en diciembre de 1840. Después de pasar trece semanas estudiando el idioma en el barco, llegó a El Cabo en marzo de 1841. Allí se quedó por espacio de un mes antes de emprender su viaje a Kuruman, donde debía ayudar en la obra hasta el regreso de los Moffat. Livingstone se enamoró de África y disfrutó mucho de su viaje a Kuruman, el cual describió como "un verdadero paseo". Sin embargo, no tuvo la misma impresión de la obra misionera en África. El criticó mucho, y con razón, la obra en El Cabo. Allí muchos misioneros estaban concentrados en una pequeña zona, lo cual impedía la dirección de la obra por creyentes indígenas. En Kuruman se sintió desanimado también por la falta de acuerdo que había entre los misioneros y por la escasa población de la región, pues llevaba en su mente la imagen de "las mil aldeas".

Mientras esperaba el regreso de los Moffat, Livingstone hizo varios viajes al norte para explorar esa zona. De los dos años y medio de aprendizaje en Kuruman, pasó más de un año lejos de su base de operaciones. Esta costumbre de ausentarse continuó durante toda su vida. En 1843 Livingstone viajó hasta Mabosta, una zona de bosques y abundante agua a más de 300 Km. al norte, para establecer otra misión como la de Kuruman. Con él fueron Róger Edwards, misionero y artesano de unos cuarenta años de edad, y la esposa de Róger, quienes habían trabajado durante diez años en Kuruman.

Mabosta fue el primer hogar Africano de Livingstone. Allí construyó una casa de unos diecisiete metros de largo por seis de ancho, con ventanas de vidrio traídas de Kuruman. Allí también tuvo su primer encuentro con los peligros de la selva Africana. Durante una cacería, lo atacó un león que lo dejó mal herido. Sobrevivió gracias a sus

valerosos compañeros Africanos y a una chaqueta gruesa, pero su brazo izquierdo quedó inutilizado de por vida.

En mayo de 1844, tres meses después del incidente, Livingstone se sentía lo bastante bien como para realizar un viaje, sobre todo porque se trataba de un asunto importante. Iba a Kuruman a "cortejar" a María, la hija mayor de los Moffat, quien acababa de regresar de Inglaterra con sus padres. Ella tenía veintitrés años de edad. El período de convalecencia de Livingstone, sin duda, hizo que el misionero se diera cuenta de las desventajas de la vida de soltero. Por eso durante ese verano "se llenó de valor para presentarle el asunto a María". No se sabe la respuesta de María, pero en ese mismo año Livingstone le escribió a un amigo: "Después de todo, parece que me voy a casar con la señorita Moffat." El la describía como una dama "saludable" y "práctica".[9]

Se celebró la boda en Kuruman en enero de 1845, y en marzo los Livingstone salieron para Mabosta, donde estuvieron poco tiempo. Ese mismo año, después del nacimiento del primer hijo, se trasladaron a Chonwane, a unos 64 Km. al norte. Allí fueron felices, pero sólo se quedaron dieciocho meses. Debido a la grave sequía tuvieron que mudarse con la tribu hacia el noroeste, a orillas del río Kolobeng. En el verano de 1847, después del nacimiento del segundo hijo, se mudaron a su tercera casa.

Durante siete años vivieron los Livingstone una vida seminómada en el África. Algunas veces María y los niños se quedaban solos en casa, mientras que en otras acompañaban a David en los viajes. Ninguna de esas situaciones era del todo satisfactoria. En cierta ocasión cuando Livingstone estuvo ausente de Chonwane por mucho tiempo escribió: "María se siente un poco nerviosa en la misión y tiene motivos para ello. Me escribe que los leones han vuelto a tomar posesión de la zona y rondan la casa de noche."[10] Pero el acompañar al esposo tampoco era una buena solución. En 1850, después de un viaje de exploración con él, dio a luz a su cuarto hijo, el cual murió poco después mientras ella sufría de una parálisis transitoria. Esto ya era demasiado, y los sedentarios Moffat de Kuruman no iban a tolerarlo. En 1851, cuando su hija les avisó que estaba embarazada de nuevo, y que Livingstone pensaba llevársela con sus "queridos niños" a otro largo viaje por la selva, la señora Moffat le escribió a su yerno una tajante carta, según el estilo característico de las suegras, que decía así:

> ...María me había dicho que si ella quedaba embarazada usted no se la llevaría, sino que la dejaría venir aquí después de su partida... Pero ahora me sorprende con una carta en la cual escribe: "Otra vez tengo que emprender viaje hacia el interior, tal vez para verme confinada en la selva." Livingstone, ¿qué es lo que pretende usted? ¿No fue suficiente conque perdieran a un hermoso bebé y por poco también a los otros niños, mientras la madre volvía a casa amenazada de parálisis? Y ahora los va a exponer otra vez a una expedición. Todo el mundo condena esa crueldad, sin mencionar lo indecoroso de tal acción. ¡Una mujer embarazada, con tres pequeños, viajando en compañía de personas del sexo opuesto por las selvas de África entre bestias y hombres salvajes! Si usted hubiera hallado un lugar al que quisiera ir a comenzar la obra misionera el asunto sería diferente. No diría ni una palabra en tal caso, aunque se fueran a las montañas de la luna, pero el ir con un grupo de exploradores es algo inaceptable. Quedo, muy preocupada, su servidora: M. Moffat."[11]

Es imposible saber si la carta hubiera cambiado los planes de Livingstone o no, pero el hecho es que no le llegó hasta que él y su familia ya habían avanzado mucho en el viaje. El 15 de septiembre de 1851, un mes después de su partida, María dio a luz su quinto hijo junto al río Zouga. A este suceso dedicó Livingstone sólo una línea de su diario, a fin de dejar más espacio para su emocionante descubrimiento de los huevos de cocodrilo. Sin tener para nada en cuenta su propia participación en el asunto, Livingstone se quejaba de los "frecuentes embarazos" de su esposa, y los comparaba con la producción de una "gran fábrica irlandesa".[12] Pero Livingstone sí amaba a sus hijos, y en sus últimos años se arrepintió de no haber pasado más tiempo con ellos.

En 1852 Livingstone ya sabía que los viajes exploratorios en África no eran para una madre con sus hijos pequeños. Al principio había justificado el riesgo así: "Es una aventura llevar a la esposa y a los hijos a un campo donde prevalece la fiebre Africana. Pero, ¿quién que cree en Jesús se niega a hacer una aventura por tal Capitán?" Sin embargo, ya no podía soportar más las críticas de sus suegros y de otras personas. En marzo de 1852 despidió a María y a sus hijos en El Cabo y los mandó a Inglaterra. ¿Cómo pudo él sacrificar a su familia por la exploración del África? "Sólo la convicción profunda de que este paso era para la gloria de Cristo me hizo dejar a mis hijos huérfanos."[13]

Los cinco años siguientes fueron muy duros para María. Un biógrafo escribió que ella y los niños no sólo estaban "sin hogar y sin amigos", sino que también "a menudo vivían casi en la pobreza en alojamientos baratos", Y también murmuraban algunos misioneros de la SML que María había caído en gran oscuridad espiritual y que estaba ahogando su miseria en el alcohol.[14] Pero para Livingstone este período fue emocionante y exitoso, mucho más que todo el tiempo anterior que había pasado en el África. En sus primeros once años había hecho poco de importancia. No tenía creyentes maduros, ni una misión ni una iglesia en vías de progreso. El había sido antes un explorador frustrado, limitado por su ambiente y amarrado por su familia. Ahora tenía libertad de movimiento y el interior de África lo llamaba.

La primera — y la mayor — expedición de Livingstone lo llevó a través del continente de África a lo largo del río Zambeze. Después de despedir a su familia en El Cabo, regresó lentamente con rumbo norte, se detuvo en Kuruman y después siguió hacia su tribu favorita, la de los macololos. Allí reclutó a varios hombres para que lo acompañaran en una expedición. Comenzaron en el África Central y siguieron el río hacia el noroeste hasta la costa de Luanda. Ese fue un viaje peligroso con continuas amenazas de tribus hostiles y el terror de la mortal fiebre Africana; pero Livingstone nunca se sintió tentado a regresar. Aunque él fue principalmente un explorador, nunca dejó por completo la evangelización. Con él llevaba una "linterna mágica" (un simple proyector de transparencias) con dibujos de escenas bíblicas. El iba sembrando la semilla para la futura obra misionera. Después de seis meses de fatigosos viajes, Livingstone y sus hombres hicieron historia cuando reaparecieron vivos en la costa.

Aunque recibió ofertas de capitanes de barcos que estaban dispuestos a llevarlo a Inglaterra, Livingstone dio la vuelta y comenzó su viaje de regreso por el río Zambeze hacia la costa oriental. El había prometido devolver a los macololos a su tierra. Su viaje de regreso fue lento debido a decenas de ataques de fiebres. Doce meses después llegó a Linyanti, su punto de partida original. De allí continuó hasta las cataratas, las que llamó Victoria en honor de su reina. A partir de allí, el único objetivo de Livingstone era explorar el Zambeze como posible ruta comercial desde el este. Cuanto más se encontraba con el inhumano tráfico de esclavos de los portugueses y árabes, tanto más convencido

estaba de que sólo la combinación de "comercio y cristianismo" podría salvar al África. El sabía bien que los esclavistas extranjeros no podrían mantener su negocio sin la cooperación de los Africanos (algunas tribus capturaban esclavos de otras tribus para venderlos). Esta solución traería un comercio legítimo al África, y Livingstone creía que sólo se podría lograr esto con una ruta de navegación comercial.

Aunque la expedición de Livingstone no siguió el Zambeze en toda la trayectoria, Livingstone, no obstante, llegó a la costa en mayo de 1856. Proclamó con confianza (aunque estaba equivocado) que el Zambeze era navegable. Aquella fue una ocasión feliz, aunque otra vez Livingstone tuvo el desengaño, como en la costa occidental, de no encontrar ninguna carta de María en toda su correspondencia.

A su regresó a Inglaterra en diciembre de 1856, después de quince años en África, se le rindió tributo a Livingstone como héroe nacional. Después de pasar sólo tres días con su familia, se fue a Londres donde comenzó una gira de un año para hablar ante multitudes aduladoras y recibir algunas de las más altas condecoraciones de la nación. Durante su año en Inglaterra, Livingstone también escribió su primer libro Viajes misioneros e investigaciones científicas en África del Sur. Esto inspiró la fundación de nuevas sociedades misioneras. Esa fue una ocasión cumbre en su vida y también una oportunidad para tomar decisiones. Antes de volver al África en 1858, Livingstone rompió sus lazos con la Sociedad Misionera de Londres. Aceptó inmediatamente una comisión del gobierno británico que le permitió disponer de más fondos y equipo.

Los últimos quince años de la vida de Livingstone nunca se compararon con la gloria que obtuvo en 1857. Volvió al África con una comitiva oficial para su segunda expedición. Allí descubrió entonces que el río Zambeze no era navegable. La sección del río que él no había recorrido en su viaje anterior tenía gargantas rocosas y fuertes rápidos. Con gran desengaño, se volvió hacia el noroeste (cerca de la costa oriental) para explorar el río Shire y el lago Nyassa. Desafortunadamente, los esclavistas seguían sus pasos y descubrimientos. Por eso, por algún tiempo, su exploración contribuyó más a abrirle campo al tráfico de esclavos que a las misiones.

Los misioneros también seguían su senda hacia el río Shire, pero con dolorosos sacrificios. La Misión de las Universidades al África Central (MUAC), fundada a raíz del emocionado discurso de Livingstone en Cambridge, entró a esa zona con entusiasmo y la falsa promesa de condiciones de vida favorables. Livingstone no era buen organizador y pronto la misión se encontraba en un caos. El obispo Carlos Mackenzie, el clérigo de más alto rango del grupo, resultó una figura controversial. Se decía que éste había "llegado al África con el báculo en una mano y el rifle en la otra", y que no vacilaba en usar su rifle ni en distribuir armas de fuego entre los Africanos amigos a fin de atacar a la vil tribu ajawa que traficaba con esclavos."[15] Su conducta fue un escándalo y dañó gravemente el testimonio de la MUAC. Antes de un año, Mackenzie y otros del grupo misionero ya habían perecido. También había muerto María, la esposa de Livingstone, quien había dejado a sus hijos en Inglaterra para unirse a su esposo en 1861.

Livingstone volvió a Inglaterra en 1864, esta vez con menos aclamación. Su segunda expedición no había tenido el éxito esperado.

En 1865 Livingstone regresó al África por última vez para comenzar su tercera expedición. Esta vez tenía el propósito de descubrir las fuentes del río Nilo. El no llevó europeos y, en realidad, no vio a ningún europeo durante siete años. Este fue un tiempo difícil para él. Su cuerpo estaba debilitado por la desnutrición, la fiebre y las hemorroides sangrantes. A menudo los árabes traficantes de esclavos le robaban sus provisiones. No

obstante, este fue un período feliz en su vida. Aunque no pudo descubrir las fuentes del Nilo, sí hizo otros descubrimientos de importancia, y se hallaba en paz consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba. La única excepción era el siempre presente tráfico de esclavos que le torturaba la conciencia. Con el correr del tiempo, los Africanos se acostumbraron al anciano barbudo y sin dientes que con frecuencia les hablaba de su Salvador.

Durante los últimos años de Livingstone en África, circulaban rumores de su muerte. La gente en todo el mundo todavía lo respetaba y tenía curiosidad de este anciano excéntrico que vivía en las selvas de África. Fue esta curiosidad la que hizo que el editor del Herald de Nueva York enviara a su polifacético y ambicioso reportero, Henry Stanley, a encontrar a Livingstone vivo o muerto. Después de varios meses de búsqueda, Stanley encontró a Livingstone en Ujiji, cerca del lago Tanganica, a fines de 1871. Después de desmontar de su caballo, Stanley lo saludó inclinándose y diciendo la ridícula frase que sería posteriormente motivo de chistes: "El doctor Livingstone, me supongo."

Livingstone recibió con beneplácito la llegada de Stanley. Este traía alimentos, medicinas y otras provisiones que Livingstone necesitaba. Tal vez lo más importante fue que le hizo compañía y le llevó noticias del mundo exterior. Estos dos hombres se hicieron muy buenos amigos. En un tributo conmovedor, Stanley describe así los meses que pasaron juntos:

> Durante cuatro meses v cuatro días vivimos en la misma casa, bote o toldo, y nunca encontré falta en él. Fui al África con tantos prejuicios religiosos como el peor infiel de Londres. Para un periodista como yo, que sólo tenía que ver con guerras y asuntos políticos, los asuntos sentimentales no tenían importancia. Pero entonces tuve mucho tiempo para la meditación. Me encontraba aislado de lo mundano. Yo veía a ese hombre solitario allí, y me preguntaba: "¿Por qué se detiene aquí él? ¿Qué es lo que lo inspira?" Durante meses después de conocernos me hallaba escuchándolo y maravillándome ante este anciano que había obedecido el mandato de Cristo: "Déjalo todo y sígueme." Poco a poco me fue convirtiendo, sin intentarlo, al ver yo su piedad, su celo, su ansia, su gentileza y la manera tranquila como llevaba a cabo su obra.[16]

Livingstone vivió poco más de un año después de la partida de Stanley. En la mañana del primero de mayo de 1873 sus siervos Africanos lo encontraron muerto, de rodillas junto a su catre. Ellos amaban al anciano y su mayor tributo fue entregar su cuerpo y sus documentos personales a los que fueran sus socios en la costa. Después de enterrar su corazón debajo de un árbol en Mpundu, el cuerpo fue disecado al sol hasta momificarlo. Luego lo transportaron por tierra por más de 2.300 Km. hasta la costa.

En Inglaterra se le dio sepultura oficial a Livingstone en la abadía de Westminster en una ceremonia a la cual asistieron dignatarios de todo el país. Fue un día de luto para sus hijos, quienes fueron a despedir al padre que en realidad no habían conocido bien; pero fue una hora muy triste también para Roberto Moffat, ahora un anciano de setenta y ocho años, quien caminó lentamente frente al féretro del hombre que varias décadas antes, en la misma ciudad, había recibido la visión de "un millar de aldeas a las que no ha ido ningún misionero".

Henry M. Stanley

La muerte de David Livingstone tuvo un impacto psicológico muy grande en el mundo de habla inglesa. El fervor misionero llegó a su punto más alto. Jóvenes piadosos se presentaron como voluntarios para el servicio misionero en países extranjeros, sin importarles el precio que hubiera que pagar. Parte de ese fervor fue inspirado por las exploraciones de Henry Stanley quien decidió continuar la obra de Livingstone, a la manera que el profeta Eliseo continuó la obra de Elías. Su viaje de 999 días a través de África despertó el interés de todo el mundo, y las sociedades misioneras fueron motivadas por él a iniciar sin tardanza su obra en el Continente Negro.

Aunque Henry Stanley se había convertido por influencia de Livingstone y estaba decidido a continuar la obra de su querido amigo, no era un candidato típico para la obra misionera. Nació como hijo ilegítimo en 1841 (el año de la llegada de Livingstone al África), y le dieron el nombre de Juan Rowlands. Esto fue durante la revolución industrial en Gran Bretaña. A la edad de seis años lo pusieron bajo la custodia del cruel patrón de una fábrica. En ese sitio vivió hasta cuando huyó a Nueva Orleans en su juventud. Allí fue adoptado por Henry Stanley, un rico comerciante que no tenía hijos. Poco después éste envió al problemático joven a trabajar en una plantación. Durante la Guerra Civil el joven Stanley (que había tomado el apellido de su padre adoptivo) ingresó en el ejército confederado [el Sur]; resultó herido y fue tomado prisionero en la batalla de Shiloh. Después de cumplir parte de su condena se pasó al ejército de la Unión [el Norte], del cual fue dado de baja por motivos de salud. Después Stanley trabajó en un puerto, como bracero y como dependiente; luego entró a la marina federal, pero desertó poco después y se convirtió en periodista independiente. Como reportero viajó al Asia Menor, pero antes de completar su tarea unos piratas lo capturaron y lo golpearon. En 1867 Stanley estaba de regreso en los Estados Unidos y cubría la campaña militar del general Hancock contra los indios. Ese mismo año comenzó a trabajar para el *Heraldo* de Nueva York. El fue al África en comisión a encontrar a David Livingstone, el hombre que se convertiría en un héroe y en un padre para él.

Después de pasar cuatro meses en África y de completar rápidamente su famosa obra: Cómo encontré a Livingstone, Stanley hizo planes para su propia expedición exploratoria en África, la cual comenzó un año después de la muerte de Livingstone. Stanley se consideraba como explorador y misionero independiente. Cuando llegó a Uganda trató por un tiempo de traducir la Biblia. Su mayor contribución a la obra misionera fueron sus artículos periodísticos. El hizo más por la causa de las misiones en una emotiva carta (publicada en el Daily Telegraph [Londres]) que lo realizado por muchos misioneros en toda su vida. En ella pedía, con palabras conmovedoras, misioneros voluntarios: "¡Oh, que vinieran aquí algunos misioneros prácticos y piadosos!... ¡Qué cosecha tan grande para la hoz de la civilización!. . . El cristiano práctico es el que puede enseñar a la gente el camino a la conversión al cristianismo, curar sus enfermedades, construir sus habitaciones. . . No se debe tener temor de gastar dinero en tal misión..."[17]

La expedición de Stanley a través de África, desde Mombasa hasta la desembocadura del río Congo, duró 999 días; fue costosa, no sólo en libras esterlinas británicas sino también en vidas. El partió con tres europeos y 356 Africanos, y salió a la costa occidental con sólo 82 Africanos. Había perdido el resto por fallecimiento o deserción. A diferencia de Livingstone, a Stanley no le gustaba África y tenía temor de los Africanos: "El mayor peligro, siempre presente, es el que tenemos que afrontar cada vez

que los salvajes aborígenes caníbales nos observan... La sensación de peligro nos preocupa, ya sea que durmamos o que velemos."[18] Stanley no se oponía al uso de las armas en contra de los indígenas que los amenazaran. Como Mackenzie, parecía pasar por alto la pregunta de si se debía hacer exploración misionera, cuando para ello se hacía necesario el uso de fuerzas militares. Para Stanley ese era un caso de vida o muerte, y la situación no se prestaba para razonamientos filosóficos.

A pesar del peligro y de la trágica pérdida de vidas, la expedición de Stanley fue un logro monumental. Las sociedades misioneras estaban ansiosas de seguir sus pasos. La primera en hacerlo fue la Misión Livingstone al Interior, organización sin denominación evangélica, según el modelo de la Misión del Interior de la China. Ellos establecieron siete misiones a orillas de los tributarios sureños del río Congo. Los terribles peligros de la selva Africana cobraron su precio, y la existencia de la misión fue corta. Otras misiones siguieron la senda de Stanley y durante décadas se esforzaron por unir la costa oriental con la occidental mediante una cadena de bases misioneras.

Jorge Grenfell

Jorge Grenfell fue uno de muchos británicos inspirados por la obra de Livingstone y atraídos al África después de la muerte del gran misionero explorador. Grenfell nació en Cornwall, Inglaterra, en 1849. Aunque su familia pertenecía a la Iglesia Anglicana y allí enviaba a sus hijos a la Escuela Dominical, Jorge y su hermano menor se cambiaron para una Escuela Dominical bautista a fin de evitar los insultos y el hostigamiento de otro jovenzuelo. Allí se despertó el interés de Jorge en los asuntos espirituales. Se convirtió a la edad de diez años, y poco después de leer el primer libro de Livingstone decidió que sería misionero en el África. Después de trabajar varios años en un almacén mientras servía de pastor laico, Grenfell asistió durante un año a la Universidad Bautista de Bristol para prepararse para su labor misionera.

En noviembre de 1874, a la edad de veinticinco años, Grenfell fue aceptado por la Sociedad Misionera Bautista (la misma que había enviado a Guillermo Carey unos ochenta años antes). Al mes siguiente salió para Camerún. En 1876 regresó a Inglaterra para casarse con la señorita Hawkes, quien volvió al África con él, pero murió antes de transcurrido un año. Grenfell quedó enlutado y apesadumbrado: "He cometido un gran error al traer a mi amada esposa a este clima mortal del África Occidental." Grenfell se volvió a casar dos años después; esta vez con una mujer "de color moreno", natural de las Antillas, quien también era viuda.[19]

Después de un período de aprendizaje de tres años en Camerún, se le asignó a Grenfell la exploración del río Congo por la ruta de los descubrimientos del viaje de 999 días de Stanley. Grenfell tenía la esperanza de preparar el camino para una red de estaciones misioneras a través de África, y aceptó el reto con entusiasmo. Su medio de transporte era un barco fluvial de vapor llamado Paz que él tuvo que terminar de armar, pues murieron los tres ingenieros que habían enviado con ese propósito. Durante años el barco sirvió de alojamiento para Grenfell y su familia, la cual lo acompañaba en sus exploraciones.

El Congo, como otras zonas de África, tenía fama de ser "el cementerio del hombre blanco". Sólo uno de cada cuatro misioneros sobrevivía su primer período de servicio. Sin embargo, Grenfell seguía pidiendo más misioneros: "Si no vienen más hombres enseguida, la misión en el Congo se acabará, y la obra que ha costado tanto se desperdiciará." Su propia familia no escapó a las garras de la muerte. Cuatro hijos suyos

fueron enterrados en el Congo, entre ellos su hija mayor, Patricia, quien había ido de Inglaterra en su adolescencia para ayudar en la obra.[20]

Pero la selva malsana no era el único obstáculo que se oponía a la expansión del cristianismo en el Congo. Las tribus enemigas, conocidas por su canibalismo, eran una constante amenaza. Grenfell registró hasta veinte terribles ocasiones cuando "huyeron de los caníbales". "Esta gente es salvaje y traicionera. Varias veces, después de un período de amistosa conversación, sin otra causa que su propia 'perversidad', como dirían algunos, nos disparaban sus flechas envenenadas. "[21]

El mayor obstáculo al que se enfrentó Grenfell, no obstante, no fue ni la enfermedad ni el canibalismo sino el propio gobierno belga. El rey Leopoldo consideraba el Congo como su dominio privado, y debido a ello se les ponía toda clase de restricciones a los misioneros. Los funcionarios oficiales exigieron que Grenfell les entregara sus mapas y las notas de sus observaciones para utilizarlos en sus propios fines imperialistas. Después le confiscaron su barco de vapor. La formación del Estado Libre del Congo fue recibida con satisfacción por los misioneros. Grenfell, el explorador con más experiencia en esa zona, aceptó una comisión oficial para establecer los límites del sur, pero esta relación de trabajo no duró mucho. Las atrocidades belgas cometidas contra los congoleses en la extracción del caucho comenzaron a salir a luz. Grenfell no pudo contener su enojo. Para silenciarlo, los funcionarios oficiales lo nombraron a la Comisión para la Protección de los Naturales; pero cuando se dio cuenta de que la comisión era una farsa, renunció. Después de esto el gobierno rehusó darle nuevos sitios para comenzar misiones. Se le anunció también que ciertos niños de su escuela misionera serían entregados a sacerdotes por cuanto "el estado era católico romano, y no tenía potestad para colocar a los huérfanos bajo otra tutela que no fuera la católico romana".[22]

A pesar de los grandes obstáculos, Grenfell tuvo mucho éxito durante sus años en el Congo. Sus exploraciones fueron sólo una parte de sus grandes logros. El supervisó las misiones bautistas en el Congo por espacio de veinte años. También vio un gran despertar espiritual en su propia misión en Bolobo. En 1902 escribió: "Será de su agrado saber que aquí en Bolobo, aunque escasos de personal, no faltan las pruebas de progreso y bendición. La gente está más dispuesta a escuchar y a obedecer el mensaje que por tanto tiempo habían desdeñado. Es un hecho comprobado que muchos testifican haber entregado su corazón al Señor Jesús. Hay señales de que vendrán buenos tiempos." El crecimiento en realidad continuó y muy pronto necesitaron una capilla más grande. En sus viajes, Grenfell también observó cambios notables. El contaba que donde hacía veinte años lo habían rechazado con lanzas, ahora lo saludaban con el himno "El nombre de Jesús load".[23]

Aunque el gobierno belga le impidió a Grenfell que estableciera una red completa de puestos misioneros que se conectara con las misiones del este de la Sociedad Misionera de la Iglesia, él siguió estableciendo nuevas misiones hasta su fallecimiento, causado por fiebre Africana en 1906.

Alejandro Mackay

Mientras Grenfell y los bautistas penetraban en el África partiendo de la costa occidental, la Sociedad Misionera de la Iglesia (una rama de la Iglesia Anglicana) avanzaba desde el oriente en un esfuerzo por realizar el sueño de Stanley de cubrir el continente con misiones cristianas. Juan Ludwig Krapf, luterano alemán, fue el primer misionero de la SMI en tener ese sueño. Fue uno de los muchos luteranos piadosos de

Alemania que ingresaron en la SMI cuando pocos ingleses estaban dispuestos a hacer los sacrificios necesarios. Mucho antes de la expedición de Stanley, había comenzado él las misiones protestantes en la costa oriental. En 1844, después de ser expulsado de Etiopía, Krapf fundó una misión en Mombasa en la costa de Kenia. Esta victoria se vio opacada por la muerte de su esposa y de su hijo. Krapf continuó su obra misionera por más de veinte años. Hizo algunos descubrimientos notables pero nunca realizó el sueño de cubrir al África con el evangelio.

El misionero más famoso comisionado a la costa oriental por la SMI fue Alejandro Mackay. Llegó al África en 1876, año y medio después de la llegada de Grenfell a la costa occidental. Mackay era un escocés bien educado, ingeniero de profesión, pero un "hombre orquesta" con gran habilidad para la lingüística y la teología. Fue uno de los ocho misioneros enviados por la SMI en 1876. Esto se hizo como respuesta al reto entusiasta de Stanley al mundo cristiano. Este había dicho que el rey Mtesa de Uganda había solicitado misioneros.

Como líder de este grupo de misioneros, Mackay tenía una gran responsabilidad. Su mensaje de despedida reflejó la valerosa decisión que tal empresa requería: "Quiero decirle al comité que dentro de seis meses tal vez tengan la noticia de la muerte de uno de nosotros. ¿Sería posible que ocho ingleses salieran para el África Central y permaneciesen todos con vida después de seis meses? Uno de nosotros por lo menos, tal vez yo mismo, es probable que muera. Cuando les llegue la noticia no se desanimen, sino envíen a otro de inmediato a ocupar el puesto vacante."[24] Las palabras de Mackay todavía resonaban en sus oídos cuando los directores tuvieron la noticia de que uno de los ocho ya había muerto. Cinco de los misioneros murieron durante el primer año, y al final del segundo año, sólo quedaba vivo Mackay.

Aunque a veces Mackay se encontraba a punto de morir, no se daba por vencido. En 1878, dos años después de su llegada, ya había construido, con la ayuda de trabajadores Africanos, una carretera de unos 350 Km. que iba desde la costa hasta el lago Victoria. Sin embargo, la recepción no fue muy grata. El llegó poco después del asesinato de dos misioneros compañeros suyos. El resto de sus colegas se había marchado por motivos de salud.

Al llegar al lago Victoria, Mackay construyó una embarcación y lo cruzó, llegando hasta Entebe donde se reunió con el rey Mtesa. Este y su gente lo recibieron bien, pero esto le granjeó la oposición de otros sectores, entre ellos el católico romano y el musulmán. Mtesa era un personaje indeseable que casi a diario ejecutaba a alguno de sus súbditos por faltas triviales. También se afirma que fue el personaje que tuvo el mayor número de esposas de toda la historia. Mackay usó la libertad que le daba Mtesa para predicar el evangelio a los bagandas. Estos eran amables y estaban deseosos de aprender. Siempre estaba rodeado de niños. Las personas de todas las edades le rogaban que los enseñara a leer. Entonces Mackay comenzó a traducir las Escrituras. Aunque pasó muchas horas en la imprenta, sus trabajos se vieron bien recompensados. A fines de 1879, a sólo un año de su llegada, escribió: "Multitud de personas vienen diariamente a que se les instruya, principalmente en la lectura."[25] En 1882 se celebraron los primeros bautismos, y dos años después la iglesia local contaba con ochenta y seis miembros Africanos.

El crecimiento de la iglesia no carecía de peligros. Tanto los árabes como los católicos trataron muchas veces de matar a Mackay. La situación se puso crítica después de la muerte de Mtesa en 1884, cuando subió al trono su hijo Mwanga. A esto siguió la persecución a sangre fría de los cristianos. En 1885 más de treinta niños cristianos fueron

quemados vivos por no acceder a las pasiones homosexuales de Mwanga. Ese mismo año, James Hannington, un obispo anglicano que trató de entrar a Uganda por el este, fue asesinado por órdenes de Mwanga. Las tensiones llegaron al máximo cuando empezó una guerra civil general entre indígenas protestantes y católicos, la cual terminó con la sangrienta batalla de Mengo. Ese fue un vergonzoso episodio que terminó sólo por la intervención militar británica. El país quedó dividido en dos esferas de influencia: la católica romana y la protestante.

Durante esos años se amenazó muchas veces a Mackay con la expulsión. Sólo su utilidad como hábil ingeniero impedía que se cumplieran las amenazas. En 1887 los árabes al fin persuadieron a Mwanga a que lo expulsara. Mackay continuó su ministerio en Tanganica en el extremo sur del lago Victoria. Allí continuó la traducción e impresión de la Biblia y ministró a los refugiados cristianos de Uganda. En 1890, a la edad de cuarenta años, este misionero soltero y a menudo solitario murió de malaria. A su muerte uno de sus entristecidos colegas lamentó la irreemplazable pérdida con un elogio sencillo pero lleno de significado: "Nunca se haría a un Mackay ni con veinte de nosotros."

La muerte de Mackay no terminó con el esfuerzo por llevar el evangelio a Uganda. La SMI no se dejó intimidar. En 1890, el mismo año de la muerte de Mackay, llegó a Uganda Alfredo R. Tucker, un piadoso obispo anglicano. Allí con la ayuda valiosa de los evangelistas Africanos levantó una iglesia de sesenta y cinco mil miembros. Su constante dedicación a la igualdad racial provocó la oposición de misioneros de su grupo. No obstante, sus ideales triunfaron y la iglesia en Uganda progresó grandemente.

María Slessor

La exploración y obra misionera de Livingstone y Stanley inspiró a muchos más a embarcarse para el África, tanto hombres como mujeres. La mayoría de las mujeres veían su ministerio limitado a los confines de un puesto misionero ya establecido. Tal fue el caso de Kuruman, donde María Moffat pasó la mayor parte de su vida. La exploración y la obra pionera no eran ni siquiera una de las opciones de las misioneras solteras. Así fue hasta que apareció en escena María Slessor.

La historia de María Slessor, como la de otros misioneros en la historia moderna, ha sido idealizada hasta verse cambiada casi por completo. La imagen de ella como una dama de la época victoriana que viaja por las selvas lluviosas de África con vestidos con cuello alto y largos hasta los tobillos, escoltada con lujo en una canoa por guerreros tribales con caras pintadas está muy lejos de la realidad. Por el contrario, ella andaba descalza y mal vestida, y era una mujer de la clase obrera. Vivía al estilo Africano, en una choza de barro. A veces tenía la cara cubierta de furúnculos [o nacidos], y a veces no usaba su dentadura postiza. Pero el éxito que tuvo como misionera fue asombroso. Muy pocos han igualado la camaradería que tenía ella con los Africanos. Tuvo la distinción de ser la primera mujer que fue nombrada vicecónsul del Imperio Británico. El mayor tributo lo recibió de los otros misioneros antes de su muerte, los cuales la conocían bien y, a pesar de sus faltas y excentricidades, la honraban como a una gran mujer de Dios.

María Mitchell Slessor, la segunda de siete hijos, nació en Escocia en 1848. Su niñez fue dura por causa de la pobreza y de problemas familiares. El padre trabajaba poco, debido a su alcoholismo. Se dice que cuando llegaba borracho por la noche echaba a María a la calle, sola. A los once años, María comenzó a trabajar junto a su madre en una fábrica de tejidos, parte del tiempo, mientras seguía en la escuela. A los catorce años de edad ya trabajaba diez horas diarias para sostener a la familia, debido a la enfermedad de

su madre al nacer el séptimo hijo. Durante los trece años siguientes María siguió trabajando en la fábrica, y era la que mejor sueldo tenía en la familia.

Aunque después se refería a sí misma como una señorita indisciplinada, María pasó mayormente los años de su juventud trabajando en la fábrica y en su casa. En el contaminado y superpoblado distrito obrero donde vivía su familia había poco tiempo y oportunidad para las diversiones. Por fortuna, las actividades de la iglesia aportaban mucha satisfacción a su miserable vida doméstica. Se convirtió María en su juventud gracias al interés que puso en ella una viuda anciana de su vecindario. Tomó parte activa en su iglesia presbiteriana local. Enseñaba en la Escuela Dominical, y después de la muerte de su padre, se ofreció para ser misionera en su país. Al cumplir los veinte años, comenzó a trabajar en la Misión de Queen Street. Así obtuvo experiencia práctica para su futura labor misionera. Muchas veces ella tuvo que hacerles frente a muchachos groseros y a pandillas callejeras que trataban de perturbar sus reuniones al aire libre. De esa forma se iba desarrollando en el sombrío vecindario de Dundee el valor que necesitaría años después.

Desde su niñez María tuvo un profundo interés en las misiones en el extranjero. En las frecuentes reuniones misioneras de su iglesia los misioneros trataban de reclutar a voluntarios. Se seguía con mucho interés el progreso de la misión en Calabar, establecida dos años antes del nacimiento de María. Su madre esperaba que Juan, el único hijo que le quedaba vivo, se hiciera misionero. La muerte del hijo, cuando María tenía veinticinco años de edad, desbarató los sueños de la madre. María, en cambio, se sintió impulsada a dejar la fábrica de tejidos y tomar el lugar de su hermano. La Misión de Calabar siempre había dado lugar a las mujeres y María sabía que la aceptarían. La muerte de David Livingstone confirmó su decisión. Todo lo que restaba era dejar su familia que tanto amaba.

En 1875 María solicitó ingreso en la Misión de Calabar y fue aceptada. En el verano de 1876, a la edad de veintisiete años, zarpó ella para Calabar (situado en la moderna Nigeria), tierra conocida por el tráfico de esclavos y su ambiente malsano. María pasó sus primeros años en África en el poblado de Duke. Allí enseñó en una escuela de la misión. También visitaba a los Africanos para aprender el idioma, lo cual hizo rápidamente, aunque le disgustaba su tarea. Como muchacha acostumbrada al trabajo duro, nunca se sintió cómoda con la vida social de las varias familias de misioneros que vivían confortablemente en Duke. Le molestaba la vida rutinaria y quería obtener más de su carrera misionera que lo que Duke le ofrecía. Sólo un mes después de su llegada escribió: "Se necesita una gracia especial para estarse uno quieto. Es tan difícil esperar." Su corazón estaba dispuesto para la obra misionera en el interior, pero para tener ese "privilegio"[26] tendría que esperar.

Después de casi tres años en África y debilitada por varios ataques de malaria (y muchos más de nostalgia), se le dio a María licencia para ir a recobrar la salud y reunirse con su familia. Cuando regresó al África iba con mucha energía y llena de entusiasmo por su nueva tarea en Old Town, a cuatro kilómetros y medio hacia el interior, a lo largo del río Calabar. Allí se sentía en libertad para trabajar sola y para mantener su propio estilo de vida. Su casa era de barro. Comía de lo que se producía en la localidad, lo cual le permitía enviar casi todo su sueldo a su familia. Su trabajo ya no era rutinario, pues supervisaba escuelas, dispensaba medicamentos, intervenía en disputas y cuidaba a niños desamparados. Los domingos era una predicadora itinerante. Recorría muchos kilómetros por la selva, de aldea en aldea, para compartir el evangelio con los que quisieran

escucharla.

La evangelización en Calabar era un proceso lento y tedioso. Había 'mucha hechicería y espiritismo. Era casi imposible vencer las crueles costumbres de las tribus ya que estaban arraigadas en las tradiciones. Una de las costumbres más horribles era la matanza de los gemelos. La superstición dictaba que un nacimiento de gemelos era la maldición de un espíritu malo que engendraba a uno de los niños. En la mayoría de los casos daban muerte de una manera horrible a ambas criaturas. La madre era desechada por la tribu y exiliada a una zona reservada para los proscritos. María no sólo rescataba a los mellizos y ministraba a sus madres, sino que también luchaba sin descanso contra los perpetradores de ese rito pagano, algunas veces con riesgo de perder su propia vida. Con mucho valor intervenía en los asuntos de la tribu y al fin se ganó el respeto que por lo general no se les daba a las mujeres. Pero al cabo de tres años María estaba otra vez demasiado enferma como para permanecer en el campo misionero.

En su segunda licencia, María llevó consigo a Janie, una gemela de seis meses de edad, a quien había salvado la vida. Aunque ella tenía mucha necesidad de descanso, la invitaron a hablar en muchos lugares. María y Janie causaban gran sensación, y tan grande era la demanda de sus presentaciones en público que el comité de la misión extendió la licencia de María. También tuvo ella que atender a su madre y a su hermana que estaban enfermas. Al fin, en 1885, después de una ausencia de casi tres años, volvió al África, con la decisión de penetrar aun más en el interior.



María Slessor, misionera pionera en Calabar, África Occidental.

Poco después de su regreso al África, María recibió la noticia de la muerte de su madre. Tres meses después murió también su hermana. Otra hermana suya había muerto durante su licencia. Ahora María se encontraba sola y sin vínculos que la ataran a su patria. Se encontraba angustiada y casi dominada por la soledad: "Ya no tengo a quien escribirle y contarle mis historias, problemas y tonterías." Pero con la soledad y la tristeza también vino una cierta sensación de libertad: "El cielo está ahora más cerca de mí que la Gran Bretaña. Nadie se va a angustiar por mí si yo avanzo más hacia el interior."[27]

Para María, el interior era Ocoyong, una zona incivilizada donde habían perdido la vida otros misioneros que se habían atrevido a cruzar sus límites. El envío de una mujer soltera a los de Ocoyong parecía a muchos como una locura. Sin embargo, María estaba decidida a ir allá y nadie podría disuadirla. Después de visitar esa zona varias veces en

compañía de otros misioneros, María estaba convencida de que la obra debía iniciarse con mujeres misioneras. Ella creía que las mujeres parecían ser una amenaza menor que los hombres a las tribus que aún no se habían alcanzado. Entonces en agosto de 1888, con la ayuda de su amigo el rey Eyo de Old Town, María emprendió su viaje al norte.

Durante más de un cuarto de siglo, María siguió estableciendo bases misioneras en zonas donde el hombre blanco no había podido sobrevivir. Durante quince años, menos dos licencias, ella se quedó con los de Ocoyong. Ella les enseñaba, los cuidaba y arbitraba en sus disputas. Su reputación como pacificadora se extendió a otros distritos. Muy pronto María actuaba como juez de toda la región, y, en 1892, se convirtió en la primera vicecónsul de Ocoyong. Este cargo oficial lo mantuvo por muchos años. En esta capacidad actuaba como juez y presidía en los juicios sobre disputas de tierras, deudas, asuntos domésticos y cosas similares. Sus métodos no se ajustaban por completo a las normas británicas (a menudo rehusaba actuar solamente por la evidencia que le presentaban si sabía que existían otros factores), pero se adaptaban bien a la sociedad Africana.

Aunque a María la respetaban mucho como juez y había influido en la reducción gradual de la hechicería y la superstición, vio poco progreso en la cristianización de los de Ocoyong. Se consideraba como pionera y su obra como precursora. No le preocupaba demasiado el hecho de que no podía enviar deslumbrantes informes de multitudes de conversiones y de iglesias florecientes a su patria. Organizaba escuelas, enseñaba artes prácticas y establecía rutas comerciales; todo esto en preparación para los misioneros que la seguirían. (Prefería ella que tales misioneros fueran ministros ordenados.) Vio el fruto de su empresa evangelística, pero principalmente en su propia familia de niños adoptados. En 1903, casi al final de su obra en Ocoyong, celebró el primer culto bautismal (de los once niños bautizados, siete eran suyos), y se organizó una iglesia con siete miembros.

La vida de María como misionera fue solitaria, pero ella no careció del todo de relaciones sociales. Los viajes a Inglaterra y a Duke le sirvieron para mantenerse en contacto con el mundo exterior. Durante una de sus licencias por enfermedad, en la costa, conoció a Carlos Morrison, un joven misionero maestro. El era dieciocho años menor que ella y trabajaba en Duke. Al progresar su amistad, se enamoraron. María aceptó su propuesta de matrimonio con la condición de que él trabajara con ella en Ocoyong. Pero esa boda nunca llegó a realizarse. La mala salud de él no le permitió quedarse ni siquiera en Duke. De todos modos, para María la labor misionera era más importante que sus relaciones personales.

A María tampoco le convenía el matrimonio. Su modo de vida y su rutina diaria eran tan extraños que ella estaba mejor sola. Algunas señoritas que habían tratado de vivir con ella no habían tenido mucho éxito. A ella no le preocupaba mucho la higiene; su choza de barro estaba infestada de cucarachas, ratas y hormigas. El horario de las comidas, de la escuela y de los cultos de la iglesia era irregular. Esto se adaptaba mejor a los Africanos que a los europeos que se rigen más por los horarios. Tampoco se preocupaba mucho por la ropa. Ella se dio cuenta muy pronto de que el vestido al estilo victoriano, modesto y ajustado al cuerpo, no convenía para la vida en las lluviosas selvas del África. Usaba ropa de algodón, que a menudo se le pegaba al cuerpo debido a la humedad.

Aunque María dejaba de tomar las más elementales precauciones de salud, sobrevivió a la mayoría de sus compañeros misioneros que eran tan cuidadosos de la salud y de la higiene. Claro que tuvo problemas de salud, tales como varios ataques de malaria;

también sufrió de forunculosis [o nacidos] que le aparecían en la cara y en la cabeza, lo cual le producía a veces calvicie parcial. No obstante, en ocasiones estaba sorprendentemente saludable y fuerte para ser una mujer de edad madura. Sus hijos adoptados la mantenían joven y feliz. Ella podía decir con toda sinceridad que era "un ejemplo del gozo y la satisfacción de la vida de soltera".[28]

En 1904, a la edad de cincuenta y cinco años, María salió de Ocoyong con sus siete hijos a empezar la obra en Itu y otras zonas remotas. Tuvo mucho éxito con los de Ibo. Janie, su hija mayor, era ahora una ayuda valiosa en la obra. Otra misionera se encargó de la obra en Ocoyong. Durante los últimos diez años de su vida, María siguió estableciendo misiones para facilitar el ministerio de los que fueran después de ella. En 1915, casi cuarenta años después de llegar al África, murió a la edad de sesenta y seis años en su choza de barro. Permanece como un gran testimonio de las misiones cristianas en el África.

Durante el tiempo de su ministerio en África la obra misionera había aumentado muchísimo. En ese período se estaban desarrollando con rapidez las misiones independientes sostenidas "por fe". Las misiones denominacionales apoyadas por los anglicanos (que pasaron de poco más de un centenar a más de dos mil en este período), los presbiterianos, los metodistas y los bautistas progresaron de modo sorprendente en su obra misionera en el extranjero. Para 1915, misiones tales como la Alianza Cristiana y Misionera, la Misión Alianza Evangélica, la Misión al Interior del Sudán y la Misión al Interior del África, ya se habían afirmado en el interior. Todas esas misiones se convertirían más tarde en una gran fuerza misionera en África.

CAPITULO 7

El Lejano Oriente:

"No se admiten bárbaros"

Las grandes empresas misioneras establecidas en la India y en África a fines del siglo dieciocho y principios del diecinueve no existían en el Oriente. Japón, Corea y China querían permanecer aislados y por eso no admitían el cristianismo. Sólo a fines de la década que comenzó en 1850 entraron las misiones protestantes en Japón, y aun entonces el progreso fue muy lento. En 1865 llegó a Corea el primer misionero protestante. En China, a pesar de la oposición, las misiones protestantes comenzaron en la primera década del siglo diecinueve. Durante ese período, sólo Cantón y la colonia portuguesa de Macao estaban abiertas a residentes extranjeros, lo cual limitaba la obra misionera. Este comienzo despertó el interés de los cristianos por los que todavía no habían recibido el evangelio allí.

Parece que el orgullo nacional era el motivo del aislamiento oriental. Los orientales se sentían orgullosos de su civilización. Por lo general, consideraban a los extranjeros como bárbaros o, lo que es peor, como "diablos extranjeros". China llevaba ya cuatro mil años de historia nacional ininterrumpida, la más larga que este mundo hubiera conocido. Por eso tenían razón para despreciar la superioridad implícita que manifestaban los de Occidente. Tanto la cultura como la religión poseían su distintivo sabor oriental que las personas de la cultura occidental tenían dificultad en comprender. La religión oriental primitiva consistía en la adoración de espíritus y de los antepasados; por tanto, era diversa y desorganizada. La escena religiosa cambió mucho con la introducción de las filosofías del confucianismo y del taoísmo en el siglo sexto antes de Cristo y la entrada del budismo en China en el siglo primero después de Cristo (pasando de allí a Corea y Japón). Las enseñanzas religiosas organizadas y el orgullo nacional se combinaban para rechazar todos los esfuerzos por introducir el cristianismo en esos países.

El cristianismo llegó al Oriente, en especial a China, en cuatro etapas. Los cristianos nestorianos del siglo séptimo, que vivían en Persia, fueron los primeros que trataron de evangelizar a China. La persecución a veces fue terrible, pero la iglesia se mantuvo allí hasta el siglo catorce. Los católicos romanos entraron en China a fines del siglo trece. En 1293 el Papa envió a Juan, un misionero franciscano, para que estableciera la fe en China. En menos de diez años, su iglesia en Pekín llegó a tener 6.000 feligreses, pero en poco tiempo la persecución acabó con su obra. En el siglo dieciséis los católicos, inspirados por Javier (véase el Capítulo 2) volvieron a entrar en China mediante los jesuitas. Esta vez la obra de los católicos romanos permaneció, aunque los terrores de la persecución todavía estaban presentes. La etapa final de la obra misionera en China fue la de las misiones protestantes que comenzó con Roberto Morrison a principios del siglo diecinueve. Pero, en la práctica, China todavía estaba cerrada. Las autoridades chinas se oponían a la importación de opio. La única solución que encontraron por algún tiempo fue la prohibición del comercio exterior y el cierre de los puertos costeros a los comerciantes extranjeros. Gran Bretaña no podía tolerar tal acción.

Inglaterra insistía en el contrabando de opio para suplir el narcótico a los millones

de adictos de China por razones económicas, sin mucha consideración por las consideraciones morales. La venta del opio producido en la India era una empresa que reportaba muchas ganancias a la Compañía del Este de la India. Esas ganancias ayudaban a sufragar los gastos de la administración colonial del Imperio Británico. Por esa razón los funcionarios ingleses pasaron por alto la prohibición del opio que había hecho el emperador chino. En 1836 la producción de opio se había triplicado. Los británicos decían que el opio no era peor que el tabaco y no prestaban atención a que los debilitados toxicómanos morían en las calles, y que aun los tres hijos del propio emperador habían muerto por la adicción a ese narcótico.

En 1839 estalló la guerra mientras se debatía el asunto en el parlamento de Londres. Los comerciantes ganaron y Gran Bretaña usó la fuerza militar para obligar a China a abrir sus puertos. La Guerra del Opio terminó con el tratado de Nanking, el cual cedía Hong Kong a Gran Bretaña y abría cinco puertos al comercio exterior. La victoria fue económica, pero no moral. "Hemos triunfado — escribía Lord Shaftesbury — en esta guerra cruel y desmoralizadora; una de las luchas más injustas, ilegales e innecesarias de toda la historia."[1]

Hubo otras voces de protesta, algunas de misioneros, pero muchos líderes de iglesias y misiones opinaban que China debía abrirse al evangelio de cualquier modo, aunque fuera mediante el uso de la fuerza militar. Lo más triste es que también algunos misioneros se asociaron con el contrabando de opio a China. El contrabando terminó en la década que comenzó en 1850, cuando se legalizó el opio, después de un segundo conflicto militar entre China e Inglaterra. Después de esta última humillación a China, las sociedades misioneras entraron con la misma aceptación legal forzada del opio. Sin embargo, los misioneros habrían de pagar por esto un precio muy elevado.

Roberto Morrison

Roberto Morrison fue el primer misionero protestante en ir a China. Una distinción notable si se consideran los grandes obstáculos que tenían que afrontar los extranjeros en esa tierra hostil durante la primera mitad del siglo diecinueve. Su oración era que "Dios lo pusiera donde existiesen las mayores dificultades, y las más difíciles de vencer según el parecer humano".[2] Su oración fue contestada, pues después de veinticinco años de obra misionera en China, sólo tuvo menos de una docena de conversos. A su muerte, había sólo tres cristianos indígenas de que se tuviera noticia en todo el territorio del Imperio Chino.

Nació Morrison en Inglaterra en 1782. Fue el menor de ocho hijos. En su niñez fue aprendiz de su padre, quien hacía hormas de madera para la fabricación y reparación de calzado. Tenía poco tiempo para jugar y siempre estaba bajo la vigilancia de un padre piadoso y severo, de origen escocés y presbiteriano. El poco tiempo "libre" que tenía lo pasaba en el estudio de las Escrituras con un pastor local. A los quince años se convirtió, y en los años siguientes se interesó por las misiones en el extranjero, en especial mediante la lectura de artículos en revistas misioneras. Soñaba con ser misionero, pero su afecto a la madre, a quien había prometido no dejar mientras viviera ella, era un obstáculo. La demora fue breve, pues murió en 1802, cuando tenía Morrison veinte años. Nunca se quejó de haber esperado, pues atesoraba la oportunidad que había tenido de testificarle a su madre, especialmente durante su agonía.

Poco después de la muerte de su madre, Morrison fue a Londres a fin de prepararse para el ministerio. Estudió por dos años. Luego presentó solicitud de ingreso a la Sociedad Misionera de Londres para ir al extranjero y fue aceptado. La actitud de sus

familiares y asociados hizo disminuir en parte el gozo que sentía él por haber sido aceptado. Morrison permaneció firme en su propósito, aunque ellos no entendían la razón por la que un pastor joven y prometedor fuera a desperdiciar su vida en un país pagano, cuando tendría tantas oportunidades para un ministerio eficaz en su propia patria. Pero estaba decidido a ir a China. Cuando por fin se determinó que fuera allá, tuvo la oportunidad de estudiar con un intelectual chino que vivía en Londres. Su partida se demoró debido a que buscaban a una persona que lo acompañara.

Como no pudieron encontrarle un compañero, Morrison decidió partir solo. La obtención del pasaje para China era difícil. La Compañía del Este de la India no quiso llevarlo. Al fin, en enero de 1807, casi cinco años después de la muerte de su madre, se embarcó en una nave estadounidense que iba a Cantón con escala en Estados Unidos. Mientras estaba en ese país, se entrevistó con el secretario de estado James Madison, quien le dio una carta de presentación para el cónsul de Estados Unidos en Cantón. Fue durante su permanencia en Norteamérica cuando tuvo Morrison la conversación que ha sido citada a menudo con el dueño del barco. Este le dijo: "¿De modo, señor Morrison, que espera usted destruir la idolatría del gran Imperio Chino?" A lo cual respondió Morrison: "No, señor; pero espero que Dios lo haga."[3]

Morrison llegó a Cantón en septiembre de 1807, ocho meses después de salir de Inglaterra. Entonces comenzaron sus verdaderos problemas. El tendría que estudiar el idioma chino en secreto; su presencia en Cantón estaba bajo la constante vigilancia de la Compañía del Este de la India, cuyos funcionarios prohibían cualquier actividad que tuviera que ver con la evangelización de los chinos. Como en la India, ellos temían que eso afectaría a sus empresas comerciales. Para empeorar las cosas, tenía él que vivir como un funcionario de la compañía; este desperdicio económico le molestaba mucho. La soledad también fue una prueba dura. El trabajar sin un compañero era difícil, pero la falta de comunicación de su país (a pesar del correo regular) era inexcusable y lo entristecía. Un año después de su llegada le escribió a un amigo: "Ayer recibí tu apreciada carta. Esta es la segunda que he recibido después de escribir por los menos doscientas." Sus familiares y amigos decían que estaban demasiado ocupados para escribirle.

A pesar de las restricciones, la estadía de Morrison en Cantón no fue una completa pérdida de tiempo. Poco después de llegar allí, conoció a dos creyentes católicos romanos que estaban dispuestos a enseñarle chino. Estos temían tanto a las autoridades que llevaban consigo un veneno mortal para quitarse la vida con rapidez y evitar la tortura en caso de que los descubrieran. Morrison estudió con ellos y comenzó a compilar un diccionario y a traducir la Biblia, en secreto. La Compañía del Este de la India estaba tan complacida con su diccionario que le ofreció empleo como traductor, a sólo dieciocho meses de su llegada. Aunque a Morrison le disgustaba tener que aceptar un empleo secular, sabía que así mantendría buenas relaciones con la compañía. El buen sueldo fue también un estímulo para aceptar el empleo.

Mientras Morrison negociaba con la compañía, también se preparaba para hacer un cambio importante en su vida personal. Después de un noviazgo breve, se casó con María Morton, la hija de un médico inglés que vivía entonces en China. Como no admitían mujeres europeas en Cantón, Morrison decidió vivir con ella en Macao, colonia portuguesa, durante seis meses al año. El resto del tiempo trabajaría para la compañía en Cantón. En Macao los católicos le ponían más restricciones que la compañía en Cantón.

Los primeros años del matrimonio de Morrison no fueron muy felices. Su separación de María, la mala salud y la condición espiritual de ella, contribuían poco al

bienestar de Morrison. A un amigo le hizo la siguiente confidencia: "Ayer llegué a Cantón. . . Dejé a mi amada María enferma. Tiene ella mucha aflicción mental... ¡Qué el Señor bendiga a mi pobre y afligida María ... ella 'anda en la oscuridad y no tiene luz![4] "' La condición de María mejoró un poco, pero en 1815, seis años después de su boda, su mala salud la obligó a regresar a Inglaterra con los dos hijitos que habían tenido en ese tiempo. Después de una separación de seis años, regresaron ellos. La reunión fue gozosa, aunque breve, pues ella murió de repente en el verano de 1821. Al año siguiente Morrison se despidió con mucha pena de Rebeca, su hija de nueve años de edad, y de Juan, su hijo de siete. Los envió a Inglaterra "para que se educaran de manera sencilla, pero sobre todo para que les enseñaran el temor del Señor..."[5]

La larga separación de Morrison de su esposa e hijos, aunque fue triste, le permitió dedicar más tiempo a la traducción de la Biblia, a la cual se aplicaba con mucha energía. El se arrepentía del tiempo que trabajaba para la compañía, aunque ese empleo lo ayudaba a aumentar su conocimiento del idioma. No obstante, siempre se consideró a sí mismo, ante todo, como un misionero del evangelio, aun cuando nunca llegó a serlo abiertamente. Después de siete años de obra misionera, bautizó al primer creyente "donde no lo viera nadie" para evitar la persecución de los funcionarios británicos y chinos. El sabía que su residencia en China dependía en mucho de la Compañía del Este de la India. Esto quedó comprobado cuando publicó su traducción del Nuevo Testamento en 1815. Los directores de la compañía dieron órdenes inmediatamente de que fuera despedido. Esto le produjo ansiedad a Morrison, pero la orden de despido nunca llegó a cumplirse. Su trabajo era indispensable para la compañía.

No se sorprendió de que su trabajo como traductor de la Biblia irritara a la Compañía del Este de la India, pero sí lo molestó grandemente que otros cristianos reaccionaran de la misma manera que la compañía. El caso es que había cierta competencia en el esfuerzo por traducir la Biblia al chino. En 1806, aun antes de que Morrison llegara a China, Josué Marshman, colega de Carey en Serampore, había comenzado a aprender chino con el propósito de traducir la Biblia. Cuando Morrison supo de los planes de Marshman en 1808, de inmediato escribió a Serampore, pero no recibió respuesta. Parece que Marshman deseaba ser recordado como el primero en traducir la Biblia al chino. Existió una acerba rivalidad, aunque nunca la expresaron entre ellos de forma personal. Al fin Marshman ganó la carrera. Pero según su hijo, la traducción "era necesariamente imperfecta", y debía estimarse "mayormente como un memorial al celo misionero y a la perseverancia literaria[6] de su padre. La traducción de Morrison, que tuvo una revisión completa antes de ser impresa (por lo cual se demoró), era mucho mejor. Por lo tanto, se recuerda más a Morrison que a Marshman como el pionero de los traductores de la Biblia al chino.

Después de completar su traducción de la Biblia, Morrison volvió a Inglaterra en 1824 con su primera licencia en más de diecisiete años. Aunque se sentía olvidado en Cantón, al llegar a Inglaterra supo que era muy famoso y por eso lo invitaban mucho a hablar en público. Para dar más profundidad a su ministerio que las presentaciones de una sola noche que se les daba a los misioneros, Morrison se dedicó a dar series de conferencias y clases de chino a los interesados en trabajar en China. Estaba tan preocupado por la participación de las mujeres en las misiones que organizó una clase especial para mujeres en su propia casa. Una de las primeras en ingresar en esta clase fue María Aldersey, de diecinueve años de edad. Sería ella más tarde la influencia negativa en una de las más famosas historias románticas de misioneros de toda la historia (véase la

sección sobre Taylor).

En 1826, después de pasar dos años en Inglaterra, Morrison volvió a Cantón con sus dos hijos e Isabel, su nueva esposa. Continuó con la traducción de literatura cristiana y con el evangelismo clandestino. Tuvo que participar como negociador en el conflicto de intereses comerciales entre Inglaterra y China, que al fin culminaron en una guerra. En ese tiempo tuvo cuatro hijos más y sus responsabilidades familiares aumentaron. En 1832, con profundo dolor, tuvo que enviar a su esposa e hijos a Inglaterra. El trabajo de la compañía era muy exigente. Morrison trabajó hasta que se le acabaron las fuerzas y su frágil constitución no pudo soportar más. Este angustioso período no duró mucho, pues murió en 1834, antes de recibir la noticia de que su familia había llegado bien a Inglaterra. Su muerte coincidió con la salida forzada de China de la compañía. Sólo dos meses antes había muerto en la India el gran misionero Guillermo Carey.

Karl Gutzlaff

La historia de las misiones cristianas no quedaría completa sin la inclusión de Karl Gutzlaff, misionero en el Oriente. Según el historiador Esteban Neill, se puede juzgar a Gutzlaff a la vez como "un santo, un visionario, un verdadero pionero y un fanático engañado".[7] Gutzlaff nació en Alemania en 1803, y estudió en Basilea yen Berlín. Apenas pasaba de los veinte años de edad cuando él y su esposa recibieron una comisión de la Sociedad Misionera Holandesa para ir como misioneros a Indonesia. Allí comenzaron una obra con refugiados chinos, pero sin la aprobación de la misión. Después de dos años, se separaron de la misión para continuar una obra independiente, que fue más del agrado de ellos.

De Indonesia pasaron a Bangkok, Tailandia. Allí se vistieron como los naturales y vivieron del mismo modo que ellos. En los tres años que pasaron allí, realizaron la increíble tarea de la traducción de la Biblia al siamés. También tradujeron partes de la Biblia al camboyano y al laosiano. Karl salió de Tailandia debido a la muerte prematura de su esposa y de su hija, y también a su mala salud.

Después de salir de Tailandia en 1831, Karl Gutzlaff viajaba por la costa china en cualquier nave en la que pudiera conseguir pasaje, ya fuera un junco chino o un bote de contrabandistas de opio. En estos viajes, que lo llevaron hasta Tientsin y Manchuria, con escalas breves en Corea y Formosa, él predicaba el evangelio y distribuía tratados y porciones de las Escrituras; algunos de estos materiales le fueron obsequiados por Roberto Morrison en Cantón. En 1833, después de dos años de viajes, Gutzlaff empezó a penetrar en el interior con la distribución de literatura evangélica y la predicación. Su vestimenta china y su facilidad para hablar el idioma le permitieron pasar sin que se fijaran mucho en él hasta el comienzo de la Guerra del Opio en 1839.

Durante esa guerra, Gutzlaff sirvió de intérprete para los británicos, como lo había sido también Morrison, y ayudó a negociar el Tratado de Nanking en 1842. Después de eso se quedó en Hong Kong y desde allí comenzó a realizar su sueño de alcanzar a toda China con el evangelio. Su plan consistía en preparar evangelistas chinos y enviarlos al interior a predicar y a distribuir los materiales impresos. Su meta era evangelizar a China en una generación. Antes de seis años, Gutzlaff tenía más de 300 obreros chinos y los informes de éxito eran fenomenales. Se distribuían millares de ejemplares del Nuevo Testamento e incontables cantidades de libros y tratados. Por todas partes la gente se agolpaba para escuchar el evangelio. Las mejores noticias eran el bautismo de no menos de 2.871 creyentes "después del examen de su fe y de su confesión satisfactoria". Ese era

el testimonio con el que sueña cualquier misionero. Esa era también la historia de éxito que esperaban los cristianos europeos. Las detalladas cartas de Gutzlaff producían mucho entusiasmo. Las organizaciones misioneras y los cristianos de toda Europa enviaban dinero para la obra en China.

En 1849, después de reclutar a dos socios europeos, Gutzlaff fue a Europa para dar las noticias de lo que Dios estaba haciendo en China. Viajó triunfalmente y predicó en Gran Bretaña y en el continente europeo. Su historia era emocionante y parecía demasiado buena para ser verdad. En 1850, cuando estaba en Alemania, se reventó la burbuja de su fantasía. Todo había sido una gran estafa por parte de sus obreros chinos, la mayoría de los cuales no eran honrados. Los materiales impresos no eran distribuidos sino que se los revendían a los impresores, quienes a su vez se los revendían al ingenuo de Gutzlaff. Las historias de conversiones y bautismos eran inventadas. El dinero que con tanto sacrificio había sido donado iba a parar al mercado negro del tráfico de opio.

Después de pasar por esa vergüenza, Gutzlaff volvió a China con el propósito de reorganizar la obra, pero murió en 1851 sin que pudiera cambiar su mala reputación. Para algunos siguió siendo un héroe. De sus esfuerzos misioneros nació la Sociedad para la Evangelización de China. Esta organización fue la que envió a Hudson Taylor a China en 1853. Gutzlaff, más que ningún otro, influyó en los métodos y objetivos del entusiasta Taylor. Después Taylor se referiría a él como "el abuelo de la Misión del Interior de la China".

Hudson y María Taylor

Durante los diecinueve siglos transcurridos después del apóstol Pablo, ningún misionero ha tenido una visión más amplia y un plan más sistemático para evangelizar una extensa zona geográfica que Hudson Taylor. El tenía la visión de alcanzar a toda China para Cristo. En ese tiempo la población era de unos cuatrocientos millones. Con ese fin laboraba, pero no solo. Tenía el don de la organización y una , magnética personalidad que atraía a hombres y mujeres que aceptaban sus puntos de vista. Creó la Misión del Interior de la China, que marcó la pauta para otras misiones sostenidas por fe. Durante su vida el grupo misionero bajo su dirección llegó a más de ochocientos. En los años después de su muerte siguió creciendo. Hudson Taylor no desarrolló su visión solo. Su primera esposa, María, fue indispensable para poner el plan en marcha. Su segunda esposa, Jennie, iba a la vanguardia en la realización del plan. La historia de Taylor, más que la historia de un gran líder misionero, es una historia de amor, de aventuras y de una fe inconmovible en Dios; pero no es la historia del santo sin defectos que crearon sus primeros biógrafos.

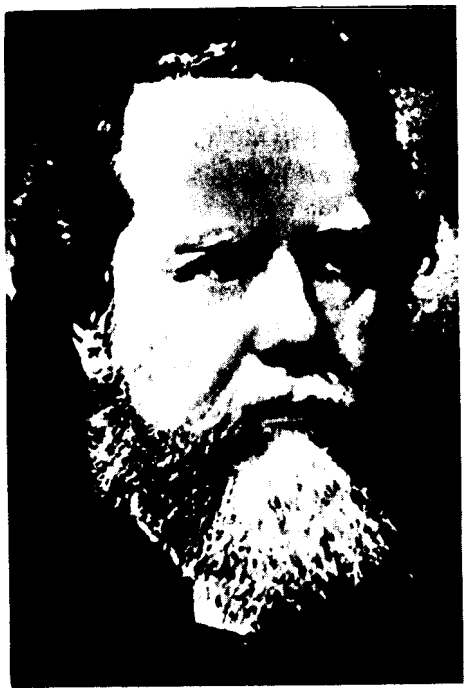
Hudson Taylor nació en Yorkshire, Inglaterra, en 1832. Su padre era farmacéutico y predicador laico metodista. El inculcó en la mente y en el corazón de su hijo el amor por las misiones. Antes de cumplir los cinco años de edad, el pequeño Hudson ya decía a los visitantes que quería ser misionero algún día. China era la tierra que más le intrigaba.

Aunque la lectura de la Biblia y la oración fueron parte integral de su educación, Hudson no se convirtió sino hasta la edad de diecisiete años. En el verano de 1849, mientras su madre había ido a pasarse unos días en casa de una amiga, sucedió que estando el joven Taylor un día en la biblioteca de su padre miró unos papeles y encontró unos tratados religiosos. Con más interés en las historias que en su aplicación espiritual, tomó uno y salió a leerlo. Mientras !oía sintió "una convicción feliz ... el Espíritu Santo puso luz en mi alma... No había otra cosa en el mundo que hacer sino caer de rodillas y, después de aceptar a este Salvador y su salvación, alabarlo por siempre jamás[8]." Su madre

no pareció sorprendida cuando, dos semanas después, le dio él la buena noticia. Ella le contó que dos semanas antes, mientras estaba de visita en casa de su amiga, de repente se sintió impulsada a orar por la salvación de Hudson. Entonces fue a su habitación y oró hasta que tuvo la seguridad de que Dios le había contestado su oración.

A partir de esa experiencia, Taylor comenzó a enfocar sus metas hacia la obra misionera en China. Aunque el evangelismo era toda su motivación, él reconocía la importancia de un medio para llegar a la gente. Por eso a los dieciocho años de edad comenzó a estudiar medicina. Primero como auxiliar de un médico de aldea, y después como aprendiz en un hospital de Londres. En esta época el piadoso Taylor inició un riguroso programa de abnegación como preparación adicional para la obra misionera. Se esforzaba por vivir sólo por fe. Su dieta era frugal; una libra de manzanas y un pan grande cada día. Su cuarto del desván estaba desprovisto de las comodidades que había tenido antes. Hasta se negaba a recordarle a su patrón los sueldos atrasados. Su filosofía era sencilla: ". . .Cuando vaya a China no podré reclamarle nada a nadie sino sólo a Dios. Es importante, por tanto, que aprenda antes de salir de Inglaterra a mover a los hombres por medio de Dios sólo mediante la oración."[9] No pudo sostener su fortaleza física solo con oración, pues su salud, frágil de por sí, decayó debido a su escasa dieta. Para colmo de males, durante sus estudios de anatomía tocó un cuerpo infectado y contrajo una fiebre maligna que casi acaba con su vida. Por ello tuvo que interrumpir sus estudios médicos por varios meses.

Para Hudson le fue más fácil privarse de las necesidades físicas y de las comodidades de la vida que de sus intereses románticos. La "señorita V.", como la llamaba en sus cartas, se había convertido en el objeto de sus afectos. Era una joven maestra de música que le había presentado su hermana. Para Taylor esto fue amor a primera vista. Poco después de su primer encuentro, le escribió él a su hermana: "Sé que la amo. Vivir sin ella sería convertir el mundo en un espacio vacío."[10] Sin embargo, la señorita Vaughn no tenía visión misionera para ir a China. Creía que el amor de Taylor por las misiones era una fantasía pasajera. Confiaba en que él no la dejaría sólo por realizar un sueño extraño en una tierra lejana. Taylor a su vez estaba convencido de que ella cambiaría de idea e iría con él. Se comprometieron dos veces, pero el compromiso se rompió. La consagración de Taylor a Dios era más poderosa que su amor por una mujer.



J. Hudson Taylor, fundador de la Misión del Interior de la China.

La oportunidad para que Taylor fuera a China se presentó de repente. Interrumpió sus planes de preparación médica cuando se tuvo 3 noticia en Inglaterra de que Hung, un cristiano que había hecho profesión de fe, había llegado a ser el emperador de China. La posibilidad de que China estuviera completamente abierta para el evangelio era una respuesta a las oraciones de los directores de la Sociedad para la Evangelización de China (SEC). Habían ellos patrocinado los estudios médicos de Taylor y querían que éste saliera para China enseguida. Así, pues, en septiembre de 1853, a los veintiún años de edad, partió Taylor con destino a China.

Taylor llegó a Shanghai a principios de la primavera de 1854. El joven inglés se sintió de pronto en un lugar extraño y emocionante. La ciudad de Shanghai tenía templos budistas con techos en formen de dragones, calles estrechas alineadas con casitas, trabajo barato, mujeres sumisas con los pies deformados, hombres que se dejaban crecer el cabello en forma de coletas y una lujosa colonia internacional. En ésta encontró Taylor su primer alojamiento; allí también sintió su primer aislamiento. La SEC era una misión pequeña y desorganizada, por eso no había nadie en China para recibir al joven misionero ni para trabajar con él. En la colonia internacional abundaban los misioneros, pero ellos despreciaban a Taylor por ser un joven sin órdenes religiosas que había tenido la osadía de llamarse misionero.

Poco después de su llegada, Taylor se encontró en dificultades económicas. El dinero que le habían prometido no llegó, y el que tenía era una suma insignificante si se comparaba con los precios inflacionarios de Shanghai. La visión de la evangelización de China se fue desvaneciendo y en sus pensamientos sólo estaban los recuerdos de su niñez en Yorkshire. Sus cartas a la familia expresaban toda su nostalgia: "¡Oh, cuánto quisiera poder expresar todo lo que los amo! Lo que expresan mis palabras escritas es un amor limitado, pero que aun así me deja sentir su fuerza. ¡Nunca antes supe cuánto los amaba a todos ustedes! [11]

Los esfuerzos de Taylor por dominar el idioma chino se añadían a sus frecuentes

ataques de depresión. Ocupó sus primeros meses en Shanghai en un intenso estudio del idioma. Hubo ocasiones cuando pensó que nunca aprendería chino. Aunque se entretenía con su afición por la colección de plantas e insectos, su mayor consuelo era su profunda fe en Dios. A los directores de SEC en Inglaterra les escribía: "Oren por mí que me encuentro presionado casi a más no poder, y si no fuera porque hallo la Palabra de Dios cada vez más preciosa y siento la presencia dé Dios conmigo, yo no sabría qué hacer."[12]

Después de vivir algunos meses en la casa de la Sociedad Misionera de Londres, Taylor salió temporalmente de la colonia internacional. Se compró una casa que describía así: "Tiene doce habitaciones, un sinnúmero de puertas, innumerables pasillos, retretes por todas partes y está cubierta de polvo, mugre, basura y desperdicios."[13] La situación no era ideal para vivir en tal casa. Para empeorar las cosas, se libraba una guerra civil muy cerca de allí, y las bajas temperaturas del invierno no respetaban sus paredes. Después de algunos meses de independencia, se sintió agradecido de poder volver a la colonia internacional.

Nunca se sintió feliz Taylor de vivir con los demás misioneros. Le parecía que ellos vivían con demasiado lujo. Según él, no había lugar del mundo donde los misioneros vivieran mejor que en Shanghai". Estaba ansioso de alejarse de sus "críticas, chismes y apuntes sarcásticos".[14] Por eso casi un año después de su llegada comenzó a hacer viajes al interior de China. En uno de esos viajes navegó río arriba por el Yang Tse Kiang. Se detuvo en casi sesenta aldeas que nunca antes habían sido visitadas por ningún misionero protestante. Esta fue una actividad muy grata para él. Unas veces viajaba solo y otras con un acompañante. Lo más importante era que lo que conoció en el viaje aumentó su preocupación por el interior de China.

Los misioneros extranjeros eran algo común en Shanghai y los chinos les ponían poca atención. En el interior la situación era diferente. Al comenzar Taylor sus viajes, descubrió que él era una novedad. La gente estaba más interesada en su vestido y en sus modales que en su mensaje. La única solución lógica para él fue adoptar el vestido y la cultura chinos. Mucho antes, los misioneros jesuitas habían adoptado las costumbres chinas y habían tenido gran éxito en su ministerio. Pero los misioneros protestantes pensaban que tal conducta se apartaba mucho de los métodos misioneros aceptables. Para ellos, el cristianismo no era "correcto" si no iba vestido al estilo de la cultura occidental.

A Taylor, que tenía ojos azules y cabello color café, le resultaba difícil hacerse pasar por chino. Los pantalones holgados con "sesenta centímetros más de ancho alrededor de la cintura", la bata de "seda pesada" y los zapatos de "suela plana" con los dedos levantados hubieran sido una prueba suficiente. Pero, para mezclarse con los chinos era esencial que tuviera cabello negro y coleta.[15] Taylor fracasó en su primer intento de teñirse el pelo. La botella de amoniaco se le destapó, y se quemó la piel y casi se queda ciego. Por fortuna, un médico misionero estaba cerca y lo atendió. Después de una semana, Taylor ya se había recuperado y estaba activo de nuevo. A pesar de la mala experiencia, Taylor siguió con sus planes y se hizo afeitar parte de la cabeza y teñir el pelo. No había diversión en esto. Le pareció que era "una cosa muy penosa hacerse afeitar la cabeza por primera vez, cuando la piel es tan irritable por el calor y la aplicación de tintura para el cabello, durante cinco o seis horas después, tampoco calma la irritación". Pero el resultado valía la pena. Taylor "mezcló cabello falso" con el suyo para formar una trenza o coleta, se puso unos lentes chinos y se confundió entre la multitud de chinos: "No me reconocería usted si me viera en la calle entre los chinos. . . Nadie puede sospechar que yo sea extranjero."[16]

Aunque Taylor quedó complacido con su nueva apariencia, a muchos de los otros misioneros no les gustó nada el asunto. El resultaba una vergüenza para ellos, y pronto se convirtió en objeto de ridículo. Aun su propia familia se sintió mal al recibir las noticias. Si Taylor tuvo dudas sobre su decisión, nunca las dio a conocer. La adopción del vestido y la cultura chinos se convirtió en su distintivo. El no sólo se podía trasladar con más libertad por el interior, sino que el traje chino era mejor para el clima de China que el traje occidental. El veterano misionero Guillermo Burns, compañero de viajes de Taylor, resultó tan bien impresionado por lo cómodo que se veía Taylor que él también adoptó el traje chino.

El traje chino no resolvió todos los problemas de Taylor con respecto a la obra en el interior. Al viajar y dar asistencia médica se halló en competencia con los médicos locales. En consecuencia, en varias ocasiones lo echaron fuera de los pueblos sin miramientos. Los viajes también tenían sus riesgos. En cierta ocasión su sirviente, el cual portaba sus pertenencias, huyó con el dinero y todo lo que Taylor tenía. Este tuvo que regresar a Shanghai, donde se refugió con otros misioneros hasta recibir una ofrenda por correo de Inglaterra. Le llegaron cuarenta libras esterlinas, que era la cantidad exacta que le habían robado.

Taylor no hubiera podido sobrevivir sus primeros años en China de no haber sido por las ofrendas particulares. Aunque su adopción de la cultura china y su residencia en el interior habían hecho una reducción substancial en sus gastos, el sueldo de la SEC era inconstante y mucho menos de lo que necesitaba para sobrevivir. El decía que la sociedad había "actuado de modo irresponsable" con respecto a su sustento y al de otro misionero. En 1857, después de tres años de difíciles relaciones, Taylor se retiró de la SEC. Desde entonces siguió por cuenta propia, todavía sin establecerse y viajando por el interior de China. Un misionero dijo que él "no era perezoso, pero iba sin rumbo fijo".

La soledad que Taylor había sentido durante sus primeros meses en China todavía le molestaba. Deseaba tener esposa. Aunque la señorita Vaughn había rehusado ir a China con él, todavía no podía olvidarla: "Me gustaría saber cualquier noticia que puedan tener de la señorita Vaughn. Tal vez ella consiga un esposo más rico o más simpático, pero dudo que consiga uno más devoto a ella de lo que yo le hubiera sido."[17] Al fin, al ir perdiendo las esperanzas en ella, Taylor volvió su atención a Isabel Sissons, otra joven que había conocido en Inglaterra. Le escribió para pedirle un bucle de su cabello y, después de recibirlo, sin pérdida de tiempo le propuso matrimonio. Isabel aceptó, pero el compromiso no duró. Tal vez la historia de su vestido chino y su coleta la hicieron vacilar, pero cualquiera que fuera la razón, no pudo cumplir ella su promesa. No contestaba sus cartas y, por algún tiempo, le pasó a él por la mente "dejar la obra misionera" y regresar a Inglaterra a fin de enamorarla.

Fue en esta época de depresión e incertidumbre cuando Taylor llegó a Ningpo, una importante ciudad costera situada al sur de Shanghai, donde conoció a María Dyer. Al principio no hubo ningún interés romántico entre ellos. Todavía estaba sufriendo Taylor por Isabel, y María estaba un poco recelosa del inglés de ropón y coleta. Ella estaba un poco turbada: "No puedo decir que lo amé a primera vista, pero me sentí interesada en él y no podía olvidarlo. Lo veía de cuando en cuando y todavía seguía interesada. No tenía razón para pensar que el interés era correspondido; él se mostraba bastante serio e indiferente." Si Taylor no quería manifestar sus sentimientos por María, era porque todavía estaba esperando que Isabel escribiera, y sin duda también temía un tercer rechazo si mostraba interés en la señorita Dyer. No obstante, en su diario la describía así: "Una

criatura preciosa y dulce que tiene todas las buenas cualidades de la señorita S. y muchas más también. Ella es un tesoro de gran valor, y posee un celo incansable por el bien de esta pobre gente. Ella es una dama también. . ." En cuanto al "defecto visible en uno de sus ojos", el inseguro Taylor se sentía agradecido: "Pensé que eso me daría cierta oportunidad de ganarla.[18]

María Dyer había nacido en China de padres misioneros. Su padre murió cuando era pequeña, y su madre unos años después. Entonces María, su hermano y su hermana fueron enviados a Londres para su educación. Pero María y su hermana mayor consideraban a China como su patria, y volvieron antes de cumplir los veinte años de edad para trabajar como maestras en la escuela de niñas de la señorita María Ana Aldersey. Esta fue la primera mujer misionera en China. Ella abrió la primera escuela para niñas en este país dominado por varones. Era una mujer verdaderamente extraordinaria cuya dedicación al Señor y a las misiones nunca se puso en duda. No obstante, en el romance que existiría entre Hudson y María, tuvo ella una mala influencia, y fue precisamente por eso que se le recuerda más.

En marzo de 1857, varios meses después del encuentro de María y Taylor, este le hizo una propuesta matrimonial por carta. . . detalle a[t]revido, como era característico de él. Un amigo de ambos le llevó la carta a María mientras ella estaba enseñando. María en su corazón esperaba que la carta fuera de Taylor, pero esperó a que las clases terminaran antes de abrirla: "Entonces abrí mi carta y leí de su afecto por mí. El decía que creía que Dios le había dado ese amor que él sentía por mí. Casi no podía creer que eso fuera realidad. Parecía que mis oraciones habían sido contestadas . . . El me pedía que aceptara el compromiso.[¨] Taylor también le rogaba a María que no "le enviara un rechazo apresurado", lo cual le causaría una "angustia intensa". Pero, a pesar de los sentimientos de María por él, le envió "un rechazo apresurado": ". . .Debo responder su carta como me parece que es de acuerdo con la dirección de Dios. Y estoy segura que es mi deber no aceptar su propuesta. .."[19] ¿Por qué? ¿Cómo podía esta joven maestra misionera darle la espalda al hombre de sus sueños, el esposo por el que había estado orando? Aquí es donde entra en escena la dominante y protectora señorita Aldersey, a quien María amaba y respetaba. Ella estuvo en pie junto a la joven tímida que tenía a su cargo y le dictó la respuesta. Después le escribió al tío de María que era su tutor legal en Inglaterra. En su carta explicaba sus objeciones en cuanto a Hudson Taylor. Ella decía que él no tenía educación, ni había sido ordenado al ministerio, ni estaba vinculado a ninguna misión. Tampoco tenía buenos modales. Y como si eso fuera poco, era de corta estatura (María era alta) y usaba vestimenta china.

Aunque Taylor estaba triste por la respuesta, "sospechaba que la señorita Aldersey era el obstáculo". No perdió sus esperanzas. En julio de 1857, unos meses después de su propuesta, Taylor dispuso una "entrevista" en secreto con María en la presencia de otro misionero. Ellos se dieron la mano, se dijeron unas pocas palabras, oraron y se despidieron. Una reunión al parecer inocente pero que puso en revolución a la comunidad misionera de Ningpo que, por lo general, era tranquila. La señorita Aldersey amenazó a Taylor con llevarlo ante los tribunales. El pastor W. A. Russel, su aliado mayor, sugirió que "se debía dar de latigazos" a Taylor. La reacción de algunos era más tranquila y sugerían que si Taylor volviera a Inglaterra a terminar su educación, podría merecer a María. La respuesta de María fue muy clara: "Estaría yo dispuesta a esperar si él fuera a su patria para mejorar su capacidad como misionero. Pero, ¿debe dejar él su obra para ganar renombre a fin de casarse conmigo? Si me ama más que a Jesús, no es digno de mí.

Si deja la obra del Señor por el honor del mundo, ya no tendría yo nada que ver con él."[20]

La razón no venció. Se puso a María bajo arresto domiciliario. El pastor Russell no le permitiría recibir la comunión hasta que ella "diera muestras de arrepentimiento". Taylor escribió en una carta: "A María la acusan de loca, fanática, indecente, de mente débil, que se deja apartar con facilidad; demasiado obstinada y de todo lo malo.[21]

El tiempo pasaba y sólo tuvieron un encuentro breve en octubre. A mediados de noviembre, con ayuda de una amiga que los apreciaba, Hudson y María se reunieron por seis horas inolvidables, durante las cuales se comprometieron en secreto.

Mientras tanto, en Inglaterra, Guillermo Tarn, el tío y tutor de María estaba indeciso. Había recibido no sólo la carta de la señorita Aldersey, sino también una de María y otra del propio Hudson. A miles de kilómetros de distancia, Tarn estaba muy lejos de conocer todas las circunstancias. El sentido común lo llevó a averiguar con calma quién era este Hudson Taylor. Quedó tan bien impresionado con los informes que dio su aprobación incondicional al matrimonio. Al mismo tiempo, condenó el exagerado "afán de juicio" de la señorita Aldersey. Sus cartas llegaron en diciembre y el veinte de enero de 1858 se celebró la boda de Hudson Taylor con María.[22]

María era la mujer que Taylor necesitaba para pulir las asperezas de su personalidad y para ayudarle a enfocar su entusiasmo y aspiraciones. Desde el principio su matrimonio marchó muy bien. Se quedaron en Ningpo por tres años. En ese tiempo se le dio a Taylor la responsabilidad de supervisar el hospital local, para lo cual no estaba capacitado. Esta experiencia lo convenció de que necesitaba más preparación en medicina, pero su decisión de abandonar su obra en China no era fácil.

En 1860 los Taylor llegaron a Inglaterra con una licencia extensa, con varios propósitos. Como Hudson y María habían tenido problemas graves de salud, este fue un período de descanso y recuperación. También aprovecharon esa oportunidad para avanzar en su educación. Taylor se matriculó en el Hospital de Londres, donde completó el curso de química práctica y el de obstetricia, y obtuvo el diploma de miembro del Colegio Real de Cirujanos. Otra prioridad durante su licencia fue la labor de traducción. Con un ayudante chino y otro misionero, Taylor hizo una revisión del Nuevo Testamento de Ningpo. Esta tarea fue ardua y algunas veces le llevó hasta trece horas diarias. La obra más importante realizada entonces fue la organización de la Misión del Interior de la China (tic).

Esta misión no fue el producto de un hombre que deseara fama ni la dirección de su propia organización. Por el contrario, esa idea se fue desarrollando en la mente y el corazón del misionero que tenía un profundo interés en los millones de chinos que nunca habían oído el mensaje del evangelio. En los viajes de Taylor por Inglaterra, la gente se sentía conmovida, no por la elocuencia de su discurso ni por sus conocimientos, sino por su amor a las almas perdidas: "Un millón de personas mueren cada mes sin Dios" resonaba en los oídos de sus oyentes, y muchos respondían a su mensaje. Así fue él sentando las bases de una gran sociedad misionera.

La MIC era una sociedad misionera de carácter único que se moldeó en las experiencias y en la personalidad de Hudson Taylor. No estaba vinculada a ninguna denominación religiosa en particular, y estaba dirigida en su mayor parte a la clase obrera. Taylor sabía que China nunca sería evangelizada si tuviera que esperar que los pastores fueran educados y ordenados para el ministerio. Por ello buscó hombres y mujeres consagrados a Dios, entre la clase trabajadora de Inglaterra. Al apelar a este segmento de la sociedad, evitó la competencia con otras misiones, y así llevó al máximo el esfuerzo

misionero en China. Su experiencia con la SEC lo condujo a establecer el centro de administración de la misión en China, para atender mejor a las necesidades de los misioneros. Aunque al principio no quería tomar el control, reconocía la necesidad de una dirección fuerte. Siempre atendió las necesidades personales de sus subordinados. En cuanto a las finanzas y al sustento personal, no se ofrecía a los misioneros de la MIC sueldo fijo, pues ellos debían depender por completo de Dios para sus necesidades. Los misioneros no podían pedir ofrendas ni dinero en ninguna forma, para evitar aun la apariencia de que dependían de los recursos humanos.

En 1865 se estableció oficialmente la Misión del Interior de la China. Al año siguiente, Taylor estaba otra vez listo a embarcarse para China. Con él irían María, sus cuatro hijos y quince nuevos misioneros, entre ellos siete mujeres. Ya habían enviado a otros ocho misioneros. En este período Taylor dejó una buena impresión en Inglaterra. Decía el gran predicador Carlos Haddon Spurgeon al respecto: "La palabra China, China, China resuena ahora en nuestros oídos de un modo fuerte, musical, único y especial; tal como la pronuncia el señor Taylor."[23]

El viaje a China fue extraordinario. Nunca antes había salido un grupo de misioneros con su fundador y director a bordo de un barco. El impacto que hicieron en la tripulación del barco fue notable. Cuando pasaron por el Cabo, en el sur de África, ya no se veía a los marineros jugando cartas ni blasfemando, sino estudiando la Biblia y cantando himnos cristianos. Después se presentaron problemas también. El "germen de malos sentimientos y divisiones" se propagaba entre los miembros del grupo. Lo que era una banda armoniosa, daba ahora sonidos discordantes; y todavía no habían llegado a su destino. Lewis Nicol, un herrero convertido en misionero, era el causante de la disensión. El y otros dos misioneros comenzaron a hacer comparaciones y concluyeron que los de la MIC habían recibido menos provisiones que las que recibían los presbiterianos y otros misioneros. Otros también vinieron con la misma queja, y pronto Taylor se encontró bajo una nube de dardos envenenados: "Parece que el sentimiento entre nosotros había sido peor de lo que me imaginaba yo. Una misionera tenía celos porque la otra tenía demasiados vestidos nuevos; otro porque alguien recibía más atención. Algunos se sentían heridos por discusiones en las que había habido actitudes poco amables, y así sucesivamente."[24] Taylor pudo calmar los ánimos, después de hablar a cada misionero "en privado y con afecto". El sentimiento hostil permaneció, sin embargo, y pronto amenazaría con destruir la incipiente Misión del Interior de la China.

Al llegar a Shanghai a fines de septiembre de 1866, Taylor mandó a confeccionar trajes chinos a la medida para cada uno de los misioneros. Ellos sabían bien cual era la posición de él en cuanto al uso de trajes chinos y la habían aceptado en principio. El cambio, no obstante, complicado por las presiones ordinarias del choque cultural, fue un golpe psicológico brutal. La incomodidad inicial del vestido, la tintura del cabello y el afeitado de la cabeza fueron una tortura. El ridículo que les hacían los misioneros residentes en Shanghai era más de lo que ellos podían soportar. La situación pareció empeorar cuando se trasladaron al centro misionero de la MIC en Hangcheu. Se desafió el liderazgo de Taylor y de nuevo hubo disensión en la misión. Aun las más leales seguidoras de Taylor, Jennie Faulding y Emilia Blatchley, tuvieron que ver con el problema. Nicol y otros rehusaron de plano el uso del vestido indígena y se reunían aparte para las comidas y las devociones. La situación era tensa y las posibilidades de renovación de la comunicación eran pocas. ¿Habría algo que pudiera salvar el sueño visionario que parecía desvanecerse por completo?

El precio fue muy elevado, pero la misión se salvó. Durante el calor del verano de 1867, casi un año después de su llegada a China, enfermó Gracielita Taylor, de ocho años de edad, a quien su padre amaba mucho. Pasó él muchos días a su lado, dándole toda la atención médica que podía, pero ella no mejoraba. El clima también había afectado a otros. Taylor tuvo que dejar a Gracielita por un día para atender unos negocios. En el viaje lo llamaron a atender a Juana McLean, una de las misioneras que se había opuesto a él, y que ahora se encontraba muy enferma. Su enfermedad no era tan grave como suponía, y se recuperó pronto. La demora de Taylor en volver a ver a Gracielita fue decisiva. El diagnosticó que ella tenia agua en el cerebro, pero llegó muy tarde para poder hacer algo por su mejoría. Después de pocos días murió Gracielita. Esta dolorosa tragedia salvó la misión. Se olvidaron las diferencias, y el ambiente saturado de compasión unió a los misioneros otra vez, con excepción de Nicol su esposa, y las dos hermanas solteras, una de las cuales era Juana McLean. En el otoño de 1867 se "separó" a Nicol de la misión; las hermanas McLean renunciaron, y esto permitió que la misión siguiera adelante en armonía.

La muerte de Gracielita no terminó con todos los problemas de la MIC. Las crisis mayores todavía estaban por llegar. Ellas tenían que ver con la hostilidad tradicional de los chinos hacia los extranjeros, la cual era mucho mayor en el interior. El primer ataque violento contra los misioneros de la MIC ocurrió en Yangcheu en 1868. La casa de la misión fue atacada y quemada, y los misioneros (María Taylor entre ellos), apenas escaparon con vida. Aunque los misioneros eran muy pacíficos, es increíble que ese incidente hubiera sido motivo para que los acusaran de promover las contiendas. Aunque Taylor no trató de vengarse ni pidió la protección británica, ciertos políticos vieron en el incidente de Yangcheu la excusa perfecta para despachar los cañoneros de la Marina Real para humillar a China. La MIC sufrió las consecuencias. Aunque no hubo disparos, el *Times* de Londres afirmaba que "el prestigio de Inglaterra había sido herido", y le echaban la culpa a "un grupo de misioneros que se autodenomina la Misión del Interior de la China".[25] La publicidad adversa fue muy dañina. El apoyo económico disminuyó, y los posibles misioneros, de repente, perdieron interés en la MIC.

Mientras continuaba la controversia internacional sobre el incidente de Yangcheu, los misioneros de la MIC regresaron en silencio a esa ciudad y continuaron su ministerio. Su valor fue un buen testimonio para el pueblo chino, que había observado el maltrato de que habían sido objeto por parte de una minoría de bandidos. Ahora las puertas estaban abiertas a un ministerio eficaz. Se comenzó una iglesia y, según Emilia Blatchley, "los creyentes de aquí son diferentes de los que hemos conocido en otras partes de China. Están llenos de vida, amor y entusiasmo".[26]

Las críticas a Taylor y a la MIC no terminaron con el incidente de Yangcheu. Los editores de periódicos y otras personas siguieron atacándolo hasta doblegarlo. Tanta era su desesperación que perdió el deseo de luchar y sucumbió a "la terrible tentación ... hasta de querer quitarse la vida". Mientras las fuerzas externas contribuían a su triste depresión, la lucha interior era lo que más le afligía: "Me aborrecí a mí mismo y a mi pecado; con todo, ello no me dio fuerzas para enfrentarlo." Cuanto más buscaba la espiritualidad, tanto menos satisfacción hallaba: "Todos los días y a toda hora, me oprimían el fracaso y el pecado." ¿Cómo iría a terminar todo? De no haber sido por el interés de un amigo, Taylor pudo haber perdido la razón por completo. Al enterarse del problema de Taylor, este amigo le escribió una carta para compartir con él su secreto para la vida espiritual: "Dejar que mi Salvador haga en mí su voluntad... Permanecer en El sin esforzarme ni luchar...

Parece que todo lo que necesitamos es mirar al Fiel sin tratar de tener fe, ni de aumentarla. Descansar plenamente en el Amado. . ." Esa carta cambió la vida de Taylor: "Dios ha hecho de mí un hombre nuevo."[27]

La renovación espiritual de Taylor vino a tiempo para sustentarlo en un período de pruebas personales graves. En enero de 1870 los Taylor se preparaban para enviar a sus cuatro hijos mayores a Inglaterra para la continuación de su educación. Emilia Blatchley, que los conocía bien, se ofreció a regresar con ellos a Inglaterra y a cuidarlos. Sin embargo, esta decisión fue traumatizante para esta familia tan unida. El pequeño Samuel, de cinco años de edad, debido a su frágil salud, no pudo soportar esta situación y murió a principios de febrero. A pesar de la tragedia, la decisión de enviar los niños siguió firme. En marzo los Taylor se despidieron con tristeza de los otros tres niños. No sabían que esos besos y abrazos serían los últimos que su madre recibiría de ellos en este mundo. Durante el caluroso verano siguiente, María, quien estaba en un avanzado embarazo, enfermó de gravedad. A principios de julio dio a luz un niño que vivió casi dos semanas. Pocos días después murió también María a la edad de treinta y tres años.

Taylor quedó sumido en triste soledad. Se había apoyado mucho en ella y en su buen juicio, y extrañaba mucho su gran afecto. El echaba de menos a la compañera perdida. Sin duda eso influyó en su decisión de visitar Hangcheu varios meses después de la muerte de María. Allí pasó algún tiempo en comunicación con Jennie Faulding, una misionera soltera de veintisiete años de edad, quien había sido una amiga cercana de los Taylor desde que vino a China con ellos. Al año siguiente se embarcaron para Inglaterra, y se casaron allí.

De regreso en Inglaterra, Taylor estaba feliz de volver a estar con sus hijos. También estaba muy ocupado con asuntos de administración. Su secretario de muchos años, W. T. Berger, ya no podía desempeñar sus responsabilidades, y por eso Taylor tenía que hacer casi todo el trabajo de la oficina. Durante su año de licencia organizó un consejo para que se encargara de los deberes de Berger. Después de dejar eso arreglado, en el otoño de 1872, regresaron él y Jennie a China.

Mientras crecía la MIC, pasaba Taylor casi todo el tiempo viajando por China. Supervisaba la obra en varios lugares. Siempre lo llamaban para que resolviera los problemas en las muchas provincias de China y también en Inglaterra. En 1874, después de una ausencia de dos años, volvió a Inglaterra a reunir a sus hijos, que habían sido separados debido a la mala salud de Emilia Blatchley, quien no pudo continuar cuidándolos. En 1876 hizo otro viaje a Inglaterra para avivar el fuego del amor misionero. Cada vez que volvía a China llevaba consigo más misioneros y, con ellos, más controversias. A pesar del éxito de la MIC, continuaron las críticas, en especial con respecto a la baja calidad de los candidatos a misioneros. La educación era un privilegio de pocos en la Inglaterra del siglo diecinueve y los que no la tenían eran considerados como inferiores.

Los misioneros de la MIC, aunque a veces carecían de sabiduría mundana, tenían mucho celo y consagración a la obra. Muy a gusto servían en el interior a pesar del peligro y de las privaciones, a menudo porque habían tenido que soportar grandes sacrificios personales sólo para ir a China. Isabel Wilson era una de tales misioneras. Durante años anhelaba servir al Señor en China, pero debido a la mala salud de sus padres no podía ir. Por treinta años los cuidó con paciencia. A la edad de cincuenta años, tres semanas después de la muerte del segundo de sus padres, solicitó entrada a la MIC y fue aceptada. Su edad, acentuada por su cabello plateado, hacía de ella una honrada residente de China.

Sirvió en la obra con toda fidelidad.

Abundaban las mujeres solteras en la Hacía mucho tiempo que Taylor había reconocido el entusiasmo de éstas para presentarse como voluntarias, y también su capacidad para el ministerio. Las mujeres chinas estaban más dispuestas que los hombres a escuchar el mensaje, y sólo las misioneras podían llegar a ellas con el evangelio del modo más eficaz. La verdadera prueba de la confianza que Taylor tenía en las mujeres se presentó en 1877 cuando estaba en Inglaterra con Jennie y los niños. Se tuvo noticias del hambre que devastaba el norte de China y de la gran necesidad que tenían de ayuda humanitaria. Esta sería una oportunidad muy grande para el evangelismo. Había voluntarias, pero no tenían una directora. Taylor había estado enfermo. ¿Quién más conocía bien a China y su pueblo e idioma para dirigir el grupo misionero? La respuesta era obvia: Jennie. Pero la decisión no era fácil. Una buena madre no debía abandonar a su esposo enfermo y a siete hijos (dos suyos, cuatro de María y una hija adoptiva). Ella estaba consciente de que su ministerio rebasaba los límites de su propia familia, y Taylor la animó a que fuera. Las esposas de los misioneros eran también misioneras. Cuando Taylor escribía a los candidatos a misioneros les encargaba: "A menos que usted espere que su esposa sea una verdadera misionera, no sólo una esposa y compañera en el hogar, no se una con nosotros."[28] Jennie era una "verdadera misionera". En compañía de mujeres solteras salió para el interior del norte de China, donde sirvieron hasta que Hudson llegó al año siguiente con más misioneros.

Cuanto más Hudson Taylor viajaba alrededor de China, tanto más aumentaba su carga por la evangelización de esa inmensa nación. La responsabilidad era subyugante: "Por todas partes las almas perecen por falta de conocimiento; más de 1.000 personas por hora pasan a la muerte y a las tinieblas."[29] La tarea parecía imposible, pero Taylor tenía un plan. Si pudiera preparar a 1.000 evangelistas, y si cada uno pudiera alcanzar diariamente con el evangelio a 250 personas, toda China podría ser evangelizada en poco más de tres años. Su visión era irreal y, por supuesto, nunca se alcanzó su meta, pero la MIC sí dejó señales indelebles de su presencia en China. Para 1882 la MIC había entrado en todas las provincias. En 1895, treinta años después de su fundación, la MIC tenía más de 640 misioneros que invertían su vida en la evangelización de China.

El propósito de Taylor de alcanzar a toda China con el evangelio fue una aspiración inmensa, pero esa misma meta tal vez haya sido la gran debilidad de la MIC. En su esfuerzo por llegar a toda China, se implementó la política de difusión, opuesta a la de concentración. Según el gran historiador de las misiones, Kenneth Scott Latourette: "El propósito principal de la Misión del Interior de la China no fue ganar conversos ni edificar una iglesia china, sino extender el conocimiento del evangelio cristiano por todo el imperio en el menor tiempo posible... Y, aunque empleaban a ayudantes chinos, no se preocuparon por reclutar y preparar a pastores chinos."[30] Esa norma no fue buena. La hostilidad hacia los extranjeros desatada durante la revolución de los Boxers, y la toma del poder por los comunistas años después, ilustran bien la debilidad de un plan que no hizo de la edificación de un ministerio y una iglesia locales fuertes su objetivo principal.

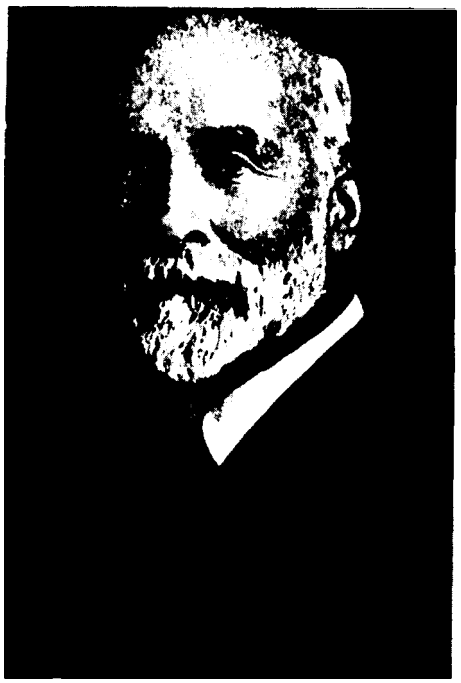
Se acercaban días terribles para la MIC. Los últimos años del siglo diecinueve fueron de tensión e inseguridad. Las fuerzas de la modernización (y la occidentalización) se veían enfrentadas por las fuerzas de la tradición y del antagonismo hacia los extranjeros. El poder imperial favorecía a los conservadores, lo cual empeoraba la posición de los occidentales. Entonces, en junio de 1900, un decreto imperial promulgado en Pekín ordenó la muerte de todos los extranjeros y el exterminio del cristianismo. La

mayor matanza en la historia de las misiones protestantes fue el brutal asesinato de 135 misioneros y *53* hijos de misioneros. Fueron los valerosos misioneros del interior de la MTC, entre ellos la mayoría misioneras solteras, quienes más sufrieron. Sólo en la provincia de Shansi mataron sin misericordia a noventa y un misioneros de la MIC.

Se encontraba Taylor aislado, en Suiza, recuperándose de cansancio físico y mental. Las noticias de China, aunque suavizadas por los que lo cuidaban, fueron algo casi imposible de soportar, y nunca se recobró por completo de ese trauma. En 1902 renunció a su puesto de director general de la misión. Permanecieron Jennie y él en Suiza hasta 1904, año en que murió ella. Al año siguiente volvió él a China, donde murió en paz un mes después de su llegada. La MIC siguió creciendo. En 1914 ya era la organización misionera más grande del mundo. En 1934 llegó a tener 1.368 misioneros. El gobierno comunista expulsó en 1950 a la MIC, junto con otras misiones que tenían obra en China. En 1964, después de un siglo de ministerio, la MTC cambió su nombre por la Sociedad Misionera en el Extranjero. Este nombre indica con más claridad sus planes misioneros de expansión por el Oriente.

La contribución de Hudson Taylor a las misiones cristianas es incalculable. Es difícil imaginar dónde estarían las misiones en la actualidad si no hubiera sido por su visión. El fue un "joven emprendedor", según Rafael Winter, cuyo impacto en las misiones cristianas es igual o mayor que el de Guillermo Carey. Winter dice de Taylor:

> Con una preparación insuficiente en medicina, sin experiencia universitaria, mucho menos en misiones, de conducta individualista, fue él sólo uno más de los débiles instrumentos que usa Dios para confundir a los sabios. Aun su estrategia misionera de no fundar iglesias era errónea según los métodos modernos. Pero Dios lo honró mucho porque tenía su mirada puesta en los pueblos menos evangelizados del mundo. Hudson Taylor iba impulsado por un viento divino. El Espíritu Santo lo libró de muchos peligros latentes. Su organización, la Misión del Interior de la China, la organización con el mayor espíritu de colaboración a nivel de siervos que haya existido hasta la fecha, prestó sus servicios de uno u otro modo a más de *6.000* misioneros, especialmente en el interior de China. Les llevó veinte años a las demás misiones decidirse a laborar junto con Taylor en la obra en que tanto insistía él: las fronteras no alcanzadas en el interior del país.[31]



Jonatán Goforth, misionero evangelista en China, Manchuria y Corea.

Jonatán y Rosalinda Goforth

De todos los misioneros que sirvieron en el Oriente durante el siglo diecinueve y principios del veinte, ninguno vio una mayor respuesta inmediata a su ministerio personal que Jonatán Goforth. Según J. Herbert Kane, él fue "el evangelista más extraordinario de China". Ese país fue el centro de operaciones de Goforth, pero también ministró en Corea y Manchuria. Por dondequiera que viajaba había avivamientos.

Goforth nació en el occidente de Ontario en 1859, el séptimo de una familia de once hijos. Se convirtió a la edad de dieciocho años, y se dedicó al servicio del Señor después de leer las *Memorias de Roberto Murray M'Cheyne.* Fue llamado por Dios al servicio misionero cuando se sintió conmovido por el mensaje del doctor Jorge J Mackay, un misionero veterano de Formosa. Mackay había viajado "durante dos años ... por todo Canadá tratando de persuadir a algunos jóvenes a ir a Formosa" pero, como le decía a su auditorio, todos sus viajes habían sido en vano. El tendría que volver a Formosa sin una persona que continuara la obra que él había comenzado. El mensaje de Mackay llegó a la conciencia del joven Goforth: "Al escuchar estas palabras, me dominaba la vergüenza... A partir de esa hora me convertí en misionero."[32]

A fin de prepararse para el ministerio, asistió Goforth a la Universidad de Knox, donde esperaba hallar buena comunión cristiana e intelectuales bíblicos entusiastas. Pero, el ingenuo muchacho campesino, vestido con ropa confeccionada en casa, se encontró solo en su dedicación al Señor y en su celo por las misiones. Los demás estudiantes se burlaban de él, y mucho más cuando comenzó a ayudar en las misiones de rescate. Con el correr del tiempo cambiaron las actitudes, y cuando se graduó ya era uno de los estudiantes más respetados de la universidad.

Mientras estaba activo en una obra misionera urbana en 1885, Goforth conoció a Rosalinda Smith, una talentosa estudiante de arte que no parecía buena candidata para esposa de misionero. Rosalinda no se fijo en "la mala apariencia de la ropa de él" sino en su gran capacidad como siervo de Dios. Para ella, el suyo fue un amor a primera vista:

"Todo ocurrió en pocos momentos, pero mientras yo estaba sentada allí, me dije: ¡Ese es el hombre con el que me gustaría casarme!"[33] En ese mismo año se comprometieron. En esa ocasión hizo Rosalinda el primer sacrificio de los muchos que tendría que hacer el resto de su vida como esposa de Jonatán Goforth. Sus deseos de un anillo de compromiso se desvanecieron cuando él le dijo que el dinero se invertiría más bien en literatura cristiana.

Después de su graduación en Knox, Goforth solicitó su ingreso en la Misión del Interior de la China. Su iglesia, la Iglesia Presbiteriana del Canadá, no tenía obra misionera en ese país. Antes de recibir la respuesta de la C, los estudiantes presbiterianos de Knox respaldaron su causa. Se comprometieron a recaudar fondos para enviar a los Goforth a China. Antes de salir para Asia, Goforth viajó por Canadá para hablar acerca de las misiones. Sus mensajes eran poderosos y por dondequiera que iba veía vidas transformadas. El testimonio de un graduado de la Universidad de Knox con respecto a Goforth, es un buen ejemplo:

> Iba yo a Toronto a la reunión de ex alumnos de la Universidad de Knox. Quería hacer todo lo posible para frustrar el plan loco de que hablaban los estudiantes de la universidad, es decir, el de comenzar una misión en la China Central. También me pasó por la mente que necesitaba yo un nuevo abrigo; el viejo se veía mal. Entonces pensé que en mi viaje a Toronto mataría dos pájaros de un tiro. Ayudaría a desbaratar el plan y me compraría el abrigo. Pero el orador cambió por completo mis planes. Logró que me entusiasmara por las misiones como nunca antes lo había hecho. ¡El dinero que tenía reservado para comprarme el abrigo nuevo fue a parar al fondo misionero![34]

En 1888 los Goforth fueron a China, a la provincia de Honan, donde pasaron muchas dificultades y separaciones. Los dos sufrieron frecuentes enfermedades y cinco de sus once niños murieron allí. Perdieron muchas posesiones por causa del fuego, las inundaciones y los robos, y en varias ocasiones la vida de ellos estuvo en peligro también. La prueba más terrible que afrontaron fue su huida, por una distancia de 1.600 kilómetros, para buscar refugio en la costa durante la loca rebelión de los Boxers en 1900. A pesar de todo ello, nunca disminuyó su visión por la salvación de las almas perdidas de China.

Desde sus primeros años en China, Goforth fue conocido como un poderoso evangelista. Algunas veces habló a multitudes de más de 25.000 personas. Su mensaje era sencillo: ¨Jesucristo crucificado.¨ A principios de su ministerio otro misionero le aconsejó que no "mencionara el nombre de Jesús la primera vez que le predicara a un grupo de paganos", porque ellos tenían "prejuicios contra el nombre de Jesús". Goforth no siguió ese consejo. El método directo era el único que el conocía.

Los esfuerzos de los Goforth para alcanzar a los chinos no seguían las normas misioneras generales, en especial su evangelismo de "casa abierta". Su casa, de diseño interior y muebles al estilo europeo (entre los que se incluían una estufa, una máquina de coser y un órgano), despertaba la curiosidad de los chinos. Los Goforth limitaban su vida privada y usaban su casa como medio para hacer amigos y para comunicarse con la gente de la provincia. Venían visitantes de muchos kilómetros a la redonda. Una vez vinieron más de 2.000 en un solo día y visitaron la casa por grupitos. Antes de comenzar cada gira, Goforth daba un mensaje del evangelio. Algunas veces los visitantes se quedaban después

de la gira para oír más. El predicaba un promedio de ocho horas diarias. En el lapso de cinco meses, unas 25.000 personas vinieron a visitarlos. Rosalinda ministraba a las mujeres, las cuales se reunían en el patio, algunas veces en grupos de cincuenta.

Este tipo de evangelismo preparó el camino para el futuro ministerio de los Goforth, cuando viajaban de pueblo en pueblo en reuniones de avivamiento. No todos sus colegas estaban de acuerdo con ellos: "Tal vez algunos piensen que recibir visitantes no sea una verdadera misión, pero yo creo que sí lo es. Yo hago amigos primero y cosecho los resultados después cuando salgo a las aldeas a predicar. A menudo las personas de una aldea se reúnen a mi alrededor y me dicen: 'Estuvimos en su hogar y usted nos mostró su casa y nos trató como amigos.' Entonces casi siempre me traen una silla, una mesa en que pueda yo poner mi Biblia, y té."[35]

La rebelión de los Boxers de 1900 interrumpió la obra misionera de Goforth. Cuando regresaron a China, la vida familiar de ellos cambió por completo para ajustarse al nuevo plan de Goforth de tener un amplio ministerio itinerante. Había concebido esa idea antes que Rosalinda volviera de Canadá. Poco después de su llegada, le presentó el plan: "Mi plan consiste en que uno de mis ayudantes alquile un lugar apropiado en un centro grande para nuestra vivienda. Nosotros nos quedamos un mes en ese centro mientras llevamos a cabo una evangelización intensa. Saldré con mis ayudantes a las aldeas y a las calles durante el día, mientras tú recibes a las



Cartel de los Boxers que muestra la actitud de los chinos hacia los extranjeros

mujeres y les predicas en el patio. Por las noches tendremos un culto unido, tú tocarás el órgano y cantaremos muchos himnos. Al terminarse el mes dejaremos un evangelista para que enseñe a los nuevos creyentes, mientras nosotros vamos a otro lugar a iniciar la obra del mismo modo. Después de abrir muchos lugares para el evangelio, volveremos a visitarlos una o dos veces al año." Mientras Rosalinda lo escuchaba, "el corazón se le puso como de plomo". La idea en sí era muy buena, pero no para un hombre con familia. Se corría el riesgo de exponer a los niños a las enfermedades infecciosas que abundaban en las aldeas. No podía olvidarse de las "tumbas de los cuatro niños" que ya habían dejado en

suelo chino.[36] Aunque Rosalinda se opuso al plan al principio, Goforth siguió adelante con este, convencido de que era la voluntad de Dios.

Aun cuando Rosalinda daba todo su apoyo a la consagración de su esposo al Señor, también, como es natural, se preocupaba a veces por la poca atención que les daba a ella y a los niños. Por supuesto, la voluntad de Dios era primero, pero ¿tenía esta que estar en conflicto con lo que le convenía más a la familia? Como esposa nunca dudó del amor de él; pero en ocasiones no se sentía muy segura de su situación. Antes de marcharse a Canadá con los niños, en 1908, puso a prueba la dedicación de él: "Supongamos que en mi ausencia sufriera yo de una enfermedad incurable y me dieran sólo unos pocos meses de vida. Si te pidiéramos que fueras, ¿irías?" Era obvio que Goforth no quería contestar la pregunta. Un rotundo "no" hubiera sido muy devastador. Rosalinda persistió hasta que él le respondió con otra pregunta: "Supongamos que nuestro país estuviera en guerra con otra nación, y que yo fuera un oficial británico al mando de una unidad importante. Como comandante, la victoria o la derrota dependería mucho de mí. En ese caso, ¿se me permitiría dejar mi puesto para responder al llamado de mi familia en mi patria, aunque fuera lo que tú sugieres?" ¿Qué podía contestar ella? No le quedó otra alternativa que responder con tristeza: "No."[37]

El ministerio ambulante que Goforth comenzó en los primeros años del siglo veinte fue un punto de apoyo para impulsar los grandes avivamientos que condujo en los años siguientes. Su ministerio de avivamientos comenzó en 1907 cuando otro misionero y él realizaron una gira por Corea. Ellos dieron inicio al movimiento de avivamiento que tuvo lugar en las iglesias de allí. Esto produjo "un asombroso aumento en conversiones" y el fortalecimiento de las iglesias y escuelas locales. De Corea pasaron a Manchuria "con el corazón lleno de entusiasmo por lo que habían visto", y también hubo poderosos avivamientos allí. Según su esposa "Jonatán Goforth fue a Manchuria como un misionero desconocido. `. Retornó unas semanas después como alguien conocido por todo el mundo cristiano."[38]

Debido a los viajes de Goforth por China en los años siguientes, su ministerio de avivamiento se multiplicó. Algunos de sus colegas y patrocinadores en Canadá se preocupaban por su celo evangelístico. Los incomodaba oír los informes de gente que confesaba sus pecados con abundantes lágrimas y del derramamiento del Espíritu Santo. Algunos decían que ese movimiento no era más que "fanatismo" y "pentecostalismo". Goforth no le prestó atención a las críticas y siguió predicando. Uno de los hechos más extraordinarios de su ministerio de avivamiento ocurrió en 1918. Tuvo una campaña de dos semanas con unos soldados chinos comandados por el general cristiano Feng Yu-Hsiang. La aceptación fue grandiosa y al final da la campaña casi 5.000 soldados y oficiales participaron de la Santa Cena.

Con los éxitos, Goforth también tuvo sus fracasos y problemas. Al comenzar su ministerio confrontó "un peligro que amenaza con absorber nuestra nueva iglesia de Honan del Norte ... una invasión romanista." Los católicos romanos parecían ir siguiendo sus pisada! y en un pueblo "ganaron a casi todos los 'simpatizantes' del evangelio ... y destruyeron así, en una semana, la obra de años". ¿Qué motivaba a estos "simpatizantes" a pasarse a los católicos? Según Goforth, estos les ofrecían a los chinos empleo y educación gratuita (incluidos el alojamiento y la comida). Eran también los protestantes culpables del mismo error, pues a veces les habían llegado a pagar a los chinos por asistir a sus escuelas. Goforth estaba firme en sus convicciones: "No podríamos ofrecer tales estímulos, y nos horroriza la idea de hacer 'cristianos de arroz'. No podemos luchar contra

Roma en la competencia de comprar a la gente."[39] Aunque Goforth no hizo como los católicos, la mayoría de los que se habían apartado volvieron después a su congregación.

Goforth también tuvo problemas con su junta misionera. Era más importante para él la "guía del Espíritu Santo" que las "reglas inflexibles y duras" del presbiterio bajo el cual servía. Según su esposa, "por sus convicciones en lo concerniente a la guía divina de sí mismo, como es natural, entraba en conflicto frecuente con otros miembros del presbiterio de Honan, 'lo cual' hacía que no fuera fácil relacionarse con él". Goforth no pedía privilegios especiales para él, pero insistía en que todo misionero debería tener "libertad para realizar su obra como se sintiera guiado". El problema era complicado.

Goforth a menudo "se hallaba impedido para hacer lo que le parecía que era la guía del Espíritu Santo para él".[40]

Los problemas de Goforth no disminuyeron con la continuación de su prolongado ministerio en China. Las confrontaciones continuaron y la fricción aumentó en especial en la década que comenzó en 1920, cuando la controversia de los fundamentalistas y modernistas, que estaba destruyendo las iglesias en su patria, llegó también a China (véase el Capítulo 11). Los nuevos misioneros que llegaban eran aun más críticos, Goforth se sentía "incapaz de luchar contra viento y marea". El único recurso que le quedaba era "predicar, como nunca antes, la salvación por la cruz del Calvario y demostrar su poder... '[41]

Mucho después de que la mayoría de los misioneros sucumbían a las enfermedades o se jubilaban, Goforth, a la edad de setenta y tres años, continuaba su paso acelerado de reuniones evangelísticas. Aun después de quedar ciego continuó su ministerio con la ayuda de un chino. A los setenta y cuatro volvió a Canadá. Allí pasó los íntimos dieciocho meses de su vida en viajes para hablar en más de quinientas reuniones. Se mantuvo activo hasta el fin. Un domingo predicó en cuatro reuniones y después murió en paz durante el {ceño. Su vida es un poderoso testimonio de lo que un solo hombre puede hacer por Dios entre los miles de millones de personas que pueblan el Oriente.

CAPITULO 8

Las islas del Pacífico:
La predicación en "el paraíso"

Las islas del Pacifico son como un paraíso en la tierra. Ninguna otra zona geográfica, excepto el huerto del Edén, ha sido tan alabada en toda la historia de la humanidad. Los exploradores y mercaderes siempre volvían del Pacífico con relatos maravillosos de la inmensa belleza de las islas. William Melville, Robert Louis Stevenson y James Michener adornaron sus novelas con el encanto de esas islas. "Los escritores compiten entre sí con sus hermosas descripciones del maravilloso colorido de los panoramas, las montañas, los profundos valles y los tranquilos lagos; el brillo de la arena en las playas, los imponentes árboles, las exóticas palmas y las lujosas enredaderas; la profusión de flores, deliciosas frutas y aves de incomparable belleza."[1] A este medio llegaron los misioneros. Primero los monjes católicos romanos que acompañaban a los exploradores. Después los protestantes enviados por las sociedades misioneras.

Oceanía, nombre dado a las islas del Pacífico, consta de más de 1.500 islas que se dividen en tres grupos principales: la Polinesia, el grupo mayor, se extiende desde Hawai, al norte, hasta Nueva Zelanda, al sur; la Micronesia, el grupo de las islas pequeñas, está entre Hawai y las islas Filipinas, e incluye a las Marianas, las Carolinas, las Marshall y las Gilbert: y la Melanesia, las islas que están al sur de la Micronesia y al norte de Australia, incluye a Fiji, Santa Cruz, Nueva Guinea, las Nuevas Hébridas, la Nueva Caledonia y las islas Salomón. El tamaño de las islas va desde Nueva Guinea, la segunda entre las islas más grandes del mundo, hasta puntos pequeñísimos, en medio del océano, como las islas Marshall. La superficie total de estas es de poco más de doscientos kilómetros cuadrados. En realidad, la superficie total de toda la Micronesia es menor que la del estado de Rhode Island en Estados Unidos. La población de la Micronesia, y de toda la Oceanía, es consecuentemente poco numerosa. Si se excluye a Nueva Zelanda, tal vez sea esta de menos de dos millones de personas.

No obstante, había allí personas que morían sin Cristo. Por eso, a pesar de las inconveniencias geográficas, muchas organizaciones misioneras estaban dispuestas a invertir todos los recursos humanos y económicos que fueran necesarios para evangelizar ese extenso campo misionero. La primera exploración europea en el Pacífico del Sur fue realizada por Magallanes y su grupo de exploradores y frailes franciscanos en 1521, ocho años después del descubrimiento del océano Pacífico por Balboa. Después de haber llegado a las Marianas, la flotilla de cuatro barcos (uno había sido abandonado antes), navegó hacia las Filipinas. Allí unos 3.000 habitantes de aquellas islas fueron recibidos en la iglesia Católica. Aunque no hay señal de que los "nuevos creyentes" entendieran los postulados más elementales del cristianismo, la ocasión fue un éxito enorme para las misiones de la Iglesia Católica Romana en los mares del Sur. Esta histórica expedición fue la última de Magallanes. El y otros miembros de su tripulación murieron cuando trataban de obligar a los nativos de una isla a rendir homenaje al rey de España. Durante el siglo dieciséis los misioneros católicos continuaron sus viajes a las islas, pero su misión no perduró.

El capitán Cook fue el que, más que ningún otro individuo, informó al

protestantismo sobre la gran oportunidad para el evangelismo en las islas del Pacífico. Sus descubrimientos avivaron la imaginación de los líderes religiosos y la de los laicos. Como resultado se formó la Sociedad Misionera de Londres en 1795. Esta era un grupo de ministros y laicos de varias denominaciones que tenían el propósito de enviar misioneros a Tahití "o a algunas de las otras islas de los mares del Sur". Después otras sociedades misioneras siguieron, entre ellas las de los metodistas wesleyanos, los congregacionalistas, loa presbiterianos y los anglicanos. A fines del siglo diecinueve, Oceanía era ya un gran éxito en la historia de las misiones protestantes.

En las islas del Pacífico, como sucedió en otras zonas del mundo, los británicos fueron los primeros misioneros protestantes; otros vinieron después de Australia, de Estados Unidos y de Alemania. Los católicos romanos entraron mucho más tarde en el Pacífico, y no se afirmaron bien hasta mediados del siglo diecinueve. Como en otros lugares, existía una amarga rivalidad entre católicos y protestantes. Los misioneros protestantes le daban mucha importancia a su actitud anticatólica. La crítica más común era que los católicos enseñaban una religión superficial, basada en los sacramentos, en tanto que pasaban por alto la decadencia moral de los naturales. "Los papistas¡ al hacerse los de la vista gorda — escribía el misionero wesleyanq José Waterhouse —, ¡le dan su aprobación al consumo de carne humana, a la poligamia, al adulterio y a la fornicación!"[2] Tal vez la fuente de mayor tensión entre católicos y protestantes era la nacionalidad de los misioneros. Los católicos eran franceses, y existía el temor entre los protestantes de que el poder político y militar francés prevaleciera en las islas.

Durante los primeros años de la obra misionera protestante en el Pacífico del Sur, la mayoría de los misioneros no estaba de acuerdo con la incursión política norteamericana o británica en las islas. A la llegada de los católicos franceses, sin embargo, los misioneros comenzaron a pedir la protección de los norteamericanos o de los británicos. Como no se instituyó ningún protectorado, a mediados del siglo diecinueve las misiones británicas en los mares del Sur estaban decayendo.

Las singulares características geográficas de las islas del Pacífico presentaban desde el principio implicaciones obvias para la estrategia misionera. El transporte era un asunto muy importante. No bastaba con enviar misioneros a los mares del Sur, dejarlos en islas aisladas y esperar que se sintieran contentos, durante un año o más, hasta la llegada del siguiente barco. El pequeño tamaño de las islas de su población los hacía sentirse encerrados. Los valerosos misioneros que se habían aventurado a ir allá, tan lejos de su patria, se sentían, de repente, como perdidos en medio del extenso océano Pacífico. Los navíos propiedad de las misiones constituyeron la solución lógica del problema: el *Morning Star* en la Micronesia, el *John Williams* en la Polinesia y el *Southern Cross* en la Melanesia. Cada uno de esos nombres fue dado a varios barcos misioneros que desempeñaron un papel decisivo en la evangelización de las islas. Con la ventaja de los barcos, muchos misioneros europeos se convirtieron en supervisores itinerantes que coordinaban la obra de los evangelistas y de los maestros indígenas. La estrategia fue buena y, según un historiador de las misiones, "...los misioneros indígenas constituyeron la mayor fuerza de las misiones cristianas en los mares del Sur. Hacían una obra excelente. Como no tenían el mismo prestigio de los europeos, los habitantes de las islas los despreciaban y los golpeaban (llegando incluso a matar a algunos); pero ellos perseveraban y, de 1839 a 1860, la mayoría de las misiones debían más a estos misioneros insulares de lo que estaban dispuestas a reconocer. Llegaban éstos hasta donde pocos europeos se atrevían a entrar."[3]

Como sucedió en otras empresas misioneras en otros lugares, se hicieron tremendos sacrificios para introducir el cristianismo en las islas del Pacífico. La mayoría de los insulares tenía mucho temor de los visitantes europeos. Los relatos de las horrendas actividades de los mercaderes habían llegado a muchas de las islas y, a primera vista, no podían los naturales distinguir la diferencia entre los misioneros y sus compatriotas de aspecto amenazante. Además, la religión de la mayoría de los insulares era una forma primitiva de animismo. Se creía que la aceptación de los extranjeros, aunque fueran en paz, les acarrearía una maldición de los malos espíritus. Como resultado, muchos de los misioneros extranjeros y naturales fueron martirizados al tratar de llevar el evangelio a los habitantes de las islas.

A menudo la mayor resistencia a los misioneros la hacían los comerciantes y marineros que habían ido a explotar a la gente y sus recursos. Para estos, los misioneros constituían un obstáculo infranqueable en su camino hacia el placer y las ganancias económicas. Algunas veces los misioneros eran traicionados por sus propios compatriotas, quienes incitaban a los indígenas en contra de ellos. Según Roberto H. Glover, los europeos eran en su mayoría "disolutos y sin principios morales, y dejaban una estela de vergüenza por dondequiera que iban. Ellos se deleitaban en la inmoralidad, importaban ron para enloquecer a los naturales y suplían armas para aumentar los horrores de las luchas entre las tribus; engañaban y explotaban a los insulares y eran culpables de los mayores excesos y crueldades".[4]

Los misioneros cristianos luchaban contra esos obstáculos, aunque los conflictos internos que afrontaban eran a veces peores. Se sentían tentados por la oportunidad de obtener ganancias materiales. Lo peor de todo era el estilo de vida libre y la sexualidad sin inhibiciones, los cuales eran como un pantano de inmoralidad en el que cayeron algunos misioneros. La práctica de "ser como los naturales" fue, según Esteban Neill, "más común de lo que reflejan, por lo general, los edificantes relatos de estas primeras misiones. .."[5] Allí, en ese paraíso de islas, se veían expuestos a tentaciones a las que nunca antes habían estado expuestos en su resguardado medio ambiente. Algunos salieron victoriosos, otros no.

A pesar de los fracasos de algunos misioneros, las misiones en esta parte del mundo han tenido gran éxito. Es esa una historia de individuos que dejaron las destructivas costumbres tribales para manifestar una fe vibrante en Cristo. Es una historia de "movimientos de gentes" que, aunque han ocurrido en toda la historia del cristianismo en todo el mundo, fueron más evidentes en el mundo insular. Tales movimientos, que llevaron a familias grandes (y a veces a tribus enteras) al cristianismo, son el muy documentado tema de los libros del profesor Alan R. Tippett *People Movements in Southern Poly*nesia [Movimientos de gentes en la Polinesia del Sur] y *Solomon Island Christianity* [El cristianismo de las islas Salomón]. Señala él que en muchos casos no hubo un crecimiento apreciable de la iglesia hasta cuando los misioneros se dieron cuenta de la importancia vital de la unidad familiar y tribal. Esto contribuyó al éxito sin paralelos que lograron los misioneros en los mares del Sur. Hoy día esta parte del mundo tiene un mayor porcentaje de cristianos que cualquier otra región comparable.

Henry Nott

En las misiones protestantes en otras partes del mundo los misioneros fueron entrando uno a uno o en grupos pequeños. A las islas del Pacífico los primeros misioneros fueron en un grupo grande. Fue en una nublada mañana londinense de agosto de 1796

cuando treinta misioneros junto con seis esposas y tres niños, todos patrocinados por la Sociedad Misionera de Londres, abordaron el barco misionero *Duff* para un viaje de siete meses con destino a Tahití. Nunca antes se había enviado un grupo misionero tan numeroso; ese era un día histórico. La despedida fue muy entusiasta. La multitud de los alegres patrocinadores bajó a la ribera del Támesis "cantando alabanzas a Dios". Ellos tenían muchas esperanzas en lo que sus embajadores cristianos podrían realizar en aquella zona que era la más "incivilizada" del mundo.

Después de un viaje no muy tranquilo, los misioneros desembarcaron a salvo en Tahití el sábado cuatro de marzo de 1797. Al día siguiente tuvieron un culto religioso al estilo europeo. Esto despertó mucho interés en los insulares. Después de descansar el día del Señor, los misioneros se establecieron sin pérdida de tiempo. Dentro de varias semanas, el capitán Wilson, cristiano también, consideró que ya estaban bastante seguros para dejarlos solos. Entonces se fue a la isla de Tonga a dejar diez misioneros. El ambiente de Tonga carecía de la curiosidad y simpatía que habían encontrado en Tahití. Wilson se fue preocupado por los misioneros que quedaron allí. Todavía tenía que ir a las Marquesas a dejar a otros dos misioneros: Guillermo Crook y Juan Harris.

En las Marquesas la SML [Sociedad Misionera de Londres] tuvo el primero de los muchos reveses que le esperaban en las islas del Pacífico. Allí los misioneros confrontaron un problema inesperado. No los recibieron de modo aterrador con lanzas y garrotes, lo cual había constituido siempre la visión espantosa y demasiado real de sus pesadillas. La recepción fue demasiado amistosa. Una situación para la cual no se habían preparado en la orientación para misioneros. Apenas acababa de anclar el barco, cuando dos hermosas mujeres indígenas nadaron desnudas hasta el barco gritando: "¡Waheine! ¡Waheine!" (Somos mujeres). Aunque Wilson no las dejó subir al barco y trató de disimular su conducta, no pudo dejar de preocuparse por lo que les esperaba a estos nuevos misioneros. No obstante, como Crook y Harris tenían una obra que realizar, pusieron sus cosas en un bote y empezaron a remar hacia la playa.

A la mañana siguiente, antes de levar anclas, envió Wilson tripulantes a la playa para ver cómo estaban los misioneros. Allá estaba Harris con sus pertenencias, desanimado y ansioso de partir. Parece que había pasado una noche muy desagradable. Después de separarse de Crook, se quedó en compañía de la esposa del cacique, la cual empezó a insinuársele indecentemente. Como ella había conocido a hombres blancos antes, le parecía que ese comportamiento era aceptable, pero estaba equivocada. El despectivo desaire de Harris la sorprendió tanto que la hizo dudar si se trataba de un hombre o no. Lo dejó solo y fue a la aldea. Según Graeme Kent, volvió "acompañada de otras mujeres, y se abalanzaron sobre él mientras dormía a fin de realizar un examen exploratorio para dejar en claro el asunto" .[6] Esto apesadumbró tanto a Harris que no quiso quedarse en la isla. Entonces los tripulantes lo llevaron al barco. Crook se quedó para establecer la obra en las Marquesas, pero antes de terminar el año, él también se había dado por vencido. Sólo permanecieron dos puestos misioneros de la SNL en el Pacífico: Tahití y Tonga.

En Tonga los misioneros tenían problemas muy diferentes. Muy pronto descubrieron que ellos no eran los únicos europeos que vivían en la isla. Los marineros que desertaban de sus barcos a veces se quedaban a vivir en las islas. Tonga tenía tres de tales residentes. Desde el principio, fueron un "aguijón en la carne" para los misioneros. Hacían todo lo posible por mortificarles la vida a los misioneros. Consideraban a los misioneros como una amenaza para su vida de libertinos, por eso trataban de poner a los

naturales en contra de ellos. El peligro físico no era todo. También trataban de romper la resistencia psicológica y espiritual de los misioneros, tentándolos con su acceso fácil y gratuito a los placeres sexuales. También se burlaban de la soltería de los misioneros. A pesar de las presiones, los misioneros se mantuvieron firmes en sus convicciones. Todos, excepto uno. Este cayó en la tentación y dejando a sus hermanos en la fe se unió a los marineros en su vida inmoral entre los indígenas. Más tarde regresó a Inglaterra arrepentido e hizo confesión pública de su pecado.

Otro problema de los misioneros en Tonga fue la guerra civil que había estallado en la isla. La lucha impedía la coordinación de la obra misionera. Tres misioneros perdieron la vida por haber quedado en medio de los combatientes. Los seis sobrevivientes se escondieron en cuevas hasta cuando fueron rescatados por la tripulación de un barco que pasaba por allí.

Aunque la obra en Tonga quedó abandonada por algún tiempo, los misioneros volvieron allí en la segunda década del siglo diecinueve. Esta vez los misioneros eran metodistas wesleyanos. El más famoso de ellos fue Juan Thomas, un herrero, el cual fue testigo de un progreso muy animador durante los veinticinco años que pasó en la isla.

Mientras tanto, la obra de la SML en Tahití progresaba con lentitud a pesar de los numerosos fracasos. Tres de los misioneros "vivían como los indígenas" y otros habían salido desanimados o enfermos. La obra en Tahití sin duda se hubiera abandonado de no ser por la perseverancia de un albañil tenaz y sin educación, Henry Nott, quien trabajó allí durante dieciséis años sin muestras visibles de éxito. Nott nació en Broomsgrove, Inglaterra en 1774. A los veintidós años de edad se embarcó en el *Duff* como misionero soltero, con la decisión de pasar su vida en la evangelización de los habitantes de las islas del Pacífico. Al principio fue sólo uno de muchos misioneros que se esforzaban por hacer aunque fuera un pequeño impacto en el corazón y en la mente de los insulares. Al aumentar los peligros y los problemas, otros misioneros se dieron por vencidos y once salieron de una vez. Nott quedó solamente con tres más, y aun ellos querían regresar a su patria. Esos fueron tiempos difíciles para los misioneros. En 1808 les destruyeron la imprenta y la casa, y les robaron casi todas sus pertenencias. Tampoco tenían comunicación con el mundo exterior. Los franceses capturaron el Duff durante las guerras napoleónicas. Debido a ello transcurrieron más de cuatro años sin que los misioneros recibieran noticias y provisiones de Inglaterra. Vestían harapos y sus zapatos se gastaron hasta que se formaron agujeros en las suelas. Al acabarse las provisiones de alimentos, se vieron obligados a buscar afanosamente bayas y frutas silvestres en las montañas. Sin embargo, Nott no permitía que se hablara de retirada.

Desde el principio los misioneros en Tahití tuvieron que tratar con Pomare, un rey autoritario y dado a los placeres. Este tenía fama de cruel, pues se decía que había ofrecido unos dos mil sacrificios humanos. Aunque demostraba lo peor del paganismo, los misioneros lo necesitaban como su aliado. A veces él respondía de modo favorable, pero en otras ocasiones trataba a los misioneros como enemigos. Tras su muerte en 1804, su hijo, Pomare II, asumió el poder y por algún tiempo los misioneros temían que sería peor que su padre. No obstante, Pomare II consideraba a los misioneros como posibles fuentes de productos europeos, como armas de fuego y municiones. Parece que por ganarse la confianza de ellos hizo profesión de la fe cristiana. Pidió armas para dominar a las fuerzas rebeldes, y su solicitud preocupó a los misioneros al principio. Como aumentaran las amenazas rebeldes a la vida de los misioneros, estos cedieron. Entonces decidieron repartir armas y municiones a Pomare y sus seguidores que profesaban el cristianismo.

¿Cómo podían los misioneros justificar tal intervención? Para ellos esa fue una acción práctica de la cual dependía su propia supervivencia. Según un observador indígena, los rebeldes habrían ganado "si no se hubiera enseñado a los naturales a disparar, así como se les había enseñado a orar, y si no se hubieran repartido armas de fuego junto con las Biblias".[7]

Durante la rebelión, todos los misioneros huyeron de Tahití, excepto Nott. El defendió su posición con valor y no quiso salir de la isla. Sólo una vez hizo un viaje a Australia a recibir un envío especial de la SNL.: Una de las cuatro "piadosas señoritas" enviadas para contraer matrimonio con los misioneros laicos. Sin duda la sin. se había dado cuenta de que las islas del Pacífico no era un ambiente favorable para hombres solteros.

Después de sofocada la rebelión, Nott continuó su obra de evangelista. Siempre le rogaba a Pomare que abandonara su vida de pecado. Pomare no sólo era borracho y polígamo sino también homosexual. Parece que tenía pocas intenciones de dejar que su profesión de cristianismo interfiriera con esas actividades. Pero su victoria final sobre los rebeldes, en 1815, dio muestras de una buena oportunidad para el cristianismo en la isla. Pomare hizo renuncia pública de los ídolos y altares paganos. En prueba de su sinceridad, juntó sus doce ídolos personales y se los obsequió a los misioneros, sin duda por sugerencia de ellos. Enviaron los ídolos a Londres a los directores de la SML como evidencia de lo que sucedía en Tahití. Los ídolos causaron sensación en Inglaterra, donde se habían tenido reuniones especiales para orar por la conversión de Pomare. Constituían la prueba que la SML necesitaba para restablecer su reputación en los mares del Sur. Las contribuciones fueron en aumento.

Para Pomare no bastaba con la renuncia a sus ídolos. El quería ser un cristiano completo y eso incluía el bautismo en agua, lo cual presentaba un problema para los misioneros. Ellos creían que el bautismo de Pomare haría que tal vez centenares o millares de personas se convirtieran al cristianismo. Pero, este acto ¿sería considerado como una farsa, por las continuas recaídas de Pomare en actos inmorales? Esa fue una decisión difícil, pero al fin después de mucha discusión y oración, decidieron que era más lo que se ganaba que lo que se perdía con su bautismo. Pero él tuvo que esperar siete años para el bautismo. Al fin el bautismo se realizó en 1819. Fue una ocasión histórica presenciada por unas cinco mil personas. Esto preparó el camino para que muchos súbditos de Pomare hicieran confesión pública de su fe. Aunque Pomare había vuelto pronto a sus antiguos placeres pecaminosos, entre los indígenas de Tahití ocurrieron cambios muy grandes. Un noble ruso que visitó la isla se maravilló de la ausencia de infanticidios, canibalismo y guerras, gracias a la influencia de los misioneros europeos.

En otros lugares del Pacífico del Sur, el progreso de las misiones durante las primeras décadas del siglo diecinueve fue muy lento. Se evangelizaban otras islas además de Tahití, pero parecía que por cada victoria había también un fracaso. Sólo en Hawai, muy al norte, hubo una evidencia clara de la obra de Dios en el corazón de los hombres.

Hiram Bingham y las Misiones en Hawai

La historia de las misiones cristianas en Hawai (anteriormente las islas Sandwich) es un relato único de la forma en que un puñado de norteamericanos se trasladaron a una cultura extraña y en pocas décadas dominaron todos los aspectos de la sociedad.

Se cree que las islas Hawai fueron habitadas alrededor del año 900 d.C. Como en la mayoría de las islas de los mares del Sur, el canibalismo y el infanticidio eran comunes

y la adoración de espíritus era la religión universal. Sólo en 1778 el mundo occidental llegó a conocer, por accidente, las islas Hawai. El capitán Cook navegaba de Tahití a la costa occidental de Norteamérica cuando descubrió ese paraíso de islas. Durante la primera visita, los habitantes de Hawai creían que Cook era un dios. En su segunda visita en 1779 la reverencia que le tenían comenzó a desaparecer; Cook murió en una disputa con uno de los caciques. A pesar de este incidente, continuaron los contactos con Hawai, llegando a establecerse buenas relaciones internacionales. En los años siguientes se estableció el comercio con el mundo occidental. Las islas se convirtieron en la escala favorita de los barcos en ruta al Lejano Oriente. Durante estas escalas a veces se invitaba a jóvenes hawaianos a navegar como tripulantes, y fue así como algunos de ellos llegaron a Estados Unidos.

Este contacto con los indígenas de Hawai despertó el interés de los estadounidenses en las misiones en esas islas. El más famoso de esos jóvenes fue Obookia, a quien se halló una mañana llorando junto a la puerta de la Universidad de Yale porque no podía cumplir con su deseo de estudiar. Edwin Dwight, uno de los estudiantes, se apiadó de él y comenzó a enseñarle, y también a explicarle el evangelio. Esperaba que algún día Obookia podría regresar a Hawai a evangelizar a su gente. Las esperanzas de Dwight aumentaron cuando Obookia hizo profesión de fe. Pero el sueño de verlo volver a su gente se esfumó cuando Obookia enfermó y murió durante el invierno de 1818. Sin embargo, él conmovió más corazones con su muerte que con su vida, y muchos habitantes de Nueva Inglaterra se interesaron en llevar el evangelio a Hawai.

El Comité Norteamericano tomó la iniciativa de comenzar la obra en Hawai. Casi un año después de la muerte de Obookia, el comité tenía ya un contingente de misioneros y obreros cristianos listos para embarcarse rumbo a esas islas. Tal vez por temor de que el entusiasmo decayera, los directores apresuraron los preparativos. Se establecieron los contactos y se llevaron a cabo las entrevistas con los candidatos en la mayor brevedad. Al aceptarlos, el comité los apremiaba a que se casaran y estuvieran listos para salir tan pronto como fuera posible. Sin duda ya conocían el problema que tendrían que afrontar los solteros en los mares del Sur. De las siete parejas que salieron para Hawai en octubre de 1819, seis se habían casado sólo pocas semanas antes de su partida.

Durante el viaje de cinco meses, Hiram Bingham, graduado de Andover, asumió la dirección del grupo de misioneros. Este Hiram Bingham no era el antropólogo que fue al Perú. Sin embargo, tiene el mismo nombre. Sybil y él se habían casado casi dos semanas antes de embarcarse y exactamente dos semanas después de conocerse. Por fortuna, hacían buena pareja y su liderazgo mantuvo la unión de los misioneros, que algunas veces era inestable. Al llegar a Hawai los misioneros, que no estaban preparados para lo que les esperaba, recibieron una mala impresión con lo que encontraron. Esto se ve con claridad en la descripción de Bingham de su primer encuentro con la civilización de Hawai: "La apariencia de destitución, degradación y barbarismo entre los salvajes semidesnudos .. . causaba desmayo. Algunos de nosotros, con lágrimas en los ojos, nos alejamos de ese espectáculo. Otros con más firmeza, siguieron observando, pero casi podrían exclamar: `¿Es posible que estos sean seres humanos? ¿Se les puede enseñar el cristianismo? ¿Podemos quedarnos en estas playas y habitar el resto de nuestra vida con esta gente para prepararlos para el cielo?' "[8]

No se sabe si los hawaianos hicieron comentarios acerca de sus visitantes de Nueva Inglaterra en sentido contrario, pero por lo menos tuvieron la cortesía de darles una calurosa bienvenida. Los misioneros tuvieron a su favor que, por providencia divina,

había ocurrido un cambio muy grande en esa sociedad. El nuevo rey había declarado ilícitos los sacrificios humanos y la idolatría; también parecía que ya no habría guerras entre las tribus. A los misioneros se les dio permiso de desembarcar y comenzar su labor como misioneros cristianos.

La tarea que tenían por delante constituía un gran desafío, especialmente si esperaban cumplir con el encargo que el comité les había dado: "Deben tener una amplia visión y trazarse metas elevadas. El objetivo no puede ser otro que cubrir estas islas con campos fructíferos, casas de apariencia agradable, y escuelas e iglesias. Deben levantar a toda esa gente a un elevado nivel de civilización cristiana..."[9] Con esto querían decir la civilización de Nueva Inglaterra, muy diferente de la vida fácil de los hawaianos. No debe sorprendemos que hubiera resistencia o por lo menos una completa falta de entendimiento del código moral que los misioneros habían implantado. La ética del trabajo, en particular, fue motivo de tropiezo para muchos nuevos cristianos.

La verdadera resistencia a los misioneros la constituían sus propios compatriotas (como en el caso del Pacífico del Sur). Los marineros se enfurecían contra los misioneros por la interferencia de estos en la vida de los indígenas. Las jóvenes tenían la costumbre de subir a los barcos mercantes y venderse por cualquier cosa. Al aumentar la influencia de los misioneros, esa costumbre fue desapareciendo. Varias veces, Bingham y sus compañeros sufrieron a manos de aquellos que se habían visto privados de los favores sexuales de las jóvenes. En una ocasión los marineros del *Dolphin* desembarcaron y atacaron a Bingham con palos y cuchillos; lo habrían matado si no hubiera sido rescatado oportunamente por hawaianos fieles.

A pesar de la oposición, las misiones de Hawai progresaron de modo acelerado. Se establecieron iglesias y escuelas, y muy pronto estaban llenas de estudiantes ansiosos de saber más del cristianismo y de aprender a leer. Una de esas escuelas, organizada por Sybil Bingham, tenía como alumnas a varias cacicas. Hubo profesiones de fe y una de las primeras en aceptar el cristianismo fue la madre del rey, quien fue bautizada en 1823. Tal vez la conversión más notable fue la de Capiolani, una jefa que, como muchos otros hawaianos, había vivido temerosa de la diosa Pele que, según la tradición, vivía en el humeante cráter volcánico de Kilauea. Después de entregarse a Cristo, Capiolani, en presencia de centenares de horrorizados espectadores, se burló de Pele al escalar la montaña volcánica y descender al cráter para demostrar que esa falsa diosa no tenía poder alguno. Capiolani también lanzó piedras y bayas "sagradas" al lago de lava para ridiculizar la superstición del pueblo. Después se acercó a los presentes y les testificó del poder de Jehová. Este incidente hizo más en favor del progreso del cristianismo en Hawai que todos los anteriores ataques de los misioneros a la diosa Pele.

En 1830, después de pasar sólo diez años en Hawai (un segundo grupo de misioneros ya había llegado), los misioneros ya se habían esparcido por todas las islas. Se le tenía mucha estimación a Bingham y muchos caciques lo consideraban como mucho más que su líder espiritual. Alguien dijo que ellos aun le permitían al "rey Bingham" que les dictara leyes.

Pero todas las leyes de Nueva Inglaterra juntas no podían vencer los siglos de relajamiento moral que caracterizaban las islas. La situación era frustrante, según Bradford Smith, en especial con referencia a los pecados sexuales: "Los hermanos [misioneros] trataban de explicar con paciencia el séptimo mandamiento ['No cometerás adulterio']. Pero al traducir al idioma autóctono veían con horror que había unas veinte palabras para describir las diferentes maneras de cometer adulterio en Hawai. Si ellos

usaban sólo una de esas palabras para "adulterio", dejaban fuera las otras. Decidieron usar la frase 'No te acostarás maliciosamente' para definir todo el asunto como un estado de ánimo."[10]

Los misioneros se mantuvieron por encima de la inmoralidad existente, pero cedieron a la tentación de las ganancias materiales. Se acusó a algunos de ellos de dedicarse a la exportación de mercancías, en competencia con los negociantes extranjeros, a pesar de la oposición de la directiva de la misión. Pero los difíciles tiempos del pánico de 1837 habían forzado al comité a reducir el apoyo económico de los misioneros, y estos no tuvieron otra alternativa que diversificar sus actividades para ganarse su propio sustento.

Aun en medio de todos estos problemas de inmoralidad, materialismo, y controversia entre misioneros y directores, la obra evangelística continuó con mucho éxito. En 1837 ya había sesenta misioneros, la mayoría de los cuales eran trabajadores y siervos de Dios consagrados y espirituales. Durante casi veinte años habían estado dedicados a poner el fundamento de una iglesia cristiana sólida en Hawai y al completar su obra ocurrió un despertamiento espiritual.

El avivamiento se extendió por las islas, en particular por el ministerio evangelístico de Tito Coan. A diferencia de algunos de sus hermanos de Nueva Inglaterra, él no temía el emocionalismo y aceptaba "las lágrimas, los labios temblorosos, los suspiros profundos y los clamores intensos".[11] Coan predicaba hasta treinta sermones a la semana cuando viajaba, y miles de personas hacían profesión de fe en Cristo. Las iglesias crecieron con rapidez. Algunas llegaron a tener hasta dos o tres mil miembros. Durante el avivamiento, más de 20.000 hawaianos se afiliaron a las iglesias, lo cual representaba un aumento de unas veinte veces el número original.

En 1840 los misioneros se sentían satisfechos de su obra, pero todavía quedaban problemas. El influjo de los sacerdotes católicos afectó a sus iglesias, que tenían un puritanismo estricto. Los métodos católicos, según Bradford Smith, tenían más aceptación entre los indígenas: "En vez de pedir contribuciones, los sacerdotes católicos daban regalos, especialmente a los niños que les llevaban para ser bautizados. Celebraban servicios religiosos breves y sin sermones, no se oponían al uso del tabaco ni del licor, les prometían indulgencias a los pecadores y estaban dispuestos a recibir a cualquiera como miembro de la iglesia. En vez de construir casas de estilo extranjero, adoptaban el estilo de vida de Hawai.[12] Muchos de los que habían escuchado el mensaje de Coan se pasaban a los católicos que eran menos exigentes. En menos de diez años, la iglesia evangélica comenzó a decrecer.

En algunos casos el ministerio de los católicos era de amor abnegado. Un ejemplo sobresaliente es el del padre Damien, sacerdote belga que, en 1873, fue de voluntario a trabajar en Molokai. Esta era una isla estéril, desolada y rocosa, habitada solamente por leprosos expulsados de otras islas. A su llegada empezó a establecer programas sociales y un plan de evangelismo intenso. El tuvo tanto éxito que las noticias de su obra se esparcieron por todo el mundo. Le llegaban provisiones y dinero de muchos lugares. Después de unos diez años de incansable labor, Damien también se volvió leproso. Continuó su labor de amor por cuatro años más, y ahora se podía identificar mejor con quienes lo rodeaban en el mundo de los "muertos en vida". Cuando murió en 1889, a la edad de cuarenta y nueve años, su obra había alcanzado fama mundial.

Además del influjo católico, la partida de los Bingham a Estados Unidos, debido a la mala salud de Sybil, contribuyó al deterioro de las misiones protestantes. El

impedimento más grave de la obra misionera, sin embargo, fue la creciente tendencia al materialismo entre los misioneros. Varios de ellos habían abandonado su vocación para dedicarse a adquirir tierras y riquezas. A muchos se les acusaba de apoderarse de terrenos y de estar demasiado ocupados en trabajos seglares para dedicarse del todo a la obra misionera. Muchos de los hijos de los misioneros se quedaban en Hawai, pero no para servir en la misión. Algunos alcanzaron altos puestos políticos o llegaron a ser ricos terratenientes. Esto acercó a Hawai a Estados Unidos, pero tuvo al mismo tiempo un efecto adverso en la iglesia. A fines del siglo diecinueve, la que había sido una iglesia victoriosa de unos 20.000 miembros, tenía ahora menos de 5.000. Los misioneros habían cumplido con su comisión de llevar la "civilización" a Hawai, pero habían fracasado en la tarea más difícil de hacer de esta una civilización "cristiana".

Juan Williams

Juan Williams fue uno de los misioneros más innovadores y con más visión entre los que fueron a las islas del Pacífico. Algunos lo llaman "el apóstol de los mares del Sur" y otros el "apóstol de Polinesia" por su gran influencia en las misiones de esa parte del mundo. Nació en Inglaterra en 1796, el año cuando la Sociedad Misionera de Londres despachó el *Duff* hacia el Pacífico del Sur. Creció Williams en un distrito de trabajadores de Tottenham, Inglaterra. A los catorce años de edad comenzó como aprendiz de ferretero, después de convenirse en que viviría en casa de su maestro durante siete años mientras aprendía el oficio. Pero no terminó su aprendizaje. En esa época Williams empezó a juntarse con una pandilla de jóvenes y se apartó de la orientación espiritual de su niñez. Esto preocupó mucho a la esposa de su maestro. Una noche de enero de 1814, mientras esperaba él a sus compañeros en una esquina, ella se apartó a propósito de la ruta que llevaba con el fin de exhortarlo a que la acompañara a la iglesia en vez de salir con sus amigos. El aceptó, a disgusto, y esa noche en el Viejo Tabernáculo de Whitefield su vida cambió para siempre. A partir de entonces pasaba sus horas libres en la obra del Señor, enseñando en la Escuela Dominical, distribuyendo tratados y visitando a los enfermos.

El pastor de la iglesia el Tabernáculo, Mateo Wilkes, se interesó mucho en Williams y lo invitó a participar en una clase para jóvenes interesados en ingresar en el ministerio cristiano. El amor de Wilkes por las misiones comenzó a manifestarse también en su joven discípulo y, por sugerencia suya, solicitó Williams su ingreso a la SML.. Aunque sólo tenía veinte años de edad y no tenía ni preparación bíblica ni preparación para la obra misionera, lo aceptaron de candidato. Había mucha necesidad de refuerzos para el Pacífico del Sur y la sociedad no quería rechazar a los que deseaban ir. Durante las semanas antes de su partida, Williams continuó con la instrucción informal que le daba el pastor. También se apresuró a casarse con María Chawner.

Al llegar al Pacífico del Sur, Williams, su esposa y otros misioneros establecieron su residencia en Moorea, una islita cerca de Tahití. Allí se quedaron menos de un año. En 1718 se fueron más al oeste a otra islita donde pasaron tres meses. Al fin se establecieron en la isla de Raiatea, que fue el centro de operaciones de Williams durante los trece años siguientes. Aunque Raiatea era una islita con una población de casi dos mil personas, ella tenia mucha importancia para los polinesios, pues era el hogar de Oro, un dios polinesio cuyo templo era un centro donde se hacían sacrificios humanos. Los naturales recibieron a Williams y a su familia muy bien, pero detrás de la apariencia de cordialidad estaba la herencia cultural que le asignaba poco valor a la vida humana. Además de los sacrificios

humanos y de la práctica común del infanticidio (comúnmente enterraban vivas a las criaturas), parecía que los indígenas carecían por completo de un código de moralidad. Según Williams: "Los hombres y las mujeres, los muchachos y las muchachas, completamente desnudos, se bañan juntos en un mismo lugar, sin sentir vergüenza y con mucha lascivia. . . Las relaciones sexuales promiscuas son tanto comunes como aborrecibles. Cuando un esposo está enfermo, la esposa busca al hermano de este; y cuando la esposa está enferma, el esposo hace otro tanto... Cuando les hablamos de la necesidad de trabajar, se ríen de nosotros..."[13]

El primer desafío que se le presentó a Williams fue descubrir un método para abordar a esta gente. ¿Cómo podría llegar el cristianismo al corazón de unas personas inmersas en tal cultura? Como él no se había preparado en el evangelismo transcultural, su primer esfuerzo fue intentar cambiar la cultura. Williams no había ido solamente a llevarles el cristianismo sino también la civilización occidental. El consideraba esto como una condición para el establecimiento de la iglesia y como parte importante de la comisión divina del misionero: "Pues el misionero no va a convertirse en bárbaro, sino a elevar al pagano; no va a rebajarse a sus normas, sino a elevarlas a las suyas." Para demostrar la superioridad de la civilización occidental, Williams erigió una casa de siete cuartos con una baranda con vista al mar, y rodeada de jardinería ornamental. Su habilidad y dedicación parece que impresionaron a los naturales, pues rápidamente, debido a su estímulo, siguieron su ejemplo: "Muchos se han construido bonitas casitas y viven en ellas con su esposa y su familia. El rey, al ver la nuestra y por nuestro consejo, se hizo construir una casa cerca de nosotros... Quizás los defensores de la civilización no estarían menos complacidos que los amigos de la evangelización si pudieran ver estas remotas playas y a este grupo de indígenas ocupados diligentemente en varios oficios útiles."[14]

Por fortuna, la forma en que Williams hacía hincapié en la civilización no disminuía su celo por el evangelismo. A pesar de sus actividades seglares, celebraba cinco servicios religiosos los domingos y otros más durante la semana. El evangelismo personal era parte regular de su quehacer diario. No obstante, confiaba la mayor parte de la obra misionera a los creyentes indígenas, pues creía que ellos podían alcanzar a su propia gente con mejores resultados que él mismo.

Desde los primeros meses en los mares del Sur, Williams se había sentido limitado debido a la escasa población de las islitas, y por su incapacidad de viajar con libertad de una isla a otra. Los barcos comerciales visitaban las islas de cuando en cuando, pero su irregularidad no permitía que se pudieran planificar los viajes. La solución obvia al problema, como lo habían comprobado otros misioneros antes, era que la misión tuviera su propio barco. Unos años atrás los misioneros de Tahití, con la ayuda de Pomare, habían construido un barco mercante para el transporte del azúcar y el algodón, pero toda la empresa fracasó. Otros misioneros habían tratado de construir barcos, sólo para descubrir que la tarea era más complicada de lo que habían pensado. Uno de tales proyectos abandonados era lo que Williams (un ferretero) necesitaba para realizar sus sueños de viajero. Obtuvo la ayuda de otros misioneros, y pronto el barco estaba listo para ponerlo a flote. Ese fue un día de celebración para los misioneros.

Como tal vez lo esperaban, el gozo de la celebración no era compartido por los directores de la misión en Inglaterra. Al considerar la situación a distancia, no podían reconocer la necesidad que tenían los misioneros de las islas de mejores medios de transporte y comunicaciones. Se opusieron a la decisión de los misioneros y determinaron

que "la Sociedad no podía tener participación en ningún trato con respecto a la propiedad o empleo del barco. . ." Esta medida daba inicio a las hostilidades. Mientras que algunos misioneros estaban dispuestos a aceptar la decisión de los directores, Williams no lo estaba. Por consiguiente, los años que siguieron estuvieron marcados por candentes y amargas luchas, pues Williams, en flagrante desacato al acuerdo de los directores, continuó sus actividades náuticas. Al fin se deshicieron del primer barco que Williams ayudó a reparar. No obstante, en una visita que realizó Williams a Sydney en 1821, solicitó fondos de comerciantes y contribuyó de su propio dinero para comprar el Endeavour [Esfuerzo] a fin de expandir la obra evangelística de la misión y también de llevar las mercancías de los indígenas al mercado. Huelga decir que los directores se pusieron furiosos cuando se enteraron de esto, a pesar de que ya había obtenido Williams una ganancia de unas 1.800 libras británicas mediante su empresa comercial. Consideraban la adquisición del navío como un "gran mal", y acusaban a Williams de "dedicarse a .. . transacciones comerciales" que "tenían el propósito de apartar .. . la atención de ellos del gran objetivo de su misión".[15]

La razón para que Williams siguiera en la misión a pesar de esa diferencia de opinión se debe a la lentitud de las comunicaciones entre Inglaterra y el Pacífico del Sur. Cuando las órdenes de los directores le llegaron, la situación ya había cambiado, y las candentes reprimendas de estos ya no eran pertinentes a las condiciones actuales. Sus empresas comerciales habían disminuido después de verse gravadas por los impuestos aduanales de Nueva Gales del Sur.

Entonces como respuesta a la indignación de los directores, prometió "evitar absolutamente inmiscuirse en nada en el futuro". Pero eso no quería decir que renunciaba a la idea de que se necesitaba un barco para la evangelización de las islas. Estaba decidido a hacer las cosas como mejor le pareciera, o a salir de las islas. "No dispuso Jesús que un misionero se contentara con tener una congregación de cien o doscientos indígenas, y que después se sentara tranquilo como si todos los demás pecadores se hubieran convertido, mientras que a su alrededor existen millares que se devoran unos a otros y se beben la sangre de sus víctimas con regocijo cruel... En cuanto a mí no puedo contentarme dentro de los límites de un grupito de islas. Si no se me proporcionan los medios, preferiría vivir en un continente, pues allí si uno no puede abordar un vehículo, al menos puede caminar."[16]

Debido en parte a problemas económicos, tuvo Williams que acceder a deshacerse del *Endeavour*. Pero sugirió que los directores mismos habían sido instrumentos del diablo para detener el progreso de la evangelización de las islas: "Satanás sabe bien que este navío era el arma más mortal jamás esgrimida contra sus intereses en el gran mar del Sur; y, por eso, tan pronto como sintió los efectos de la primera estocada, ha luchado para quitárnoslo de las manos."[17]

Por no tener un barco a su disposición, los viajes de Williams a otras islas disminuyeron; él pasó los años siguientes edificando a los creyentes en la isla de Raiatea y traduciendo las Escrituras. Todavía se sentía frustrado por su encierro y la falta de refuerzos adicionales de Inglaterra. El evangelismo de los mares del Sur progresaba muy despacio. La estrategia de la SML no estaba realizando la obra. Alguien tendría que resolver el problema con una dirección estricta, y Williams pensó que él era el indicado para tal posición. Sus experiencias lo convencieron de que sabía más que los directores sobre la manera de realizar la evangelización de los mares del Sur. Afirmaba que se necesitaba más participación de misioneros indígenas. Su plan consistía en comisionar y

transportar a los misioneros aborígenes a varias islas. Luego él los visitaría y guiaría en su ministerio.

Era obvio que para llevar a cabo el plan de Williams se requería un barco, lo cual lo pondría de nuevo en oposición a los directores de la misión. A pesar de las consecuencias, comenzó a construir una embarcación, y después de solamente unos meses, el *Mensajero de Paz*, de cincuenta toneladas y de rara apariencia, estaba listo para surcar los mares. De nuevo estaba en condiciones Williams para continuar su ministerio de misionero itinerante de la Polinesia. Cuando los directores supieron la noticia, el plan estaba ya en acción y muy poco podían hacer, pues se encontraban a miles de kilómetros de distancia.

Una vez más Williams se había opuesto a la voluntad de los directores, lo cual era en cierto sentido una conducta inaceptable. Pero, por otra parte, era también una acción de visionario. ¿Estaba él equivocado? ¿Se deberían condenar o alabar sus acciones? Si consideramos sólo el desafío a los directores en esta situación, sin tener en cuenta el gran amor de Williams por la evangelización, no le haríamos justicia a este gran misionero. El había sacrificado mucho por las misiones y no iba a verse impedido de lograr su objetivo. La salud de su esposa y la suya propia estaba muy debilitada, y siete de sus diez hijos habían muerto en la infancia. Había mucho en juego para que renunciase ahora a su sueño.

Cuando Williams trató de renovar la obra misionera de la SML en los mares del Sur, halló la oposición de muchos de sus compañeros misioneros. Muchos lo criticaban porque él no quería quedarse en un solo lugar; él se iba antes de establecer una obra o de resolver los problemas. Pero como comentó un historiador: "Nunca había guardado en secreto el hecho de que él se consideraba a sí mismo como un sembrador y no como un cultivador."

A pesar de frecuentes reveses en su ministerio, el plan básico de Williams siguió adelante con mucho éxito. Bajo su supervisión, la evangelización fue realizada casi enteramente por maestros indígenas, la mayoría de los cuales contaba con una preparación bien limitada y con muy poca madurez cristiana para poder encarar los obstáculos que se les presentaban. Sin embargo, ellos con mucho valor dejaban sus hogares y la seguridad de la tribu, entraban en lugares extraños y aprendían idiomas desconocidos. Arriesgaban la vida para llevarles el evangelio a los habitantes de otras islas. Según Esteban Neill: "Pocas maravillas de la historia cristiana se pueden comparar con la fidelidad de estos hombres y mujeres. Se quedaban entre personas de habla desconocida, y a menudo con riesgo de perder la vida, para fundar y edificar iglesias con su fe y conocimientos limitados. Contaban solamente con el apoyo del poder del Espíritu Santo que los fortalecía y con las oraciones de sus amigos. Muchos fertilizaron la semilla con su propia sangre; pero las iglesias crecieron más que si la obra se les hubiera confiado primordialmente a los misioneros europeos. "[18]

En 1834, después de casi dieciocho años en el Pacífico del Sur, la obra de Williams y de los naturales se había extendido de tal manera que podía él decir: "Hemos visitado a todos los grupos de insulares y a cada una de las islas importantes dentro de un radio de 3.200 kilómetros de Tahití." Ese era un logro inmenso pero era sólo el comienzo. Se necesitaban más fondos y misioneros de Inglaterra. Williams sabía que la única manera de conseguir la ayuda que necesitaba era yendo a su patria a pedir tal ayuda en persona.

Al llegar con su familia a Inglaterra en el verano de 1834, Williams, que ya contaba con treinta y ocho años de edad, vio que su fama lo había precedido. El arzobispo de Cantorbery había proclamado que el ministerio de Williams añadía un nuevo capítulo

al libro de los Hechos. Otros también lo encomiaban mucho. Se convirtió en la sensación del momento. La gente se reunía para escuchar sus fascinantes relatos de los insulares del Pacífico y de la vida llena de peligros de los misioneros.

Aunque las reuniones de Williams eran interesantes y tenían buena asistencia, fue su libro *Una narración de las empresas misioneras en los mares del Sur* lo que estimuló el sólido apoyo económico que su obra necesitaba. Se enviaron ejemplares del libro a individuos influyentes y ricos. Varios respondieron y enviaron buenas cantidades de dinero, el cual se usó para comprar otro barco misionero destinado a los mares del Sur. Esta vez los directores no se opusieron. Estaban agradecidos de la inesperada influencia que su misionero había ejercido sobre relevantes personajes. Ellos no querían apagar el entusiasmo que había creado por la obra misionera de la SML en las islas. Compraron el velero Camden (el doble del tamaño del Mensajero de Paz) en la primavera de 1838. Después de casi cuatro años en Inglaterra, Williams estaba listo a regresar con su familia y los nuevos misioneros (incluidos su hijo y su nuera) a su hogar en el Pacífico. La despedida fue emocionada y, como de costumbre, no faltaron las exageraciones en los discursos. Algunos decían que Williams era el promotor misionero más grande de esa época. Después de tener el dinero que necesitaba, ¿qué podía impedirle que conquistara a toda la Oceanía para Cristo? Era el hombre más famoso entonces, pero ¿podría satisfacer las esperanzas de ellos?

De regreso en el Pacífico del Sur, Williams se apresuró a poner manos a la obra. Visitó los puestos misioneros en las islas y consolidó el trabajo de los predicadores indígenas. No obstante, halló desilusiones por todas partes. Según un historiador, Williams "vio que a pesar de los buenos informes que seguían mandando a Inglaterra los misioneros de la SML, las cosas iban de mal en peor. . . Los insulares se estaban apartando del cristianismo". También existían fricciones entre los misioneros, especialmente entre los de la SML y los metodistas wesleyanos.

En ese momento se hicieron muy necesarios la reconocida autoridad y los años de experiencia de Williams para ayudar a estabilizar la desesperante situación y asegurar la continuidad de la obra en las islas esparcidas que había él abierto para el cristianismo. Pero el carácter de Williams era más de vendedor que de reparador, y se sentía atraído por las islas del oeste a las cuales no se había llegado aún con el evangelio. Durante años había soñado con extender la obra hacia el occidente hasta las Nuevas Hébridas. Ahora, con el Camden no le quedaba ningún obstáculo, con excepción del conocido salvajismo de los naturales de aquella región. Había arriesgado su vida antes, al establecer puestos misioneros, y estaba dispuesto a hacerlo de nuevo, a pesar de las objeciones de su esposa.

A principios de noviembre de 1839, después de despedirse de su esposa y de su familia, Williams con otros dos europeos y varios misioneros indígenas voluntarios, abordó el Camden y partió para la isla de Erromango en las Nuevas Hébridas. Se sabía poco de los habitantes de esas islas, excepto que habían atacado brutalmente a los mercaderes europeos. Estos habían talado sin ninguna consideración los árboles de sándalo de sus islas, que eran muy preciados por los indígenas.

El *Camden* llegó a Erromango después de un viaje de dos semanas. En breve aparecieron los naturales en la playa y caminaron por el agua de la bahía para recibir los regalos de sus visitantes, que se habían acercado a la playa en un bote. Después del encuentro inicial, Williams y dos europeos desembarcaron y comenzaron a caminar hacia la aldea en medio de los indígenas. De repente, sin ninguna provocación, se produjo el ataque. Williams tuvo tiempo de dar media vuelta y correr hacia la playa, pero lo mataron

a garrotazos en el agua cuando trataba de escapar de sus asaltantes nadando. Uno de los misioneros alcanzó a llegar a salvo al bote, y él y el capitán Morgan remaron de regreso al Camden. Como no podían desembarcar para recobrar los cadáveres, Morgan navegó a Sydney en busca de ayuda. Volvieron transcurridos dos meses, y después de negociar con los naturales, éstos les entregaron sólo los huesos de Williams y de su acompañante, pues se habían comido la carne de los cadáveres.

Para los colegas y amigos de Williams la trágica muerte del misionero fue un enigma desconcertante. Si éste conocía el carácter traicionero de los indígenas, por lo que había sucedido a los comerciantes de sándalo, ¿por qué no envió misioneros insulares a la playa primero, como era la costumbre? (La presencia de éstos hubiera sido menos amenazante que la de los europeos que, como es natural, serían confundidos con los comerciantes.) Del mismo modo, ¿cómo es que Williams no percibió el peligro, cuando vio que no había mujeres presentes? Como misionero experto en los mares del Sur, él de seguro sabía que esa situación indicaba peligro. ¿Por qué pasó por alto aun las precauciones más comunes? Para sus patrocinadores era él un valiente héroe, y tal vez en ese instante él mismo se dejó engañar con la fantástica visión de su propia invencibilidad.

Juan G. Paton

La publicidad internacional que rodeó la trágica noticia de la muerte de Williams sacudió a la iglesia cristiana, principalmente en Gran Bretaña. Allí docenas de jóvenes prometieron tomar su lugar. Los presbiterianos, representados por Juan Geddie, fueron los primeros protestantes que se establecieron en las Nuevas Hébridas (actualmente Vanuatú), durante los años después de la tragedia de Williams. Geddie, a quien describen como un misionero "duro, sin humor, caprichoso y de un valor increíble", desde su niñez en Nueva Escocia se había sentido intrigado por los relatos del heroísmo de los misioneros de los mares del Sur. En 1848 su esposa y él se embarcaron para Aneityum, la isla de las Nuevas Hébridas que queda más al sur. Allí pasaron su vida en la traducción de las Escrituras, el evangelismo y la preparación de los predicadores autóctonos. Tan eficaces fueron ellos en su obra evangelística que toda la población de la isla se convirtió al cristianismo. Una inscripción en memoria de Geddie en una de las iglesias que él estableció confirma su poderosa influencia: "Cuando desembarcó en 1848 no había cristianos aquí; cuando salió en 1872, no había paganos."

El éxito de Geddie estimuló el interés y pronto llegaron otros misioneros presbiterianos. Uno de ellos fue Juan G. Paton, tal vez el más conocido de los misioneros de los mares del Sur. Se hizo famoso en gran parte por su autobiografía, una obra que circuló ampliamente, la cual relataba con mucho detalle y suspenso las historias de los misioneros que habían sido martirizados por los naturales. Paton decía que había estado tantas veces a punto de perder la vida que era imposible enumerarlas todas. La mera supervivencia causaba un constante desgaste físico y mental, pues el simple hecho de mantenerse vivo era ya una hazaña digna de relatarse.

Juan Paton nació en Dunfries, Escocia, en 1824. Creció en una casita de tres cuartos, donde su padre se ganaba la vida tejiendo medias. La familia era pobre, y antes de los doce años de edad se vio obligado a dejar la escuela para trabajar con su padre y ayudar a sostener la familia. Los Paton eran presbiterianos fieles que centraban su vida en las actividades de la iglesia. Juan se convirtió a los diecisiete años. Esta experiencia fue la razón por la que dedicó su vida al servicio cristiano.

A los veinte años comenzó Paton su labor como misionero de la Misión de la

Ciudad de Glasgow. Percibía una pequeña asignación de dinero al año en compensación por sus servicios. Trabajó en los barrios bajos de Glasgow, donde las masas industriales empobrecidas llenaban las calles, y donde "el pecado y el vicio andaban de la mano abierta y desvergonzadamente". La tarea era difícil, pero así se preparó bien para las pruebas que le esperaban en las Nuevas Hébridas. Su obra evangelística al aire libre suscitaba una violenta oposición, pero la filosofía de Paton no daba cabida a la retirada: "Si te dejas atemorizar por sus amenazas, te dan un trato cruel y brutal. Si los desafías sin temor, o los agarras por la nariz, se arrastran como hormigas a tus pies.[19]

Después de diez años de obra misionera en la ciudad, Paton se enteró de la gran necesidad de misioneros en el Pacífico del Sur por medio de su propia iglesia, la Iglesia Presbiteriana Reformada de Escocia. Al principio pensaba que debía quedarse en su puesto, pues sabía cuanto lo necesitaban allí; pero los insulares del Pacífico estaban siempre presentes en su mente. La misión de la ciudad lo necesitaba. ¿Cómo le daría la noticia de su salida a los directores de la misión? Por otra parte, ¿cómo podía quedarse en Escocia cuando millares de habitantes del Pacífico estaban pasando a la eternidad sin nunca haber oído el nombre de Cristo? Era una decisión difícil; pero después de tomarla, ni las ofertas de un salario mayor y de una casa pudieron tentarle a quedarse en la obra misionera de la ciudad. Tampoco lo disuadieron los consejos de los temerosos: "Te van a devorar los caníbales", le advertían. Pero a Paton no tenían que recordarle los antropófagos. La suerte corrida por el gran Juan Williams nunca se apartaba de sus pensamientos.

En la primavera de 1858, después de pasarse tres meses dando conferencias por las iglesias presbiterianas de la región, estaba listo para partir hacia el Pacífico. Sólo le quedaban dos asuntos pendientes entes de salir: su ordenación al ministerio y su matrimonio con r Mariana Robson. El 16 de abril zarparon para los mares del Sur. Al llegar a las Nuevas Hébridas, enviaron a los Paton a la isla de Tanna, donde tuvieron una primera impresión muy fuerte: "Mis primeras impresiones me desanimaron mucho. Al ver a estos indígenas en su aria, desnudos y con la cara pintada, se me llenó el corazón de piedad y de horror... Las mujeres llevaban puesto sólo un delantalcito de hierbas ... los hombres una cosa indescriptible, semejante una bolsita, y los niños no tenían nada encima."[20]

Poco después de establecerse en Tanna, Paton descubrió que la realidad de la vida autóctona era peor que el problema de la desnudez. Entre los naturales había guerras mortales, a veces no declaradas. Todos los días había homicidios, lo cual se consideraba como parte de la rutina de la vida cotidiana. En ocasiones había ataques Violentos contra toda la población. Estos eran tiempos de mucha tensión que no dejaban lugar al descanso. La situación se complicaba con los ataques de fiebres tropicales. María se enfermaba más que su esposo; el parto empeoró su condición. El tres de marzo de 1859 murió de fiebre; casi tres semanas después murió también su hijito. Paton estuvo al borde de la desesperación. Sólo había pasado un año desde su boda, y ya todo había terminado. La pena era casi imposible de soportar: "Si no hubiera sido por Jesucristo ... hubiera perdido la razón y la vida junto a esa tumba solitaria."[21]

En los primeros afros de servicio misionero, Paton no logró mucho progreso en el establecimiento del cristianismo entre los naturales de Tanna. Lo que se había logrado hacer era en su mayor parte el resultado de los esfuerzos de los maestros autóctonos venidos de Aneityum, donde trabajaba Juan Geddie. Estos no sólo predicaban el evangelio eficazmente, sino que también vivían la vida cristiana delante de los demás indígenas de

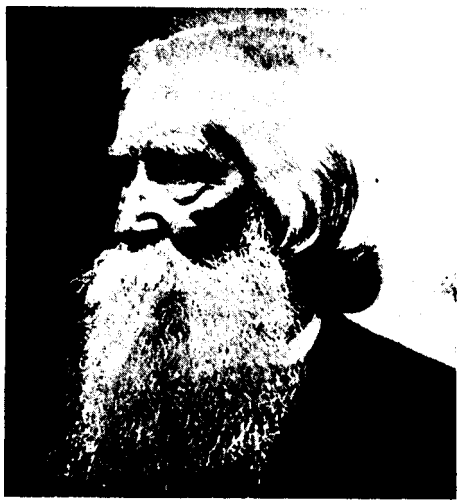
un modo que ni siquiera los europeos lo hacían. Esto se manifestaba en particular en las relaciones familiares con respecto a las mujeres. Las mujeres de la sociedad de Tanna eran como esclavas. Sus maridos las golpeaban a menudo, y algunas morían como resultado de ello. El ejemplo dado por los maestros autóctonos y la protección que se les daba a las mujeres de Tanna eran una amenaza al predominio masculino. Paton y los maestros indígenas fueron objeto de violentos ataques. Namuri, uno de los ayudantes más fieles de Paton, fue asesinado. Las enfermedades también redujeron el número de maestros autóctonos. Cuando los marineros europeos trajeron el sarampión a Tanna, murieron trece de los maestros de Aneityum. El resto de éstos salió de Tanna, con la excepción de una pareja fiel. El ataque del sarampión fue tan grave que, según Paton, una tercera parte de la población de Tanna pereció.

En el verano de 1861, tres años después de la llegada de Paton, los naturales de Tanna estaban al borde de la guerra civil. El propio Paton se encontró en el centro de gran parte del conflicto. En una ocasión Paton y el maestro que le quedaba tuvieron que encerrarse en una habitación durante cuatro días, pues había indígenas esperándolos afuera para matarlos. Los aborígenes de la costa eran los que más odiaban a Paton. Amenazaban con desatar una guerra general contra las tribus del interior, si Paton no abandonaba la isla. Al fin, a mediados de enero de 1862, los brotes diarios de violencia degeneraron en una guerra civil total. Con la protección de su rifle, Paton escapó de Tanna hacia un barco mercante, dejando todas sus pertenencias en la isla.

Luego fue Paton a Aneityum y después a Australia. Allí hizo una gira por las iglesias presbiterianas para contar los horrores por los que había tenido que pasar en las Nuevas Hébridas. Era él muy buen predicador. Al terminar la gira, con el dinero de las ofrendas compró una nave para la misión, llamada Dayspring. En la primavera de 1863 salió Paton rumbo a Gran Bretaña, donde siguió visitando iglesias presbiterianas y recaudando fondos para las misiones en los mares del Sur. Durante su gira, se casó de nuevo. A fines de 1864 regresó con Margarita, su esposa, a Australia. Allí abordaron el Dayspring, que los llevó a las Nuevas Hébridas.

El segundo período de servicio de Paton en las Nuevas Hébridas fue en la islita de Aniwa, pues Tanna todavía no era segura para los europeos. Otra vez lo acompañaron los maestros de Aneityum. Su esposa y él se establecieron pronto en su nuevo puesto misionero. Aunque Aniwa era más pacífica que Tanna, los Paton y sus maestros autóctonos todavía recibían amenazas hostiles. Paton les advertía a los indígenas: "Si matan o roban, el barco cañonero de los ingleses que castigó a Tanna puede hacer volar también su islita."[22]

En la continuación del ministerio de los Paton en Aniwa en las décadas siguientes vieron resultados alentadores pues la gente recibía el evangelio de corazón. Con la ayuda de indígenas cristianos construyeron dos orfanatos, establecieron una floreciente iglesia y escuelas. Margarita enseñaba en una escuela para niñas. Paton, con el apoyo de caciques convertidos, llegó a tener mucha influencia política. Así las leyes puritanas se convirtieron en norma de vida de todos los residentes. Era una obligación seria guardar el día de reposo. En cierta ocasión, unos "paganos" que habían estado pescando en el Día del Señor, a la mañana siguiente recibieron la visita de Paton y de ochenta de sus feligreses cristianos. Enseguida persuadieron a los "pescadores" a enmendar sus malas costumbres.



Juan G. Paton, misionero precursor de las Nuevas Hébridas.

Aunque la actitud de Paton para con los insulares a veces parecía severa, estaba dedicado por completo a la tarea de ganarlos para Cristo. Los amaba de verdad. Al describir el primer culto de comunión que tuvo en Aniwa, escribió: "En el momento cuando puse el pan y el vino en esas manos oscuras, antes manchadas por la sangre del canibalismo, y ahora extendidas para recibir y participar de los emblemas y sellos del amor del Redentor, pude saborear un poco del gozo de la gloria, al punto que casi se me rompe el corazón en pedazos. Nunca tendré una felicidad más profunda hasta el momento en que vea el glorioso rostro del propio Jesús."[23]

Después de dejar bien establecida la iglesia de Aniwa, Paton pasó los últimos años de su vida en la promoción de las misiones, pues realizó viajes por Australia, Gran Bretaña y Norteamérica para levantar fondos y hablar de las necesidades de la misión de las Nuevas Hébridas. En esas islas se veía mucho progreso, debido en parte a su gran influencia. Al terminar el siglo, casi todas las treinta islas habitadas habían sido alcanzadas con el evangelio. Se había establecido una escuela para evangelistas autóctonos, que eran más de trescientos, y unas dos docenas de misioneros y sus esposas realizaban la obra misionera allí.

Paton trabajó con diligencia hasta el fin de sus días en la traducción de la Biblia al idioma de Aniwa y en la promoción de las misiones. A la edad de setenta y tres años, durante una gira de predicación, describió su itinerario así: "Ayer celebré tres servicios religiosos, recorriendo una distancia de treinta y dos kilómetros entre ellos; aprovecho el viaje para revisar las galeradas de imprenta.' Los Paton volvieron a las islas a una visita breve en 1904. Al año siguiente murió Margarita; dos años después la siguió su esposo de ochenta y tres años. Su hijo Francisco continuó la obra de ellos en las Nuevas Hébridas.

James y Juanita Chalmers

Mientras Paton, Geddie y otros evangelizaban las islitas del Pacífico del Sur, otros misioneros fueron más al oeste hacia Nueva Guinea, sitio de lluviosas selvas montañosas aún no penetradas. Uno de los más grandes misioneros del siglo diecinueve a Nueva Guinea fue James Chalmers, misionero presbiteriano escocés. Como les sucedió a otros misioneros pioneros de los mares del Sur, también sufrió el martirio en su esfuerzo por llevar el cristianismo a esa región.

Chalmers era hijo de un albañil. Supo de la necesidad de las misiones de los mares

del Sur en su juventud. Esto ocurrió un domingo por la tarde en la escuela dominical, cuando su pastor leyó una conmovedora carta de un misionero que trabajaba en Fiji. Con lágrimas en los ojos preguntó el ministro a los muchachos: "¿Habrá aquí un joven que algún día vaya a proclamarles el evangelio a los caníbales?" Chalmers prometió que lo haría, pero se olvidó de su voto hasta su conversión, unos tres años después.[25]

En 1866, diez años después de haber hecho su voto misionero, Chalmers y su joven esposa, Juanita, se embarcaron para el Pacífico del Sur bajo los auspicios de la SML. Trabajaron en la isla de Rarotonga durante diez años, sitio donde había estado Juan Williams por algún tiempo. Pero Chalmers no estaba satisfecho. Tenía alma de pionero, y quería evangelizar donde nunca antes se hubiera predicado el evangelio; donde tuviera "contacto directo con los paganos". Otros podrían continuar con la obra en Rarotonga. El quería alcanzar las extensas e inexploradas regiones de Nueva Guinea, lugar donde los maestros de Rarotonga habían comenzado la obra en 1872.

En 1877 los Chalmers dejaron la relativa seguridad de Rarotonga y se establecieron en una zona de Nueva Guinea donde todavía imperaba el canibalismo de la Edad de Piedra, tal como había existido durante siglos, pues sus pobladores no habían sido alcanzados por la civilización occidental. Chalmers tuvo que enfrentarse a muchos obstáculos, y uno de ellos fue la senda de sangre dejada por los misioneros de Nueva Guinea que lo habían precedido. Sólo dos años antes de su llegada, un misionero metodista, el Reverendo Jorge Brown, acompañado de unos sesenta hombres armados entró en la selva para vengarse de Talili. Este era un cacique aborigen que había ordenado el asesinato de varios de los maestros indígenas de Fiji que trabajaban con Brown. Este tuvo sólo dos opciones: o abandonaba la obra en Nueva Guinea o le daba una lección a Talili que él y los demás caciques jamás pudieran olvidar. Se decidió por lo segundo. El historiador Graeme Kent, dijo: "Debe de haber sido una expedición grotesca. Los hombres de Dios abriéndose paso por la húmeda selva, quemando aldeas a su paso y destruyendo plantaciones de bananos que creían fueran propiedad de Talili y de sus secuaces." Talili escapó al ataque, pero sus seguidores se rindieron. Estos se comprometieron a hacer restitución a los misioneros mediante la entrega de ciertas cosas de valor, así como de los huesos de los misioneros de Fiji que habían matado. Aunque Brown ganó una victoria aparente en las selvas de Nueva Guinea, su acción generó una tormenta de controversia por todo el mundo. Algunos pedían que fuera procesado por el crimen de homicidio.[28]

Desde el principio, la actitud de Chalmers hacia la gente de Nueva Guinea fue del todo diferente. También formó parte él de una expedición punitiva dirigida por el comodoro Wilson, después del asesinato de ocho maestros indígenas. Pero iba como pacificador, llevado contra su voluntad, y con esperanzas de que su presencia ayudara a evitar derramamientos de sangre. Aunque no tuvo éxito en esta misión, su presencia sí impidió la aniquilación total de los naturales, lo cual pudo haber ocurrido.

De regreso a su puesto misionero realizó Chalmers una eficaz obra evangelística. Se entendía bien con la gente, lo que no habían podido lograr otros misioneros. Chalmers, a quien se le conocía cariñosamente como "Tamate" fue "el menos convencional de los misioneros, siendo capaz de tener amistad con todo tipo de personas y de granjearse su respeto". Les llevaba regalos a la gente y aceptaba los de ellos. Con gusto tomaba parte en sus fiestas, excepto cuando servían carne humana. En la época cuando todavía usaban los misioneros largos trajes negros y sombrero de copa, él se vestía con sencillez y se sentía a gusto entre los indígenas. Aunque le faltaba habilidad para los idiomas, él compensaba su deficiencia con manifestaciones de amor. Fue esta actitud, según Neill, la que "ganó el

corazón de Roberto Luis Stevenson y lo transformó en un firme patrocinador de su obra, aunque con ciertas reservas, pues anteriormente había sido éste enemigo de los misioneros".[27]

No obstante, la obra de los Chalmers no fue fácil, en particular para su esposa. En 1879, sólo dos años después de ir a Nueva Guinea, viajó ella a Australia para someterse a tratamiento médico, y allí murió ese mismo año. La tristeza sólo pareció motivar a Chalmers a una mayor dedicación. Prometió "enterrar su aflicción trabajando por Cristo", en reconocimiento de sacrificios semejantes hechos por los aborígenes.

El sacrificio de Chalmers dio resultado. Cinco años después de su llegada, ya no había "hornos de canibalismo, ni banquetes de carne humana, ni deseos de poseer cráneos" en la región donde trabajaba. Al contrario, los templos paganos se llenaban de gente que asistía a los servicios del evangelio, que algunas veces continuaban durante toda la noche. Los indígenas con los que trabajaba Chalmers lo amaban de verdad. Ellos no tenían a menos expresar sus sentimientos abiertamente. Después de un viaje con licencia a Inglaterra, al regresar a Nueva Guinea tuvo una entusiasta recepción: "Una anciana muy querida me echó los brazos al cuello y me besó (restregando su nariz con la mía) del modo más afectuoso. Yo me puse a la defensiva. El gesto era muy afectuoso, pero no era apropiado aproximar tanto las caras."[28]

La licencia de Chalmers para ausentarse y regresar a su patria vino después de casi veinte años en los mares del Sur. Cuando regresó a Nueva Guinea vino acompañado de su segunda esposa, pero el matrimonio no duró. Una vez más tuvo la tristeza de perder una esposa por causa de las fiebres de la selva. Y otra vez su celo para alcanzar a los perdidos aumentó con la tristeza. Siempre fue su mayor pasión llevar el evangelio a lugares nunca antes alcanzados. Pero fue esa misma pasión la que puso fin a su vida en la primavera de 1901. El y un joven colega suyo, Oliverio Tomkins, realizaban un viaje exploratorio por la costa de Nueva Guinea, en la región del río Mosca habitada por unos feroces caníbales. Los dos hombres desembarcaron. Al pasar el tiempo y ver que no regresaban, enviaron a una patrulla de rescate que volvió poco después con la triste noticia. Chalmers y Tomkins habían sido asesinados a garrotazos, sus cuerpos despedazados, cocinados y comidos antes de que llegaran los que los buscaban. Este incidente conmovió a todo el mundo cristiano, pero Chalmers siempre había estado preparado para sufrir así.

Juan Coleridge Patteson

Uno de los más exitosos misioneros en la obra del Pacífico del Sur fue Juan Coleridge Patteson (sobrino segundo del famoso poeta inglés Samuel Taylor Coleridge), pues llegó a ser el primer obispo anglicano de la Melanesia. Patteson nació en 1827 en una familia rica. Su padre, un juez distinguido, se preocupó porque su hijo obtuviera la mejor educación posible, primero en Eton y luego en Oxford. Jorge Selwyn, un obispo amigo de la familia, animó a Patteson a ingresar en el ministerio cristiano. Después de graduarse recibió la ordenación como ministro de la Iglesia Anglicana. Luego sirvió durante un año en una parroquia, antes de embarcarse en 1855 con rumbo a los mares del Sur. De nuevo la influencia del obispo Selwyn había cambiado el curso de la vida de Patteson.

Jorge Augusto Selwyn, el primer obispo anglicano de Nueva Zelanda era, como Patteson, rico y bien preparado. Había trabajado en el Pacifico del Sur por más de diez años. Necesitaba la ayuda de Patteson para supervisar su enorme diócesis, cuyo tamaño era motivo de controversia. Un error en su cédula patente le había concedido jurisdicción

sobre una zona muy extensa del Pacífico, que incluía toda la Melanesia. El protegía celosamente el territorio casi como si le perteneciera personalmente.

Desde el principio de su carrera misionera, Patteson y Selwyn trabajaron en equipo. El nombramiento de Patteson como obispo de a Melanesia, hecho posible gracias a la recomendación de Selwyn, tuvo una influencia de largo alcance. En 1856, poco después de llegar a Nueva Zelanda con Selwyn, Patteson hizo su primera gira por la Melanesia. Esto dio inicio al ministerio educativo y evangelístico de Patteson entre los melanesios. Mientras recorrían las islas en el navío de la misión (el *Southern Cross* [Cruz del Sur]), reclutaban a niños aborígenes para que viajaran con ellos hasta Nueva Zelanda y posteriormente a la isla de Norfolk a fin de ingresar en la escuela de la misión. El plan parecía extraño, pero Selwyn y Patteson estaban convencidos de que el mejor método de evangelización en los mares del Sur era separar a los muchachos de su medio con objeto de proporcionarles una buena educación. Después los enviarían de regreso a su propia gente como evangelistas y maestros. Otros misioneros habían empleado bien a los maestros autóctonos, pero en general no les habían dado una educación adecuada para que pudieran dirigir bien sus iglesias sin tener que depender de los europeos. En Nueva Zelanda, Patteson tuvo la gran responsabilidad de dirigir la escuela preparatoria. Los indígenas tenían diferentes idiomas y costumbres, y era muy difícil darle uniformidad a la escuela. Pero Patteson estaba bien preparado para esa obra. El tenía una capacidad excelente para los idiomas. En toda su carrera misionera aprendió más de veinte lenguas y dialectos de la Melanesia.

A diferencia de sus predecesores, Patteson no quería imponer cultura inglesa a los aborígenes y evitaba que éstos usaran ropa adquirieran costumbres europeas. El a menudo alababa su cultura inteligencia e insistía en que nadie los discriminara. El los describía como "amistosos y de agradable conducta". También decía, con cierto sarcasmo: "¿Qué nombre le habrían de poner a los traficantes de sándalo y de esclavos los que llaman 'salvajes' a mis amigos melanesios?"[29]

Después de enseñarles el evangelio a los niños de la Melanesia y de prepararlos como evangelistas, Patteson los devolvía a sus hogares y les ayudaba a establecerse en el ministerio. Al hacer esto, estableció buenos lazos de amistad con la gente y con los jefes, quienes pusieron toda su confianza en él. Patteson no sólo utilizaba a los jóvenes que había preparado, sino que también él mismo hacía obra de evangelista; al hacerlo, reclutaba más jóvenes para su escuela. En una ocasión tuvo más de cincuenta estudiantes provenientes de veinticuatro islas.

En la continuación de su ministerio en la Melanesia, Patteson 1 observó que la actitud de la gente hacia él estaba cambiando. Estaba perdiendo la confianza que le tenían, y no era por culpa de él. Los intereses comerciales exteriores en las islas aumentaban con rapidez. [A mediados del siglo diecinueve surgieron las plantaciones de caña de azúcar y de algodón como empresas de mucho éxito y que requerían una gran cantidad de trabajadores que pudieran resistir el calor tropical. Las plantaciones estaban mayormente en las islas Fiji y en Queensland, Australia. Esto trajo como consecuencia el desarrollo del tráfico de esclavos en el Pacífico del Sur, con más crueldad que la de los negociantes en sándalo. Según un historiador: "La escoria de la gente de la tierra vino al Pacífico en busca de dinero fácil en el tráfico de esclavos." Algunos hombres y muchachos jóvenes iban de buena voluntad, aunque engañados por los esclavizadores, pero la mayoría eran secuestrados. "Había pandillas de marineros blancos que desembarcaban y capturaban a hombres y a jóvenes que eran encañonados con sus armas." Se calcula que un total de

unos 70.000 jóvenes resultaron esclavizados. Muy pocos de éstos pudieron regresar a sus islas.[30]

Esta terrible plaga europea que se cernió sobre las islas de los mares 1 Sur fue lo que más contribuyó a la terminación del ministerio Patteson. Aunque éste condenaba esa esclavitud y no se asociaba n los traficantes, los métodos que él utilizaba hicieron que los insulares sospecharan de él. Cada vez era más difícil convencer a jóvenes de que fueran a estudiar a su escuela. Pero aunque la situación era desalentadora, Patteson continuó su intenso trabajo. abril de 1871 salió en otro recorrido por la Melanesia en el barco *Southern Cross*.

El viaje fue un fracaso desde el principio. Por dondequiera que parecía como si siguiera los pasos de los esclavizadores. Hubo algunas ocasiones felices, entre ellas una ceremonia de bautismo de más de doscientas personas en la isla de Moto, pero en los ojos de todas las personas que encontraba se reflejaba el temor. Ya no lo recibían con cariño como antes, cuando los indígenas venían a la playa y saludaban con alegría a su "obispo". Ahora vivían aterrorizados, y si deseaba saludarlos, tenía que ir a donde se escondían.

Fue el 21 de septiembre de 1871 cuando el famoso obispo anglicano hizo su última escala. En el barco estaban la tripulación, otro misionero y varios jóvenes melanesios que iban a estudiar en Norfolk. Después de la lección bíblica de la mañana, sobre el martirio de Esteban, Patteson desembarcó. Era una parada de rutina, pero él vio el peligro casi desde el momento en que llegó a la playa. Los que trataron de seguirlo al interior de la isla fueron rechazados por una lluvia de flechas. De regreso al barco, ellos esperaron con ansiedad a su líder, pero este no volvió. Al fin, José Atkin, aunque herido de gravedad, y varios muchachos indígenas decidieron ir a buscarlo. Al dirigirse a la playa, vieron a unos naturales que empujaban una canoa, al parecer vacía, hacia ellos por el agua. Cuando llegaron a la canoa encontraron el cuerpo de Patteson, con cinco heridas y cubierto con una hoja de palma, con cinco nudos. Esto significaba que le habían quitado la vida a Patteson, en venganza por cinco de sus hombres que habían sido capturados por los esclavizadores. A pesar del odio general que había por los esclavizadores, muchos de los insulares estaban aterrados por la muerte de este hombre, que era bueno y bondadoso. Por esa razón habían lavado el cadáver y lo habían devuelto al barco. El cuerpo de Patteson fue sepultado en el mar. Poco después, José Atkin y otro indígena cristiano murieron por causa de las heridas recibidas.

La muerte de Patteson puso la atención del mundo en el despreciable negocio de los esclavizadores y, al fin, ayudó a su erradicación. También por ella muchos jóvenes dedicaron su vida a la obra misionera en los mares del Sur. Pero todo lo que se ganó no disminuyó la trágica pérdida para los pobladores de las islas. La pérdida del mejor amigo y apoyo que jamás hubieran tenido. Un hombre que había renunciado a la felicidad de la vida familiar y del matrimonio, y que había sacrificado sus riquezas para llevar a los habitantes de las islas la salvación por la fe en Jesucristo.

Florencia Young

Es irónico que el tráfico de esclavos haya sido el medio de introducir el cristianismo a partes de las islas Salomón. Mientras algunos misioneros, como Juan Coleridge Patteson, lucharon contra el tráfico humano, otros, como Florencia Young, parecían aceptarlo y trabajar dentro de ese sistema. La señorita Young fue la primera que manifestó en público su interés por el bienestar espiritual de los trabajadores de las plantaciones de los mares del Sur. Sus hermanos eran los dueños de Fairymead, una

plantación grande de caña de azúcar en Queensland. Su visita a la plantación cambió para siempre el curso de su vida. No se sabe si sus hermanos estaban implicados en el tráfico de esclavos, pues algunos dueños de plantaciones contrataban trabajadores por medios legítimos. Pero lo que está claro es que Florencia quería trabajar dentro del sistema para llevar el evangelio a los desafortunados trabajadores.

La señorita Young era miembro de los Hermanos de Plymouth. Había estudiado la Biblia desde su niñez y estaba bien preparada para el ministerio de la enseñanza. En 1882 comenzó con una clase de diez hombres, pero pronto tenía ochenta en su clase dominical. Todas las noches venían unos cuarenta estudiantes. Los resultado fueron mayores de lo que ella se había imaginado. El trabajo del corte de caña bajo el ardiente sol era mortal, en sentido literal, pues muchos trabajadores morían de agotamiento. Uno de ellos fue Jaimito, su primer creyente. Sin embargo, ellos sacrificaban sus preciosas horas de descanso para ir a escuchar la predicación del evangelio.

El éxito del ministerio de la señorita Young en Fairymead la animó a extenderlo a otras plantaciones de Queensland. Allí unos diez mil trabajadores vivían en condiciones semejantes o peores. Una donación en dinero de Jorge Müller (también de los Hermanos de Plymouth) fue el estímulo que ella necesitaba para la Misión Kanaka de Queensland. ("Kanaka" era el nombre que se le daba a los trabajadores importados.) Consiguió la ayuda de un misionero y mandó una carta circular a todos los dueños de plantaciones de su distrito. Al acercarse el fin del siglo, gracias a la obra de diecinueve misioneros, millares de estudiantes se habían matriculado en las clases. Varios de ellos llevaron el mensaje del evangelio al regresar a su propia gente.

En 1890 Florencia se había sentido llamada a la obra misionera en China, y había salido para servir en la Misión del Interior de la China. Ella volvió a los mares del Sur en 1900, a dirigir la obra de la misión en una fase diferente del ministerio. Se habían promulgado leyes que prohibían la esclavitud y el trabajo forzado y, en 1906, la mayoría de los insulares ya habían regresado a sus hogares; pero este no fue el fin de la obra. Era necesario continuar la obra, y Florencia y otros misioneros fueron a las islas Salomón. Allí trabajaron con los creyentes que acababan de regresar y establecieron varias iglesias.

En 1907 la misión cambió su nombre al de Misión Evangélica de " los Mares del Sur. Dos sobrinos y una sobrina de la señorita Young — Northcote, Norma y Catalina Deck — tomaron parte activa en la obra. Con el correr de los años, otros diez parientes de ella fueron misioneros en las islas Salomón. Allí se estableció un cristianismo evangélico vibrante que todavía sigue desarrollándose en la actualidad.

PARTE III

La participación va en aumento

Al concluir el siglo diecinueve ocurrían en el mundo profundos cambios. Llegaba a su conclusión el "siglo europeo de la historia universal"[1]. Ya había quienes resistían y desafiaban al colonialismo y al imperialismo que habían sido desencadenados por las potencias occidentales. La era de relativa paz del mundo llegaba a un fin abrupto. En el amanecer del siglo veinte se percibía una atmósfera de guerra en Asia. En 1904 Rusia y Japón ya se enfrentaban en un conflicto armado. El resultado fue la victoria del Japón y, por extensión, del Asia. Las naciones occidentales ya no podrían pensar que eran las únicas potencias militares en un mundo que iba creciendo aceleradamente.

La verdadera ruptura de la estabilidad internacional se presentó una década más tarde durante la Primera Guerra Mundial. Muchos entraron en la guerra "para asegurar el triunfo de la democracia en R el mundo", pero ese propósito ¸no se logró ni entonces ni en la Segunda Guerra Mundial. El fermento revolucionario del siglo diecinueve no se había desvanecido. La revolución bolchevique de 1917 fue sólo una manifestación de tal descontento. Pero fue de mucha importancia. Cada día más personas buscaban una solución política a los problemas mundiales, aunque fuera con la destrucción violenta de las estructuras sociales existentes, incluyendo entre ellas a la religión.

Un sentimiento antioccidental se propagaba por muchos países del Tercer Mundo. Surgía el nacionalismo, que aspiraba a lograr la dependencia. Los representantes de la cultura occidental, aunque poseían una tecnología y programas sociales más avanzados, eran tos como cómplices de los explotadores. Se consideraba al hombre blanco como alguien que era al mismo tiempo "liberador y destructor según Neill —, y también llegaba a considerarse al misionero a la como amigo y enemigo".[2]

La propia sociedad occidental atravesaba por considerables cambios sociales. A fines del siglo diecinueve existía en Estados Unidos un creciente descontento entre los campesinos y los obreros. En las ciudades los sindicatos de trabajadores iban en aumento, y las huelgas eran numerosas y violentas. El movimiento progresista era el medio de expresión de las preocupaciones sociales de la clase media. Este produjo varias reformas legislativas, entre otras, las leyes contra los monopolios, la prohibición del trabajo de los menores y las leyes para proteger a los obreros industriales. En el campo religioso ganaba terreno el evangelio social. Muchos clérigos ya no hacían hincapié en la relación personal del individuo con Dios, sino en las necesidades sociales presentes de toda la humanidad.

Una de las mayores preocupaciones sociales de fines del siglo diecinueve y de principios del veinte fue la de los derechos de la mujer. El movimiento en pro del sufragio femenino, que había comenzado varias décadas antes, llegó a su cumbre en Estados Unidos con la aprobación en 1920 de la decimonovena enmienda a la constitución. Pero el movimiento feminista pedía mucho más que el derecho al voto. La Primera Guerra Mundial había dejado un vacío en la fuerza laboral. Las mujeres de entonces, más que nunca antes, se sumaban en grandes cantidades a los centros de trabajo. Al concluir la guerra, las jóvenes comenzaron a soñar con carreras profesionales y se matricularon en las universidades en números crecientes.

Esta nueva liberación de la mujer tuvo también su efecto en las misiones. Como en las demás profesiones, las mujeres ingresaban en este campo en gran número. A principios del siglo diecinueve sólo había misioneros varones. Muchos de ellos tenían

esposas que servían con fidelidad a su lado, pero no eran consideradas misioneras. Al terminar el siglo, no obstante, la situación era muy diferente. Muchas mujeres solteras habían entrado al servicio misionero, y las casadas asumían papeles más activos. Las misiones ya no eran una profesión sólo para varones.

Los cambios sociales vinieron acompañados de cambios intelectuales, especialmente en las esferas de la filosofía y de la religión. A principios del siglo veinte, el liberalismo teológico, bien prominente en Alemania, ya tenía muchos seguidores en Norteamérica. La alta crítica, basada en el racionalismo y en el método científico, estaba en boga. Parte del cristianismo tradicional había sido despojado de sus creencias fundamentales. Roberto Linder dice:

> En esencia, se despojó al cristianismo de sus elementos sobrenaturales, sobre todo el de los milagros y el de la deidad de Cristo. La nueva crítica enseñaba lo que consideraba fueran las virtudes esenciales cristianas, a saber, la paternidad de Dios, la fraternidad de los hombres y la necesidad de convivir con amor. La Biblia, que, en las iglesias protestantes siempre había sido la autoridad en asuntos de fe y práctica, ya no era considerada como digna de confianza, pues decían que estaba plagada de errores y de contradicciones. Los estudios críticos parecían haber socavado la autoridad de las Escrituras.[3]

Tuvo todo esto un efecto profundo en las misiones. Casi el ciento por ciento de los misioneros evangélicos del siglo diecinueve defendía la interpretación literal de la Biblia. Defendían con ahínco las doctrinas fundamentales de la fe. Pero, a fines del siglo, el título de misionero no garantizaba su ortodoxia en sus creencias cristianas. La teoría de Darwin sobre la evolución y el evangelio social ya habían hecho irrupción en el campo misionero. Por fortuna, muy pocos liberales en teología querían ser misioneros y, por eso, la mayoría de los que iban al campo misionero eran evangélicos fundamentalistas.

Esta tendencia al liberalismo teológico existente en Norteamérica y en otros países se vio desafiada por la neoortodoxia, que según muchos, constituía la respuesta. Karl Barth en Alemania y el teólogo estadounidense Reinhold Neibuhr se granjearon el respeto de los intelectuales protestantes mediante su labor docente en el campo universitario y las obras que publicaron. Abogaban estos por una avenencia entre la vieja ortodoxia y el nuevo liberalismo. No obstante, la reacción contra esta última tendencia en Norteamérica fue más conservadora. La neoortodoxia tuvo una amplia aceptación, pero el más prominente rival del liberalismo teológico fue el fundamentalismo. Linder dice: "Durante casi una generación, los cristianos libraron una batalla agotadora por la mente y el alma de los creyentes norteamericanos. Cuando se disipó el humo de la batalla, todas las denominaciones principales se habían visto afectadas y algunas quedaron divididas."[4]

En parte por reacción a esta tendencia, surgió otra nueva clase de misioneros, no muy diferentes de los anteriores, pero sí muy decididos a mantener pura la fe y a confiar sólo en Dios para la satisfacción de sus necesidades. La mayoría eran graduados de institutos bíblicos y de universidades evangélicas. Estos fundaron y llenaron las filas de las nuevas sociedades misioneras "sostenidas por fe" que aparecieron a fines del siglo diecinueve y principios del veinte. A diferencia de un escaso número de sus predecesores, evangelizaban a cristianos "nominales" en zonas del mundo que ya se consideraban

evangelizadas, como Latinoamérica y Europa.

Uno de los cambios más importantes en las misiones protestantes de la primera mitad del siglo veinte tuvo que ver con la nacionalidad de los misioneros. Al comenzar el siglo veinte, la base de operaciones de las misiones pasó de Inglaterra a Norteamérica. Estados Unidos ocupó el primer lugar en cuanto a la cantidad de misioneros enviados, aunque seguían saliendo millares de misioneros de Europa, de Australia, de Nueva Zelanda y de los países escandinavos. (Noruega y Finlandia enviaron una gran cantidad debido a su numerosa población evangélica.).

De modo que para mediados del siglo veinte, Estados Unidos se había convertido en el mayor "enviador" de misioneros del mundo. ¿Quiénes eran estos misioneros y por qué estaban dispuestos a renunciar a las comodidades de la nación más libre y próspera de la tierra? Su imagen había cambiado en algunos aspectos importantes. Se diferenciaban de sus predecesores en que había muchas misioneras; los misioneros eran mejor educados, con opiniones teológicas más fuertes, algunos liberales con educación universitaria, otros devotos fundamentalistas y los más entre estos dos extremos. Eran infatigables individualistas, cuya espiritualidad había recibido el influjo de varios avivamientos e iban impulsados por un espíritu de pioneros. Sus colegas ingleses los consideraban poco juiciosos. Pero fueron los norteamericanos los que, en gran medida, hicieron que las misiones entraran en la era moderna. Estos vieron la gran necesidad de la especialización de sus habilidades, de la utilización de las técnicas modernas de comunicación y del diálogo intercultural eficaz.

Cualquier descripción del aumento de la participación en las misiones del siglo veinte debe tener en cuenta el surgimiento del pentecostalismo. El movimiento pentecostal nació de la convicción de que la Iglesia de la actualidad necesita el mismo poder característico de la Iglesia primitiva para realizar su comisión de evangelizar el mundo. Los movimientos de santidad y de avivamiento de fines del siglo diecinueve pusieron de relieve la importancia del Espíritu Santo y de su obra en el creyente.

Sin embargo, cuando Dios comenzó a derramar su Espíritu ene varias partes del mundo, no todos vieron eso como respuesta a sus; oraciones. Centenares de ministros y laicos fueron expulsados de sus iglesias después de tener esta experiencia pentecostal. Pero el' movimiento se extendió a pesar de la persecución. Su énfasis en el "evangelio completo" incluía la salvación por la obra redentora de Jesucristo, la sanidad en respuesta a la oración, el bautismo del Espíritu Santo y su obra en el mundo moderno, y el pronto regreso del Señor.

Hubo problemas, como siempre los ha habido en los movimientos de avivamiento, con el fanatismo, las enseñanzas falsas y el conflicto doctrinal entre los que habían tenido diferentes trasfondos denominacionales. Al principio los pentecostales reaccionaron a su rechazo por las iglesias establecidas con un desprecio de la organización eclesiástica. Ellos constituían un ¨movimiento" y nunca tuvieron la intención de formar una denominación. Pero al fin vieron la necesidad de organizarse para mantener los principios bíblicos de fe y conducta, enviar misioneros y sustentarlos, proveer literatura cristiana y establecer institutos bíblicos. Del esfuerzo por satisfacer tales necesidades se formaron varias denominaciones.

CAPITULO 9

Las misioneras solteras: "Respondiendo al llamado de Dios"

Desde la antigüedad las mujeres han contribuido a la causa de la evangelización mundial. Desde la Iglesia primitiva del Nuevo Testamento, pasando por la Edad Media, hasta llegar al período de las misiones modernas, las mujeres han prestado un notable servicio. Las esposas de los moravos en particular sobresalen por su dedicación a la obra misionera. También las esposas de otros misioneros como Adonirán Judson y Hudson Taylor. Pero hubo también esposas que fueron a las misiones sin querer, como el caso de Dorotea Carey. Nunca se sabrá cuántas esposas de misioneros sirvieron con fidelidad, a pesar de que no hicieron lo que en realidad les hubiera gustado hacer. Edith Buxton, en su libro *Reluctant Missionary* [Misionera contra su voluntad], cuenta sus luchas y su infelicidad como misionera antes de recibir la confirmación espiritual de que el campo misionero era la voluntad de Dios para su vida.

Pearl Buck escribe acerca de los muchos años de descontento que pasó su madre, como esposa de un misionero en China, antes de conformarse con su suerte. Pero, ¿cuántas otras esposas hubo que nunca recibieron paz y satisfacción en su trabajo y vivieron con el anhelo insatisfecho de servir al Señor de otra manera?

Si había algunas misioneras casadas que resentían en secreto su posición en la vida, había incontables solteras que creían que el campo misionero era precisamente donde Dios las quería. Se sentían impulsadas a ir a satisfacer las grandes necesidades que se presentaban en el extranjero. Las casadas, con sus deberes caseros y niños que cuidar, no podían llevar toda la carga. R. Pierce Beaver dice: "Ellas consideraban las posibilidades de lo que la obra de una mujer podría lograr entre mujeres y niños, pero querían colegas que tuvieran más libertad para dedicarse del todo a esa actividad."[1] Algunos hombres también veían la necesidad de que hubiera misioneras solteras, pero la opinión general durante la mayor parte del siglo diecinueve se oponía a esa idea. No obstante, después de 1820, las solteras empezaron a viajar al extranjero como misioneras.

La primera misionera soltera de Estados Unidos (que no fuera viuda) fue Betsy Stockton, una mujer de la raza negra, que había sido esclava. Betsy fue a Hawai en 1823, pues creía que Dios la había llamado al servicio misionero en ese lugar. Hizo solicitud de ingreso al Comité Norteamericano y los directores decidieron enviarla; pero sólo como sirviente doméstica de otra pareja de misioneros. A pesar de su posición inferior, se la consideró "con capacidad para enseñar" y le permitieron que dirigiera una escuela. Unos años después, como respuesta a la necesidad de una maestra soltera, Cynthia Farrar, de Nueva Hampshire, fue a Bombay donde sirvió fielmente durante treinta y cuatro años en la Misión de Marathi.

Aunque en las primeras décadas del siglo diecinueve un escaso número de solteras recibieron el apoyo de comités misioneros establecidos, la discriminación que afrontaron creó un nuevo concepto de apoyo a misioneras a países extranjeros: la "agencia femenina". La idea de una organización separada para mujeres surgió, por primera vez, en Inglaterra; pero pronto se hizo popular en Estados Unidos. Para 1900 ya había más de cuarenta sociedades misioneras de mujeres, en Estados Unidos solamente. Debido en mucho a las "agencias femeninas", la cantidad de misioneras solteras aumentó con

rapidez. Durante la primera década del siglo veinte las mujeres, por primera vez en la historia, fueron más numerosas que los hombres en las misiones protestantes; en algunas zonas en mayor proporción que en otras. En la provincia china de Shantang, por ejemplo, las estadísticas de 1910 de los bautistas y de los presbiterianos muestran que había setenta y nueve mujeres y cuarenta y seis hombres. En las décadas siguientes la proporción de misioneras solteras siguió en aumento, hasta que las mujeres, en algunas zonas, sobrepasaron a los hombres 2:1 (las solteras y las casadas constituían aproximadamente dos terceras partes, la restante estaba formada por los misioneros varones casados).

En su libro clásico sobre misiones, *Western Women in Eastern Lands* [Mujeres occidentales en países orientales), publicado en 1910, Elena Barret Montgomery escribió sobre el gran progreso de las mujeres en el evangelismo mundial:

> Esta es verdaderamente una historia maravillosa... Comenzamos siendo débiles, ahora somos poderosas. En 1861 había una sola misionera soltera en Birmania, la señorita Marston; en 1909, ya sumábamos 4.710 solteras en el campo misionero, 1.948 de nosotras provenientes de Estados Unidos. En 1861 había una sola sociedad de mujeres organizada en Estados Unidos; en 1910 ya se contaba con cuarenta y cuatro. El siglo pasado los patrocinadores eran algunos centenares; hoy día hay por lo menos dos millones. Entonces la cantidad contribuida fue de $2.000 dólares; el año pasado (1909) se recaudaron 4.000.000 de dólares. El desarrollo en el campo misionero ha sido tan notable como en los países de origen de los misioneros. Se comenzó con una sola maestra; al comenzar el año del jubileo hay 800 maestras, 140 médicas, 380 evangelistas, 79 enfermeras, 5.783 maestras de Biblia y auxiliares autóctonas. Entre las 2.100 escuelas hay 260 internados y escuelas secundarias. Hay 75 hospitales y 78 dispensarios... Este es un logro del que pueden estar orgullosas las mujeres. Pero es solo una débil indicación de lo que ellas pueden hacer y harán cuando el movimiento adquiera más fuerza.[2]

Pero, ¿por qué tantas solteras? ¿Qué las motivaría a dejar la seguridad de sus familias y países para llevar una vida solitaria con dificultades y sacrificios? Las misiones atraían a las mujeres por una variedad de razones. Una de las más obvias es que había en su patria pocas oportunidades de participar en un ministerio al que pudieran dedicarle las mujeres todo su tiempo. Se consideraba que el ministerio cristiano era una profesión para hombres. Algunas mujeres del siglo diecinueve, tales como Catalina Booth, entraron a este campo de dominio masculino, pero con oposición. Catalina, que era una erudita en materia bíblica, escribió: "Ojalá que los ministros de la religión estudiaran los documentos originales de la Palabra de Dios para descubrir si . . . Dios en realidad quería que las mujeres enterraran sus dones y talentos, como lo hacen ahora, en cuanto a los intereses de su iglesia." Otras mujeres optaron por dedicarse al trabajo seglar. Florencia Nightingale, más que todo, quería servir a Dios en un ministerio cristiano, pero no había oportunidades. "Yo estaba dispuesta a darle a ella (la iglesia) la cabeza, el corazón, una mano.. . Pero no los aceptó."[3] De modo que el campo misionero, lejos de la intocable jerarquía eclesiástica, se convirtió en un escape para las mujeres que buscaban servir a Dios.

Al llegar al campo misionero, las solteras tenían oportunidades únicas de

ministerio que no tenían los hombres. En algunos lugares del mundo fue sólo por la obra de las mujeres que el evangelio penetró las barreras culturales y religiosas. (Cabe anotar también que en otras partes hasta después que se alcanzó a los hombres con el evangelio la obra entre las mujeres tuvo muy poco impacto.) Las solteras estaban libres de las responsabilidades familiares que distraían tanto del ministerio a sus colegas casados. Con referencia a esa libertad, H. A. Tupper, secretario del Comité Misionero de los Bautistas del Sur, escribió a Lottie Moon en 1879: "Calculo que una misionera soltera en China vale por dos misioneros casados.'" Pero con esa libertad a menudo venían también la soledad y la depresión, males de los que pocas misioneras solteras pudieron escaparse por completo.

Las mujeres se destacaron en casi todas las esferas de la obra misionera, pero su pericia influyó de modo especial en los campos de la medicina, la educación y la traducción de la Biblia. Los hospitales y las facultades de medicina estaban entre sus logros, entre ellas una de las facultades de medicina que descolla entre las mejores, la cual es administrada por la Misión de Vellore en la India. Establecían escuelas por todo el mundo, como una universidad de ocho mil estudiantes en Seúl, Corea. Por primera vez se produjo la Escritura en centenares de idiomas de grupos diferentes, como resultado del trabajo persistente de las mujeres. Si hay alguna generalización que se pueda hacer sobre las misioneras solteras y sus ministerios, es quizá su inclinación a las obras pioneras difíciles. "Cuanto más difícil y peligrosa sea la obra — escribe Heriberto Kane —, tanto mayor será la proporción de mujeres a hombres."[5]

Otro aspecto característico de las misioneras se relaciona no tanto con su ministerio en particular, sino con el valor que uno le atribuya a ese ministerio. Las mujeres, en general, encontraban más fácil la admisión de sus debilidades y vulnerabilidad y presentaban un cuadro más real de su vida como misioneras. El examen de conciencia honrado y la admisión de faltas y fracasos ha sacado a luz una profesión a menudo rodeada de mitos. Así que gente como Lottie Moon, Maude Cary y Elena Roseveare ofrecen una imagen más clara de las realidades de las misiones modernas.

Carlota (Lottie) Diggs Moon

Si el llamado divino, el espíritu aventurero y el impulso feminista fueron algunos de los factores que influyeron en el aumento de las misioneras solteras, esos fueron los verdaderos ingredientes que se combinaron para lanzar a Lottie Moon a una vida de servicio misionero fructífero. Pero Lottie fue mucho más que una exitosa misionera en el norte de China. Aunque no fue la primera soltera que ingresara en las filas de las misiones, fue una de las primeras activistas entre las misioneras y una de las más prominentes. Tuvo un enorme impacto sobre las misiones, en particular las de los Bautistas del Sur.

Lottie Moon nació en 1840 en una antigua familia de Virginia del condado de Albemarle. Creció en Viewmont, una plantación de tabaco, cerca de las casas de tres presidentes norteamericanos. Era una de siete hijos, todos los cuales recibieron la profunda influencia de la fe firme, la ambición y la independencia de su madre, que había enviudado en 1852. Tomás, el hijo mayor, llegó a ser un respetable médico, pero fueron las mujeres de la familia las que sobresalieron más. Orianna, médica también (se dice que fue la primera médica al sur de la línea Mason-Dixon), sirvió como médica misionera entre los árabes de Palestina hasta que estalló la Guerra Civil de Estados Unidos. Entonces volvió a su patria para servir como médica del ejército confederado. Edmonia, la menor de las siete, fue una de las primeras dos misioneras solteras que recibieron el apoyo de la

Convención Bautista del Sur. Pero fue Lottie la que verdaderamente le dio lustre al apellido Moon.

Lottie, como sus hermanos, recibió una esmerada educación. Durante su vida universitaria se rebeló contra su estricta crianza bautista. Su vida, no obstante, cambió durante un avivamiento en la universidad: "Fui al culto a burlarme, pero volví a mi cuarto y me quedé orando toda la noche." Después de la universidad volvió a su casa a fin de ayudar a administrar Viewmont.

Terminada la Guerra Civil, Lottie ejerció el magisterio, pero anhelaba un ministerio cristiano y una vida de aventuras que superase las que le ofrecía su escuelita de Cartersville, Georgia. A diferencia de muchas otras mujeres, ella no se sentía intimidada por la discriminación de su sexo. Las mujeres de su familia, de carácter fuerte, quienes se habían desempeñado como médicas, ejecutivas y espías, "demostraron bien — según Hyatt — lo que son capaces de hacer las mujeres decididas".[6] En 1872 Edmonia salió para China, y en 1873 Lottie la siguió.

Algunos creen que Lottie comenzó su carrera misionera como una mera seguidora, pero pronto demostró su independencia y consagración a las misiones, aparte del llamado de su hermana. Edmonia, que todavía no había cumplido los veinte años cuando se embarcó para China, no pudo soportar las presiones de la vida misionera en Chengcheu. Además de los males físicos, sufría de ataques de epilepsia y, según sus colaboradores, hacía "cosas raras y sin sentido" y era "una carga" para la comunidad misionera. Aun Lottie se exasperaba por su conducta "inútil". Al fin, en 1877, después de cuatro años en China, Edmonia regresó a Virginia. Aunque su partida libró a Lottie de la molestia de ser la enfermera de su hermana y le permitió participar activamente en la obra misionera, también la hundió en un período de depresión. Ella escribió a su comité misionero en Estados Unidos:

> Me aburro demasiado, más que todo por estar sola. Mi propia compañía no me parece ni agradable ni edificante.. . En realidad, creo que unos pocos inviernos más como el que acaba de pasar terminarán conmigo. Esto no es un chiste, hablo en serio.[7]

La soledad, sin embargo, no fue el único factor frustrante en el ministerio de Lottie en China. Su antiguo novio, Crawford Toy, capellán del Ejército Confederado, quien la había enamorado cuando ella vivía en Viewmont después de la guerra, había entrado a su vida de nuevo. Ahora él era profesor en un seminario bautista de Carolina del Sur; le proponía matrimonio y que se fueran de misioneros al Japón. Muchas solteras solitarias hubieran aceptado pronto esta oferta, pero Lottie, a disgusto suyo, se vio forzada a rechazarla. Aunque le gustaba la posibilidad de ir al Japón, por su insatisfacción con la situación en China, tenía otros asuntos más importantes en consideración. Toy, "bajo la influencia de las nuevas ideas de los intelectuales alemanes", apoyaba la teoría darviniana de la evolución. Esta opinión ya le había causado controversias dentro de la Convención Bautista del Sur. Lottie conocía la situación y, después de leer todo lo que había disponible sobre el tema, sacó en conclusión que la evolución era una "posición sin apoyo" y un asunto lo suficientemente serio como para desistir de su matrimonio con Toy. Años después, cuando le preguntaron si había estado enamorada alguna vez, respondió: "Sí, pero Dios ocupaba el primer lugar en mi vida y, como los dos estaban en conflicto, no quedaba duda sobre el resultado." Toy llegó a ser profesor de hebreo e idiomas semíticos

en la Universidad de Harvard; Lottie, en sus propias palabras, "siguió laborando de la manera que acostumbraba".[8]

La obra de Lottie en China durante los años que siguieron a la propuesta matrimonial de Toy fueron monótonos. Su idea romántica de la obra misionera ya se había desvanecido hacía mucho tiempo. Como era una señorita distinguida y bien educada, le era difícil identificarse con el pueblo chino. Como maestra se le hacía casi imposible penetrar la mente "rústica" de los chinos. ¿Había renunciado ella, en realidad, a su progresista escuela de Cartersville, Georgia, por esto? Había ido a China para "alcanzar a millones" como evangelista. En cambio, se encontraba encadenada a una escuela de cuarenta muchachas "indisciplinadas". Afirmaba ella que el relegar a las mujeres a tales oficios era "la mayor necedad de las misiones modernas". Escribió: "Podemos imaginar el aburrimiento y disgusto mortales, el sentido de desperdicio de la capacidad, y la convicción de que la vida es un fracaso que siente una mujer cuando, en vez de las extensas actividades que tenía en sus planes, se encuentra atada al trabajito de enseñar a unas pocas niñas. Lo que quieren las mujeres que vienen a China es la libertad para hacer el trabajo más grande posible... Lo que las mujeres tienen derecho a demandar es una igualdad cabal."[9]

Tal opinión la ponía en una posición radical como misionera. Lo más atrevido de los comentarios de Lottie era que no aparecían en cartas personales, sino en artículos publicados en revistas misioneras. Hubo una reacción inmediata, en particular de los que consideraban tales señales de liberación femenina como "repulsivas". Una de sus colegas, la esposa de Arturo Smith, un misionero congregacionalista de China, sugirió que Lottie estaba loca al difundir tal "movimiento ilegal por toda la misión". La señora Smith argüía que el papel apropiado de la misionera era dedicarse con "devoción y temblor" a sus propios hijos.[10]

Como Lottie no tenía hijos, no había manera de que se pudiera adaptar al concepto de la señora Smith. Había muchos obstáculos que le impedían extender su ministerio para satisfacer su propia idea de realización personal. Sabía que su ministerio causaría controversias. También sabía que había muchos peligros para una misionera que viviera en China fuera de la comunidad misionera; en especial si se tenía en cuenta el siempre presente odio a los extranjeros. No obstante, comenzó a visitar las aldeas. En 1885, sacó en conclusión que su ministerio sería más eficaz si se trasladaba a Ping-tu y comenzaba sola una obra nueva allí. Además de su deseo de dedicarse del todo a la obra evangelística, ella quería escapar a la dirección opresiva del director de la misión, T. P. Crawford. Su filosofía de las misiones no permitía escuelas misioneras, de modo que el ministerio educativo de Lottie se veía en peligro. Su modo dictatorial de tratar a los otros misioneros había aislado aun a su propia esposa. Además, Lottie temía que bajo la autoridad de él las misioneras podrían quedar relegadas a la posición de las misioneras presbiterianas, que no tenían voto en su misión. Ella amenazó con renunciar, precisamente por este asunto. Escribió: "La simple justicia exige que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres en las reuniones misioneras y en la conducción de la obra." Antes de irse a Ping-tu, Lottie escribió al comité misionero para criticar con severidad a Crawford y su nuevo plan de funcionamiento que incluía el cierre de las escuelas y la "regulación de los salarios de los misioneros". Ella concluyó con este fino comentario: "¡Si eso es libertad, prefiero la esclavitud! [11]

Los serios comentarios de Lottie, hay que recordar, no eran de una adolescente que luchara con la incongruencia de la libertad y la autoridad en la vida. Tenía cuarenta y

cuatro años de edad, y doce años de experiencia como misionera en China. Con justicia se resentía por la falta de libre albedrío que se le permitía a las mujeres. Pero su traslado a Ping-tu no solucionó todos sus problemas. El evangelismo pionero era una obra muy difícil. Mientras caminaba por las estrechas calles de la aldea, le gritaban "demonio". Con paciencia fue haciendo amigas y aun así era difícil ganarlas para el cristianismo sin alcanzar primero a los hombres.

En 1887 se le presentó a Lottie la primera oportunidad para evangelizar a hombres. Tres extraños de una aldea cercana llegaron a su puerta en Ping-tu. Habían oído lo que rumoraban las mujeres acerca de la "nueva doctrina", y estaban ansiosos de que Lottie les contara más. Ella visitó su aldea. Allí encontró "algo que nunca antes he visto en China. ¡Que afán por aprender! ¡Y que deseo tan grande por lo espiritual!" Estaba tan emocionada que canceló los planes que tenía de salir con licencia para Estados Unidos. Entonces llamó a Martha Crawford, la esposa del director de la misión, para que fuera a ayudarla. Sus esfuerzos fueron bien recompensados. Escribió Lottie: "Por cierto, no puede haber gozo más profundo que el de ganar almas." A pesar de la oposición local, estableció una iglesia. En 1889 un misionero bautista ordenado realizó los primeros bautismos. La iglesia tuvo un crecimiento progresivo. Antes de veinte años, bajo la norma de Lottie de mantener "el movimiento tan libre de interferencia extranjera como fuera posible", el pastor chino, Li Shou Ting, había bautizado más de mil convertidos. Ping-tu había llegado a ser "el mayor centro evangelístico . . . de toda China"[12] de la Misión Bautista.

Entre 1890 y su muerte en 1912, Lottie vivía parte del año en las aldeas haciendo obra de evangelista y la otra parte en Chengcheu. Allí preparaba nuevos misioneros, aconsejaba a las mujeres chinas y disfrutaba de la lectura de libros y revistas. También siguió escribiendo, lo cual le dio gran influencia en la Convención Bautista del Sur. Aunque regresaba con licencia a su patria y hablaba a auditorios numerosos, fue su pluma la que más que ninguna otra cosa conmovió el corazón de las mujeres.

La mayor parte de lo que Lottie escribía iba dirigido a las mujeres bautistas para pedir más apoyo a las misiones. A veces se dirigía con palabras fuertes a los hombres también: "Es raro que un millón de bautistas del Sur sólo puedan enviar tres hombres a toda China. Me extraña que con quinientos predicadores en el estado de Virginia, tengamos que pedir a un presbiteriano que nos predique aquí. Me pregunto cómo aparecerá todo esto en el cielo. En China todo eso parece muy extraño..." Si los hombres no iban al rescate de la obra misionera, ¿cómo se podría salvar la obra? Lottie vio la solución en el ejemplo dado por la Iglesia Metodista del Sur. La obra misionera de esa denominación en China casi perece antes de su rescate por "el reclutamiento de mujeres". Y si las mujeres metodistas pudieron salvar su programa misionero, ¿por qué no podrían hacer otro tanto las mujeres bautistas?[13]

Para apoyar su solicitud con algo específico, Lottie pidió una semana de oración. También sugirió la recolección especial de una ofrenda de Navidad, administrada únicamente por mujeres y para usarla sólo en las misiones. También hizo un llamado a "mujeres sanas y vigorosas" para tomar los lugares dejados vacantes por los hombres. La respuesta fue inmediata. Parecía que las mujeres estaban ansiosas de participar. Según Hyatt, la primera ofrenda de Navidad de 1888 "sobrepasó en mil dólares la meta; suficiente para enviar tres señoritas, en vez de dos". Lottie comentó entusiasmada: "Lo que espero ver es un grupo de mujeres cristianas, con experiencia, fervor y entusiasmo en una línea de misiones que vaya de Ping-tu en el norte hasta Chinkiang en el sur. . . Una oleada de entusiasmo por la obra de las mujeres, pues a las mujeres hay que animarlas.[14]

En los años siguientes la ofrenda de Navidad fue en aumento. Más mujeres solteras iban a servir en China. Pero los primeros años del siglo veinte, después de la rebelión de los Bóxers (durante la cual Lottie fue trasladada al Japón) fueron devastadores para China. Las epidemias de cólera y de viruela, seguidas del hambre y de una rebelión local en 1911 fueron las causas de la muerte por inanición de mucha gente en Chengcheu. Lottie organizó un servicio de auxilio, y pidió fondos de Estados Unidos, pero el comité, que no podía satisfacer otras obligaciones económicas, le negó la ayuda. Lottie contribuyó con su dinero y dio toda la ayuda que una persona puede dar; pero sus esfuerzos parecían muy pequeños frente a una tragedia tan grande. Al sacar de su cuenta bancaria lo último que le quedaba, Lottie entró en un período de profunda depresión nerviosa. Dejó de comer y su salud mental y física se fue deteriorando. Enviaron un médico que descubrió que ella estaba muriendo de inanición. Con la esperanza de salvarle la vida, sus colegas quisieron mandarla a Estados Unidos en compañía de una enfermera, pero ya era demasiado tarde. Lottie murió en el barco mientras estaba en el puerto de Kobe, Japón, en la Nochebuena de 1912, una semana después de cumplir los setenta y dos años de edad.

Lo que Lottie no pudo realizar en vida lo consiguió después de muerta. La ofrenda de Navidad "Lottie Moon" aumentó, y la historia de su vida se ha seguido relatando vez tras vez. En 1925 la ofrenda pasaba de 300.000 dólares. En años recientes se han recogido más de 20.000.000 cada año para las misiones Bautistas del Sur en memoria de Lottie Moon. Para las mujeres bautistas, Lottie se ha convertido en un símbolo de lo que ellas mismas podrían realizar para Dios. Sentó ella un ejemplo deslumbrante para las mujeres cristianas y para la igualdad de la mujer. El mayor elogio póstumo de que fue objeto apareció en la Revista Misionera, donde escribieron que ella había sido "el mejor . . . de nuestros misioneros".[15]

Amy Carmichael

Lo que fue Lottie Moon para las mujeres bautistas del Sur en Estados Unidos, lo fue Amy Carmichael para las mujeres evangélicas de todas las denominaciones en el Reino Unido. Sus treinta y cinco libros, que narraban sus experiencias de cincuenta y cinco años en la India la convirtieron en una de las misioneras más queridas de todos los tiempos. Su humildad y su personalidad dulce y sincera la ponen en la categoría de los individuos excepcionalmente buenos. Sherwood Eddy, autor, y promotor de misiones, quien la conoció a fondo, quedó muy bien impresionado por la "belleza de su carácter". Según Eddy:

> El carácter ha sido la clave de la evangelización mundial eficaz. En este punto fracasan muchos misioneros. Todo misionero normal sale con propósitos elevados pero como cristiano imperfecto. . . . Su carácter es su punto más débil. . . En esto precisamente la señorita Carmichael fue una bendición para todos los que llegaron a tener un estrecho contacto con su radiante vida. . . Amy Wilson Carmichael tenía el carácter más semejante al de Cristo que he conocido, y ... su vida fue la más fragante y la de mayor gozosa abnegación que ha existido.[16]

Amy Carmichael nació en 1867 en una familia rica de Irlanda del Norte. El panorama de su pueblecito de Millisle estaba dominado por los prósperos molinos de trigo

de los Carmichael. Vivió sin preocupaciones hasta el momento en que la enviaron a un internado. Su padre murió cuando ella tenía dieciocho años. Como era la mayor de siete hijos, tuvo que asumir entonces grandes responsabilidades. Su padre había prestado una cuantiosa suma de dinero, la cual no le habían podido devolver; ello dejó a la familia en una precaria situación económica. Poco después la familia se trasladó a Belfast. Allí conoció Amy la satisfacción de la obra misionera urbana. Esta oportunidad de participar en la obra evangelística laica hizo que los intereses espirituales tomaran un lugar prominente en su vida. Pero fue el Movimiento de Keswick, más que ninguna otra cosa, lo que la hizo cambiar de vida y estimuló su crecimiento espiritual. Ese movimiento era una conferencia bíblica interdenominacional que ponía énfasis en "la teología de una vida más profunda", la cual sostiene que la vida victoriosa en el Espíritu puede superar la tendencia hacia el pecado en el creyente.

El llamado de Amy a las misiones fue tan directo y personal, en su mente, como ningún otro llamado misionero lo haya sido jamás. La palabra "Id" se la había dicho Dios personalmente a ella, y no tuvo más remedio que obedecerlo. Pero su decisión encontró oposición, en particular la de Roberto Wilson, director de la Convención de Keswick. Este veía como algo admirable que cualquier señorita se dedicara a las misiones, con tal que no se tratara de Amy. A partir de la muerte de su esposa y de su hija, Amy había llegado a ser como una hija adoptiva para él, pues ella lo cuidaba. Por eso la noticia de su intención de irse como misionera resultó para él un duro golpe. Aunque dio su aprobación, contra su voluntad, los constantes ruegos de Wilson para que volviera Amy a su lado le fueron motivo de dolor a ella durante los años siguientes, hasta la muerte de él en 1905.

Amy recibió su "llamado macedónico" en 1892, a la edad de veinticuatro años, y al año siguiente ya estaba en Japón. Empezó la obra con mucho entusiasmo, pero como les sucedió a muchos misioneros anteriores a ella, también tuvo desilusiones. El idioma japonés le parecía muy difícil, y la comunidad de misioneros no era el cuadro de armonía que se había imaginado ella. A su madre le escribió: "...Aquí somos lo mismo que en casa, ni siquiera un poquito mejores, y el diablo anda muy ocupado... Hay misioneros que son como naufragios de lo que antes fueron airosos navíos." La salud de Amy también resultó ser un problema. A Sherwood Eddy le confió que "había tenido una postración nerviosa durante el primer año de servicio. Había sufrido, como sucede con algunos extranjeros, de lo que llaman 'cabeza japonesa' ". Le había escrito a su madre: "El clima es terrible para el cerebro."[17]

Después de quince meses como misionera, Amy se convenció de que Dios no la quería en el Japón. Sin avisar ni siquiera a la Convención de Keswick, la fuente principal de su sustento, se embarcó para Ceilán (actualmente Sri Lanka). ¿Cómo podía ella defender esa impulsiva decisión? "Digo solamente que salí de Japón en busca de descanso y de cambio. Cuando estaba en Shanghai, entendí que el Señor me decía que lo siguiera a Ceilán, y así fue como llegué a este lugar."[18] La permanencia de Amy en Ceilán se vio interrumpida por el urgente ruego de que regresara a su país para atender al señor Wilson, que estaba enfermo de gravedad. Después de permanecer casi un año en Gran Bretaña, viajó de nuevo al Asia, esta vez a la India, donde permanecería, sin siquiera tomarse una sola licencia de descanso, durante más de cincuenta y cinco años.

Desde el principio los demás misioneros, y algunos de sus patrocinadores en Inglaterra, consideraban que Amy era algo excéntrica. La afirmación que ella hacía de que tenía una línea directa de comunicación con Dios molestaba a algunos, especialmente cuando eso interfería con sus programas o ministerios. La decisión de ella de no presentar

un cuadro muy atractivo de la condición de la obra misionera era motivo de fricción para otras personas. Uno de sus manuscritos, enviado a su país con objeto de que fuera publicado, le fue devuelto porque el comité misionero "quería que lo cambiara un poco para que resultase más entusiasta". Amy no estuvo dispuesta a hacerlo y lo hizo publicar luego con el título de *Las cosas tales como son.*

Algunos años después de su llegada al sur de la India, Amy se trasladó a Dohnavur. Allí se dedicó a la obra por la cual se la recuerda más: el rescate de los niños de los templos (en especial de las niñas), de una vida de dolorosa degradación. La venta de niños para la prostitución en los templos paganos, para "casarlos con los dioses" y luego ponerlos a disposición de hombres hindúes que frecuentaban esos santuarios, era uno de los "pecados secretos" del hinduismo. Aun algunos misioneros se negaban a creer que esa costumbre estuviera tan arraigada como decía Amy. Algunos tenían el criterio de que ella desperdiciaba. su tiempo buscando niños inexistentes. Pero no había nada que detuviera a Amy. Con la ayuda de hindúes cristianas, quienes en algunos casos recorrían el país como si fueran espías, fue ella sacando a luz este terrible mal. Aunque no estaba sola en su campaña, pues los reformadores hindúes también estaban muy disgustados con esa costumbre, ella enfrentó una gran oposición. Más de una vez la acusaron de secuestrar niños. El peligro físico siempre estaba presente. No obstante, Amy persistió en su operación de rescate. En 1913, doce años después de comenzado ese polémico ministerio, tenia 130 niños bajo su cuidado. En las décadas siguientes logró rescatar a centenares de niños, los cuales recibieron albergue en Dohnavur.

La Comunidad de Dohnavur, como se llamaba su organización, fue un ministerio cristiano de carácter singular. Los obreros (incluso los europeos) se vestían al estilo de la India. A los niños se les ponían nombres del país. Todos los miembros, tanto extranjeros como hindúos, llevaban una vida comunal. Se educaba a los niños y se atendí' a sus necesidades físicas, y se le daba especial atención a la formación de su "carácter cristiano". Los críticos decían que el énfasis en las necesidades físicas, la educación y la formación del carácter no era lo suficientemente evangelístico. Amy respondía: "...uno no puede salvar almas y luego enviarlas para el cielo... Las almas vienen ligadas a cuerpos ... y como no se pueden separar las almas para tratarlas aparte, hay que tomar los cuerpos junto con las almas."[19]

Amy lo sacrificaba todo por la Comunidad de Dohnavur y esperaba que sus colaboradores hicieran lo mismo. Años antes, cuando vivía en Japón, se había enfrentado a la posibilidad de quedarse soltera por el resto de su vida. Esa fue una difícil lucha acerca de la cual no pudo escribir por más de cuarenta años. Aun entonces sólo compartió su secreto en privado con uno de sus "hijos", a quien ella le aconsejaba que hiciera lo mismo: "Aquel día, hace muchos años, me fui sola a una cueva de la montaña Arima. Tenía temores en cuanto 1 al futuro. Por eso fui allá, para estar a solas con Dios. El diablo me,. decía al oído: 'Ahora está bien, pero ¿qué pasará después? Vas a sentirte muy sola.' Y me pintaba cuadros de soledad que todavía recuerdo. Entonces me volví a Dios, casi con desesperación, y le dije:, 'Señor, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo resistir hasta el fin?' Y El me dijo: 'Ninguno que confíe en mí se verá desolado.' Ese mensaje ha estado conmigo desde entonces; se ha cumplido en mí y se cumplirá también en ti". [20]

El que otras mujeres dejaran de casarse y tener familia, como lo hizo ella, constituía para Amy una dedicación práctica y también espiritual a la obra. La Comunidad de Dohnavur necesitaba de mujeres que pudieran dedicarse por completo a los niños como madres y consejeras espirituales. Por esa razón formó ella la orden religión de mujeres

protestantes llamada las Hermanas de la Vida Común Esa fue una sociedad voluntaria, fundada por Amy y siete señor de la India. Ellas no estaban ligadas por votos, pero no podrí continuar en la orden si decidían casarse.

Para Amy la hermandad fue en parte una alternativa mística espiritual a la vida matrimonial. Las solteras tendrían así una "familia" a que aferrarse y a la cual pertenecer. Ya no se sentirían sol ni tendrían que seguir esperando el matrimonio. La orden seguía modelo de una comunidad religiosa del siglo catorce, los Herman de la Vida Común, fundada por el místico católico romano Gerhard Groot. El misticismo era parte integral de la hermandad. La unió mística con Cristo compensaba la ausencia del amor físico. Amy sus "hermanas" daban testimonio de una paz profunda y satisfactoria. En 1950 había tres grupos de Hermanas de la Vida Común. Pero los esfuerzos por la formación de una hermandad masculina similar no tuvieron éxito.

A pesar de la hermandad y del sentido de unidad que ésta inspiraba, la Comunidad de Dohnavur, como otras organizaciones cristianas, afrontaba problemas internos y externos. Aunque Amy a menudo escribía de modo vago y evitaba los detalles, sí hizo referencia a las fricciones dentro de la comunidad. Ella misma sufría de recurrentes ataques de ansiedad y de tensión. De modo que Dohnavur no era la utopía idílica de la cual hablaban algunos visitantes, sino una organización extraordinaria desarrollada y realizada por una :mujer extraordinaria. Aunque sus últimos veinte años los pasó inválida debido a una caída, Amy siguió escribiendo libros e intercediendo a favor de sus queridos niños. Sus hermosos poemas Ioodavía son fuente de inspiración en la actualidad. Amy Carmichael murió en Dohnavur, en 1951, a los ochenta y tres años de edad.

Maude Cary

A principios del siglo veinte, las mujeres igualaban, o sobrepasaban, a los hombres en la mayor parte de las sociedades misioneras. En algunos países la obra misionera se habría terminado si no hubiese sido por las solteras. Tal fue el caso, por algún tiempo, en Marruecos con la Unión Misionera Evangélica. La UME, una de cinco misiones protestantes en ese país, había luchado, desde 1894, por alcanzar a los musulmanes con el evangelio. A pesar de sus esfuerzos, había poco progreso visible en el embate contra la muralla aparentemente penetrable del Islam. El desánimo y las enfermedades redujeron número de misioneros. Para algunos, la solución lógica hubiera do cerrar los puestos misioneros y concentrar los esfuerzos en otros pos. Pero las solteras, entre ellas Maude Cary, se quedaron sirvieron con distinción poco común, en una época difícil, en ese país tan cerrado al mensaje del evangelio.

Maude nació en una granja de Kansas en 1878. Los misioneros y evangelistas itinerantes que tenían reuniones en su casa, le proporcionaron una buena información sobre las misiones. La madre de Maude, mujer muy independiente, tenía gran talento musical, pues había estudiado en el conservatorio de música de Boston. También una destacada maestra de la Biblia. Maude heredó ese espíritu independiente y, a los dieciocho años, se matriculó en el instituto bíblico de la UME en Kansas City, Missouri. Allí se preparó para su ministerio como misionera.

En 1901 Maude salió para Marruecos con otros cuatro misioneros la UME. Allí trabajó durante cincuenta años. Los primeros meses dedicaron al estudio del idioma árabe. Desde el principio se notó la incompatibilidad de caracteres entre Maude y los demás estudiantes. Como era ella muy inteligente y le gustaba competir, no quería que los otros le tomasen la delantera, incluido F. C. Enyart, el único varón de la clase. Como a Enyart

también le gustaba la competencia, creía que como varón tenía "la prerrogativa de mantener las notas más altas de la clase". En realidad, sí sobrepasó a Maude, pero por un escaso margen en el promedio de puntuación. Sin embargo, se acusó a Maude de orgullo y de afán de competencia. Las mujeres tenían que ser independientes y lo suficientemente valientes como para dejarlo todo por la carrera de misionera; pero al tratar de sobresalir por encima de los varones, habían ido demasiado lejos. Maude, reconociendo que su actitud era equivocada, "oraba a diario — según su biógrafo — para obtener la limpieza del pecado de orgullo."[21]

El primer verano de Maude en Marruecos estuvo lleno de nuevas experiencias. La norma de la misión era que los obreros pasasen los meses del verano en viajes evangelísticos por las aldeas. Era emocionante ver partir las caravanas de misioneros hacia el campo. El entusiasmo se iba desvaneciendo ante la dura realidad de la vida primitiva del campo. La dificultad para presentar el evangelio causaba aun más frustración. Cada familia mantenía una "jauría de perros feroces". Aun cuando no dejaban que "atacaran a los visitantes extranjeros, seguían ladrando fuertemente" e impedían que se oyera lo que el misionero deseaba decir. Había ocasiones animadoras, especialmente para las misioneras, quienes, cuando estaban fuera de la aldea, podían hablar con las mujeres en el río o riachuelo al que iban estas en busca de agua o a lavar la ropa. Muchas escuchaban con interés, pero "si aparecía algún hombre a la distancia, las mujeres se esfumaban, al parecer por temor a que las vieran escuchando a los herejes".[22]

La situación política de Marruecos, en general, era mucho más amenazadora que los perros o que los hombres que de cuando en cuando hallaban a sus esposas hablando con las misioneras. Debido a esa situación, los misioneros se vieron obligados a establecerse cerca de la costa poco más de un año después de la llegada de Maude. La obra continuó, pero Maude tuvo que soportar las críticas de sus colegas. En la conferencia misionera, después de su segundo año en Marruecos, se discutió en una de las reuniones sobre los problemas que existían entre los misioneros. Según su biógrafo, Maude se vio como el blanco de muchas de las críticas:

> Por lo que se expresó, sus primeros dos años en el campo misionero habían sido un fracaso total. La misión lo hubiera pasado mejor sin ella. Era egoísta y olvidadiza. Había escrito por lo menos una carta que no era espiritual. No siempre oraba con los musulmanes a quienes les testificaba. Su espíritu alegre, su amistad y su risa habían sido interpretados mal. Además de esto, su tendencia a las charlas sin sentido, y su orgullo en la forma de vestir se habían convertido en una montaña de tropiezo para sus colaboradores.[23]

Sólo unas semanas después de esa devastadora reunión, el presidente de la UME, quien visitaba Marruecos en esa ocasión, le dijo a Maude que se preparara para partir. Sus problemas de salud junto con las características de su personalidad se combinaban para hacer de ella una carga en vez de una ventaja para la misión. Maude se sintió aplastada por la situación. ¿Con qué cara podría presentarse ante la familia y los amigos en su patria?

Los problemas que tuvo Maude con respecto a su orgullo (tanto en la escuela de idiomas como en la reunión anual de la misión) no fueron algo poco común o aislado entre las misioneras. Muchas otras misioneras solteras se enfrentaron a circunstancias

semejantes. Las propias cualidades que las capacitaban bien para las misiones eran vistas con suspicacia por sus compañeras más débiles en la fe y constituían una amenaza para sus colegas varones. Isabel Kuhn, en su libro *By Searching* [Por medio de la búsqueda], cuenta de una experiencia similar que tuvo cuando hizo solicitud para ingresar en la Misión del Interior de la China. Basados en una referencia personal, la acusaron de ser "orgullosa, desobediente y posible perturbadora". Y, aunque la aceptaron "condicionalmente", demoraron a propósito su partida para China a fin de dar tiempo para que el consejo la tuviera bajo observación. Le prometieron que si "dominaba" sus problemas, la aceptarían "plenamente". De igual manera, casi deniegan el ingreso de la doctora Elena Roseveare en la misión debido al juicio del consejo de que era ella "orgullosa, siempre pretendía saber más que los demás, no se le podía hacer ninguna observación, ni advertirle algo ni criticarla; era difícil convivir con ella, etc".[24]

En el caso de Maude, ya estaba en el campo misionero, y hubiera sido terrible que la mandaran de regreso a su país. Al fin le permitieron que se quedara. Todavía le esperaban otras experiencias humillantes. Además del árabe, estudiaba beréber, el idioma de las tribus de la Berbería. Este grupo étnico habitaba esa región desde antes que los árabes invadieran el norte de África. Ella ya había trabajado con ellos antes que los misioneros se establecieran cerca de la costa. Mientras estudiaba el idioma, examinaba sus motivos para ver si su interés en volver a los beréberes no lo despertaba el misionero soltero Jorge Reed, quien trabajaba entre ellos. Jorge y ella habían mantenido correspondencia. Maude esperaba que su estudio del beréber aumentara su interés por ella. Parece que así sucedió, y poco después de la reunión anual de 1907 se comprometieron. Pero no se sabe si fue por la mala salud de ella o por otras razones que Jorge dudó pronto de su decisión. El la animó a que regresara a Estados Unidos, y cuando ella rehusó, volvió él a su obra con los beréberes sin ella. No obstante, no rompió su compromiso con ella de modo oficial.

Al cumplir los treinta años de edad, todavía soltera, Maude, según su biógrafo, "escogió un nuevo principio para su vida: 'Busca la mansedumbre'; quizás en parte porque Jorge Reed había dicho que quería una esposa humilde."[26] Humilde, o no, la boda nunca se realizó. Maude tuvo que esperar seis años más antes de quedar plenamente convencida de que nunca se casarían. En 1914 Jorge decidió salir de Marruecos y abrir una nueva obra en el Sudán, tal vez para no tener que romper su compromiso con Maude. Su ruptura resultó evidente con su partida. Sólo entonces, Maude aceptó su suerte, a despecho suyo. Y, según ella, pasó el resto de su vida como una "misionera solterona".[26]

Después de veintitrés años, Maude regresó a Estados Unidos con su primera licencia de descanso. Todavía llevaba un vestido y un sombrero del mismo estilo que los que tenía cuando había salido de su país en 1901. Su patria vivía la alegre era de la segunda década del siglo veinte y Maude se encontraba como un pez fuera del agua.

En esta ocasión pudo cuidar a sus ancianos padres, los cuales murieron mientras estaba en Estados Unidos. También tuvo tiempo para reflexionar. ¿Qué había realizado ella en esos veintitrés años? ¿Había fundado iglesias? ¿Estaban las escuelas de la misión llenas de estudiantes ansiosos de aprender? ¿Estaban los convertidos ganando a su propia gente para el cristianismo? No. En cuanto al éxito externo, muy poco se había hecho contra el poder del Islam; y del manojo de "conversos", los más prometedores se habían apartado del cristianismo debido a la persecución. ¿Valían la pena sus sacrificios? Maude creía que sí; y además, a los cuarenta y siete años, se encontraba sola y su único hogar estaba en el norte de África.

Al regresar a Marruecos, la obra que en décadas anteriores había progresado lentamente comenzaba a mostrar ciertos indicios de éxito. Ya había más mujeres que desafiaban abiertamente sus tradiciones culturales y venían a participar en los estudios bíblicos. Asimismo fue motivo de inspiración para toda la comunidad misionera de Marruecos la conversión de dos muchachos que perseveraron con valiente firmeza. Pero, a pesar del optimismo de Maude, los misioneros de la UME fueron disminuyendo. Eran pocos los nuevos misioneros. En 1938 sólo quedaban ella y otra misionera encargadas de la misión de la UME en ese desalentador campo. Poco antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, llegaron dos misioneras solteras, pero justo entonces se cerraron las puertas. Ese fue un período de pruebas. Las cuatro mujeres pudieron haberse aislado en algún puesto misionero a esperar que terminase la guerra, pero más bien se separaron para mantener activas las tres estaciones misioneras. Maude y la otra misionera experimentada estuvieron dirigiendo un puesto misionero. cada una; las dos nuevas estuvieron a cargo de la tercera misión. Al fin terminó la guerra en 1945 y, sorprendentemente, según el biógrafo de Maude: "La obra había sufrido poco, gracias a la labor fiel y abnegada de cuatro solteras que decidieron permanecer en su puesto."[27]

Después de la guerra llegaron a Marruecos otros misioneros de la UME. En 1948 llegaron once. Y lo más sorprendente de todo era que "¡tres eran varones!" Maude, que entonces era la misionera de más experiencia, enseñó idiomas y ayudó a establecerse a los nuevos misioneros, pero su obra pionera no había terminado. Como los obreros todavía eran escasos, la UME la asignó, a la edad de setenta y un años, para que comenzara "una obra en la ciudad de El Hajeb". La acompañaría una señorita que estaba todavía aprendiendo el idioma. En los demás lugares también progresaba la obra. En 1951 se organizó un instituto bíblico para preparar a los jóvenes marroquíes. Se matricularon tres, dos de los cuales eran de la nueva misión de El Hajeb.

Aunque el instituto bíblico siempre había sido un sueño de Maude, no estuvo presente en su dedicación, que tuvo lugar en enero de 1952. Unos meses antes había volado ella de regreso a Estados Unidos para recibir tratamiento médico. Nadie esperaba que volviera al norte de África, pero ese mismo año, a la edad de setenta y cuatro años, regresó y siguió en la obra. Trabajó tres años más, pero debido a recurrentes problemas de salud, la misión dispuso su jubilación. Su partida en 1955 coincidió con el fin de la ocupación francesa de Marruecos y el inicio de una nueva era de menos restricciones para los misioneros. Durante doce años, los misioneros trabajaron abiertamente entre los musulmanes y estos respondieron. Unos 30.000 de ellos se matricularon en cursos por correspondencia, y los estudios bíblicos aumentaron.

Pero los buenos tiempos no durarían. En 1967 el gobierno de Marruecos expulsó a todas las misiones extranjeras. Así terminaron setenta y cinco años de servicio misionero de la UME. Las trasmisiones radiales siguieron llevando el evangelio al pueblo. La poco numerosa iglesia marroquí se quedó prácticamente sola. Ese mismo año apareció una esquela de defunción en un periódico local en Estados Unidos. Sólo "unas pocas personas, siete de las cuales eran pastores, asistieron al funeral. Hubo únicamente dos ramos de flores y casi no hubo lágrimas".[28] Maude Cary había partido para estar con su Padre celestial.

Liliana Trasher

En 1960 Liliana Trasher escribió: "En 1910 yo era una joven feliz que todavía no había cumplido los veintitrés años de edad, llena de sueños de las cosas maravillosas que

me deparaba la vida. La más importante era la docena de hijos que esperaba tener. Me pregunto lo que hubiera sentido si se hubiera levantado la cortina del porvenir y me hubiera visto en esta mañana, cincuenta años después. ¡Aquí estoy, cansada, vieja y canosa mirando por la ventana no a mis doce hijos sino a 1.200!"

"El primer encuentro con la señorita Trasher es una experiencia inolvidable", dijo Cristina Carmichael después de visitar su orfanato en Assiout, Egipto, en 1946. "Ella es una mujer robusta y amable, con su cabello blanco en canas. Su sonrisa es contagiosa. Se sentía orgullosa de mostrarme a su familia. 'Ahora tengo 900 — decía —. No veo como pueda dar cabida a más'. Mientras hablaba alguien tocó a la puerta. Allí estaba de pie un hombre con un tierno bebé envuelto en unos harapos. Estaba sucio y tenía el cabello negro y pegajoso. Una de las ayudantes de la señorita Trasher bañó al bebé y le puso una ropita de franela rosada. ¡Qué cambio! Una vez más la 'Madre del Nilo' (como la había llamado un famoso periodista) había abierto el corazón y se había salvado la vida de otro pequeñito".

La boda de Liliana estaba fijada para celebrarse unas dos semanas después de aquel día de junio de 1910 en el cual se había sentado ella a escuchar a un misionero. Dios le habló con claridad: "Quiero que vayas al África." El novio de Liliana, un joven y afable pastor, no recibió tal llamamiento. Pero Liliana no podía dejar de obedecer a Dios. Rompió su compromiso y reservó su pasaje en un barco que saldría para Egipto ese otoño.

Juanita, la hermana mayor de Liliana, decidió ir con ella y ayudarla a establecerse en Egipto, la tierra a la cual la había llamado Dios. No tenían promesas de ayuda de ninguna junta misionera y no sabían de dónde vendría el dinero para sus gastos, pero Dios suplió para sus necesidades. Poco antes de zarpar el barco unos amigos oraron con las dos hermanas en su camarote. Una amiga le dijo: "Liliana, pídele a Dios una promesa de las Escrituras." Cuando abrió la Biblia, Liliana vio Hechos 7:34: "Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido, y he descendido para librarlos. Ahora, pues, ven, te enviaré a Egipto".

Liliana y Juanita llegaron en octubre a Alejandría, Egipto. Viajaron a El Cairo en tren y después navegaron Nilo arriba hasta Assiout. "La primera vez que vi a Assiout — dijo Liliana después — pensé que era el lugar más hermoso del mundo." Fue a vivir con una familia de misioneros y comenzó a estudiar árabe.

Desde el día de su llegada, fueron los niños, muchos harapientos, sucios y hambrientos, los que conmovieron el corazón de Liliana. ,"Quería encargarme de cuidar a cada uno de los niños desamparados que veía", recordaba con. frecuencia.

Unos tres meses después Liliana visitó a una mujer moribunda en una miserable casucha. Vio a una pequeñita bebé tratando de alimentarse de una lata que contenía leche agria y verdosa. Cuando murió la madre, Liliana se llevó a la nena a la casa. La niña lloró toda la noche. Los demás misioneros se disgustaron y le dijeron que la devolviera, pero Liliana sabía que si lo hacía, la bebé moriría. Ella salió, alquiló una casa, gastó el resto del dinero en unos muebles y se mudó allá sola. Aquel día 11 de febrero de 1911 fue el comienzo de la institución que hoy se conoce como Orfanato en Memoria de Liliana Trasher. Poco a poco fueron llegando otros niños. Liliana los alimentaba y los cuidaba hasta que recobraran la salud, y les daba lo que más necesitaban estos: amor.

Hubo tiempos difíciles. El quinto niño que Liliana recibió, un muchachito de cinco años, enfermó gravemente de plaga bubónica. Los inspectores de sanidad de Assiout echaron todo lo que ellas poseían en tanques de desinfectante, con lo cual muchas cosas se echaron a perder. Liliana también enfermó de una fiebre muy alta, pero el Señor le

devolvió la salud.

En 1916 Liliana ya tenía cincuenta niños, lo cual era demasiado para la casa que había alquilado. Por ello compró una propiedad en la otra margen del río Nilo y fue añadiendo edificios según crecía su familia. Algunas viudas desamparadas vinieron a ayudar a cuidar a los niños. Se necesitaban aulas y maestros. Liliana escribió varios libros de texto y dibujó las láminas de estos. También tuvo a su cargo algunas de las clases. A los varones que fueran torpes para aprender se les daba preparación industrial. A las chicas se les enseñaba oficios domésticos.

Durante sus cincuenta años en Egipto, Liliana sobrevivió varias guerras. En 1919, cuando su familia alcanzó el número de cien, un levantamiento árabe contra los británicos creó un reino de terror. Liliana reunió a los niños para orar y después los llevó a un viejo horno de adobe para mayor seguridad. Durante tres días las balas llovieron sobre el orfanato. Los terroristas pensaban matar a Liliana y saquear el orfanato. Pero un campesino vecino, que era musulmán, protegió la casa vacía. "¡Qué vergüenza! — les dijo a los asaltantes — . Estos son nuestros propios niños egipcios por quienes esta mujer ha dado su vida." Las casas vecinas fueron saqueadas y quemadas, pero no tocaron el orfanato. "Estoy segura — dijo Liliana — que el ángel del Señor acampó en derredor nuestro y nos protegió."

Durante los primeros años en Egipto, Liliana no tenía comisión misionera, pero en 1919 recibió un nombramiento de las Asambleas de Dios (que había sido organizada sólo cinco años antes). Aunque su obra seguía como un ministerio sostenido por fe, sin respaldo económico de la organización, recibió ella mucha ayuda por el apoyo en oración, las ofrendas y después por los misioneros que trabajaron con ella.

En 1923 Liliana ya cuidaba 300 huérfanos y viudas. Su hermana, Juanita Benton, había visitado Egipto varias veces. Al fin fue para quedarse y se encargó del mantenimiento de la casa y ayudó con las clases.

Durante los primeros dieciséis años Liliana trabajó con los niños y oró por ellos con pocos resultados espirituales visibles. Entonces en abril de 1927 escribió: "Soy testigo del mayor avivamiento que haya visto jamás. Veintenas han sido salvos. Muchos han sido llenos del Espíritu Santo. Mandé llamar a los muchachos grandes que han salido del orfanato y viven cerca. Oramos juntos y todos los veinticinco dedicaron su vida a Dios."

En 1933 tuvieron una prueba muy grande. Durante un período de fervor religioso, los funcionarios musulmanes sacaron del orfanato a todos los niños de familias musulmanas porque estaban recibiendo doctrina cristiana. Con mucho dolor, Liliana vio salir a más de 70 de sus 700 niños.

Las ofrendas de Estados Unidos no bastaban para alimentar a la creciente familia de Liliana, pero Dios suplió siempre y nunca les faltó ni una comida. Los amigos egipcios también ayudaban. La primera ofrenda para el orfanato, aportada por un joven telegrafista egipcio, fue el equivalente a treinta y cinco centavos de dólar. Liliana decía a menudo: "Yo tenía fe de que si Dios quería que tuviéramos un orfanato, El supliría sus necesidades." Cuando ella era joven solía viajar en burro de aldea en aldea para pedir ayuda. Al fin sus muchos deberes y su avanzada edad le impidieron hacerlo. Un día hizo un trato con Dios después de leer el Salmo 37:25: "Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan." Ella sencillamente dijo: "Señor, provee el pan, y yo cuidaré de los niños."

En cierta ocasión, cuando les quedaba poco dinero, Liliana les explicó a los niños que no podían contraer deudas. Ellos oraron con fervor que Dios satisficiera su necesidad.

A la mañana siguiente, Liliana recibió un cheque por cien dólares. En otra ocasión, los niños de cuatro y cinco años estaban cansados de comer solamente lentejas y le pidieron carne a la cocinera. "Hijitos míos — les dijo — no tengo carne. Deben pedirle a Dios que se las dé." Mientras los niños oraban alguien llegó a la puerta con la mitad de una res. Los niños estaban aprendiendo lecciones de fe que les servirían para toda la vida al crecer y servir a Dios con sus diferentes habilidades.

En 1941, durante la Segunda Guerra Mundial, los niños necesitaban ropa y comida y no había dinero para comprarlas. Liliana llamó a todo el orfanato a la oración. Dos días después, el embajador de Estados Unidos en Egipto la llamó a El Cairo. Le preguntó si ella podía usar parte del embarque de la Cruz Roja de cobijas, ropa y comida. El cargamento iba para Grecia, la cual había sido invadida; el barco no pudo ir allá y había atracado en Alejandría. ¡La oración había sido contestada!

En 1947 una epidemia de cólera había causado la muerte de millares de personas en Egipto. Un muchacho recién llegado, que ya había dormido en la sala-cuna con otros cincuenta niños, tuvo un ataque de diarrea y vómito, y murió. El orfanato fue puesto en cuarentena, pero como respuesta a la oración ningún otro niño contrajo esa enfermedad tan contagiosa.

Liliana cuidaba a los más pequeños en su propio apartamento. 'Mis bebés son mi posesión más preciada", expresaba ella. "Gracias a Dios que nunca hemos tenido que rechazar a nadie que nos necesitara. Si el Señor me permitiera vivir mi vida otra vez, haría la misma cosa durante 50 ó 100 años más."

Al llegar al año de 1961 ya había 1.400 niños al cuidado de la señorita Trasher, pero su salud había decaído durante los últimos dos años. El 17 de diciembre un radiograma a Estados Unidos llevó el siguiente mensaje: "Mamá Liliana falleció hoy."

Mucha gente lloraba mientras pasaba por Assiout rumbo al cementerio la dorada carroza fúnebre tirada por caballos que llevaba los restos mortales de Liliana Trasher. En cada ventana y en cada balcón del recorrido de la procesión la gente se ponía de pie en honor de esta mujer que había tenido un amor tan profundo y había dado tanto de sí.

Durante sus cincuenta y un años en Egipto cuidó Liliana Trasher a más de 8.000 huérfanos. Ella se fue pero su ministerio de amor no terminó. Un gran número de pastores, maestros y negociantes cristianos egipcios creció bajo el cuidado de Mamá Liliana. Uno de aquellos niños es ahora [1986] el director del Orfanato en Memoria de Liliana Trasher en Assiout, Egipto, donde todavía reciben atención y cuidado muchos centenares de huérfanos y viudas.

Juana Veenstra

Juana Veenstra fue un modelo del gran ejército de solteras que fueron al extranjero a comienzos del siglo. Su vida saca a luz los sacrificios y lo que se esperaba de todas sus compañeras "heroínas" de la fe.

Nació Juana en Paterson, Nueva Jersey, en 1894, dos años antes de que su padre decidiera dejar su negocio de carpintero y prepararse para el ministerio. Como consecuencia de esa decisión, la familia se trasladó a Grand Rapids, Michigan, donde William Veenstra asistió al Seminario Teológico Calvin (actualmente Universidad y Seminario Calvin) para prepararse como pastor de la Iglesia Cristiana Reformada. Al graduarse fue ordenado y aceptó la invitación para pastorear una iglesia rural en la zona occidental de Michigan. Ocho meses después murió de fiebre tifoidea. Su muerte ocasionó dificultades y sumió en la pobreza a la viuda y a sus seis hijitos. Esta regresó

enseguida a Paterson donde abrió una tienda de víveres. Juana asistió a las escuelas parroquiales evangélicas hasta cumplir los doce años. Luego pasó un curso de dos años en una escuela de comercio. Para ayudar al sustento de la familia, a la edad de catorce años, trabajó de secretaria en la ciudad de Nueva York, teniendo que viajar todos los días desde Paterson.

Después de su conversión participó en la obra misionera laica. A los diecinueve años de edad se matriculó en el Instituto de Preparación de Misioneros de la Unión en la ciudad de Nueva York. Antes de graduarse, se informó de las necesidades de las misiones y solicitó ingreso a la Misión Unida del Sudán, una organización no denominacional dedicada a detener el avance del Islam en el África Negra. Por norma de la misión, Juana tenía que esperar tres años, hasta que cumpliera los veinticinco, para comenzar su servicio en el extranjero. Mientras se cumplía el tiempo de rigor, se trasladó a Grand Rapids. Allí trabajó con la misión urbana y siguió estudiando en la Universidad Calvin, donde fue la primera mujer miembro del Comité de Estudiantes Voluntarios. Antes de salir para África (con escala en Inglaterra), volvió a Nueva York a fin de recibir instrucción médica, y se graduó del curso de obstetricia.

La MTS envió a Juana a hacer labor de pionera en la misión de Lupwe, no lejos de Calabar (donde pocos años antes había servido con tanta fidelidad María Slessor). La estación misionera en Lupwe era nueva y sólo tenía unas pocas chozas a medio construir, con piso de tierra y sin muebles. Juana se adaptó pronto a estas condiciones primitivas. Las hormigas blancas (comején) constituían una molestia que ella tomó con sentido del humor: "Durante la cena, esos animalejos, en enjambres, se abalanzaban sobre la comida. Saqué en conclusión que era yo víctima del ataque de una plaga. No había manera librarme de ellas encerrándome, pues estas chozas estaban sin techo." Las ratas también eran molestas, pero ella no se quejaba. La misión esperaba mucho de ella. Si la labor misionera no era tan romántica o satisfactoria como había soñado que sería, no dejó ella entrever ninguna vacilación al respecto: "No me he arrepentido ni una sola vez de haber dejado `las brillantes luces y la vida alegre' de Nueva York para venir a este rincón oscuro de la viña del Señor. No ha habido sacrificios, porque el propio Señor Jesús es mi constante compañero. "[29]

La obra de Juana, como la de la mayoría de las misioneras solteras, era variada. Uno de sus primeros proyectos consistió en establecer un internado para preparar hombres jóvenes como evangelistas. Esta escuela tendría capacidad para veinticinco estudiantes. Aunque este era un proyecto que consumía mucho tiempo, también tenía ella lugar para la obra médica y evangelística. A veces sus viajes a las aldeas vecinas duraban por espacio de varias semanas, con períodos alternos de éxito y fracaso. El éxito rara vez incluía profesiones externas de fe. Juana era una pionera que estaba poniendo los fundamentos, por eso el mero hecho de obtener la atención de los oyentes era una buena señal de éxito.

En "raras ocasiones" vio que "la gente lloraba al oír la historia de la muerte de nuestro Señor" y "se maravillaban y aplaudían en gratitud a Dios por sus dones". También hubo ocasiones muy desanimadoras:

> Hice un viaje por las montañas, yendo de un lugar a otro durante nueve días. . . Teníamos planes de quedarnos el domingo en cierta aldea pero resultó que no nos querían allí. Tampoco quisieron proveer alimentos para los portadores y los demás que iban conmigo. Por eso pasaron mucha hambre. La lluvia impidió que la gente viniera

> a la reunión. Me senté a la puerta de una choza, con un paraguas para no mojarme, mientras la otra gente estaba dentro de la choza alrededor del fuego. El domingo por la tarde se produjo una gran tempestad. La lluvia corrió a raudales. Las paredes de la choza donde estábamos eran de hierba, y la lluvia entró hasta inundar todo el lugar... Temprano a la mañana siguiente salimos a recorrer un largo trecho hasta llegar a otra montaña. . . El jefe se encontraba en la aldea, pero estaba enfermo. Nos quedamos allí una noche y decidimos volver a casa. ¡Qué contentos nos pusimos al divisar nuestra misión en Lupwe![30]

El medio común de transporte de Juana era una bicicleta. Iba de aldea en aldea, con lentitud y mucho cansancio, pedaleando por terreno duro, con dificultad, por su tendencia a la obesidad. Ella quería tener una motocicleta, como los otros misioneros, para trasladarse con más comodidad. Por eso, después de tomar su segunda licencia de descanso en 1927, regresó al África con su motocicleta nueva. Su venerable apariencia, sin duda, llamaría la atención de muchos al iniciar su motorizado viaje al interior por los desnivelados senderos. No obstante, nadie podía dudar de su valentía. A pesar de su entusiasmo y decisión iniciales, descubrió pronto que no estaba hecha para manejar una motocicleta. En cierta ocasión, a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia de la misión, de repente resbaló en la arena y se cayó de la motocicleta. Lastimada en espíritu y en cuerpo, mandó a que la fueran a buscar, y de ahí en adelante se conformó con seguir pedaleando su bicicleta.

Durante la década de los años veinte y treinta le consagró Juana su vida al África. Se tenía un aprecio especial por su obra médica, y se consideraba un privilegio poder asistir a su internado. Por eso causó tristeza la noticia que recibió la gente de Lupwe y las aldeas vecinas de la prematura muerte de su misionera en 1933. Había ingresado en un hospital de la misión para someterse a lo que se consideraba fuera cirugía menor, pero no se recuperó.

En su patria, tanto en Paterson como en Grand Rapids, los familiares y amigos recibieron la noticia con asombro y tristeza. No obstante, se trataba de personas devotas que eran miembros de la Iglesia Cristiana Reformada, que nunca ponían en tela de juicio la soberanía de Dios en tales asuntos. Su "heroína" había ascendido a una posición más elevada y ahora disfrutaba de mayores riquezas que las que por propia voluntad había despreciado aquí en la tierra. La dolorosa ironía era que en una carta que había escrito y que llegó después de su muerte, se refiere Juana a un cristiano africano con lo que también pudiera haberse usado como su propio epitafio: "De una choza de barro a una mansión en el cielo."[31]

Gladis Aylward

Si la discriminación por razón de sexo había sido motivo para negar un nombramiento misionero a las mujeres en el pasado, de seguro ese no fue el caso de Gladis Aylward. Ella solicitó su ingreso en la Misión del Interior de la China en 1930, misión que tenía la reputación de aceptar con entusiasmo a las mujeres. Después de un período de prueba en el centro de adiestramiento la misión no la aceptó. Ella no tenía madera de misionera. A los veintiocho años, su edad no la favorecía, aunque Elizabeth Wilson fue aceptada a los cincuenta. La principal razón de su rechazo fue su poca preparación académica, tal vez causada por una profunda incapacidad de aprender.

Aunque Gladis se mostraba inteligente en la conversación, el estudio de libros parecía imposible para ella. Estudiaba tanto como el que más pero, según su biógrafo, "cuando se trataba de asimilar conocimientos por los métodos comunes, el poder de Gladis para la asimilación mental parecía pasar a neutro y en ocasiones a marcha atrás."[32] No obstante, a pesar de esta deficiencia, Gladis llegó a ser la misionera soltera de más renombre de la historia moderna.

Gladis nació en Londres en 1902 en una familia obrera. Parecía que estaba destinada a pasar su existencia en ese segmento de la sociedad. Comenzó a trabajar a la edad de catorce años y se dedicó al servicio doméstico. Era sirvienta, ocupación que incluía muchas horas de duro trabajo y un salario bajo. En ese empleo se quedaban algunas solteras toda su vida. Los días eran rutinarios y aburridos y las pocas noches libres eran cortas, pues tenía que regresar temprano a casa. Sólo en su fantasía podía ella escapar de su dura existencia. Con la imaginación se movía entre la clase alta, y bebía, fumaba, bailaba, participaba en juegos de azar, asistía al teatro.. .

Con esta combinación de realidad y fantasía pasó Gladis muchos años de su vida hasta que ocurrió un cambio en su vida. Este fue un cambio espiritual. Aunque había ido a la iglesia algunas veces y conocía el mensaje del evangelio, no se había identificado con Cristo de modo personal hasta una noche al terminar un culto de la iglesia. Un extraño se le acercó y le habló de su necesidad espiritual. Esto la llevó a buscar al pastor y, como este no estaba, decidió hablar con la esposa del pastor, quien la guió a un conocimiento salvador de Jesucristo.

Con la conversión cambió la vida de Gladis. Comenzó a asistir a actividades especiales para jóvenes y soñaba con servir al Señor como misionera en un país extranjero. Fue ese sueño el que la llevó al centro administrativo de la MIC en 1929. Tampoco se esfumó su sueño cuando no la invitaron a continuar su adiestramiento después del período de prueba. Estaba convencida de que Dios la estaba llamando, y si no podía obtener el patrocinio de una misión, iría por cuenta propia. Así, pues, en su pequeña habitación, empleada otra vez como sirvienta, se consagró a Dios con sus pocas ganancias con la seguridad de que El la llevaría a China. Pero ella no podía quedarse inactiva. Comenzó a ahorrar todo lo que podía para comprar su pasaje en tren a China. (El tren recorría Europa, Rusia y Siberia, y era el transporte más barato que había.) También leía y preguntaba acerca de China en toda oportunidad que se le presentara. Esto la puso en comunicación con Juanita Lawson, una misionera en China, anciana y viuda, la cual deseaba que alguien fuera a ayudarle. Si Gladis necesitaba una señal directa de Dios, esa fue, y el 15 de octubre de 1932, con los boletos en la mano, partió de la estación de la calle Liverpool rumbo a China.

Envuelta en un sobretodo anaranjado que llevaba puesto encima de su abrigo, Gladis era una viajera que llamaba la atención de la gente; parecía más una gitana que una misionera. Además de su lecho portátil llevaba dos maletas (una con comida), y una bolsa en la que sonaban las ollas y las sartenes al chocar con una estufita. A pesar de las barreras idiomáticas, Gladis tuvo un viaje sin mayores percances a través de Europa, pero en Rusia la situación comenzó a cambiar. Ese país estaba enfrascado en una guerra fronteriza, no declarada, con China. Después de pasar por Moscú, se llenó el tren de soldados rusos. En todas los puntos de inspección se ponía en duda la validez de sus boletos y de su pasaporte, y fue sólo por la gracia de Dios que las autoridades, que no hablaban inglés, le permitieron seguir adelante.

Sola con centenares de soldados mientras cruzaba las estepas de Siberia, Gladis

comenzó a dudar de su decisión, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Tenía que seguir adelante a pesar de la guerra y de la incertidumbre. Toda la aventura le parecía completamente irreal mientras el tren suspiraba a lo largo de las carrileras congeladas. Entonces, casi sin previo aviso, le dijeron que ya había ido tan lejos como se le permitía viajar. Sólo los soldados podrían quedarse en el tren. Pero Gladis no quiso bajarse. Insistió en que le permitieran seguir hasta que el tren se detuviera, pensando que cada kilómetro recorrido la acercaba más a China. El tren siguió su marcha por varios kilómetros más y luego se detuvo. A la distancia se oía el ruido de los cañones, mientras bajaban los soldados y se descargaba el tren. Gladis se vio completamente sola en un tren abandonado a sólo unos centenares de metros del frente de batalla. No le quedó más remedio que caminar de regreso a la ciudad de Chita por la carrilera cubierta de nieve. Su biógrafo, Alan Burgess, relata con detalles esta difícil situación:

> El viento siberiano soplaba la nieve espolvoreada por sus talones. Ella llevaba una maleta en cada mano, una de las cuales todavía se veía decorada con ollas y sartenes. En los hombros llevaba puesto lo que parecía una alfombra de piel. Y así se introdujo en la noche, como una figura solitaria y oscura, empequeñecida por los inmensos y sombríos árboles, las elevadas montañas y el negro firmamento iluminado con el brillo diamantino de las estrellas. Ella no sabía que había lobos muy cerca. A veces se oía el ruido de un poco de nieve que se deslizaba hasta el suelo en el bosque, o de una rama que se quebraba por el peso de la nieve. Entonces se detenía y miraba con incertidumbre en esa dirección. Pero nada se movía. No había ni luz, ni calor, ni nada; sólo una soledad infinita.[33]

Al amanecer, después de un descanso de unas dos horas junto a su estufita de alcohol, ya se vislumbraban en la lejanía las luces de Chita. Había pasado lo peor de su viaje. De Chita pudo conseguir pasaje en tren para Manchuria. Pero sólo pudo entrar a China después de un viaje, no programado, al Japón. Allí recibió ayuda del cónsul británico.

Al llegar a China, Gladis comenzó su duro viaje a través de las montañas hasta Yangcheng. Allí Juanita Lawson seguía fiel en la obra que había comenzado con su esposo hacía muchos años. Ella recibió a Gladis a su modo. Se trataba de una mujer brusca que había sobrevivido en un ambiente de odio a los extranjeros mostrándose dura. Por eso no se sintió impresionada por ningún sacrificio que Gladis hubiera hecho para llegar allí. Gladis se familiarizó con la misión y luego, sin ninguna ceremonia especial, empezó su labor de misionera. El trabajo no era lo que ella esperaba. Su primera tarea fue la administración de una fonda para arrieros de mulas que pasaban por Yangcheng en su ruta hacia el oeste. Para ella esa fue una oportunidad para compartir el evangelio con los arrieros todas las noches. Para Gladis era trabajo duro que hacía aparecer su empleo doméstico en Londres como una profesión de la clase alta.



Gladis Aylward, poco después de su llegada a China.

A pesar del trabajo duro y de las pocas recompensas, Gladis estaba progresando. Lo que no hubiera podido aprender en una escuela de idiomas, lo conseguía con facilidad en su trato con los arrieros. Para ella el chino no era solamente un idioma de complicados caracteres, sino una lengua para expresar emociones y sentimientos; por ese aspecto del idioma aprendió ella la comunicación. Pero si Gladis progresaba en la comunicación con los chinos, su comunicación con la señora Lawson se deterioraba; si es que en realidad alguna vez se llegaron a entender. Los métodos invariables de Juanita chocaban con el espíritu independiente de Gladis. Al fin, después de un disgusto y antes de cumplirse un año de su llegada, Gladis recibió la orden de abandonar la misión. Como no tenía ningún sitio a donde ir, se fue a vivir con unos misioneros de la Misión del Interior de la China en otra población. Poco después, cuando supo que la señora Lawson estaba enferma, Gladis se apresuró a acudir a su lado y cuidarla hasta su muerte, que ocurrió varias semanas después.

Muerta la señora Lawson, Gladis ya no tendría el apoyo económico necesario para el funcionamiento de la fonda. Una nueva oportunidad se presentó, la cual le daría mucha más influencia que la hostería. El magistrado de Yangcheng le pidió a Gladis que fuera inspectora de pies. Su empleo consistía en ir de casa en casa para ver si se cumplían las nuevas leyes que prohibían el vendaje de los pies de las niñas. Esta fue una gran oportunidad para aprender mejor el idioma, conocer a la gente y compartir el mensaje del evangelio.

El ministerio de Gladis floreció debido a los viajes. A dondequiera que iba, la gente salía a verla y a escuchar sus historias bíblicas, embellecidas estas a veces a tal

punto que era difícil reconocerlas. Con sus muchas visitas a las aldeas, su prestigio aumentó tanto como personaje de autoridad que en una ocasión la llamaron para que ayudara a sofocar un motín en una cárcel.

Durante los años que Gladis pasó en sus viajes de aldea en aldea, hizo amigos y algunos se convirtieron. El futuro de su ministerio parecía brillante. Pero alrededor de Yangcheng, en la provincia de Shansi, se realizaban grandes maniobras militares. Era la época cuando el todavía desconocido líder guerrillero Mao Tse Tung estaba organizando sus fuerzas revolucionarias. Al mismo tiempo, el Japón situaba millares de soldados en la frontera con Manchuria. La vida continuó como solía en Yangcheng hasta el verano de 1937. Las pacíficas aldeas montañosas de Shansi se convirtieron entonces en objetivos de los bombardeos japoneses. Gladis, que hacía poco había recibido la ciudadanía china, se quedó. En la primavera de 1938, cuando bombardearon a Yangcheng, ella no quiso salir hasta dar cuenta de la suerte de todos los habitantes.

La guerra produjo dos efectos diferentes en Gladis. Le dio un valor y una resistencia física que la asombraban. Pasaba las líneas enemigas para llevar provisiones y auxilio a los aldeanos; también sirvió como espía del ejército chino y el enemigo le puso un alto precio a su cabeza. Los peligros de la guerra también habían hecho que Gladis se diera cuenta de su soledad y vulnerabilidad. Para los que la rodeaban ella parecía fuerte, pero, en su interior, suspiraba por unos brazos fuertes que la sostuvieran cuando ya no pudiera más.

Gladis nunca había descartado la posibilidad de casarse. Aun antes de la guerra había orado por un esposo. Soñaba que algún día su "Príncipe azul" vendría a Yangcheng. El nunca vino como aparecía en sus fantasías, pero la guerra sí trajo un hombre a su vida. Se llamaba Linnen y era oficial del ejército chino. El fue quien la convenció a que espiara contra los japoneses. Al principio los unía un intenso patriotismo que, con el correr del tiempo, se convirtió en amor. ¿Cómo podría justificar ella estas relaciones? "Ella era una misionera dedicada a Dios — dice Burgess — pero Dios también la había hecho una mujer completa, con todas las tendencias y emociones propias de su sexo. Si se había enamorado era, según ella, porque Dios así lo había querido."[34] Al aumentar los sufrimientos y privaciones de la guerra, los deseos de Gladis por la seguridad del matrimonio fueron más intensos. Se convenció de que Linnen era el hombre que le convenía y escribió a su familia en Inglaterra de sus intenciones de casarse con él. Pero el matrimonio nunca se realizó. En ese campo devastado por la guerra, sólo la muerte parecía cierta, y se trazaban planes sólo para no llevarlos a cabo.

Había quienes necesitaban mucho más del amor y de las atenciones de Gladis que Linnen: sus hijos adoptivos. Nueve Pesos era el nombre que había dado a su primera hija adoptiva, una niña muy pequeña que había encontrado abandonada y la había comprado por esa cantidad. Al pasar los años adoptó más niños. Además, había varias docenas de huérfanos que dependían de ella para su sustento. Fue esta gran responsabilidad, que pesaba sobre ella más que ninguna otra, la que hizo que Gladis saliera de Shansi con su grupo de más de cien niños en la primavera de 1940. Cruzarían las montañas y el río Amarillo para hallar la seguridad que ofrecía Siam.

El viaje era peligroso pues las tropas enemigas estaban cerca. El traslado de cien niños ruidosos, sin llamar la atención del enemigo, fue una prueba demasiado fuerte para los nervios de Gladis. Cuando al fin llegaron a su destino, sufrió un colapso nervioso producto de la fatiga física y mental. Los niños fueron a parar a albergues para refugiados. Este fue el precio pagado por lograr la seguridad de ellos.

Después de varios meses de cuidado por una pareja de misioneros en Siam, Gladis recobró lentamente sus fuerzas, pero su incapacidad mental persistió. Sufría de alucinaciones y vagaba por la aldea sin poder encontrar su casa. Este fue un tiempo difícil para ella, pero después de varios meses disminuyó la confusión mental. Entonces pudo comunicarse otra vez con sus niños esparcidos y ministrar a otros.

Los japoneses comenzaron a retirarse en 1943 y Gladis regresó a China. Vivió por un tiempo con misioneros de la MTC en Lanchow. Se sentía inquieta y pronto se trasladó a Tsingsui; después se estableció en Chengtu. Una iglesia local allí la empleó como maestra de Biblia, ocupación que hasta entonces había estado reservada para mujeres nacidas en China. Gladis se había asimilado tanto a la sociedad china que parecía bien dispuesta a desempeñar la humilde ocupación de servir a la iglesia en la evangelización y en las obras de caridad.

En 1949, después de casi veinte años en China, persuadieron a Gladis a que volviera de visita a su patria. En esa ocasión, la "pequeña mujer" de China se ganó el afecto de los británicos. Gladis no se sentía bien en la cultura occidental y hubiera preferido pasar inadvertida, pero su madre tenía otros planes para ella. Según un biógrafo, la madre "se había encargado, sin proponérselo, de hacerle gran publicidad a Gladis". Durante muchos años su madre había aceptado con entusiasmo las invitaciones a presentar su único discurso: "Nuestra Gladis en China." Ahora, al regreso de Gladis, estaba ansiosa de presentarla en persona a sus oyentes.

En los años siguientes se convirtió Gladis en una persona de fama internacional gracias a una biografía (La pequeña mujer, escrita por Alan Burgess), una película (La fonda de las seis felicidades, con Ingrid Bergman) y el programa de la BBC "Esta es su vida¨. Ella volvió a Taiwan como misionera y se estableció allí en 1957. Siguió sus viajes por todo el mundo y su fama continuó. Habló en lugares famosos como la Primera Iglesia Presbiteriana de Hollywood. Cenó con personas tan prominentes como la reina Isabel. Sin embargo, a pesar de sus servicios y de su fama, nunca estuvo segura del todo de su llamamiento. No creía que Dios hubiera querido confiarle a una mujer las responsabilidades que le había dado a ella. En una entrevista que le concedió a un amigo, hacia el final de su vida, le hizo confidencia de sus dudas así: "No fui yo la primera persona que escogió Dios para lo que he realizado por China. Tal vez fue alguna otra persona. . . No sé quién sería ese que escogió Dios primero. Debe de haber sido un hombre; un hombre maravilloso y con esmerada educación. No sé qué pasó. Tal vez murió él. Quizá no estuvo dispuesto a obedecer su llamamiento. . . Y Dios bajó la vista.. . y vio a Gladis Aylward."[35]

Elena Roseveare

A mediados del siglo veinte la necesidad esencial de las mujeres en las misiones era ya un hecho aceptado. Las mujeres pioneras habían ido a casi todos los campos misioneros del mundo. Aunque pocos tenían reparos en que fueran enviadas como "soldados rasos" a combatir en el frente, la historia era otra cuando se trataba de darles rango de "oficiales". Las posiciones de "autoridad" siempre habían sido otorgadas a los hombres, a pesar de las capacidades de liderazgo del sexo opuesto. La mayoría de las mujeres aceptaban, con pasividad, estas circunstancias. Estaban convencidas de que las normas de autoridad en la iglesia, trazadas por el apóstol Pablo, las excluían de cualquier puesto administrativo dentro de la iglesia. Pero aun fuera de la iglesia local las misioneras se enfrentaban al mismo tipo de discriminación que limitaba su servicio al Señor. "Las

misioneras solteras ... permanecieron por muchos años como 'ciudadanas de segunda categoría' de la misión.' Tal fue el caso de la inteligente y eficiente médica y misionera Elena Roseveare en el Congo (actualmente Zaire). El desempeño de sus responsabilidades, por ser mujer, le creó problemas personales y roces o choques de personalidad con otros misioneros y también con los congoleses.

Elena nació en Inglaterra en 1925. Su familia era muy respetable y tenía una tradición de muchos años en Cornwall, Inglaterra. Su padre, a quien la Corona le había conferido el título de Sir por sus servicios a la patria durante la guerra, era un matemático reconocido que se interesaba mucho por la educación de sus hijos. A los doce años de edad enviaron a Elena a una escuela para señoritas. Más tarde fue a Cambridge donde se graduó en medicina.

Durante su primer año en Cambridge Elena tuvo una experiencia personal de conversión, lo cual hizo que abandonara el trasfondo católico anglicano en que se había criado y se uniera a las filas evangélicas de la Iglesia de Inglaterra. Su consagración al servicio misionero fue algo natural. Sus tíos paternos y su tía materna habían sido misioneros; desde su niñez ella también había querido ser misionera. Su sueño se realizó cuando, en 1953, salió para el Congo bajo los auspicios de la Cruzada Evangélica Mundial. El énfasis de la CEM era la evangelización, y la medicina era algo secundario, lo cual le pareció bien a Elena, quien consideraba que su ministerio era primero que todo el evangelismo. Al llegar al Congo, Elena vio que las necesidades médicas eran muchas. Era imposible que ella, viendo la situación, no tratara de mejorarla. Enseguida se dio cuenta de que el servicio médico misionero tradicional no resolvería los graves problemas sanitarios que la rodeaban. En vez de establecer un centro médico regional, donde un médico trabajara de continuo sin satisfacer las necesidades de los enfermos, ella pensó en un centro de adiestramiento de asistentes médicos. Allí se enseñaría a las enfermeras el conocimiento de la Biblia y se les daría una preparación médica básica. Luego se enviaría a las enfermeras a las aldeas a encargarse de casos de rutina, a enseñar medicina preventiva y a evangelizar. Este era un plan de largo alcance; pero, desde el principio, Elena tuvo la oposición de sus colegas. Estos creían que la misión no tenía que dedicarse a la preparación de personal en campos como la medicina.

Dos años después de su llegada al Congo, y de la construcción de una combinación de hospital y centro de adiestramiento en Ibambi, Elena tuvo la satisfacción de que sus primeros cuatro estudiantes pasaran los exámenes médicos oficiales. Entonces la misión envió a Elena a Nebobongo. Allí había un antiguo campamento para leprosos que había sido invadido por la selva. Elena se opuso, sin éxito, a tal decisión. Allí ella construyó otro hospital y siguió adiestrando a enfermeras africanas.

A pesar de las contrariedades, a Elena le gustaba su trabajo, especialmente el de la enseñanza. Amaba a los africanos con los que trabajaba, tal vez demasiado, según la opinión de algunos de sus colegas.

Aunque a Elena le disgustó que la mandaran a Nebobongo, esto no limitó sus posibilidades. A los dos años se pudo sentir orgullosa de sus logros allí. Había luchado arduamente contra obstáculos insuperables y había salido adelante.

Sin defender la actitud de Elena, vale decir que tales tendencias tal vez hubieran sido pasadas por alto si se hubiera tratado de un médico varón. Pero, como estaban las cosas, la inflexible doctora Roseveare parecía presentar un reto a muchos de sus colegas del sexo masculino. Entonces, según parece, para ponerla en su lugar, se tomó la decisión en la conferencia de 1957 de enviar al joven médico británico Juan Harris y a su esposa a

Nebobongo. El doctor Harris sería jefe de Elena. Se sintió ella muy mal y, como indica su biógrafo, la entrega del mando a Harris fue como una píldora amarga que tuvo que tragar:

> Como dice ella, él se ha apoderado de Nebobongo, el puesto médico de ella, el cual levantó de la nada con sus sueños, su corazón y el dinero que consiguió para tal fin. Ella había cavado los pozos, limpiado los canales y horneado los ladrillos. Reconocía que no podía haber dos personas encargadas de la obra, que él era hombre y que en África el hombre era un ser superior. Por eso le entregó las llaves. Pero entonces se dio cuenta de que no podía soportar tal situación. Tal vez ella había sido su propio jefe durante demasiado tiempo. Ahora le parecía que lo había perdido todo. Siempre ella había enseñado la clase de Biblia y había organizado a las enfermeras. Ahora Harris lo hacía. Todo lo que había sido de ella, era ahora de él.[37]

Los misioneros de la CEM podían tomarse licencias de descanso cada siete años. Elena, que tenía mala salud, se alegró de poder volver a su patria cuando le ofrecieron la licencia en 1958, después de haber pasado sólo cinco años en la misión. Salió para Inglaterra, desilusionada de la obra misionera y "creyendo que no era posible que volviera jamás al Congo".[38] Pero Elena estaba demasiado consagrada a las misiones para darse por vencida con facilidad.

El regreso de Elena al Congo en 1960 coincidió con la independencia que ese país había buscado por mucho tiempo. Ese fue un tiempo difícil para los blancos, y muchos misioneros creían que el riesgo era demasiado grande. Algunos quisieron salir con sus familias enseguida. Pero Elena no tenía intenciones de darse vuelta y regresar a su patria. Si Dios en verdad la había llevado de regreso al Congo,

ella estaba convencida de que El la protegería. Su decisión, y la de otras misioneras solteras, puso en aprieto a los misioneros. ¿Cómo se vería la cobarde huida de ellos en contraste con la valiente permanencia de ellas? ¿Quién protegería a las mujeres si los hombres se ausentaban? Para Elena tal razonamiento no tenía mérito y era "puro machismo". El propio hecho de que la mayoría de los hombres eran casados hacía que sus circunstancias fueran diferentes de las de ella. Tenían estos que considerar sus responsabilidades familiares. Poco podían hacer los misioneros, fuera de poner en riesgo la vida, para proteger a las misioneras si surgían condiciones peligrosas.

La decisión de Elena de quedarse le proporcionó muchas oportunidades de servicio. Juan Harris y su esposa habían salido con licencia y ella quedó otra vez encargada del hospital de Nebobongo. En los tres años siguientes, se logró mucho, a pesar de la intranquilidad política. Los rebeldes simba se habían fortalecido en su oposición al nuevo gobierno. Se recibían informes de ataques a misioneros en otros lugares, incluso de misioneras que habían "sufrido" a manos de los rebeldes algo tan degradante y humillante que no conviene mencionarlo. La propia Elena fue víctima de un robo y de un intento de envenenamiento. A ella le parecía que la situación mejoraba, pero aunque empeorara tenía que quedarse, pues demasiadas personas dependían de ella.

En el verano de 1964 el Congo se vio sumido en una sangrienta guerra civil, pues los rebeldes simba iban apoderándose violentamente de una aldea tras otra. El 15 de agosto los soldados rebeldes ocuparon Nebobongo y durante los cinco meses siguientes Elena estuvo cautiva. Ella siguió en la misión, en su propia casa, hasta noviembre. Se

cometieron atrocidades brutales en nombre del nacionalismo negro, y pocos blancos escaparon de la violencia y del derramamiento de sangre. Elena no fue la excepción. En la noche del 29 de octubre, mientras la misión estaba ocupada por los rebeldes, fue violada por un soldado rebelde en su casita de Nebobongo. Esa fue una noche de terror. Había tratado de escapar pero fue inútil: "Me descubrieron — cuenta Elena —, me arrastraron por los pies, me golpearon por la cabeza y por los hombros, me tiraron al suelo, me patearon y me levantaron para golpearme de nuevo. Sentía el fuerte dolor de un diente roto, la boca llena de sangre pegajosa. Mis espejuelos habían desaparecido. Tenía yo los sentidos embotados, y estaba entumecida y paralizada por un terror desconocido. Me empujaron, arrastraron y halaron hasta meter me en mi casa, en medio de gritos, insultos y maldiciones." Después de llegar a la casa, todo pasó en pocos minutos. El soldado "la tiró en la cama y se le echó encima. . . La golpiza había hecho que ella perdiera la voluntad de resistir y de pelear. Pero gritó y gritó... El acto brutal de violación fue realizado con vigor animal y sin misericordia",[39]

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", resonaba en la conciencia adormecida de Elena. Aunque no lo hubiera podido entender entonces, la terrible violación de su cuerpo aquella noche le permitiría ministrar a otros más tarde de una manera especial. Su profunda madurez espiritual le daba la completa seguridad de que ella no le había fallado a Dios ni había perdido su pureza debido a la violación carnal. A pesar de lo que había sufrido en el cuerpo, su relación con Dios no había sido afectada.

Pero no todas las víctimas de violaciones tenían la misma seguridad. Elena lo comprobó unas semanas después, mientras estaba prisionera en un convento junto con monjas católicas romanas. Una monjita italiana, al borde de perder la razón por las repetidas violaciones brutales de que había sido víctima, estaba convencida de que había perdido su pureza y, por consiguiente, su salvación. La madre superiora había tratado en vano de razonar con ella y buscó a Elena para que la aconsejara. La franqueza de Elena sobre su propia experiencia y su profundidad espiritual era lo que necesitaba la monjita. Esta ocasión de limpieza espiritual para ambas preparó a Elena para otros abusos sexuales que tendría que soportar antes de su liberación.

El rescate de Elena, el último día del año 1964, fue más de lo que ella se había atrevido a esperar. Durante meses había tenido que enfrentarse cada día a la amenaza de una muerte segura. Casi no supo cómo aceptar su nueva libertad y el impacto emocional de verse de repente en Inglaterra. La invadió una sensación de gozo y de alivio al verse libre, pero sintió también gran tristeza al oír las horrorosas historias del martirio de algunos de sus más queridos amigos y colegas.

Al principio la idea de volver al África parecía remota, pero al mejorar la situación política del Congo y, con la llegada de cartas conmovedoras de colaboradores y de amigos africanos, el deseo de volver al África se hizo más intenso. Ahora la necesitaban más que nunca. ¿Cómo podría ella negarse a ir?

Elena regresó al África en marzo de 1966 para reanudar sus deberes como médica y misionera y, en particular, su obra de preparar enfermeras congolesas. A su llegada a la devastada misión fue recibida con júbilo, pero ella descubrió pronto que la vida en el Congo había cambiado mucho desde su primera llegada en 1953. Las cosas ya no serían iguales. El nuevo espíritu de independencia y nacionalismo penetraba todos los niveles sociales, incluso la iglesia. Ya no se sentía ese respeto y admiración, en especial en la generación más joven, por la doctora que había sacrificado tanto por el Congo.

Si sólo hubiera estado cuidando a los enfermos, su obra tal vez hubiera sido más

apreciada. Sus siete años de servicio esta vez estarían llenos de disturbios y desengaños. Los africanos negros estaban ahora en control y, por ser blanca, le negaban la autoridad que necesitaba como maestra. Los estudiantes se le oponían en casi todos los asuntos. Además, los hábitos de trabajo despreocupados y la esperanza de buena vida de los estudiantes chocaban con la consagración y empuje de Elena.

A pesar de los grandes sacrificios y logros de esos siete años, Elena salió de África en 1973 con su espíritu adolorido. Los estudiantes se habían rebelado contra su autoridad y aun sus colegas ponían en duda su habilidad para dirigir. Esa era una tragedia, en términos humanos, pues era un mal fin para los veinte años de servicio de Elena en África. Nos lo cuenta en sus propias palabras:

> Cuando supe que iba a volver a Inglaterra, que una pareja de médicos jóvenes iba a tomar mi lugar en la facultad de medicina y que un colega africano se iba a encargar del hospital, organicé una celebración. Esta sería la bienvenida a los dos médicos, el traspaso de mando al colega, la graduación de los estudiantes de la facultad de medicina y mi despedida. Un coro grande había estado ensayando durante cinco meses. Conseguí muchas cintas magnetofónicas para grabarlo todo y rollos fotográficos para llevarme un recuerdo de cada detalle. Luego, en el último momento, todos mis planes se desbarataron. Los estudiantes iniciaron una huelga. Terminé teniendo que renunciar a mi cargo de directora de la facultad de medicina, cargo que había desempeñado durante veinte años.[40]

Al volver Elena a su patria pasó por un "período de soledad muy prolongado" en su vida. De nuevo, como en otras ocasiones desalentadoras, se volvió a Dios. En vez de amargura, la invadió un nuevo espíritu de humildad y una nueva estimación de lo que Jesús había hecho por ella en la cruz. Dios la estaba preparando para un ministerio aun mayor, con el cual no había soñado jamás. En los años siguientes Elena se convirtió en una oradora de fama internacional a favor de las misiones cristianas. En la actualidad continúa escribiendo y dando conferencias.

CAPITULO 10

Los voluntarios estudiantiles: Dejando atrás el prestigio y la riqueza

A diferencia de las mujeres solteras, quienes en su mayoría elevaron su nivel de vida al entrar a la obra misionera, los voluntarios estudiantiles fueron principalmente jóvenes que, a los ojos del mundo, bajaron su nivel de vida. Ellos, por lo general, fueron al campo misionero casados o se casaron poco después de su llegada. Según muchos, era de admirar que personas como Gladis Aylward, Maude Cary y Juana Veenstra fueran a costas distantes a evangelizar a los "paganos". Todo lo que ellas habían podido ser era sirvientas o secretarias. Pero al mundo le parecía algo verdaderamente deplorable que se enviara a jóvenes inteligentes y graduados de la universidad a "desperdiciar" su vida entre los "paganos".

El Movimiento de Voluntarios Estudiantiles (MWE) nació en Mount Hermon, Massachusetts, Estados Unidos, en 1886. El ímpetu para su desarrollo, no obstante, ocurrió antes, cuando siete estudiantes de la Universidad de Cambridge le dieron la espalda a sus ambiciones académicas y dedicaron su vida a las misiones. El movimiento prosperó por unos cincuenta años, durante los cuales, según Heriberto Kane: "El movimiento tuvo que ver con el envío de 20.500 estudiantes al campo misionero, la mayoría de ellos de Norteamérica." Se calcula que, a principios del siglo veinte, los voluntarios estudiantiles constituían la mitad del total de misioneros protestantes. La mayoría de ellos trabajaba entre gente de civilizaciones antiguas y bien desarrolladas. Había entre los voluntarios una fuerte tendencia a ir a China. Casi la tercera parte de ellos sirvió allí. La siguiente concentración más grande estaba en la India, donde servía el veinte por ciento de los voluntarios. Los directores de las misiones solicitaban "hombres y mujeres con gustos literarios" que fueran a China, y hubo respuesta a su llamado. En 1920, en la convención de Des Moines, el movimiento ya había alcanzado su apogeo y a partir de entonces comenzó a declinar. Harold R. Cook escribe: "Era inevitable que la misma tendencia liberal que afectaba a las principales denominaciones alcanzara también al Movimiento de Voluntarios Estudiantiles. A fines de la década de los veinte ya estaba perdiendo terreno. Luego vino la Gran Depresión y la crítica 'Encuesta de los laicos' sobre las misiones con su desastroso efecto sobre toda la empresa misionera."[1]

> A pesar de sus fracasos, los voluntarios estudiantiles estuvieron entre los misioneros más consagrados que hayan existido. En una época cuando algunos misioneros se habían vuelto "indulgentes y perezosos", los voluntarios estudiantiles presentaban un evidente contraste. Ellos iban guiados por una intensidad de propósito inigualable; estaban dedicados a la evangelización del mundo por los medios que fueran necesarios.

Tal intensidad, en combinación con una amplitud mental adquirida durante su preparación universitaria, a menudo llevó a los voluntarios estudiantiles a adaptar su fe a la nueva cultura para alcanzar un mayor número de personas con el cristianismo. Se distinguían de los misioneros anteriores, los cuales sólo habían recibido una formación

bíblica. Muchos de los voluntarios estudiantiles, aunque preparados en teología, también habían estudiado otras disciplinas en su educación formal. Otros habían entrado a la obra como laicos, sin mucha preparación para el tipo de ministerio al cual habían sido enviados. Además, su gran interés por las religiones del mundo los llevó a manifestar un respeto hacia estas que no se había visto anteriormente entre los cristianos. Esto también abrió el camino a un nuevo examen y adaptación de sus creencias a nombre del evangelismo cristiano.

Debido a las convenciones cuadrienales programadas con regularidad y auspiciadas por el Movimiento de Voluntarios Estudiantiles, había un nexo interdenominacional entre los estudiantes que nunca antes había ocurrido en un movimiento misionero de base amplia. El resultado de esta asociación fue un beneficioso esfuerzo cooperativo entre los misioneros, que rara vez se había visto con anterioridad; ello también preparó el camino para el movimiento ecuménico. Este interés en la unidad, junto con el método modernista de estudio de las Escrituras, tuvo efectos duraderos en el evangelismo mundial. "El liberalismo protestante, que quitaba el énfasis de los milagros y la autoridad bíblica, introdujo el poderoso, aunque paralizante, secularismo en el cristianismo chino." Según Kenneth S. Latourette, este "movimiento secularizante" fue el factor más importante de pérdidas del cristianismo en China al enfrentarse al comunismo.[2]

Para muchos voluntarios estudiantiles, todo el mundo, no sólo un país, era el campo misionero. Mientras que muchos se establecieron en un campo y dedicaron su vida a una pequeña zona, un gran número cambiaba de campo y viajaba por el mundo en un esfuerzo por alcanzar a la élite (las clases con más preparación e influencia en la sociedad). Los voluntarios estudiantiles organizaban las Asociaciones de Jóvenes Cristianos y otros grupos para tener una red de estudiantes cristianos en todo el mundo.

Durante la primera mitad del siglo veinte, los estudiantes dejaron una señal indeleble en las misiones. Sus nombres — C. T. Studd, J. E. K. Studd, Roberto Wilder, Juan R. Mott, José H. Oldham, Roberto E. Speer, W. Temple Gairdner, William Paton, Fletcher Brockman, E. Stanley Jones y otros — siempre serán recordados en los anales de la literatura misionera como los que estuvieron dispuestos a dejar su carrera profesional, su riqueza y sus comodidades para servir en una causa a la cual se consagraron de todo corazón.

Sherwood Eddy habló a nombre de muchos voluntarios estudiantiles cuando escribió de su propia experiencia las siguientes conmovedoras palabras acerca del movimiento en general:

> Al echar una mirada retrospectiva, encuentro que me he pasado medio siglo en la vanguardia de las misiones. Fui uno de los primeros de los 16.000 voluntarios estudiantiles que participamos en lo que nos parecía nada menos que una cruzada misionera. Algunos nos consideraban fanáticos. Cometimos numerosos errores, los cuales reconocimos después con amargura. Muchos sacrificaron sus planes y ambiciones juveniles de riqueza, poder, prestigio o placer, para ir a algún país lejano sobre el cual sabían poco, con excepción de su gran necesidad espiritual. Muy similar a la unidad del cristianismo lograda durante la Edad Media, así era el sentimiento de estos estudiantes misioneros voluntarios que se consideraban como un solo equipo, trabajando en beneficio de un solo mundo, a las órdenes de un solo

> Capitán. Teníamos el mismo sentir que tuvo Wordsworth por la Revolución Francesa, que sin duda idealizó, lo mismo que nosotros con nuestra cruzada:

¡Dicha grande era estar vivos en ese amanecer, Pero ser jóvenes era el mismo cielo![3]

C. T. Studd

Quizás el más famoso de los voluntarios estudiantiles fue C. T. Studd, un excelente atleta universitario que era hijo de un inglés acaudalado. Carlos Studd es un ejemplo destacado de la buena disposición que los voluntarios estudiantiles tenían de sacrificar riqueza y prestigio, y de afrontar la tarea del evangelismo mundial con valor y consagración intensos. El tuvo un celo muy grande, en particular al final de su vida, que lo hizo despreciar su propio bienestar y el de su familia, en su esfuerzo por el establecimiento del reino de Dios. Fue esta tenaz disciplina, combinada con los defectos de su personalidad, lo que le convirtió en uno de los líderes misioneros más problemáticos de la iglesia evangélica en la historia moderna. Su papel, como fundador y director de la Cruzada Evangélica Mundial, es un ejemplo de la gran importancia que tiene para un candidato a misionero conocer a fondo al comité misionero y la personalidad de su director.

El joven C. T. Studd creció rodeado de lujo y riquezas en la década que comenzó en 1870, en Tedworth, la propiedad de la familia en Wiltshire, Inglaterra. Eduardo Studd, su padre, había hecho su fortuna como dueño de una plantación en la India; luego regresó a Inglaterra a darse una vida de ocio. Le gustaban mucho las carreras de caballos. El día que su caballo resultó ganador en el Gran Premio Nacional hizo una gran fiesta. Con tal reputación, muchas personas se sintieron sorprendidas cuando supieron que Eduardo Studd se había convertido en una de las campañas evangelísticas de D. L. Moody. El efecto fue inmediato. Vendió sus caballos, dejó las carreras, comenzó reuniones evangélicas en Tedworth y se dedicó a procurar la salvación de sus amigos y familiares. Sus tres hijos fueron especial objeto de su persistente testimonio y, según C. T. Studd: "Todos los de la casa estuvieron bajo esa presión hasta que se convirtieron."[4]

Los tres hijos se convirtieron antes de la prematura muerte de su padre dos años después. Seis años más tarde, después de la enfermedad de su hermano menor, que fue casi fatal, Studd asistió a una campaña de Moody y le consagró su vida a Dios y a las misiones. Su decisión causó sensación, pues, tanto en Eaton como en Cambridge, había él sobrepasado como jugador de cricket aun a sus talentosos hermanos,. Como era el capitán y el mejor jugador del famoso equipo de los Once de Cambridge, muchos lo consideraban el mejor jugador de cricket de Inglaterra. A la sensación causada por la decisión de Studd se añadía el hecho de que otros seis estudiantes inteligentes y talentosos de Cambridge habían tomado la misma decisión. Los "Siete de Cambridge", que fue el apodo que les



Los "Siete de Cambridge" después de su llegada a China (C. T. Studd, de pie a la izquierda).

dieron se comprometieron a zarpar para China juntos a trabajar con la MIC. Un periodista escribió: "Nunca antes en la historia de las misiones ha salido un grupo tan singular a trabajar en el campo misionero extranjero."[5] Para muchas personas, incluso para algunos miembros de la propia familia de Studd, la decisión de los siete estudiantes universitarios fue apresurada y un desperdicio muy grande de intelecto y de capacidad.

Studd estuvo menos de diez años en China, pero trabajó muy duro. Poco después de su llegada conoció a Priscila Steward y se casó con ella. Priscila era misionera del Ejército de Salvación en China. Tuvieron cuatro hijas mientras estaban allí. Los años de labor en el interior del norte de China estuvieron llenos de dificultades. Studd escribió: "Durante cinco años, nunca salimos de casa sin recibir muchos insultos de nuestros vecinos."[6] Pero, mientras se iban estableciendo, su ministerio se extendía; Priscila tenía un ministerio evangelístico con las mujeres; Carlos trabajaba con los adictos al opio.

Aunque había él recibido una cuantiosa herencia (equivalente hoy a más de medio millón de dólares), producto de la venta de las propiedades de su padre, la regaló toda. Quiso vivir solamente por fe, como otros misioneros de la MIC, y tuvo que afrontar muchas veces graves problemas económicos.

La mala salud forzó a Studd y a su familia a regresar a Inglaterra en 1894. Los seis años siguientes los pasó hablando a favor de las misiones en Estados Unidos e Inglaterra como representante del Movimiento de Voluntarios Estudiantiles. Según J. Heriberto Kane: "...Millares de estudiantes asistían a sus reuniones, a veces seis al día ... y centenares, en ese avivamiento, se presentaron como voluntarias para el servicio misionero."[7] En 1900 Studd se fue con su familia a la India, donde pasó seis años. Allí tuvo un ministerio con las personas de habla inglesa de las plantaciones. A él le pareció que esos años, pasados aparte del evangelismo misionero directo, no habían sido bien aprovechados. De regreso a Inglaterra, por mala salud, Studd continuó su ministerio de

orador itinerante, pero no sentía la seguridad de que estuviera en el centro de la voluntad de Dios.

Lo que cambió el curso de la vida de Studd fue un letrero que había sobre una puerta que decía: "Los caníbales desean misioneros." Después de averiguar más, supo que había centenares de millares de personas, en las tribus del Afrecha Central, que no habían escuchado el evangelio ni siquiera una vez porque "ningún cristiano había ido jamás a hablarles de Jesús". Studd dijo: "La vergüenza se ahondó en mi alma. Me dije: `¿Por qué no ha ido ningún cristiano?' Dios me respondió: `¿Por qué no vas tú?' `Los médicos no me lo permiten', le dije. La respuesta de Dios fue: '¿No soy Yo el buen médico? ¿No puedo Yo darte fuerzas? ¿No puedo cuidar de ti allí?' No quedaban excusas. Había que hacerlo."[8]

A Priscila no le gustó la decisión de Studd de ir a Afrecha, pues ella sufría de un mal del corazón. ¿Cómo iba él a dejarla y emprender esa aventura? El tenía cincuenta años de edad, estaba enfermizo y no tenía apoyo económico alguno. Ella se opuso al viaje, pero Studd, convencido de su llamamiento, salió en 1910 a un viaje de exploración. Volvió al año siguiente a hacer los planes para su nueva misión a Afrecha: MCA: la Misión al Corazón del Afrecha. En 1913, con un ayudante, Alfredo Buxton, quien después sería su yerno, Studd comenzó su aventura de dieciocho años en el Congo Belga (actualmente Zaire) en "al corazón del Afrecha". Aunque supo durante el viaje que Priscila había sufrido más complicaciones del corazón, no quiso regresar. Creía, con firmeza, que la obra del Señor estaba antes que los asuntos familiares. Cuando volvió a su patria, en 1916, (la única licencia de descanso que tomó), a reclutar más misioneros para el Afrecha, encontró a Priscila trabajando en la oficina de la misión, sana y más activa que nunca.

En los años siguientes llegaron a Afrecha más misioneros, entre los cuales se encontraban su hija Edith, casada con Alfredo Buxton, y su hija Paulina, quien llegó con su esposo Norman Grubb. Con la llegada de más misioneros, surgieron diferencias doctrinales y personales que afectaban la nueva misión. Aun sus hijas y yernos creían que era muy difícil trabajar con Studd. El lo había sacrificado todo por Afrecha y esperaba que sus misioneros hicieran lo mismo. Trabajaba dieciocho horas al día. Según Norman Grubb: "No había descanso . . . ni diversiones, ni días libres, ni recreación." Se esperaba que los misioneros vivieran al estilo africano y que evitaran toda apariencia del opulento estilo de vida europeo.

Para Studd el día regular de trabajo comenzaba a las seis de la mañana. Esperaba que tanto los africanos como los misioneros siguieran su ejemplo. A esa hora ya debían haber tenido sus devociones privadas, para que pudieran empezar las actividades del día. Una vez cuando Grubb sugirió que los africanos y los misioneros tuvieran reuniones de oración especiales para pedir un avivamiento, Carlos respondió: "No soy partidario de la oración en horas de trabajo. Tengamos una reunión a las cuatro de la mañana." Cuando Grubb se levantó a las cuatro a hacer sus devociones, podía oír ya, al otro lado de la misión, al "anciano con su banjo. El había reunido a algunos africanos para una reunión de oración a las cuatro de la mañana".[9]

La mala salud de Studd, sus largos días de trabajo y los múltiples problemas que tuvo en las últimas semanas de su vida agotaron su capacidad física y emotiva, y fueron la causa de su fallecimiento.

Después de la muerte de Studd, la CEM mantuvo un crecimiento constante. En la década de los setenta su obra se extendía por todo el mundo, con más de quinientos misioneros, entre ellos la valerosa doctora Elena Roseveare. Ella comenzó su obra en

Ibambi, donde también trabajó el incansable Studd. Al analizar el enorme éxito de la GEM, observamos la gran influencia de la dirección de Norman Grubb. Este fue lo suficientemente sincero como para admitir sus propias faltas. Defendía mucho a su suegro, pero fue sabio al reconocer los defectos de este y aprender de ellos.

Juan R. Mott

Aunque C. T. Studd y sus compañeros, los "Siete de Cambridge", llamaron la atención del mundo como estudiantes misioneros voluntarios, fue Juan R. Mott quien, más que ningún otro individuo, influyó en el flujo de estudiantes hacia los campos misioneros en`•' las décadas siguientes. El fue laico y nunca un misionero en sí. Su' influencia en las misiones fue tal vez superior a la de David Livingstone, de quien decía Mott: "Sus logros heroicos, a semejanza de los de Cristo, constituyeron el móvil misionero de mi vida."[10] Como muchos voluntarios estudiantiles, Mott también dejó pasar las oportunidades de riqueza y prestigio al consagrarse al evangelismo mundial. Aunque no aceptó puestos diplomáticos y oportunidades d ganancias económicas, no pudo eludirla fama. Fue amigo y conseje de presidentes, ganador del Premio Nóbel de la Paz y uno de los influyentes líderes religioso del siglo veinte.

Juan R. Mott nació y creció en Iowa, en Estados Unidos. Fue hijo de un próspero negociante en maderas. Se convirtió en su juventud y ayudó en la Iglesia Metodista Episcopal de la localidad. En 1881 a la edad de dieciséis años, salió de casa para asistir a la Universidad de Iowa. Allí se afilió a la Asociación Cristiana de Jóvenes, una organización internacional que se dedicaba entonces al evangelismo cristiano. Después de pasar cuatro años en esa universidad, Mott se trasladó a la Universidad Cornell donde estudió ciencias políticas e` historia. Allí, por la predicación de J. E. K. Studd, tuvo un cambio.`` espiritual en su vida y le dio prioridad al crecimiento espiritual al evangelismo. Este Studd era hermano de Carlos y había venido a Estados Unidos a dar conferencias en las universidades, por invitación de D. L. Moody y los directores de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Se esperaba que Studd, según el biógrafo de Mott, "atrajera estudiantes a escuchar su mensaje misionero y la descripción de los 'Siete de Cambridge' que habían renunciado a su posición social y a sus riquezas para dedicarse a las misiones".[11]

Aunque J. Studd ponía énfasis en las misiones, Mott no se dedicó personalmente a esa causa hasta el verano siguiente. El asistió a la primera Conferencia de Estudiantes Cristianos en Mount Hermon, Massachusetts, patrocinada por D. L. Moody y que después se reunió en Northfield, un lugar para conferencias cercano. Mott fue delegado de Cornell. Hubo unos 250 estudiantes de unas 100 universidades. El pasó un mes bajo la tutela de D. L. Moody y otros famosos maestros de la Biblia. El último día de las conferencias, Roberto Wilder, de Princeton, un entusiasta de las misiones, presentó un reto misionero que se convirtió en una petición enérgica de consagración personal. Como resultado, cien estudiantes, llamados después los "Cien de Mount Hermon", firmaron la "Promesa de Princeton" ("Me propongo, si Dios quiere, convertirme en misionero"), que sería después juramento de iniciación del Movimiento de Voluntarios Estudiantiles. Mott estuvo entre los cien que firmaron, y esa reunión fue principio del Movimiento de Voluntarios Estudiantiles para las Misiones (organizado oficialmente en 1888). Mott dirigió esa organización durante más de treinta años.

Después de esta famosa reunión, Wilder, por consejo de D. L. Moody y otros, comenzó una gira por las universidades para extender su invitación misionera a toda la

nación. Con su conmovedora invitación, su apremiante lema ("La evangelización del mundo en esta generación") y la "Promesa de Princeton", le dio ímpetu al movimiento en Estados Unidos y Europa. El fervor misionero de Wilder provenía de su experiencia de haber crecido en la India, donde sus padres eran misioneros. Su padre le había dado la inspiración para motivar a los estudiantes. El había sido miembro de la "Sociedad de los Hermanos" en Andover. Este era un club misionero fundado en 1806 por Samuel Mills y el Grupo del Pajar. Después de su eficaz gira por las universidades, Wilder volvió a la India y trabajó entre los estudiantes, en tanto que Mott y otros estuvieron al frente de la organización en Estados Unidos.

Como director y organizador del MVE, Mott tenía una tarea enorme, en especial si se tomaba en serio el lema del movimiento: "La evangelización del mundo en esta generación." La mejor manera de realizar esto, a su parecer, era mediante la movilización de millares de estudiantes que llevaran el evangelio hasta lo último de la tierra. Pero, ¿Por qué el MVE? ¿Cómo podría este movimiento realizar una hazaña que no había podido lograr la religión organizada? Mott estaba convencido de la necesidad de colaboración. El MVE, formado por jóvenes de diferentes antecedentes religiosos, parecía ser la solución ideal.

Además de sus actividades en el MVE, Mott también se dedicaba a la Asociación Cristiana de Jóvenes, con la cual trabajó durante más de cuarenta años, dieciséis como secretario general. Los viajes se convirtieron, entonces, en parte de su vida. Al terminar un viaje, comenzaba a hacer planes para el próximo. En sus viajes trabajaba con misioneros y estudiantes, y procuraba desarrollar una red mundial de actividades misioneras unificadas. Con este propósito, ayudó a organizar la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos. Esta organización internacional de estudiantes cristianos, bajo su dirección, llegó a incluir asociaciones de unas 3.000 escuelas.

China fue uno de los campos que mejor respondió a la solicitud de Mott. Tuvo mucho éxito, sorprendentemente, entre los literatos, "los intelectuales de ese gran país de intelectuales". Durante su primer viaje a ese país en 1896, las posibilidades de alcanzar a ese grupo con el evangelio parecían pocas. Según Mott, el ambiente cambió pronto: "Cinco años después, las paredes de Jericó comenzaron a desmoronarse. . . Los ancianos literatos comenzaron a cederle el paso a los jóvenes... Cuando llegué a Cantón me sorprendió que estos habían alquilado el teatro más grande de China; un edificio con capacidad para 3.500 personas. La noche de la primera reunión al acercarnos al teatro, vi a una multitud de personas en la calle. Pregunté: '¿Por qué no abren las puertas?' Alguien nos dijo que las puertas habían estado abiertas durante una hora y que se habían ocupado todas las lunetas. . . En la plataforma había unos cincuenta de los principales intelectuales chinos de Cantón. Muchos eran jóvenes que habían estudiado en Tokio y en las universidades de Estados Unidos." Cuando terminaron las conferencias, había más de 800 "simpatizantes" o interesados; después de un mes, casi 150 "habían sido bautizados o se estaban preparando para el bautismo". En otras dos ciudades chinas donde Mott dio conferencias recibió una acogida similar.[12]

El punto culminante de la carrera de Mott como promotor de misiones fue la Conferencia Misionera de Edimburgo en 1910. El la organizó y la presidió. Esta conferencia de diez días, con asistencia de 1.355 delegados, fue la primera conferencia misionera interdenominacional de ese tipo. Ella dio fuerza al movimiento ecuménico que se formó en las décadas siguientes. La conferencia fue muy entusiasta y todavía se mantenía el lema de la "Evangelización del mundo en esta generación". Ya había 45.000

misioneros en servicio activo. Al predecir que ese número se triplicaría en los treinta años siguientes, algunos delegados creían que la evangelización completa del mundo era inminente.

En los años siguientes a la conferencia de Edimburgo, la mayoría de las denominaciones tradicionales perdieron interés en las misiones. El MVE propuso lo siguiente en 1920, en su tensa conferencia de Des Moines, según C. Howard Hopkins: "Tratar de corregir la fascinación con las maravillas y misterios del Oriente que hipnotizó a sus antepasados y los envió a China ... lejos de la vista, el sonido y el olor de los barrios bajos de Chicago y de las injusticias del trabajo realizado con gran esfuerzo. Ellos querían concentrarse en las injusticias sociales presentes y cercanas y no en los 'asuntos tradicionales de la obra misionera".[13]

Mott siempre había hecho hincapié en los aspectos sociales del evangelismo mundial, pero sin darle importancia primordial. Pero se vio forzado a avenirse con el "cambio hacia el evangelio social" que empezaba a surgir en las misiones. El insistía en que el servicio social era "uno de los llamados más claros de nuestra generación", y que este iba de la mano del evangelismo personal: "No existen dos evangelios, uno social y uno individual. Sólo hay un Cristo que vivió, murió y resucitó por la vida de todos los hombres. El es el salvador de cada individuo y el poder suficiente para transformar su medio ambiente y sus relaciones."[14]

La posición conservadora de Mott y su adherencia estricta a la primacía del evangelismo en las misiones le hicieron perder influencia durante los últimos años del MVE. Una nueva generación de "voluntarios" ya no daba importancia al énfasis "estrecho" de Mott, el cual chocaba con el concepto más amplio de las misiones que tenían ellos. Mott también tenía otros críticos. Su nombre se vio asociado con la publicación de la "Encuesta de la participación de los laicos en las misiones" y el informe de esta: *Rethinking Missions* [Reconsiderando las misiones]. Por eso algunos consideraban que Mott se había vuelto más liberal en su concepto de las misiones. Ese informe procuraba volver a dar una definición del propósito de las misiones:

"Ver lo mejor de las otras religiones; ayudar a que los seguidores de esas religiones descubran, o redescubran, lo mejor de sus propias tradiciones; cooperar con los elementos más vigorosos y activos de las otras tradiciones en la reforma social y en la purificación de la expresión de la religión. El objetivo no debe ser la conversión."[16] Aunque Mott reconocía. el valor del informe, este no reflejaba su propia posición. Durante toda su vida, consideró que la conversión de los no cristianos era el objetivo más importante de las misiones.

Mott pasó los últimos años de su vida en la obra misionera, tanto en el extranjero como en su patria. Participó en la formación del Consejo Mundial de Iglesias, con la creencia de que esta organización podría fortalecer la influencia del cristianismo en el mundo. Aunque trató de evitar el amargo debate entre los fundamentalistas y los modernistas que afectaba la obra a nivel mundial, Roberto Speer y él fueron objeto de las críticas de los fundamentalistas. No obstante, a través de este período, su fe y su amor por su Salvador no disminuyeron. Mantuvo siempre una buena amistad con muchos de sus colegas más conservadores.

Toda su vida, a pesar de los viajes, Mott fue un hombre hogareño. Leila, su esposa durante sesenta y dos años, viajaba y trabajaba con él. Ella a menudo hablaba a grupos de mujeres universitarias y ministraba a las misioneras en todo el mundo. La muerte de su esposa en 1952 fue un duro golpe para Mott; no obstante, continuó solo llevando a cabo

sus viajes a favor del evangelismo mundial. Ella tenía ochenta y seis años cuando murió. En 1953, a la edad de ochenta y ocho años, él se volvió a casar. En 1954 apareció por última vez en público, en la asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, en Evanston, Illinois. Sin embargo, todavía no dejaba de viajar. El le dijo aun periodista: "La muerte será un lugar donde yo cambie de tren." Hizo ese trasbordo el 31 de enero de 1955.

Roberto E. Speer

Socio y amigo de toda la vida de Mott, Roberto E. Speer, de quien se decía que era "la encarnación del espíritu del Movimiento de Voluntarios Estudiantiles", también sirvió a la causa de las misiones como laico. A diferencia de Mott, se dedicó a una sola denominación, la Iglesia Presbiteriana, como secretario del comité misionero durante cuarenta y seis años. Su iglesia fue una de las más fervientes en la obra misionera. El entusiasmo de Speer por las misiones mejoró la posición de su iglesia. Aunque se respetaba mucho a Speer, quien era muy conocido en su denominación y en los círculos ecuménicos, su ministerio cubrió un período tormentoso de la historia de su denominación. A pesar de sus esfuerzos de pacificador, al reconciliar a los grupos opuestos, a menudo fue objeto de críticas. Sin embargo, durante su época, la Iglesia Presbiteriana hizo una gran obra de evangelismo mundial.

Speer nació en Pensilvania en 1867. Era hijo de un abogado del Partido Demócrata que había servido dos períodos en el congreso. Este crió a sus hijos en un estricto ambiente presbiteriano y puritano. Roberto Speer se educó en Andover y en Princeton. Allí fue presidente de su clase dos veces y jugó con mucho éxito en el equipo de fútbol de la universidad. Durante su segundo año de universidad en Princeton, Speer, al escuchar la predicación poderosa y persuasiva de Roberto Wilder, firmó su "promesa" junto con otros compañeros. Puso a un lado su aspiración de seguir a su padre en la profesión de abogado y consideró entonces la obra misionera. Escribió él: "Algunos creen que estamos poseídos de una ilusión extraña, muchos piensan que somos arrastrados por el fanatismo. .."[16]

Después de su graduación en Princeton, Speer fue secretario itinerante del MVE. Aunque sólo ocupó ese puesto un año, reclutó más de mil voluntarios para las misiones. Con la intención de ir al campo misionero, Speer volvió a Princeton a estudiar en el seminario. Antes de transcurridos dos años interrumpió sus estudios cuando lo llamaron a ocupar el más alto cargo administrativo del Comité Presbiteriano de Misiones. Según Sherwood Eddy esta invitación "cambiaba los planes de Speer, el cual se opuso al principio. El no quería quedarse atrás, después de comprometer a mil voluntarios que habían firmado la promesa de someterse a las durezas del campo misionero".[17] Speer aceptó la oferta al reconocer la posible influencia que podría tener en las misiones en ese puesto clave.

A Speer se le recuerda más por la influencia filosófica que tuvo en las misiones de su época. Cuando muchos jóvenes clamaban por la actividad social de las misiones, él insistía en que "el objetivo decisivo y supremo" de las misiones era religioso:

> En una época cuando el pensamiento humano está lleno de cosas y el cuerpo se ha subido al trono del alma, no exageramos al afirmar que nuestra obra no es filantrópica, ni política, ni secular, sino una obra religiosa y espiritual. Por supuesto, la religión debe expresarse en la vida, pero en la vida espiritual. Yo prefiero plantar una semilla de la vida de Cristo bajo el suelo de la vida pagana, que cubrir ese suelo con el adorno

de las costumbres sociales de nuestra civilización occidental.[18]

La controversia entre fundamentalistas y modernistas que existía en la Iglesia Presbiteriana en Estados Unidos también se manifestaba en el campo misionero. Speer, en medio de la controversia, se angustiaba por el efecto que esa lucha tendría en la obra evangélica. "Quisiera que tuviéramos el fervor de la convicción y la acción evangélicas", escribía a un misionero en China, "para pasar por alto asuntos como los presentes. Que los que quieran disputarlos se queden atrás y lo hagan. El resto seguiremos adelante, compensando con nuestros logros las deserciones y pérdidas de los que se queden atrás".[19]

A diferencia de muchos otros líderes de comités misioneros de su época, Speer tenía una opinión diferente en cuanto a la participación de las mujeres en el servicio cristiano. Su argumento era que "sería extraño y anómalo negar a las mujeres la igualdad en la iglesia, la cual es el fundamento mismo del principio de igualdad. Cristo hizo a las mujeres libres e iguales. ¿Se le permitirá a la mujer esta libertad e igualdad en otras partes y se le negará en la iglesia, donde tuvieron su origen la libertad y la igualdad?" Asimismo, elogiaba a "las iglesias cristianas de los campos misioneros" que "entendían el mensaje del evangelio en este respecto mejor que nosotros... Dios no les cierra a sus hijas las puertas que les abre a sus hijos".[20]

A la edad de setenta años, después de cuarenta y seis años de servicio, Speer se retiró de su posición de liderazgo en las misiones presbiterianas. Durante los diez años siguientes viajó y dio conferencias en las universidades, sin desmayar en su ferviente consagración a la obra misionera; siguió hasta el final con la misma intensidad que lo había caracterizado en sus primeros años de servicio. Según su biógrafo: "Al abordar un tren, llevaba consigo una bolsa con papeles y libros. De ella sacaba papeles e informes de la oficina, o un libro. Entonces se entregaba de inmediato a su estudio. . ."[21] A pesar de estar herido de muerte, pues padecía de leucemia, insistió en cumplir con un compromiso que había contraído anteriormente de hablar en público, solo tres semanas antes de su muerte, en 1947, aunque estaba tan débil que no podía estarse en pie. A pesar de que Speer fue uno de los grandes promotores de las misiones de este siglo, siempre consideró que su obra era inferior a la de los misioneros en el extranjero. Cuando un amigo quiso escribir su biografía, le respondió: "¡Nada de biografía! Di sólo que viví, trabajé y morí. Otros me reemplazarán."[22]

Samuel Zwemer

La intensidad que tanto caracterizó a los jóvenes e instruidos voluntarios estudiantiles que se esparcieron por todo el mundo desde fines del siglo diecinueve fue la cualidad que estimuló el esfuerzo misionero en el mundo islámico, donde la resistencia al cristianismo era muy grande. La primera misión cristiana de importancia a los musulmanes fue la de Raimundo Lulio en el siglo trece. El estuvo casi solo entre los cristianos en su interés de evangelizar a los musulmanes en vez de pelear contra ellos. En los siglos siguientes, según Esteban Neill, "las misiones cristianas prefirieron campos más productivos en vez de las tierras musulmanas". Esa situación cambió a fines del siglo diecinueve "cuando hubo una verdadera confrontación entre la fe de Jesucristo y la de Mahoma"." Los anglicanos' iniciaron la obra en 1860 y otras denominaciones los siguieron sin? mucho entusiasmo. Sin embargo, fue Samuel Zwemer, un voluntario estudiantil, al principio sin apoyo denominacional, quien coordinó el esfuerzo misionero entre los musulmanes. Llamó este la atención; del mundo en cuanto a la población

musulmana y a su necesidad" de Cristo. Muchos otros estudiantes voluntarios, entre ellos W. H. Temple Gairdner, el doctor Pablo Harrison y William Borden también sacrificaron su vida en la más difícil y mal recompensada empresa misionera.

Samuel Zwemer, el "Apóstol del Islam", nació cerca de Holanda, Michigan, Estados Unidos, en 1867; el décimo tercero de quince; hijos. Su padre era pastor de la Iglesia Reformada. Por eso a Samuel, según crecía, le resultaba natural la idea de estudiar para ministro. Cuatro de sus cinco hermanos también ingresaron en el ministerio evangélico. Su hermana Nellie Zwemer fue misionera en China durante cuarenta años. Mientras asistía a la Universidad de Hope, Zwemer sintió el deseo de hacerse misionero. Durante su último año de estudios, por la predicación persuasiva de Roberto Wilder, el mismo, que había animado a Juan Mott y a los Cien de Mount Hermon, cinco compañeros de clase, de siete que eran, y él se presentaron como voluntarios al servicio misionero.

Después de sus estudios del seminario y de su preparación médica, Zwemer y un compañero del seminario, James Cantine, se ofrecieron al Comité de la Iglesia Reformada para servir en el mundo árabe. No los aceptaron porque creían que tal misión no resultaría "práctica". Sin desanimarse, este par de entusiastas de las misiones fundó su propia sociedad misionera: la Misión Arabe y Americana. Inmediatamente comenzaron a recaudar fondos. Zwemer recorrió unos 6.500 kilómetros y visitó "casi todas las iglesias de nuestra denominación al oeste del estado de Ohio". Cantine viajó por el este. El método que ellos usaban para recaudar fondos era bien singular. En vez de pedir sostenimiento cada cual para sí mismo, Zwemer pidió apoyo para Cantine y viceversa. "La apatía de los pastores — escribió Zwemer — es el gran obstáculo", pero también había pequeñas molestias:"El domingo pasado prediqué, por la tarde, sobre las misiones, pero no me dejaron colgar el mapa, porque era domingo. ¡Esa misma congregación tenía ensayo del coro de jóvenes después del culto! Pero con la ayuda de Dios puedo hablar sin mapa; y así lo hice."[24]

En 1889 Cantine salió hacia Arabia. Zwemer lo siguió en 1890. Los líderes de su iglesia no, pasaron por alto la decisión y consagración de estos misioneros. En 1894 invitaron a la misión a formar 1 parte de la Iglesia Reformada de Estados Unidos.

El lento progreso y la oposición que Zwemer afrontó durante los 4 primeros años de su ministerio en el golfo Pérsico no lo desanimaron, pues era lo que esperaban. Al principio, Cantine y él vivieron con misioneros anglicanos. Cuando trasladaron a la pareja anglicana, se quedaron solos, con la excepción de un creyente sirio que había ido a trabajar con ellos. La prematura muerte del sirio, seis meses después de su llegada, fue un doloroso golpe para la obra.

En 1895, después de pasar cinco años como misionero soltero, Zwemer se enamoró de Arpy Wilkes, una enfermera y misionera natural de Inglaterra. Ella estaba patrocinada por la Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana. Pero como sucedía con su obra evangelística, el noviazgo y el matrimonio de Zwemer también tuvieron obstáculos. El poner a un lado las "muy estrictas reglas referentes a los amigos de las jóvenes misioneras" de la Sociedad Misionera de la Iglesia era en sí una gran lucha, pero el matrimonio presentaba aun mayores obstáculos, en especial para un misionero joven y con poco dinero. El biógrafo de Zwemer dice: "Es verdad que la Sociedad Misionera de la Iglesia no cedió su tesoro con facilidad. Como es la costumbre en ciertas misiones, la persona que no permanece cierto tiempo en el campo misionero deberá reembolsar, al renunciar, parte del costo del transporte. Fue necesario obedecer esa regla, de modo que ... Samuel Zwemer compró a su esposa conforme al estilo oriental."[25]

Los Zwemer estuvieron de visita en los Estados Unidos en 1897. Luego volvieron al golfo Pérsico a trabajar con los musulmanes en la isla de Bahrein. Repartían literatura y evangelizaban en las calles y en los hogares, pero rara vez vieron una respuesta positiva. Las condiciones de vida complicaban aun más los esfuerzos para tener un ministerio con éxito. Como no existía el aire acondicionado, el calor era casi insoportable: "En la parte más fresca del corredor había 42 grados centígrados." La tragedia personal también interfirió con la obra. En julio de 1904 murieron las dos hijitas de los Zwemer, de cuatro y siete años de edad, una ocho días después de la otra. A pesar del dolor y de las dificultades, Zwemer se sentía contento en su ministerio. Al recordar esa época, unos cincuenta años después, dijo: "El gozo perfecto de todo eso me invade de nuevo. Con gusto lo haría otra vez..."[26]

En 1905 la misión árabe de Zwemer ya había establecido cuatro bases misioneras y, aunque eran pocos, los conversos mostraban un valor poco común en la profesión de su nueva fe. En aquel año volvieron los Zwemer a Estados Unidos y, aunque no lo sabían entonces, ese fue el fin de su obra misionera entre los musulmanes. Al volver a su patria, Zwemer viajó y habló a favor de las misiones entre los musulmanes. Recaudó fondos enérgicamente, sin tener en cuenta la filosofía de Hudson Taylor de no manifestar las necesidades económicas. En 1906 presidió la primera asamblea general de misiones en los países islámicos, la cual se celebró en El Cairo.

Zwemer también aceptó la urgente invitación de que sirviera como secretario viajero del Movimiento de Voluntarios Estudiantiles. Este cargo le gustó mucho. Al mismo tiempo se desempeñó como secretario del Comité Reformado de Misiones. Así pasaba el tiempo viajando y hablando en público. A diferencia de su obra entre los musulmanes, este trabajo produjo una reacción entusiasta. Muchos estudiantes respondieron al llamado a las misiones. No obstante, Zwemer tenía deseos de volver a Arabia. En 1910,después de la gran Conferencia Misionera de Edimburgo y de un viaje a Estados Unidos, se embarcó para Bahrein a continuar su obra.

La esposa y los hijos menores de Zwemer lo acompañaron al golfo Pérsico, pero no se quedaron allí mucho tiempo. No estaban satisfechos con la situación de sus dos hijos mayores, en Estados Unidos, y la educación de los dos menores en el campo misionero tampoco era buena. Entonces volvió a Estados Unidos a encargarse de los asuntos familiares. Esta situación puso a la familia, como lo describió Zwemer, en "los tres cuernos de un dilema", un problema sin solución. "Si la esposa volvía a su patria con los niños, algunos dirían que el misionero no amaba lo suficiente a su esposa al dejarla irse así. Si dejaban a los niños en su país de origen, se diría que los padres los habían abandonado. Si los esposos pasaban más tiempo del debido en su patria, los acusarían de abandonar la obra misionera."[27]

De regreso al campo misionero, vio Zwemer que le era difícil volver a establecerse en la obra. Se solicitaba su servicio como líder. La planeación de conferencias y los compromisos para hablar en público lo apartaban con frecuencia de su campo misionero. En 1912 recibió una invitación de la Misión Presbiteriana Unida de Egipto, respaldada por la Sociedad Misionera de la Iglesia, en la que le pedían que estableciera su domicilio en El Cairo para que fuera el coordinador de la obra misionera de todo el mundo islámico. Zwemer aceptó la invitación, pues también se manifestaron a favor de ella la Prensa Misionera del Nilo, conocida por su distribución de literatura entre los musulmanes, la Ac1 (Asociación Cristiana de Jóvenes) y la Universidad Americana de El Cairo.

En El Cairo, Zwemer encontró una sociedad mucho más abierta, donde los jóvenes

educados querían escuchar al gran intelectual misionero de Occidente. El pasaba muchas horas cada semana en las universidades y, según Sherwood Eddy, aun "logró tener acceso a los directores de la orgullosa e influyente Universidad Musulmana de El Azhar". En ocasiones dictó conferencias con una asistencia de hasta 2.000 musulmanes. Las conversiones eran escasas y la oposición intensa. En cierta ocasión lo obligaron a salir de El Cairo. Lo acusaron de distribuir tratados ilegalmente entre los estudiantes universitarios. Este incidente contribuyó a la conversión de uno de esos estudiantes. Un profesor, muy enojado, rasgó en pedazos uno de los tratados, frente a su clase. Un estudiante, curioso de saber por qué un folleto causaba tal enojo, recogió después los pedacitos y los pegó de nuevo. Este estudiante se convirtió al cristianismo.

Durante su primer año en El Cairo, Zwemer tuvo la compañía de William Borden, un joven voluntario estudiantil de Yale, quien había firmado la "Promesa de Princeton" como resultado de la predicación de Zwemer. La humildad y el entusiasmo con que Borden repartía tratados, mientras recorría las calurosas calles de El Cairo en su bicicleta, hacían difícil imaginarse que había nacido rico y era el heredero de la vasta fortuna de los Borden. Antes de aventurarse en el campo misionero, había donado centenares de miles de dólares a varias organizaciones cristianas. Al mismo tiempo había resistido la tentación de comprar un automóvil, lo que consideraba "un lujo injustificable". Su única meta era dedicar su vida al servicio misionero. Así lo hizo, aunque por poco tiempo. Después de cuatro meses en El Cairo, murió víctima de un ataque de meningitis espinal.

Durante diecisiete años El Cairo fue el centro de operaciones de Zwemer. De allí salió a viajes por todo el mundo para participar en conferencias, recaudar fondos y establecer obras entre los musulmanes de la India, China, Indochina y Afrecha del Sur. Los métodos evangelísticos de Zwemer fueron una combinación del evangelismo tradicional y la idea más moderna de "compartir", característica entre los voluntarios estudiantiles. El trató a los musulmanes en un plano de igualdad, compartiendo su propia fe (una teología muy conservadora) mientras trataba de aprender más de la fe de ellos, siempre dando muestras de gran respeto. Aunque los convertidos fueron pocos, tal vez menos de una docena en casi cuarenta años de labor misionera, logró mucho al darles a conocer a los cristianos la necesidad de la evangelización de los pueblos islámicos.

> En 1918 recibió Zwemer la tentadora oferta de pasar a formar parte del cuerpo docente del Seminario Teológico de Princeton. Su deseo de continuar la obra en El Cairo era muy grande y, por ello, rehusó la invitación. En 1929 su obra estaba bien establecida. Entonces cuando recibió otra invitación del Seminario de Princeton, pudo dejar su puesto con buena conciencia y comenzar una nueva carrera como jefe del departamento de historia de la religión y de misiones cristianas.

Además de a la enseñanza, dedicó Zwemer el resto de su vida a escribir y a dictar conferencias. Durante cuarenta años fue director del *Mundo Musulmán* que, según Heriberto Kane, fue "la revista más prestigiosa de su clase en el mundo de habla inglesa". También escribió centenares de tratados y unos cincuenta libros. Hasta el fin de sus días estuvo lleno de "energía nerviosa" y de una incesante actividad mental. Un compañero de viajes describió una noche que pasó en el mismo sitio que Zwemer: "El no podía quedarse en la cama más de media hora seguida . . . pues, entonces, prendía la luz, se levantaba,

tomaba papel y lápiz, escribía unas pocas líneas y se acostaba otra vez. Cuando ya comenzaba a dormirme de nuevo, se levantaba Zwemer una vez más, prendía la luz, escribía otras notas Y. . se acostaba de nuevo."[28]

Durante toda su vida, Zwemer tuvo que afrontar tragedias y dificultades. Sufrió la muerte de sus dos hijitas, de compañeros íntimos y de dos esposas, la primera en 1937 y la segunda en 1950. No obstante, se mantuvo muy feliz y optimista, y siempre tuvo tiempo para divertirse y hacer chistes. En cierta ocasión, en un restaurante en Grand Rapids, Michigan, Estados Unidos su risa fue "tan alegre y ruidosa" que el jefe de meseros tuvo que intervenir para imponer el orden. El mostraba gran aprecio por la parte humorista de la vida. Su personalidad lo ayudó a sobrellevar los años de trabajo en el estéril campo del mundo islámico.

E. Stanley Jones

El entusiasmo de algunos voluntarios estudiantiles por introducir la ciencia y la tecnología occidentales en China no tuvo paralelo alguno en el esfuerzo de E. Stanley Jones por alcanzar a los intelectuales de la India. En realidad, Jones evitó todo esfuerzo por que se identificara al cristianismo con la civilización occidental. Más bien creía que la gente de la India debía interpretar a Cristo según sus propias costumbres y civilización. Aun el uso de conferencias científicas para introducir el evangelio era un nexo que no se debía establecer. El creía que uno de los mayores obstáculos para el crecimiento del cristianismo en la India era la relación inseparable entre el cristianismo y la civilización occidental y que los misioneros tenían la culpa de la perpetuación de ese mal.

Jones nació en Maryland en 1884. Tenía sólo dos años cuando Wilder inspiró los corazones de los "Cien de Mount Hermon". Su consagración como voluntario estudiantil vino años después, mientras asistía a la Universidad de Asbury. Su primer deseo fue servir como misionero en Afrecha. Pero este llamado sólo se realizó en la mente de cierto estudiante, contaba Jones como chiste, que escribió en un examen que había sido Stanley Jones el enviado a buscar a Livingstone, quien había desaparecido por mucho tiempo. Pero antes de salir de Asbury, la Sociedad Misionera Metodista le escribió pidiéndole que fuera a la India de misionero.

Antes de ir a la India, Jones sufrió una humillación que cambió el curso de su ministerio. Esto hizo que enfocara su mensaje en Cristo y no en los enredos doctrinales. Fue en la ocasión de su "primer sermón":

> La pequeña iglesia estaba llena de parientes y amigos, todos ansiosos de que el joven saliera bien. Yo me había preparado durante tres semanas, pues sería el abogado de Dios y tendría que defender bien su caso. Comencé con mucha elocuencia y, después de media docena de oraciones, usé una palabra que no había usado antes y que nunca usé después: "indiferentismo". Una estudiante se sonrió al oírla e inclinó la cabeza... Su sonrisa me molestó tanto que perdí el hilo del sermón. Mi mente se quedó en blanco. Estuve allí en pie esperando que se me ocurriera algo. Al fin, exclamé: "Lo siento, pero se me olvidó el sermón", y fui en busca de mi asiento, avergonzado y confuso... Cuando ya iba a sentarme, la Voz Interior dijo: "¿No he hecho nada por ti? Si es cierto, ¿no podrías contar eso?" Obedecí a esta impresión en mi espíritu y me puse en pie frente al púlpito, porque

> creía que no debía estar detrás de él, y dije: "Amigos, veo que no puedo predicar, pero ustedes saben lo que Cristo ha hecho por mí, como me ha cambiado y, aunque no pueda predicar, seré su testigo por el resto de mis días." Al terminar, se aproximó un joven y me dijo que quería lo que yo había hallado. Me pareció un misterio entonces y todavía me parece que, en medio de mi fracaso de aquella noche, aun así encontró él algo que anhelaba. Nos arrodillamos juntos y encontró lo que buscaba. Esto causó un profundo cambio en su vida y hoy es pastor y su hija es misionera en Afrecha. Como abogado de Dios fui un fracaso; como testigo de Dios tuve éxito. Esa noche marcó un cambio en mi concepto de la obra del ministro cristiano. El debe ser, no un abogado de Dios que arguya bien a favor de El, sino un testigo del Señor que cuente lo que la gracia ha hecho en su indigna vida.[29]

Jones comenzó su carrera misionera en 1907 como ministro metodista ordenado en una iglesia de habla inglesa de Lucknow, India. Predicaba los domingos y pasaba la mayor parte del resto del tiempo en el estudio del idioma local. Después de tres años se trasladó a Sitapur, donde ministró principalmente entre los descastados. La mayoría de los misioneros concentraban su obra en este segmento de la sociedad, porque no ofrecía resistencia. Mientras Jones vivía en medio de esa gente, se dio cuenta de que la India era mucho más que una tierra de pobres despreciados por la sociedad. Se interesó por los demás, en particular los intelectuales de la clase alta, y comenzó su ministerio entre ellos.

El trabajo entre las clases educadas era un gran desafío, pero también resultaba debilitante. A menudo se hallaba Jones a la defensiva ante los argumentos de algunos de los intelectuales más perspicaces que hubiera encontrado jamás. El esfuerzo resultaba demasiado grande. Después de ocho años y medio de trabajo y de varias depresiones nerviosas, volvió a Estados Unidos a recobrar el ánimo y a descansar. Al regresar a la India, después de su ausencia, los problemas mentales continuaron. "Yo vi que, a menos que obtuviera ayuda de alguna parte, tendría que dejar mi carrera de misionero.. . Esa fue una de las horas más tenebrosas de mi vida." Entonces Jones tuvo una profunda experiencia espiritual: "Una paz muy grande inundó mi corazón y todo mi ser. ¡Yo sabía que el milagro se había realizado! La vida abundante había tomado posesión de mí." Nunca más sufrió Jones de enfermedades mentales.[30]

Al cambiar su vida, Jones se volvió uno de los evangelistas más distinguidos del mundo. Trabajaba entre la clase alta de la India. Su buena fama iba más allá de las fronteras de ese país, las cuales pasó para llevar el mensaje de Jesús. Cristo era el enfoque central del evangelismo de Jones, no el cristianismo, y siempre ponía énfasis en la diferencia. El cristianismo, tal como lo conocía el mundo, era una iglesia institucional occidental. Los misioneros de la cultura occidental habían llevado a la India el cristianismo pero no a Cristo. Lo que los intelectuales de la India habían rechazado era ese cristianismo, no la persona de Cristo. Jones estaba convencido de que si los habitantes educados de la India tuvieran la oportunidad de ver a Cristo, sin toda su apariencia occidental, lo recibirían gustosamente.

Jones fue más allá de la mera disociación de Cristo de la cultura occidental. El también lo disoció del Antiguo Testamento: "El cristianismo se debe definir como Cristo y no el Antiguo Testamento, ni la civilización occidental, ni aun el sistema construido alrededor de El en el Occidente, sino Cristo mismo. . ." Jones consideraba su misión como

la de Pablo cuando dijo: "Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Corintios 2:2). Como es natural, la eliminación del Antiguo Testamento de su predicación causó discusiones. Pero Jones defendía su posición con sentido práctico:

> Yo todavía creo que el Antiguo Testamento es la mayor revelación de Dios dada al mundo antes de la venida de Jesús; yo me alimento espiritualmente de él como lo hizo Jesús. Pero el asunto iba más allá. Un abogado jainista, destacado escritor contra el cristianismo, se puso de pie en una de mis reuniones y me hizo una larga lista de preguntas sobre cosas del Antiguo Testamento. Yo contesté: "Hermano mío, me parece que puedo responder a sus preguntas, pero no creo que deba hacerlo. Yo definí el cristianismo como Cristo. Si usted tiene objeciones contra El, estoy listo a oírlas y responderlas, si puedo." El contestó: "¿Quién le dio a usted la autoridad para hacer tal distinción? ¿El consejo de cuál iglesia le dio esa autoridad?" Le contesté que mi propio Maestro me la había dado... La revelación era progresiva, y había culminado en El. Entonces, ¿por qué batallaría yo en una etapa imperfecta, cuando la perfección estaba en El? Mi amigo abogado vio con desmayo que mi definición había convertido en cenizas una considerable cantidad de los libros que había él escrito en contra del cristianismo.[31]

Según Jones, no era la Biblia ni la doctrina cristiana lo que le daba su carácter único al cristianismo entre las religiones del mundo, sino más bien Cristo. Por eso creía que sólo se debía exaltar a Cristo. En cierta ocasión, cuando un hindú le hizo el elogio de que era él "un cristiano con una gran amplitud mental", respondió: "Hermano, yo soy el hombre de mente más estrecha que usted haya conocido. Soy amplio en todo lo demás, pero en la suprema necesidad de la naturaleza humana me veo limitado por los hechos a la estrechez de uno solo: Jesús." Jones siguió explicando: "Es precisamente porque creemos en lo absoluto de Jesús que podemos darnos el lujo de tener la más generosa opinión con relación a los sistemas y situaciones que no son cristianos."[32]

Al presentar a Cristo a los habitantes de la India que no lo conocían, Jones trataba de usar métodos que fueran parte natural de la sociedad de la India. Ejemplos de esto fueron sus Conferencias de la Mesa Redonda y sus Ashrams Cristianos. Las primeras comenzaron después que lo invitaron a un hogar hindú a unirse a otros intelectuales en discusiones filosóficas. Todos ellos se sentaron en el suelo formando un círculo. Jones hizo lo mismo. El invitaba a cristianos y también a los seguidores del hinduismo, del jainismo y del Islam. Estas discusiones, aunque de orientación intelectual, se convirtieron en un medio de evangelización: "No hubo una sola situación, que yo recuerde, en la que antes de concluir una Conferencia de la Mesa Redonda Cristo no dominase la situación moral y espiritualmente."[33]

El movimiento del Ashram Cristiano que Jones fundó fue también un acomodo a la vida social hindú, una alternativa a la iglesia occidental. "La iglesia es una institución de culto que se utiliza, cuando más, una o dos veces a la semana. Esto hace que la comunión sea una cosa del momento, de una o dos horas cada siete días. Después de esas pocas horas, cada uno regresa a su vida privada independiente. La mente de los habitantes

de la India, en realidad, la mente humana, anhela algo que reúna toda la vida alrededor de un control central y que la convierta en una comunión que no sea de una o dos horas, sino que sea continua y que esta comunión lo abarque todo."[34]

La disposición del Ashram Cristiano era muy semejante al hindú. Se pedía que la "familia" se levantara a las 5:30 AM. y pasara el día en varias actividades. Estas incluían las devociones privadas, el trabajo manual y las discusiones en grupos. Estas últimas se eliminaban el día de la semana dedicado al "silencio absoluto". Aunque el propósito principal del ashram era el crecimiento espiritual personal, su efecto mayor en la India fue la disolución de las barreras políticas y de castas que, de lo contrario, hubieran separado a los cristianos en sus labores cotidianas. En 1940 ya había unas dos docenas de Ashrams Cristianos por toda la India.

La fama de Jones como evangelista y promotor del cristianismo le dieron mucha respetabilidad en la India y en todo el mundo. Mahatma Gandhi y Jawaharlal Nehru eran sus amigos. Ambos lo respetaban mucho, aunque ninguno de ellos se convirtió al cristianismo. Pero Jones fue más que un misionero en la India. Japón fue uno de los países que visitó en sus viajes evangelísticos y, dice Heriberto Kane, "las reuniones allí atraían a multitudes de todo el país. Decenas de millares hicieron su decisión por Cristo".[35]

Como reconocido evangelista mundial y líder cristiano, Jones tuvo mucha influencia en las conferencias ecuménicas del siglo veinte. Se hallaba frecuentemente en desacuerdo con sus colegas, en particular, en el asunto de que Jesús, y no la institución cristiana, era lo más importante. En la Conferencia de Madrás de 1938, por ejemplo, se opuso a Hendrick Kraemer y a otros que apoyaban la proposición: "La Iglesia es, bajo Dios, la esperanza del mundo." Sólo Dios, como se ve a través de Jesucristo, es absoluto; este era el argumento de Jones.[36]

Aunque hacía mucho tiempo que Jones se había apartado en su ministerio de la exclusividad denominacional y tenía un concepto amplio de unidad cristiana, no obstante, sus compañeros metodistas lo tenían en muy alta consideración. Fue elegido obispo de la Iglesia Metodista en la Conferencia General. Pero antes de la ceremonia de consagración, renunció. "Yo soy evangelista; no obispo", expresó.

Jones siempre fue, ante todo, evangelista. Aunque "apreciaba todo lo bueno y verdadero de las religiones orientales e hizo todo lo posible por ser condescendiente — decía Kane —, hablaba él de la exaltación suma de Jesucristo y del carácter único del evangelio cristiano. Siempre concluía sus conferencias con 'Jesús y la resurrección' ". Su tarea de evangelista no era la expansión de la iglesia como institución, sino la presentación de personas a Jesús para que luego éstas llegaran a conocerlo a su modo. El escribió: "Hay una hermosa costumbre en las bodas hindúes que arroja una tenue luz sobre nuestra labor en la India y el lugar donde termina esta. En la ceremonia de bodas las amigas de la novia la acompañan al son de la música hasta el hogar del novio. La conducen hasta la presencia del novio (ahí termina su recorrido), luego se retiran y la dejan con su futuro esposo. Esa es nuestra gozosa tarea en la India: conocerlo a El, presentarlo a El, y retirarnos, no del lugar geográfico, sino para confiarle el Cristo a la India y la India a Cristo. Sólo hasta allí podemos llegar. Cristo y la India deberán seguir juntos el resto del camino." [37]

Esa filosofía de la evangelización mundial fue el tema del libro de Jones, el cual circuló ampliamente, *The Christ of the Indian Road* [El Cristo del camino Hindú]. Este libro ha tenido un importante impacto en las misiones del siglo veinte. Hasta su muerte en 1973, él fue un evangelista cristiano sincero, pero su interpretación del lugar que le

corresponde a la iglesia institucional y su preocupación por la paz y la justicia social tal vez hayan contribuido a que muchas misiones hayan sustituido la verdadera evangelización por un mero evangelio social.

CAPITULO 11

Los misioneros sostenidos "por fe": Dependiendo sólo de Dios

Mientras el Movimiento de Voluntarios Estudiantiles reclutaba intelectuales jóvenes en las universidades, otra clase de misión iba adquiriendo empuje en su afán por llegar a las zonas del mundo donde no se había llevado el evangelio todavía. Las misiones sostenidas "por fe", como se las ha llamado, tuvieron su origen en 1865 cuando Hudson Taylor fundó la Misión del Interior de la China. El influyó, directa o indirectamente, en la fundación de más de cuarenta misiones. Con la fundación de la Alianza Cristiana y Misionera (1887), la Misión Alianza Evangélica (1890), la Misión Centroamericana (1890), la Misión del Interior del Sudán (1893) y la Misión del Interior de África (1895), las misiones independientes sostenidas "por fe" alcanzaron importancia en la evangelización mundial. Según Heriberto Kane sus "gloriosos logros son más extraños que la ficción y más maravillosos que los milagros". En tanto que la mayoría de las nuevas misiones sostenidas "por fe" luchaban por sobrevivir, otras como la Misión Alianza Escandinava, fundada por Federico Franson (conocida actualmente como la Misión Alianza Evangélica), crecieron con velocidad sorprendente. A los dieciocho meses de existencia, esta misión había enviado casi cien misioneros a China, el Japón, la India y África.

Desde el principio, las misiones sostenidas "por fe" se han identificado con los fundamentalistas. La mayoría de los misioneros o no han tenido educación superior o han sido graduados de institutos bíblicos o universidades cristianas, tales como Nyack, Wheaton o Moody. El Instituto Bíblico Moody sobresale de modo especial en la preparación de misioneros sostenidos "por fe". Kane dice que el instituto "tiene una historia extraordinaria. Desde 1890, más de 5.400 graduados de Moody han servido en 245 misiones en 108 países del mundo. De estos, más de 2.022 todavía estaban en servicio activo en 1976. Se calcula que uno de cada dieciocho misioneros norteamericanos, que hay en el mundo hoy se ha graduado del Instituto Bíblico Moody", y la mayoría sirve en misiones sostenidas "por fe".[1]

La expresión sostenidos "por fe" se asocia, a menudo, con las misiones cuya norma económica no les garantiza un sueldo fijo a sus misioneros. Algunas misiones hasta rehúsan solicitar fondos y dar a conocer las necesidades de sus misioneros. Dicen estas que confían sólo en Dios para la satisfacción de sus necesidades económicas. La idea de vivir completamente por fe iba más allá de la mera economía. Las misiones nacieron por fe, afrontando con frecuencia riesgos muy grandes. Por eso hubo un alto porcentaje de mortalidad entre los pioneros de las misiones sostenidas por fe.

No se tomaba con ligereza el arriesgarlo todo por llevar el evangelio a los que nunca lo habían oído. Los misioneros sostenidos "por fe" iban motivados por una clara imagen del infierno. Para ellos, el propósito de las misiones era salvar a las almas perdidas del tormento eterno del fuego del infierno. Jaime Elliot imploraba: "Que los que conocemos a Cristo oigamos los gritos de los condenados, al precipitarse de cabeza en la

larga noche sin Cristo, y sin esperanza de otra oportunidad... ¡Que vertamos lágrimas de arrepentimiento por los que hemos dejado de rescatar de las tinieblas![2]

Los misioneros sostenidos "por fe" no han pasado por alto las necesidades físicas y sociales de las personas a quienes sirven y, por eso, han estado activos en ministerios educativos y médicos; pero siempre le han dado importancia primordial a la evangelización. Para facilitar la difusión del evangelio, han surgido nuevas ideas en el evangelismo. Según Kane: "Las misiones sostenidas por fe han introducido la mayor parte de las innovaciones en el movimiento misionero del siglo veinte. Tales innovaciones incluyen el uso de la radio, la aviación, los cursos bíblicos por correspondencia, los discos evangélicos, las cintas magnetofónicas, el evangelismo a fondo y la educación teológica por extensión."[3] Un buen ejemplo de esto es la Misión Latinoamericana fundada en 1921 por Harry Strachan. Su propósito esencial era la evangelización mediante campañas en masa. Strachan, su esposa Susana y otros misioneros aplicaban lo último en las técnicas de propaganda y comunicación por medio de la puesta en escena de programas sanos y divertidos en teatros y salas públicas que atraían a multitudes por toda la América Central y del Sur. Ellos presentaban el evangelio con claridad; los nuevos creyentes quedaban al cuidado de las misiones e iglesias locales.

El hincapié hecho en la evangelización por las misiones sostenidas "por fe" aumentó mucho la expansión del cristianismo. Esas misiones se han ido multiplicando acorde con los desafíos que se les han presentado. Hoy día, inspiradas por la consagración y perseverancia de sus fundadores y primeros misioneros, las misiones sostenidas "por fe" están entre las sociedades misioneras más grandes del mundo. Aunque su énfasis geográfico y sus métodos evangelísticos son diversos, ellas han trabajado eficientemente, cooperando unas con otras en el plano individual y por medio de la Asociación Interdenominacional de Misiones (fundada en 1917 para promover el crecimiento de las misiones sostenidas "por fe"), así como de otras organizaciones misioneras. Por medio de este esfuerzo conjunto, las misiones evangélicas sostenidas "por fe" independientes se han convertido en la fuerza misionera más poderosa del mundo.

A. B. Simpson

Como los grandes promotores de misiones Samuel Mills y Juan R. Mott, nunca llegó A. B. Simpson a trabajar como misionero en los países extranjeros; pero al igual que los anteriores, su influencia en las misiones fue enorme, particularmente en el desarrollo de las sociedades misioneras de fines del siglo diecinueve y principios del veinte en Norteamérica. Influyó también en los fundadores de la Misión del Interior del Sudán y de la Misión del Interior de África, los cuales también estudiaron en su escuela de adiestramiento para misioneros. Su entusiasmo por las misiones estimuló la actividad misionera de varias denominaciones evangélicas, en particular las del movimiento de santidad. Desde 1883 inauguró convenciones interdenominacionales en Estados Unidos y Canadá. En ellas presentaba a misioneros de varias denominaciones y misiones. Estas convenciones llevaban el conocimiento de las misiones al pueblo. Así fue como Simpson llegó a formar su propia misión internacional de gran éxito, la Alianza Cristiana y Misionera. En gran parte gracias a su influencia, las misiones del siglo veinte se convirtieron en la más eficaz labor de extensión de las iglesias evangélicas de Norteamérica.

Simpson estuvo relacionado con las misiones desde el principio de su vida. Nació en la isla Príncipe Eduardo, Canadá, en 1843. Juan Geddie, el primer misionero

canadiense en los mares del Sur lo bautizó a pocas semanas de nacido. El "ambiente misionero" de su hogar hizo un impacto duradero en su vida. En su juventud se sintió muy conmovido con la lectura de la biografía de Juan Williams, martirizado en la isla Eromanga. En la Universidad Knox de Toronto, Simpson siguió interesado en las misiones. Sin embargo, al graduarse, recibió la invitación de la gran Iglesia Knox de Hamilton, Ontario, para ocupar su pastorado. La excepcional capacidad para predicar de Simpson lo llevó a ese cargo en esa iglesia, que era una de las má3 prestigiosas de Canadá, cuando tenía solamente veintiún años de edad. Esa misma capacidad fue la razón de su gran influencia como promotor de misiones. Además de su destreza como predicador, Simpson necesitaría años para desarrollar otras cualidades que necesitaba en el papel que desempeñaría en las misiones mundiales.

La buena reputación de Simpson como predicador elocuente hizo que lo invitaran de otras iglesias. Después de ocho años en la Iglesia Knox, aceptó el cargo de pastor de la gran Iglesia de la Calle Chestnut en Louisville, Kentucky, Estados Unidos. Tuvo éxito en la reconciliación de esa iglesia, que todavía estaba dividida por las hostilidades de la Guerra Civil. No obstante, todavía estaba insatisfecho con el cristianismo de alta sociedad, tan notable en esa ciudad. No se sentía cómodo con el alto nivel social de su congregación. También le molestaba dedicarse a los ricos, sin preocuparse del pueblo en general. Sólo una crisis espiritual profunda le hizo ver que su ministerio se había vuelto "estéril y seco" y que "su verdadera obra casi no había comenzado todavía". Después de "una noche de soledad y tristeza ... y creyendo que moriría antes del amanecer, hizo la primera consagración definitiva de su corazón." Sólo entonces, la Iglesia de la Calle Chestnut se convirtió en un centro evangelístico para ganar almas en Louisville.[4]

Durante su pastorado en Louisville, Simpson viajaba a Chicago a visitar amigos. Allí tuvo otra experiencia espiritual profunda. En una visión:

> El Espíritu de Dios le mostró el mundo sin Cristo. . . "Una noche desperté temblando por la sensación solemne y extraña del inmenso poder de Dios. En mi alma permanecía el recuerdo de un sueño raro que acababa de tener. Me parecía que estaba sentado en una sala inmensa. Había millones de personas allí sentadas a mi alrededor. Parecía que todos los cristianos del mundo estaban allí. En la plataforma había una gran multitud de rostros y formas. Parecían chinos en su mayoría. No hablaban, pero en su muda angustia retorcían las manos; sus rostros tenían una expresión que nunca olvidaré. Yo no había estado hablando de los chinos, ni del mundo pagano, pero al despertar con esa visión en la mente temblé junto con el Espíritu Santo y caí de rodillas. Todas las fibras más íntimas de mi ser respondieron: 'Sí, Señor, yo iré.' "[5]

Después de esa visión, Simpson "trató durante varios meses de encontrar una puerta abierta, pero el camino estaba cerrado". Su mayor obstáculo era su familia: su esposa Margarita y sus seis hijos. A. E. Thompson escribió: "La señora de Simpson todavía no había tenido una visión misionera. Ella había estado dispuesta a dejar su amado Canadá cuando recibieron la invitación de Kentucky. Pero, ¿ir a China? Su naturaleza práctica, su instinto maternal y, tal vez, su ambición femenina por el futuro de su inteligente esposo, respondían: "No'." Ella estaba contenta con la vida cómoda que les

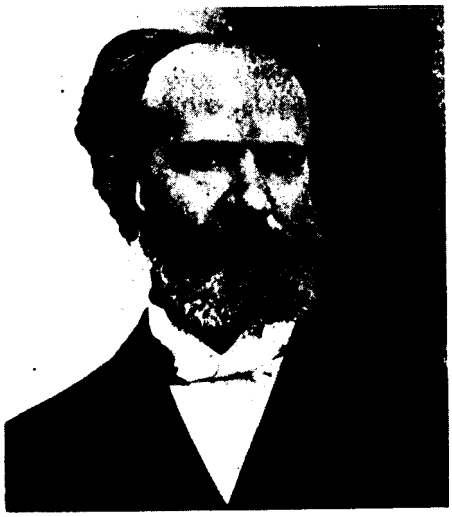
brindaba la Iglesia de la Calle Chestnut y no quería dejar esa comodidad: "Entonces yo no estaba lista para tal sacrificio. Le escribí que estaba bien que se fuera a China solo. Yo me quedaría en casa y cuidaría de los hijos. Sabía que eso lo aquietaría por algún tiempo."[6]

Simpson no estaba dispuesto como Livingstone a dejar a su esposa y a sus seis hijos. Con el correr del tiempo, "Dios le mostró que tendría que luchar por el mundo y los perdidos, aunque no le permitieran estar en medio de ellos."[7] Louisville no era el lugar para lanzar una empresa de evangelización mundial. Por eso, en 1879, aceptó la invitación de una iglesia de la ciudad de Nueva York. Allí comenzó su ministerio a escala mundial.

Simpson pronto descubrió que la Iglesia de la Calle Trece, donde ministraba, no tenía su misma visión por las almas perdidas. Tampoco compartían sus ideas sobre la sanidad divina, las cuales se habían formado recientemente, debido a su propia sanidad. Entonces, después de sólo dos años en esa iglesia, presentó su renuncia, aunque esta decisión les pareció necia a muchos. Empezó su nuevo ministerio sin contar con ingresos regulares. La ciudad de Nueva York sería su propio campo misionero. Desde esa base, alcanzaría hasta lo último de la tierra y, al mismo tiempo, mantendría su familia intacta.

Esta decisión fue atrevida y dejó asombrados no sólo a la iglesia y a sus asociados, sino también a su esposa. A. W. Tozer describió así los sentimientos de ella:

> La esposa de un profeta viaja por un camino difícil. No siempre puede tener la visión del esposo, pero debe acompañarlo a donde lo lleve la visión. Se ve obligada a andar por fe, y la mayor parte del tiempo, por la fe del esposo. La señora de Simpson se esforzaba por entender pero, si a veces perdía la paciencia con su esposo piadoso, aunque falto de sentido práctico, no se le debe censurar demasiado por esa causa. De la riqueza y la alta posición social, pasó ella, de repente, a la pobreza y casi a la exclusión social. Debía alimentar a su familia de algún modo, pero no tenían ni un centavo. Ya no percibían un sueldo y no podían seguir viviendo en la casa de la iglesia... El señor Simpson había oído la voz que le ordenaba salir y salió sin temor. Su esposa no había oído nada, pero se veía obligada a salir de todos modos. Muchos la acusan de que a veces fue un poco antagónica. Pero debe dejarse sentado para su gloria eterna que ella se las arregló para no perder totalmente de vista al distraído esposo que andaba siempre por las nubes. No era trabajo fácil ser la esposa de un hombre como A. B. Simpson.[8]



A. B. Simpson, fundador de la Alianza Cristiana y Misionera.

Simpson empezó su nueva obra con un anuncio en el periódico. Celebró su primera reunión un domingo por la tarde y el público estaba invitado, con la excepción de los miembros de su congregación, a quienes les había dicho que no asistieran, pues no quería que lo acusaran de dividir la iglesia. La reunión tuvo buena asistencia, pero sólo se quedaron siete personas después del servicio para consagrarse por completo a su nuevo ministerio. Con estos siete, Simpson formó un núcleo que, por su entusiasmo en el evangelismo, atrajo multitudes que llenaron el lugar alquilado donde tenían los cultos. En los ocho años siguientes, el grupo se trasladó de un lugar a otro hasta cuando construyeron un edificio permanente, el Tabernáculo Evangélico.

Simpson se proponía organizar un grupo de creyentes que estuvieran dedicados por completo al evangelismo mundial. Sin embargo, no quería limitar su organización a los seguidores de la ciudad de Nueva York. Para ampliar el alcance de su misión, publicó una revista de misiones, ilustrada, El evangelio en toda la tierra. También organizó convenciones en las ciudades de Norteamérica. En 1887 se formó la Alianza Cristiana para reunir a los creyentes con visión misionera en una organización sólida. De esa organización se desprendió una nueva sociedad misionera, la Alianza Misionera Evangélica. Durante diez años las dos organizaciones trabajaron por separado. En 1897 se unieron para formar la Alianza Cristiana y Misionera. Simpson estableció en el ínterin una escuela en la ciudad de Nueva York para el adiestramiento de misioneros. Así, ya iba en camino a convertirse en uno de los promotores de misiones más destacado de Norteamérica.

El argumento con el que abogaba Simpson a favor de las misiones estaba revestido de un sentido de urgencia: no era sólo un asunto de salvar a las almas de caer en el infierno, sino de apresurar el regreso de Cristo. El texto misionero clave de Simpson era Mateo 24:14: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin." Fue este enfoque global lo que le dio su carácter único a la Alianza Cristiana y Misionera entre las sociedades misioneras independientes. La mayoría de las misiones se concentraba en una zona en particular, o escogía dos o tres campos, pero la Alianza Cristiana y Misionera se extendió con rapidez por todo el mundo. Al cabo de cinco años esta misión ya tenía 150 misioneros, en 15 campos misioneros diferentes.

La Alianza Cristiana y Misionera pasó por duras pruebas en su inicio. Los

primeros misioneros fueron cinco jóvenes que salieron hacia el Congo en 1884, tres años antes de que se organizara oficialmente la misión. A los pocos meses de su llegada murió Juan Condit, el jefe del grupo. En el Congo y en el Sudán los primeros intentos de evangelismo costaron muchas vidas. Dijo Thompson: "Esos malsanos climas acabaron con tantas vidas que, durante años las tumbas de los misioneros en ambos campos eran más numerosas que los misioneros vivos."[9] La obra en China también se manchó al principio con la sangre de los mártires. La rebelión de los Bóxers, en 1900, causó la muerte de treinta y cinco misioneros y niños de la Alianza.

La obra siguió su marcha y, a la muerte de Simpson en 1919, la misión ya estaba afirmada en todos los continentes. La sociedad misionera tenía también su escuela de preparación de misioneros bien establecida en su lugar permanente en Nyack, Nueva York. El legado de Simpson en la esfera de la educación cristiana sobrepasó los límites de una sola institución. Su concepto de una escuela de adiestramiento para misioneros inició el movimiento de institutos bíblicos. Este se extendió por toda Norteamérica y llegó a ser en las décadas siguientes la fuente principal para el reclutamiento de misioneros de las sociedades independientes sostenidas "por fe".

Rowland Bingham

El fracaso, la muerte y la desesperación estuvieron presentes en el inicio de la Misión del Interior del Sudán. Los sueños idealistas de unos pocos hombres, sin experiencia, de penetrar lo que se conocía entonces como el Sudán, parecían una causa sin esperanzas. Era esta una región extensa y prohibida, al sur del Sahara, que ahora se encuentra dividida en varias naciones separadas. Sin embargo, por la insistencia infatigable de un hombre, Rowland Bingham, la Mis llegó e ser una de las empresas misioneras más dinámicas, en África, en la historia de la iglesia cristiana. Hoy día es una de las misiones más grandes del mundo. Ha llegado a tener en ocasiones más de 1.300 misioneros.

La historia de la MIS no comienza con Rowland Bingham. Fue Walter Gowans, un canadiense de ascendencia escocesa, quien primero tuvo la visión que llevó a la fundación de la MIS. Después de estudiar las necesidades de los campos misioneros del mundo, se convenció de que el Sudán, con más de sesenta millones de personas, sin un solo misionero cristiano, era el lugar donde Dios lo quería. Desde el principio, Gowans tuvo obstáculos, especialmente en conseguir quienes lo respaldaran económicamente. Ninguna misión de Norteamérica quería correr el riesgo de enviar misioneros al malsano Sudán. Pero Gowans no se amedrentaba por eso. Salió de su hogar en Toronto y se embarcó para Inglaterra donde esperaba despertar interés en su obra.

Mientras tanto, el apoyo principal de Gowans, su propia madre, buscaba otras personas que se unieran a la empresa de su hijo. El hecho de que ella ya había enviado una hija a China no apagaba su entusiasmo por enviar a su hijo. Bingham observó su ferviente entusiasmo mientras hablaban en la sala de la casa de ella. Lo había invitado allí después de oírlo hablar en una reunión. Con la convicción de que sería un buen compañero para su hijo, le presentó emocionada las necesidades del Sudán. Era una mujer persuasiva y, "a la mañana siguiente", escribió Bingham, "cuando fui a visitar a la señora de Gowans, fue para anunciarle que esperaba embarcarme a las dos semanas, para unirme a su hijo en una empresa común. Se puso muy contenta. Constituía ella todo el comité de la misión y me aceptó al instante." [10]

Bingham nació en 1872 en Sussex, Inglaterra. Tuvo una niñez libre de preocupaciones hasta la tragedia económica que afectó a la familia a raíz de la muerte de su padre. A la edad de trece años comenzó a trabajar. Tres años después emigró al Canadá en busca de las oportunidades del Nuevo Mundo. Se había convertido en Inglaterra mediante el ministerio del Ejército de Salvación. Poco después de su llegada al Canadá, escribió que "Dios me puso en claro que quería que predicara el evangelio. Por la dirección del Señor entré al Ejército de Salvación como oficial". En este ministerio conoció a la señora de Gowans.

Después de comprometerse con la nueva empresa misionera, Bingham viajó a Nueva York, donde se comunicó con Tomás Kent, un compañero universitario de Walter Gowans y lo persuadió a que se uniera a la empresa. Salieron juntos en la primavera de 1893, para unirse a Gowans y comenzar el fatigoso viaje por el África, al que darían inicio desde la costa occidental. Al llegar a Lagos, el trío de jóvenes se dio cuenta de la razón que tenían las otras misiones para no enviar misioneros al Sudán. No tendrían ninguna posibilidad de sobrevivir. El director de la Misión Metodista del África Occidental les hizo una desanimadora advertencia: "Jóvenes, ustedes nunca verán el Sudán; sus hijos tampoco lo verán; tal vez sus nietos lo lleguen a ver.[11] Los misioneros de otras sociedades también les hicieron predicciones aterradoras. No obstante, el hecho de que ningún otro misionero estaba predicando el evangelio en el Sudán era la razón por la cual habían ido, y no iban a echar pie atrás. Su esperanza de establecerse juntos, como equipo, se desvaneció cuando Bingham enfermó de malaria. Se decidió entonces que se quedara en la costa para establecer el centro de aprovisionamiento.

Antes de transcurrido un año después de salir al viaje de unos 1.300 kilómetros por tierra, se cumplieron las predicciones pesimistas con la muerte de Kent y de Gowans. Mientras Kent regresaba a buscar más provisiones, Gowans, debilitado por la disentería, fue capturado por el rey de una tribu que vendía esclavos. Murió varias semanas después de ser liberado, mientras unos africanos lo llevaban de regreso a la costa. Entre tanto, Kent había tenido un ataque de paludismo en su viaje de vuelta. Bingham lo cuidó hasta que recobró la salud, pero murió tras otro ataque de malaria cuando iba de camino para reunirse con Gowans.

Cuando Bingham recibió las noticias de la muerte de ambos, ocurrida una sólo tres semanas después de la otra, se sintió desconsolado. Volvió a Inglaterra con incertidumbre acerca de su futuro y de su fe: "Los cimientos mismos de mi fe estaban siendo conmovidos.. .los que más deseo tenían de cumplir los mandamientos del Señor y llevar el evangelio a los millones que estaban en tinieblas? Tenía muchas dudas... ¿Era la Biblia sólo una evolución del pensamiento humano, y hasta de prejuicios, o se trataba de una revelación divina? Durante meses luché con este asunto hasta que finalmente me paré de nuevo sobre la roca firme.[12]

Bingham volvió a Canadá con una fe renovada, decidido a continuar con la misión en el Sudán. Como reconocía su falta de preparación para la obra misionera, tomó un curso básico de medicina en un hospital de Cleveland. Luego, en el otoño de 1895, se matriculó en el instituto bíblico de A. B. Simpson en Nueva York, donde habían estudiado Gowans y Kent. Mientras estudiaba allí fue pastor de una pequeña iglesia, pero todavía sentía carga por el Sudán. Sabía que nunca tendría paz hasta que regresara al África a realizar el sueño de Gowans. Sabía que para lograrlo necesitaba una organización. En mayo de 1898 se estableció oficialmente la Misión del Interior del Sudán. Ese mismo mes, Bingham se casó con Elena Blair, la hija de un hombre con quien Bingham tenía una

deuda de gratitud: "Solo cinco años antes, su padre, que había sacado todo lo que tenía en el banco para ayudar a enviarme al África, poco se imaginaba que algún día yo volvería con el objeto de pedirle a su hija que participara conmigo en esa obra. Al ver que nuestro primer intento sólo había producido dos tumbas solitarias, al padre le pareció que había sido más fácil desprenderse del primer regalo que del segundo.[13]

En 1900, siete años después de su primer intento, Bingham y otros dos voluntarios estaban listos para tratar de llegar al Sudán de nuevo. Esta vez Bingham vio que "los misioneros de Lagos estaban mucho más en desacuerdo que nunca" con sus planes, lo cual les expresaron, "sin titubeos, a los dos jóvenes" que había llevado. El desaliento continuó y, después de varias semanas, Bingham enfermó de paludismo, por lo cual le ordenaron que regresara a su patria. Aunque los otros dos misioneros habían prometido continuar, se desanimaron después de oír más predicciones pesimistas y decidieron salir en el próximo barco que zarpara.[14]

Otra vez se encontró Bingham deprimido: "Hubiera sido mejor que yo hubiera muerto en África, quizás, pues en mi viaje de regreso morí de otra manera. Todo parecía haber fracasado. Mientras recuperaba MIS fuerzas en Inglaterra, me llegó la noticia de que MIS dos compañeros llegarían pronto. Este fue el período más negro de toda mi existencia."[15] Bingham no se daría por vencido; volvió a Canadá, se reunió con el consejo de la misión y consiguió otros cuatro misioneros que lo acompañaran en su tercer intento por llegar al Sudán.

Esta vez tuvieron éxito. En 1901 se estableció la primera estación misionera de la MIS en África, en Patigi, a unos 800 kilómetros río arriba en el Níger. Por cada paso hacia adelante, se daban dos hacia atrás. Después de dos años, sólo uno quedaba con vida del grupo original de cuatro. Uno había muerto y dos fueron enviados de regreso a su patria, debilitados por las enfermedades, para no volver jamás. Aunque sostenida sólo por unos pocos conversos del trabajo de los primeros diez años en Patigi, la MIS se fue extendiendo a nuevos puestos misioneros y se afirmó en esa desolada región.

Uno de los factores que influyeron en la permanencia de la MIS en África, a fines del siglo, fue el uso de la quinina como cura perfecta de la malaria. Con el uso apropiado de ese remedio los misioneros ya no tendrían que temer esa terrible enfermedad. Otro factor fue la oración. Según Bingham, la señora Gowans fue "una de las personas que más ayudaron con sus oraciones a la bendición y fortaleza" de la MIS. "Con su oración y su fe ella nos sostuvo hasta que pasamos de los primeros siete años estériles a los años de la cosecha."

Al desaparecer el terror de la malaria, los misioneros se enfrentaron a otros obstáculos qué eran igualmente terribles. Bingham escribió:

> Hay una lucha invisible constante contra el poder de las tinieblas. . . Está de moda en el mundo occidental relegar la creencia en demonios y diablos al campo de la mitología. Cuando se los menciona, si acaso, es en broma. Pero no es un chiste en África, ni en ningún otro campo misionero. Uno no tiene más que adentrarse un poco en las selvas de Nigeria, del Sudán o de Etiopía y visitar sólo unas pocas aldeas africanas para creer en diablos y demonios. Ellos están alrededor de uno y, muy pronto, se comparte la creencia de los paganos en la realidad de estas fuerzas malignas. Por supuesto, sin participar, como cristianos, en sus temores ni en sus ofrendas vanas

> para propiciarlos. En los primeros días de la misión abundaban, sin que nada les sirviera de obstáculo, los fetichistas, los hombres diabólicos, los ju-ju, la licantropía, los brujos, los hechiceros y los envenenamientos. ..[16]

Los misioneros con frecuencia narraban "macabras y extrañas historias" de sus "encuentros con estas fuerzas siniestras del mal. . ." Un misionero contó que, al entrar en una aldea donde se realizaban ritos satánicos, "los brujos llevaban puestas horribles máscaras . . . gesticulaban, asumían distintas poses y giraban, mientras la multitud gritaba y rugía ... el ruido era indescriptible". "Cuando pasé por entre la gente hasta el centro del círculo", el misionero recordaba después, "vi, con asombro, que había una mujer joven, rígida y suspendida en el aire. Sus pies estaban como a sesenta centímetros del suelo y . . . el sudor salía de su cuerpo como de una fuente según se me iba aproximando, suspendida en el aire, sin ningún apoyo visible debajo de ella".[17]

Mientras los misioneros luchaban contra los poderes invisibles de las tinieblas y predicaban el evangelio, se daban cuenta también que de no podían pasar por alto las necesidades físicas de las personas que los rodeaban. La lepra, en particular, era una enfermedad terrible en África. Las MIS se apresuró a tomar parte activa en la erradicación de este horrible azote de la gente. Esta obra comenzó en 1920, y en 1960 la misión ya estaba tratando más de 30.000 pacientes de lepra en Nigeria solamente. Muchos africanos que recibían el tratamiento eran musulmanes, y a pesar de haber sido educados como musulmanes y de las amenazas de sus padres muchos se entregaron a Cristo."[18]

Al crecer y extenderse la obra de la MIS en África, se hicieron patentes las necesidades de Etiopía. La iglesia que establecieron allí los misioneros de la MIS cerró con broche de oro la muy sacrificada vida de servicio de Bingham en África. En 1928, el doctor Tomás Lambie abrió la obra en las provincias del sur de Etiopía. Se estableció en la provincia de Wallamo, donde ejerció la medicina e hizo obra evangelística. Otros misioneros de la MIS se unieron a este esfuerzo y, durante varios años, se dedicaron a la obra con pocos resultados. En 1935, cuando el ejército italiano atacó a Etiopía, la situación se puso más difícil. Las embajadas británica y estadounidense aconsejaron a todos sus ciudadanos que salieran de inmediato, pero los misioneros de la MIS se quedaron con permiso de Rowland Bingham, su director general. El dijo: "Ustedes están bajo órdenes más elevadas que las del rey de Inglaterra o el presidente de Estados Unidos. Reciban sus instrucciones de El y nosotros estamos con ustedes."[19]

En esta época había sólo diecisiete creyentes bautizados en Wallamo y los misioneros sabían que sus días de servicio allí estaban contados. "Como sabíamos que nos quedaba poco tiempo — escribió un misionero — hicimos todo lo posible por enseñar a los cristianos y predicar el mensaje del evangelio... Era peligroso salir de los terrenos de la misión, pero la urgencia e importancia de aprovechar bien el poco tiempo que quedaba para preparar más a los cristianos jóvenes justificaba el riesgo. "[20]

A pesar de la lucha y de las amenazas diarias a sus vidas, los últimos diecinueve misioneros y siete niños no fueron evacuados años más de "tiempo prestado" para preparar mejor a la iglesia de Wallamo. Pero aun con este tiempo extra, los creyentes todavía eran pocos, sólo cuarenta y ocho. Los misioneros salieron con tristeza profunda y dudas: "Al doblar el último recodo de las montañas y ver, a la distancia, el movimiento de las manos en señal de despedida, nos preguntábamos qué pasaría a esa llamita de la luz del evangelio que había sido encendida en medio de tanta oscuridad. ¿Podrían estos

cristianos jóvenes resistir la persecución que se acercaba, de modo inevitable, con tan sólo el Evangelio de Marcos y unos pocos folletos de porciones selectas de las Escrituras en su propio idioma para guiarlos y enseñarles?"[21]

Y la persecución llegó, muy severa, para purificar la iglesia y engrandecer el testimonio de los cristianos, lo mismo que en la Iglesia primitiva. Dice Raimundo Davis: "En cierta ocasión, cincuenta líderes habían sido arrestados y puestos en prisión, cuando los italianos se dieron cuenta de que sus esfuerzos para eliminar la iglesia sólo aumentaban su fortaleza y tamaño. A cada uno le dieron cien azotes y a uno de ellos, cuatrocientos. Ninguno pudo acostarse de espaldas durante meses, y tres de ellos murieron." Pero, a pesar de esta persecución tan fuerte, la iglesia crecía con rapidez. ¿Por qué? "El amor demostrado por los cristianos entre sí, en la hora más grave de la persecución, hizo una impresión profunda en los incrédulos.. . Este testimonio silencioso, natural y vivo atrajo a muchos al conocimiento del Señor. La noticia de ese amor, hasta entonces desconocido, se extendió por todas partes."[22]

En 1941 la guerra en Etiopía había terminado. Al año siguiente se permitió el regreso de los primeros misioneros, pero sólo si trabajaban para el gobierno británico. Lo que hallaron no fue nada menos que un milagro. Los 48 cristianos que habían dejado, cinco años antes, habían aumentado hasta llegar a 10.000. En vez de una iglesia pequeña, había entonces casi 100 congregaciones esparcidas por toda la provincia. Esta fue la historia más portentosa de evangelismo cristiano en África. Esto dejó asombrado a Bingham, quien tenía entonces sesenta y nueve años de edad. Las dolorosas pérdidas de los primeros años en África estaban dando su fruto. El cuenta esa historia en un libro sobre los primeros cincuenta años de la MIS en África, Los siete sietes. Como las buenas noticias lo entusiasmaron tanto, Bingham hizo planes para ir a Etiopía. No alcanzó salir de Canadá, pues en diciembre de 1942 murió de repente, al parecer de un ataque cardiaco.

En los años después de la muerte de Bingham, la MIS ha tenido muchas victorias en África, pero también se enfrentó a algunos reveses desalentadores. Cuando se declaró la independencia del Sudan en 1955, los misioneros se hallaron en medio del disturbio político. Cuando estalló la guerra civil entre las tribus del sur y los musulmanes árabes del norte, se acusó a los misioneros de ayudar s a los rebeldes del sur. El nuevo gobierno nacionalizó las escuelas de la misión. En 1964 el gobierno, controlado por los musulmanes, echó a todos los misioneros del sur. Al irse los misioneros, la vida de los cristianos sudaneses empeoró. El gobierno del norte armó a algunas tribus del sur para que lucharan contra otras tribus de la misma región. Con esta medida, se explotaba el odio entre las tribus para debilitar la resistencia del sur. Algunas tribus del sur fueron aplastadas, sin piedad, y más de medio millón de personas perecieron. Torturaron a los cristianos, quemaron las iglesias y una aldea cristiana, por lo menos, fue arrasada por completo.

A principios de la década de los años setenta, sin embargo, la situación política del Sudán cambió. El gobierno despidió a los consultores soviéticos y permitió el regreso de los misioneros. Se estableció un pequeño instituto bíblico. Entre 1977 y 1982 se llevó a cabo un programa de salubridad muy bueno. Al concluir el programa disminuyó el número de misioneros, pero la iglesia siguió creciendo con resultados animadores.

Mientras tanto, había otra vez agitación política en Etiopía. Esta vez intervino la Unión Soviética. Al fin se estableció firmemente un gobierno marxista. Se puso presión a las iglesias y a los misioneros. Muchos misioneros se trasladaron a otros países. En 1978 la cantidad de misioneros de la MIS que permanecían allí se había reducido a 12% del

número máximo anterior. Sin embargo, la cantidad de iglesias relacionadas con la MIS permaneció en 2.500.

Los últimos años de la década de los setenta y los primeros de la de los ochenta, fueron un período de prueba muy duro para los cristianos de Etiopía. El gobierno puso a algunos cristianos en prisión y cerró centenares de templos. No obstante, la cantidad de iglesias activas siguió constante. En 1982 la iglesia todavía contaba con más de 60 institutos bíblicos, con un total de más de 3.000 estudiantes. La iglesia de Etiopía continúa enviando y sosteniendo a sus propios misioneros. Todos los meses se convierten a Cristo millares de personas.

Pedro Cameron Scott

La Misión del Interior de África, como la Misión del Interior de Sudán, meramente sobrevivió su turbulenta infancia. La tortura del ambiente africano era demasiada para los misioneros occidentales. Por algún tiempo, el sueño de la realización de la visión de Juan Krapf de establecer una cadena de bases misioneras a través de

África, partiendo de la costa oriental, parecía convertirse en una horrible pesadilla. La empresa que había comenzado con tantas esperanzas en 1895 estaba casi extinguida a los pocos años. Pero en 1901 la situación estaba cambiando, y la Misión del Interior de África estaba en vías de convertirse en la misión más grande del África Oriental.

La MIAS fue fundada por Pedro Cameron Scott, joven misionero que había servido por poco tiempo en África bajo la Alianza Misionera Internacional, que después fue la ACM. El se había visto obligado a regresar a su patria debido a varios ataques de malaria. Scott nació en Glasgow, Escocia, en 1867. Cuando tenía trece años de edad, su familia emigró a Estados Unidos y se estableció en Filadelfia. Allí Pedro estudió canto con un maestro italiano. Aunque sus padres se oponían a su carrera en la ópera y querían que fuera impresor, la vida artística le atraía más. Fue en la escalinata de un teatro de ópera, cuando iba a responder a una solicitud de cantantes para el coro, que Scott se enfrentó a la decisión más importante de su vida. ¿Buscaría una vida de gloria y aplausos en el mundo de la farándula, o se dedicaría al servicio de Dios, a pesar de lo humilde y oscuro de las circunstancias? Este fue un momento de crisis en la vida del joven, pero la decisión fue definitiva. Escogió servir a Dios.

Después de tomar tal decisión, Scott se matriculó en el instituto para adiestramiento de misioneros que A. B. Simpson había fundado en Nueva York. Allí se preparó para su obra en África. En noviembre de 1890, a la edad de veintitrés años, fue ordenado por Simpson. Al día siguiente salió hacia la costa occidental de África a unirse a la Alianza Misionera Internacional, que tenía obra allí. Unos meses después llegó también su hermano Juan. La gozosa reunión se convirtió pronto en tristeza. Juan no pudo resistir el malsano clima del África. Otro misionero fue entonces sepultado en "el cementerio del hombre blanco". Pedro hizo un sencillo ataúd y él mismo cavó la fosa. No hubo toques de campanas, ni flores, ni discursos. Allí, solo, junto a la tumba de su hermano, Pedro "sufrió otra crisis". El volvió a afirmar su consagración a la predicación del evangelio en África.

Ese solemne momento le parecería como una farsa a Scott unos meses después cuando llegó a Inglaterra debido a problemas de salud. ¿Cómo podría cumplir la promesa que le había hecho a Dios? Necesitaba una nueva fuente de inspiración y la encontró junto a una tumba en la abadía de Westminster. Allí estaban los restos de Livingstone, un hombre que había inspirado a tantos otros que fueron misioneros en África. Scott, arrodillado con reverencia, leyó la inscripción: "También tengo otras ovejas que no son de

este redil; aquellas también debo traer" (Juan 10:16). El volvería al África y daría su vida, si fuera necesario, por la misma causa por la que este hombre había vivido y muerto.

De Inglaterra pasó Scott a Estados Unidos. Allí se reunió con otras personas para planear la estrategia de la penetración en África partiendo del este. Ellos se apartarían de las regiones costeras, donde estaba la obra de los anglicanos, para llegar "a las tribus del interior donde no había llegado el evangelio aún". En las primeras sesiones de planeación estuvieron A. T. Pierson y C. E. Hurlburt, quienes en el futuro desempeñarían papeles de importancia en la MIAS. El Instituto Bíblico de Pensilvania sería el centro administrativo de la nueva misión. Allí fue también el culto de despedida, en agosto de 1895, cuando Scott y siete personas más, su hermana Margarita entre ellas, recibieron la comisión oficial para servir en África.

En octubre el grupo de misioneros llegó a Zanzíbar. De allí viajaron al interior a fundar la primera de varias estaciones misioneras que establecerían en Kenia. Unos meses después salió Scott a buscar nuevos lugares para puestos misioneros, a fin de que los misioneros pudieran esparcirse y usar sus recursos al máximo. Ya estaban en camino otros misioneros, entre ellos los padres de Scott y su hermana menor Ina. Scott se sentía optimista ante el futuro.

En 1896 presentó Scott su primer informe anual de la MIAS. Con entusiasmo presentó los logros importantes que habían tenido en sólo un año de labor misionera. Se habían fundado cuatro misiones; habían construido casas; se habían puesto en marcha programas médicos y educativos y se hacía un progreso constante en el aprendizaje de los idiomas locales. Scott disfrutaba de su obra. A diferencia de tantos contemporáneos suyos en la obra misionera, él verdaderamente apreciaba a la gente y su cultura; no se preocupaba por la manera de vestir de ellos, ni porque no llevaran ropa. "La mayoría de los hombres están desnudos, con la excepción de los alambres de bronce que usan en el cuello, los brazos, la cintura y las piernas. También hacen cadenas de alambre fino y se ponen una gran cantidad de ellas en las orejas. Son tipos bien desarrollados, altos, delgados y musculosos. Por lo general, tienen facciones bien delineadas, frente alta y apariencia inteligente... Las mujeres no usan tanto alambre, pero la cantidad de collares de cuentas que algunas llevan en la cintura y al cuello es asombrosa."[23]

Poco después de la publicación del primer informe anual de Scott, se supo que había enfermado. El insalubre clima de África lo había afectado otra vez. Sus continuos viajes a pie, casi 4.000 kilómetros al año, agravaban más la situación. Su madre lo cuidó con paciencia, pero sin éxito. Scott murió en diciembre de 1896, sólo catorce meses después de haber llegado con su grupo de misioneros al África.

Scott había sido la vida misma de la MIAS. Con su muerte, según Kenneth Richardson: "La misión recién fundada pasó por grandes dificultades... Uno tras otro, varios de sus valiosos obreros murieron. Otros tuvieron que retirarse por razones de salud. Otros, incluso los miembros de la familia de Scott, salieron para servir al África de otra manera." En el verano de 1899, el único misionero que quedaba en el campo africano era William Gangert, un símbolo solitario de que la MIAS permanecería en África. Después fueron otros dos misioneros y así comenzó el proceso de reconstrucción de la MIAS. En 1901 C. E. Hurlburt, quien había sido nombrado director general de la misión, se trasladó al África con su esposa y sus cinco hijos, quienes también fueron misioneros de la MIAS. Allí podría supervisar mejor la obra y tener más participación en ella.

En 1909 la MIAS había extendido su obra a Tanzania. En los años siguientes llevaron el evangelio a la parte nordeste del Congo, para lo cual se usó una influencia

política poderosa. En 1908 mientras Hurlburt estaba en Estados Unidos, el presidente Teodoro Roosevelt lo llamó a la Casa Blanca para que lo aconsejara en cuanto a una cacería que quería hacer en África Oriental. Al año siguiente cuando Roosevelt visitó África, renovó su amistad con Hurlburt. El presidente puso la primera piedra de la Academia del Valle de Rift y ofreció su influencia en caso de que la misión la necesitara. Hurlburt recordó la promesa en 1910 cuando se enfrentó a las autoridades belgas que impedían la entrada de la MIAS en el Congo. Le pidió ayuda al ex presidente. Roosevelt cumplió su palabra y se puso en comunicación con el gobierno belga, el cual dio permiso para la entrada de la MIAS. Por un error en las comunicaciones, los líderes locales creyeron que Roosevelt mismo iba a visitarlos. Por eso el primer contingente de misioneros recibió un despliegue de honores que no esperaban.

La idea de Hurlburt de una estrategia misionera eficaz no consistía solamente en el aumento de puestos misioneros y la expansión del evangelismo. Incluía también toda la vida del misionero, en particular su vida familiar. El había sorprendido a muchos al llevar a sus cinco hijos al campo misionero. Estaba convencido de la importancia de la vida familiar estable. No creía en la idea de enviar a los hijos a su patria para su educación. Entonces Hurlburt se convirtió en uno de los pioneros de las escuelas para los hijos de los misioneros, que serían internados situados en el campo misionero. Poco después de su llegada al África, estableció la Academia del Valle de Rift. Esta ha crecido para satisfacer las necesidades familiares de los varios centenares de misioneros de la MIAS en el África Oriental. Tiene un programa de estudios en el que los alumnos están tres meses en la escuela y uno en la casa. Esto permite que los niños estén con su familia tres veces al año.

Hurlburt fue un director fuerte y eficiente de la MIAS. No tuvo temor de afrontar asuntos de carácter polémico. Fue uno de los promotores de la Conferencia Kikuyu en Kenia. Allí se trató de establecer una federación para la cooperación misionera en el África Oriental. Esta federación tendría como fundamento las Escrituras y los credos niceno y apostólico. Richardson escribe: "Parece trágico que las diferencias denominacionales que dividían a los cristianos en los países de origen de los misioneros tuvieran que importarse a Kenia.[24] Aunque hubo oposición a las propuestas de unidad por parte de algunos líderes anglicanos (los cuales negaban la validez de la comunión oficiada por cualquiera que no hubiera sido ordenado por un obispo), se formó una alianza que estableció la cooperación entre las diferentes sociedades misioneras.

Hurlburt tuvo que tratar otros problemas de carácter polémico en cuanto a la unidad de la iglesia. Uno de ellos tenía que ver con las tradiciones tribales de los africanos. En la década de los veinte la práctica de la circuncisión femenina creó una crisis que casi destruye la incipiente iglesia de Kenia. Se trataba de una absurda práctica relacionada con ritos tribales que incluían la circuncisión de las niñas al llegar a la época de la pubertad. Se llevaba a las niñas a un campamento aislado en la selva. Allí eran operadas por las ancianas sin anestesia y con instrumentos burdos, sin esterilizar. Esto provocaba con frecuencia infecciones graves, y complicaciones en los partos más tarde.

Dentro de las iglesias africanas los ánimos estaban caldeados en ambos extremos de la controversia. Cuando parecía que el problema no sólo dividiría a las iglesias sino que crearía una guerra civil, algunos misioneros buscaron la manera de llegar a una avenencia. Proponían estos que se trajera a las niñas al hospital de la misión a fin de operarlas quirúrgicamente. El personal del hospital, que ya tenía demasiado trabajo, se opuso a tal medida. Recibieron estos el apoyo de la mayoría de los misioneros, los cuales decidieron tomar medidas radicales en el asunto. Exigieron entonces que los líderes de la

iglesia africana que recibían apoyo económico de la misión condenaran tal práctica o fueran despedidos. Solo doce no acataron la medida, pero la crisis no terminó ahí. Los cristianos africanos que se opusieron a esa antiquísima tradición tribal fueron objeto de persecución por parte de los que aún se apegaban a ella. Había personas que se habían auto elegido circuncidadoras que recorrían las aldeas en busca de niñas incircuncisas.

Entonces se llegó al colmo de la humillación. Según escriben James y Marti Hefley: "Algo así tenía que ocurrir. La misionera de la MIAS Hilda Stumpf, anciana y sorda, fue hallada muerta por asfixia. Los primeros informes indicaban que la había matado un ladrón; después se supo la verdad. La habían mutilado de modo horrible, a la manera de los fanáticos circuncidadores." Esta "terrible muerte hizo que algunos de los defensores de esa costumbre se echaran atrás. No obstante, el conflicto más profundo entre africanos y europeos continuó, y culminó con la sangrienta rebelión de los Mau Mau en los años cincuenta".[25]

Después de la rebelión de los Mau Mau, los directores de la MIAS se dieron cuenta de la gran necesidad de poner más de la dirección de las actividades misioneras en manos de los africanos. La iglesia había llevado la dirección de sus propios asuntos durante más de diez años. En 1971 la MIAS traspasó sus propiedades a la Iglesia del Interior de África y se sometió a su liderazgo y autoridad. La MIAS continúa la obra de evangelización de África que inició Pedro Cameron Scott en 1895. Sin embargo, hoy día los misioneros van por invitación y trabajan bajo la jurisdicción de un fuerte liderazgo africano, establecido con mucho esfuerzo por los primeros misioneros.

C. I. Scofield

En la misma década cuando A. B. Simpson estaba enviando misioneros por todo el mundo y cuando Bingham y Scott entraban al África Central, otro promotor de misiones, que después se haría famoso debido a publicación de su Biblia anotada, preparaba el campo para el testimonio del evangelio en la América Central. C. I. Scofield no fue el primer cristiano evangélico que tuvo una visión misionera de Centroamérica. Cuando esa parte del mundo le llamó la atención, "sólo había un testigo del evangelio, de habla española, en todas las repúblicas de Centroamérica", según un historiador de la MC. Los misioneros de Estados Unidos, que se aventuraban por todo el mundo, se habían olvidado de sus vecinos. Scofield encontró las bases de su estrategia en el principio misionero de Hechos 1:8. Estaba decidido a remediar el error cometido por los demás misioneros: "En Jerusalén, en Judea, en Samaria. . . La América Central es el campo misionero más cercano que no ha sido ocupado por ningún cristiano de Estados Unidos o Canadá. ¡Hemos descuidado nuestra Samaria! "[26]

C. I. Scofield nació en Michigan en 1843 y creció en Tennessee. Aún no había cumplido los veinte años cuando estalló la Guerra Civil. Se alistó en las fuerzas confederadas, y sirvió con valor en el ejército del general Lee. Ganó la Cruz de Honor de la Confederación por su valor en el combate de Antietam. Después de la guerra estudió leyes. Ingresó en el colegio de abogados de Kansas en 1869 y sirvió en la legislatura estatal de Kansas. Durante el gobierno del presidente Grant fue fiscal de Estados Unidos. En 1879 mientras ejercía como abogado en Saint Louis, Missouri, un cliente le testificó y Scofield se convirtió al cristianismo. La conversión de Scofield, "un esclavo de la bebida", fue sensacional. Comenzó entonces un intenso estudio de la Biblia. En 1883 fue ordenado ministro congregacional. Durante los trece años siguientes fue pastor en Dallas y más tarde llegó a ser conferencista, reconocido erudito de la Biblia, y el fundador y

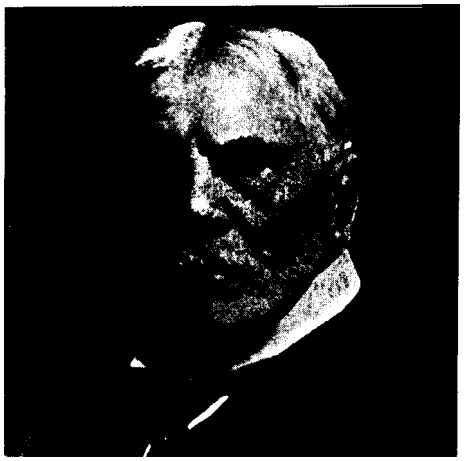
primer rector del Instituto Bíblico de Filadelfia. Mientras era pastor en Dallas sintió su responsabilidad por las necesidades espirituales de Centroamérica.

Hudson Taylor, fundador de la Misión del Interior de la China, fue el que mayor impacto causó en Scofield en la esfera de las misiones. Durante varios veranos asistió Scofield a la Conferencia Bíblica de Niágara, Nueva York. Allí estableció una permanente amistad con Taylor, quien hizo que aumentara el interés de Scofield en las misiones. En el verano de 1888 se enteró de las necesidades espirituales de los habitantes de Costa Rica, quienes no tenían otra religión que no fuera "la de los disolutos sacerdotes que convierten en una parodia la ministración espiritual al pueblo".

Cuando Scofield volvió a Dallas, reunió a algunos dirigentes de su iglesia y les habló de la pobreza espiritual de Costa Rica. También formó un grupo de oración por los 280.000 habitantes de esa nación. Poco después de esa reunión, uno de los asistentes hizo un estudio de los demás países centroamericanos y vio que todos, excepto Guatemala, carecían de misioneros cristianos de habla española.

Después de ese informe no podía Scofield permanecer pasivo. En el otoño de 1890 reunió a los líderes de su iglesia en su casa para organizar la Misión Centroamericana. A los cuatro meses la nueva misión tenía su primer misionero, William McConnell, en Costa Rica, a quien en breve acompañarían su esposa Minnie y sus tres hijos.

En la fundación de la MC participaron el pastor, la congregación que lo respaldaba y la pareja de misioneros; también, sin saberlo, habían tenido el apoyo de las oraciones de dos creyentes que vivían en Costa Rica. Cuando McConnell llegó a Costa Rica conoció a dos piadosas señoras, la señora Ross y la señora Lang, casadas con propietarios de cafetales. Vivían en la comunidad de habla inglesa de San José. Eran creyentes activas en una iglesia fundada por presbiterianos escoceses. Estas dos damas, lo mismo que Scofield, se sentían preocupadas por las necesidades espirituales de Costa Rica. Ellas se reunían para orar que Dios enviara misioneros. Al pasar el tiempo, se sintieron desanimadas y estuvieron a punto de dejar las reuniones de oración, pero persistieron y fueron recompensadas con la llegada de McConnell en 1891. Años después este misionero describió a estas señoras como "las primeras en darnos una cordial bienvenida al país y animarnos en la obra", y añadió que ellas habían sido sus "amigas y leales ayudantes desde entonces".



C. I. Scofield, editor de la Biblia v fundador de la Misión Centroamericana.

En 1894 ya había siete misioneros de la MC en Costa Rica y la misión buscaba

otros campos de servicio. Los primeros esfuerzos se vieron frustrados cuando dos misioneros que iban para El Salvador murieron de fiebre amarilla. En 1895 H. C. Dillon hizo un estudio de las posibilidades de la obra misionera en la América Central. A su regreso, escribió: "Me extraña que un campo tan grande y cercano, con sus muchas naciones, hubiera sido descuidado por completo, durante todo un siglo de misiones... Partiendo de Nueva Orleáns, se puede llegar a tribus grandes en diez días y a un costo de cincuenta dólares. ¿Quién irá?"[27] Al año siguiente, la MC entró en Honduras y El Salvador. En 1899 fue a Guatemala y al año siguiente, a Nicaragua. Después de diez años, la misión tenía 25 misioneros en cinco países centroamericanos. A pesar de algunos contratiempos, la misión siguió creciendo. Hoy día tiene casi 300 misioneros en Centroamérica y México.

José Moreno

Aunque el interés de Scofield era la obra en América Central, las misiones protestantes habían descuidado durante siglos la obra en toda América Latina. Sin embargo, a fines del siglo diecinueve había una creciente preocupación por este descuido. The Neglected Continent [El continente descuidado], libro de Lucía Guinness, subrayó "el descuido espiritual de la América del Sur" y ayudó a que muchos cristianos reconocieran su responsabilidad. Se calcula que en 1900 había sólo 50.000 cristianos evangélicos en toda América Latina. Esta cantidad aumentó 100% en los 50 años siguientes. En la actualidad hay más de 20.000.000 de creyentes. Según Heriberto Kane, "en ninguna otra parte ha crecido el cristianismo con tanta rapidez en este siglo veinte."[28]

No se sabe con seguridad por qué las misiones protestantes descuidaron a América Latina durante el "gran siglo" de las misiones. R. H. Glover ha escrito que "no hay una explicación satisfactoria .. . de esa indiferencia e inactividad." Harold Cook, otro historiador de misiones, ha dado ciertas razones, si no una "explicación satisfactoria", de ese descuido. Un factor fue que "la violenta oposición católica romana le quitaba atractivo a las misiones protestantes en la América Latina, cuando no las hacía imposibles." Otro factor que menciona Cook es que a América Latina "le faltaba el misterio y la aventura que rodeaban zonas como el Oriente, África o los mares del Sur." Asimismo algunos de los líderes de las misiones protestantes "decían que América Latina era nominalmente cristiana. Entonces la actividad protestante en esa zona no se podría clasificar como obra misionera, en el mismo sentido de la obra en la India, China y África."

Así pensaban algunos delegados de la Conferencia Misionera de Edimburgo en 1910.[29] También era esa la opinión de algunos directores de misiones sostenidas "por fe". El principal interés de estas era llegar a fronteras en el interior, donde no se hubiera nombrado a Cristo todavía.

Si ciertas misiones vacilaban en su decisión de entrar en América Latina, ese no era el caso de la mayoría de las denominaciones tradicionales y de las nuevas misiones sostenidas "por fe", especialmente las que se formaron a principios del siglo. Dice Esteban Neill que ellas entraron a esa región con "el propósito de 'convertir' a los católicos romanos". La mayoría de los latinoamericanos, en especial los indígenas, eran católicos romanos de nombre solamente. Nunca habían tenido ni siquiera una mínima instrucción en la religión católica romana.

Muchas de las nuevas misiones enfocaron su atención a estos pueblos aborígenes, unos diez millones de personas en el oeste de la América del Sur. La Misión a los Indígenas de Sudamérica, la Misión Evangélica de los Andes, los Traductores de la Biblia

Wycliffe y la Misión Nuevas Tribus fueron fundadas con el propósito de llevar el evangelio a esos pueblos. Los misioneros estaban dispuestos a arriesgar su vida para llevar a los pueblos indígenas la esperanza de la vida eterna. Entre ellos estaban cinco jóvenes de la Misión Nuevas Tribus que desaparecieron en las selvas de Bolivia y nunca más se supo de ellos.

Pablo Fleming fundó la Misión Nuevas Tribus en 1942. El había regresado, enfermo, de Malasia. Cecilio Dye, un joven pastor de Michigan, lo animó y ayudó a continuar en su obra misionera. Los dos se interesaban en tribus remotas donde no hubiera llegado todavía el evangelio. Después de hablar mucho del asunto, trazaron los fundamentos de una misión interdenominacional, cuyo único propósito fuera el de alcanzar a las "nuevas tribus". En el otoño de 1942 Cecilio Dye estaba listo a dirigir un grupo de dieciséis personas (su esposa y tres hijos incluidos) que iría a las selvas inexploradas de Bolivia. Fleming se quedaría en Estados Unidos para encargarse de la oficina de la misión. La embajada de Bolivia en Washington, D. C., les dio información sobre las tribus indígenas. Todavía no sabían a cuál tribu irían cuando llegaron a Santa Cruz, Bolivia, en la Nochebuena de 1942. De lo que sí estaban seguros era de que iban guiados por Dios. Ni las historias más aterradoras de la ferocidad de los salvajes contra los blancos podrían apagar su fe.

Después de comentar sus objetivos con un médico boliviano que conocía bien la selva, los misioneros decidieron que comenzarían su obra con la tribu de los que llamaban bárbaros. Les contaron que esa tribu "usaba unas flechas cortas con tal efecto mortal que aun las tribus vecinas ... les temían". Otros que supieron de los planes de los misioneros también les advirtieron del peligro: "Ellos atacan a cualquier persona civilizada que se les acerque"; "es imposible civilizarlos"; "ustedes no volverán vivos" y "ellos matan a sus víctimas a garrotazos, en sus hamacas, por la noche". Pero no había nada que hiciera desistir a este grupo de valientes. "Dios los había llamado a alcanzar primero a la que llamaban 'la tribu más difícil' ". Jorge Hosback, el más joven del grupo, escribió: "Por supuesto que es arriesgado ir a ellos, ¿pero no cerró Dios la boca de los leones, por medio de sus ángeles, y 'apagó la violencia del fuego' con su presencia? ¿Y no es El 'el mismo ayer, hoy y siempre'?"[30]

Se ha discutido mucho, desde entonces, sobre la prisa de estos misioneros por comenzar su búsqueda de los bárbaros o ayorés. Ni sabían bien el nombre de la tribu cuando comenzaron a buscarlos. No es verdad, como dicen algunos críticos, que ellos "saltaron del camión y corrieron a la selva"; pero sí parece que se apresuraron de modo indebido. Con la excepción de Cecilio Dye, quien voló primero con las mujeres y los niños, el grupo de misioneros no llegó a Robore, el centro de operaciones, sino hasta febrero de 1943. Los pocos meses siguientes los pasaron en acomodar a las familias, recuperarse de la malaria y aprender los principios fundamentales de la supervivencia en la selva. Luego "se detuvieron todas las actividades para pasar dos semana en oración." En junio, escribió una de las esposas, los hombres, aunque reconocían que les faltaba experiencia, "creyeron que, al fin, estaban listos para adentrarse en la selva".[31]

La marcha a la selva se hizo por fe. Aunque un boliviano que conocía la selva los acompañó durante las primeras semanas, los misioneros iban sin armas y desconocían las costumbres y el idioma de la gente que buscaban. Como la tribu era nómada, los misioneros no sabían con precisión dónde vivían. Sin embargo, comenzaron a hacer un sendero por la selva, lo suficientemente amplio como para el paso de bestias de carga, en el territorio que creían estaba habitado por esa tribu.

Durante el verano y a principios del otoño, los hombres se turnaban para ir al centro de operaciones por provisiones. Dos de las esposas fueron trasladadas a una aldea de la selva, cerca del lugar donde esperaban que salieran los hombres. Desde allí, Cecilio Dye, su hermano Roberto y sus tres compañeros pensaban iniciar la última parte de su viaje, que esperaban los pondría cara a cara con los bárbaros. El 10 de noviembre sería el día de la partida. Juanita Dye escribió: "Teníamos muchas esperanzas de que los cinco iban a tener ese encuentro que tanto habían esperado." Ella no conocía el mensaje que su cuñado Cecilio había dejado con los dos hombres que se habían quedado: "Si no tienen noticias de nosotros después de un mes, pueden venir a buscarnos."[32]

Como no tenían una fecha fija para el regreso de sus esposos, las misioneras esperaban ansiosas, mientras pasaban los días y las semanas. Al fin pasó el mes y un grupo de rescate formado por los dos misioneros que quedaban y cuatro bolivianos se adentró en la selva. Pasó la Navidad y todavía no se sabía nada de los misioneros. A principios de enero las mujeres recibieron un mensaje desalentador del grupo de rescate. Siguiendo la dirección del río, el grupo descubrió el lugar donde los ayorés habían acampado. Allí encontraron un machete, una media, pedazos de una cámara y otros fragmentos de cosas que pertenecían a los cinco misioneros perdidos. Aunque el encuentro era importante, estas cosas no eran evidencia concluyente. Sin embargo, suspendieron la búsqueda, de repente, cuando Wally, uno de los misioneros, fue herido por una flecha de un enemigo que estaba oculto en la selva.

Después del regreso del primer grupo, se envió un grupo más grande, compuesto de bolivianos. Enseguida encontraron la pista de los ayorés. Encontraron objetos que pertenecían a los cinco misioneros, pero todavía no había evidencia de su paradero. En la segunda expedición el grupo que salió en busca de los misioneros iba bien armado. Cuando un solitario ayoré supuestamente los amenazó, uno del grupo lo mató de un tiro. Las esposas se entristecieron mucho cuando se enteraron de esa tragedia. Estaban desanimadas porque sus esposos no habían sido hallados, pero no querían darse por vencidas. Aunque uno de los misioneros que había salido a buscarlos la primera vez había escrito que "no había esperanzas", ellas se aferraban a la posibilidad de que sus esposos hubieran sido llevados cautivos y de que algún día saldrían de la selva.

En los años siguientes surgieron rumores aislados acerca de los hombres perdidos. Uno, en 1946, decía que los hombres habían salido de la selva en una zona remota del Brasil. Juanita Dye escribió: "Nos preguntábamos cuánto más podríamos soportar estas oleadas de esperanza que se levantaban para desaparecer otra vez." Mientras tanto, las esposas de los misioneros siguieron viviendo en Bolivia. Juanita dijo: "Aunque quedábamos pocos, nuestra visión no había cambiado. Estábamos más decididos que nunca a ganar estas almas para Cristo... ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuando? ¿Qué deberíamos hacer?" Preguntas importantes, pero ¡qué lástima que no las consideraron antes de que se internaran en la selva los cinco misioneros![33]

Las respuestas a esas preguntas fueron apareciendo poco a poco, mientras las mujeres y los hombres que quedaban se familiarizaban con la zona en que vivían. Se supo que había sirvientas ayorés cautivas en San José. Juanita se fue a vivir allá para aprender el idioma y las costumbres. Mientras ella estaba ausente, José Moreno siguió en la búsqueda de los ayorés. José era un campesino de edad madura que no había pasado del sexto grado de escuela primaria. Después que su esposa abandonó la familia, él y sus tres hijos se unieron al primer grupo de misioneros de Nuevas Tribus. Aunque José no se consideraba misionero, sino solamente "un peón de Cecilio Dye", fueron sus esfuerzos

pacientes los que, al fin, produjeron encuentros pacíficos con los ayorés.

José se dio cuenta enseguida de que la obra misionera pionera con las tribus de indígenas primitivos era un proceso lento y laborioso. El comenzó a seguir (a distancia) los movimientos de los ayorés y a estudiar el curso de sus senderos en la selva. Juanita le enseñó saludos y otras frases en ayoré. Siempre estaba averiguando acerca de las costumbres de ellos. Observó que los cuchillos, el alambre y los pedazos de metal serían considerados por los ayorés como regalos de mucho valor. Con el correr del tiempo, José se familiarizó con la selva y, a menudo, estaba cerca de los ayorés, pero nunca los encontraba de frente. Comenzó a dejar regalos en sus campamentos abandonados. Al fin, después de más de tres años de la desaparición de sus compañeros, hubo indicios de que los pacientes esfuerzos de José daban buen resultado. "Para gozo suyo encontró dos objetos ayorés en ese campamento, en el lugar preciso donde habían estado sus regalos."

En agosto de 1947 se tuvieron los primeros resultados verdaderos de la obra con los ayorés. El trabajo paciente de José parecía haber convencido a algunos ayorés de que los cojñone no querían matarlos. Este era el temor que tenían porque ya habían muerto algunos de ellos a manos de los "civilizados". En la mañana del doce de agosto llegaron unos ayorés al campamento del ferrocarril en "actitud amistosa". Enseguida llamaron a José, quien llegó a tiempo para tomar parte en el primer encuentro amistoso, cara a cara, que hubiera ocurrido jamás entre los cojñone y los ayorés. Juanita escribió: "Por primera vez en su vida, José se había quedado mudo de la emoción. Desde lo más profundo de su corazón daba gracias a Dios por lo sucedido. El sabía . . . que estaba en presencia de un milagro. . ." "El milagro mayor de todos", dijo ella, "fue que los bárbaros hubieran dado el primer paso para buscar un 'encuentro amistoso' con los *cojñone*".[34]

Un elemento clave de la estrategia de José para lograr este éxito fue dejar que los ayorés decidieran el tiempo y el lugar del primer encuentro amistoso con los cojñone. Para alcanzarlos tenían que venir cuando ellos quisieran; el les dio ese privilegio. Después de la primera reunión, hubo más. En menos de un año, los ayorés habían aprendido a confiar en los "civilizados". La confianza fue tanta que un grupo de ellos se mudó a la casa de Juanita Dye y su compañera. Los indígenas dormían en el suelo de la casa. Como eran muchos, las misioneras se fueron a una hacienda abandonada con una tribu entera. Luego volvieron a la selva con ellos. Había problemas de estrategia y de salud, pero los ayorés respondían a la predicación del evangelio.

Cuando los misioneros fueron ganando la confianza de los indígenas, les hicieron preguntas sobre los cinco misioneros desaparecidos. Algunos ayorés habían oído historias sobre los cinco "civilizados" que habían sido asesinados por otra tribu ayoré, pero su información no era clara. En 1949, unos seis años después de ocurrida la tragedia, un ayoré de la región donde habían desaparecido los hombres, dio, por primera vez, un relato presencial de la matanza de los cinco misioneros. Así se desvanecieron las esperanzas que habían tenido durante seis años de que ellos todavía pudieran estar vivos.

No se sabe si la pregunta es valedera, o no. Muchos la han hecho y la han respondido. La respuesta de las esposas y de los misioneros que sobrevivieron es afirmativa. La pregunta es: "¿Valió la pena el sacrificio de cinco misioneros y un ayoré?" Tal vez ningún precio es demasiado alto para pagar por los milagros de conversión que ocurrieron entre los ayorés. El asunto no es la cantidad del precio, sino si era necesario, después de todo, pagar ese precio: sacrificar vidas para alcanzar a los ayorés con el evangelio. La respuesta la dio José Moreno, a pesar de su poca educación, con sus incansables esfuerzos. No realizó actos heroicos, mas perseveró con paciencia.

¿Qué se ganó, además, con ese sacrificio? En enero de 1944, cuando se supo en Estados Unidos que se habían perdido cinco misioneros, que podrían estar muertos, un obrero de una fábrica de Lansing, Michigan, leyó la historia en el periódico vespertino. Esa misma noche, se consagró como misionero para ayudar a compensar la pérdida. Se llamaba Bruce Porterfield. En los años siguientes, su ministerio fue muy eficaz como misionero en Bolivia. También fue representante de la Misión Nuevas Tribus. Fue autor de varios estimulantes libros sobre las misiones. También hubo otros que se dedicaron al servicio misionero por la inspiración de los cinco misioneros que estuvieron listos a arriesgarlo todo por amor al evangelio.

Pero la nueva misión parecía plagada de adversidades. En los años que siguieron al martirio de los cinco misioneros, hubo otras tragedias dolorosas. En 1949 la misión estableció su propio programa de aviación con la compra de un DC-3. Al año siguiente el avión se estrelló en Venezuela y murieron todos los que iban a bordo. Se compró otro avión y se cayó en su primer vuelo, durante una tormenta sobre las montañas de Wyoming. Murieron todos los que iban en el avión, incluso Pablo Fleming, el fundador de la misión. Un año después, otra mala noticia llegó a la oficina de la misión: David Yarwood, el compañero de trabajo de Bruce Porterfield, fue asesinado mientras trataba de comunicarse con una tribu de indígenas hostiles. En el verano de 1953 ocurrió una tragedia mayor en el campamento de la misión. Catorce jóvenes murieron al tratar de apagar un incendio de un bosque. A pesar de todo, la Misión Nuevas Tribus siguió creciendo. En 1980 la misión patrocinaba a más de 1.600 misioneros. Estos llevaban el evangelio a más de 140 tribus en todo el mundo.

Pedro Fleming

La tragedia que se cernió sobre la Misión Nuevas Tribus durante sus primeros años en Bolivia se repitió de modo extraño en la década siguiente en Ecuador. La recurrencia del incidente en tales semejantes circunstancias demuestra la independencia de los misioneros sostenidos "por fe" del siglo veinte. Esto también prueba el grado de cooperación que existía entre los misioneros de diferentes misiones evangélicas. La Operación Auca, que costó la vida de cinco excelentes jóvenes, no fue preparada por ninguna misión. Sin duda, ninguna misión establecida hubiera aprobado tal proyecto. Miembros pertenecientes a tres diferentes sociedades misioneras trazaron los planes para este intento de evangelización. Ellos no consultaron con los directores de sus misiones, ni con los misioneros expertos en el campo. Procedían "por fe" y recibían instrucciones directas de Dios.

Esto no quiere decir que pasaran ellos por alto la información pertinente sobre los indios aucas, ni la experiencia de otros misioneros. En realidad, al hacer los planes para comunicarse con los aucas, estudiaron los detalles de la tragedia de Nuevas Tribus en Bolivia en la década anterior. Observaron con mucho interés sus errores para no volverlos a cometer.

Los cinco misioneros de la Operación Auca eran prácticamente novatos. Natanael Saint, piloto de la Sociedad de Aviación Misionera, era el que más experiencia tenía del grupo, pues había servido en Ecuador durante siete años. Los demás tenían solamente dos o tres años de experiencia cada uno. Rogelio Youderian trabajaba con la Unión Misionera Evangélica. Jaime Elliot, Pedro Fleming y Eduardo McCully estaban con Misiones Cristianas en Muchos Países, una organización de los Hermanos que sirve de intermediaria para el sustento económico de más de 1.300 misioneros. Esta organización

insiste en que "no es una misión, ni . . . un comité misionero". Por eso la MCMP anima a sus misioneros a que "dependan sólo del Señor para ser guiados en su obra", y les recuerda que ellos no "son responsables ante ningún comité misionero, sino sólo ante Dios". Fue esta filosofía, pues, lo que hizo posible un proyecto tal como la Operación Auca.

La Operación Auca nació en las selvas ecuatorianas en el otoño de 1955. Mediante ella querían llevar el evangelio a una de las tribus más hostiles de todas las de América del Sur. Durante siglos se habían contado historias espeluznantes acerca de los aucas. David Cooper, un veterano misionero al Ecuador dijo: "Los conquistadores españoles, los sacerdotes católicos, los caucheros y los perforadores de pozos de petróleo habían servido de blancos a las lanzas de los aucas. Decenas o quizá hasta centenares de personas habían muerto a manos de estos indígenas. La matanza más reciente que habían llevado a cabo los aucas ocurrió en 1943. Ocho empleados de la compañía petrolera Shell perdieron la vida a manos de esta tribu hostil. Pero fueron esos mismos relatos los que produjeron cierta especie de fascinación en los cinco jóvenes misioneros. ¡Qué victoria tan gloriosa sería que una tribu así se convirtiera al cristianismo!

Pedro Fleming nació en Seattle, Washington, en 1928. Habiéndose convertido en la adolescencia, se destacó luego en los deportes y en los estudios de la escuela secundaria. Después ingresó en la Universidad de Washington donde obtuvo una licenciatura y una maestría. Pensaba ingresar en el Seminario Teológico Fuller para especializarse en educación cristiana cuando conoció a Jaime Elliot. Jaime se había graduado de la Universidad de Wheaton, en 1949, y se preparaba para irse de misionero al Ecuador. Su gran entusiasmo por alcanzar a los indígenas suramericanos con el evangelio influyó mucho en Pedro. En 1952 salieron juntos para el campo misionero. Iban solteros, pero su estado civil cambiaría pronto.

Ese mismo año llegaron al Ecuador Eduardo McCully y su esposa Marilú. Eduardo también era graduado de la Universidad de Wheaton, donde se había destacado como jugador de fútbol. También de Wheaton era Natanael Saint. Su esposa Margarita y él habían estado en la obra misionera en Ecuador desde 1948. Rogelio Youderian, paracaidista de la Segunda Guerra Mundial, graduado de la Universidad del Noroeste, en Minneápolis, fue el último en llegar. Llegó en 1953 con su esposa Bárbara y su hijita.

Aunque Rogelio participó con entusiasmo en la Operación Auca, su temporada breve como misionero entre los jíbaros, cazadores de cabezas, no había sido satisfactoria. Estaba a punto de darse por vencido y volver a su país cuando escribió en su diario: "Yo no tengo un ministerio entre los jíbaros ni entre los de habla española. No voy a tratar de convencerme de lo contrario. Yo no apoyaría a un misionero como yo, y no le voy a pedir a nadie más que lo haga. Tres años bastan para aprender la lección bien. . . Mío es el fracaso ... como misionero."[35]

Pero la Operación Auca cambió esa situación. La emoción de participar en lo que esperaban sería una de las mayores victorias misioneras de la historia moderna le dio nueva vida a su gestión misionera. Para los demás, también, la Operación Auca era, según Natanael Saint, "una gran aventura, tan irreal como cualquier novela famosa",[38] un cambio bien recibido en la vida rutinaria del misionero. Aunque el cacique Atanasio había invitado a Pedro, a Jaime y a Eduardo a enseñar en su tribu de quechuas, eran los temibles aucas los que habían cautivado la imaginación de ellos.

Los misioneros habían acariciado durante años la ilusión de alcanzar a los aucas. Desde que Natanael llegó al Ecuador y escuchó los relatos acerca de los aucas, soñó con

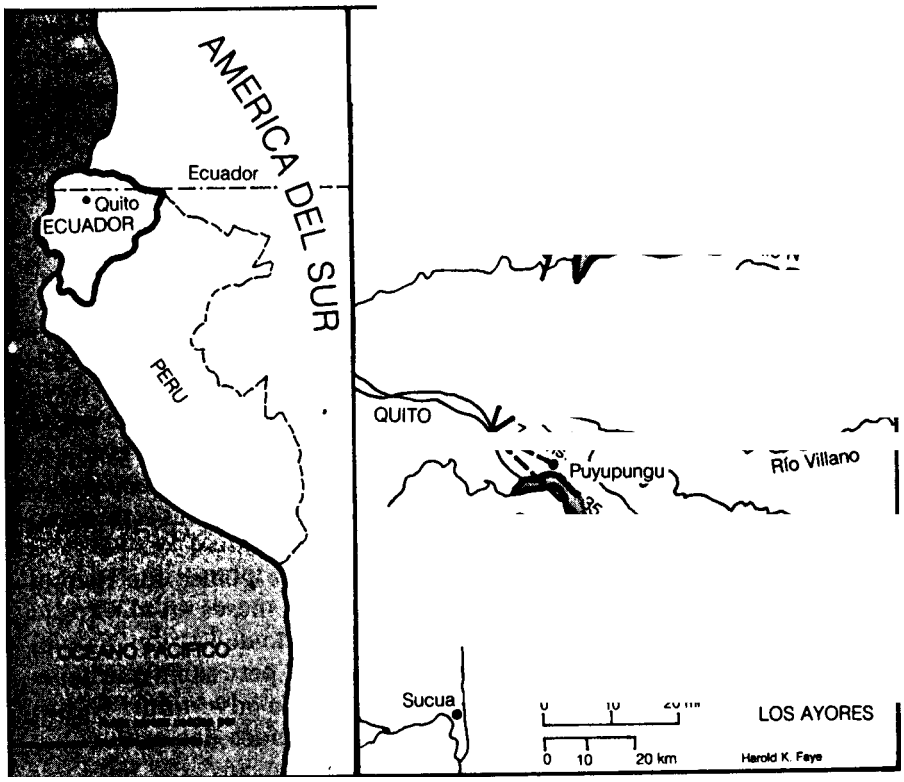
predicarles el evangelio algún día. Jaime y Pedro también habían estado muy interesados en ellos. En diciembre de 1953 Pedro escribió acerca de este interés en su diario:

> Anoche Natanael, Cliff (un visitante de Estados Unidos) y yo hablamos mucho sobre el problema de los aucas. Es éste grave y solemne. Los aucas son un pueblo inaccesible que asesina y mata con tanto ensañamiento que mutila a sus víctimas. Me invadió el fuerte sentir entonces de que Dios me está guiando a que haga algo al respecto... Estoy capacitado para esa obra como nadie más lo está. Todavía soy soltero. Hablo español y quechua, lo cual me sería útil para la recopilación de información sobre el idioma auca. También sé algo acerca de la vida en la selva y creo que Dios es poderoso para ayudarme en todo. Sé que ésta puede ser la decisión más importante de mi vida, pero siento paz al respecto. Aunque parezca extraño, creo que mi matrimonio en un futuro cercano no será un impedimento para este servicio. Creo que Olivia preferiría mi muerte, después de vivir juntos, a posponer indefinidamente la boda por temor a un desenlace fatal. Nuestra vida es una y no creo que Dios nos separe, de acuerdo a nuestro discernimiento de su voluntad.[37]

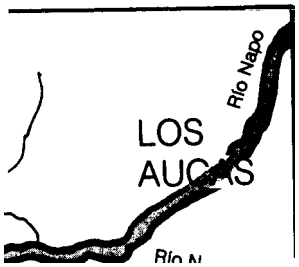
Poco después de hacer tal promesa, Pedro sufrió varios ataques graves de malaria que le impidieron realizar sus planes. Olivia, su novia, que estaba en Estados Unidos en la Universidad de Washington, oraba por una comunicación con los aucas. Al mismo tiempo hacía investigación sobre los indígenas de la América del Sur en su curso de antropología.

El 19 de septiembre de 1955, Natanael, mientras volaba sobre el territorio auca en su avioneta Piper Cruiser, vio por primera vez una aldea auca. En las semanas siguientes se hicieron visitas frecuentes, desde el aire, a los "vecinos". Mientras Natanael pilotaba la avioneta, otro misionero dejaba caer regalos: machetes, cuchillos, ropa y fotografías de ellos de tamaño natural. El misionero también les gritaba saludos amistosos en auca, aprendidos de Dayuma, una mujer auca que vivía fuera de la tribu. En cierta ocasión, mientras volaba en círculos, Natanael usó un lazo para bajar un balde con regalos. Se puso feliz cuando lo subió lleno de regalos de los aucas: un loro vivo, maní (cacahuates) y una cola de mono ahumada. Esta reacción se consideró como señal genuina de amistad, y algunos de los cinco misioneros creyeron que ya podrían avanzar más rápidamente.

Los aspectos de más controversia de este esfuerzo han sido, desde entonces, la velocidad del avance de los misioneros en esta empresa peligrosa y el secreto que la rodeaba. Eduardo McCully le escribió a Jaime Elliot: "Todo el proyecto avanza más rápidamente de lo que nos atrevíamos a esperar al principio. . ." Pero, ¿por qué tanto afán? Natanael escribió: "La razón de la urgencia es que los misioneros de los Hermanos creen que ya es hora de avanzar." Se supone que se refería solamente a Jaime y a Eduardo, pues Pedro les había advertido del peligro de avanzar rápidamente, en particular, antes de tener un dominio mayor del idioma. A Jaime, que siempre tomaba decisiones rápidas", se lo describió como "ansioso por comenzar". Natanael, en cambio, advertía que no se debía hacer nada de repente, sino que se debía permitir un "estudio a fondo" de cada avance, antes de dar otro paso. Sin embargo, a menos de tres meses después de la primera



ECUADOR



entrega de regalos, los hombres ya habían aterrizado en territorio de los aucas."[38]

Si la velocidad de acción tenía prioridad, también la tenía aun más el secreto. Se desarrolló un código para que los misioneros pudieran comunicarse por radio de onda corta, sin que otros se dieran cuenta de lo que estaban haciendo. Los misioneros se prometieron guardar el secreto. Nadie más debía saber acerca del proyecto, además de las esposas y Juanito Keenan, un piloto de Alas de Socorro que estaría listo a ayudar en caso de necesidad. Natanael le escribió a su familia en Estados Unidos y les pidió oraciones especiales. Dio pocas indicaciones de lo que proyectaban, pero aun los informes más oscuros, los protegía con frases como "no lo mencionen", "cuidado con lo que dicen", "CONFIDENCIAL" y "no se lo digan a nadie".[39]

La razón para el estricto secreto, según Jaime Hefley, era que "ellos temían que si se corría la noticia, una multitud de periodistas, aventureros y curiosos impediría la comunicación con los aucas". Pero el velo del secreto se extendía también a otros, en quienes se podía confiar y que pudieron haber dado una ayuda valiosa. A Francisco Drown, con doce años de experiencia entre los indígenas ecuatorianos, no se le dijo nada del proyecto antes de que los planes estuvieran ya decididos.

Otra persona clave que no se incluyó en los planes fue Raquel Saint, hermana de Natanael. Ella había pasado meses en el estudio del idioma auca, con Dayuma, quien había huido de la tribu. Raquel también esperaba llegar a ellos con el evangelio, pero sabía que había que andar con mucho cuidado. Dayuma le había advertido: "Nunca confíe en ellos. . . Parecen amistosos, pero después dan la vuelta y matan."[40] ¿No querían los misioneros que les recordaran tales advertencias? ¿Temían ellos que Raquel influyera en sus esposas o le pusiera estorbos al proyecto de alguna otra manera? ¿Informaría ella sobre el proyecto a sus directores de Wycliffe, lo cual produciría demoras y, quizás, la interferencia del gobierno?

Por supuesto, los cinco misioneros conocían el peligro, pero estaban persuadidos de que para Dios ningún riesgo es grande. El lema de Jaime era: "No es tonto el que da lo que no puede guardar, para ganar lo que no puede perder." Jaime había prometido solemnemente que estaba "listo a morir por la salvación de los aucas".[41] Todos buscaban la dirección divina y veían señales de lo que consideraban que era la intervención directa de Dios. El río Curaray, por ejemplo, pareció estrecharse, para formar una pista de aterrizaje en la playa, en una época cuando la playa debía estar inundada. No obstante, había mucho nerviosismo cuando se acercaba la hora de aterrizar en territorio de los aucas. Además de la ferocidad de los aucas, había otros factores de seguridad que había que tener en cuenta. Uno era el aterrizaje y despegue de la avioneta en la playa arenosa y corta del río Curaray. ¿Podría Natanael, aunque era experto, realizar tal proeza? Esta terrible responsabilidad lo mantuvo despierto casi toda la noche del 2 de enero de 1956.

Los despertadores sonaron antes de las seis de la mañana del martes tres de enero. El nerviosismo iba en aumento mientras los hombres se vestían. Para Olivia Fleming, quien había estado casada con Pedro sólo año y medio, esa había sido una "noche difícil". Aunque su interés por alcanzar a los aucas era tan intenso como siempre, no podía ocultar su preocupación. Al principio Jaime no quería que Pedro fuera, para no arriesgar la vida de tres de los cuatro hombres que hablaban quechua. A fines de diciembre la opinión general al respecto parecía haber cambiado. El 27 de diciembre Pedro escribió en su diario: "Se decidió que tal vez yo debo prepararme para ir en la expedición para que al aumentar el número haya más seguridad relativa para todos. [42] También se tomó la precaución de que Pedro volara de regreso, con Natanael, cada noche. Todos los informes sobre los ataques anteriores de los aucas indicaban que, sin excepción, habían tenido lugar durante las horas próximas al amanecer.

Según el plan, Natanael debía hacer varios viajes a Playa de las Palmas (el nombre que le habían dado a la playa arenosa del río Curaray donde pensaban aterrizar) para llevar a los misioneros y su equipo. El primer aterrizaje y el primer despegue eran definitivos: "Al acercarnos . . . nos deslizamos entre los árboles. . . Al afirmarse el peso en las ruedas, sentí que era arena floja, demasiado tarde para volverse atrás. Eché el timón hacia atrás y esperé. Si hubiéramos hallado un lugar más blando, hubiéramos quedado de nariz, o tal vez de espaldas. No fue así." Al despegue, después de dejar a Eduardo solo en la playa, "entonces sí se pegó la arena a las ruedas", pero a los pocos segundos, Natanael ya estaba en el aire y de regreso a la base para comenzar su segundo viaje.[43]

El 3 de enero fue un día muy ocupado en Playa de las Palmas, mientras Natanael transportaba a los misioneros y el equipo. Al caer la noche, los hombres habían construido una casa en un árbol. Tres durmieron allí. Natanael y Pedro volaron de regreso a pasar la noche en Arajuno. Ellos volvieron a la mañana siguiente y pasaron el día despreocupados con los otros tres, en la playa, antes de volar de regreso al atardecer. El jueves fue casi lo

mismo. Entonces el viernes comenzaron a cambiar las cosas. A las 11:15 AM., tres aucas desnudos, dos mujeres y un hombre, salieron de repente de la selva al otro lado del río. Jaime atravesó el río para encontrarlos y se saludaron muy amistosamente. Los aucas aceptaron los regalos con gusto y parecían sentirse bien con los visitantes. El hombre, a quien los misioneros llamaron "Jorge", fue invitado a dar un paseo en la avioneta; él aceptó la oferta con entusiasmo. Esa noche se fueron los aucas. El sábado no pasó nada especial.

El domingo los misioneros ya se sentían inquietos y deseosos de que ocurriera algo. Estaban seguros de que los aucas que habían venido no los habían olvidado. Natanael decidió sobrevolar la aldea para ver qué pasaba. La encontró casi sola. Al regreso, vio a un grupo de aucas "en camino" a Playa de las Palmas. Al aterrizar en la playa, les gritó a sus compañeros: "¡Buenas noticias, amigos! Ya vienen." Ahora todo lo que tenían que hacer era esperar. A las 12:30 PM. Natanael hizo la comunicación radial programada con Margarita en Shell Mera; le prometió que la llamaría otra vez a las 4:30.

Esa comunicación nunca se realizó. El reloj de Natanael, encontrado después, aplastado contra una piedra, había dejado de funcionar a las 3:12 PM. Pero Margarita se negaba a creer lo peor. Tal vez se les habían dañado los trasmisores de radio. Aquella noche se desveló mientras oraba y pensaba en lo que podría haberles sucedido. A la mañana siguiente, temprano, Juanito Keenan ya estaba volando sobre Playa de las Palmas. Su informe a Margarita fue desalentador. Margarita le pasó el informe a Isabel Elliot: "Juanito ha encontrado la avioneta en la playa. Le han quitado toda la lona al fuselaje. No hay señal de los muchachos.[44]

Russel Hitt dice: "De repente se corrió la cortina que ocultaba el secreto." La noticia se difundió con rapidez. Los misioneros y los funcionarios oficiales organizaron una cuadrilla para salir en su búsqueda. Despacharon a un corresponsal de la revista Times y a un fotógrafo de la revista Lije al lugar de los acontecimientos. Todo el mundo se puso a la expectativa de las noticias. El miércoles vieron dos cuerpos desde el aire. El viernes llegó el grupo al sitio de búsqueda. Según Hefley: "Los misioneros del grupo sacaron del río cuatro cadáveres, en estado de putrefacción. Algunos todavía tenían lanzas de macana (madera de palma) que sobresalían de su ropa. Por los objetos personales se logró la identificación de Jaime, Pedro, Rogelio y Natanael. Parece que el cuerpo de Eduardo McCully había sido arrastrado por la corriente del río." Aquella era una escena sombría. "El firmamento oscurecido indicaba que se aproximaba una tormenta tropical. De prisa, los misioneros cavaron una fosa poco profunda. Mientras llovía, Francisco Drown hizo una apresurada oración de despedida... "[45]

En Shell Mera las viudas se congregaron para escuchar los desoladores detalles. Les esperaba la tarea de poner sus vidas en orden de nuevo. Elizabeth Elliot aceptó la situación "sin quejas de ninguna clase". "Esto no fue una tragedia. . . Dios tiene un plan y un propósito en todas las cosas. "[B] Para Olivia, quien quedó sola y sin hijos, el trauma pudo haber sido insoportable. Pero los propios pasajes bíblicos que ella y Pedro habían leído juntos antes de su muerte, le dieron fortaleza en este período de prueba, en especial 2 Corintios 5:5: "Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios."

Como sucedió con la muerte de los cinco misioneros en Bolivia, en la década anterior, en este caso la reacción del público también fue variada. De todas partes llegaban muestras de condolencia para las familias. Muchos cristianos, al considerar la consagración de estos cinco, se dedicaron a Dios y a su santo servicio en las misiones. Para otros, el incidente fue "un desperdicio trágico" de vidas jóvenes.

A pesar del trauma que terminó con la Operación Auca, los aucas mismos no fueron dejados en el olvido. Los pilotos de Alas de Socorro continuaron llevando regalos y Raquel Saint siguió su estudio del idioma auca. Pero no se hicieron planes para más entradas espectaculares en el territorio de los aucas. El esfuerzo se continuó con precauciones y, después de casi dos años, unos aucas comenzaron a acercarse, poco a poco, a personas de fuera de la tribu. Entonces, en septiembre de 1958, Dayuma volvió a su tribu acompañada de dos mujeres aucas. Tres semanas después, regresaron e invitaron a Raquel Saint y Elizabeth Elliot a visitarlos. Así comenzó la evangelización de los aucas. Sin periodistas ni fotógrafos para registrar el favorable acontecimiento, pues no había mucho que informar. Sólo que dos mujeres se aventuraban una vez más a adentrarse en la selva para predicar el evangelio; otra misión de rutina, pero una que resultaría en abundante fruto.

Los Juergensen

Mientras muchos misioneros estaban trabajando en "misiones sostenidas por fe", otros fueron misioneros independientes sostenidos "por fe". La familia de Carlos F. Juergensen es un buen ejemplo de muchos que más tarde aceptaron asignaciones por una de las recién organizadas denominaciones pentecostales. Sus programas misioneros, como los de las misiones de fe, solamente enviaba las ofrendas sin comprometerse al sustento de los misioneros.

Carlos F. Juergensen era un comerciante de cincuenta años de edad, de la ciudad de Cleveland, Ohio, cuando Dios los llamó a él y a su esposa Federica para ir al Japón. Carlos hubiera preferido volver a Alemania, su país de origen, pero estaba claro que el llamado era para ir al Japón. Entonces vendieron la casa, el negocio y todas sus posesiones y salieron para el campo misionero con sus dos hijas jóvenes, María e Inés. Su hijo Juan, que era el mayor, se quedó en Estados Unidos.

Cierto día Carlos estaba hablando con el Señor sobre el problema de aprender el difícil idioma japonés a su edad. El Señor habló a su corazón: "Cuando yo llamé a Moisés, él también dijo que no podía hablar y yo le di a Aarón como su portavoz. Así también te envío, y tu hija será tu portavoz."

El vapor en que viajaban los Juergensen llegó a Yokohama el 11 de agosto de 1913. Ellos no conocían a nadie allí y nadie salió a recibirlos. Pero poco antes de desembarcar, un pasajero coreano cuya esposa hablaba japonés los invitó a acompañar a su familia a un hotel. ¡Cuánto agradecieron Carlos y Federica a Dios por esta respuesta a la oración! Después el amigo coreano invitó a Carlos a acompañarlo a Tokio. Allí visitaron al señor Nakada, un pastor japonés, quien invitó a los Juergensen a ir a Tokio y los ayudó a encontrar una casa que se alquilaba.

De inmediato la familia comenzó a estudiar el idioma japonés. Pero Carlos estaba ansioso de comenzar a predicarle a la gente. Alquiló un almacén vacío cerca de la Universidad Imperial y lo convirtió en una sala de predicación. Con la ayuda de un intérprete predicó allí y en las esquinas de las calles. Siempre era difícil encontrar un intérprete que supiera bastante inglés. Pasaron dos años y medio y su hija María comenzó a interpretarle y así continuó durante veinte años. Se había cumplido la promesa de Dios de un "portavoz". A los tres años de estar en el Japón, los Juergensen habían abierto tres salas de predicación. Dios bendijo su ministerio y muchas personas aceptaron a Cristo.

Federica también tenía su ministerio pues iba de casa en casa con el mensaje del evangelio y hablaba con las mujeres. En este ministerio y con la ayuda de su madre, María

comenzó a enseñar en una nutrida clase de mujeres japonesas cuando tenía sólo catorce años. La avanzada edad de Carlos y Federica, que ellos pensaron que sería un tropiezo, se convirtió en una bendición en esa cultura que tiene un profundo respeto por los ancianos y atesora sus sabias palabras. La bondad, el respeto y la compasión de los Juergensen les granjearon el afecto del pueblo japonés.

Una reunión feliz tuvo lugar en 1919 cuando Juan, el hijo de los Juergensen, llegó con su esposa, Ester. Siete años atrás, Juan había decidido quedarse en Estados Unidos porque no estaba en buena relación con Dios. Pero la partida de su familia lo había despertado espiritualmente y se rindió al llamado de Dios para su vida. Mientras se preparaba para el ministerio, Juan conoció a Ester Kelchner, una compañera de estudios del instituto bíblico, quien más tarde llegó a ser su esposa. Las Asambleas de Dios, que habían asignado a sus padres como misioneros en 1918, también enviaron a Juan y a Esteral Japón. Ellos también fueron por fe, confiando en que Dios supliría para todas sus necesidades. Era muy conveniente tener a alguien allá que saliera a su encuentro, porque ¡Juan tenía sólo dos dólares cuando llegaron! Pero Dios suplió todas sus necesidades, como también las de los demás miembros de la familia durante más de medio siglo de labor en el Japón.

Juan era un consagrado estudiante de la Palabra de Dios y tenía un don especial para tratar a la gente con mucho tacto. Si la persona era un humilde trabajador, vestido con ropa remendada, Juan se sentaba en el suelo con él mientras tomaban té juntos y le contaba la historia de Jesús, el Salvador del mundo. Cuando hablaba con un estudiante, Juan se convertía en el Sensei, el maestro, capaz de demostrar el camino de la vida a los interesados.

Cierta noche un joven cristiano que acababa de llegar a Tokio entró en la iglesia. Después que Kiyome Yumiyamam aceptó a Cristo, sus padres lo rechazaron. El había dejado la facultad de medicina y había recibido el llamado de Dios a predicar el evangelio. Después del culto, preguntó que significaba "Pentecostés". Juan y Ester lo invitaron a su casa y con la Biblia le enseñaron acerca del bautismo en el Espíritu Santo. Poco después él tuvo esa experiencia en su casa. No sabían ellos entonces que algún día Kiyome serviría a Dios con fidelidad como superintendente de las Asambleas de Dios del Japón.

En 1928 Juan y Ester fueron a la ciudad de Nagoya, baluarte del budismo, a comenzar la obra en ese lugar. Habían estado allí sólo seis meses cuando enfermó Ester. Diez días después fue a encontrarse con su Señor, dejando a Juan con Graciela, su hijita de ocho años, para continuar el trabajo solo. Al año siguiente se casó Juan con Nettie Grimes, una misionera de Kansas que había llegado al Japón el año anterior. Juntos dieron testimonio de Cristo en Nagoya y tuvieron reuniones en carpas en diferentes zonas de la ciudad. Después de veinte años de fructífero ministerio en el Japón, Juan entregaría su vida allí y Nettie continuaría sola en la obra.

Mientras tanto Carlos y Federica habían continuado con su obra en Tokio. Carlos tenía un candente mensaje. En las reuniones celebradas en carpas, en salas de predicación, al aire libre. . . por dondequiera que fuera, él predicaba la salvación por medio de Cristo. Era un hombre de oración y pasaba muchas horas en intercesión por el Japón. A menudo, por la noche, la familia podía oírlo rogando a Dios por las almas y pidiendo las bendiciones de Dios por sus cristianos japoneses, a quienes nombraba uno por uno en la oración. También trabajó en el adiestramiento de obreros del evangelio, a quienes daba responsabilidad en el desarrollo y dirección de las Asambleas de Dios del Japón.

Los Juergensen también oraban por sus hijos. Juan y Nettie estaban trabajando en Nagoya y María ayudaba a sus padres. Inés, la menor, se había mudado en 1933 a la ciudad de Hamamatsu para pastorear una iglesia allá. Una pareja japonesa fue a ayudarlos y después fueron los pastores.

La década de los treinta, llena de tensiones, trajo a los Juergensen el gozo del crecimiento de la iglesia y la tristeza de la pérdida de sus seres queridos. Otros misioneros fueron a ayudarles en el instituto bíblico que Carlos había fundado en 1925. Las iglesias estaban madurando. Se establecían nuevas obras en otras ciudades. Pero el Japón estaba en guerra con China, y al otro lado del globo Hitler y Musolini estaban decididos a conquistar el mundo. La política de agresión llevaba a las naciones rápidamente hacia la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. La tragedia personal llegó a los Juergensen. Dos hijos de Juan murieron. Después murió Juan en 1939, cuando se hallaba en la flor de su vida. Al año siguiente, Carlos Juergensen murió a la edad de 77 años después de 27 años de servicio en su amado Japón.

La guerra había comenzado en Europa en 1939, y el conflicto entre el Japón y Estados Unidos parecía inevitable. Las cuatro mujeres de la familia Juergensen, con los nietos y otros familiares de los misioneros, volvieron a Estados Unidos. En diciembre de 1941 se declaró la guerra entre los dos países. Inés y su madre pasaron los cuatro años siguientes ministrando el evangelio a los japoneses de los "centros de concentración" de Estados Unidos, en los cuales vivían de 10.000 a 15.000 personas.

Después de la guerra, las Juergensen volvieron a la tierra de su llamamiento. Federica trabajó con María siete años más. A la edad de ochenta y ocho años volvió a California. Hasta su muerte, a los noventa y tres años, oró fielmente por los pastores japoneses y por la obra en el Japón. María se "jubiló" en Estados Unidos en 1979 a la edad de setenta y siete años, pero aun octogenaria continúa viajando al Japón, donde permanece dos o tres meses cada año para ayudar a la obra en ese país.

CAPITULO 12

El surgimiento del pentecostalismo: "Una expansión espectacular"

El surgimiento de las iglesias pentecostales y sus misiones está entre los fenómenos más emocionantes de la historia de la Iglesia del siglo veinte. Es natural que preguntemos: "¿Qué es el movimiento pentecostal? ¿Qué causó su surgimiento? y ¿qué le da tanta fuerza?"

Gordon Atter dice: "El grupo religioso conocido como movimiento pentecostal es esa parte de la Iglesia cristiana que insiste constantemente que la Iglesia de la actualidad debe gozar de las mismas bendiciones, creer las mismas doctrinas y recibir el mismo poder que la Iglesia primitiva."[1]

Los pentecostales señalan que su experiencia no es nueva, ni está limitada a la Iglesia primitiva y al siglo veinte. Stanley H. Frodsham se refiere a los testimonios de Ireneo (115-202 d.C.), Tertuliano (160-220 d.C.), Orígenes (185-254 d.C.), Crisóstomo (cerca de 349-407 d.C.), San Agustín (354-430 d.C.) y otros de los siglos siguientes para demostrar que el hablar en lenguas continuó después de la época de los apóstoles.[2] Bernardo Bresson da una lista de veinticuatro movimientos o sectas carismáticas que existieron entre fines del siglo segundo y mediados del diecinueve.[3] Los historiadores registran muchos casos en el siglo diecinueve de individuos y grupos que recibieron esta experiencia pentecostal en Inglaterra, Noruega, Escocia, Rusia, Armenia, Suiza y Norteamérica. Los incrédulos se convencieron de la obra genuina del Espíritu Santo en varias ocasiones cuando hubo extranjeros que oyeron en su propio idioma (que el hablante no conocía) alabanzas a Dios o un mensaje de El.

Los grandes avivamientos de fines del siglo diecinueve también estaban preparando el camino para el de más largo alcance del siglo veinte. Dwight L. Moody, Rubén A. Torrey y otros hicieron hincapié en la persona y en la obra del Espíritu Santo. El ministerio de sanidad del evangelista Juan Alejandro Dowie atrajo a millares a sus reuniones en las que oraba por los enfermos y ocurrían milagros. Individuos como A. B. Simpson (fundador de la Alianza Cristiana y Misionera), y movimientos como el de Keswick destacaban la necesidad de una vida espiritual más profunda.

A fines del siglo diecinueve, muchos cristianos evangélicos tuvieron reacciones fuertes contra el liberalismo que invadía sus iglesias. Hubo denominaciones grandes que se dividieron. Surgieron muchas iglesias independientes cuando los predicadores de santidad dejaron sus congregaciones que rechazaban el mensaje de ellos.

En muchas iglesias y en reuniones caseras oraban los creyentes pidiendo una experiencia espiritual más profunda, santificación y el poder para vivir una vida victoriosa, y para poder testificar con la unción del Espíritu Santo a fin de convencer y convertir a los pecadores como en la época de los apóstoles. Algunos evangelistas predicaban que el plan de Dios para todos los creyentes era un "bautismo de fuego" después de la justificación y la santificación. Se necesitaba otro Pentecostés para encender la iglesia.

Algunas iglesias de santidad de entonces aceptaron el mensaje pentecostal de la restauración de todos los dones del Espíritu Santo (incluso el hablar e interpretar lenguas

extrañas) como aparecen en 1 Corintios 12. Sin embargo, la mayoría de las denominaciones rechazaron esta enseñanza y expulsaron de sus iglesias a los que se aferraban a ella.

Los predicadores que habían salido de sus denominaciones después de participar en el movimiento pentecostal no tenían intenciones de formar nuevas denominaciones, pero al brotar iglesias nuevas en los lugares donde tenían campañas evangelísticas, se formaron asociaciones entre ellos. Como sucedió en la mayoría de los avivamientos de la historia de la Iglesia, algunas personas se volvieron fanáticas. Algunos enseñaban doctrinas falsas como revelaciones nuevas. Se hizo evidente que se debía establecer normas de conducta y doctrina para la asociación y el ministerio. Se necesitaban institutos para la preparación bíblica de los obreros cristianos. Se necesitaba una organización que enviara y sustentase a los misioneros. Se debía otorgar credenciales a los ministros aprobados para que los recibieran en las iglesias sin temor a doctrinas falsas o conducta apartada de la Biblia.

Por las mismas razones los grupos de iglesias semejantes se convirtieron en denominaciones. Estas diferían en asuntos tales como la estructura eclesiástica, la forma del bautismo, la santificación y otros puntos. No obstante, todas estaban de acuerdo en las doctrinas fundamentales del cristianismo con un énfasis nuevo en la obra del Espíritu Santo y el pronto regreso del Señor.

Quizás el mayor resultado del derramamiento pentecostal ha sido un nuevo énfasis en las misiones. Entre las cuarenta denominaciones, o más, que surgieron en Norteamérica, las principales en sus esfuerzos misioneros han sido: las Asambleas de Dios, la Iglesia de Dios (de Cleveland, Tennessee), la Iglesia de Dios en Cristo, la Asociación Elim, la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular, las Iglesias de la Biblia Abierta, las Asambleas Pentecostales del Canadá, la Iglesia de Dios Pentecostal, la Iglesia de Santidad Pentecostal y la Iglesia Pentecostal Unida.

Aun antes de la formación de estas denominaciones, el avivamiento había comenzado simultáneamente en China, India y otros países. Los misioneros de varias iglesias observaron el derramamiento del Espíritu en sus congregaciones y tuvieron también la experiencia pentecostal. Cuando ya no los aceptaban en sus denominaciones se unían a las iglesias pentecostales. Estos tuvieron mucha influencia en el establecimiento de las normas y prácticas misioneras de las nuevas denominaciones. Muchos recién reclutados también se unieron a ellos o fueron a otros campos nuevos. Algunos creyeron equivocadamente que el Señor les había dado el don del conocimiento del idioma que necesitarían en el campo misionero y se desanimaron al ver que todavía tendrían que estudiar la lengua de las personas que querían evangelizar. Algunos volvieron desilusionados. Otros se quedaron en la misión e hicieron una obra muy buena.

A mediados del siglo veinte las iglesias pentecostales ya se habían multiplicado y habían alcanzado madurez. Hasta cierto punto se habían ganado el' respeto y el compañerismo de la mayoría de las otras iglesias evangélicas. Entonces se produjo un derramamiento del Espíritu en muchas de las denominaciones más antiguas, incluyendo entre ellas a la Iglesia Católica Romana y a la Ortodoxa. Esta vez a los que eran bautizados en el Espíritu Santo se les permitía, por lo general, que se quedaran en sus iglesias. La reaparición de los dones del Espíritu y la renovación de la vida espiritual le merecieron al avivamiento el nombre de "renovación carismática".

El esfuerzo misionero de las iglesias pentecostales no ha disminuido. En cada nueva generación los jóvenes responden al llamado de Cristo y a la necesidad del mundo.

Ahora las misiones han entrado en una fase nueva y emocionante cuando los "campos misioneros" organizan sus propios programas de misiones y envían a sus misioneros a hacer su parte en el evangelismo mundial. El avivamiento y el crecimiento de la iglesia continúan en tanto que los creyentes testifican de Cristo.

Los directores del movimiento de iglecrecimiento han llamado la atención al crecimiento de las iglesias pentecostales en la América Latina. Pedro Wagner escribió:

> En toda la historia de la humanidad no ha habido nunca un movimiento voluntario que crezca con tanta rapidez como el cristianismo en la actualidad. Sin ayuda de fuerzas políticas o militares, el mensaje del reino de Dios se propaga por grandes regiones de Asia, Afrecha y América Latina, seguido de un crecimiento extraordinario de la iglesia.
>
> Dentro de la familia cristiana, la expansión más espectacular se está produciendo entre los denominados pentecostales o carismáticos... Sólo cuarenta años después de que se inició el rápido crecimiento, se estima que hay 120 millones de pentecostales y carismáticos en todo el mundo.
>
> Esto no quiere decir que Dios no esté bendiciendo a las iglesias no pentecostales, o que carezcan estas de crecimiento y vitalidad. Muchas de esas iglesias experimentan un crecimiento vigoroso en diversas partes del mundo. Sin embargo, como grupo, el ritmo de crecimiento de las iglesias de tipo pentecostal es muy superior al de cualquier otra.[4]

Gary B. McGee dice acerca del movimiento pentecostal y la expansión misionera resultante:

> Hay varias cosas que indican también la importancia de los conceptos de ministerio y evangelismo misionero que irradian del avivamiento de la calle Azusa: el papel prominente de las mujeres en el ministerio, el sentido único de la guía del Espíritu y el concepto del vivir por fe, esto es, el creer que Dios suple de modo milagroso todas nuestras necesidades.[5] La historia del pentecostalismo no se puede entender de modo apropiado aparte de su visión por el evangelismo en el extranjero. Aunque no han carecido de errores y fracasos en los últimos ochenta años, los esfuerzos misioneros pentecostales se han apresurado a ponerse al día en la estrategia del Espíritu: ". . . recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos . . . hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).[6]

W. W. Simpson

William Wallace Simpson fue uno de los muchos misioneros sostenidos "por fe" que recibieron el bautismo en el Espíritu Santo en el campo misionero. Era un maestro de veintiún años de edad, en Tennessee, cuando leyó sobre la Gran Comisión en Marcos 16:15 y le dijo al Señor que obedecería. Tres meses después (octubre 1891) ya estaba en un instituto de adiestramiento misionero en la ciudad de Nueva York. Mientras estaba allí leyó Romanos 15:20 y convirtió las palabras de Pablo en su propio lema: "Me esforzaré

por 'predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno' ". Para W. W. Simpson eso significaba el Tíbet, conocido como la Gran Nación Cerrada. En marzo de 1892 se dirigió hacia ese lugar.

Después de dos años de estudio de algunos de los dialectos del chino y del tibetano, Simpson realizó su viaje a través de China, que duró tres meses, de Shanghai a Taochow en la frontera del Tíbet. Viajó 1.120 kilómetros río arriba en un vapor, después 640 kilómetros en una casabote tirada por dos muchachos que iban caminando por la orilla del río; entonces, 1.440 kilómetros en una carreta tirada por dos mulas y, al final,.272 kilómetros a lomo de una mula de carga.

Un caballero chino (que después fue su primer convertido y llegó a ser pastor) ayudó a Simpson a conseguir habitaciones en un templo budista al otro lado de la frontera, en Rupa, el Tíbet. El también convenció al lama (sacerdote) encargado del templo a que le enseñara el dialecto local tibetano. El lama fue amable y le dio a Simpson muchas oportunidades de ganar amigos y enseñarles el evangelio. Años después Simpson pudo comprar el templo y transformarlo en un salón para la predicación del evangelio. Desde allí hacía viajes misioneros al interior del Tíbet.

En 1895 Simpson se casó con Otilia Ekvall, misionera en China, a quien había conocido cuando pasaban el adiestramiento en Nueva York. Se establecieron en Taochow, China. Allí trabajaron entre los muchos tibetanos que cruzaban la frontera para comprar y vender en el mercado. También predicaban a los chinos y Taochow era el centro de operaciones para propagar el evangelio a ambos lados de la frontera. Sus tres hijos, Margarita, Luisa y William, aceptaron a Cristo en su niñez, ayudaron en el ministerio y se hicieron misioneros.

W. W. Simpson escribió: "Después de estudiar con cuidado el Nuevo Testamento, quedé convencido que el plan del Señor era trabajar 'con señales', así que durante dieciséis años esperé que se cumpliera su promesa, pero no podía indicar ninguna señal que el Señor hubiera obrado a través de mí. No estaba solamente desengañado, sino a menudo desanimado; y aun tentado a darme por vencido. Sin embargo, su mandamiento de ir a predicar el evangelio seguía invariable; y ni podía, ni me atrevía a desobedecer."

Otros misioneros llegaron al noroeste de China. En 1908 ya tenían cinco misiones, y más de cincuenta chinos y tibetanos habían aceptado a Cristo. Varios misioneros habían sabido por cartas sobre el hablar en lenguas en Norteamérica, pero, como dijo Simpson: "Ninguno de nosotros estaba interesado en hablar en lenguas ni enseñaba al respecto." Entonces sucedió algo durante la semana de su consejo anual que tendría un profundo impacto en su obra.

Los ocho misioneros que estaban presentes y cuarenta chinos estaban orando alrededor del altar, orando por una completa crucifixión de la vida egoísta y dedicándose de nuevo a Dios. Uno de los cristianos chinos, Yong Chenghasi, comenzó a temblar. Poco después cayó al suelo y comenzó a hablar en un idioma que ninguno de los presentes entendía. Por casi una hora se quedó tendido y hablando en voz alta. W. W. Simpson dijo: "Me quedé como mudo, paseando por el pasillo y pensando: '¿Qué significa esto?' De repente, él gritó: 'La eternidad está cerca' (*Eternity is nigh*!) en un inglés enfático y puro. Yo lo conocía bien, pues lo había bautizado tres años antes y sabía que era imposible que hablara inglés. . . Después se sentó y habló en varios dialectos del chino, declarando la redención de Cristo en la cruz. Al final nos dijo en su dialecto autóctono que debíamos hacer una obra perfecta para el Señor al propagar el evangelio. No habíamos enseñado el Pentecostés, pero lo sucedido entonces era muy semejante. La mayoría de nosotros

quedamos muy perplejos."

Aun más maravilloso fue lo que ocurrió en el ministerio de Yong después de lo que le sucedió en el consejo. Dios obró con poder al llevar cristianos a una consagración más profunda y al salvar almas. Una ciega fue sanada. Ese milagro convenció a Simpson de que él también necesitaba el bautismo en el Espíritu Santo para que el Señor obrara por medio de él, confirmando la palabra con las señales que seguirían. Desde entonces enseñó el bautismo en el Espíritu según la experiencia pentecostal de Hechos 2:4. Varios más recibieron la unción pentecostal bajo su ministerio antes que el propio Simpson lo recibiera. En una convención en Taochow en 1912 unas treinta personas fueron bautizadas en el Espíritu Santo, incluso Simpson, su esposa y sus tres hijos.

En pocas semanas vino un derramamiento del Espíritu sobre las seis bases misioneras. Los chinos bautizados en el Espíritu iban a predicar a lugares nuevos. El Señor obraba por medio de ellos con señales, maravillas y derramamientos del Espíritu. Muy pronto había más de cien que habían sido bautizados en el Espíritu.

Simpson regresó a Estados Unidos, donde se vinculó con las Asambleas de Dios, que habían sido fundadas recientemente. El ayudó a establecer sus principios misioneros fundamentales al visitar las iglesias y enseñar en el Instituto Bíblico Betel durante un año.

Otilia no había gozado de buena salud antes de salir de China. Había trabajado fielmente con su esposo, viviendo en un tienda de campaña entre los nómadas varios meses seguidos; sufrió privaciones; les dio estudios bíblicos a las mujeres de Taochow; cuidó a sus propios niños y a algunos huérfanos a los que había abierto su hogar; se enfrentó al peligro de los ataques de bandidos, y cuidó a las víctimas del hambre y de las enfermedades. Ya había llegado la hora de su partida al descanso eterno. El Señor la trasladó a la patria celestial en 1917.

W. W. Simpson volvió a China en 1918 con sus tres hijos, los cuales habían dedicado su vida a Dios para el servicio misionero. Margarita y Luisa se casaron después con misioneros que habían ido a trabajar a la misma zona. En 1920 William Ekvall, de diecinueve años de edad, tomó la responsabilidad de la obra tibetana, dejando a su padre libre para el trabajo entre los chinos.

La mayor preocupación de W. W. Simpson entonces era la preparación de obreros del evangelio. Escribió: "La mayor necesidad de la obra en China en la actualidad es de hombres y mujeres chinos llenos del Espíritu que sepan lo suficiente de la Biblia como para predicar el evangelio en toda su sencillez y pureza. Se necesitan misioneros para preparar, dirigir, animar y supervisar a los obreros, pero los chinos mismos tendrán que hacer la mayor parte de la obra de evangelización. . . También hay una gran necesidad de un hogar de adiestramiento para misioneros pentecostales... El plan para el instituto bíblico y el hogar de preparación proveerá a los misioneros los maestros que hablen los diferentes dialectos de los numerosos distritos de la China de habla mandarina, de modo que cada misionero pueda escoger el dialecto que desee estudiar."

Simpson continuó con sus planes, estableció institutos bíblicos en las bases misioneras de las Asambleas de Dios, ayudó a formar nuevos misioneros, siguió predicando en las iglesias locales y en las convenciones, promovió la cooperación entre los misioneros pentecostales del norte de China y viajó constantemente por China y el Tíbet.

En esos viajes Dios confirmaba su Palabra con las señales que la seguían, sanando a los enfermos y derramando su Espíritu sobre los creyentes. Simpson enseñó la necesidad de la crucifixión de la vida egoísta. Los cristianos sentían una gran convicción y

confesaban sus pecados. Algunos parecían sufrir hasta cierto punto la crucifixión física con Cristo al caer postrados con los brazos extendidos bajo el poder de Dios. Algunos tuvieron visiones de Cristo. El Señor bautizó a muchos en su Espíritu. Muchos que no eran cristianos se sintieron convencidos de la verdad del evangelio y aceptaron al Señor al ver su poder demostrado mediante los milagros de sanidad. Los creyentes llenos del Espíritu salían a testificar, predicar y enseñar con un poder y una autoridad que no habían conocido antes. Y el fuego de Pentecostés se seguía extendiendo. En 1949 ya más de 10.000 personas habían sido bautizadas en el Espíritu Santo.

Mientras tanto, en 1925, Simpson se había casado con Marta Merrill, una misionera de las Asambleas de Dios que servía en el norte de China. Ella contribuyó mucho al trabajar con las mujeres y los huérfanos y en la escuela para ciegos. De esta unión hubo siete hijos.

Al viajar con una tienda de campaña entre los nómadas tibetanos, o predicar en las salas de la misión y en los mercados, los misioneros sufrían por el clima frío e implacable. La elevación media de la meseta era de unos 5.000 metros. W. W. Simpson escribió:

> Muchas veces salimos a los patios cubiertos de tierra y desperdicios a cantar, predicar y orar a fin de recibir un poco de calor del sol de invierno, en vez de temblar de frío en los lugares miserables que son todo lo que podemos tener para nuestros lugares de reunión. Hoy me detuve en Meichuan a ayudar a nuestros dos evangelistas a predicar a las multitudes en el mercado y hacía tanto frío que pasamos la mesa a la puerta del frente para recibir un poco de sol. Allí cantamos y predicamos por dos horas, nosotros y nuestro auditorio en pie hasta que me enfrié tanto que tuve que salir a caminar como un kilómetro y medio para entrar en calor otra vez.

Mientras estaba en sesión el instituto bíblico, Simpson usualmente enseñaba seis horas y predicaba en un culto evangelístico por la noche. Hacía eso además de sus responsabilidades administrativas. Cuando el instituto no estaba en sesión, pasaba mucho tiempo viajando. Predicaba en el norte de China, en Mongolia, Manchuria y el Tíbet.

Durante más de trece años, su hijo William trabajó incansable-mente en el Tíbet. Se estableció en Labrang, una ciudad de unos 5.000 monjes budistas, y pasó la mayor parte del tiempo en la predicación del evangelio a las tribus nómadas. En un año viajaba un promedio de 6.000 kilómetros a caballo. Por acuerdo con la Alianza Cristiana y Misionera se asignó al noroeste del Tíbet a la obra misionera de las Asambleas de Dios, mientras la ACM asumió la responsabilidad de la zona del sureste. Los resultados no eran evidentes como entre los chinos, pero cada tibetano ganado para Cristo era como un trofeo de gracia.

William escribió lo siguiente al departamento de misiones: "Todas las pruebas, la soledad, las penas, las preocupaciones y el dolor, el frío y el hambre en el camino largo, la oscuridad y el desánimo, y todos los lutos, tentaciones y dificultades no parecían dignas de comparación con la gloria y la felicidad de testificar a este pueblo las nuevas alegres de gran gozo."

En las décadas de los veinte y de los treinta sufrieron de modo indecible el noroeste de China y el Tíbet. El hambre cobró incontables vidas. Los misioneros hacían lo posible para aliviar el hambre y alojaron a 300 huérfanos que se morían de inanición.

Bandas de ladrones atacaban las aldeas, mataban a la gente y se llevaban la comida que podían encontrar. La misión de los Simpson mayores fue invadida y su vida se vio amenazada más de una vez, pero Dios intervino en cada ocasión para librarlos y aun hacer que les devolvieran sus posesiones.

La situación política era caótica. Los funcionarios oficiales mataban a los que no podían pagar los excesivos impuestos. Muchas personas huían a las montañas. Cuando llegó la revolución, millares de soldados musulmanes tibetanos desertaron y se volvieron un ejército de bandidos despiadados que saqueaban y quemaban las aldeas, violaban, torturaban y mataban a millares de personas. El gobierno no podía proteger a la gente. Las tropas enviadas a destruir a los musulmanes fueron exterminadas por ellos en el campo de batalla. Los viajes eran peligrosos en extremo, y a veces imposibles, por el territorio que estaba en manos de los bandidos.

En septiembre de 1930 los W. W. Simpson viajaron a Estados Unidos y visitaron las iglesias para presentar las necesidades de China. En febrero de 1932 volvieron con refuerzos misioneros. William se había quedado en el Tíbet. El viajó casi 500 kilómetros a caballo para encontrarlos en su misión cuando llegaron. Después él y un chofer ruso usaron un camión para llevar el resto de su equipaje.

Cuando regresaban, una banda de musulmanes disparó sobre ellos y los mató al instante. Un recaudador de impuestos chino que iba en medio de los baúles y protegido por estos, escapó con vida e informó del homicidio. Contó que los musulmanes habían arrastrado los cuerpos de las víctimas lejos del camión y habían robado todas las cosas de valor. Unos aldeanos del lugar enterraron los cadáveres junto al camino.

Cuando W. W. Simpson llegó, encontró un papel ensangrentado sobre el suelo junto a la tumba poco profunda de su hijo. Era sólo un papel de la escuela dominical, pero su título fue un mensaje que le atravesó el corazón: *En memoria de mí*. La sangre de su hijo sobre el papel era un recuerdo que su vida había sido sacrificada para la propagación del evangelio en China y el Tíbet. También le recordó la vida (sangre) del Hijo de Dios vertida por el bien de esa gente. William Ekvall Simpson había terminado su misión a la edad de treinta años. Ahora les quedaba la responsabilidad a otros de continuar la obra que él había comenzado.

Los Simpson siguieron ministrando. Durante mucho tiempo, W. W. Simpson había considerado la necesidad de una organización nacional de las iglesias pentecostales de China, que contara con líderes chinos. Algunos misioneros eran de Canadá, otros de Inglaterra, Noruega, Suecia, Dinamarca y Estados Unidos. Representaban estos a diferentes denominaciones y algunos eran independientes. Una organización nacional podría fortalecer la comunión y ayudar a las iglesias esparcidas. Los diversos grupos no mostraron mucho interés en este llamamiento. Entonces Simpson se adelantó a organizar las Asambleas de Dios en China. Por lo menos su denominación tendría un liderazgo nacional fuerte ya fuera que los misioneros pudiesen quedarse en China o no.

En 1949 todos los misioneros extranjeros tuvieron que salir de China debido al nuevo gobierno comunista. Simpson tenía ochenta años de edad pero estaba listo a comenzar su obra entre los chinos de Estados Unidos. Durante los doce años siguientes él oró por el país al que había dado cincuenta y siete años de su vida. Y con sus escritos y servicios misioneros inspiró a muchos otros a desarrollar una fe mayor, a ocuparse en la oración intercesora y a dedicarse al servicio en beneficio de las almas perdidas. Murió a los noventa y dos años de edad.

Cuando China cerró sus puertas al mundo exterior en 1950, la población cristiana

estaba entre uno y dos millones de personas. Durante los años siguientes hubo un esfuerzo por erradicar progresivamente todas las religiones. La única ayuda que los cristianos podían recibir del exterior eran los programas evangélicos trasmitidos por varias emisoras radiales. Y las oraciones. A veces las visitas de cristianos chinos que vivían en otros países y regresaban a China a visitar a sus familias. Los informes que salían de China hacían que el mundo exterior se preguntara: ¿Será capaz la iglesia de sobrevivir? ¿Bastaba con la gracia de Dios? ¡La respuesta es un sí triunfante! Donde antes había sólo uno o dos millones de creyentes, en 1986 se calculaba que había por lo menos 50 millones de cristianos en China. Algunos se congregan en iglesias que cuentan con el reconocimiento oficial del gobierno. La mayoría, no obstante, se reúne en las "iglesias en los hogares". Aún necesitan nuestras oraciones, y quizás nosotros necesitamos las de ellos para que seamos fieles a Dios tanto en la prosperidad como en la persecución.

W. C. Hoover

La obra pentecostal en Chile se remonta al derramamiento del Espíritu en la India. Pandita Ramabai, una viuda hindú bien educada, estableció un hogar cristiano en Mukti para viudas jóvenes desamparadas. El Señor le dio varias colaboradoras valiosas para ayudarla a preparar a las chicas para la vida y el servicio cristianos. Una de ellas, Minnie F. Abrams, misionera de Estados Unidos, escribió:

> En enero de 1905, Pandita Ramabai les habló a las señoritas de Mukti acerca de la necesidad de un avivamiento, y llamó a voluntarias que se reunieran con ella a diario para orar con ese propósito. Se presentaron 70 voluntarias, y se fueron añadiendo otras hasta que a principios del avivamiento ya se reunían 550 dos veces al día. En junio Ramabai pidió voluntarias que abandonaran sus estudios seculares para ir a las aldeas de los alrededores a predicar el evangelio. Se presentaron 3.0 señoritas. Nos reuníamos a diario a orar por un "investimento" de poder.[7]

Minnie Abrams también contó la manera en que Dios derramó su Espíritu sobre las muchachas. La presencia del poder de Dios era tan grande que produjo convicción de pecado, arrepentimiento profundo y luego gozo en la seguridad del perdón. Muchas fueron bautizadas en el Espíritu Santo y hablaron en lenguas que no habían aprendido. Entre los idiomas que entendieron los que fueron a orar o a observar lo que ocurría estaban el inglés, el sánscrito clásico, el guzerati, el canarese, el griego y el hebreo.

Los misioneros de varias denominaciones fueron a Mukti a ver y juzgar por sí mismos lo que ocurría (y también a recibir el poder del Espíritu Santo si lo que sucedía allí procedía de El). Un misionero, Alberto Norton, se maravilló al oír a varias muchachas y mujeres marati alabando a Dios en inglés. Había bautizado a una ellas en agua antes y sabía que no entendía nada de inglés. Dijo:

> No entiendo por qué Dios da la capacidad a estas mujeres y muchachas de hablar inglés, en vez de tamil, bengalí, telugu u otro idioma de la India desconocido para ellas. Me parece que es por misericordia de nosotros los pobres misioneros de Europa y América, quienes dudamos como Tomás con respecto a los dones y a la obra del Espíritu, y no recibimos el poder del Espíritu Santo como deberíamos

hacerlo.[8]

El avivamiento pasó a varias misiones. Pronto sesenta y cinco tizados en el Espíritu. Muchos misioneros y obreros hindúes recibieron nuevo poder para el servicio al ser llenos del Espíritu.

Mientras tanto, en América del Sur un misionero metodista, Willis C. Hoover, oraba por un avivamiento en la iglesia de Valparaíso que pastoreaba él. Su esposa era amiga de Minnie Abrams. Habían asistido juntas al instituto de adiestramiento en Chicago. En 1907 Minnie le envió a la señora Hoover un folleto que había escrito para contar acerca del derramamiento del Espíritu en la India. Esto aumentó el deseo de los Hoover por ver la realización de lo que Dios tuviera dispuesto para ellos y su iglesia. Fascinados, los Hoover comenzaron a establecer correspondencia con otros amigos de Venezuela, Noruega y la India, los cuales compartían con ellos sus experiencias respecto al Espíritu Santo.[9] En 1908 otros testimonios confirmaron su fe en que el avivamiento pentecostal estaba de acuerdo con las Escrituras y era de origen divino.

El avivamiento llegó a la iglesia de los Hoover, como en los otros lugares, como respuesta a la oración ferviente. Las reuniones de oración cada noche durante la primera semana de enero de 1909 fueron testigos de una devoción nueva cuando toda la congregación de más de 100 personas comenzaron a orar, todos a la vez, en forma audible. Eso no había ocurrido nunca antes en su iglesia.

Entonces el 14 de enero el Señor se apareció a uno de los miembros de la iglesia en un sueño y le dijo: "Ve a tu pastor y dile que reúna a algunos de los creyentes más espirituales de la congregación. Deben orar juntos todos los días. Pienso bautizarlos con lenguas de fuego."

Hoover aceptó la revelación como de Dios y desde entonces se reunió con un grupo de creyentes consagrados para orar todas las tardes a las cinco en punto. Comenzaron a ver que los pecadores se convertían y que los creyentes se preocupaban más por su vida espiritual.

Mientras Hoover estaba ausente en la conferencia metodista anual, un domingo de febrero por la noche, la persona encargada de la dirección del culto en su iglesia llamó a todos los miembros de la junta oficial a que ocuparan los asientos del frente. Les leyó en Joel 2:12-32 el llamado del Señor al arrepentimiento y su promesa de derramar su Espíritu sobre todas las personas en los postreros días. Entonces dijo:

> Ustedes y yo somos responsables de la condición espiritual de esta iglesia, y debemos arrepentimos y arreglar nuestras cuentas con el Señor aunque tengamos que pasar aquí toda la noche.

Después de una sesión de oración despidió a la congregación, pero les pidió a los miembros de la junta oficial, y a los demás que quisieran quedarse, que lo acompañaran en una vigilia de oración hasta el amanecer. Recibieron tales bendiciones aquella noche que las vigilias de oración semanales (y después mensuales) hasta el amanecer, que en ocasiones llegaron a tener 200 asistentes, se convirtieron en parte integral del avivamiento.

En esas reuniones se despertaban las conciencias, y el arrepentimiento, la restitución y la reconciliación eran algo común. Algunos creyentes fueron hasta Santiago a reconciliarse, pagar deudas olvidadas o pasadas por alto, y a devolver bienes o dinero robados años atrás [10]

Ocurrieron manifestaciones, similares a las de los primeros avivamientos metodistas, en las cuales la gente caía al suelo bajo el poder del Espíritu Santo, tenía visiones, reía de alegría, adoraba a Dios y oraba o cantaba en otras lenguas. Vinieron muchos curiosos y en septiembre la congregación de unos 300 llegó a 1.000.

Algunos periodistas sin escrúpulos publicaron relatos distorsionados y capciosos de las reuniones. A Hoover lo llevaron a los tribunales por acusaciones falsas de que "él le daba de beber a la gente un dañino brebaje llamado 'la Sangre del Cordero' que provocaba letargo y hacía caer a las personas al suelo". Hoover aprovechó las oportunidades para testificar al juez y a los demás funcionarios acerca del poder del Señor Jesucristo. Y la publicidad sirvió para hacer que multitudes aun mayores asistieran a las reuniones.

Sin embargo, algunos de los miembros más apegados a la circunspección se sintieron molestos por "el escándalo". Le llamaron la atención al pastor acerca del fanatismo y enviaron recortes de periódicos al obispo metodista. Aunque la iglesia aumentaba en número, el obispo se atemorizó y decidió enviar a los Hoover de regreso a Estados Unidos con una licencia de descanso con el objeto de poner fin al "fanatismo".

Entre tanto, los cristianos de otras poblaciones venían a ver lo que ocurría y oraban con fervor por un avivamiento en sus propias iglesias. Las noticias y el deseo de progreso espiritual también se esparcieron por otras iglesias de Santiago. Algunos creyentes de Valparaíso se sintieron guiados para ir a otros lugares a testificar del Señor. Una mujer fue a una iglesia metodista de Santiago un domingo por la mañana. La gente de allí recibió su testimonio y tenía muchos deseos de recibir el bautismo en el Espíritu Santo. Por la tarde, ella fue a la segunda iglesia metodista. La gente le rogó al pastor que le permitiera hablar pero él no quiso. Al fin toda la congregación y el pastor auxiliar salieron del templo como protesta. Aquella noche fue ella a la Primera Iglesia Metodista. Allí el pastor trató la situación con aspereza. Le prometió a la congregación que se le concedería la palabra al concluir el servicio, pero cuando ella se levantó para hablar, él hizo que la policía (llamada ya con ese propósito) desocupara el edificio y arrestase a la mujer. Los pastores y el obispo le echaron la culpa del problema a Hoover.

En la conferencia metodista anual en febrero de 1910, se informó a Hoover sobre la decisión de que él debía salir con licencia. Dos miembros de su iglesia vinieron a decirle: "Pastor, vamos a separamos. El propósito de la conferencia es esparcimos y enviarlo a usted a Estados Unidos; la obra será destruida. Vamos a salir y cuando ellos lo destituyan, usted puede ser nuestro pastor."

Al conocer la posición del obispo, Hoover renunció al pastorado de la iglesia de Valparaíso y siguió de pastor de las 440 personas que salieron de la iglesia con él. Sin intentar siquiera quedarse con el cómodo y hermoso templo que acababan de construir, comenzaron a reunirse en hogares hasta cuando pudieron conseguir otra propiedad.

Las dos congregaciones de Santiago que querían aceptar el avivamiento a pesar de la oposición de sus pastores también abandonaron la conferencia Metodista Epicospal. Le pidieron a Hoover que fuera su superintendente. El aceptó y así nació la Iglesia Metodista Pentecostal.

Una característica de la iglesia era el evangelismo de poder. Aun cuando estaban prohibidas las reuniones en las calles, éstas fueron parte regular del esfuerzo evangelístico. Mientras la policía arrestaba a un grupo de creyentes y lo llevaba a la cárcel, otro grupo tomaba su lugar y continuaba con la reunión. De distintos lugares de la ciudad la policía los traía a la cárcel que estaba llena de cristianos que cantaban, oraban, testificaban, alababan a Dios y exhortaban a la policía y a otros prisioneros a aceptar la

salvación. Esto ocurrió semana tras semana hasta que al fin recibieron permiso para tener sus reuniones en la calle.

Las iglesias crecían con rapidez y surgían cada vez más cuando los grupos de testigos iban en ómnibus o en bicicleta a pueblos vecinos a establecer otras obras. Como en otras partes, las sanidades y la liberación de la posesión por demonios y el alcoholismo, junto con la evidencia de las vidas transformadas de los convertidos confirmaban la verdad del mensaje del evangelio. Pronto hubo grupos pentecostales de varios tamaños en ochenta ciudades y pueblos.

La iglesia original, situada en la calle Jotabeche de Valparaíso y conocida como la iglesia de Jotabeche, construyó un santuario para 5.000 personas. Cuando se llenó el edificio y después de la asistencia de multitudes durante años construyeron su edificio actual con capacidad para 16.000 personas.

Las iglesias pentecostales de Chile han crecido no sólo por multiplicación en la extensión, sino también por divisiones. En 1946 un grupo bajo la dirección de Enrique Chávez salió de la Iglesia Pentecostal Metodista para formar la Iglesia Pentecostal de Chile. A los diez años ya tenía otras 26 iglesias y 100 más en formación. En 1952 otro grupo se separó y comenzó la Misión de la Iglesia Pentecostal. En diez años creció hasta tener 18 iglesias con unos 10.000 miembros. Un estudio hecho en 1967 dio como resultado que 14 grupos se habían separado de la Iglesia Pentecostal Metodista desde la época de Hoover.[11] A pesar de eso, la iglesia original siguió creciendo. En cierta ocasión, la Iglesia Metodista Jotabeche, con una asistencia de 45.000 personas, se considera como una de las iglesias protestantes más grande del mundo."[12] En 1985 la organización tenía unos 650.000 miembros.[13]

Pedro Wagner señala que el secreto de su crecimiento fue que la iglesia no era de carácter foráneo y que Hoover confiaba en el Espíritu Santo; en que su poder y dirección eran tan eficaces para los chilenos como para los cristianos de otro países.

> En Chile, Willis ejerció una influencia considerable sobre la Iglesia Pentecostal Metodista mientras vivió, pero afortunadamente no edificó un imperio misionero. El no reclutó otros misioneros que tomaran su lugar.
>
> ...La disposición de las misiones pentecostales de entregar de buena voluntad la obra de Dios a las iglesias nacionales tal vez estribe en el énfasis fuerte que pone en el Espíritu Santo. La Biblia promete que el Espíritu Santo guiará a los creyentes de cualquier nacionalidad que sean a toda la verdad (Juan 16:13), y los misioneros pentecostales pueden tomar esa promesa más al pie de la letra que otros misioneros.[14]

Vingren, Berg y Francescon

Quizás el crecimiento más espectacular del pentecostalismo ha ocurrido en el Brasil. En 1910 dos bautistas suecos y un inmigrante italiano a Estados Unidos se sintieron "guiados por el Espíritu" para ir al Brasil. Luis Francescon comenzó una obra entre los italianos del sur de Brasil. Vingren y Berg trabajaron primero en el norte. En 1985 se calculaba que la población de pentecostales en Brasil llegaba a trece millones.

Gunnar Vingren nació en Suecia en 1879. Su padre era superintendente de escuela dominical en la iglesia local. Gunnar recibió a Cristo cuando tenía solamente nueve años

de edad, pero después se apartó del Señor. A los diecisiete renovó su consagración y estuvo en la Iglesia Bautista. Poco después leyó un artículo sobre los sufrimientos y necesidades de las tribus aborígenes en otras tierras. Se sintió muy conmovido y se ofreció a Dios para que lo usara para su gloria donde quisiera.

Después de estudiar en un instituto bíblico, y con cierta experiencia en campañas evangelísticas y en la iglesia local, Vingren viajó a Estados Unidos en 1903. Se preparó para el ministerio en el Seminario Bautista Sueco de Chicago y se hizo pastor. El quería ir de misionero a la India, pero Dios le mostró que esa no era su voluntad. Sin embargo, una mujer cristiana que Dios usaba en los dones del Espíritu le dijo a Gunnar que el Señor iba a enviarlo de misionero, pero sólo cuando fuera investido con el poder del Espíritu Santo. Entonces Gunnar buscó más a Dios en su vida y recibió el bautismo en el Espíritu Santo.

Más tarde el Señor hizo saber a Gunnar que debía ir a un lugar llamado Pará. Como no sabía que tal lugar existiese, lo buscó en el diccionario y vio que era un estado de Brasil. El Señor también llamó a Daniel Berg para que fuera con él. Los dos salieron para Nueva York, confiando en que Dios proveería el dinero que necesitaban para los pasajes desde allá. En el camino visitaron una iglesia, y unas personas les dieron más de lo que necesitaban para su pasaje de tercera clase en un barco para Belén, Pará. Llegaron allá el 19 de noviembre de 1910.

Vingren y Berg tuvieron una calurosa acogida en la iglesia bautista. Los diáconos se habían estado reuniendo todos los sábados por la noche para orar al Señor por dos obreros más. Ellos aceptaron a los nuevos misioneros como la respuesta a sus oraciones.

Para su sustento y para aprender el portugués, Daniel consiguió trabajo en una fábrica y pagó por las lecciones de Gunnar. Entonces por la noche Gunnar le enseñaba a Daniel lo que había aprendido durante el día. Ellos tenían mucha práctica en el idioma pues cantaban duetos en la iglesia, testificaban, predicaban, oraban por los enfermos y tenían reuniones de oración en varios hogares.

Seis meses después de su llegada hubo una crisis en la iglesia. Dos creyentes habían recibido el bautismo en el Espíritu Santo. Muchos creyentes estaban deseosos de recibir más de Dios, pero un evangelista se oponía mucho a la enseñanza pentecostal. El 13 de junio de 1911, él y el pastor expulsaron de la iglesia a dieciocho hermanos que aceptaron el mensaje pentecostal. Estos formaron la primera iglesia pentecostal del norte de Brasil. Se convirtió en el núcleo de las Asambleas de Dios, la más grande de las denominaciones pentecostales de ese país. En 1985 tenía 4.900.000 miembros bautizados y 3.500.000 creyentes más en sus iglesias.

Al mismo tiempo otro misionero tenía experiencias casi idénticas en el sur del Brasil. Luis Francescon, un italiano que vivía en Estados Unidos, también había ido a Brasil en 1910. El ministraba a los italianos de Sao Paulo y fue bien recibido en la iglesia presbiteriana de allí al principio. Después los dirigentes de la iglesia rechazaron su testimonio y le ordenaron a Francescon que saliera. Varios miembros de la iglesia salieron con él. La iglesia que establecieron llegó a ser la iglesia madre de la Congregación Cristo, la segunda entre las denominaciones pentecostales más grandes de Brasil, con más de un millón de miembros activos en 1985.[15]

En el norte de Brasil, Vingren pastoreó la nueva iglesia en Belén y desde allí, él y Berg llevaron el evangelio a otras zonas. Berg trabajaba como evangelista y colportor de las Escrituras. El caminaba millares de kilómetros por las carrilleras del ferrocarril que iban hacia las plantaciones de caucho. Se detenía en cada choza e iba de puerta en puerta por todas las aldeas para vender el Nuevo Testamento o la Biblia o para dar a la gente una

porción del evangelio. Adondequiera que fuera hablaba a la gente del amor de Dios y oraba con los que querían ser salvos. A veces tenía los pies tan adoloridos que no podía soportar los zapatos. Entonces se los quitaba y seguía descalzo. También subía por el río en su bote "Boas Novas" (Buenas Nuevas), en zonas donde no había caminos ni ferrocarril. La gente venía en sus botes, remando por dos o tres horas, a los servicios.

Los misioneros se enfrentaban a muchos peligros y dificultades al extenderse al interior: calor consumidor, culebras venenosas, animales salvajes, enfermedades, hambre y oposición fiera. No obstante, seguían predicando al Cristo vivo que sana tanto el alma como el cuerpo, aun cuando sus cuerpos ardían de malaria o se hinchaban por el beriberi. Dios honraba su fe y respondía sus oraciones. Familias enteras aceptaban al Señor, los enfermos se sanaban y grupos de creyentes nuevos de muchos lugares llegaron a ser iglesias con su sustento propio, con buen testimonio, pastoreadas por obreros que el Señor levantaba para el ministerio.

Tanto los convertidos como los misioneros sufrían persecuciones. Brasil era un país católico romano. Durante siglos la iglesia sólo había permitido a los sacerdotes la lectura de la Biblia, y ahora los protestantes la ponían al alcance del pueblo. Además, enseñaban a la gente que podían orar directamente a Dios en el nombre de Jesús, sin la mediación de los santos ni de la Virgen María. ¡La gente destruía las imágenes que adoraban en sus casas! Se dirigían a Dios en vez de a los sacerdotes, en busca de perdón. Y como ocurrió a los apóstoles, los líderes religiosos decidieron matar a los predicadores para eliminar el nuevo movimiento. Una y otra vez se hicieron planes para matarlos, pero de alguna manera Dios siempre los libraba.

Eh una ocasión cuando una chusma los atacó, los creyentes fueron golpeados, pero a cada golpe respondían: "¡Gloria a Dios!" Entonces un hombre los refugió en su casa y se paró en la puerta con una escopeta, amenazando con disparar al que se acercara a hacerles daño. Los atacantes se escondieron entonces en la selva pensando atacar a los creyentes otra vez cuando fueran camino a su casa. Un caballero portugués fue delante de ellos con un revólver y advirtió a la chusma que le pegaría un tiro en la cabeza a cualquiera que se les acercara.

Dios mostró su poder no sólo en las bendiciones a los evangélicos sino también en el juicio a sus perseguidores. Uno se volvió leproso. Otro que había hecho mucho daño a la iglesia y pensaba seguir persiguiéndola murió de repente. Un hombre dijo: "Me gustaría cortarle una pierna a uno de esos protestantes." Poco después se encontró su cuerpo junto al río y una pierna había sido comida por un animal salvaje. Otro enemigo trató de golpear a uno de los misioneros con una rama de un árbol pero no acertó. Furioso, gritó: "¡Que ese misionero sea una buena comida para un oso!" Pocas horas después la gente de la aldea oyó un rugido, corrió al lugar y llegó apenas a tiempo para ver un oso que iba arrastrando al hombre que había dicho eso. Todo lo que pudieron encontrar después fue pedazos de ropa con manchas de sangre.

La iglesia creció a pesar de la persecución, y tal vez debido a ella. Los artículos escritos contra los evangélicos en el periódico despertaron la curiosidad de la gente en Belén y produjeron una entrevista y un artículo publicado en su defensa. En un pueblo la policía puso a los creyentes en la cárcel, los ridiculizó y los golpeó; pero quedaron convencidos de ese algo poderoso que había en la religión de sus prisioneros al, verlos cantar, orar, testificar y predicar acerca de Jesucristo allí en la cárcel.

Las vidas cambiadas y el testimonio poderoso de los convertidos llenos del Espíritu fue, y aún es, una clave importante para el rápido crecimiento de la iglesia.

Muchos que habían venido de otros pueblos o aldeas volvían para llevar a sus parientes y amigos al Señor, solos o con los misioneros. Los grupos de creyentes surgían y se convertían en iglesias pentecostales por el norte de Brasil, mientras los misioneros tomaban medidas para la preparación de obreros y el fortalecimiento de los cristianos. De 1911 a 1914 el diario de Vingren informa de 384 convertidos bautizados en agua y 136 bautizados en el Espíritu Santo.

Los nuevos misioneros Otto Nelson y su esposa Adina vinieron de la obra pentecostal en Suecia en 1915. Poco después Vingren regresó a Estados Unidos por algunos meses y luego a Suecia. En ambos países viajó casi constantemente ministrando en las iglesias y hablando de la obra y las necesidades de obreros en Brasil. Tres obreros nuevos fueron de Suecia a Belem a ayudar a Gunnar Vingren y Daniel Berg en Brasil: Samuel y Lina Nystrom (quienes subieron el Amazonas a establecer una iglesia en Manaus), y Frida Strandberg, que fue después la esposa de Gunnar. Tanto los Nelson como los Nystrom tendrían una parte importante en el desarrollo de la obra de las Asambleas de Dios en Brasil.

Mientras las iglesias crecían en el norte de Brasil, los misioneros se sentían cada vez más preocupados por las ciudades del sur. Berg se trasladó al estado de Espíritu Santo. Vingren y su familia se mudaron a Río de Janeiro (en ese entonces la capital del Brasil) en 1924. El había comenzado una iglesia allí el año anterior en el hogar de un creyente de' la obra en Belén. En uno de sus viajes conoció a Luis Francescon, que pastoreaba una iglesia italiana, y tuvo buena comunión con él.

Desde Río, Vingren se esforzaba continuamente por propagar las buenas nuevas y plantar iglesias. Las características de las iglesias eran sus reuniones en las calles, las reuniones de oración semanales de toda la noche, la oración por los enfermos, la profecía, el hablar en lenguas, la predicación sencilla pero con poder, el estudio bíblico, las vidas transformadas de los creyentes y su testimonio ferviente dondequiera que fueran.

Dios bendecía y multiplicaba la iglesia, pero los años de labor y durezas constantes habían diezmado la salud de Vingren. Durante una temporada en Suecia se fue a estar con su Señor en su hogar celestial en 1933, a la edad de cincuenta y tres años.

Las iglesias siguieron creciendo a la manera sueca. Cada iglesia abría iglesias filiales, cada una de las cuales continuaba bajo la supervisión del pastor de la iglesia materna. En la década de los cuarenta los misioneros de las Asambleas de Dios de Estados Unidos se unieron a los misioneros suecos y a los pastores brasileños en la obra de evangelización en progreso, para fortalecer a los cristianos y preparar nuevos obreros.

PARTE IV

El llamado a la especialización

El misionero típico del siglo diecinueve era evangelista. Pasaba la mayor parte del tiempo dedicado a la salvación de las almas y al establecimiento de iglesias. Aun si ejercía la medicina o traducía las Escrituras, era sobre todo un predicador del evangelio. En el siglo veinte comenzó a cambiar esa idea del misionero. La obra misionera se volvió más diversificada. A mediados de este siglo, ya se habían fundado muchas misiones con el propósito de promover ciertas especialidades. Hoy día casi se da por sentado que el misionero sale a la obra con cierta especialización. Sólo una minoría de los misioneros se consideran a sí mismos como evangelistas.

Esta nueva tendencia hacia la especialización de los misioneros surgió en Estados Unidos. Los avances en la ciencia y la técnica habían promovido la especialización en casi todos los campos. La fuerza de la especialización misionera no surgió de una tendencia secular, sino más bien de un espíritu de nueva consagración a los valores espirituales. Fue la corriente evangélica fundamentalista la que impulsó las misiones especializadas hacia el evangelismo mundial. Mientras tanto, se observaba la decadencia de muchas misiones tradicionales apoyadas por denominaciones liberales.

Durante los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, en la década de los veinte, hubo una notable disminución del fervor religioso que se reflejó en la actitud de la gente respecto a las misiones. Winthrop Hudson dice: "La característica de las iglesias protestantes en la década de los veinte era la autocomplacencia." Había "una apatía misionera creciente", y "las ofrendas misioneras fueron disminuyendo durante este período de gran prosperidad".' Según el informe de la Conferencia Misionera, el número de estudiantes que se presentaban como voluntarios a las misiones también decayó fuertemente: de 2.700 en 1920, a sólo unos 250 en 1928. Hasta fueron objeto de ataques los propios fundamentos filosóficos de las misiones, cuando William E. Hocking y sus colegas compilaron la *Encuesta de los laicos,* en cuyo informe aconsejaban que no se llevara a cabo el "evangelismo directo y consciente".

Pero las estadísticas y los informes publicados no contaban toda la historia. En los círculos evangélicos fundamentalistas el espíritu misionero no había muerto. Durante la década de los treinta, a pesar de los males de la depresión económica, hubo un movimiento creciente y consciente para acelerar la marcha del evangelismo mundial con los medios de que se dispusiera. Fue entonces cuando Clarence Jones y unos de sus visionarios colegas hicieron los primeros intentos por establecer el trabajo misionero por medio de la radio; William Cameron Townsend comenzó a preparar a los lingüistas misioneros; Joy Ridderhof puso en práctica sus ideas de los discos de música evangélica; otros ponían a prueba la aviación como servicio útil en el campo misionero. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial frustró los planes de muchos de estos activistas misioneros. Sólo después de terminarse la guerra se puso en marcha con todo su empuje la especialización misionera.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial hubo un aumento de devoción religiosa. "En la década de los cincuenta — escribe Winthrop Hudson — Estados Unidos estaba en

medio de un avivamiento religioso." Este era distinto de los anteriores, pues "no tenía forma ni estructura, se manifestaba de diversas maneras y reforzaba todas las doctrinas religiosas sin excepciones".[2] Aunque casi todos los grupos religiosos tomaron parte en la proyección de este nuevo espíritu religioso, fueron los "evangélicos — según Hudson — los que más liderazgo ofrecieron al avivamiento".[3] Las organizaciones recién formadas como juventud para Cristo y la Asociación Nacional de Evangélicos dieron bases más amplias al movimiento evangélico. En cuanto a la participación en las misiones, el fin de la guerra señaló el surgimiento de la Asociación Misionera Evangélica, que se oponía abiertamente al liberalismo religioso del siglo veinte, el cual había infectado a las principales misiones denominacionales.

Con la energía de este nuevo fervor evangélico, las misiones especializadas que se concibieron en la década de los treinta comenzaron a salir a luz. El futuro se presentaba halagüeño y había mucho personal disponible. Ya no se enviaba a los jóvenes a la guerra. Los soldados que regresaban a su patria daban nueva conciencia y sentido de urgencia al evangelismo mundial. Por los esfuerzos de veteranos de la Segunda Guerra Mundial se formaron organizaciones tales como Alas de Socorro, la Compañía de Radiodifusión al Lejano Oriente, la Cruzada Evangélica al Lejano Oriente y la Misión a la Europa Continental.

Otro efecto de la terminación de la Segunda Guerra Mundial en las misiones fue la guerra fría que vino después. En la Europa Oriental se tendió una "cortina de hierro". En 1950 ya había extensas regiones de Asia cerradas al evangelio. Se consideraba que la radio y la literatura eran los únicos medios viables para alcanzar a ese pueblo con el evangelio. Como resultado, misiones tales como la Asociación Evangélica Eslava y la Compañía de Radiodifusión al Lejano Oriente encontraron un gran apoyo.

No sólo se consideraba a los países del bloque comunista como el nuevo campo misionero, sino a toda Europa, la cual había sido anteriormente el baluarte del cristianismo protestante. Así como a fines del siglo diecinueve y principios del veinte la América Latina católica romana había surgido como campo misionero, así también las naciones protestantes, en su mayoría de Europa Occidental, fueron un campo misionero a partir de mediados del siglo veinte. Entonces la religión era un asunto de estado, sin importancia, y la asistencia a la iglesia había llegado a su punto más bajo. Organizaciones tales como Radio Transmundial, la Misión a Europa Continental, la Operación Movilización y la Palabra de Vida salieron al rescate.

El énfasis en la especialización de las misiones, resultante en su mayor parte de los cambios técnicos, políticos, sociales y religiosos del siglo veinte ha sido amplio y variado. La medicina, el trabajo de traducción de la Biblia, la radio y la aviación han atraído a millares de especialistas misioneros en las décadas recientes. Otros campos, tales como la educación, la literatura y la agricultura, también han marchado con paso firme. Uno de los factores que influyeron en el crecimiento de tales ministerios especializados, y algunas veces de orientación secular, ha sido el aumento en Norteamérica de la cantidad de universidades cristianas. Muchas surgieron de lo que antes fueran institutos bíblicos y seminarios. Los graduados de esas escuelas a menudo encuentran incontables oportunidades para aplicar su educación y habilidades en las misiones. Asimismo los institutos bíblicos y los seminarios han ampliado su programa de estudios para incluir ministerios especializados como la radio, la aviación y la lingüística.

La participación en la educación en el campo misionero no ha sido un fenómeno exclusivo del siglo veinte. Durante el siglo diecinueve, Alejandro Duff trabajó

principalmente en el campo de la educación en India. Desde entonces, con el Movimiento de Voluntarios Estudiantiles, se ha considerado la educación como puerta eficaz para el evangelismo. En África, Asia, y en naciones como Corea, la educación cristiana en todos los niveles ha tenido un impacto considerable en el crecimiento de la iglesia. Aunque las escuelas sostenidas por las misiones todavía desempeñan un papel importante en la obra misionera, en años recientes los programas de educación oficiales han dado cabida a los misioneros. Heriberto Kane dice que algunos gobiernos "pagan a los misioneros por enseñar el cristianismo como materia requerida. El maestro tiene la libertad de escoger su propio texto; entonces, por supuesto, se usa la Biblia como libro de consulta. Esta es una situación ideal para los misioneros: Un grupo de oyentes en un programa estructurado y el gobierno paga los gastos. Un misionero de Nigeria escribió: 'Ahora estoy realizando más obra misionera de la que he hecho en los dieciséis años anteriores pasados en Nigeria!' Otro misionero informa que tiene treinta y siete clases de Biblia a la semana en las escuelas oficiales en Kano, y más oportunidades de testimonio personal de las que puede atender. En Indonesia y en África del Sur se emplearon misioneros para que escribieran el currículo del cristianismo, como asignatura, para cada grado desde la primaria hasta el bachillerato. No se puede uno imaginar un ministerio más estratégico."[4]

El ministerio de la literatura cristiana ha tenido asimismo un impacto significativo en las misiones del siglo veinte. En 1921 la encuesta de Arturo Brown sobre las tendencias contemporáneas en las misiones concluyó: "Las misiones protestantes tienen 160 imprentas en varias partes del mundo. Cada año publican unos 400 millones de páginas de literatura cristiana."[5] A partir de la Segunda Guerra Mundial, la utilización de literatura cristiana como instrumento misionero se ha incrementado con rapidez. Se han fundado varias organizaciones dirigidas casi con exclusividad a la obra misionera. Entre ellas se encuentran la Cruzada de Literatura Cristiana, la Cruzada Mundial de Literatura, la Operación Movilización, la Liga de Literatura Evangélica, la Liga del Testamento de Bolsillo y la Literatura Evangélica en el Extranjero. Una de las mayores organizaciones que producen literatura cristiana es la Misión de Literatura Moody, que distribuye impresos evangélicos en casi 200 idiomas. Además de la literatura, se producen películas y materiales audiovisuales. De estos los de mayor distribución son las Películas Científicas de Moody. Estas se encuentran en más de 20 idiomas y se distribuyen en más de 100 países.

La agricultura es otro campo de especialización misionera desarrollado durante el siglo veinte. Los agricultores de las naciones en vías de desarrollo han deseado por mucho tiempo la experiencia que tienen en Estados Unidos en ese campo. De esta forma, los misioneros agricultores han hallado una puerta abierta para un ministerio que combina su conocimiento agrícola con su testimonio por Cristo. Algunas misiones, tales como la Misión a los Indígenas de los Andes, fundada en 1945 por la Iglesia Presbiteriana, los Hermanos Unidosy la Iglesia Reformada tienen programas agrícolas bien desarrollados. Otras, como la Misión del Interior de África, han usado la agricultura sólo en casos aislados, pero no con menos eficacia. Benjamín Webster es un ejemplo notable. Ingresó a la NIA como experto en agricultura. Había trabajado con la UNESCO en Bangladesh. Lo asignaron a Lokori, en el desierto de Kenia, donde se había secado el río Kerio. Allí realizó perforaciones y puso tubos en el lecho seco del río. Así comenzó un sistema de irrigación que permitió a la tribu Turkana abandonar su vida nómada y pobre y producir hortalizas en lo que había sido una región árida. Su éxito fue una realización satisfactoria, pero aun mayor fue la recompensa de las oportunidades que su obra le dio para

evangelizar a la tribu, en unión de otros misioneros.

Las especialidades misioneras que recientemente han tenido un mayor impacto y que han alcanzado un mayor número de personas en el evangelismo mundial son las de medicina, obras de traducción y lingüística, la radio y las grabaciones, y la aviación. Estas especializaciones no han sido un fin en sí mismas, sino más bien ministerios que han avanzado y apoyado la obra de evangelistas misioneros y dirigentes de las iglesias nacionales. A pesar de la importancia de estas especializaciones en décadas recientes, la tendencia en algunos campos donde sirven los misioneros por invitación de los líderes de las iglesias nacionales es la asignación de más misioneros a la obra como evangelistas, maestros en institutos bíblicos, y para el ministerio del establecimiento de nuevas iglesias.

CAPITULO 13

Las misiones médicas:

"Angeles de misericordia"

Desde los tiempos de Cristo, la influencia de la obra médica en el evangelismo ha sido inmensa. El ministerio de sanidad incrementó la obra evangelística de Cristo y de sus discípulos. En los siglos siguientes los cristianos mantuvieron la buena fama de interesarse verdaderamente en los enfermos y en los necesitados. Durante una serie de plagas que azotaron a Alejandría, fueron los cristianos los que se quedaron para cuidar a los enfermos y sepultar a los muertos. Todos los demás huyeron. Esto aumentó la buena reputación del cristianismo como una religión de amor y devoción.

Desde el principio del período misionero moderno, la obra médica ha sido un aspecto importante del evangelismo mundial. Pero no fue sino hasta fines del siglo pasado y principios del actual cuando las misiones médicas se convirtieron en una especialidad. En 1925 ya había más de 2.000 médicos y enfermeras de Norteamérica y Europa esparcidos por todo el mundo. Los hospitales y clínicas de las misiones también iban aumentando con rapidez.

El ministerio de la medicina misionera durante el siglo veinte ha sido, sin duda, el mayor esfuerzo humanitario que el mundo haya conocido jamás. Esto, más que ningún otro argumento, ha servido para desarmar a los críticos de las misiones cristianas. Muchas veces los especialistas médicos dejaron de ejercer una profesión lucrativa en establecimientos modernos en su patria, para trabajar largas horas a paso acelerado en condiciones primitivas. Dedicaron su vida a elevar las normas de salud por todo el mundo. A menudo, fueron los líderes en la investigación de enfermedades en las cuales la mayoría de los médicos occidentales tenían poco interés. También construyeron hospitales y facultades de medicina. Algunas de sus obras se cuentan entre las mejores del mundo, de lo cual son ejemplo la Facultad de Medicina y Hospital Cristiano de Velore, India.

No obstante su buena voluntad, los misioneros médicos tuvieron que hacerles frente a los mismos obstáculos que sus colegas que no lo eran. Su obra los ponía en competencia directa con los brujos y curanderos. Los conceptos médicos que introducían a veces chocaban con tradiciones culturales muy arraigadas. En otras ocasiones la oposición era muy seria, pero, fuera de las hostilidades directas, los misioneros médicos tenían que contender con la superstición, el temor y la ignorancia, todo lo cual era un gran impedimento a sus esfuerzos por mejorar las condiciones sanitarias. Un médico misionero en África tuvo que esperar ocho largos años antes de tratar a su primer paciente indígena. En China, los médicos cristianos eran objeto del odio que se les tenía a los extranjeros; sin embargo, en 1935, más de la mitad de los hospitales de ese país eran administrados por misiones.

Aunque los médicos son los que han recibido más elogios por su obra en las misiones médicas, los dentistas y el personal médico menos preparado también han hecho notables contribuciones a la causa del evangelio. Asimismo algunos misioneros, casi sin ninguna preparación en medicina, aprendieron por necesidad a tratar enfermedades, para evitar el sufrimiento o la muerte de sus pacientes, y prepararon así el camino a un ministerio evangelístico.

El primer misionero médico notable del período moderno fue el doctor Juan Thomas. Llegó a la India antes que Guillermo Carey y después trabajó con él. Aunque Thomas padecía de inestabilidad emocional, Carey elogiaba su obra y decía que "las curaciones efectuadas por él le hubieran granjeado a cualquier médico o cirujano de Europa la más extensa fama". El doctor Juan Scudder fue el primer misionero de Estados Unidos especializado en medicina, y fue el patriarca de toda una serie de médicos misioneros que sirvieron en la India y en otras partes del mundo. Otros misioneros preparados en medicina, como David Livingstone y Hudson Taylor, sólo la usaron de modo marginal.

Uno de los misioneros médicos más notorios de todas las épocas fue el famoso Alberto Schweitzer: médico, músico, teólogo y erudito bíblico. En su libro *La búsqueda del Jesús histórico* presentó ideas teológicas de carácter muy polémico y liberales. Su carrera como misionero médico comenzó en el África Occidental en 1913. Allí estableció un hospital en Lambarene. Dedicó toda su vida a la obra médica en África, con la excepción de un tiempo que pasó como prisionero de los franceses durante la Primera Guerra Mundial. Aunque era muy solicitado como autor, conferencista y concertista de órgano, y pudo haber disfrutado de una vida entre la gente célebre, decidió invertir sus energías en la prolongación de la vida del "hermano por quien Cristo murió". ¿Por qué? La razón que daba a los que él servía fue la misma que impulsó a millares de otros especialistas médicos a ayudar a sus hermanos desamparados: "Fue el propio Señor Jesús quien les dijo al médico y a su esposa que vinieran..."[1]

Aunque el campo de la medicina misionera estuvo dominado por varones durante los primeros años, las mujeres comenzaron a ingresar en ese campo a fines del siglo diecinueve. Muy pronto sus realizaciones eran famosas por todo el mundo. Clara Swain, misionera de la Iglesia Metodista, fue la primera médica misionera de Estados Unidos. Llegó a la India en 1870. A los cuatro años ya había abierto su primer hospital. La primera enfermera misionera fue la señorita E. M. McKechnie, quien llegó a Shanghai en 1884 y después fundó un hospital allí.

A mediados del siglo veinte, acontecimientos importantes en el Tercer Mundo afectaron el papel tradicional del misionero médico. Al recibir la independencia, los países subdesarrollados establecieron sus propios programas de salud pública. El misionero médico pionero ya no desempeñaba el papel indispensable que había tenido antes. Con los cambios sociales y políticos, las misiones médicas han pasado de la obra pionera a una concentración mayor en la medicina preventiva, en los consultorios ambulantes, en la obra hospitalaria y en las facultades de medicina. Otra tendencia reciente en las misiones médicas es el aumento de las organizaciones de apoyo, tales como los Programas de Asistencia Médica (PAM), que se fundaron en la década de .los cincuenta. En la actualidad esta organización distribuye más de diez millones de dólares en suplementos médicos, cada año, a hospitales y clínicas de misiones cristianas. Una organización semejante, comenzada en el estado de Washington por Ethel Miller, envía medicinas e instrumentos a médicos misioneros en África y Asia. Es administrada, casi en su totalidad, por obreros voluntarios jubilados.

Wilfred Grenfell

En tanto que la mayoría de los misioneros médicos de la historia moderna han pasado su vida en climas cálidos, luchando contra las fiebres, la lepra y otras plagas tropicales, Wilfred Grenfell, uno de los médicos misioneros más aclamados de todas las

épocas, llevó a cabo su ministerio en Canadá a lo largo de la costa congelada del Labrador. Aunque era médico y había sido enviado como médico misionero, Grenfell se extendió a otros campos además de la medicina, la cual no era suficiente en una tierra donde la gente estaba encadenada por la pobreza. Por eso trató de aliviar sus penas al mejorar toda la sociedad. Esto fue causa para que algunos dijeran que Grenfell se había apartado de su llamado misionero. Debido a sus actividades variadas, sus esfuerzos estaban en conflicto con las normas de su misión y de otros grupos y, a menudo, fue el centro de acaloradas controversias. Aunque sus críticos eran numerosos, su popularidad sólo parecía ir en aumento al escribir y hablar de las necesidades del Labrador.

Había nacido cerca de Chester, Inglaterra, en 1865. Grenfell, como sus antepasados, creció con la fascinación por el mar. Sus sueños de aventuras marinas se desvanecieron cuando su padre lo envío a la escuela preparatoria y después a Londres a estudiar medicina. Grenfell había sido criado en la Iglesia Anglicana, pero para él la religión era una formalidad sin ningún significado personal. Una noche en 1885, mientras terminaba sus estudios de medicina en Londres, cuando regresaba a casa después de una visita médica, pasó por el lugar donde se realizaba una campaña de Moody y Sankey. Al abrirse paso entre la multitud, se dio cuenta de que tendría que escuchar lo que parecía ser una interminable oración elevada por un hombre que estaba en la plataforma. Al darse vuelta para irse, oyó una agitación en la plataforma. Era el propio Moody que invitaba a los oyentes a cantar un himno "mientras nuestro hermano termina su oración". El estilo del evangelista le pareció tan divertido a Grenfell que se quedó hasta el final. Aquella noche no sólo escuchó la predicación de Moody y los himnos de Sankey, sino que también escuchó los testimonios de C. T. y J. E. K. Studd, dos de los mejores jugadores de cricket de Inglaterra. Grenfell, quien también era jugador de cricket, se sintió muy conmovido y, aquella noche, se convirtió al cristianismo.

Después de su conversión, Grenfell se enteró de una organización misionera que enseguida despertó su interés. Era la Misión Real Nacional a los Pescadores de Mares Profundos. La misión necesitaba un médico dispuesto a ejercer la medicina a bordo de un barco de auxilio, comisionado al mar del Norte, para ministrar a los rudos marineros, tanto en lo físico como en lo espiritual. Grenfell aprovechó la oportunidad, y así comenzó su larga carrera de misionero médico.

Los primeros años de Grenfell con la misión fueron tan aventureros como sus sueños de la niñez, y fueron muy satisfactorios tanto en el aspecto espiritual como en el profesional. Había encontrado su puesto en la vida y ni siquiera pensaba en servir en otro lugar. Entonces, en 1892, sus viajes lo trajeron a Norteamérica, a la inhóspita costa del Labrador y, de repente, cambió su visión. Allí había un pueblo que luchaba por sobrevivir en esa oscura y pedregosa costa, sin esperanzas de una vida mejor, ni en la vida presente ni en la por venir; y a nadie parecía preocuparle la suerte de ellos. Grenfell se sintió subyugado por sus necesidades físicas y espirituales y, a pesar de las objeciones de la misión, se sintió convencido de que debía dedicar el resto de su vida a servir a este pueblo por tanto tiempo abandonado.

Grenfell comenzó su obra en el Labrador a bordo de un barco de auxilio, como en el mar del Norte. Muy pronto se dio cuenta de que las mayores necesidades estaban en las aldeas esparcidas, donde las familias carecían de servicios médicos. Para llegar a esas aldeas, el médico aventurero navegaba en su propia lancha a vapor a lo largo de la peligrosa costa. Según su biógrafo, "corría riesgos que hubieran hecho morir de terror a un marinero profesional". Sólo confiaba en Dios al "pasar la lancha por entre las islas y una

aterradora colección de escollos sumergidos ... por entre la niebla y . . . contra viento y marea. .."[2] Por doquiera fuera, los aldeanos recibían su ayuda profesional con gozo. Sin embargo, a pesar de su buena voluntad, encontró muy pronto una fuerte oposición.

Tenía la oposición de la Iglesia Anglicana. Grenfell escribió: "La iglesia está muerta. El obispo no se atreve a decir nada contra nosotros, pero no está con nosotros. El le dijo a un gran amigo mío de aquí que cuando nosotros predicamos el evangelio, y la gente se convierte, estamos rebajando la obra de la Iglesia."[3] Esta actitud persistió a pesar del hecho de que la Iglesia Anglicana misma parecía preocuparse poco por las familias menesterosas de las aldeas remotas.

También tenía la oposición de los mercaderes. Aunque ellos reconocían la gran obra médica que Grenfell llevaba a cabo en el Labrador, al construir centros médicos y servir como médico de aldea, les molestaba mucho su interferencia en la economía local. Grenfell, a su vez, veía a los mercaderes como los grandes enemigos de la gente. Estaba muy enojado por su explotación de los vulnerables pescadores del Labrador. Estos no tenían más remedio que aceptar aun sus precios más miserables. Aunque le faltaba capacidad para los negocios, Grenfell se dedicó pronto a empresas comerciales, estableció cooperativas, transportaba pieles al mercado, importó renos, estableció aserraderos e introdujo industrias pequeñas. Tales actividades le atrajeron muchas críticas. Muchos acusaban a Grenfell de haber ido al Labrador, no con fines religiosos, sino económicos.

Tales acusaciones eran falsas. En realidad, Grenfell perdió mucho dinero en sus esfuerzos por ayudar a la gente del Labrador. Todo eso creó otra fuente de controversia y crítica ... de su propia junta misionera. Lo habían comisionado como misionero evangelizador y médico; el hecho de que se había desviado para dedicarse a empresas comerciales molestaba mucho a la junta. Llamaron a Grenfell a rendir cuentas de sus actividades. Cuando le preguntaron sobre tales asuntos, él respondió con firmeza que "no eran de la incumbencia del consejo".[4] También parecía que las reglas no habían sido hechas para él. El hacía lo que le parecía que debía hacerse, y luego informaba, o no, al consejo.

Grenfell había llegado a ser superintendente de la misión en 1890, y esto pudo haber contribuido a su actitud de independencia. Aun más importante era su creciente popularidad, en especial en Norteamérica, donde su fama se extendía con rapidez. En Estados Unidos y Canadá se crearon las "Sociedades Grenfell". Recibió mucho dinero, no para la Misión Nacional Real a los Pescadores de Mares Profundos, a la cual pertenecía, sino para sus proyectos especiales sobre los cuales la misión no tenía control. La relación de Grenfell con el consejo era tormentosa y, al pasar el tiempo, se volvió él cada vez más independiente. Al fin separó su obra por completo de la , misión.

Cuando Grenfell viajaba para presentar las necesidades del Labrador, entusiasmaba a sus oyentes, no con sermones pulidos, sino con las historias de sus emocionantes aventuras. Decía a sus oyentes: "El seguir a Cristo me ha dado más diversión y aventura que ninguna otra cosa en la vida." Su vida estuvo llena de proezas atrevidas y animaba a sus patrocinadores a hacer lo mismo: "De dos posibilidades a seguir, decídanse por la más arriesgada."[5]

Su mayor aventura, y también la más aterradora, fue la que le ocurrió el Domingo de Resurrección de 1908. Había recibido un llamado urgente para ir a tratar a un joven que se encontraba muy enfermo en una aldea a unos cien kilómetros de distancia. Grenfell preparó su trineo tirado por perros y salió para la aldea en un intento desesperado por llegar hasta el joven antes de que muriera. Aunque estaba consciente del peligro del

deshielo primaveral, quería ahorrar tiempo y decidió cruzar sobre el hielo de una bahía, en vez de bordear la costa. La decisión fue mala. El hielo comenzó a romperse y a moverse, y Grenfell y los perros cayeron, de repente, en el agua helada. El pudo subir a un pedazo grande de hielo junto con tres perros. Esto no fue mucho consuelo pues el viento empujaba el hielo hacia el mar. La lucha por sobrevivir fue intensa y, para no morir congelado en su ropa mojada, mató los perros y se envolvió en sus pieles ensangrentadas.

A la mañana siguiente, unos hombres arriesgaron la vida, moviéndose entre los ondulantes trozos de hielo a fin de rescatar y salvar a su amado médico, ya moribundo. En los años siguientes fue esta la historia de valor y resistencia, más que ninguna otra, que se relataba acerca del famoso médico. Muchos jóvenes, inspirados por su heroísmo, fueron a colaborar con él en el Labrador.

Lo que había comenzado como ministerio cristiano al Labrador, se fue transformando con el correr del tiempo en lo que algunos consideraban un esfuerzo humanitario solamente. Como muchos misioneros médicos, antes y después de él, Grenfell cayó en la tentación de dedicar toda su energía a las necesidades físicas de la gente, con descuido de las espirituales. También su filosofía de las misiones sufrió cambios, como se expresa en sus muchos libros. Grenfell escribió en su libro *What Life Means to Me* [Lo que significa la vida para mí]: "Para mí, ahora, cualquier servicio hecho a la gente más humilde es un servicio a Cristo... Yo creo absolutamente en el socialismo de Jesús." Para él, el verdadero cristianismo era una actividad: "La teoría del cristianismo no convencería a los paganos del Congo que la religión es algo deseable"; eso sólo sería posible por "la fraternidad en acción".[6] Según su biógrafo, Grenfell "creía que si una persona servía a otros, estaba viviendo el cristianismo". Su modelo de "cristiano perfecto era el Buen Samaritano",[7] y él recibía en su obra misionera la colaboración de médicos y de otros, sin preocuparse por sus creencias religiosas ni su consagración al evangelismo.

A Grenfell le otorgaron muchos honores y distinciones por sus cuarenta años de servicio en el Labrador. En 1927 le confirieron el título de Sir [Caballero]. Poco después la Universidad de San Andrés le otorgó un doctorado honorario. Sin embargo, para los pobres del Labrador él era como un santo. Uno de sus admiradores dijo: "Si Wilfred Grenfell entrara por esa puerta ahora, para mí sería como si entrara Jesucristo mismo en esta habitación."[8] Aunque murió en 1940, el recuerdo de Wilfred Grenfell todavía perdura a lo largo de la costa del Labrador.

Ida Scudder

La familia de médicos misioneros más famosa de toda la historia fue la de los Scudder. Comenzó con Juan Scudder, un médico de la ciudad de Nueva York. Después de leer un folleto en el que se solicitaban misioneros, dejó su clientela y se embarcó para la India en 1819 con su esposa y un hijo. Los Scudder sirvieron en la India durante treinta y seis años. Tuvieron catorce hijos, de los cuales nueve llegaron a edad adulta. De estos, siete fueron misioneros, la mayoría de los cuales se especializó en medicina, como su padre. En cuatro generaciones, cuarenta y dos miembros de la familia Scudder fueron misioneros. Entre ellos se encontraba Ida, la hija del hijo menor de Juan Scudder, también llamado Juan, quien había sido médico misionero en la India.

Ida nació en la India en 1870 y creció en medio de las pruebas de la vida misionera, en particular el dolor de la separación de los seres queridos. En su juventud, su familia regresó a Estados Unidos. Su padre regresó a la India solo. Dos años después su madre también regresó a la India y dejó a Ida con unos familiares en Chicago. Su biógrafo

dice que esta ocasión fue traumática para Ida: "El recuerdo de esa noche le producía un dolor agudo. Llovía con tanta intensidad como su inconsolable pena. Sólo tenía catorce años de edad y ni le habían permitido ir a la estación a despedir a su madre. Cuando al fin, con mucho dolor, había dejado de abrazar a su madre, corrió escaleras arriba y suspiró toda la noche sobre la almohada de su madre, que representaba el vacío dejado en su vida... Al pasar las semanas y los meses, la dolorosa soledad no había cesado, sólo se había retirado un poco. "[9]

Después de terminar su bachillerato, Ida permaneció en Estados Unidos para asistir a un seminario para señoritas, en Northfield, Massachusetts, dirigido por D. L. Moody. Ella no tenía intención se seguir la tradición familiar de hacerse misionera. Después de su graduación, en 1890, recibió un cablegrama urgente en el cual le informaban que su madre estaba enferma de gravedad. Unas semanas después Ida iba rumbo a la India, ese "horrible país, con su calor, polvo, ruido y malos olores". Sólo iría a cuidar a su madre y después de cumplir con esa obligación, volvería a Estados Unidos a seguir sus propios ideales. Por lo menos, eso pensaba.

Ida permaneció en la India más tiempo de lo pensado. Además de cuidar a su madre tenía otro trabajo. La escuela de las niñas necesitaba una maestra. Poco después Ida se encontraba a cargo de sesenta y ocho alumnas. También debía ayudar en el bautismo de infantes, que era oficiado por su padre. "Como siempre ungían a los bebés con aceite de coco, era difícil sostener sus cuerpos resbalosos. Como la señora Scuddér temía que su esposo dejara caer algún bebé, hizo una túnica blanca que se ponía al candidato durante el bautismo. El deber de Ida era ver que se pasara la túnica de un bebé a otro de la manera debida."[10]

Aunque se sentía feliz de estar reunida con su familia, Ida no se sentía bastante cómoda con ellos. Los tíos, los primos y aun sus padres le ponían presión para que cumpliera con el deber de los Scudder de ser misioneros. Sin embargo, Ida quería más para sí que las dificultades de la vida misionera, y las tradiciones familiares no bastaban para convencerla de lo contrario. Sólo una experiencia extraordinaria en su vida, que parecía más una parábola que la realidad, fue su "llamada" personal a las misiones médicas. En la misma noche, a diferentes horas, llegaron hasta la puerta de su casa tres hombres: primero un brahmán, después un hindú de la alta sociedad y, por último, un musulmán. Le rogaron que acudiera a ayudar a sus esposas en partos complicados. Ellos no querían la atención del doctor Scudder, pues las costumbres religiosas prohibían un trato tan íntimo con extraños del sexo opuesto.

Esa fue la noche más traumática que ella había pasado: "No pude dormir aquella noche; era demasiado terrible. Al alcance de mi mano había tres jóvenes muriendo porque no había una mujer que las ayudara. Pasé casi toda la noche en angustia y oración. Yo no quería pasar mi vida en la India. Mis amigos me pedían que volviera a las felices oportunidades que había para las jóvenes en Estados Unidos. Me quedé dormida por la madrugada, después de orar mucho en busca de la dirección del Señor. Creo que esa fue la primera vez que tuve un encuentro cara a cara con Dios. Todo el tiempo parecía que me llamaba a su obra. Al principio de la mañana, oí el ruido de tambores en la aldea y se me llenó el corazón de terror, pues se trataba de un mensaje de muerte. Envié a nuestro criado y volvió con la noticia de que las tres mujeres habían muerto durante la noche. Me encerré en mi habitación y medité con mucha seriedad sobre la condición de las mujeres en la India. Después de mucha meditación y oración, fui a mis padres y les dije que debía volver a Estados Unidos a estudiar medicina para volver después a la India a ayudar a

mujeres como esas.[11]

Al año siguiente Ida partió para Norteamérica. En el otoño de 1895 se matriculó en la Facultad de Medicina para Mujeres en Filadelfia. Allí se había graduado Clara Swain, la primera médica misionera de Estados Unidos. En 1898, cuando la Facultad de Medicina de Cornell abrió sus puertas a las mujeres, Ida se transfirió allá para aprovechar su mejor acreditación. Allí recibió su título de médica. Después de completar sus estudios, Ida regresó a la India. Además de su diploma llevó un cheque de 10.000 dólares para construir un hospital nuevo, ofrendado por una patrocinadora rica. También fue con ella Anita Hancock, su mejor amiga de Northfield, quien iba a hacer obra de evangelismo en combinación con la obra médica de Ida.

La iniciación de Ida en las misiones médicas fue desalentadora. Sus sueños de hacer su internado bajo la brillante dirección de su padre se desvanecieron cuando éste murió de cáncer. Para empeorar la situación, la gente, que tanto necesitaba de atención médica, no confiaba en ella. Por algún tiempo no tuvo ningún paciente. Al pasar el tiempo su práctica fue en aumento, pero siempre enfrentada a las mismas frustraciones de todos los otros médicos de la India. Las supersticiones de la gente se oponían a sus mayores esfuerzos. Se prohibía la medicina en ciertos días festivos. A veces llevaban a los enfermos graves de un lugar a otro para escapar de los espíritus malos. En una ocasión, después que Ida había terminado de limpiar una herida grave, salió para preparar las vendas. Al regresar, se horrorizó al ver que la paciente había llenado la herida con "cenizas benditas". Este rito casi le cuesta la vida. Aunque los pacientes estuvieran dispuestos a colaborar, la ignorancia a menudo impedía la recuperación. Era muy difícil explicar la manera y el tiempo de tomar los remedios. En uno de los casos, cuando Ida le dio a un hombre un pedazo de algodón para que se lo pusiera en el oído, este le preguntó si debía comérselo.

Poco después de la llegada de Ida a la India, comenzó la construcción del hospital en Valore. Ella había solicitado fondos, de manera conmovedora, para ese hospital, antes de salir de Estados Unidos. Durante su trabajo, se dio cuenta de que un hospital no era todo lo que necesitaba. La gente, especialmente las mujeres, tenían que liberarse de su ignorancia en cuanto al tratamiento médico y aprender los principios fundamentales de la higiene. Eso sólo se podría lograr si las mujeres recibieran una preparación adecuada para servir a su propia gente en las aldeas. Entonces la facultad de medicina para mujeres se convirtió en su única meta.

Para alcanzar ese objetivo se necesitaba dinero; la recaudación de fondos llegó a ser parte importante de su ministerio. En Estados Unidos, ella conmovía a sus oyentes, en su mayoría mujeres, con sus historias de la condición desesperada de las mujeres de la India. En todas las reuniones recibía ofrendas para su facultad de medicina en la India. Su primer proyecto fue una escuela de enfermería, a pesar de las trabas que los funcionarios oficiales ponían para desanimarla. El ministro de salud de Inglaterra le dijo que podría seguir adelante con sus planes si llegaba a conseguir seis solicitudes de ingreso, pero él dudaba que pudiera obtener más de tres. Ella recibió 151 solicitudes. De estas seleccionó dieciocho. De las solicitantes catorce terminaron el curso de cuatro años. La prueba máxima vino cuando las chicas tomaron el examen médico oficial. Sólo uno de cada cinco hombres pasaba el examen la primera vez que lo tomaba. Le advirtieron a Ida que no esperara que ninguna de sus estudiantes pasara. Se llenó de alegría cuando supo que las catorce habían pasado y que cuatro de ellas habían obtenido la más alta calificación.

Aunque su obra médica era tan importante, Ida siempre estaba consciente de su

ministerio espiritual con la gente a quien servía, en especial con las jóvenes que preparaba. Sus estudiantes apreciaban mucho su curso de cuatro años sobre el apóstol Pablo y sus epístolas. Ella lo repitió varias veces. Su obra médica consumía casi todo su tiempo en jornadas de dieciséis horas, pero aun así podía también pasar tarjetas con versículos de la Biblia. Lo más importante es que su obra médica preparaba el camino para la obra evangelística de Anita Hancock en Velore y en las aldeas vecinas. A su llegada a la India con Ida, casi no le permitían entrar en las casas. Al aumentar la fama de Ida, también creció la de Anita y, con el correr del tiempo, era bien recibida en casi todas las casas que visitaba.

Además de la administración de un hospital, una facultad de medicina y los dispensarios de las aldeas, Ida, con la ayuda de su madre, cuidaba también de los huérfanos. Más de veinte niños desamparados vivían en la casa de los Scudder. Con frecuencia Ida llevaba uno o más para que la acompañaran en sus visitas. En este y en otros ministerios, ella sintió una gran pérdida cuando murió su madre en 1925, a la edad de ochenta y seis años. Sesenta y tres años antes, el comité misionero le había negado su apoyo por considerar que esta mujer tenaz no resistiría los rigores del clima de la India. Su esposo se había hecho responsable de ella y, durante un cuarto de siglo más, después del fallecimiento de él, continuó ella en la obra.

Al crecer la obra médica de Ida, se necesitaron grandes cantidades de dinero para solventar los gastos y modernizar los equipos. Había grupos de damas de cuatro denominaciones evangélicas que apoyaban la obra, pero aun así los fondos no eran suficientes. Entonces, a principios de la década de los veinte, ella supo que su obra y la de otras escuelas cristianas en la India sería elegible para una donación de un millón de dólares, de la fundación Rockefeller, si se lograban recaudar dos millones de otras fuentes. Ida regresó a Estados Unidos para llevar a cabo una campaña a fin de obtener esos tres millones de dólares. Gran parte de este dinero se destinó a la construcción de un nuevo complejo médico en Vellore.

A pesar de los nuevos edificios, la Facultad de Medicina de Vellore no alcanzaba a cumplir con los nuevos requisitos oficiales durante los años que siguieron a la independencia. En 1937 el nuevo ministro de salud pública emitió un decreto nuevo que requería que todas las facultades de medicina estuvieran afiliadas a la Universidad de Madrás. Para Ida, eso fue como "si las campanas doblaran a muerto por su amada facultad de medicina"[12]. ¿Cómo podría ella levantar los fondos que necesitaba cuando su patria todavía se debatía en medio de la mayor depresión económica de su historia? Parecía que la situación era imposible. Para la facultad de medicina de los hombres el futuro parecía menos gris. Los administradores hacían planes de consolidación; pero Ida no tenía tal opción, pues no había otras facultades de medicina para mujeres. Pero, ¿por qué no una universidad mixta? Esa era la solución lógica, por lo menos para el gran promotor de misiones Juan R. Mott, quien visitó la India en 1938. La propuesta recibió el pronto apoyo de otros, y algunos aun sugirieron que Vellore sería el lugar ideal.

La junta se dividió sobre ese asunto, pero al fin, después de años de debates, la junta votó a favor de la unión con los estudiantes varones, como la única alternativa al cierre de la institución. Vellore sería el sitio para la nueva facultad de medicina cristiana coeducacional.

A pesar de todas las críticas recibidas por el asunto de la conversión de Vellore en una facultad mixta, Ida recibió el reconocimiento mundial por sus logros. Fue entrevistada por reporteros y su historia salió vez tras vez en la prensa. *Selecciones del Reader's Digest*

y otras revistas le hicieron grandes elogios: "Esta extraordinaria mujer de cabello blanco tiene a los setenta y dos años de edad un paso ágil, una mirada vivaz y las manos fuertes y diestras de un cirujano de cuarenta y cinco años de edad. Durante dieciocho años ha sido la presidenta de la asociación médica de un distrito con una población de más de dos millones de habitantes. Los médicos de toda la India le envían sus casos ginecológicos más difíciles. Las mujeres y los niños se le acercan tan sólo para tocarla; ¡tanta es su fama como sanadora!"[13]

Ida se jubiló en 1946 a la edad de setenta y cinco años y la sucedió en su cargo una de sus alumnas más distinguidas, la doctora Hilda Lazarus. Dice su biógrafo que ella se retiró con mucha dignidad: "Ella, que toda su vida había sido dirigente, algunos dirían casi dictadora, ahora veía que era posible ser seguidora."[14] Sin embargo, siguió activa durante más de diez años. Daba su clase bíblica semanal a hombres y mujeres, aconsejaba a los médicos sobre casos difíciles, agasajaba a sus amigos y a dignatarios en La Cima, su hermosa residencia en la India, y continuaba jugando tenis. Aunque ya no jugaba como a los sesenta y cinco (durante un torneo derrotó a su joven contrincante, después de oír que la chica se quejaba de que tendría que jugar contra una 'abuelita'), siguió jugando con regularidad y aun a los ochenta y tres "todavía hacía saques fuertes en tenis".[15]

En 1950, diez años antes de su muerte, se le hizo una celebración en Vellore, por sus cincuenta años de servicio a la India. Fue un día en que se honró a la mujer que había seguido la tradición familiar de los Scudder, un poco de mala gana, pero que había tenido mucho más éxito que cualquier otro miembro de su familia. Comenzó en una pequeña habitación de tres metros de ancho por cuatro de largo, con unos pocos pacientes. Vivió para ver el establecimiento de un complejo médico moderno con casi 100 médicos, un hospital general con 484 camas, un hospital para enfermedades de los ojos, con 60 camas, y muchas clínicas móviles. Se atendía a unos 200.000 pacientes y se preparaban unos 200 estudiantes de medicina cada año. Su fama había alcanzado un grado tal que cierta vez recibió una carta dirigida a la "Dra. Ida, la India". En ese país de más de trescientos millones de habitantes, se la enviaron directamente a ella a Vellore.

León y Jessie Halliwell

Wilfred Grenfell e Ida Scudder fueron muy aclamados por su servicio a la humanidad como médicos misioneros. Sin embargo, los Halliwell, aunque ministraron a millares de personas cada año, durante décadas, ejercieron la medicina en el anonimato. El gran río Amazonas fue su campo misionero. Consagraron su vida a llevar el evangelio y la atención médica a los habitantes de la zona. Viajaban unos 20.000 kilómetros al año, por unos 1.600 kilómetros de río, en la selva amazónica, entre Manaus y Belén. Aunque no tenían títulos de medicina, eran los únicos "médicos" de la región. Su reputación por el tratamiento eficaz de enfermedades tropicales era conocida y respetada entre los indios.

La decisión de los Halliwell para dedicarse a la obra misionera vino como un impulso, poco después de su boda. Después de escuchar una solicitud conmovedora de misioneros, León envió su solicitud de admisión a la junta misionera de los Adventistas del Séptimo Día. Poco tiempo después Jessie y él iban de viaje hacia Brasil, sin ninguna preparación misionera especializada. Jessie era enfermera y León tenía un grado en ingeniería eléctrica.

Su primera tarea como misioneros fue la iniciación de la obra evangelística en Belén, ciudad del norte de Brasil. Realizaron ese ministerio con éxito durante la década de los veinte. Pero León no se encontraba satisfecho con el alcance limitado de su ministerio

en Belén. Se preocupaba por los millares de personas del río que vivían una vida miserable debido a la pobreza y a las enfermedades. Muchos morían por la viruela, la sífilis, los parásitos intestinales, la lepra, la malaria y otras enfermedades tropicales, y los Halliwell querían ayudarlos. La evangelización de esta gente desamparada y la satisfacción de sus necesidades físicas se convirtió en la meta de ellos. Durante su estadía en su patria en 1930 se prepararon para un ministerio más extenso. León pasó un curso sobre enfermedades tropicales, y Jessie se preparó más en nutrición, higiene y partos. También consiguieron dinero para una embarcación de diez metros de eslora que sería su hogar y clínica flotante a la vez. La Iglesia Adventista del Séptimo Día fue una de las primeras en realizar obra misionera médica; por eso apoyó con mucho entusiasmo la nueva empresa de los Halliwell.

Al principio de su ministerio, los Halliwell corrían el riesgo cada día de morir a manos de tribus de indígenas hostiles. Pero al crecer su fama, la gente esperaba en las playas el paso de los misioneros. Otros, por instrucciones de los Halliwell, colgaban tiras de tela blanca en señal de que querían que ellos se detuvieran. En ciertos días atendían hasta trescientos pacientes de paludismo. Parte del tratamiento era el uso del remedio apropiado. Los Halliwell tuvieron problemas de comunicación serios al explicar el uso de los medicamentos. En cierta ocasión dieron a una madre el remedio para su hijo enfermo, y le dijeron que le diera una dosis cuando el gallo cantara todas las mañanas. Volvieron unos días después y preguntaron por el niño. La madre dijo: "Mi hijo ya está bien, pero ¡el gallo se murió! "[18]

Aunque los Halliwell evitaban el tratamiento de enfermedades complicadas, y preferían más bien transportar a tales pacientes a la ciudad más cercana donde pudieran consultar a un médico, a menudo encaraban situaciones de urgencia que había que resolver inmediatamente. En uno de sus viajes hallaron que una niña había sido malherida por un caimán. La oportunidad de la visita de los Halliwell y su experiencia médica le salvaron la vida.

El evangelismo fue parte importante del ministerio de los Halliwell, los cuales usaban técnicas novedosas para atraer a las multitudes. Con un generador de la barcaza podían mostrar películas y transparencias. Ese espectáculo atraía a los indios, los cuales remaban en sus canoas varios kilómetros de distancia para verlas. Así se convirtieron muchos al cristianismo. Al aumentar el número de los que creían, los Halliwell ayudaban a establecer iglesias y escuelas. En muchos casos otros misioneros fueron a continuar la obra.

En 1956, después de prestar veinticinco años de servicio a los indígenas del Amazonas, los Halliwell "se jubilaron". Entonces comenzaron una nueva labor en Río de Janeiro como supervisores del ministerio de toda la obra médica adventista en América del Sur. Gracias a su inspirador ejemplo, el Amazonas tenía ya muchas clínicas flotantes y pudieron dar por concluida su obra de pioneros.

Carlos Becker

Quizá más que ningún otro continente, África ha sido favorecida con una larga lista de famosos médicos misioneros cristianos, cuya contribución a la evangelización de los africanos ha sido enorme. Los nombres de David Livingstone, Alberto Schweitzer, Elena Roseveare, Pablo Carlson y Malcolm Forsberg traen a la memoria el gran servicio que las misiones médicas han prestado en África. Por supuesto, hubo individuos menos prominentes, tales como Andrés P. Stirratt de la Misión del Interior del Sudán. De mala

gana lo aceptaron como candidato a misionero sólo después de donar sus propiedades a la misión y de pagar su propio pasaje, porque se consideraba inaceptable su edad de treinta y ocho años. Sin embargo, sirvió con fidelidad por más de cuatro décadas en la supervisión de toda la obra de los dispensarios médicos. El mismo trató decenas de millares de pacientes durante toda su vida. Pero si se quisiera destacar a un médico misionero del África por su tiempo de servicio, combinado con su extraordinaria dedicación a salvar las vidas y mejorar la salud de los africanos, tal persona de seguro sería Carlos Becker, el gran *munganga* del Congo.

En 1916, a los veintidós años de edad, Carlos Becker comenzó los estudios de medicina en la Facultad de Medicina Hahnemann de Filadelfia. Había estado alejado de los estudios por varios años, trabajando en una fundición para sustentar a su madre viuda y a su hermana. Cuando se aliviaron un poco estas obligaciones y con los ahorros de poco más de cien dólares, Carlos se sentía listo para estudiar los seis años que le darían la seguridad económica que nunca antes había conocido. La intensificación repentina de la Primera Guerra Mundial, poco después de que él ingresó a la facultad de medicina, fue una "bendición" para él, pues le permitió ingresar en el Cuerpo Médico de Estados Unidos, lo cual le proporcionó techo, comida y matrícula gratis, además de un modesto salario.

Becker comenzó a ejercer la medicina en Boyertown, Pensilvania, en 1922. Tres meses después se casó con María, una joven que había conocido años antes en una reunión social de la iglesia. Antes de la boda le advirtió a María que había prometido consagrar su vida al servicio de Dios, si El le facilitaba cursar estudios superiores. Le dijo: "Yo no sé si tendré que ir a China o al África como misionero, o qué, pero El tiene derecho sobre mi vida."[17] Becker se estableció en Boyertown; su clientela y su prestigio aumentaron y su promesa a Dios fue cayendo en el olvido. Un día recibió una carta de Carlos Hurlburt de la Misión del Interior de África, a quien había conocido hacía varios años. La nuera de Hurlburt, Isabel Morse Hurlburt, médica que prestaba su servicio en el Congo, había muerto de repente, y Hurlburt buscaba con urgencia a otro médico que ocupara su vacante. Con sentimiento de culpa, Becker no atendió a la solicitud de Hurlburt, con la excusa de que tenía la responsabilidad de cuidar a su madre. Pero Hurlburt no se dio por vencido, y al siguiente invierno recibió una carta de Becker en la que aceptaba ir. En el verano de 1928 los Becker se embarcaron rumbo al África.

La primera casa de los Becker en el Congo estaba situada en Katwa, y se trataba de una chocita de barro que María convirtió con su inventiva en una "mansión de barro". Después de trabajar en Katwa por algún tiempo, Becker fue a Aba, donde reemplazó a un médico en un hospital bien establecido. En 1934 se mudó con su esposa y sus dos hijos a la pequeña estación misionera de Oicha, en la espesa jungla de Ituri, para trabajar entre los pigmeos y otras tribus de la selva.

Fue en Oicha, lugar inadecuado para un hospital misionero, donde floreció el ministerio de Becker. Allí, rodeado de árboles gigantes, construyó, casi de la nada, un centro médico muy eficaz. El hospital parecía primitivo en comparación con las instalaciones a que estaba acostumbrado en su patria; pero era lo suficiente para satisfacer, de algún modo, las necesidades de la gente de la selva africana. Becker no fue buen organizador ni hacía planes de largo alcance; tampoco era experto en relaciones públicas. De no haber sido así, según su biógrafo, "pudo haber levantado una buena suma de dinero al promover el hospital como monumento a la memoria y en honor de algún ser amado, ya difunto. . ." Becker iba añadiendo salas y edificios, según fuera necesario, sin "ningún

plan preconcebido".[18] Como no tenía un presupuesto para la construcción del hospital, la mayor parte de los gastos salía de su sueldo de sesenta dólares mensuales.

Los servicios médicos en Oicha se ampliaron con rapidez. A los dos años se daba atención a unos 200 pacientes al día. Había ciertas aldeas y tribus que estaban fuera del alcance del médico. Los brujos tenían mucho poder sobre la gente, hasta que se fueron convirtiendo, uno por uno, al cristianismo, por la incansable obra evangelística de Becker y de otros misioneros.

El evangelismo era el propósito principal de la obra de Becker en África, y dedicaba los fines de semana a visitar las aldeas. Aunque no tenía una preparación bíblica formal, ni era maestro de la Biblia, Becker les comunicaba el evangelio, con buenos resultados, a los africanos. Contaba las historias bíblicas en un contexto africano. Pronto los cuadros que aparecían en la literatura de la Escuela Dominical que provenía de Norteamérica fueron reemplazados por los toscos dibujos de Becker. Estos llegaron a ser tan populares que él los mimeografiaba para distribuirlos a sus oyentes. Estos, a su vez, los usaban para evangelizar a otros. En cierta ocasión, cuando Becker entraba a una aldea aislada, observó un grupo reunido en medio del camino. Para sorpresa suya, encontró allí a un soldado congolés analfabeto que compartía las Buenas Nuevas utilizando una serie de láminas que Becker le había dado un mes antes.

A pesar de su obra evangelística eficaz, Becker, tal como les sucedía a otros médicos misioneros, se preocupaba porque la mayor parte de su tiempo se consumía en las necesidades físicas y no en las necesidades espirituales de la gente. "¿Cuál es el valor espiritual de todo esto?", se preguntaba a menudo. Pregunta que sólo el resultado de su obra podía contestar. El se fue dando cuenta, según su biógrafo, de que "sí había valor espiritual en su obra médica. En realidad, lejos de imaginar que la obra médica era sólo la preparación del terreno para la siembra, como Juan el Bautista con relación al Mesías, él vio que lo que hacía era un ministerio misionero completo. Era una oportunidad de evangelización en masa, pues ¿dónde más podía él encontrar todos los días a varios centenares de africanos necesitados que vinieran de lugares distantes a un sitio donde se les predicara el evangelio? También era una ocasión para dar nutrición espiritual cristiana. Los pacientes internos le brindaban la oportunidad de ayudar a los nuevos creyentes a crecer en su vida cristiana, como un vivero donde crecen los retoños. El doctor Becker pensaba también que tenía una oportunidad sin igual para edificar una iglesia africana responsable".[19]

En muchos casos las misiones médicas prepararon el camino para la evangelización de tribus que, de otra manera, hubiera sido muy difícil alcanzar. Tal era el caso de los pigmeos de la selva de Ituri. Por mucho tiempo discriminados por otros africanos, los pigmeos se retiraron a la selva para separarse de todos los demás, blancos o negros. Sin embargo, su necesidad de servicios médicos al fin venció su aislamiento extremo. Poco a poco llegaron a confiar en los misioneros, y muchos se convirtieron al cristianismo.

Asimismo las misiones médicas desempeñaron un papel crucial en la evangelización de los leprosos. También habían sido discriminados ellos, pero el amor y el cuidado que recibían del doctor Becker y de sus asistentes les dieron un nuevo sentido de dignidad, y se convirtieron por millares a Cristo.

Aunque Becker trataba toda clase de enfermedades y heridas imaginables, se preocupaba más por el problema de la lepra. Se esforzaba mucho por hallar un remedio para ese mal terrible. La noticia de su compasión se extendió, y miles de leprosos vinieron

a él para que los atendiera. A principios de la década de los cincuenta, daba tratamiento a unos cuatro mil pacientes residentes en una leprosería de unas cuatrocientas hectáreas. Los resultados eran tan buenos que médicos misioneros y leprólogos de todo el mundo visitaban Oicha para tomar nota de sus investigaciones. Aunque había logrado mucho progreso en el alivio del sufrimiento de los leprosos, Becker no estaba satisfecho. A pesar de sus múltiples ocupaciones, continuó su búsqueda de un tratamiento más eficaz. Aun el doctor Roberto Cochrane de Cambridge, la primera autoridad mundial en lepra, quedó bien impresionado con los resultados del doctor Becker.

Mientras realizaba sus investigaciones médicas, Becker, el único médico de Oicha, hacía más de 4.000 operaciones quirúrgicas y atendía más de 500 partos al año. Aun con esa carga tan pesada de trabajo, hallaba tiempo para extenderse a campos que la mayoría de los médicos generales hubieran evitado, incluyendo entre ellos la psiquiatría. Experimentaba con los tratamientos más modernos. Entre sus pacientes había individuos muy desequilibrados mentalmente, a quienes sus familiares consideraban poseídos de demonios. No obstante, Becker les daba tratamiento psiquiátrico. Estableció una sala para enfermos mentales y una clínica psiquiátrica. Fue el primer médico del África Ecuatorial que usó con éxito el tratamiento de electrochoque entre los africanos. Aunque trató con buenos resultados muchos pacientes con tales métodos, "siguió convencido de que el cristianismo era la mejor terapia general para los que tenían problemas mentales, y de que 'el evangelio del amor y la esperanza pueden derrotar la superstición y el temor' ".[20]

No obstante su gran servicio al pueblo del Congo, Becker no quedó inmune a la intensificación de nacionalismo que surgió en la década de los sesenta. En tanto que la mayoría de los misioneros huía al África Oriental en busca de seguridad, se quedó en Oicha hasta el verano de 1964. Entonces se vio muy claro que no podría quedarse en la clínica y salir con vida. Cuando se supo que los guerrilleros simbas querían fusilarlo, de mala gana se dispuso a salir. A los setenta años de edad, se despidió de sus colaboradores africanos a quienes amaba y, con su esposa, tres enfermeras y un compañero joven escaparon, poco antes del ataque de los simbas.

Debido a su edad, la evacuación de Becker hubiera sido una buena oportunidad para que se jubilase en 1964. Pero para los Becker, África era su hogar. Dice su biógrafo que a Becker no le gustaba tomar vacaciones largas en su patria, y que no quería volver a Estados Unidos, donde no había pasado ni un año completo a partir de 1945. Aunque se daba cuenta de que se estaba debilitando, quería permanecer en África mientras pudiera prestar algún servicio. Debido a ello, luego de un año de relativa seguridad en el África Oriental y después de que la situación política en el Congo se había calmado, los Becker regresaron a Oicha. Reconstruyeron lo que habían destruido los guerrilleros y restablecieron los servicios médicos que ahora se necesitaban más que nunca. Aunque Becker sufrió tres ataques cardiacos en 1966, siguió su obra y pasó por alto las súplicas de que descansara: "Si este fuera mi último día sobre la tierra, ciertamente no quiero pasarlo en la cama."[21]

Sólo a los ochenta y tres años de edad, el doctor Becker decidió volver a Estados Unidos y jubilarse. Sus últimos años los había pasado en el desarrollo de un centro médico evangélico interdenominacional, con un hospital y una escuela preparatoria para africanos. Ese proyecto había sido su sueño de muchos años. En 1976, cuando ese programa ya estaba en marcha, supo que ya era hora de retirarse. Había servido casi cincuenta años como médico misionero y había dejado su huella indeleble en África. Art Buchwald, el famoso columnista estadounidense, escribió del doctor Becker: "En todo el

Congo, el hombre que nos causó la mejor impresión fue un médico norteamericano llamado Carlos K. Becker... No podíamos dejar de pensar, al salir de Oicha, que Norteamérica tenía su propio doctor Schweitzer en el Congo."[22] Pero el mayor tributo dado jamás a Becker tal vez haya sido el de un estudiante africano de medicina: "Muchos misioneros me habían predicado a Jesucristo, y muchos misioneros me habían enseñado de Jesucristo, pero en el munganga yo he visto a Jesucristo."[23]

Viggo Olsen

Viggo Olsen es más conocido por su autobiografía *Daktar: Diplomático en Bangladesh*. Como el título indica, fue más que médico. Fue también un emisario diplomático, sin comisión oficial, que se esforzó en gran manera por establecer un amplio centro médico. Con mucho valor sirvió al pueblo bengalí en su hora más difícil.

Poco después de terminar su bachillerato en Omaha, Nebraska, Olsen decidió estudiar medicina. Su educación superior comenzó en la Universidad de Tulane, en un programa patrocinado por la Marina de Estados Unidos. Después se matriculó en la Universidad de Nebraska, donde recibió el título de médico, después de siete años de estudio. Viggo conoció a Juanita y se casaron cuando todavía eran estudiantes. Los dos esperaban vivir en la abundancia que la profesión médica les garantizaría.

En sus planes para la vida, los Olsen no tenían en cuenta el cristianismo. Para ellos la lectura de la Biblia y la asistencia a la iglesia no tenían importancia en su vida diaria. Pero aunque trataron de evitarlo, el cristianismo fue algo de lo que no pudieron escapar. Los padres de Juanita se habían convertido después de que ella había ingresado en la universidad. Querían que Juanita y Viggo tuvieran la misma paz que ellos habían encontrado por medio de la fe en Cristo. Les contaban acerca de la fe recién encontrada, por medio de cartas y tratados evangélicos. Sus hijos los visitaron en Toledo, Ohio, cuando Viggo iba de paso hacia la Universidad de Long Island a comenzar su internado. Ellos abordaron otra vez el tema, cara a cara. La reacción inicial de Viggo fue negativa: "Yo veía el cristianismo y la Biblia con ojos de agnóstico. Creía que la ciencia moderna había dejado atrás ese sentimiento religioso. Me hacía hervir la sangre oír hablar a mi suegro sobre las imperfecciones de las leyes de la evolución y otras explicaciones científicas."[24]

Antes de terminar su visita en Toledo, las cosas ya habían empezado a cambiar. Viggo y Juanita tuvieron una prolongada conversación sobre asuntos espirituales con un pastor evangélico. Después de esa conversación, se decidieron a estudiar la "religión cristiana y la Biblia", tomar su "propia decisión independiente"[25] y asistir a una iglesia evangélica después de establecerse en Brooklyn. Esa decisión los llevó finalmente a la conversión de ellos, gracias al ministerio de un pastor bautista, su esposa y miembros de su congregación.

Después de su internado en Nueva York y de un breve período de servicio médico en la marina, en el Pacífico del Sur, Viggo se propuso ir a la Clínica Mayo. Allí solicitó un puesto en medicina interna, lo cual constituía la aspiración de todo médico novel. Con una preparación tan prestigiosa podría realizar sus sueños de ejercer la medicina, enseñarla en el Noroeste y suplir todas las posesiones materiales que su familia deseara.

El sueño, que en otra ocasión les había parecido tan ideal y satisfactorio, ya no lo era tanto. Comenzaron a pensar en cuál seria la voluntad de Dios para la vida de ellos. ¿Sería servirlo a El? Antes de salir de Brooklyn, Viggo oyó por casualidad lo que decía una anciana de la iglesia: "Ahora que el joven médico Olsen se ha vuelto un creyente

cristiano, sin duda también se hará misionero." En ese momento, Viggo "se sintió impresionado" y esas palabras se quedaron con él; con el paso del tiempo, los sueños de la pareja en cuanto al futuro se fueron transformando: "Cuanto más pensábamos, meditábamos y orábamos acerca de las posibilidades. .. .tanto más parecían las misiones médicas una opción factible."[26]

Las semanas de indecisión que siguieron terminaron con toda una semana de intensa lucha interior. "El séptimo día, mientras caminaba solo por la playa, presionado por todos lado por la experiencia, los sentimientos humanos, la herencia, el medio ambiente, la enseñanza bíblica, la dirección divina y muchas otras fuerzas, la crisis llegó." Viggo se arrodilló en la playa y aceptó el "llamado de Dios" a las misiones médicas en el extranjero. Tres días después tuvo la prueba más fuerte. Llegó una carta que decía: "Nos place informarle que ha sido usted aceptado para un puesto en el Departamento de Medicina Interna de la Clínica Mayo." Pero Viggo no vaciló: "No se me hizo difícil contestar la carta rehusando aceptar la posición. La obra de Dios en mi corazón se había realizado por completo. Yo tenía paz.[27]

Los cinco años siguientes, de 1954 a 1959, fueron años de mucho trajín. La familia Olsen creció de tres a seis, mientras Viggo continuaba sus estudios, preparándose para la obra médica en condiciones primitivas. Al mismo tiempo se dedicaron a la obra de la iglesia local e investigaron en varias juntas misioneras las posibilidades de su futuro ministerio. Pero Viggo no esperó la aceptación de una junta misionera, ni su residencia en el extranjero, para comenzar su obra misionera. El consideraba que el evangelismo era parte de su ministerio como médico, ya fuera en su patria o en el extranjero.

Una tarde mientras visitaba los enfermos en el Hospital del Condado de Milwaukee, donde completaba su residencia en cirugía, "percibió mucha ansiedad en un paciente a quien preparaban para cirugía a la mañana siguiente". Viggo le explicó al hombre que su cáncer era grave y que la operación sería de cirugía mayor. Después "le habló de Dios, de la fe y del Hijo de Dios, quien por amor a él dio su vida." Allí, en su cama del hospital, el hombre entregó su vida a Cristo. Después de la cirugía, le dio las gracias al doctor Olsen, en presencia de otras personas del hospital, por explicarle "el camino que lleva a la vida eterna" [28]

La selección de una junta misionera no fue fácil para los Olsen. Como eran bautistas, les recomendaron la Asociación de Bautistas para el Evangelismo Mundial (ABEM). Una región en la cual la ABEM iniciaba su obra que tenía gran necesidad de servicios médicos era Pakistán Oriental. C. Víctor Barnard, el misionero encargado de comenzar esa obra, se reunió con Viggo y lo animó a considerar ese campo misionero. Durante la reunión, surgieron algunas diferencias filosóficas:

> La idea que tenía el señor Barnard de las misiones. . . chocaba con las mías. El se imaginaba al médico yendo de aldea en aldea, maletín negro en mano, tratando enfermedades menores de la mejor manera posible. Yo tenía la visión de un hospital pequeño, pero eficiente, como un comienzo esencial. Yo creía que necesitábamos un equipo de médicos, enfermeras y otros obreros, para brindar una atención médica y quirúrgica excelente, digna de representar al Señor Jesucristo. En ese ambiente de amor y preocupación por los pacientes se podrían compartir con otros las Buenas Nuevas de salvación. Al hablar sobre las misiones médicas me di cuenta de que las ideas del

> señor Barnard eran definitivas, y nada de lo que yo presenté pudo cambiarlas. Aunque yo apreciaba mucho a este gran hombre de Dios, estaba seguro de que Pakistán Oriental ya no era una posibilidad, porque no podría realizar el plan que Dios me había revelado, dentro de esas limitaciones.[29]

Pero Viggo no podía borrar a Pakistán Oriental de su mente: "Pakistán, con un misionero por cada 750.000 habitantes, estaba más descuidado por la iglesia que cualquiera otra región abierta para el evangelio. No había obra cristiana, ni cristianos, en el extremo sur del país. Quedaba un gran territorio vacío entre la obra cristiana de los primeros misioneros: Guillermo Carey de la India y Adoniram Judson de Birmania. Era fácil conseguir visas para Pakistán Oriental y existía libertad religiosa. Además, habíamos tenido los ojos fijos en esa zona del mundo. . . Y ABEM parecía ser la misión hacia la cual éramos guiados."[30]

En la primavera de 1959, el presidente de ABEM le escribió a Viggo y lo invitó a presentar ante la junta su filosofía de las misiones médicas. El presentó sus "trece principios fundamentales", con la idea de que si la junta los rechazaba "sabríamos que deberíamos seguir buscando otra junta y otro campo". Después de una prolongada sesión, la junta votó por unanimidad en favor de la puesta en práctica de los trece principios en Pakistán Oriental. Aunque el costo sería elevado, los miembros de la junta estaban convencidos de que Viggo tenía razón en cada uno de sus trece principios, los cuales deberían tener en cuenta los futuros misioneros médicos y las misiones que los patrocinaran:

1. Sólo la obra médica compasiva y de alta calidad es digna de representar al Señor.
2. Como el sistema del "maletín negro" y de tratamiento clínico no pueden hacer que muchos pacientes recuperen la salud, el hospital es el principio deseable.
3. El sitio para un hospital nuevo se debe escoger con cuidado.
4. Se necesitan dos médicos, o más, para proporcionar continuidad en la atención médica.
5. Los médicos deben estudiar enfermedades tropicales antes de comenzar a ejercer en los trópicos.
6. Los médicos y enfermeras deben tener sufriente tiempo para estudiar, sin interrupción, el idioma del país a donde vayan.
7. Por lo menos uno de los miembros de la junta misionera debe ser un médico cristiano.
8. Se debe nombrar a misioneros que no sean médicos para que compartan en la obra espiritual y de administración.
9. Se debe preparar a personas del campo misionero para la obra espiritual y médica.
10. No se puede esperar que el hospital de una zona pobre se auto-sostenga totalmente. De lo contrario, el costo para el paciente sería excesivo y los pobres se verían descuidados, en favor de los ricos.
11. Se debe enfocar la obra médica hacia la comunicación del evangelio y la sanidad espiritual.

12. A los creyentes cristianos se les debe ayudar, bautizar, amar, fortalecer e incorporar a una iglesia autóctona.
13. El personal médico debe tener fortaleza y dinamismo espiritual, además de andar en íntima comunión con Dios, para que se mantengan las más altas normas espirituales.[31]

No fue sino hasta enero de 1962 que partieron los Olsen en un vuelo con destino a Pakistán Oriental. Pasaron casi tres años, después de que la junta aceptó sus principios, en estudios de medicina tropical y visitando las iglesias para recaudar fondos para su sustento. El hecho de que Olsen fuera un médico excelente no lo eximió de la tarea, a veces difícil, de ir de iglesia en iglesia a fin de presentar su ministerio futuro y sus necesidades económicas. En realidad, eso era lo que esperaban cuando buscaban una junta misionera: "Quisiéramos afiliamos a una misión que no tenga dinero en el banco para enviar de inmediato a un nuevo misionero. Antes bien nos gustaría dar un recorrido para visitar las iglesias y presentar nuestro programa. Oramo's que Dios estimule a las iglesias para que prometan el sustento necesario. De ese modo, aprenderemos a confiar más en nuestro Padre Celestial. También conoceremos a docenas de iglesias y a centenares o millares de individuos. Asimismo, estas iglesias nos conocerán en persona, entenderán nuestra obra y orarán por nosotros v nuestras actividades. Tal respaldo en oración será muy valioso."[32]

Al llegar a Pakistán Oriental, Viggo comenzó de inmediato a hacer los planes para el hospital que esperaba establecer, pero enseguida se le presentaron dificultades. Aunque había sido bastante fácil entrar en Pakistán como misionero, la ineficiencia del gobierno y los trámites para realizar la obra médica eran enojosos. Pakistán Oriental, aunque separado de Pakistán Occidental por más de 1.600 kilómetros y contando con una población superior a 75.000.000 habitantes, era sólo una provincia del país. Esta situación se prestaba a la mala administración oficial. Otro factor contrario era las diferencias culturales y religiosas entre el Pakistán Oriental y el occidental; los bengalíes, la mayoría de la población del Pakistán Oriental, son musulmanes, mientras que el Pakistán Occidental es casi todo hindú.

Aunque fue puesta a prueba la paciencia de Viggo muchas veces, al fin consiguió los terrenos y permisos necesarios para edificar su centro médico. Con la ayuda de un constructor estadounidense que ofreció sus servicios, la construcción comenzó en 1964. Mientras tanto, los Olsen se concentraron en el estudio del idioma del país y Viggo llevó a cabo obra médica de rutina. Pero no todo marchó bien para la obra de la ABEM en Pakistán Oriental y 1965 fue un año crítico: "Se nos presentaron simultáneamente muchas dificultades: constantes obstrucciones en la obtención de visas, impedimentos de la obra en las tribus, problemas con empleados, tormentas de viento y de guerra, bombardeos, enfermedades y ¡muerte! Tuve que citar a veinticinco reuniones extraordinarias del consejo de la misión para tomar acuerdos sobre los problemas y las crisis recurrentes."[33]

Con el correr del tiempo se fue empeorando la situación de Pakistán Oriental. La India comenzó a destacar sus tropas en la frontera con Pakistán Occidental y se desató una guerra de diecisiete días entre ambos países. En este tiempo, la mayoría de las misioneras y los niños salieron hasta que la situación volviera a la normalidad. En 1966 se inauguró el Hospital Memorial Cristiano. La obra médica se realizó a gran escala y estaban listos para afrontar emergencias, como la epidemia de cólera de 1968. Se atendió en el hospital a centenares de víctimas de esa epidemia, y sólo dos fallecieron. El ministerio de Viggo

no se limitaba a la medicina. Tenía participación activa en el evangelismo y era maestro de una clase de preparación para el bautismo de nuevos cristianos bengalíes. En una ocasión se bautizaron diecisiete; el mayor servicio bautismal cristiano que jamás se hubiera celebrado en esa región.

A principios de 1970 continuó el disturbio político en Pakistán Oriental. La mayoría musulmana había estado insatisfecha, por mucho tiempo, con el dominio de sus asuntos por Pakistán Occidental.

Había un movimiento creciente hacia la independencia. Durante los primeros meses de 1971, las fuerzas militares de Pakistán Occidental invadieron a Pakistán Oriental. Otra vez salieron las misioneras y los niños. Viggo y otros se quedaron para mantener en funcionamiento los servicios médicos que tanto se necesitaban, aunque con la incertidumbre de si volverían a ver a sus seres amados. Esa fue una época aterradora para los misioneros y para los bengalíes: "...el ejército de Pakistán Occidental arrasaba ciudades y pueblos por todo el país. Siempre seguía la misma fórmula: ¡matar, violar, despojar y quemar! "[34]

La noche del 23 de abril de 1971 fue la más aterradora de todas para Viggo y sus colegas. Por la tarde, un amigo bengalí les dio la alarmante noticia de que, esa noche, vendrían "bandidos armados" a atacar el centro médico. Si escapaban perderían el hospital y todo lo que habían construido con tanto esfuerzo. No quedaba otra alternativa, según Viggo, que armarse y arriesgar la vida por el ministerio al cual habían sido llamados.

La situación se complicaba también porque, esa misma tarde, Viggo se había fracturado un codo en un accidente de motocicleta. No obstante, se quedó con los otros en el hospital, mirando hacia la densa oscuridad de la noche, mientras el tic-tac de su reloj marcaba los segundos que los acercaba a la medianoche, cuando se apagaría el generador oficial y el centro médico quedaría en tinieblas. "Estábamos rodeados por la espesa selva por tres lados y por un río por el cuarto lado. En la completa oscuridad, los ladrones armados podrían entrar a nuestra propiedad, en silencio, por cien puntos diferentes. ¡Seríamos un blanco fácil para sus balas!"[35] Pero, sin ninguna explicación, las luces no se apagaron esa noche y el ataque nunca sucedió.

Al mes siguiente salió Viggo de Pakistán Oriental para recuperarse en Estados Unidos. Durante su ausencia nació el país independiente llamado Bangladesh (antes Pakistán Oriental), pero con una agonía y devastación terribles. Viggo sabía que entonces lo necesitaban más que nunca antes y, tan pronto como pudo lograr el permiso del nuevo gobierno, regresó. Su visa fue la número "001". Y allí, en medio del dolor y el sufrimiento, sirvió con mucho fruto, dando un deslumbrante testimonio a favor de las misiones médicas cristianas y también del Señor.

Florencia Steidel

"¡Hazme una bendición!", dijo Florence Steidel en su oración la noche que aceptó a Cristo como Salvador, a los diecisiete años de edad. La vida no era fácil para ella. Trabajaba durante el día para ayudar a su madre viuda a sustentar la familia. Asistió a una escuela secundaria nocturna en San Luis, Missouri.

Una noche de 1924, mientras oraba de rodillas, el Espíritu Santo le mostró a Florencia un país extraño. Por todas partes había gente que sufría y pedía auxilio. "¿Por qué no se hace nada para socorrerlos?" No había nadie que se dispusiera a hacerlo. Entonces ella dijo: "¡Yo iré, Señor! Tómame y conviérteme en una bendición para esos necesitados." Esa misma noche Dios le mostró en un sueño la casa donde viviría en

África, las esteras tejidas sobre el piso, la disposición de las habitaciones y la escalera al desván. (Nueve años más tarde la vio realmente.)

Poco después Florencia entró a la escuela de enfermería y se graduó en 1928. Ella sentía que el Señor quería que cuidara a los enfermos. Siempre tenía la visión de una clínica con una capillita donde los enfermos pudieran aprender acerca de Cristo. Para conseguir la preparación bíblica que necesitaría, Florencia ingresó en el Seminario Teológico Bautista de Louisville, Kentucky, y se graduó en 1932. Paso a paso Dios guiaba a Florencia en su preparación para las necesidades que se le presentarían en el futuro. Esta joven tímida y reservada ¡edificaría una clínica, fundaría una escuela, establecería un pueblo y dirigiría la construcción de una carretera en medio de la selva!

En 1935 Florencia recibió su nombramiento como misionera de las Asambleas de Dios en Liberia, África Occidental. Cuando llegó a Palipo, para servir como ayudante de Ada Gollan, Florencia miró con sorpresa su nueva casa. Dijo: "¡He visto esa casa antes! La vi en una visión o un sueño hace nueve años. Hay un desván, ¿verdad? ¡Yo he estado allá arriba!" Era tal como Dios se la había revelado, y ella atesoró la seguridad de que estaba donde Dios quería que estuviera.

Tiempo después Florencia se trasladó al sur, a Newaka, a enseñar a ochenta niñas de la escuela que la misión tenía en ese lugar. La vida no era monótona. Además de sus clases, atendía a todos los enfermos que llegaban a su casa.

En 1942 Florencia regresó a Estados Unidos cuando supo que había contraído tuberculosis. Aceptó su estadía en el Hospital del Estado de Missouri como un descanso dado por el Señor e hizo planes para lo que haría cuando regresara al África. En marzo el médico le dijo que la enfermedad estaba curada totalmente. Entonces se matriculó en una clase elemental de construcción en el Instituto Bíblico Central de Springfield, Missouri. En ese otoño regresó a Liberia. Lo que había aprendido le serviría de mucho en la construcción de casas para los leprosos.

¡Lepra! La gente se llena de temor con sólo oír mencionar la palabra. En ese entonces había diez millones de enfermos de lepra (enfermedad provocada por el bacilo de Hansen) en todo el mundo, y muy pocos recibían tratamiento o atención médica. En Newaka, Florencia pudo ver a algunas de las víctimas de esa enfermedad. Vio la aflicción causada por ella en las manos torcidas, los músculos faciales paralizados, los ojos enceguecidos parcial o totalmente, los pies ulcerados y las pústulas infectadas. Recordó su visión de mucho tiempo atrás y supo que aquellas eran las personas desesperadas que le habían pedido auxilio.

Después de trabajar con las mujeres y las niñas durante once años, en 1946 Florencia quedó libre de sus responsabilidades de la escuela para dedicarse del todo a cuidar a los enfermos. Dios confirmó pronto su plan. Jacob Freeman, un anciano que sufría de lepra y estaba incapacitado por la enfermedad, vino a rogarle a la señorita Steidel que lo albergara en la casa de la misión. Ella no tenía lugar para alojarlo, pero al fin le dijo: "Si usted se construye una chocita en los matorrales y se queda en ella, le limpiaré las llagas." Pocos días después llegaron otras víctimas de la lepra. Pronto hubo sesenta y ocho personas que vivían en chocitas hechas de hojas de palma. Ese fue el origen del pueblo de Nueva Esperanza.

Al acercarse la temporada de las lluvias, la enfermera Steidel estaba muy preocupada. Las casas no serían habitables durante las lluvias. Habría que proteger a los enfermos del frío y de la lluvia. Florencia oró al Señor para buscar su guía y voluntad. Luego fue a hablar con los jefes de la aldea. Ellos le dieron una concesión de unas catorce

hectáreas de tierra para la construcción de un pueblo nuevo en la jungla. Los pacientes estaban dispuestos a hacer el trabajo. A pesar de tener las manos y los pies deformes, fueron cortando poco a poco los árboles de la aislada espesura, y arrancaron las raíces. Sólo tenían herramientas rústicas para trabajar pero al fin terminaron de limpiar la tierra.

Ninguno de los pacientes sabía mezclar cemento, cepillar una puerta ni levantar la estructura de una casa. Florencia daba gracias a Dios por el curso que había tomado en construcción y dirigía todos os detalles de la obra. En abril de 1947 se comenzó la primera casa. Al terminarla, fueron a vivir en ella sesenta y ocho pacientes felices.

Para ayudar a Florencia en esta obra estaban Juan Gwa y su esposa Marta. Después de prepararse para el servicio cristiano habían ido a iniciar la obra en la tribu de los sabos. Durante sus cuatro años de ministerio allí ambos habían contraído la lepra. Habían vuelto a Newaka a tiempo para ayudar en la construcción y atender a los pacientes. Juan era el pastor y ayudaba también en el cuidado de los enfermos. Aun después de que los declararon completamente sanos, ellos se quedaron siete años más para ayudar en ese ministerio.

En la dedicación de la nueva iglesia de adobe en 1952, "Mamá" Steidel contemplaba a los 614 pacientes de lepra presentes como una madre mira a sus "hijos". Veinticinco fueron salvos en esa memorable reunión, dieciséis recibieron el bautismo del Espíritu Santo y dos dieron testimonio de sanidad instantánea por el poder de Dios. Había pacientes de veintisiete tribus; la mayoría siguió adorando a Dios en el pueblo de Nueva Esperanza. Un porcentaje muy elevado de los que vinieron a través de los años en busca de sanidad física recibieron también nueva vida en Cristo.

Aunque muchos pacientes tenían incapacidades graves, todos los que podían aprendían un oficio y ganaban su propio sustento. Los adiestraban en la carpintería, los telares, la sastrería, la alfarería, y como ayudantes de la clínica. Otros misioneros y obreros liberianos ayudaban a Florencia en sus muchas responsabilidades.

El pueblo de Nueva Esperanza fue trazado con seis calles y se construyeron unas 100 casas. Los pacientes fabricaron todos los muebles para los edificios. Cada familia tenía su propio arrozal y huerta. En conjunto formaban una "finca grande" para los lisiados. Cultivaban yuca, berenjena, pimentón, guisantes y otras legumbres además de naranjos, guayabos, perales y bananeras. Para tener una cosecha comercial para el autosostenimiento del pueblo de Nueva Esperanza, plantaron también 2.500 árboles de caucho.

Dos grupos de hombres gobernaban el pueblo: Una junta de diáconos se encargaba de los asuntos de la iglesia; el concejo del pueblo resolvía todos los demás asuntos.

En la clínica se comenzaba cada día celebrando a primeras horas un servicio religioso en la capilla, después del cual los pacientes recibían la dosis diaria de pastillas de sulfa. También había pacientes externos que venían de toda Liberia para recibir tratamiento. Muchos leprosos se curaban definitivamente. Otros recibían una atención amorosa toda la vida.

Más y más edificios, mejor equipo, más ayuda, maestros preparados, más enfermeras y colaboradores misioneros, y siempre cada vez más pacientes, esa ha sido la historia del pueblo de Nueva Esperanza. Impulsando su progreso estaban los incansables esfuerzos de su fundadora.

Durante muchos años los braceros liberianos tenían que transportar los materiales de construcción sobre la cabeza por los senderos de la selva. La carretera más cercana estaba a unos veintiocho kilómetros de distancia. Al fin los misioneros Harold Landrus y

Pablo Boyar se encargaron de construir un camino hasta la carretera. Tuvieron que despejar la selva, rellenar los pantanos y construir puentes. Su única fuerza laboral eran 300 pacientes leprosos. Tuvieron que construir 25 puentes: El mayor tenía unos 47 metros de largo. Se llamó el camino Pablo Landrus en memoria del joven hijo de Harold Landrus cuyo avión se estrelló mientras transportaba gasolina para el jeep que su padre usaba en el trabajo del camino.

Ese camino es sólo una vía rústica en medio de la selva. Durante la estación de las lluvias, cuando el nivel de agua de los pantanos es alto, la distancia de los veintiocho kilómetros requiere cuatro horas de viaje en coche, pero une a Nueva Esperanza con el resto del país y ahorra tiempo, trabajo y gatos. Cuando el presidente William V. S. Tubman — acompañado de veintitrés personas más de su gabinete — viajó por el camino terminado hasta Nueva Esperanza, quedó tan bien impresionado que prometió que el gobierno de Liberia realizaría el mantenimiento del camino.

El presidente Tubman visitó los hogares, la iglesia y la clínica, y expresó su profundo, aprecio por la maravillosa obra de la señorita Steidel y sus colaboradores. Donó unos veinticinco kilómetros cuadrados de tierra y prometió un subsidio anual del gobierno para el sustento de la clínica.

En la celebración del centenario de Liberia en abril de 1957, el presidente Tubman anunció en una reunión pública: "Hay una dama en este auditorio que merece una condecoración." Entonces caminó hacia la sorprendida misionera y le confirió a Florencia Steidel la condecoración de Caballero Oficial de la Orden Humanitaria de la Redención Africana. La señorita Steidel fue la primera misionera en recibir tal honor en Liberia.

Sólo cinco años después, en abril de 1962, Florencia Steidel recibió una honra mayor cuando oyó a su Maestro decir: "Bien hecho, sierva buena y fiel." Después de veintiocho años de servicio, partió ella del pueblo de Nueva Esperanza hacia su hogar celestial.

Marcos Buntain

Algunas personas piensan que las misiones existen únicamente para el alivio y mejoramiento de los problemas sociales. Otras ven las misiones como un ministerio espiritual solamente. La obra de Marcos Buntain es un ejemplo, entre muchos, de la combinación de esos dos aspectos.

Marcos Buntain nunca tuvo la intención de participar en las misiones como médico. En realidad, no tenía planes de ser misionero ni predicador. Su padre fue un pastor pionero de las Asambleas Pentecostales del Canadá y los tres hijos de los Buntain conocían las dificultades por las que había que pasar para abrir nuevas iglesias.

Marcos quería ser locutor de radio y trabajó en ese campo durante una corta temporada. Alicia, que tenía una voz hermosa y bien educada, iba a seguir la carrera de cantante. Fulton pensaba ser médico. Ninguno quería ser un pastor pobre. Querían conseguir dinero, darse buena vida, y adquirir fama en el mundo.

No obstante, todos se rindieron al llamado suave y persistente del Maestro. Marcos y Fulton ingresaron en el ministerio pastoral y Alicia se casó con un pastor.

Después de adquirir experiencia en el ministerio pastoral y evangelístico, Marcos se casó con Huldah Monroe. Los padres de ella habían sido misioneros en Japón; pero en ese entonces estaban pastoreando una iglesia en Vancouver, Canadá. La capacidad de Huldah para la organización y supervisión de los detalles comerciales, tanto como su amor por Marcos y su dedicación completa al Señor, fueron un apoyo moral y práctico sin

el cual Marcos nunca hubiera podido realizar todo lo que ha hecho en las misiones.

En 1953 los Buntain llevaron a cabo campañas evangelísticas en Hong Kong, Formosa y Japón. Entonces Marcos sintió que Dios lo llamaba a la India. Sin embargo, él no quería ir a la India. A China, sí, pues habían oportunidades para tener reuniones evangelísticas. A Japón, quizás. El se sentía bien allá, pues Huldah ya hablaba el idioma y conocía la cultura. Los misioneros les pidieron que se quedaran y trabajaran allí, pero la voz interior persistió: "Deben ir a la India." Marcos oró: "No, Señor. A cualquier lugar menos a la India." El no le contó a nadie acerca de esta convicción hasta pocas semanas después. Una carta urgente del departamento de misiones de las Asambleas de Dios de Estados Unidos le pedía que se dirigiera inmediatamente a Calcuta, India. Lo necesitaban allá. ¿Qué podía hacer Marcos sino aceptar? Entonces, en 1954, él, Huldah y su hijita Bonnie fueron a Calcuta en misión especial por un año.

Marcos era evangelista. No tenía intención de participar en la obra social. Al principio se sentía molesto en Calcuta. Le disgustaba ver a las personas muriendo de inanición y de enfermedades, la suciedad de las alcantarillas abiertas, el espíritu nacionalista de la gente que despreciaba a los extranjeros, una hostilidad hacia el evangelio y a los esfuerzos por establecer iglesias cristianas, y la subyugante oscuridad espiritual. Todo le disgustaba, aun el nombre de Calcuta.

Sin embargo, Dios llenó el corazón de Marcos con su amor. Los Buntain se llenaron de compasión mientras viajaban en campañas evangelísticas y trabajaban en la misión durante su estadía de un año en la India. Vieron que la obra evangelística y la ayuda práctica a los que sufrían podían ir de la mano. Dios se preocupa por toda la persona: por el cuerpo y también por el alma.

Después de regresar a Canadá sintieron el llamado de Dios para ir de nuevo a Calcuta y lo obedecieron. La oración y la persistencia en lo que Marcos consideraba que era la voluntad de Dios quitó obstáculos que parecían imposibles de mover. Otros obreros hindúes y misioneros colaboraron con los Buntain durante más de treinta años. La compasión, la oración, la fe y el trabajo duro con la guía y la bendición de Dios han producido resultados sorprendentes. Se consiguió un lugar para la construcción de una iglesia a pesar de la oposición oficial. Este llegó a ser un centro evangelístico y de actividades.

La conversión de los padres presentaba un problema ya que las escuelas públicas no aceptaban a los hijos de los cristianos. Debido a ello, los padres les llevaron 250 niños a los Buntain y querían saber como los educarían. La iglesia abrió una escuela (desde jardín infantil hasta secundaria). El programa escolar se incrementó a tal grado que en 1986 ya había once escuelas sucursales con un total de 2.959 estudiantes, además de los 1.952 de la escuela central. Muchos provenían de hogares musulmanes e hindúes, pero todos recibían la enseñanza diaria en la Palabra de Dios.

Algunos de los primeros estudiantes de la escuela estaban tan débiles debido a la desnutrición que les resultaba difícil aprender. Esto llevó a la creación de un programa de alimentación que comenzó con el cuidado de los estudiantes y llegó a extenderse hasta incluir una comida gratis al día para millares que la necesitaban con desesperación. Las iglesias y los ministerios de Estados Unidos y Canadá respondieron a la necesidad y para 1986 la misión preparaba y servía una comida diaria a 25.000 personas.

Marcos reclutó á médicos hindúes y comenzó una clínica para brindar asistencia médica a los afligidos y desamparados enfermos. Han recibido las donaciones de excelentes equipos, y algunos de los mejores médicos de la India trabajan allí. Las

unidades móviles también van a distritos lejanos a llevar auxilio médico a otros. Los pacientes aprenden del amor de Dios al recibir cuidado compasivo junto con las buenas nuevas de la salvación gratuita.

Mientras tanto, la obra evangelística ha continuado. Además de los que reciben a Cristo por medio de los programas educativos y sociales, y en el centro evangelístico, la misión alcanza a otros mediante la radio, los cursos por correspondencia y las personas que salen a establecer iglesias y a predicar en otros pueblos y aldeas. La oficina del Instituto Internacional por Correspondencia para esa parte de la India está bajo la supervisión de Marcos y sus colaboradores. Más de 200.000 personas han estudiado los cursos evangelísticos gratuitos y muchos han aceptado a Cristo. Después de los cursos por correspondencia se continúa la enseñanza y se trata de llevar a los nuevos creyentes a una iglesia cristiana, y de establecer iglesias donde no haya ninguna.

Dios ha bendecido la obra y ha preparado a nacionales hindúes que dirigen varios aspectos del ministerio. Cada una de las fases de la obra sigue creciendo y produciendo fruto de vida eterna. Y Marcos, el misionero a quien le disgustaba Calcuta, la ha amado con un amor abnegado, profundo, compasivo e intenso que se expresa en su incansable servicio durante más de treinta años.

CAPITULO 14

La traducción y la literatura: "Escribe el mensaje"

Aunque se puede considerar de modo apropiado que la traducción de la Biblia, lo mismo que la medicina en las misiones, es una especialización de las misiones del siglo veinte, sabemos que tuvo sus raíces al principio de la historia de la Iglesia cristiana. Al propagarse el evangelio por el Mediterráneo y más allá de este, fueron apareciendo las traducciones de las Escrituras en siríaco, georgiano, copto, gótico, eslavo y latín. A mediados del siglo quince la Biblia ya había sido traducida a más de treinta lenguas. En los tres siglos siguientes, se aceleró la traducción de la Biblia, y el Renacimiento y la Reforma le dieron nuevo ímpetu y significado. Aparecieron traducciones en la mayoría de los idiomas europeos principales y, a principios del siglo diecinueve, ya se habían completado treinta y cuatro traducciones más.

El movimiento misionero moderno cambió completamente la fisonomía de la manera de traducir la Biblia. Esta tarea ya no estaría limitada a los monjes que trabajaban meticulosamente en monasterios o bibliotecas. A partir de esa época la realizarían misioneros de escasa preparación diseminados por todo el mundo, los cuales se dedicarían a esa labor en ranchos de techo de paja con la ayuda de informantes analfabetos. Esta labor sería una más de las múltiples tareas de los misioneros. Por supuesto, se considera a Guillermo Carey como el primero y más prolífico de estos misioneros traductores, pero más de un siglo antes, el consagrado y enérgico Juan Eliot tradujo las Escrituras al idioma de los indígenas algonquinos de Massachusetts. Carey hizo de la traducción una parte integral y aceptada de la obra misionera. Casi todos los misioneros pioneros del "Gran Siglo" fueron traductores: Roberto Morrison, Adoniram Judson, Roberto Moffat, Hudson Taylor y Henry Martyn. Durante el siglo diecinueve solamente, aparecieron traducciones bíblicas en casi 500 idiomas más.

Aunque la traducción de la Biblia fue importante durante el "Gran Siglo", fue sólo en el siglo veinte cuando la obra tomó una nueva imagen con la introducción de la ciencia de la lingüística. Debido a la proliferación de las traducciones de la Biblia, los misioneros ya no tenían que luchar con la obra de traducción antes de comenzar su ministerio de evangelización. Al mismo tiempo, más misioneros consideraron la traducción como ministerio especializado y se sintieron impulsados a presentar la Palabra de Dios en todos los idiomas. Desde 1900 se han traducido partes principales de la Biblia a otros mil idiomas, la mitad de estos a partir de 1950. Esto indica el progreso que la lingüística le ha dado al ministerio de la traducción de la Biblia.

Sin embargo, la lingüística hubiera tenido poco efecto en la traducción de la Biblia de no haber sido por los incansables esfuerzos de W. Cameron Townsend y de sus organizaciones gemelas: el Instituto Lingüístico de Verano y los Traductores de la Biblia Wycliffe. El ILV comenzó en 1934 en una finca llamada Campamento Wycliffe en las montañas Ozark de Estados Unidos. Lo fundaron Townsend y L. L. Legters, quienes estaban interesados en dar preparación en lingüística a los que deseasen ser traductores de la Biblia. Aunque no es en sí una organización misionera, ha contribuido muchísimo al progreso del evangelismo mundial. En sus cursos preparatorios, en la Universidad de

Oklahoma y en otras universidades de Estados Unidos y de otros países, los estudiantes aprenden a escribir un idioma desconocido con signos fonéticos que representan los sonidos del idioma, producen un alfabeto, analizan la gramática, encuentran los dialectos (variaciones principales del mismo idioma), escriben cartillas, alfabetizan y traducen las Escrituras. Los traductores se benefician también de la experiencia de los que hayan estudiado el mismo idioma antes que ellos, sacan provecho de sus logros y evitan sus errores.

A pesar de la importancia del ILV en la traducción de la Biblia, pronto se supo que, por ser una organización seglar, no era apta como organización de apoyo de las misiones. Entonces, en 1942, un comerciante jubilado, Guillermo Nyman organizó Traductores de la Biblia Wycliffe y fue su primer director. Le puso el nombre en memoria de Juan Wycliffe, traductor de la Biblia del siglo catorce, conocido como "la estrella matutina de la Reforma". Su propósito era recibir fondos para el sustento de los traductores misioneros y dar publicidad a la obra que ya estaba en marcha en el campo misionero, como lo había hecho su predecesora la Agencia Misionera Pionera. Las organizaciones gemelas TBW/ILV, aunque separadas, tienen juntas directivas comunes, y las mismas metas y normas; a pesar de que tienen deberes diferentes.

Otras organizaciones misioneras, además de TBW, han participado en forma activa en la obra de traducción de la Biblia. Sin embargo, la mayoría de ellas descubrieron pronto el gran valor de una buena preparación en lingüística y enviaron a sus estudiantes al ¡LV. Entre las misiones que hacen traducciones de las Escrituras están también la Misión Nuevas Tribus y la Misión a los Campos no Evangelizados. Los estudiantes del ¡LV vienen de todo el mundo, incluso México, China, Japón y varias naciones africanas. Algunos indígenas también han ayudado mucho en la tarea de la traducción. Angel, indígena mixteco de México, con sólo seis años de escuela primaria en español, llegó a ser un buen traductor en su propio idioma mixteco de San Miguel. Después fue a Estados Unidos con el traductor misionero Ken Pike, entonces director del ILV, y trabajó con él en la traducción del Nuevo Testamento. También escribió a máquina la traducción y leyó las galeradas de imprenta.

Los traductores nacionales competentes, como Angel, ayudan mucho a resolver las lagunas culturales en el trabajo de traducción. Como la traducción de la Biblia no es una ciencia exacta, el lingüista debe entender las diferencias culturales y decidir si sigue con precisión el texto original bíblico o si permite algunas desviaciones culturales. Eugenio Nida, quien fue traductor del ¡LV y trabaja ahora con las Sociedades Bíblicas Unidas, dice que la clave de la traducción es la flexibilidad. Harold Moulton ha indicado que muchas veces surgen asuntos filosóficos difíciles y las soluciones no se encuentran con facilidad: "Un traductor al idioma esquimal encuentra que todas las referencias a la agricultura son difíciles de traducir. El pan es algo que no se conoce en algunos países tropicales. Los saludos son diferentes. Palabras tales como 'justificación' no tienen el mismo sentido que tenían para Pablo. La sustitución de 'pan' por otra comida, en la traducción, tiene el problema de que se separa de la palabra original de la Biblia. Tampoco se puede retener, por incomprensible, la palabra del griego. Los traductores deben usar entonces el equivalente natural más cercano al significado original. La solución práctica a ese problema es siempre difícil."[1]

Aunque los traductores de la Biblia siguen enfrentándose a tales dificultades, la técnica moderna ayuda a resolver muchas de ellas. En la actualidad los traductores usan pequeñas computadoras portátiles en las aldeas donde trabajan. Tal tecnología es muy útil

en la confección de diccionarios, en referencias cruzadas, en la revisión de textos y en el estudio del idioma en general.

A pesar de la tecnología, la lingüística y el impulso dado por TBW a la traducción de las Escrituras, falta mucho para terminar la obra de traducción de la Biblia a todos los idiomas. Según cálculos recientes, en el mundo se hablan más de 5.000 idiomas diferentes, pero el Nuevo Testamento, o la Biblia, sólo se ha traducido a una tercera parte. Los Traductores de la Biblia Wycliffe trabajan en más de 700 idiomas. Todos los años se publican traducciones terminadas en más de 30 nuevos idiomas; pero a ese paso se necesitará casi un siglo más para completar la traducción de la Biblia en todos los idiomas.

Además de la traducción de la Biblia, el mandamiento dado por Dios en cuanto a la literatura incluye la preparación de obras que ayuden a la gente a entender la Biblia y aplicarla a su propia vida. La literatura es un importante instrumento en la obra del Señor en la forma de tratados, materiales didácticos para las escuelas diarias de las iglesias, libros de texto, cursos por correspondencia, himnarios, libros de poesías, narraciones, biografías, estudios bíblicos, libros devocionales, novelas cristianas, materiales publicitarios, revistas y otros tipos de literatura para satisfacer necesidades particulares.

Los misioneros siempre han valorizado mucho la literatura evangélica debido a la permanencia, penetración y multiplicación de su mensaje. Entra en los hogares donde los predicadores del evangelio no son bien recibidos y va a los países a donde no pueden entrar. Se puede leer muchas veces en la intimidad del hogar y compartirla con otros. Y para muchos el mensaje impreso tiene más autoridad que la palabra hablada. Además, aun los cristianos más jóvenes pueden compartir el mensaje de Dios por medio del material impreso.

El ministerio de la literatura requiere el trabajo de equipo en sus varios aspectos: La redacción (de la traducción o del original), la publicación y la distribución. También puede incluir un programa de alfabetización para enseñar a la gente a leer. Y en la obra misionera las finanzas son una parte importante. Hay que pagar por la producción de la literatura que se regala y otras formas de literatura tienen que tener un subsidio por medio de ofrendas para poder venderla a un precio que esté al alcance del público.

El evangelismo de saturación inunda zonas enteras con tratados, ofertas de literatura por radio o televisión, usa materiales para los nuevos creyentes y "simpatizantes" en las campañas evangelísticas, y suple los materiales de enseñanza para el crecimiento y preparación de la vida cristiana.

Ya hemos visto que algunos misioneros fueron prolíficos escritores y que algunos realizaron una obra tremenda mediante la traducción de la Biblia. Muchas misiones tenían sus propias imprentas. Y los cristianos de todo el mundo tienen una deuda de gratitud con las sociedades bíblicas por su parte en la publicación y distribución de las Escrituras.

Los colportores de las sociedades bíblicas han abierto el camino en muchos lugares, vendiendo Biblias y porciones de las Escrituras de puerta en puerta donde no había llegado nunca antes ningún otro predicador del evangelio. Algunos han sido rechazados, insultados, perseguidos, apedreados, puestos en prisión y aun asesinados, pero ¡la semilla plantada ha germinado y se ha obtenido fruto!

William Cameron Townsend

La persona que más impulso le dio en el siglo veinte a la obra de traducción de la Biblia fue William Cameron Townsend, el fundador de TBW/ILV. Era un hombre de

fuertes convicciones. Su liderazgo en estas organizaciones fue poderoso, y a veces objeto de polémica, como también lo fue su liderazgo en el sitos (Servicio de Radio y Aviación para la Selva). Cam [apócope de Cameron], o el "tío Cam" como lo llamaban con cariño sus amigos y colaboradores, nunca se adaptó por completo al molde donde se habían formado la mayoría de sus patrocinadores. Aunque nunca se puso en duda su fe, muchos líderes evangélicos no estaban muy de acuerdo con sus métodos. Sin embargo, Billy Graham se refirió a él como "el misionero más grande de nuestro tiempo". Cuando Cam murió en 1982, Rafael Winter, del Centro de Estados Unidos para las Misiones del Mundo, lo puso a la altura de Guillermo Carey y de Hudson Taylor como uno de los tres misioneros más destacados de los últimos dos siglos.[2]

Cam Townsend nació en California en 1896 durante el período económico difícil que vino después del Pánico de 1893, y vivió en la pobreza al principio de su vida. Fue criado en la Iglesia Presbiteriana y, después de terminar el bachillerato, ingresó en el Occidental College, una universidad presbiteriana de Los Angeles. En su segundo año de estudios se unió al Movimiento de Voluntarios Estudiantiles y sintió un llamado más intenso al servicio misionero cuando Juan R. Mott dictó una conferencia en su universidad. En su tercer año de estudios universitarios la Casa Bíblica de Los Angeles solicitó vendedores de Biblias, o colportores, para trabajar en la América Latina. Cam sintió el llamado a ese ministerio, hizo su solicitud y fue aceptado. Poco después fue asignado a Guatemala, pero se dio cuenta enseguida de que tenía otras obligaciones. Era el año 1917 y, como era cabo de la Guardia Nacional, sabía que tendría que ir a la guerra, lo cual aceptó con patriotismo. El creía que era su deber posponer el servicio misionero para servir a su patria. Pero esa no era la opinión de Estela Zimmerman, misionera soltera que había regresado de Guatemala con licencia, quien le dijo que él sería un "cobarde" si "iba a la guerra, donde iría otro millón de hombres, mientras dejaba que las mujeres hicieran la obra del Señor solas"[3]. Sus palabras bastaron para que Cam pidiera la baja del servicio militar y, para sorpresa suya, su capitán se la dio y le dijo que él "haría mucho más bien vendiendo Biblias en la América Central que .. . disparándoles a los alemanes en Francia".[4]

Cam, acompañado por un amigo de la universidad, salió para Guatemala en agosto de 1917 y así comenzó su carrera misionera de más de sesenta años. La venta de Biblias en la América Central, donde había tan pocas, parecía al principio un ministerio que valía la pena realizar. Después vio que sus esfuerzos eran en vano. La mayor parte de su obra era en zonas rurales remotas, donde vivían unos 200.000 indígenas cakchiqueles. Estos no querían las Biblias en español y su propio idioma todavía no tenía escritura. Al viajar y familiarizarse con el idioma de ellos, sintió preocupación por esa gente, pero ellos reaccionaban con lentitud y parecían ofendidos por el esfuerzo de Cam por vender Biblias en castellano. Un día un indígena le dijo: "Si tu Dios es tan inteligente, ¿por qué no habla nuestra lengua?"[5]

Esa pregunta hizo que Cam dedicara los siguientes trece años de su vida a los indígenas cakchiqueles. Su meta era aprender bien el idioma, darle forma escrita y al fin, lo más importante, hacer una traducción de las Escrituras. Como no tenía preparación en lingüística, Cam se enfrentó a muchos obstáculos al profundizar en el idioma cakchiquel. Hay cuatro diferentes sonidos de la "k" que Cam casi no podía distinguir, y el sistema verbal era muy confuso. Un verbo se podía conjugar en miles de formas que indicaban tiempo, lugar y muchas otras ideas, además de la acción. La tarea parecía imposible hasta que Cam conoció a un arqueólogo norteamericano que le aconsejó que dejara de tratar de

acomodar el idioma cakchiquel al "molde latino" y que, al contrario, buscara el modelo lógico que fuera el fundamento de ese idioma. Ese consejo cambió el curso del método de Cam para aprender el idioma y, al fin, llevó a la formación de un programa de preparación en lingüística.

Desde el principio de su ministerio, el espíritu independiente de Cam estuvo en conflicto con las ideas más tradicionales de los que lo rodeaban. Cuando terminó su obra de colportor, ingresó en la Misión Centroamericana y vio que el evangelismo, no la obra de traducción, era lo que la misión esperaba que él hiciera. Los directores de la misión no entendían la gran preocupación que él tenía por la traducción de la Biblia. Este factor creó dificultades en las relaciones y al fin lo hizo renunciar.

Poco antes de ingresar en la Misión Centroamericana, Cam se casó con Elvira Malmstrom, una nueva misionera en Guatemala. Aunque Elvira fue una misionera competente y contribuyó mucho al ministerio evangelístico y de traducción entre los cakchiqueles, le era difícil aceptar las frustraciones de la vida misionera. Buscó orientación psicológica durante una temporada que pasó en California pero, dice Hefley, con poco provecho.[6] No obstante, su contribución a la obra continuó hasta su muerte en 1944, cuando todavía era muy joven.

En 1929, después de diez años de duro trabajo, Cam terminó el Nuevo Testamento en cakchiquel. Esto confirmó aun más a Cam en su idea sobre la necesidad de traducir la Biblia. El quería traducir las Escrituras para otras tribus cuya lengua no tuviera escritura, pero los directores de la Misión Centroamericana pensaban que su deber era seguir edificando en la fe a los cakchiqueles. Debido a estas diferencias de opinión, Cam renunció. En 1934 L. L. Legters y él fundaron el Campamento Wycliffe, en Arkansas; una empresa desorganizada y sin exigencias que llegó a ser la organización misionera protestante e independiente más grande del mundo.

Las buenas relaciones con los gobiernos tenían prioridad para Cam, pero era un asunto que producía críticas, especialmente entre los misioneros. La amistad y colaboración de Cam con el presidente Cárdenas de México y la defensa de sus programas socialistas eran inaceptables para muchos misioneros. Asimismo el deseo de que sus traductores participaran en programas sociales auspiciados por el gobierno se consideraba como una desviación hacia el secularismo característico del evangelio social. Su colaboración con funcionarios públicos hizo que autorizara a los pilotos del SIS para que hicieran vuelos oficiales; esto fue muy molesto para algunos de sus propios pilotos y para los de afuera también.

El deseo de Cam por establecer buenas relaciones públicas en su ministerio de traducción se extendía no sólo a los gobiernos, sino también a otros grupos religiosos. Una vez más sus directrices fueron objeto de críticas, lo cual hizo que TBW/ILV se retiraran de la Asociación de Misiones Interdenominacionales (AMI) donde las críticas habían sido más acerbas. ¿Cuál sería la relación de los traductores de la Biblia con los católicos romanos? ¿Compartirían el fruto de su trabajo con sacerdotes cuyo objetivo era la expansión de la Iglesia Católica Romana? La gran mayoría de los misioneros evangélicos opinaban que no debía haber ninguna cooperación con funcionarios de la Iglesia Católica, pero Cam era mucho más tolerante. Escribió: "Es posible conocer a Cristo como Señor y Salvador y seguir en la Iglesia de Roma." En cuanto a él, "se sentía muy contento si todo el mundo usaba las traducciones".[7]

Aunque el asunto no parecía muy real, la verdadera prueba se presentó cuando un estudiante católico, Pablo Witte, quiso ser uno de los traductores de Wycliffe. Era un

creyente cristiano comprometido para casarse con una señorita del Ejército de Salvación. Aunque Witte consideraba las verdades de la Biblia por encima de los dogmas católicos, quería permanecer en esa iglesia. Cam manifestó su pleno apoyo a Witte en una carta a todos los miembros de Wycliffe: "No debemos apartarnos ni en un punto de nuestra norma no sectaria si hemos de seguir entrando en países cerrados a las misiones tradicionales."[8] A pesar de la petición de Cam, las dos terceras partes de los miembros de TBW votaron en contra del ingreso de Witte. Aunque le disgustó el resultado, Cam no se dio por vencido. Prometió su apoyo personal a Witte y su esposa bajo otro patrocinio.

Los católicos no eran los únicos candidatos que no eran aceptables en Wycliffe debido a sus ideas religiosas. En 1949, con la solicitud de ingreso de Jaime y Anita Price, el asunto de la aceptación de pentecostales produjo un acalorado debate. La mayoría de los miembros, sin negar la sincera fe cristiana de los creyentes pentecostales, creían que sería incompatible con la de los evangélicos no carismáticos, que constituían la mayoría de la organización. Cam, como era de esperarse, sostuvo la norma no sectaria de Wycliffe y afirmó que los asuntos teológicos en cuestión no eran "esenciales". También dijo que el negar a los Price la entrada sería como negar a una tribu del Perú el privilegio de tener las Escrituras en su idioma. Pero el argumento no logró persuadir a los delegados, y Cam amenazó con renunciar a su cargo de director general si se rechazaba a los Price. Al fin se resolvió el asunto con una fórmula conciliatoria que definía la "incompatibilidad" en ese respecto en caso de que los solicitantes sostuvieran la opinión de que "hablar en lenguas fuera esencial para la morada del Espíritu Santo en el creyente". Como los Price no sostenían tal opinión, fueron aceptados como miembros de TBW/ILV.

La tolerancia era una de las características de Cam y se reflejaba en todos los aspectos de su obra. En una época cuando muchos evangélicos todavía defendían la segregación racial, él invitaba a personas de la raza negra y de otras minorías raciales a participar en la obra de traducción de la Biblia. Deploraba los prejuicios raciales y, en una carta a la junta escribió: "Nuestra constitución no discrimina, ni el Nuevo Testamento tampoco. Hagan el favor de enviar a todos los traductores de cualquier raza que pasen los cursos."[9]

La educación fue otro campo en el que se mostraba la apertura mental de Cam. Aunque muchos de sus traductores tenían un elevado nivel de escolaridad, algunos incluso el título de doctor, el se oponía a poner el requisito de una educación universitaria o de seminario para ingresar a Wycliffe. El se había retirado de la universidad antes de terminar e insistía en que poseer un título universitario no era necesario para la obra de traducción de la Biblia. Aunque le ofrecieron varios títulos honorarios de doctor, él declinó las ofertas, con la excepción de la de una universidad del Perú, para solidarizarse con los traductores sin titulo universitario.

La opinión de Cam sobre la admisión de mujeres al trabajo de Wycliffe fue otro asunto que produjo controversia entre los miembros y patrocinadores de la organización. Permitir que jóvenes solteras trabajaran junto con parejas de matrimonios era un hecho aceptado en los círculos misioneros. Permitirles a señoritas que fueran a zonas remotas, de dos en dos, era un asunto muy diferente. Cam mismo expresó sus dudas al respecto la primera vez que unas traductoras solteras solicitaron la oportunidad de trabajar entre las tribus. Cuando preguntaron ellas por qué no las protegería Dios y las cuidaría como a los hombres, Cam cambió de opinión y estuvo de acuerdo con que no Be pondrían restricciones al servicio de ellas. A pesar de las objeciones de los caballerosos "protectores del sexo débil", en 1950 ya había varias parejas de traductoras solteras en el

Perú. Entre ellas estaban Loretta Anderson y Doris Cox, quienes fueron el mejor ejemplo de Cam en la defensa de las traductoras.

En 1950 comenzaron ellas su obra entre los shapras, una de las más temibles tribus de cazadores de cabezas de la selva peruana, gobernada por el terrible cacique Tariri. El había obtenido su posición de mando después de asesinar a su predecesor. Aunque "con miedo casi todo el tiempo durante los primeros cinco meses", Loretta y Doris permanecieron en la tribu "en el lentísimo trabajo de aprender el idioma".[10] Muy pronto se granjearon el cariño de la gente, incluso el del cacique. Tariri les enseñó su idioma y, transcurridos pocos años, se convirtió de la hechicería y del homicidio al cristianismo. Muchas personas de la tribu siguieron su ejemplo. Años más tarde le dijo Tariri a Cam: "Si ustedes hubieran enviado hombres, los habríamos matado al verlos. Si una pareja de casados, yo hubiera matado al hombre y me habría quedado con la mujer. Pero, ¿qué podía hacer un gran cacique con dos indefensas chicas que insistían en llamarlo 'hermano'?"[11] ¿Qué mejor argumento podría usar Cam para desarmar a sus críticos?

A diferencia de la mayoría de fundadores y directores de misiones, Cam trató de evitar la concentración del poder en un solo hombre, lo cual era, a menudo, fácil de conseguir. Cuando se organizó el ILV, se suponía que Cam sería el director; pero, al contrario, él se sometió a la autoridad del comité ejecutivo y del voto de los miembros. Según Hefley, esto "era algo nuevo en la historia de las misiones. Un fundador y director que cedía el cargo a un grupo de jóvenes novatos, algunos todavía descontentos con sus decisiones anteriores. Cam creía que no convenía que un solo hombre tuviera todo el control. Por eso tuvo que usar la persuasión y la simpatía personal para imponer sus propias normas".[12] Debido a que se impuso esta norma, Cam con frecuencia encontraba obstáculos en la realización de sus planes de innovación. Después de un debate acalorado entre Cam y su comité ejecutivo, uno de los miembros del comité comentó: "El tío Cam tal vez tiene la razón. Quizá vaya diez años delante de nosotros, como de costumbre."[13]

A pesar de (o quizá, en parte, debido a) las enérgicas controversias que han caracterizado a TBW/ILV su personal ha aumentado rápidamente y en la actualidad tienen más de 4.500 miembros. Aunque se ha considerado que Cam era como el dinamo que impulsaba la organización, hubo muchos otros que contribuyeron a la obra. Elena, su segunda esposa, fue una de las colaboradoras. Ella había sido maestra de escuela en Chicago. A los veintisiete años de edad ya había sido promovida a un puesto bien remunerado como supervisora de clases para retrasados mentales de unas trescientas escuelas. Era un puesto gratificador y con buenas posibilidades de progreso, pero ella lo dejó para ser la primera maestra para los niños de los miembros de TBW/ILV en México. Después trabajó en la promoción de la alfabetización en más de una docena de tribus indígenas. En 1946 Cam y ella se casaron en casa de su amigo el general Lázaro Cárdenas, ex presidente de México.

Después de su boda, Cam y Elena sirvieron durante diecisiete años en el Perú, y tuvieron cuatro hijos. Después fueron a iniciar la obra de traducción en Colombia.

Aunque a Cam se le reconocía en todo el mundo como un gran promotor de misiones, él siempre se consideraba primero que todo como traductor de la Biblia. Después de cincuenta años de servicio, cuando la mayoría piensa en la jubilación, él se preparaba para ir a la Unión Soviética con Elena. Al saber que había unos cien idiomas en el Cáucaso, muchos de los cuales no tenían traducción de la Biblia, decidió ir a comenzar por la raíz otra vez. Así, pues, a la edad de setenta y dos años, con Elena a su lado, se encontraba en un hotel frente a la Plaza Roja de Moscú. Allí estudiaba ruso varias horas al

día. Después de terminar su período inicial de estudio, viajaron al Cáucaso a hablar con lingüistas y educadores. También pasaron muchas horas con la gente del pueblo y escucharon la historia de que un ángel había volado sobre Rusia, hacía mucho tiempo, para distribuir los idiomas, pero se le rompió la bolsa en la cima de una montaña al volar sobre el Cáucaso y cayeron docenas de idiomas de una sola vez.

Antes de salir de la Unión Soviética, Cam hizo arreglos para un intercambio cultural de lingüistas, para que los traductores pudieran estudiar en el Cáucaso. No obstante su éxito, hubo críticas inevitables. Un patrocinador de mucho tiempo acusó a Elena de haber sido "engañada por los comunistas", a lo que ella respondió: "No fuimos a la URSS a buscar faltas, sino a ver la manera de servir y de preparar el camino para la traducción de la Biblia a más idiomas."[14]

En toda su vida hubo una sola filosofía que motivó a Cam más que cualquier otra cosa, y fue su alto concepto de la Biblia. Le gustaba repetir: "El mejor misionero es la Biblia en la lengua materna. Nunca necesita vacaciones y nunca se la considera extranjera."[15] Fue esa la filosofía, presentada con tanto vigor por ese hombre singular, la que hizo de TBW/ILV y SRAS lo que son hoy, aunque ya no bajo la dirección de ese gran líder. En abril de 1982 Bernie May expresó, en una carta circular de TBW, con profunda emoción, los sentimientos de toda la organización: "Cuando se tuvo noticia de la muerte del tío Cam, sentí lo mismo que había sentido en varias ocasiones cuando volaba un bimotor y se apagaba uno de los motores. De repente la meta se vuelve muy importante. Uno se vuelve al sistema de guía. Uno sigue volando, pero con el deseo renovado de llegar a su destino tan pronto como sea posible. . . Todavía quedan 3.000 idiomas en los cuales no se ha escrito la Biblia. . . Este es nuestro reto y nuestro llamado."[16]

Kenneth Pike

Uno de los más famosos y brillantes lingüistas del siglo veinte, Kenneth Pike es reconocido en todo el mundo por seglares y cristianos. Pike fue durante muchos años director y presidente del Instituto Lingüístico de Verano. Como profesor de la Universidad de Michigan, autor de numerosos libros y artículos, y orador muy solicitado para seminarios y conferencias, Pike pudo haber llevado una vida muy cómoda en su patria. Pero su corazón estaba en México y en las zonas subdesarrolladas del mundo donde no había Biblias en la lengua autóctona. El se siente tan cómodo hablando con un indígena mixteco analfabeto como con un profesor universitario francés. A pesar de todas sus contribuciones a la ciencia de la lingüística, él es ante todo un misionero deseoso de compartir el evangelio con los que nunca lo han oído.

Pike nació en Connecticut en 1912, hijo de un médico rural cuyos ingresos apenas si alcanzaban para sostener a su esposa y a sus ocho hijos. En su juventud no tenía ambiciones y no parecía destinado a la grandeza. No era presumido, padecía de una enfermedad que afectaba sus movimientos, tenía un gran temor de las alturas y una condición nerviosa que, aun años después, le producía úlceras en la boca y ampollas en los pies. No tenía nada especial, aunque es cierto que se destacó en la Universidad Gordon y se graduó con honores. Pero cuando quiso ingresar en su vocación preferida, las misiones, encontró obstáculos. Presentó su solicitud de ingreso a la Misión al Interior de la China y lo aceptaron en la escuela de candidatos; pero, al terminar, no lo aceptaron como misionero. Le dieron sólo dos razones para esa decisión: Su disposición nerviosa y, aunque parezca increíble, su dificultad para los idiomas, en particular su incapacidad de imitar la pronunciación.

Durante más de un año, Pike había contado, con entusiasmo, a sus amigos y familiares sobre sus planes de ir a China. Por eso el rechazo de la MTC fue un rudo golpe. Pero el estaba decido a ser misionero. Después de trabajar un año con la Administración de Obreros Ciudadanos, escribió a varias juntas misioneras para pedir información sobre la preparación que ofrecían a los lingüistas y traductores de la Biblia. No quería dejarse vencer por las dificultades idiomáticas que había encontrado en la escuela para candidatos de la MIC.

De todos los directores de misiones a quienes escribió Pike, sólo Legters de la Agencia Misionera Pionera (posteriormente TBW) contestó con una invitación a asistir al Campamento Wycliffe. Pike pasó el verano de 1935 en Sulphur Springs, Arkansas. Allí tampoco causó una impresión muy positiva. Se dice que después de observar el estado físico delicado de Pike, frente al panorama rudo del campo, Legters expresó con desánimo: "Señor: ¿No pudiste habernos enviado algo mejor que esto?"[17] Pero, Cam Townsend vio más allá de la apariencia rústica y reconoció que Pike tenía grandes posibilidades para la erudición y el ministerio.

Después del programa de preparación del verano, Pike viajó a México, y comenzó a estudiar el idioma de la tribu de los mixtecos. A pesar de la frustración de tener que dominar un idioma tonal tan complicado, él reconoció el reto y su diligencia dio fruto al progresar mucho durante su primer año como lingüista. Cam resultó tan bien impresionado con el dominio lingüístico de Pike que lo invitó a volver al Campamento Wycliffe, al verano siguiente, como maestro. Así comenzó su largo ministerio como instructor de lingüística.

El volver a Arkansas cada verano a enseñar en el Instituto Lingüístico de Verano, se convirtió en parte rutinaria del programa de trabajo de Pike. Allí, en el verano de 1938, estaba Evelina Griset, sobrina de Cam, quien se preparaba para servir como traductora en México. Evelina era una joven inteligente, graduada de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA), que había cursado estudios también en el Instituto Bíblico de Los Angeles. Con esta educación estaba preparada para ser algo más que esposa y madre. Su matrimonio con Ken [apócope de Kenneth], el siguiente noviembre, formó una sociedad lingüística que ha sido un modelo de cómo trabajar en equipo. Ella siguió estudiando y obtuvo su Maestría en Lingüística en la Universidad de Michigan; escribió varios artículos y libros y fue instructora en la propia universidad, al igual que su esposo. Sus tres hijos la mantenían ocupada como madre y ama de casa, pero Ken frecuentemente se hacía cargo de los niños y de la casa cuando ella estaba demasiado ocupada con su trabajo académico.

La carrera académica de Ken en lingüística comenzó al principio de su obra misionera. Durante su segundo año en México se rompió una pierna y tuvo que ser hospitalizado. Durante ese tiempo, cumplió con la solicitud que Cam le había hecho de escribir un texto de fonética para los estudiantes de Wycliffe. El tenía temor de afrontar esa tarea; pero, al profundizar en el material, encontró muchas satisfacciones. En su cama del hospital le escribió a un amigo: "El estudio es lo que me hace feliz ... cuando las cosas empiezan a desenvolverse."[18] Antes de terminar el manuscrito, envió unos capítulos a Eduardo Sapir, profesor de la Universidad de Michigan, quien fue uno de los más prominentes expertos del mundo en idiomas indígenas. Sapir quedó bien impresionado con el trabajo del joven académico y lo animó a continuar sus estudios en la Universidad de Michigan. Con el estímulo de Cam Townsend también, Pike comenzó estudios de posgrado en 1937. En el verano de 1941 completó los requisitos para obtener su doctorado

(Ph.D.).

La tarea de escribir, los estudios de posgrado, la obra del ILV y ayudando a otros traductores con situaciones difíciles mantenían a Pike lejos de su tarea principal: La traducción de la Biblia al idioma mixteco de San Miguel. En 1941, después de terminar su programa doctoral, volvió con Evelina y su hijita a residir en México y concentrar sus esfuerzos en una sola tribu y en un solo idioma. En 1951, después de diez años de trabajo, con muchas interrupciones, el Nuevo Testamento en mixteco quedó listo para su impresión.

Durante la década cuando Pike tradujo el Nuevo Testamento, también estuvo ocupado con muchos otros deberes. Todos los veranos siguió como director e instructor del ¡LV. También continuó escribiendo y estudiando; y en 1945, al recibir una beca posdoctoral, volvió a la Universidad de Michigan donde pasó un año en investigación académica, en tanto que Evelina permanecía en México. Entonces, en 1948, cuando ya tenía cuatro libros impresos, lo nombraron profesor asociado de la Universidad de Michigan. Sin embargo, este puesto le permitió continuar con sus otros deberes.

Después de completar el Nuevo Testamento en mixteco, Pike se dedicó a ayudar a otros lingüistas en sus problemas con sus respectivos idiomas de estudio. Aunque sus esfuerzos estaban cada vez más ligados a círculos académicos, su erudición beneficiaba directamente a los traductores, que dependían mucho de su experiencia en la lingüística. El era un maestro exigente, y los estudiantes, a menudo, temían sus clases; pero ellos sabían que el dominio de sus teorías y de su técnica podría ahorrarles años de trabajo en la difícil tarea que les esperaba en el campo misionero.

El profesor Pike siempre trataba de que sus cursos fueran prácticos. A veces sus conferencias eran tan divertidas como instructivas. Aun al principio de su experiencia como maestro, cuando el ¡LV se trasladó a la Universidad de Oklahoma, sus clases constituían "buena diversión tanto como buena enseñanza". "¿Quién dijo que la fonética era un estudio tedioso?", escribió un periodista del Diario de Oklahoma acerca de la clase de Pike. "Su aula está atestada de estudiantes atentos a cada palabra, que sonríen de satisfacción al escuchar cada nueva comparación, y que aprovechan toda oportunidad para aportar sus ideas. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que no existe una clase más animada en toda la universidad..."[19]

Aun más divertidas que sus conferencias eran sus demostraciones del aprendizaje de un idioma, que a menudo presentaba ante un gran público. En estas demostraciones se veía la rapidez que tenía para aprender un idioma desconocido sin intérprete. En el escenario además de Pike, varios pizarrones y objetos tales como palitos, hojas y otras cosas de varios tamaños, estaba una persona extraña a quien jamás había visto Pike antes y cuyo idioma le era completamente desconocido. Antes de terminar la sesión, sin embargo, los dos ya se comunicaban bastante bien. Su hermana Eunice escribe:

> Después de ver una demostración, uno puede estar seguro de que Ken pronto sabrá la diferencia entre "un palito" y "dos palitos", "una hoja grande" y "una hoja pequeña".. . Tal vez aprenda uno o dos verbos, por ejemplo: "yo me siento", "él se sienta"; "te estoy golpeando a ti", "me estás golpeando a mí". Los pronombres posesivos, las conjugaciones verbales, y así por el estilo, parecen fáciles; pero Ken no se detiene ahí. Pasa a las cláusulas con sujetos, complemento directo y, tal vez, complementos indirectos. Durante los

> últimos años, algunas veces ha podido construir oraciones con cláusulas dependientes e independientes... La velocidad con la cual procede es siempre asombrosa, y es divertido ver la reacción del extraño que lo ayuda. Se ve claramente que disfruta de ese encuentro. Cuando Ken, al leer los garabatos que ha escrito en el pizarrón, logra inventar y decir su primera oración, el extraño se muestra sorprendido y satisfecho. El auditorio también se alegra y aplaude para mostrar su reconocimiento.[20]

Mientras Pike continuaba su investigación académica y su enseñanza en la Universidad de Michigan y en el ILV, se extendió a otros campos además de la fonética. Cuanto más estudiaba y aprendía, tanto más podía ayudar a los lingüistas y traductores de la Biblia en todo el mundo. Había ayudado a cimentar la obra de traducción en la América Central y del Sur. Allí encontró muchas semejanzas entre los idiomas indígenas; pero al extenderse Wycliffe a otras zonas del mundo, también él lo hizo. Las nuevas agrupaciones de idiomas que sus estudiantes del ILV encontraban lo estimulaban a profundizar en sus estudios y obtener información de otros lingüistas de fama mundial. Los viajes internacionales se convirtieron en un aspecto importante de su ministerio. En 1960 ya estaba dirigiendo sesiones de



Ken y Evelina Pike, traductores de la Biblia y académicos lingüistas.

estudio y trabajo en zonas tan remotas como Papúa-Nueva Guinea, donde preparó y aconsejó a traductores en veintidós idiomas.

Aunque los viajes de Pike lo habían llevado hasta los rincones más remotos de la tierra, no fue sino hasta 1980 cuando pudo ir al lugar que tanto había anhelado su corazón casi cincuenta años atrás. Los problemas aparentes del habla le habían impedido ir a China. En ese entonces no soñaba que algún día, tanto él como su esposa, darían conferencias sobre lingüística en el Instituto de Idiomas Extranjeros de Beijing (Pekín),

República Popular China. Aunque las conferencias fueron en una institución seglar, él sabía que en la providencia de Dios la información diseminada se podría usar algún día para establecer la obra de traducción de la Biblia en China. Tales conferencias seglares habían ayudado también a los traductores de la Biblia en otras partes del mundo.

Pocos lingüistas en toda la historia han recibido más honores personales y reconocimiento que el doctor Kenneth Pike. Con su primer libro, *Fonética*, "revolucionó el pensamiento en ese campo", según el profesor Eric Hamp de la Universidad de Chicago, y eso fue sólo el comienzo. "Se puede decir con justicia — continúa diciendo Hamp — que casi la mitad de toda la información sobre idiomas exóticos puesta a disposición de los lingüistas teóricos durante los últimos veinticinco años se puede atribuir a la enseñanza, la influencia y los esfuerzos de Kenneth Pike. . . El entusiasmo juvenil de Pike en todos sus estudios, y su modestia al abordar nuevos problemas, impiden que el que lo acaba de conocer se percate de que está en presencia de uno de los pocos lingüistas verdaderamente grandes del siglo veinte."[21] Y también, podría haber dicho Hamp, uno de los grandes misioneros del siglo veinte.

Mariana Slocum

Una de las críticas más frecuentes hechas a Cam Townsend, y sus normas en cuanto a la traducción de la Biblia, era que se esperaba que los misioneros de Wycliffe se concentraran en la lingüística y en la obra de traducción. Al completar esa obra debían ir a otra tribu a empezar de nuevo. "¿Qué del evangelismo y del establecimiento de iglesias", decían los críticos. La respuesta de Cam era sencilla: Sus colaboradores y .él no habían sido llamados a especializarse en el evangelismo y en el establecimiento de iglesias, sino más bien en llevar la Palabra de Dios a los que no la tienen en su idioma autóctono. Sin embargo, a pesar de las críticas, Wycliffe tomaba parte activa en el evangelismo y, por iniciativa y estímulo de ellos, se han establecido millares de iglesias en todo el mundo. Un ejemplo destacado de ese evangelismo y establecimiento de iglesias fue el eficaz ministerio de Mariana Slocum en México y Colombia.

Mariana creció en Filadelfia y allí se graduó de la universidad y tomó cursos en el Instituto Bíblico de Filadelfia. Su padre fue profesor universitario y escritor prolífico. La inclinación de ella hacia los idiomas y el arte. de escribir le venía de modo natural. En su tercer año de estudios universitarios, se sintió guiada por Dios hacia la obra de traducción de la Biblia a los idiomas indígenas. Al terminar los estudios, asistió al Campamento Wycliffe e ingresó en TBW en el verano de 1940. La enviaron primero a la tribu de los chol del estado de Chiapas que es el que más al sur queda de todos los estados de México. Sólo estaba a un día de camino de la tribu tzeltal. Allí estaba Bill Bentley, un joven a quien Mariana había conocido en el Campamento Wycliffe, y quien también estaba realizando trabajos de traducción.

En febrero de 1941 Bill y Mariana se comprometieron a casarse. Al verano siguiente, regresaron a Estados Unidos a preparar una boda privada. Aquel fue un romance como sacado de una novela, que terminó de modo trágico el 23 de agosto, a seis días de la fecha fijada para la boda. Bill murió durante el sueño, al parecer de un mal degenerativo del corazón que había padecido, sin saberlo, durante años. Después del funeral en Topeka, Kansas, Mariana viajó al Campamento Wycliffe y allí prometió seguir la tarea entre los tzeltal, dejada inconclusa por Bill.

Mariana fue a México sola, pero pronto llegó otra traductora soltera que vivió con ella en una hacienda cafetalera, propiedad de un alemán, donde había vivido Bill cuando

trabajaba con un grupo de las tierras bajas, de la tribu tzeltal. Los primeros meses y años fueron difíciles para Mariana. Los indígenas bebían mucho, peleaban y no ocultaban su hostilidad hacia las jóvenes misioneras. Después de algún tiempo, la primera compañera de Mariana se fue. Tuvo otras compañeras hasta 1947 cuando llegó Florencia Gerdel. Era enfermera y fue a ayudar por poco tiempo. Al fin se quedó con ella más de veinte años.

La tarea fue enorme para las dos mujeres. Mariana trabajaba muchas horas cada día, luchando con las dificultades del idioma tzeltal. Florencia luchó contra el alcohol, la falta de higiene, las supersticiones y los poderes diabólicos de los brujos de la localidad. A pesar de todos sus esfuerzos, hubo pocas señales de éxito. Pasaron casi siete años antes de que un indígena tzeltal, hijo de un hechicero, hiciera profesión pública de su fe. Su testimonio, sometido a prueba mediante una dura persecución, guió a otros a la salvación hasta que hubo casi cien creyentes en la aldea de Corralito solamente. Se comenzaron a celebrar cultos los domingos, y al poco tiempo centenares de indígenas llegaban del campo hasta en los peores días de la estación de lluvias cuando los senderos enlodados de las montañas y los ríos crecidos hacen que los viajes sean casi imposibles.

El seis de agosto de 1956 fue un día emocionante para Mariana, Florencia y más de 1.000 cristianos tzeltales. Una avioneta amarilla de AS (Alas de Socorro) llegó con una preciosa carga: La primera edición del Nuevo Testamento en el idioma tzeltal oxchuc. Hubo un culto de dedicación en la iglesia local. Luego los indígenas hicieron cola por centenares para comprar un ejemplar de la Palabra de Dios en su propio idioma. Esa fue la culminación de quince años de soledad y dificultades, y uno de los días más felices de la vida de Mariana.

Al haber terminado la traducción del Nuevo Testamento, las historias del Antiguo Testamento, los himnos y las cartillas, Mariana sabía que su obra entre los tzeltales oxchuc había concluido. La iglesia estaba bien establecida bajo dirección autóctona. Florencia estaba lista a transferir la obra de salubridad a los indígenas que ella había preparado. Había otros indígenas tzeltales, los bachajones, que vivían en la lluviosa y espesa selva, cuyo idioma no se había escrito todavía. En abril de 1957, después de un corto viaje en avión y una caminata de seis horas, Mariana y Florencia se encontraban en una cultura extraña para comenzar una nueva obra.

La experiencia adquirida por Mariana durante su primera tarea de traducción aceleró el desarrollo de la segunda. En 1965, sólo ocho años después de su llegada, tuvieron otra vez un momento histórico en su ministerio: La distribución de Nuevos Testamentos en barajón. En este caso tampoco se hizo la obra de traducción solamente. Florencia les proporcionó atención médica a los indígenas y adiestró asistentes médicos. Hubo mucho progreso en el evangelismo. El día que llegaron los Nuevos Testamentos, vinieron cristianos de más de cuarenta congregaciones, algunas a muchos kilómetros de distancia, al encuentro del piloto de Alas de Socorro. Otra vez se vieron las lágrimas de gozo cuando centenares de indígenas compraron el Nuevo Testamento en bachajón.

"¿Cuánto cuesta?", repetían los indígenas que esperaban. "Diecisiete pesos con cincuenta centavos", era la respuesta a su pregunta, pero la verdadera respuesta nunca se podría dar en pesos y centavos. La soledad, las enfermedades, la hostilidad, las condiciones de vida primitiva, y el sacrificio del matrimonio y la familia se añadían al costo del Nuevo Testamento en bachajón. El precio era muy alto, pero Mariana y Florencia lo pagaron con alegría.

Cuando terminó la obra entre los bachajones, Mariana y Florencia fueron a comenzar la obra de traducción y de atención médica entre los indígenas páez, de los

Andes del sur de Colombia. Durante los veintiún años siguientes (1964-1985) le dieron escritura al idioma de ellos, los cuales nunca antes habían tenido. Prepararon cartillas de alfabetización en páez, la gramática y la fonología, el diccionario castellano-páez y el Nuevo Testamento en el idioma páez. El primer creyente de la tribu, el pastor Porfirio Ocaña, de la Alianza Cristiana y Misionera, fue su primer ayudante en el idioma y la traducción. Rogelio Yonda, un profesor páez del Instituto Bíblico Indígena de la ACM, pasó muchas horas en la obra de traducción, poniendo las difíciles ideas de la Escritura en su complejo idioma a fin de que todos los páez de las escarpadas montañas del Cauca pudieran tener acceso directo a la Palabra de Dios, y para dar un fundamento sólido a la creciente Iglesia de Dios entre los páez. Su traducción de este Nuevo Testamento culminó en agosto de 1980. En la actualidad hay millares de creyentes en esta tribu de unas 60.000 personas, y muchas Iglesias establecidas bajo la administración de los propios indígenas.

Mariana trabaja actualmente [1986] en el Centro Lingüístico Internacional de Wycliffe y el ILV en Dallas, Texas. Está encargada de la edición de la revista Escrituras en uso que sirve de guía a los traductores de la Biblia. Florencia todavía está en Colombia como consultora de gramática para los traductores, en su centro de operaciones, en Lomalinda. Hasta ahora ellas son las únicas que han realizado la gran obra de traducir tres Nuevos Testamentos completos a idiomas indígenas, al mismo tiempo que el evangelismo y el establecimiento de iglesias florecía a su alrededor.

Raquel Saint

La traductora de la Biblia que más publicidad ha recibido en el siglo veinte, con la posible excepción de Cam Townsend, ha sido Raquel Saint. Ella es la hermana de Natanael Saint, el piloto de Alas de Socorro que fue martirizado por los aucas en 1956. La aparición de Raquel en el popular programa de la televisión estadounidense "Esta es tu vida", y en las campañas de Billy Graham dio buena publicidad al ministerio de la traducción de la Biblia. Así también se demostró lo que las mujeres con habilidades lingüísticas pueden realizar en tribus que viven en lo recóndito de la selva, donde otros han fracasado. Raquel tuvo el privilegio de ir a vivir entre los que asesinaron a su hermano para comunicarles, en su propio idioma, el amor y el perdón que, gracias a Cristo, sentía por ellos.

El interés de Raquel en las misiones surgió y se desarrolló durante su niñez. Fue en aumento producto de la lectura de biografías de misioneros, y compartió ella su entusiasmo con su hermano menor, Natanael. Aunque era nueve años mayor que su hermano y había despertado el interés de este en las misiones, fue él quien llegó primero al campo misionero de América del Sur; pero sólo unos pocos meses antes que ella. La decisión de Raquel de ser misionera fue un cambio drástico en su vida y se consolidó sólo después de haber cumplido los treinta años de edad. Dijo Ethel Wallis que Raquel "tuvo que dejar un lugar de servicio cristiano feliz y cómodo, para trasladarse a un hogar primitivo en la intrincada selva amazónica".[22] El trabajo de traducción le interesaba a Raquel más que ningún otro aspecto de las misiones. Solicitó su ingreso en el ¡LV en 1948 y viajó a la Universidad de Oklahoma para matricularse en una sesión intensa de lingüística, dictada por Ken Pike y su personal de especialistas en lingüística. Después de terminar el programa del ILV, solicitó ingreso en los Traductores de la Biblia Wycliffe y fue aceptada. Al saber de la aceptación de su hermana, Natanael le escribió una carta en la que expresaba su apoyo, ponía de relieve la importancia de su misión y la alentaba: "Mi opinión acerca de la obra de traducción es tal que si el Señor no me hubiera llamado a la

aviación, estoy seguro de que estaría yo en la obra lingüística. ¡Qué privilegia tan grande es producir algo ... que el Señor pueda usar en nueva! tribus por medio de su propio Libro! "[23]

La primera labor de Raquel en el Perú fue entre los indígenas piros. En esta tarea adquirió mucha experiencia, pero no estaba satisfecha. Quería trabajar con una tribu que no hubiera recibido el evangelio, y los piros ya habían sido evangelizados. Tampoco podía marchar al paso de su compañera, que ya había avanzado mucho en el idioma cuando Raquel llegó. Por eso recibió con gusto la noticia de que la enviaban a otra tribu. Le pidieron que reemplazara a Doris Cox y a Loretta Anderson, las cuales saldrían con licencia de descanso, primero una y después la otra. Raquel ayudaría a la que quedara en la obra entre los shapras, que eran cazadores de cabezas.

Después de su misión temporal de dos años entre los shapras, Raquel fue de vacaciones a Ecuador a visitar a su hermano Natanael y a su esposa. En esa ocasión sintió el llamado de Dios a aprender el idioma de los aucas, la tribu más temible del Ecuador, con el propósito de llevarles el mensaje del evangelio algún día. Había, sin embargo, un obstáculo grande a su llamado. Ella escribió: "Casi no sabía qué hacer con esta nueva seguridad interior, pues Wycliffe no tenía obra en Ecuador y tampoco me sentía yo guiada a salir de Wycliffe. Amaba esa organización, pues era tan preciosa para mí como mi propia familia; no podía ni siquiera pensar en dejarla. No le mencioné el asunto a nadie, excepto a un pastor peruano, hombre piadoso, que prometió orar por mí y por la tribu a la cual había sido llamada."[24] La respuesta a la oración de Raquel vino más pronto de lo que ella esperaba. Acababa de regresar al Perú, a una conferencia del grupo, cuando Cam Townsend hizo un anuncio emocionante: "Me gustaría leer una carta que acaba de llegar del embajador ecuatoriano en Estados Unidos, en la cual nos invita a trabajar entre las tribus indígenas del Ecuador..."[25]

En febrero de 1955 Raquel y su compañera, la doctora Catalina Peeke, llegaron a la hacienda Ila, una finca cercana al territorio auca. Las habían invitado a quedarse allí para estudiar el idioma auca con Dayuma, una joven de esa tribu que había huido para salvar la vida durante una guerra entre las tribus, hacía varios años. Había otras tres mujeres aucas que trabajaban en la finca, pero sólo Dayuma recordaba lo suficiente del idioma como para ayudar en algo. Todavía mezclaba su propio idioma con palabras quechuas, la lengua de la tribu con la que había vivido después de escapar. A pesar de las dificultades, al fin del primer mes, Raquel había progresado bastante. Otros habían compilado listas de palabras antes, pero sólo en unas pocas semanas la lista de palabras y frases de Raquel era mucho más extensa que cualquiera otra lista que tuviera a su disposición. Pero aún quedaban grandes obstáculos. Dayuma pasaba mucho tiempo trabajando en el campo, y sólo podía estudiar un poco con Raquel.

Aun cuando ella estaba disponible, la comunicación era lenta y difícil, aunque a menudo divertida: "Algunas veces la inteligente chica indígena, al darse cuenta de la idea de Raquel, dramatizaba las palabras arrastrándose como un bebé, o tirándose al suelo en un ataque de enojo fingido. Estas demostraciones siempre iban acompañadas de mucha risa, lo que hacía que las horas de estudio del idioma con ella fueran muy divertidas."[26]

Durante el verano de 1955 Raquel, agotada físicamente, salió de la hacienda Ila. Estuvo muy enferma durante varios meses, lo cual le impidió regresar hasta el año siguiente. Mientras tanto, la tribu que tanto anhelaba alcanzar con el evangelio había estremecido al mundo con otra matanza de forasteros. Este ataque hizo que la horrible reputación de los aucas llegara, acompañada de mucho dolor, muy cerca de la familia de

Raquel. La propia gente a quienes Dios la había enviado a llevarles el evangelio había asesinado a Natanael, su hermano menor, a quien tanto amaba, y a sus cuatro compañeros. Para algunos, el sacrificio de volver al Ecuador a continuar el estudio del idioma auca, después de una tragedia personal tan grande, hubiera sido inconcebible. Para Raquel, la oportunidad de vindicar los inútiles esfuerzos de su hermano sólo sirvió para intensificar su resolución.

Aunque Raquel estaba ansiosa de llegar hasta los aucas, se oponía a cualquier otro contacto prematuro que arriesgara vidas y aislase aun más a los aucas. No obstante, otros no tenían la misma paciencia, tal vez con la idea de hacerse famosos en caso de que tuvieran éxito. La presionaron para que iniciara la comunicación con los aucas por intermedio de Dayuma, pero Raquel se opuso. Su argumento era que como Dayuma no era cristiana todavía no podría evangelizar a su gente, aun si tuviera éxito en un encuentro con ellos. Nadie más, fuera de Dayuma, sabía tan bien el idioma como para comunicar las verdades espirituales. La razón se impuso y dejaron de hacer presión para que se usase a Dayuma con ese propósito.

Aunque Raquel parecía preocupada de que no se explotara a Dayuma, ni se la pusiera en peligro sin necesidad, hay dudas en cuanto a su decisión de llevar a Dayuma en una extensa gira publicitaria que no fue para su bienestar. A principios de 1957 llegó una invitación inesperada de California para que Dayuma apareciera en la televisión. Al principio Raquel se opuso, pues estaba convencida de que no debía "sacar a la muchacha de su ambiente selvático y ponerla, de repente, en Hollywood", pero, dice su biógrafo, "al fin sintió paz interior . . . cuando el Señor le aseguró que el programa sería un medio para compartir con el público de Estados Unidos su propia preocupación por las tribus sin Biblia".[27]

Si la gira publicitaria benefició a Wycliffe, no se puede decir lo mismo de Dayuma. La epidemia de gripe asiática, que recorrió Estados Unidos en 1957, la alcanzó sin la resistencia que la mayoría de los norteamericanos tenían. Le dio una fiebre muy alta y, durante varios días, se debatió entre la vida y la muerte. Al fin pasó la crisis, pero la recuperación fue lenta. Raquel tuvo que tenerla en Estados Unidos hasta que pasara el invierno. El viaje, que se había programado para realizarse en un mes, les tomó un año; tiempo precioso pasado fuera del Ecuador, en vez de haberlo ocupado en el estudio del idioma y en el ministerio de la traducción.

Allá en la selva había ocurrido algo emocionante. Dos mujeres aucas habían salido del bosque y estaban viviendo con Elizabeth Elliot, quien vivía cerca de allí. Entonces era cuando más necesitaban a Raquel y a Dayuma, la cual estaba demasiado enferma para hacer el viaje de regreso. Enviaron grabaciones de las voces de las dos mujeres aucas a Raquel y a Dayuma. Sólo en el verano de 1958 pudieron ellas volver. Entonces Dayuma pudo conocer a las mujeres de su tribu. A partir de ese momento las cosas ocurrieron con rapidez. Cuando terminaron varias semanas de intenso estudio del idioma con Raquel, emprendieron viaje de regreso a la selva Dayuma y las otras dos aucas, con la promesa de que volverían. Cumplieron su promesa, pues transcurrido un mes salieron de la selva en Arajuno, donde Margarita Saint, la viuda de Natanael, tuvo la alegría de recibirlas.

El paso siguiente del esperado encuentro con los aucas se produjo rápidamente. Raquel e Elizabeth Elliot, con su hija Valeria, de cuatro años de edad, empacaron para emprender el viaje de regreso a los aucas. Después 'de una semana, habían realizado una proeza histórica: el encuentro pacífico y amistoso con la temible tribu de los aucas. Ellas vivieron casi dos meses entre los aucas, aprendieron su estilo de vida y perfeccionaron su

conocimiento del idioma.

Aquella fue una ocasión emocionante, pero se trató sólo del comienzo. Las Grabaciones Buenas Nuevas, compañía de grabaciones evangélicas, envió a Margarita Carter a trabajar con Dayuma y Raquel para producir mensajes evangélicos grabados en la lengua auca. Siguieron años de estudio en los que se contó con la ayuda de la doctora Catalina Peeke, de Wycliffe. Nueve años después de la trágica muerte de los cinco misioneros se publicó el evangelio de Marcos en el idioma auca. Otra cosa importante que ocurrió fue que, bajo la dirección de Dayuma, los aucas construyeron una pista de aterrizaje. Al terminarla, el piloto de reserva de la Operación Auca, Juan Keenan, aterrizó allí con otro piloto. Por primera vez en la historia, los hombres blancos y los hombres aucas se reunían en paz, gracias a los diligentes esfuerzos de las mujeres de ambos grupos.

Aunque la obra de traducción, la pista de aterrizaje y el encuentro frente a frente con los aucas eran muy importantes, las recompensas perdurables vinieron cuando comenzaron éstos a entregarse a Cristo. Entre ellos estaban los seis que asesinaron a los misioneros en la Playa de las Palmas. Contaron ellos cuán grande había sido su angustia, ese terrible día de 1956, pues creían que los blancos habían ido a matarlos para comérselos. Uno de los homicidas, Kimo, llegó a ser el pastor de la tribu. Tuvo este el privilegio único de bautizar en la Playa de las Palmas del río Curaray a Esteban y a Catalina Saint, hijos de Natanael. Sucederían otros acontecimientos de relieve en la continuación de la historia de los aucas, pero entre uno y otro transcurrirían días y meses de dura y tediosa labor en la traducción y la lingüística. Sólo así los aucas llegarían a tener algún día su propia Biblia, y ya no tendrían que depender del hombre blanco para obtener dirección y crecimiento en asuntos espirituales.

Myron Bromley

Aunque se ha asociado la especialización de la traducción de la Biblia con TBW, más que con ninguna otra organización, y la obra misionera de traducción ha estado ligada más a la América Latina que a ninguna otra parte del mundo, este tipo de trabajo llevado a cabo por otras organizaciones en otras partes del mundo es también digno de mención. Los esfuerzos de la Alianza Cristiana y Misionera, de la Misión a Campos no Evangelizados y de otras misiones en los valles interiores remotos de la Nueva Guinea holandesa (Irian Jaya) son excelentes ejemplos. Escribe J. H. Hunter: "El avance de la Alianza Cristiana y Misionera dentro de Irian Occidental y, en particular, dentro del territorio del valle de Baliem, debe considerarse como uno de los mayores logros misioneros de este siglo."[28] Fue el estudio lingüístico de Myron Bromley lo que hizo que este progreso fuera posible.

La ACM había estado interesada en llegar hasta las aisladas tribus dani del valle de Baliem, desde 1930, cuando el gran promotor misionero R. A. Jaffray, a pesar de estar enfermo para ir a la expedición, inspiró a dos jóvenes valerosos a hacer el viaje por tierra. Pero la Segunda Guerra Mundial y la invasión japonesa frenaron este esfuerzo. La muerte fue el precio pagado por el grupo misionero, incluso la de Jaffray, quien se había recuperado lo suficiente como para unirse al esfuerzo pionero, pero murió en un campamento japonés de prisioneros en 1945, sólo dos semanas antes del cese al fuego y la liberación de los prisioneros.

En 1954 Myron Bromley entró en valle de Baliem con un grupito de misioneros de la ACM a fin de establecer la obra misionera. Bromley creció en Meadville, Pensilvania, y cursó estudios superiores en la Universidad Misionera de Nyack, en el Seminario

Teológico Asbury y en la escuela de posgrado de la Universidad de Minnesota. Era un lingüista distinguido y quería usar su capacidad en una parte del mundo donde no se hubiera aplicado la ciencia de la lingüística. Era soltero y, según Russell Hitt: "Estaba más interesado en conocer al pueblo dani y aprender el idioma que en su apariencia personal. Vestía una chaqueta militar de color caqui de la cual pendía una cadena con su cepillo de dientes. . . La mayor parte del tiempo estaba sin afeitarse y usaba un sombrero de campaña arrugado y viejo. En su tienda de campaña tenía un catre de lona, desarreglado, rodeado de libros, papeles, remedios, comida enlatada, una grabadora y otras cosas más. "[29]

Antes de viajar a Nueva Guinea, Bromley había aprendido holandés con objeto de estudiar las únicas obras científicas existentes acerca de la cultura de los dani. Aun con este conocimiento, se sintió sorprendido con lo que descubrió, por propia experiencia, acerca de la sociedad dani. Poco después de su llegada, escribió: "¡Muerte, muerte, muerte! ¿Cuándo terminará? ¿Cuándo, por lo menos, será iluminada con la luz de la vida que va más allá de su tragedia? El año termina con una semana de muerte debido a la guerra, las enfermedades y los duelos. Oramos para que Dios pronto permita que nazca la vida nueva en los corazones de los hombres de aquí. Trato de ayudar a nuestros amigos con alicates para sacar las puntas de flechas. También trato de ayudarlos con píldoras, pero la muerte viene con mucha rapidez. A veces soñamos que la obra podría progresar si no hubiera peleas y venganzas, sólo para sentarnos, después, con los dolientes con la cara embadurnada de barro, alrededor de las nuevas víctimas. Soñamos con lograr grandes cosas, sólo para ser conmovidos por el fracaso personal inexplicable."[30] La única respuesta era el cristianismo, y el llevar a Cristo a los danis dependía del rompimiento de la barrera idiomática, una meta que le impartió a Bromley aun más velocidad en su misión lingüística.

Aunque Bromley quería concentrarse solamente al estudio del idioma, tenía que consumir muchas horas al día proporcionando asistencia médica. Los danis tenían necesidades médicas serias, y aprendieron pronto que los medicamentos del hombre blanco hacían maravillas. Otro problema difícil que Bromley tuvo que resolver fue el encontrar un maestro bueno del idioma. Después de trabajar con uno de la tribu por un tiempo, descubrió que el hombre tenía un defecto del habla y que parte de su pronunciación ni siquiera se parecía a la del idioma dani. Bromley tomó el asunto con buen humor y comentó: "Pues eso no está tan mal como la historia de Eugenio Nida sobre el misionero novato que encontró a un tartamudo como el único maestro que estaba dispuesto a enseñarle el idioma."[31]

Aunque Bromley tuvo dificultades con el idioma, no obstante trató de comunicar el evangelio tan pronto como pudo construir oraciones que le parecían significativas. Pero se dio cuenta de que el compartir el evangelio era más que un esfuerzo lingüístico. Después comentó: "Fue una de las experiencias más desalentadoras que jamás haya tenido. Usé dibujos de un calendario, con versículos de la Biblia, y traté lo más que pude de decir todo con sencillez e inteligencia. Pero los naturales parecían como si yo estuviera hablando del precio del maíz en China... Pero en algunos lugares del valle Pugima donde he hablado a la gente por primera vez, me han hecho varias preguntas inteligentes. En verdad, esta es la obra del Espíritu de Dios, y si El no abre la mente y el corazón de los hombres, nuestra tarea está fracasada. Tal vez el Señor quería recordarme que su mensaje no es algo casual sino un clamor redentor de buenas nuevas para compartirlas con entusiasmo en el poder de su Espíritu."[32]

Bromley, lingüista bien preparado, estudió el idioma dani de modo sistemático. En los primeros meses de 1955 se concentró en el estudio del tono, el acento y la longitud de las vocales. De ese estudio salió un artículo académico titulado: "La estructura fonética del idioma de la parte baja del gran valle de Baliem". En ese artículo contó sobre su éxito en el estudio del idioma cuando descubrió que había cuatro vocales más de las que pensaba que había al principio de su estudio. Lo que había escapado a su observación era "dos vocales anteriores, altas, que sonaban algo como la 'E' larga" y "dos vocales posteriores altas parecidas a la 'O' larga"[33]. Este descubrimiento ayudó a resolver la dificultad del idioma dani.

Aunque Bromley había progresado en la fonética durante su primer año de estudio, le escribió a un amigo en 1955 que "la gramática todavía estaba en pañales".[34] El comprobó que la antigua creencia de que las personas de las culturas menos desarrolladas del mundo hablaban los idiomas más fáciles era falsa, por lo menos en el caso de los danis. Ellos tienen una compleja sintaxis y formas verbales semejantes a las del idioma de los cakchiqueles de Guatemala, en el cual un verbo puede tener hasta 2.000 formas diferentes.

El estudio de ese idioma tan complicado le causaba mucha frustración. Esto se ve en el esfuerzo de Bromley por enseñar a los danis un versículo sencillo de la Biblia. En el verano de 1955 le escribió a su madre:

> He tratado de hablar de Juan 3:16, pero estoy seguro de que he cometido muchos errores... Usted se puede imaginar la deficiencia de mi interpretación, pues no tenemos palabras adecuadas para "Dios", "creer" ni "vida eterna". Hablo del "Padre de Jesús", pues todavía no conocemos ninguna creencia de esta gente que pueda darnos una buena palabra para "Dios". Ellos saben de los espíritus de sus muertos, de espíritus que hacen ruidos y causan terror, de los espíritus de la gente de las tierras bajas que hacen enloquecer a las personas. Dicen que el Sol y la Luna son esposos y piensan que la lluvia es una persona. También hablan de un hombrecito que vive arriba en el firmamento llamado Hulisogom, pero tienen una creencia vaga sobre el origen de la Tierra. Todavía no he descubierto si tienen una historia de la creación.
>
> Para la palabra "creer" uso una palabra que significa "oír", o "entender". Puedo decir: "Creo que él está diciendo la verdad", pero eso no es lo mismo que la fe bíblica.
>
> En cuanto a la "vida eterna", puedo decir que permaneceremos vivos, pero esa no es la idea de Juan ni de Jesús. También puedo decir que la piel, los huesos, la carne y la sangre nuestros morirán, pero nuestra alma vivirá, pero esa tampoco es la idea bíblica. Todavía no sé decir que Dios crea en nosotros un tipo de vida nueva, que es nuestra ahora mismo y para siempre.
>
> Cuando trato de explicar la muerte expiatoria de Cristo por nosotros, digo que El murió para nuestro bien y para que podamos permanecer vivos ... pero la idea central de la expiación todavía no se puede expresar en este idioma. Tal vez sea porque aun no sabemos hablar acerca del pecado. Uso la expresión "mala acción" pero eso es

> muy diferente del concepto verdadero de pecado. Podríamos hablar de acabar con los tabúes, pero no queremos usar esa idea, pues estamos inseguros sobre el significado de wesa, o tabú, en el pensamiento y la cultura de esta gente. Los actos que para nosotros son pecaminosos resultan objeto de alabanza cultural: El homicidio, la crueldad con los enemigos, el odio, el orgullo, los celos, el desprecio de los débiles y de los inferiores.[35]

El ministerio lingüístico de Bromley entre los danis fue más allá del análisis del idioma y de la traducción de la Escritura. También se dedicó a la preparación de otros misioneros. En 1956 llegaron otras seis parejas de la Alianza al valle de Baliem y Bromley pasó muchas horas enseñándoles el idioma. El también trabajó con obreros de otras misiones, entre ellos Wal Turner, misionero de Campos Misioneros no Evangelizados, quien había tomado el curso del Instituto Lingüístico de Verano y había quedado convencido de que "nunca sería lingüista".[36] Al llegar al valle de Baliem se dio cuenta de que no podría hacer mucho sin el idioma. Con la ayuda de Bromley, llegó a ser un competente lingüista y un eficaz evangelista entre los danis.

Al continuar la obra de Bromley y sus compañeros en el valle de Baliem, se fueron extendiendo a otras tribus con las cuales no habían tenido comunicación; a veces estas se les resistieron mediante ataques mortales. Más de una vez tuvieron que huir Bromley y sus colegas del peligro letal de las flechas de los danis. La persistencia los llevó a más tribus, lo cual también fue aumentando el trabajo de Bromley. Descubrió que en el valle de Baliem solamente, de unos sesenta y cinco kilómetros de longitud, había tres dialectos principales y varios subdialectos de cada uno de los tres. Con cada nuevo dialecto que aprendía, aumentaba la fluidez y pericia de su capacidad lingüística.

Las grandes realizaciones de Bromley en sus primeros años de obra lingüística en el valle de Baliem tal vez se deban, en parte, a su terquedad y al hecho de que no tenía responsabilidades familiares. Aunque sus colegas estimaban mucho sus incansables esfuerzos, por lo menos algunos creían que el matrimonio daría nueva dimensión a su vida. Uno de los directores de la Alianza le comentó el asunto a la madre de Bromley, quien a su vez le pasó la información a su hijo. Este se enojó muchísimo y le escribió al director sin ambages:

> Yo sé que la soltería se puede volver costumbre y le he pedido a Dios que me libre de la obstinación en este asunto. Pero hay un factor que me ha alejado de tal posibilidad: Muchas otras personas han sentido la misma dirección de Dios. Por lo menos, yo creo que Dios es lo suficientemente caballeroso para hablar conmigo sobre mi vida antes de hablarles, o por lo menos en tanto que les habla, a otros acerca de mí, si yo estoy dispuesto a escuchar.[37]

Parece que Dios sí le hablo a Bromley y lo libró de la terquedad, pues en 1957, cuando viajó a Melbourne, Australia, a fin de asistir a un instituto lingüístico, conoció a Margarita Teague, una médica que quería ser misionera. Al año siguiente se casaron y viajaron a Estados Unidos. Después regresaron al valle de Baliem a trabaja entre los danis.

Con el correr del tiempo y el dominio del idioma, los danis se fueron convirtiendo al cristianismo. En 1961 la ACM informó que había más de 20 iglesias y unos 8.000

creyentes en el valle solamente. El costo de tal logro fue elevado. Varios misioneros aliancistas murieron después de la ocupación japonesa de 1940, pero valió la pena. Los danis ya no mataban, ni se comían a sus enemigos. Ahora compartían la misma copa de la Cena del Señor con ellos.

Francisco C. Laubach

El ministerio de la literatura en las misiones se ha vuelto más importante en el siglo veinte que anteriormente, pues más gente puede leer ahora que nunca antes. Esto se debe en parte a la obra de Francisco C. Laubach, llamado el "Apóstol de la alfabetización".

Francisco nació en Benton, Pensilvania, en 1884. Se graduó de la Universidad de Princeton y continuó estudios avanzados en la Universidad de Columbia y en el Seminario Teológico Unión. En 1915 lo ordenaron como pastor de la Iglesia Congregacional y lo enviaron de misionero a las islas Filipinas.

En la isla donde se estableció, Laubach se sentía frustrado por la falta de interés de la gente en el evangelio. Muy pocos adultos podían leer y por esa causa no podía usar él la literatura como medio de evangelismo. Aun los creyentes que eran analfabetos compartían la opinión general de que ya estaban muy viejos para aprender a leer. El crecimiento espiritual era lento y su capacidad de obreros laicos estaría limitada mientras no pudieran leer la Biblia. La tarea de enseñarlos a leer parecía imposible. Les tomaba tanto tiempo aprender el alfabeto y los sonidos de las letras que se desanimaban antes de empezar a leer. Su frustración les ponía una barrera mental para el aprendizaje.

Años después Laubach contaba en sus seminarios la manera cómo Dios le dio el plan que cambiaría por completo la situación. El debía usar dibujos para ayudar a la memorización de las sílabas, comenzando con las que contienen la letra "A". Con la ayuda de los dibujos con las sílabas impresas al principio, el estudiante podría leer unas pocas frases en la primera lección sin ver los cuadros; oraciones tales como: Mamá va a la casa. El éxito de la primera lección derribaba la barrera mental y le daba al estudiante ánimo y deseo de aprender más. Las tarjetas que los estudiantes llevaban a casa tenían una sílaba por un lado y por el otro el dibujo de algo que comenzara con la vocal de esa sílaba. Se podían formar diferentes palabras al poner las tarjetas juntas. Después de aprender las sílabas de la "A", las lecciones presentaban sucesivamente las sílabas y palabras correctas con los demás vocales.

El éxito de ese método fue fantástico. Una razón era que se enseñaba a los estudiantes uno por uno, no en conjunto, y por eso tenían toda la atención y el constante ánimo del maestro. Otra motivación importante era que el estudiante tenía que enseñar a otro la lección que acababa de aprender antes de tomar la lección siguiente. Ese método de "cada uno enseña a uno" creó de inmediato una cadena de estudiantes y cada uno aprendía la lección mejor al enseñarla.

Mientras la gente aprendía a leer, Laubach preparaba textos sencillos con historias bíblicas y porciones de las Escrituras, manteniendo un control cuidadoso de la introducción de nuevas palabras para asegurar un progreso sólido. La obra de alfabetización se convirtió en un modo eficaz de la propagación del evangelio, un instrumento para el evangelismo, lo cual era el propósito principal de Laubach para todo el proyecto. Mientras los cristianos enseñaban a sus amigos deseosos de aprender uno a la vez, tenían muchas oportunidades para hablar con ellos sobre el significado y la aplicación personal de las lecciones.

Como el analfabetismo desapareció casi por completo en su zona, otros misioneros le pidieron ayuda a Laubach para establecer programas semejantes en sus zonas de trabajo. El les enseñó la técnica para el desarrollo de materiales en diferentes idiomas y adiestró a los maestros en los métodos y la organización del programa.

En 1935 Laubach salió de las Filipinas para atender pedidos de ayuda de otras partes del mundo, entre ellos la India, el Medio Oriente, Rusia y América Latina. En algunos de esos países enseñó a grupos de misioneros pertenecientes a diferentes denominaciones. Fue a otros países por invitación de los departamentos nacionales de educación para ayudar a programar, preparar e iniciar campañas nacionales de alfabetización.

Por medio del método de Laubach millones de adultos de 105 países han aprendido a leer. Se ha usado en 313 idiomas. Sus libros Hacia un mundo alfabetizado (publicado en 1939) y Enseñando al mundo a leer (1947), y otros escritos y conferencias han inspirado y servido de guía a muchos misioneros. El hijo de Laubach ha compartido la responsabilidad y continuado la obra de su padre. Otras organizaciones educativas (tales como ALFALIT en América Latina) han adoptado muchas de las técnicas de Laubach.

Sin tener en cuenta a cuántos jefes de estado había aconsejado ni los honores recibidos, Laubach permaneció siempre humilde, como un siervo común del Señor, cuya fe en Dios era como la de un niño. Siempre le daba la gloria a Dios por haberle enseñado un método mejor para enseñar a leer a otros. Laubach falleció en 1970.

Henry C. Ball

La gran obra de escritores, traductores y alfabetizadores hubiera tenido resultados muy limitados de no haber existido las casas de publicaciones y los distribuidores del mensaje impreso. Desde la invención de los caracteres móviles, cerca de 1450, las imprentas han desempeñado un papel importantísimo en la expansión del evangelio. El primer libro que Juan Gutenberg y sus colaboradores en Alemania seleccionaron para la impresión utilizando su nuevo método fue una traducción latina de la Biblia. Durante los años siguientes muchos misioneros han colocado los caracteres con las manos y han operado la imprenta con los pies para producir literatura evangélica en el idioma de su zona de labores.

El tipo móvil y la imprenta movida con el pie cedieron su lugar a las prensas eléctricas y al linotipo. Ahora estas, a su vez, han sido reemplazadas por los equipos electrónicos de la era de las computadoras. Mientras que las imprentas pequeñas de las misiones todavía suplen algunas necesidades locales, la mayor parte de la literatura evangélica en los idiomas principales viene de las grandes casas de publicaciones interdenominacionales o denominacionales. El mejoramiento de las comunicaciones ha hecho posible que ellas consoliden sus esfuerzos, establezcan redes de distribución en decenas de países y despachen diariamente toneladas de literatura a sus distribuidores de determinadas zonas lingüísticas.

El mundo evangélico de hoy tiene una enorme deuda de gratitud con los que exploraron este aspecto del ministerio. Un ejemplo sobresaliente de tales iniciadores en el siglo veinte lo es H. C. Ball, fundador de Editorial Vida. Durante más de medio siglo ministró él en persona y por medio de la literatura al mundo de habla hispana.

La obra misionera de Henry Cleofas Ball comenzó en 1910, pocos días después de su conversión en una iglesia metodista. Cuando aceptó a Jesucristo como su Salvador, fue

lleno de un amor profundo por la gente de habla española que lo circundaba en el pueblecito de Ricardo, Texas. Sólo tenía catorce años de edad y no sabía castellano, pero se sintió impulsado a llevarles el evangelio. Obtuvo permiso para tener cultos en español en la escuela los domingos por la tarde. Con la ayuda de un amigo, memorizó algunas frases en español, practicó la lectura del Padrenuestro y aprendió a cantar "Te alabamos, oh Dios" en español. Entonces fue de casa en casa invitando a la gente. Sólo podía decir con una sonrisa amistosa: "El domingo por la tarde, en la escuela."

El domingo por la tarde Henry tocó la campana de la escuela muy duro y por mucho tiempo, pero sólo dos personas vinieron: un hombre y una mujer. El cantó el coro que se acababa de aprender, leyó el Padrenuestro y cantó de nuevo el coro. Quiso que uno de la congregación leyera el pasaje de la Escritura, pero el hombre no sabía leer y la mujer se dio por vencida después de tratar de leer algunas líneas con gran esfuerzo. Pero entonces el hombre y la mujer comenzaron un diálogo que duró media hora. Todo lo que Henry pudo entender fueron las palabras "católicos" y "protestantes". Por último, Henry cantó el coro por tercera vez y anunció el culto de la semana siguiente: "El domingo por la tarde, en la escuela", e indicó la puerta para despedir a la congregación. ¡Así comenzó su carrera de misionero!

Los meses pasaron, Henry aprendió más español, su congregación creció, se organizó una iglesia y él se convirtió en un verdadero pastor. En 1915 fue ordenado como ministro de las Asambleas de Dios. Mientras los miembros llenos del Espíritu de su congregación se trasladaban de un lugar a otro para recoger algodón, iban testificando y predicando, y llamaban a Henry para que fuera a bautizar a los nuevos convertidos y a organizar las iglesias. Para satisfacer esa necesidad, Henry seleccionó a algunos de los mejores líderes laicos de su iglesia y los envió a predicar en los nuevos campos. S[u]rgieron nuevas iglesias por todo el sur de Texas, pues los cristianos entusiastas "iban por todas partes predicando la Palabra" en español.

En 1917 nombraron a Henry como superintendente de la obra hispana de la denominación en Estados Unidos. Se trasladó a San Antonio a pastorear una congregación de habla española, y esa ciudad se convirtió en la base de operaciones para su programa misionero. Allí conoció a Sunshine Marshall. Ella y Alicia Luce (antes misionera en la India) habían estado evangelizando en México hasta que la revolución en ese país las obligó a regresar a Estados Unidos. En 1918 Henry y Sunshine se casaron. Desde entonces trabajaron juntos en los distintos aspectos del ministerio.

Durante años ambos habían estado grandemente interesados en dos cosas: la fundación de un instituto bíblico que preparase obreros para el ministerio entre los hispanohablantes, y la publicación de literatura evangélica en español. Poco después de su conversión Henry había conseguido una pequeña imprenta de mano y la usaba para imprimir tratados y otros materiales. En 1916 ya había comenzado a publicar *La Luz Apostólica*, revista mensual que fue el medio oficial de comunicación del Distrito Latinoamericano. En 1921 Dios respondió sus oraciones por un equipo para comenzar una casa de publicaciones. Una iglesia de Filadelfia donó una imprenta que podía imprimir páginas de 30 por 45 centímetros. El y su esposa la instalaron en el garaje de un amigo y así establecieron la Casa Evangélica de Publicaciones.

Al considerar la necesidad de un himnario en español, Henry compiló *Himnos de Gloria*, que todavía es muy popular y que incluye varias traducciones suyas de himnos conocidos. Cuando se agotó la primera tirada de 1.000 himnarios, los señores Ball reimprimieron otros 10.000 "seguros de que durarían hasta la venida del Señor". Las

reimpresiones subsiguientes (con música y sin ella) hasta *1988* han llegado a un total de casi dos millones de ejemplares. Himnos de Gloria sigue siendo todavía el que más se vende de todos los himnarios publicados por los Ball.

Las visitas a México para ayudar al establecimiento de iglesias aumentó el interés de los Ball en iniciar un instituto bíblico. Fundaron un instituto en California y otro en Texas con estudiantes de México y de Estados Unidos. Alicia Luce y los Ball prepararon el programa de estudio y los materiales didácticos. Alicia fue la directora del instituto de California y Henry el director del instituto de Texas. Esos institutos bíblicos iniciaron labores al mismo tiempo en 1926, *y* sesenta años después todavía siguen preparando ministros para la obra de Dios. Las dos señoritas que pensaban que su obra misionera se había frustrado cuando tuvieron que salir de México han ayudado a preparar a millares de obreros cristianos en México y otros países por medio de los textos que escribieron sobre Daniel y Apocalipsis, el tabernáculo y los prototipos, y la homilética.

En 1941 los Ball fueron a Chile como misioneros y llevaron consigo a cuatro de sus cinco hijos. El hijo mayor fue a Cuba a ayudar en la obra. En 1943 nombraron a Henry secretario de su denominación para la América Latina y el Caribe.

Aunque su nuevo cargo demandaba muchos viajes y trabajos de mucha responsabilidad en el Departamento de Misiones de las Asambleas de Dios, Henry todavía se preocupaba por la literatura cristiana en español. En 1947 se tomó la decisión de trasladar las publicaciones en español a Springfield, Missouri. Se le puso un nuevo nombre a la casa publicadora: Editorial Vida.

A principios de la década de los veinte Henry había comenzado a publicar una revista trimestral de Escuela Dominical para adultos. En *1933* una misionera recién llegada al Perú, Luisa Jeter, se sorprendió al ver que no había literatura de Escuela Dominical en español para niños, de ninguna fuente evangélica. Al año siguiente comenzó a escribir tales materiales, los cuales fueron publicados por Arturo Erickson en la imprenta misionera que él había establecido. Las historias bíblicas, y más tarde las ayudas visuales y el manual para maestros de las clases de niños, recibieron una entusiasta acogida por parte de misioneros e iglesias de muchas denominaciones. Al llegar los pedidos de toda América Latina, se presentó la necesidad de un servicio mejor de correo, personal y equipo. La posibilidad de pedir toda la literatura de Escuela Dominical del mismo lugar favorecería a los suscriptores. Entonces, en 1947, se trasladó la publicación de los materiales de Escuela Dominical del Perú a Springfield. Allí Henry Ball reunió un personal competente que iría desarrollando un conjunto completo de materiales para diferentes edades, con los manuales para maestros.

Cuando los Ball se jubilaron en 1961, se trasladaron a San Antonio y en seguida comenzaron a establecer una nueva iglesia. Aunque ya no tienen fuerzas para tener un ministerio público, ellos y su hija Alvina, que les sirve de compañía, todavía presentan la obra hispana delante del Señor en oración cada día. Y la obra que ellos comenzaron aún sigue adelante.

Editorial Vida se trasladó a Miami, Florida, bajo la dirección de Juan Jackson, quien había sido misionero en Cuba y Chile. Después el crecimiento continuó con los directores Loren Triplett, misionero en Nicaragua, y luego con Bob Hoskins, misionero en el Medio Oriente, quien es el presidente actual. Más de cincuenta personas trabajan en Miami dedicados exclusivamente a la preparación y envío de unas 20 toneladas semanales de literatura evangélica en español, portugués y francés, la cual se envía a 31 países. Los distribuidores regionales y nacionales, los gerentes de las librerías, los misioneros,

pastores nacionales, escritores y traductores cooperan para informar a Editorial Vida de las necesidades del campo misionero, y también se benefician de los seminarios sobre los diversos aspectos de su obra. Las iglesias de Estados Unidos ayudan con un subsidio para que la literatura evangélica siga al alcance de los lectores de países con escasos recursos económicos. Los editores, tipógrafos, correctores de pruebas, artistas, secretarias y administradores trabajan, oran y se regocijan al ver salir las obras publicadas.

Ya se trate de una Biblia de estudio (Editorial Vida ha publicado más de 2.500.000), de un curso de orientación para nuevos creyentes, de libros de texto, de obras de referencia para pastores, de libros devocionales o de lecciones bíblicas para niños, los publicadores oran que el Señor los use para lograr el objetivo que se han propuesto. Al igual que los obreros de otras casas publicadoras evangélicas por todo el mundo, los trabajadores de Editorial Vida también se complacen en los informes de los resultados exitosos en tanto que acatan el antiguo mandamiento de Dios: "Escribe la visión y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella" (Habacuc 2:2).

CAPITULO 15

La radiodifusión, la televisión y las grabaciones: El dominio de las ondas aéreas

Poco después del establecimiento de la radiodifusión comercial en gran escala, durante la década de los veinte, los cristianos con visión empezaron a usar ese medio para la propagación del evangelio. Juan Zoller en Jackson, Michigan, Pablo Rader en Chicago, R. R. Brown en Omaha y Carlos E. Fuller en Santa Ana, California, fueron los pioneros en el campo de la radiodifusión evangélica. Mientras estos radiodifusoras cristianos comenzaban la obra en Estados Unidos, otros ya pensaban en el impacto que podría tener la radio en los campos misioneros del extranjero. El doctor Walter A. Maier, quien inauguró "La Hora Luterana" en 1930, fue uno de los principales pioneros de la radio misionera. En la década de los sesenta ya tenía programas radiales que se trasmitían por centenares de emisoras en todo el mundo. Sin embargo, fue Clarence Jones quien más que ningún otro puso de moda la radio misionera. Al ver su éxito con HCJB (La Voz de los Andes), se formaron otras organizaciones de radiodifusión misionera independientes. Las mayores fueron la Compañía de Radiodifusión al Lejano Oriente y Radio Transmundial.

Desde el principio, no se consideró que la radio misionera se pudiera usar independientemente del esfuerzo misionero tradicional. Aunque algunos misioneros no lo creían al principio, pronto se dieron cuenta de la ventaja de que la radio les preparara el camino. Abraham Van Der Puy de la Misión Radio Mundial dijo que la radiodifusión "le ha dado al esfuerzo misionero tradicional un tremendo medio para la propagación del evangelio. Hasta hace poco en muchas partes de América Latina los misioneros tenían mucha dificultad en conseguir que la gente hablara con ellos acerca del evangelio. Pero esa misma gente ha estado dispuesta a escuchar en la intimidad de su hogar... Muchas veces cuando una persona trata de explicar el evangelio a alguien, le responden: '¡Ah, eso quiere decir que usted es como la gente de HCJB.”[1]

Con todo, el valor de la radio misionera va más allá de la preparación del camino para el evangelismo personal. Pedro Deyneka, hijo, director de la Asociación Evangélica Eslava, dice: "La radio ha ensanchado el alcance y las posibilidades del esfuerzo misionero tradicional. Va a donde no pueden ir los misioneros y alcanza a personas que no responderían a métodos más convencionales."[2] La radio también se ha usado con eficacia para fortalecer el ministerio de la iglesia local del campo misionero. Una de las razones principales de la Misión Alianza Evangélica para establecer la emisora HLKX en Corea fue la producción de programas para la iglesia local. La emisora ELWA de la Misión del Interior del Sudán también difunde programas dirigidos a los cristianos principalmente, no sólo de Liberia, donde está situada, sino también de los demás países africanos cercanos.

En muchos países los misioneros de la radio han tenido que someterse a las exigencias oficiales que limitan la programación religiosa. En algunos casos se ha prohibido del todo la radiodifusión cristiana. En países como Kenia la radio misionera ha recibido un trato especial. Allí, la Voz de Kenia, una emisora de propiedad oficial y operada por el gobierno, con 100.000 vatios de potencia, reserva veintidós horas a la semana, sin costo alguno, para programas religiosos; la mayor parte de ese tiempo se

asigna a la Misión del Interior de África. En 1978, cuando murió el presidente Jomo Kenyatta, el gobierno declaró treinta días de duelo oficial; se prohibieron todos los programas radiales, excepto las noticias y la trasmisión de música cristiana. Esto es muy relevante, si se toma en consideración que la mayoría de la población es musulmana.

La importancia de la radio ha llevado a muchas misiones, además de la MIA, a una participación activa en la radiodifusión y en la producción de sus propios programas. Para esto, las misiones usan emisoras establecidas, y así se evitan el gasto y la responsabilidad de la operación de una emisora propia. Tanto la Asociación Evangélica Eslava como la Unión Cristiana Bíblica, por ejemplo, gastan mucho dinero de su presupuesto en la producción de programas dirigidos a la Unión Soviética. Algunas misiones como ERAL (Evangelismo Radial para América Latina) se dedican por completo a la programación radial y centran su ministerio en personalidades destacadas. El "Hermano Pablo" Finkenbinder, su predicador radial más famoso, estuvo trasmitiendo más de 200 veces al día en veintenas de estaciones diferentes por toda América Latina durante la década de los sesenta.

En la actualidad, debido a que los trasmisores son cada vez más potentes y los radios de transistores cuestan cada vez menos, las trasmisiones evangélicas llegan a más gente que nunca antes. Según Barry Siedell: "La radiodifusión del evangelio llega todos los días a todos los rincones de la tierra. "[3] No obstante, la radio deja de alcanzar a una gran parte de la población mundial que tiene idiomas o dialectos con pocos hablantes, por lo cual no es práctico preparar programas radiales en esos idiomas. Ese vacío se llena con el evangelismo por medio de discos o de grabaciones magnetofónicas. Así se lleva el evangelio a tribus remotas cuyos idiomas, en muchos casos, todavía no tienen forma escrita. La misión Grabaciones Buenas Nuevas, más que ninguna otra, ha cubierto el mundo con este tipo de ministerio mecanizado.

Durante la última mitad del siglo veinte la televisión se ha convertido cada vez más en un medio de comunicación popular y extenso. Aunque su costo es muy alto, en muchas zonas tiene mayor alcance que la radio. Evangelistas internacionales como Luis Palau y Billy Graham incluyen en sus campañas la trasmisión por televisión y la radiodifusión en cadena por todo el país. Los programas que preceden a la campaña hacen la publicidad y preparan el terreno y el ambiente espiritual para ella. Las trasmisiones por televisión de los servicios religiosos y de las entrevistas con los miembros del equipo evangelístico pueden producir tantas decisiones por Cristo en los hogares como en el estadio o en los auditorios donde se llevan a cabo las reuniones.

Las grabaciones de audio-video permiten que los técnicos preparen la película con traducciones a otros idiomas, a fin de enviar las cintas para su difusión en estaciones de televisión de otros países. Algunas iglesias y centros de estudio también usan cintas de video con otros materiales para cursos por correspondencia, con cursos evangelísticos para beneficio de los que no pueden leer, o como enseñanza suplementaria en la vida espiritual y en estudios avanzados para el ministerio.

La radio, la televisión y las grabaciones ayudan a ampliar el alcance del evangelio y a mejorar la eficacia de su comunicación. La cooperación internacional hace esto posible en muchos países donde las iglesias no tienen las facilidades, la preparación técnica ni los fondos para hacer sus propios programas. Los videos de varios ministerios tienen doblajes en español, francés u otros idiomas para enviarlos a otros campos misioneros. La Radio televisora en Español (STAR) de Durant, Florida, envía su programa infantil "El Lugar Secreto" a todos los países de América Latina, excepto Cuba,

y en otros países se usan traducciones del mismo programa.

Clarence W. Jones

Como ha sucedido con otros aspectos de la obra misionera, la radio evangélica tuvo que luchar para ganar la aceptación del público cristiano. Sin la visión de Clarence W. Jones, la radio misionera no ocuparía el lugar que tiene en la actualidad. Jones tuvo el valor de usar la radio, llamada por algunos "instrumento del diablo", para el evangelismo; también tuvo la paciencia para soportar el ridículo de que fue objeto. La gente de su propia iglesia llamó "la necedad de Jones" a ese programa misionero radial. Solo un tonto iría a un país extranjero a establecer una emisora radial cuando sólo habría unos seis radiorreceptores en todo el país. Pero Jones estaba convencido de que las misiones tendrían que estar a la vanguardia del campo de las comunicaciones para poder evangelizar el mundo; y no le preocupaba si los cristianos más tradicionales se sentían ofendidos por eso.

Jones nació en 1900 y desde su infancia se relacionó con el servicio cristiano, pues sus padres eran oficiales del Ejército de Salvación. A los doce años de edad, después de insistirle a su padre por muchos años, se le permitió el ingreso a la banda de música del Ejército de Salvación. Muy pronto aprendió a tocar varios instrumentos. Después se especializó en tocar trombón, un instrumento que lo acompañó toda la vida. Jones se convirtió durante el ministerio de Pablo Rader. Después de su conversión se matriculó en el Instituto Bíblico Moody, del que se graduó en 1921 como presidente de su clase y tuvo a su cargo el discurso de despedida, aunque sólo había llegado al segundo año en la escuela de enseñanza superior.

Después de su graduación, trabajó Jones con Pablo Rader. Primero ayudó en el evangelismo en carpas y luego en la administración del nuevo ministerio de Rader en el Tabernáculo Evangélico de Chicago, que se convirtió pronto en el centro de un esfuerzo misionero mundial. Este ministerio atrajo a personas de mucho talento, tales como Lance Latham, Merrill Dunlop y Carlton Booth. Jones tocaba el trombón en el cuarteto de instrumentos de viento. También fue director del programa radial del Tabernáculo, que comenzó con la salida al aire de la primera estación comercial de radio de Chicago.

Aunque Jones había estudiado para misionero en el Instituto Bíblico Moody, no había pensado mucho en las misiones debido a las demasiadas ocupaciones de su trabajo con Rader. En 1927, mientras ayudaba a éste como director de música durante una conferencia bíblica, sintió de nuevo la urgencia del evangelismo mundial al escuchar un conmovedor llamado misionero durante un sermón que predicó Rader. En los meses siguientes se convenció de que Dios quería que fuera a la América del Sur a comenzar la obra misionera radial.

En 1928, a disgusto de muchos amigos y conocidos, Jones hizo un viaje de exploración por América del Sur. Esperaba entrar en Venezuela con su ministerio radial. Al viajar por pueblos y ciudades se sintió subyugado por la necesidad del evangelismo, como lo indica en su diario: "Parece que nunca terminaría la tarea de las misiones en Venezuela si se sigue con una recepción del evangelio tan lenta como la actual. Este país es sólo una pequeña parte de todo un gran continente, con muchos lugares que carecen de testimonio misionero. La obra misionera se podría suplementar y acelerar con el procedimiento perfectamente factible de trasmisiones regulares en castellano. Veo que hay muchas oportunidades para el evangelismo en Venezuela y paso mucho tiempo en oración en estos días, pidiéndole al Señor que realice *una obra grande y poderosa*".[4] Pero

en vez de eso, Dios no permitió la entrada en Venezuela. Los funcionarios oficiales negaron de plano la solicitud. Antes de volver a su país, Jones visitó Colombia, Panamá y Cuba e hizo peticiones semejantes, pero la respuesta fue la misma.

Jones regresó frustrado y avergonzado. Todo el tiempo y el dinero invertido en este viaje exploratorio había sido en vano. A veces pensaba que tal vez su idea era una locura, como creían muchos. Su biógrafo piensa que Catalina, su esposa, se sentía "contenta", en secreto, de la situación: "Su entusiasmo inicial se había desvanecido. Como tenía que cuidar dos niños, no tenía ningún deseo de salir al 'campo misionero'. ¡De ninguna manera!"[5] Jones se sentía deprimido. "En una ocasión Clarence estaba muy desanimado, pues necesitaba dinero para los gastos de su familia. Se sentía incapaz y fracasado. Con vergüenza, porque su obsesión por América del Sur lo había hecho pasar por tonto, decidió abandonarlo todo: su obra en el Tabernáculo, el llamado al campo misionero y su familia. Trato de ingresar en la marina de guerra, pero lo rechazaron por falta de una visión 20/20."[6]

Tal vez el sueño de Jones de la radio misionera se hubiera disipado de no haber entrado en su vida una pareja de cristianos devotos poco tiempo después. Rubén y Graciela Larson habían estado en la obra misionera en Ecuador con la Alianza Cristiana y Misionera desde 1924. Durante su licencia de descanso, en 1930, visitaron el Tabernáculo Evangélico de Chicago para presentar su trabajo. Para los Larson, el viaje de Jones a la América del Sur no había sido un fracaso; el sólo había ido a los países que no debía. Había pasado por alto la hermosa tierra del Ecuador; ni siquiera había intentado entrar en ese país. Pero, lo hizo después de conocer a Rubén y a Graciela, quienes serían personas clave para la radio misionera en América del Sur. El trabajo en equipo fue esencial en el establecimiento de la primera emisora misionera del mundo.

Jones solía citar a Jonatan Goforth: "Dios nunca me pidió a mí que realizara un trabajo, pero sí me prometió que enviaría personas para ayudarme a hacerlo." Varios hombres y mujeres contribuyeron con un servicio valioso en la realización de la visión de Jones. La obra de Rubén Larson en la comunicación inicial con los funcionarios gubernamentales ecuatorianos fue indispensable. Mientras Jones levantaba fondos en Estados Unidos, los Larson estaban en el Ecuador haciendo los trámites oficiales del caso.

Aunque los funcionarios ecuatorianos dudaban, al principio, de la conveniencia de una emisora radial protestante, Larson insistió. El 15 de agosto de 1930, este le envió un cablegrama a Jones para pedirle que viniera tan pronto como fuera posible, y le anunciaba que les habían concedido un contrato por veinticinco años. El escribió: "Vimos con claridad la mano de Dios sobre todo el congreso del Ecuador que lo hizo que permitiera en este país católico cerrado un ministerio de radiodifusión evangélica."[7] Pero Jones no había podido quedarse a esperar el mensaje de Larson. Tan ansioso estaba por comenzar su obra que ya iba hacia América del Sur cuando se recibió el cablegrama.

Las semanas siguientes a la llegada de los Jones al Ecuador fueron desanimadoras. Todavía estaba fresca la tinta de sus visas, cuando unos ingenieros y funcionarios del Departamento de Estado de Estados Unidos les dijeron que Ecuador, y especialmente Quito, nunca sería apto para la trasmisión radial. Las montañas y su cercanía a la línea ecuatorial serían obstáculos insuperables. Dice su biógrafo que "aunque parecía irrazonable e ilógico, Clarence estaba completamente seguro de que Quito era el lugar escogido por Dios para trasmitir su voz en América del Sur".[8] Entonces continuó con sus planes y el año siguiente, a pesar de las personas que lo desanimaban, la estación de radio HCJB (Heralding Christ Jesus's Blessings [Proclamando las bendiciones de Cristo Jesús])

ya era una realidad. Su inauguración fue un día histórico. Se trasmitió en vivo el primer programa radial misionero del mundo el Día de Navidad de 1931. El trasmisor de 250 vatios estaba situado en un establo de ovejas en Quito, Ecuador. Clarence tocó el trombón acompañado por música de órgano, y después Rubén predicó en castellano. Se sintonizaron todos los trece radiorreceptores que había en el país y la Voz de los Andes salió al aire.

En los meses siguientes se hizo la inscripción oficial de la Asociación Misionera de Radio Mundial. Las trasmisiones diarias continuaron, pero con períodos de crisis. Las contribuciones decayeron al aumentar la depresión económica en Estados Unidos. En todo el año de 1932, la nueva misión recibió menos de mil dólares. En 1933 se cerró el banco por medio del cual Jones y sus compañeros recibían sus cheques mensuales. El Tabernáculo Evangélico de Chicago, la fuente principal de sustento de la misión, se declaró en bancarrota. El futuro de la nueva estación radial se veía muy negro. De rodillas, en un pequeño cobertizo para guardar herramientas, Jones se pasó todo el día rogando a Dios y pidiéndole su dirección: "¿Vamos a continuar con HCJB, o empacamos y regresamos a nuestro país?"[9]

Aquel fue un día desanimador en la vida de Jones, pero salió del cobertizo con la seguridad de que Dios lo sacaría de la crisis. Esa noche se notaba gran entusiasmo en su voz al hacer la trasmisión radial vespertina. Unos días después se superó la crisis por medio de un préstamo de un amigo y la hipoteca del trasmisor. La misión salió, poco a poco, de su peligrosa situación económica.

Una de las razones de la supervivencia de HCJB fue el creciente reconocimiento del gobierno y del pueblo de Ecuador. Desde el principio, Larson y Jones habían cooperado sin reservas con los funcionarios gubernamentales. Acordaron que los programas no sólo serían religiosos, sino también educativos y culturales. Los programas evangélicos que se trasmitían eran siempre positivos, para no entrar en conflicto con la Iglesia Católica Romana. El patriotismo fue un elemento clave de su filosofía. El presidente del Ecuador estaba invitado siempre a usar la emisora, lo cual hizo con frecuencia, especialmente en los días festivos.

Al tenerse noticias de la emisora radial, el número de radios en Ecuador fue en aumento con rapidez. HCJB, según el biógrafo de Jones, "llegaba a todos los niveles sociales y quitaba las barreras que se oponían al evangelio. Los misioneros, muchos de los cuales se habían opuesto a la idea de la radio cristiana, veían que donde antes los habían perseguido y apedreado en las calles, ahora podían predicar abiertamente. Aun cuando encontraban un aviso en la puerta que decía: 'Los protestantes no son bienvenidos', se podía oír adentro La Voz de los Andes, HCJB. Parecía que todos la escuchaban".[10]

HCJB creció mucho en la década de los treinta. La primera adición de potencia fue un trasmisor de 1.000 vatios que alcanzaba a pasar la frontera del Ecuador. Antes de terminar esa década se instaló un trasmisor de 10.000 vatios. Tal adición le parecía una imposibilidad económica a Jones, quien había regresado a Estados Unidos a recaudar fondos. El esperaba un trasmisor de 5.000 vatios, pero sólo había recibido 3.000 de los 10.000 dólares que necesitaba y su año de viajes estaba terminando. Entonces, poco antes de salir, recibió un extraño telegrama: "Si quiere pasar a verme antes de embarcarse, venga." Tenía el nombre de R. G. LeTourneau. Jones sabía que aquel era un rico industrial que tenía la reputación de donar la mayor parte de sus ganancias a

organizaciones cristianas. La visita de Jones a LeTourneau produjo mucho más de lo que Jones podía haber esperado. La oferta inicial de los 7.000 dólares que faltaban para el trasmisor usado de 5.000 vatios, se cambió al descubrir que ese trasmisor estaba defectuoso. Entonces LeTourneau prometió hacer construir un trasmisor nuevo en su fábrica de Peoría con una potencia de 10.000 vatios.

Fue el Domingo de Resurrección de 1940 cuando el presidente Andrés Córdoba del Ecuador conectó el interruptor de energía para comenzar la radiodifusión con el nuevo trasmisor de 10.000 vatios. Así se transmitiría el evangelio mucho más lejos que antes. Nadie sabía hasta dónde, pero aun los observadores más optimistas quedaron sorprendidos cuando empezaron a llegar cartas de Nueva Zelanda, Japón, India, Alemania y Rusia. Era asombroso que un trasmisor de sólo 10.000 vatios llegara tan lejos, pero los expertos en radio dieron una explicación fácil de entender. Aunque le habían advertido a Jones que no situara la emisora cerca de la línea ecuatorial, después se supo que esa posición era "la mejor para la radiodifusión al norte y al sur" porque la "equidistancia entre los polos magnéticos" hace que "sea el lugar del mundo más libre de disturbios atmosféricos".[11] Otra ventaja era la elevación de las montañas cerca de Quito. La torre de treinta y tres metros colocada sobre una montaña de 3.200 metros de altitud era equivalente casi a una antena de 3.300 metros de altura.

Con el crecimiento de HCJB aumentaba también su buena reputación por la calidad de sus programas. Muchos colaboradores de Jones pensaban que no era fácil trabajar con él. Era un perfeccionista que exigía excelencia en todos los aspectos de la radiodifusión, y algunos lo consideraban "tiránico". La música de fondo y en vivo era de primera clase, y no se admitían excusas para llegar tarde a los ensayos. Aun sus hijos temían su autoridad; en ocasiones los sacaba del programa cuando no tocaban como él quería. Pero las estrictas exigencias del director de la estación radial hizo que cambiara de una empresa con problemas económicos a una emisora profesional que recibía los mayores elogios, aun de los críticos seglares.

De 1950 a 1970 HCJB siguió creciendo y aumentó su potencia a más de 500.000 vatios. Pero las bendiciones de la obra vinieron acompañadas de traumas personales para Jones y su familia. En 1953 un accidente automovilístico puso a Catalina en estado de coma y Clarence sufrió heridas en el rostro. Parecía que ya no podría volver a tocar el trombón. La recuperación fue lenta, pero al terminar el año, ambos habían vuelto a su ministerio. En 1966 murió su hijo único, Ricardo, en otro accidente de tránsito. Este era misionero en Panamá donde vivía con su esposa y sus hijos. En ambos casos, el señor Jones volvió al trabajo con un entusiasmo aun mayor por el evangelismo radial.

En 1981, mientras Jones vivía jubilado en la Florida, HCJB celebró su quincuagésimo aniversario. En ese medio siglo, la Asociación Misionera de Radio Mundial se había convertido en algo más que una emisora radial. En la actualidad incluye dos hospitales, clínicas móviles, una imprenta, una academia del aire, un colegio para los hijos de los misioneros y programas de televisión a colores; todo esto, además de la radiodifusión sin interrupciones, desde Quito, en quince idiomas. También cuenta con dos emisoras afiliadas, una en Panamá y la otra en Texas.

Juan Broger

Cuando R. G. LeTourneau se reunió con Clarence Jones y le ofreció ayuda económica, lo estimuló a que extendiera su ministerio con



Clarence Jones con su Esposa Evelina

una emisora en las Filipinas, que sirviera para la evangelización de los millones de habitantes del Oriente y de las Islas del Pacífico. Jones no lo hizo, pues sabía que su obra en América del Sur ya era, de por sí, una gran responsabilidad. Además de LeTourneau, había otros interesados en llegar al Lejano Oriente mediante la radio. La Segunda Guerra Mundial impidió la rápida realización de tal proyecto. Al terminar la guerra, la visión latente de tres hombres de llevar el evangelio por radio al Lejano Oriente se hizo realidad. Juan Broger, un joven oficial estadounidense que servía en la Flota Naval 38 en el Pacífico, volvió a su patria con más entusiasmo que nunca por la radio misionera; sus dos amigos, Roberto Bowman, conocido locutor de una emisora cristiana de Los Angeles y William Roberts, un pastor de Los Angeles, quien tenía su propio programa radial diario, convinieron con gusto en acompañarlo en su empresa.

Después de varias semanas de preparación y oración, los tres hombres decidieron poner en fondo común sus recursos económicos, un total de unos 1.000 dólares, para formar una empresa no lucrativa. Se completó la documentación en diciembre de 1946; todo lo que les faltaba era recaudar 100.000 dólares. Durante los primeros tres meses de anuncios sobre la empresa, recibieron donativos por unos 10.000 dólares. Con ese alentador comienzo, se decidió que Broger volviera al Lejano Oriente a poner las bases del ministerio que se habían propuesto ellos.

Broger llegó primero a Shanghai, que le parecía una situación clave para ubicar un trasmisor que no sólo alcanzara a China sino también a Corea en el norte, a Japón a través del mar de la China, y también a Indochina y a las islas en el sur. Después de varias semanas de negociaciones, se desvanecieron las esperanzas de Broger de conseguir el permiso del desorganizado gobierno nacionalista. Iba de oficina en oficina, pero nadie le expedía una licencia certificada. Lo más que consiguió fue un compromiso verbal para considerar una estación de 500 vatios. Aunque las negociaciones eran desanimadoras, Broger continuó con sus planes de radiodifusión, con la ayuda de cristianos chinos, y

solicitó la licencia oficial.

Después de seis meses de infructuosos esfuerzos con los funcionarios chinos, Broger se fue a Manila para explorar la posibilidad de establecer una emisora en las Filipinas. Allí los funcionarios gubernamentales colaboraron mucho más. Sin embargo, había otros obstáculos. La inflación de la posguerra había puesto por las nubes los precios de los terrenos. El costo de la vida era astronómico. Para empeorar las cosas, la recaudación de fondos en Estados Unidos avanzaba muy lentamente; el dinero que recibían se usaba en la compra y ensamblaje de los equipos. La situación era desalentadora; pero Broger, con gran decisión, prosiguió los trámites con el gobierno y solicitó la licencia.

Al principio denegaron la solicitud porque Broger no pudo informar sobre el financiamiento de la emisora, su ubicación y la potencia que necesitaría; en otra entrevista, Broger explicó a los funcionarios gubernamentales que la misión dependía de Dios para el sustento económico. Por eso no podía responder las preguntas sobre la financiación y el lugar hasta cuando Dios proveyera. Esta respuesta asombró a los funcionarios, pero al mismo tiempo pareció causar una buena impresión. En cuanto a la potencia, Broger solicitó, con vacilación, 10.000 vatios, pero para sorpresa suya, cuando le devolvieron la solicitud aprobada, habían tachado la cantidad y le habían escrito encima "potencia ilimitada".

El problema del terreno era un asunto difícil. No había nada que valiera la pena por menos de 40.000 dólares. Broger sabía que sus colegas en Estados Unidos nunca podrían recaudar tanto dinero. Durante varias semanas siguió buscando, pero no halló nada que la misión pudiera pagar. Broger escribió a la oficina de la misión: "Entonces Dios comenzó a obrar." Dos negociantes cristianos de Manila le ofrecieron un lote de unas cinco hectáreas en un lugar ideal. El valor era de 50.000 dólares, pero se lo dejaban en 20.000. Broger les dio, como arras, los últimos 50 dólares que le quedaban. Entonces se fue a Estados Unidos con objeto de recaudar el dinero para la Compañía de Radiodifusión al Lejano Oriente, recién organizada. Después regresó con el personal y el equipo.

Manila había sido la segunda opción para el establecimiento de la primera emisora misionera en el Oriente. Resultó una opción mucho mejor de lo que hubiera sido Shanghai. Tanto Broger como los analistas políticos habían subestimado la fuerza de las guerrillas de Mao Tse Tung. Si el gobierno nacionalista le hubiera otorgado a Broger la licencia, y la emisora hubiera quedado en Shanghai, su eficacia en la propagación del evangelio hubiera tenido poca duración; en 1950, tal emisora hubiera estado trasmitiendo propaganda comunista.

La construcción del primer trasmisor de la CRLO comenzó a fines de 1946. Tendrían que comenzar la radiodifusión en abril de 1948, por orden oficial. La obra de limpieza del terreno, la perforación de un pozo y la construcción de los edificios era bastante complicada, pues casi no se podían conseguir los costosos materiales. En Estados Unidos, Broger y otros se dedicaban a la recaudación de fondos y a la preparación de las toneladas de materiales que tenían que embarcar para Manila a tiempo para cumplir con la fecha límite. Había muchas demoras y se les acababa el tiempo. Al fin, en febrero de 1948, sólo siete semanas antes de la fecha límite, salieron del puerto de San Francisco, hacia Manila, nueve misioneros, sus familias y cincuenta y dos toneladas cúbicas de materiales.

Cuando Broger y sus acompañantes llegaron a Manila, era claro que no podrían

cumplir con la fecha límite. Les dieron una extensión da siete semanas, pero otros problemas causaron más demoras y parecía imposible que se terminara a tiempo. El gobierno no les dio más extensiones. Entonces, tres días antes de la fecha, surgieron problemas inesperados en el trasmisor. Se perdió tiempo precioso y no se pudieron hacer las pruebas programadas. El día del vencimiento del plazo, con cables de alta tensión por todos lados y los hombres trabajando con el agua a los tobillos debido a las fuertes lluvias, fue una carrera contra reloj de vida o muerte. Broger corrió al centro de la ciudad, al edificio del gobierno, a hacer una última petición de extensión, pero no tuvo éxito.

La situación era desesperada, como lo relata Gleason Ledyard: "Conduciendo velozmente el automóvil por las calles y casi chocando con las carretillas en los caminos, Broger trataba de ahorrar tiempo entre las obstrucciones del tránsito. Al fin, poco antes de las 6:00 PM. aceleró, camino arriba . . . y frenó en seco frente al edificio de la planta trasmisora. '¡Vamos a hacer las pruebas durante la trasmisión!' — gritó al tomar sus notas del programa —", y entonces "mientras todo el personal comenzó a cantar el gran himno 'Loores dad a Cristo el rey, suprema potestad; de su divino amor la ley, postrados aceptad', Juan le dio la señal a Ricardo para que conectara el interruptor de corriente. Así empezó a funcionar el primero de los trasmisores de la Compañía de Radiodifusión al Lejano Oriente a las 6:00 PM. del 4 de junio de 1948, y las palabras de ese majestuoso himno surcaron las ondas aéreas del Oriente".[12]

Aunque las primeras trasmisiones algunas veces ni siquiera cubrían toda la ciudad de Manila, debido a un deficiente sistema de antenas, hubo resultados casi inmediatos de todos los sacrificios realizados. Un barbero, que no era cristiano, tenía el radio sintonizado en la nueva emisora y uno de sus clientes, un ateo declarado, se convirtió; poco después, el barbero y otros clientes se convirtieron por el testimonio del ateo convertido. En otro caso, un hombre que había robado un radio se convirtió al escuchar el programa evangélico; como resultado les devolvió a sus respectivos dueños el receptor y muchas otras cosas que había robado.

Aunque los misioneros estaban muy entusiasmados con tales victorias espirituales, también estaban insatisfechos con el alcance de la emisora. Su situación económica no les permitía conseguir un trasmisor más potente, ni tampoco reemplazar el poste de teléfono con una torre. Circuló la noticia de esa necesidad, y una compañía comercial de radiodifusión llamó a la c .o y les ofreció una torre de 100 metros que habían comprado como sobrante de guerra. Aunque otra torre igual hubiera costado 25.000 dólares, Bowman, que estaba a cargo de la planta de Manila en ese momento, con vergüenza ofreció por ella todo lo que había en la cuenta de la sano: 300 dólares. Al día siguiente supo con alegría que habían aceptado su oferta.

La eficacia de la CRLO se debió, en gran parte, a la buena voluntad de técnicos capacitados que se dedicaron a esa obra, ya fuera por poco tiempo o por toda la vida. Tales hombres consagrados construyeron en el sitio de Manila un trasmisor de 6.000 vatios que hacía mucha falta. También hubo mujeres que contribuyeron mucho al ministerio de CRLO. Gilberta Walton, ingeniera con años de experiencia en la radiodifusión, sirvió con mucha dedicación en la dirección de programas de CRLO. Janie Reames, una excelente piloto, voló en su avioneta Piper Cub a zonas remotas para entregar radiorreceptores (que llamaban MP, esto es, "misioneros portátiles") y para animar a las personas a organizar clubes de radioescuchas.

Al crecer la estación DZAS en Manila y con la construcción de otras estaciones de CRLO en Okinawa y otros lugares del Lejano Oriente, llegaban cartas que daban

indicios del numeroso público que escuchaba CRLO. Muchas personas que escribían manifestaban su interés en "el Instituto Bíblico del Aire". Después de dos años de iniciado ese ministerio, se habían solicitado más de 12.000 cursos. Pero la gran popularidad de CRLO creó problemas. Los gobiernos comunistas de Rusia y China comenzaron a poner interferencias a las trasmisiones para impedir que sus ciudadanos escucharan los programas. Esta interferencia de ondas causó tal frustración que la administración de CRLO decidió suspender la programación en ruso y aumentar las trasmisiones dirigidas a China, donde la interferencia no era tan fuerte. Sin embargo, estos planes no se realizaron, pues un misionero de CRLO se encontró con un emigrante ruso que le manifestó su aprecio por la programación que había escuchado en Rusia, en casa de un amigo: "Hemos estado escuchándolos durante años. Han sido ustedes el único contacto que hemos tenido con cristianos del exterior. . . Ibamos a su casa a medianoche, dos o tres a la vez para no despertar sospechas. Nos sentábamos en el piso con la cabeza cubierta con una sábana. Dividíamos los audífonos para que varios pudieran escuchar al mismo tiempo. . . Esa interferencia casi nos vuelve locos. Pero, saben ustedes... ¡valía la pena si lográbamos escuchar una sola palabra, el nombre de Jesús o un versículo de la Biblia!"[13]

Después de catorce años de servicio, Juan Broger salió del ministerio de CRLO por petición del jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos a fin de que se reintegrara al servicio militar como consultor. Al salir Broger, Roberto Bowman quedó como presidente y, bajo su dirección, la CRLO se ha extendido mucho. En 1970 tenían veintiuna emisoras que iban desde los 1.000 hasta los 250.000 vatios, las cuales trasmitían en conjunto casi 1.400 horas de programación a la semana en más de 40 idiomas. Desde entonces se han instalado más trasmisores gigantes de onda corta y de onda media en lugares clave. Tienen una emisora en San Francisco dirigida a América Latina, una en Iba, Filipinas, y otra en Corea del Sur. En la actualidad, China y la Unión Soviética todavía son el objetivo principal; y desde 1979, cuando China abrió sus puertas al Oeste, más de 10.000 cartas han llegado en un período de doce meses, de China solamente, de personas que no eran cristianas, pero estaban interesadas en saber más del mensaje del evangelio.

Pablo Freed

De todas las organizaciones de radiodifusión misionera, la mayor y con más diversidad geográfica es Radio Transmundial. Fue fundada en 1954. En la actualidad RT tiene una potencia global de más de 5.000.000 de vatios y puede alcanzar un 80% de la población del mundo. Desde Monte Carlo, Bonaire, Suazilandia, Chipre, Sri Lanka y Guam, sus gigantescos trasmisores emiten programas cristianos en más de 80 idiomas y dialectos diferentes. El origen y desarrollo de esa poderosa fuerza a favor del evangelismo durante las últimas décadas es la conmovedora historia de las pruebas y triunfos de Rafael y Pablo Freed, padre e hijo piadosos que trabajaron en equipo.

Pablo Freed, fundador de RT, creció en el Medio Oriente. Sus padres eran misioneros. Su padre, Rafael, había sido un gerente comercial que estaba progresando en su compañía cuando recibió el llamado de Dios a las misiones. Después de estudiar en el Instituto para la Preparación de Misioneros, en Nyack, Nueva York, lo enviaron con su familia a Palestina a servir bajo la Alianza Cristiana y Misionera. Los años de formación de Pablo en el campo misionero fueron felices, aunque él, como muchos otros hijos de misioneros, aprendió que la separación de los padres era dolorosa. A los once años de

edad lo enviaron a estudiar. Tuvo que vivir con dos misioneras jóvenes, sin preparación para manejar a un joven rebelde con deseos de volver a casa. Tanto ellas como Pablo se sentían infelices en tal situación. Después de un tiempo, Pablo volvió a vivir con sus padres, pero al año siguiente lo enviaron a vivir con una familia en una casa de la misión, fuera de Jerusalén. Allí también se educaban otros niños. Otra vez sintió la nostalgia de su hogar y, a los trece años de edad, Pablo se sintió tan desesperado que una noche, cuando todos estaban dormidos, escribió una nota para explicar lo que hacía, se escapó de la casa y se fue a buscar a su familia: "Después de enviar un cable a mi padre para que fuera a encontrarme en Tiberíades, Galilea, encontré un vehículo público que iba hacia el norte. Me fui pensando por todo el camino cuál sería su reacción, pero mi corazón saltó de alegría, cuando vi su amado rostro entre la multitud al entrar en el centro de Tiberíades."'[14] Aunque regañaron a Pablo por lo que había hecho, le permitieron que se quedara en casa con la condición de que estudiara mucho. Ese fue un buen estímulo y, durante el año siguiente, terminó el primer año de secundaria solo. Cuando sus padres volvieron a Estados Unidos, un año después, él estaba listo para entrar al segundo año de secundaria en la Academia Wheaton.

Pablo estudió otros dos años de secundaria en Beirut, Líbano, y después volvió a Estados Unidos a la Universidad de Wheaton, donde se graduó en antropología. De Wheaton pasó a la Universidad Misionera de Nyack. Allí estudió con grandes predicadores y misioneros, entre otros Clarence Jones, fundador de HCJB, de Quito, Ecuador.

Después de su preparación en Nyack, Pablo comenzó a trabajar con Juventud para Cristo bajo la dirección de Torrey Johnson. Fue por medio de este ministerio, mientras estaba en Europa con objeto de asistir a una conferencia de JPC, que visitó España y sintió un gran interés en la obra misionera en ese país. Las misiones evangélicas habían pasado por alto, casi por completo, la obra en España; esa tarea parecía enorme. Aunque Pablo no tenía experiencia en la radiodifusión, a él le pareció que ese era el medio que ofrecía la única esperanza de llegar a España con el evangelio. A su regreso de Europa, dejó el ministerio de JPC y viajó como evangelista; presentó las necesidades de la obra en España, pero las iglesias que visitó no respondieron favorablemente.

En 1951 Pablo, su esposa Betty, y otro amigo viajaron a España a investigar la posibilidad de establecer una emisora. Aunque Pablo no había considerado ningún otro lugar fuera de España, pronto pareció que Tánger, en el norte de África, a unos cuarenta kilómetros de España, a través del estrecho de Gibraltar, sería el lugar ideal. Allí pudieron comprar, por una fracción de su valor, una escuela misionera abandonada que serviría para instalar la estación radial.

Los Freed regresaron a Estados Unidos entusiasmados con su nueva empresa y decididos a informar a los cristianos de la necesidad de ella. Con este propósito, produjeron una película a todo color: *Banderilla*, que presentaba de modo dramático a los españoles tal como estaban, sin un testimonio evangélico eficaz. Luego, sin percibir salario ni promesas de sustento, Pablo, Betty Jane y sus dos niños, comenzaron una dura gira por las iglesias; viajaron unos 17.000 km por Estados Unidos y Canadá para poner el fundamento de su futuro ministerio. Aunque la experiencia del viaje valió la pena, en muchos sentidos el itinerario intenso y las críticas que recibieron les agotaron las energías: "Muchas veces nos sentimos tentados a darnos por vencidos. Era una lucha tan grande ... casi más de lo que podíamos soportar . . . cuando ya nos sentíamos algo seguros y fuertes, de pronto nos veíamos sepultados por una avalancha de críticas.[15] Las

críticas venían de todos partes. El hecho de que el ministerio que se proponían no estaba definido con claridad, ni asociado con una misión establecida preocupaba a algunas personas. Otros ridiculizaron la falta de conocimiento de Pablo en el campo de la radio. Aun otros creían que ya había suficientes emisoras misioneras y que no había necesidad de otra.

A pesar de las críticas y del desánimo, Pablo siguió adelante con sus planes. En febrero de 1952 fundó Radio Transmundial. Al año siguiente salió para Tánger a construir la estación radial. No tenía el apoyo económico ni de oración de muchos, pero empezó con la venta de su casa y su automóvil. En Tánger hizo arreglos con otra radiodifusora para que le alquilaran sus trasmisores y antenas a fin de radiar programas con su licencia. Después de resolver ese asunto, el paso siguiente era conseguir un director para la emisora que fuera "el mejor hombre posible". Ese era su propio padre, misionero experimentado, quien en ese entonces enseñaba en el Instituto Bíblico del Occidente de Canadá. Cuando telefoneó a su padre, supo que tres días antes había aceptado la rectoría de su institución. Pablo estaba muy preocupado. "No sabía qué decir. No le podía ofrecer nada semejante a la seguridad económica y al prestigio del instituto."[16] Sin embargo, pocos días después su padre lo llamó para decirle que aceptaba el puesto.

Aunque Pablo había estado orando que su padre tomara tal decisión, se sintió asombrado por su sacrificio: "Mi papá tenía entonces sesenta y un años de edad y ya había realizado un extenso ministerio en el Medio Oriente. Dios lo había llamado, ungido y usado en su obra. Ahora, al regresar a su patria tenía el honor de ser rector de un instituto bíblico. Eso parecía lo apropiado como la cumbre y el premio a sus grandes esfuerzos en el campo misionero. Pero lo dejó todo para comenzar de nuevo y ayudarme en esta nueva empresa.[17]

En enero de 1954 Rafael y Mildred Freed salieron para Tánger a comenzar su segunda carrera como misioneros. Esta vez no tenían el apoyo económico de la Alianza Cristiana y Misionera, sino que iban sólo por fe en la provisión de Dios y en la capacidad de su hijo para recaudar fondos. Con un trasmisor de 2.500 vatios, sobrante de guerra, Rafael pronto tenía a RT en el aire; pero la obra de apoyo en Estados Unidos avanzaba muy lentamente. Pablo viajaba por el país y hablaba donde podía, pero el dinero aumentaba muy despacio. Se estaban acumulando las cuentas que pagar, lo cual creaba una situación intolerable para Rafael y Mildred. Pablo dijo: "La presión llegó a ser tan fuerte que mi padre me envió un cable, el cual recibí en Greensboro, sólo tres meses después de haber llegado ellos a Tánger, en el cual me decía: 'Pablo, si esta semana no recibimos alguna ayuda real y alentadora, ya he decidido dejar el asunto de la radiodifusión y regresar a casa.' "[18]

Ese fue un mensaje desgarrador. Si sus padres salían entonces, él tendría que abandonar todo el proyecto. Sin ellos, en aquella situación crítica, sería imposible continuar. Entonces el sábado de la semana cuando recibió el cable de su padre, habló Pablo con un pastor que conocía a sus padres. En esa visita, el pastor reveló que su iglesia tenía planes de encargarse del sustento de sus padres. Esa fue una noticia gloriosa que llegó apenas a tiempo para evitar el desmantelamiento de la RT en su infancia.

Esa promesa de ayuda fue un punto decisivo para RT. Llegó más dinero, y los individuos y las iglesias de Estados Unidos y Europa mostraron más interés. En 1959, después de cinco años de radiodifusión, el personal en Tánger se había incrementado de 2

a 25 empleados. "La Voz de Tánger" se escuchaba por toda Europa, África del Norte, el Medio Oriente y detrás de la Cortina de Hierro. En esta misma época se desarrollaba otra crisis. Casi sin previo aviso, Marruecos ganó la independencia y en el cambio político, el gobierno anunció que todas las emisoras radiales del país serían nacionalizadas para fines de 1959. Pablo recordaba después: "La situación se puso tan negra como la medianoche. Mi padre leyó la notificación oficial el miércoles por la tarde en el grupo de oración. Era un golpe muy fuerte.[19]

Aunque la noticia era devastadora, la decisión oficial no encontró a los Freed desprevenidos. En 1957 habían ido a Mónaco a investigar lo que parecía una remota posibilidad de establecerse en Monte Carlo. El costo era mucho mayor, pero estar ubicados en el continente europeo presentaba sus ventajas. La oportunidad de extender la potencia de trasmisión era aun mayor. Entonces en la primavera de 1959, Pablo y su padre hicieron trámites serios con funcionarios de Monte Carlo. En 1960, después de nueve meses de receso, RT estaba otra vez en el aire, esta vez con una potencia de 10.000 vatios.

La transición de Tánger a Monte Carlo, no obstante, tuvo también algunos inconvenientes. Las exigencias económicas del nuevo trato eran enormes para los Freed, quienes habían ido aumentando poco a poco su presupuesto inicial de 10.000 dólares. Las nuevas instalaciones y el trasmisor demandaban grandes cantidades de dinero. Debían durante el primer año dar una cuota inicial de cerca de 500.000 dólares en seis pagos de 83.000 dólares. Proeza que requeriría una serie de seis milagros para poder realizarse — razonaba interiormente Pablo — ; y eso fue exactamente lo que sucedió.

Un grupo de comerciantes noruegos hizo el primer pago de inmediato y de sorpresa. El segundo pago "parecía aun más imposible que el primero". El día del vencimiento les faltaban todavía 13.000 dólares. Aquella mañana recibieron un cheque por 5.000 dólares en la oficina, pero nada más. Pablo salió para el banco, sin los 8.000 restantes y preocupado por los recargos que le impondrían por dejar de hacer un pago. Antes de llegar al banco, se encontró con un empleado suyo que acababa de recoger en el correo una entrega inesperada de cartas. Allí había 5.000 dólares más. Todavía faltaban 3.000 cuando Pablo entró a la oficina del gerente del banco. Mientras estaba allí, tratando de resolver el problema del pago, llegó un telegrama de trasmisión de fondos por 3.000 dólares a la cuenta de RT.

El tercer pago fue otra historia milagrosa. Otra vez les faltaban 1.500 dólares en la fecha de pago. Ya habían abierto la correspondencia y no había más dinero. Unos creyentes alemanes habían dado gran parte del dinero. Otro examen del precio del cambio monetario del mercado mundial mostraba un aumento del valor del marco alemán, lo cual aumentaba en 1.500 dólares el total del cálculo hecho el día anterior. Los otros tres pagos también causaron mucha tensión nerviosa, pero en cada oportunidad estos se hicieron a tiempo y sin tener que pagar recargos.

En octubre de 1960, trece meses después de firmar el contrato con los funcionarios de Mónaco, RT de Monte Carlo salió al aire. Sólo durante el primer año se recibieron unas 18.000 cartas de radioescuchas que pedían orientación espiritual. Otros enviaban contribuciones de dinero. En 1965 la mitad del sustento de RT era aportada por los europeos mismos.

Las trasmisiones dirigidas a Europa y a los países de la zona del Mediterráneo requerían una programación en unos veinticuatro idiomas. Eso no significa que tenían que tener especialistas en todos esos idiomas en Monte Carlo. Para tener variedad en los programas, RT los producía en el mismo país al que iban dirigidos. Esto les daba la

oportunidad a los líderes evangélicos de presentar el evangelio a su propio pueblo.

Para producir bien estos programas, se necesitaban directores competentes en cada país. RT tuvo la fortuna de hallar hombres tales como Horst Marquardt, quien dirigió la sucursal alemana de la obra. Después de la Segunda Guerra Mundial, Marquardt vivió en Alemania Oriental, la zona de ocupación soviética. Estudió el marxismo con ahínco, ingresó en el partido comunista y después se unió al personal de la Emisora Radial de Berlín Oriental. Allí preparó propaganda comunista y programas para los jóvenes. Después de un tiempo, se desengañó del comunismo, comenzó a estudiar la Biblia y se convirtió. En 1960, después de conocer a Rafael Freed, pasó a trabajar con RT y se encargó de la obra en alemán.

El éxito de la estación de radio, por la cual había trabajado tan duro Pablo Freed, se manifestaba en los centenares de cartas que llegaban cada mes, en los milagros económicos y en la devoción y el talento de los colaboradores. Pero el esfuerzo físico y mental afectó su salud. En 1961, a la edad de cuarenta y dos años, sufrió un ataque cardiaco, después de un partido de tenis muy reñido. Estuvo hospitalizado durante un mes, pero aun así estaba haciendo planes para un esfuerzo mayor y más eficaz de Radio Transmundial.

En 1962, después de varios meses de descanso, Pablo visitó Puerto Rico para ver la posibilidad de establecer una sucursal en el Caribe. Los expertos europeos le habían aconsejado que se necesitaba otra emisora, con preferencia en el Caribe, para que RT alcanzara sus objetivos con mayor eficacia. En Puerto Rico supo que las disposiciones oficiales limitaban la radiodifusión a dos frecuencias a la vez.

Esta restricción de la radio internacional sería, según sus propia! palabras, "como tener atados los pies y las manos durante una carrera por campo abierto". Después de su visita a Puerto Rico, Pablo habló con funcionario! de los Países Bajos sobre la posibilidad de edificar una estación en las Antillas Holandesas. Estos funcionarios se entusiasmaron tanto con el proyecto que Pablo volvió otra vez al Caribe y, dos semanas después de su llegada, le dieron permiso para establecer una estación superpotente de 500.000 vatios. Pablo escribió: "Nunca antes en la historia de la radiodifusión se ha dado tal permiso a un grupo privado de ninguna clase. Esto nos capacitaría para llegar a millones de personas del interior de muchos países, los cuales no escucharían nunca el mensaje de no ser por este medio."[20]

Para el sitio de la nueva estación se escogió a Bonaire, una isla coralina de unos 256 kilómetros cuadrados de superficie. Según Pablo, era un lugar ideal: "...descubrimos que técnicamente no podría haber un lugar mejor en el mundo. Bonaire está formada mayormente por bancos de sal y, está además rodeada de agua salada. Ello produce una gran conductividad, pues la sal húmeda es el mejor conductor después de los metales."[21] otra gran ventaja de Bonaire fue la recepción amistosa de los funcionarios gubernamentales, los cuales le otorgaron a RT dos valiosas parcelas de terreno y se comprometieron a pavimentar las carreteras, limpiar los terrenos e instalar las líneas de teléfono, sin costo alguno para RT. Ya en el verano de 1964 gran parte de la construcción estaba terminada y comenzó RT a trasmitir desde el hemisferio occidental.

Desde la instalación de la emisora en Bonaire, se han añadido cuatro estaciones radiales más al ministerio global de RT. El personal de la misión se ha incrementado a más 400 empleados. El interés inicial de Pablo Freed de alcanzar a España con el evangelio se ha convertido en un interés por alcanzar a todo el mundo.

Pedro Deyneka

Para cualquier estación de radio, la programación es como la sangre para la vida; pues sin programas eficaces, las antenas de alta potencia son de poco valor. La tarea de la producción de programas de calidad, sin embargo, es enorme; en especial para misiones como la Asociación Misionera de Radio Mundial, la Compañía de Radiodifusión al Lejano Oriente y Radio Transmundial, que trasmiten en docenas de idiomas. Por eso la mayoría de tales misiones dependen mucho de que individuos y otras misiones las ayuden en la programación. Tal es el caso de Pedro Deyneka y la Asociación Evangélica Eslava. Aunque no tiene una emisora propia, la AEE da prioridad a la radiodifusión y produce programas que se trasmiten por emisoras misioneras a todo el mundo. Pedro Deyneka, fundador de la misión, depende mucho de la radiodifusión para llegar con el evangelio a su propia gente, que vive detrás de la Cortina de Hierro.

Pedro Deyneka tenía dieciséis años de edad y estaba solo cuando bajó del tren, en la Estación Unión de Chicago, en la primavera de 1914, para comenzar su vida en Estados Unidos. Como muchos otros jóvenes rusos, había emigrado al nuevo mundo con el propósito de ganar bastante dinero para sacar a su familia de las deudas. Por eso lo primero que quería hacer era hallar un empleo.

Aunque Pedro había aprendido desde su niñez a reverenciar al zar y se había criado en la Iglesia Ortodoxa Rusa, en Chicago conoció a otros obreros rusos que rechazaban las disposiciones agrarias zaristas. Estos también profesaban el ateísmo como su filosofía. Pedro empezó a asistir a las reuniones de TIM (Trabajadores Internacionales del Mundo) y, poco después, también se hizo ateo. En esa época entró en contacto con el cristianismo evangélico, primero en una reunión en la calle, luego en una campaña de Billy Sunday, y finalmente en la Iglesia Conmemorativa de Moody, donde se convirtió bajo el ministerio de Pablo Arder.

Después de su conversión, Pedro estuvo activo en esa misma iglesia y luego fue al Instituto Bíblico de San Pablo, en la ciudad del mismo nombre, en el estado de Minnesota. Ejercitaba constantemente su habilidad en el evangelismo. Después de su graduación trabajó Pedro entre los inmigrantes rusos y europeos de las Dakotas y de Montana. Tenía muchos deseos de volver a Rusia a ministrar a su familia. Durante los años después de la Revolución Rusa, de 1918 a 1922, Pedro no había recibido cartas de su familia. Sin embargo, estaba bien informado de la devastadora hambre que asolaba campos y ciudades. Las primeras noticias de su familia llegaron cuando había vuelto a Chicago a trabajar con Pablo Radar. Tres hermanos y dos hermanas suyas habían muerto de hambre o de otras enfermedades provocadas por la desnutrición. Las noticias eran casi insoportables. A Pedro lo consumía el anhelo de llevar el evangelio a los miembros de su familia que quedaban, antes de que perecieran también. Aunque él compartía su fe mediante cartas y folletos evangélicos, quería visitarlos. En 1925 se le presentó esa oportunidad gracias a la ayuda económica de sus amigos.

A su llegada a la aldeíta donde había nacido y crecido, encontró más tristeza que alegría. Su madre lo recibió con lágrimas y le dijo que su padre había muerto, solo cinco semanas antes, sin perder nunca la esperanza de volver a reunirse con su hijo. Esa noticia sólo aumentó el deseo de Pedro por presentar el evangelio a su madre y a su hermano. A ellos los preocupaba el cambio que veían en Pedro, y se avergonzaban de su entusiasmo por la evangelización de los vecinos y de cualquiera que quisiera escuchar.

Pedro pasó varios meses más predicando al pueblo ruso, al cual halló deseoso de

recibir la Palabra de Dios. En una ocasión, cuando terminó un sermón de dos horas, la gente se quejó de que habían venido de demasiado lejos para un mensaje tan corto. Dondequiera que fuera encontraba gente que pedía Biblias; ofrecían trigo y, en algunos casos, ganado a cambio de una Biblia. Pedro se sentía dominado por el interés espiritual de su pueblo. Cuando regresó a Estados Unidos, llevó consigo a un evangelista ruso. Juntos visitaron iglesias para recaudar fondos para enviar Biblias a Rusia.

Al mismo tiempo que Pedro viajaba por Estados Unidos para presentar las necesidades de la gente de Rusia, el evangelio se propagaba con éxito en su patria. Como observó después: "El progreso maravilloso del evangelio en mi país, durante los años de 1924 a 1930, produjo una reforma evangélica nacional. Todas las clases sociales del pueblo ruso, incluso el clero, de todas las nacionalidades, tribus y ocupaciones, fueron alcanzadas por este vasto avivamiento. Esa fue una respuesta a la oración, un milagro que ocurrió en una época, tras el triunfo de la revolución, en la cual el ateísmo tenía el control oficial del gobierno."[22] Pero el ambiente político ruso sufría rápidos cambios. La visita de Pedro a Rusia en 1930 fue la última oportunidad que tuvo para viajar libremente y predicarle el evangelio a su gente.

De regreso a Estados Unidos, Pedro se asoció de nuevo con Pablo Radar. Esta vez fue el secretario de la obra rusa para la misión de Radar llamada Mensajeros Cristianos a Todo el Mundo (MCTM). Esa organización promovía los estudios bíblicos entre los vecinos, para el evangelismo. Ese fue un período importante de la vida de Pedro. El entusiasmo de Radar por la radiodifusión se le pegó a él, como había sucedido también a Clarence Jones, unos años antes. Pedro, en su trabajo con MCTM, veía la necesidad de una organización que se dedicara exclusivamente a la evangelización de la gente que vivía detrás de la Cortina de Hierro.

En 1933 unos líderes evangélicos, que conocían el interés de Pedro por Europa Oriental, lo invitaron a hacer una gira por esa región del mundo. Al regresar del segundo de tales viajes, en 1934, él y un grupo de patrocinadores que compartían su interés formaron la Asociación Evangélica Eslava. Así comenzó ese ministerio mundial a los pueblos eslavos, no sólo en la Europa Oriental, sino también en países como Argentina y Uruguay, donde se habían establecido un gran número de europeos orientales. Como las barreras políticas impedían que la mayoría de los pueblos eslavos escucharan con libertad el evangelio, muy pronto surgió la radiodifusión como uno de los principales medios de evangelización. Le había causado mucha alegría a Pedro la reacción a su primer mensaje radial al pueblo ruso, trasmitido por onda corta a través de HCJB, de Quito, Ecuador, en 1941. Clarence Jones se había encargado personalmente de hacer los arreglos para la trasmisión de ese histórico mensaje. Desde entonces la Asociación Evangélica Eslava ha estado ligada a la radio. En 1953 la hija mayor de Pedro, Rut, y su esposo se asociaron con HCJB, y desde entonces se han consagrado enteramente al ministerio radial en favor del pueblo ruso.

Al crecer la AEE, también aumentó su participación en la programación radial. Tan pronto como Pablo Freed estableció su emisora en Tánger, Pedro amplió la programación a los países eslavos. También utilizó los servicios de la Compañía de Radiodifusión al Lejano Oriente y de otras emisoras cristianas. En la década de los sesenta se trasmitían unos 600 programas mensuales de la AEE a Rusia solamente. Esto incluía el Instituto Bíblico del Aire, llamado después Seminario del Aire, que ayudó a satisfacer la necesidad ocasionada por la falta de institutos bíblicos y seminarios en ese país.

Aunque Pedro Deyneka y la AEE realizan muchas otras actividades, la radio ha sido uno de sus ministerios más fructíferos y satisfactorios. Cuando se le permitía a Pedro viajar por Rusia, encontraba centenares de personas que no sabían cómo agradecerle suficiente mente por los programas. Un pastor laico le rogó que lo disculpan por haber copiado los bosquejos de los sermones para sus propio mensajes, pues no tenía otras ayudas para su estudio. Otro joven ruso, llamado Boris, que era radiotécnico, nunca había conocido ningún cristiano, ni oído el evangelio, hasta el momento en qua sintonizó un programa de la AEE mientras reparaba un radio. Comenzó a escuchar con regularidad y se convirtió. Hoy día, luego di haber pasado tres años sintonizando el Seminario del Aire, ha llegada a ser pastor laico.

En 1980 la AEE, bajo la dirección de Pedro Deyneka hijo, tenía más de 50 misioneros radiales que predicaban el evangelio desde 9 estaciones. Se trata este de un esfuerzo por alcanzar con el evangelio al pueblo soviético que, aunque carece de Biblias, de auxiliares pare el estudio, y de ministros o pastores evangélicos, tiene acceso a más de 40.000.000 radiorreceptores de onda corta. Nunca se sabrá cuántas personas hay que, por temor a las consecuencias políticas, escuchar en secreto. Pero la oportunidad de escuchar el evangelio está a das posición de todos.

Joy Ridderhof

Aunque la radio ha sido importante en el evangelismo mundial, también tiene sus limitaciones obvias. La radio no puede llegar a tribus remotas, cuyo idioma nunca ha sido aprendido por creyentes capaces de presentar el mensaje mediante ese medio de comunicación. Aunque se conociera el idioma, el costo sería muy elevado para desarrollar programas para tribus pequeñas y aisladas. Si la radio no era práctica para llegar a tales personas, ¿por cuál medio se podrían evangelizar? Los traductores de la Biblia y los evangelistas misioneros, aunque en número limitado, han hecho todo lo posible. Sólo el aprendizaje del idioma es un proceso tedioso y lento. El dar una forma escrita a ese idioma y el enseñar a la gente de la tribu a leer requiere muchos años más de trabajo. Entonces, ¿cómo se podría dar a las tribus más aisladas del mundo la oportunidad de oír el evangelio? El concepto de cómo realizar tal tarea hubiera sido rechazado por nuestro entendimiento si se hubiera presentado todo de una vez. Para Joy Ridderhof, quien llevó tal imposibilidad a la realidad, el concepto se desarrolló en etapas progresivas. Su idea inicial de usar discos para la evangelización tenía el propósito de alcanzar sólo a un pequeña tribu de Honduras, no a todo el planeta.

A principios de la década de los treinta, Joy salió de Estados Unidos a servir como misionera soltera en Honduras con la Misión de los Amigos. Su vida era solitaria, pues era la única misionera en la remota aldea montañera en que la habían situado; pero también había recompensas ocasionales. De cuando en cuando llevaba el mensaje del evangelio a los hogares esparcidos por las montañas; la gente lo recibía bien y algunas personas se entregaban a Cristo. Los rigores del ministerio y del clima tropical quebrantaron su salud. Después de pasar seis años en el campo misionero, Joy volvió a su casa en Los Angeles, muy debilitada por la malaria.

Mientras Joy se recuperaba en su cama, pensaba en la gente que había dejado en Honduras. No sabía cómo podrían progresar en su fe cristiana sin tener un misionero que los guiara y los animase. "Si tan sólo hubiera podido dejarles mi voz", seguía pensando para sus adentros. Entonces vino a su memoria el recuerdo de los bares ruidosos y

atestados de gente, allá en Honduras, con sus discos que tocaban a todo volumen. Parecía que a todos los hondureños les gustaba la música grabada. ¡Esa era la solución! Ella enviaría su voz a Honduras en discos que llevarían el evangelio mediante la música y el mensaje hablado.

Al principio la idea de Joy de discos con el mensaje del evangelio parecía un sueño lejano. Pero comenzó a orar acerca de esa posibilidad y a compartir la idea con sus amigos. En 1939 se produjo su primer disco de tres minutos y medio de duración, con el título *Buenas Nuevas*. Durante su recuperación, Joy había aprendido a tocar la guitarra y la música formó parte de sus primeros discos. Pero enseguida se dio cuenta de la importancia de la presentación del mensaje y de los cantos con las voces de los propios habitantes de la zona.

Al saberse la noticia de las grabaciones de Joy, los misioneros de otras partes de Latinoamérica las solicitaron y la obra se extendió pronto. Ana Sherwood, una compañera de la universidad, se unió a Joy en su ministerio. Cuando ya la habitación de Joy resultó pequeña, se trasladó el trabajo a un lugar más amplio: un establo con piso de tierra que Joy y sus amigos remodelaron. Al aumentar los pedidos de discos, los obreros voluntarios aumentaron también; un tal Herman Dyk, técnico con experiencia en electrónica, vino sin anunciarse desde Montana a fin de dedicarse exclusivamente a ese trabajo.

Las primeras grabaciones que produjo Joy se hicieron en Los Angeles. Chinos, mexicanos y miembros de varias tribus indígenas vinieron al estudio a grabar mensajes en su lengua materna. Pero Joy se dio cuenta de que el ministerio estaría muy limitado si los hablantes de los idiomas que se iban a grabar tuvieran que viajar a Los Angeles. La solución era ir a donde la gente vivía, una decisión que señaló un punto decisivo en Grabaciones Buenas Nuevas (que se inscribió en 1941 como Grabaciones en Español). Joy y Ana hicieron el primer viaje para hacer grabaciones en 1944. Pasaron diez meses en México y América Central; viajaban en una camioneta donada a la misión. El viaje fue fructífero, pues grabaron mensajes en otros treinta y cinco idiomas y dialectos.

El siguiente viaje de Joy y Ana fue en 1947, a Alaska, para grabar mensajes de esquimales y de otras tribus indígenas. Lo mismo que su viaje a Latinoamérica, el trabajo fue difícil. Tenían que ir a tribus remotas y buscar a un miembro de la tribu que fuera bilingüe y estuviera dispuesto a grabar el mensaje preparado. Pero los meses de trabajo valieron la pena. Joy y Ana volvieron a Los Angeles con grabaciones en casi veinte lenguas más.

Fue estando Joy y Ana en Alaska que supieron de la gran necesidad que existía en las Filipinas de una labor como la que ellas realizaban. Esa parte del mundo fue su próximo objetivo. aunque pasaron menos de un año en las Filipinas, grabaron en noventa y dos idiomas y dialectos con la ayuda de misioneros residentes. Algunas veces el proceso consistía en encontrar a un misionero y a un indígena bilingüe, y después se grababa el mensaje. Otras veces el trabajo era más complicado. En ocasiones penetraban hacia el interior, y grababan idiomas completamente desconocidos para los misioneros.

Para grabar el idioma palanan negrito, por ejemplo, necesitaron tres personas. La señora Maggay, una mujer filipina que entendía inglés y hablaba ibanog. Ella le recitó el mensaje lentamente a un hombre de la tribu ibanog, el cual entendía palanan negrito, pero no lo hablaba; él, a su vez, le recitó el mensaje a uno de la tribu de los negritos que entendía lo suficiente del ibanog como para repetir el mensaje en la cinta en palanan negrito; todo esto duró varias horas. Después tuvieron que cortar partes de la cinta ciento cincuenta veces para la edición. El mensaje había quedado grabado, en un idioma que no

se había usado nunca antes, para la propagación del evangelio.

El mensaje era sencillo pero, según Phyllis Thompson, contenía lo fundamental del evangelio: "Contaba acerca del Hijo del Cacique del Cielo, quien vino a la tierra a morir en un tronco de árbol amarrado al través, para llevar sobre sí el castigo de los pecados de toda la gente de la tierra; para salvarlos de la aldea mala de abajo, lugar de fuego. Contaba que cualquiera que creyera en Yesu, Hijo del Cacique del Cielo, llegaría también a ser hijo del Cacique del Cielo. Cuando la muerte viniera, entraría enseguida a la aldea buena, de arriba, donde todo es hermoso y feliz. Contaba del Espíritu Santo.. . Quien viene a vivir en el corazón del que cree en Yesu."[23] Aunque limitado por la brevedad y las barreras culturales, Joy creía que tal mensaje tenía poder para cambiar vidas.

En 1950 Joy y sus colegas ya tenían mensajes grabados en unos 350 idiomas y dialectos. El aspecto de las grabaciones de la misión progresaba con paso firme. Pero había otros problemas, en particular con relación al uso de los discos en zonas selváticas remotas. Los gramófonos que tenían, y que Grabaciones Buenas Nuevas distribuía, se rompían con facilidad. Muchas veces los discos no cumplían su propósito porque la "caja que habla" no quería hablar. Joy les pidió a sus colaboradores y patrocinadores que "oraran hasta obtener la ayuda de Dios . . . para producir un gramófono o tocadiscos, barato y sin motor, que cualquiera lo pueda hacer funcionar y que no tenga partes mecánicas que se puedan dañar".[24]

Aunque Joy no recibió una respuesta inmediata a sus oraciones, se corrió la noticia de esta necesidad y, después de experimentar con varios tipos de tocadiscos, se desarrolló el "cartón parlante", un tocadiscos de cartón prensado, en el que se usa un lápiz o bolígrafo para darle vueltas al disco constantemente. Después se usaron magnetófonos pequeños. La innovación más reciente es el Grip, un tocacintas sencillo que funciona sin pilas.

A principios de la década de los cincuenta, Joy y Ana, acompañadas esta vez por Sanna Barlow, salieron en su cuarto viaje de grabaciones. Fueron a Australia, Indonesia, Nueva Guinea y otras islas del Pacífico. En Australia conocieron a J. Stuart Mill, quien quedó tan entusiasmado con la obra de ellas, que ingresó en la misión para dedicarse exclusivamente al establecimiento de la sucursal australiana de Grabaciones Buenas Nuevas. Después de visitar tribus y grabar mensajes en el Pacífico del Sur, Joy y sus dos colegas fueron al Asia y después al África. Después de cinco años de arduos recorridos, viajaron rumbo a Los Angeles vía Londres, donde se había establecido otra sucursal de la misión. Al llegar a Los Angeles, hicieron una gira por los nuevos edificios que se habían construido en su ausencia. La obra había continuado sin detenerse mientras ellas viajaban. En 1955 ya se habían distribuido más de 1.000.000 de discos a más de 100 países.

Pero la obra de Joy comprendía mucho más que estadísticas, las cuales sobrepasaban millones de unidades. El ministerio de Grabaciones Buenas Nuevas produjo la salvación de individuos y de tribus enteras por todo el mundo. Un hombre de México se convirtió después de oír los discos, y guió a varias decenas de personas a Cristo. En otros lugares los resultados eran asimismo alentadores, como dice Phyllis Thomson: "Unas 300 personas se convirtieron en un lugar de la India, principalmente por medio del evangelismo con discos. Unos misioneros que visitaron Angola informaron que conocieron personas que habían llegado a conocer al Señor como su Salvador por medio de los discos. Un cristiano brasileño analfabeto llevó los discos de las Buenas Nuevas a

donde ningún misionero había llegado jamás y ganó cinco personas para Cristo. Un hombre de las Filipinas viajó por más de doce horas para oír acerca del Señor Jesús, de quien había oído por medio de 'una caja grande que hablaba'. Los indígenas se sentaban toda la noche a oír los discos que hablaban su propio idioma. Día tras día se recibían cartas en las que se pedían más discos porque 'están llegando hasta aquellos que de lo contrario nunca oirían [el mensaje del evangelio]' "[25]

Hoy día, después de más de cuarenta años de servicio fructífero y continuo en Grabaciones Buenas Nuevas, Joy no es ya la directora de la misión, pero sirve en el comité directivo y representa la obra. Ahora hay cincuenta personas dedicadas exclusivamente a la obra, además de muchos voluntarios. Se han grabado, para su ulterior distribución, mensajes evangélicos en casi 4.000 idiomas y dialectos.

CAPITULO 16

La aviación misionera: Volando sobre las selvas

Muchos días de viaje en una canoa hecha del tronco de un árbol, rodeado de multitud de mosquitos, navegando por ríos infestados de serpientes venenosas y de caimanes que atraviesan la frondosa y húmeda selva. Así viajaba el misionero de la selva, el evangelista del siglo veinte con preparación profesional, cuya obra estaba limitada por los medios primitivos de transporte. Por eso la introducción de la aviación, como suplemento de la obra misionera, fue una bendición para aquellos cuya vida cambió.

Antes de la Segunda Guerra Mundial hubo varios aviones de propiedad privada o de las sociedades misioneras. Los volaban pilotos con diferentes niveles de experiencia y cada uno con su propia historia. Una de las biografías más interesantes es la de Walter Herron, misionero australiano, quien fue a Bolivia en 1933 a trabajar entre los indígenas. Se casó en 1938, pero su unión no duró mucho, pues al año siguiente, su esposa murió en el parto de su primer hijo, Roberto. El niño sobrevivió con dificultad el viaje a pie, que duró cinco días, para sacarlo de la selva. Durante ese viaje, Herron vio el único avión que había en Bolivia, volando por encima de ellos. En ese momento pensó que tal medio de transporte pudiera haberle salvado la vida a su esposa.

Herron volvió a Australia con la esperanza de desarrollar un servicio aéreo para sí mismo y para otros misioneros en Bolivia. Poco después de comenzar las lecciones de vuelo, le dijeron que nunca llegaría a ser piloto. El último golpe vino cuando su junta misionera rechazó de plano su propuesta. Pero no se dio por vencido. Viajó a Estados Unidos, allí tomó más clases de aviación y se compró un avión. Entonces, en 1941, regresó a Bolivia, listo para comenzar su ministerio de aviación en la selva, con solamente cincuenta y una horas de práctica de vuelo.

Durante más de dos décadas mantuvo Herron su ministerio de aviación. En 1961, su hijo Roberto se unió a su obra. Pero en 1964 ocurrió una tragedia: en un viaje de rutina se estrelló su avión en Bolivia, y murieron Walter y sus tres pasajeros.

La temprana experiencia de Herron en el servicio aéreo en la selva fue la excepción a la regla. La gran mayoría de los misioneros no tenían acceso a servicios como los que prestaba él. Sólo después de la Segunda Guerra Mundial se realizó la aviación misionera, no como rama auxiliar de las misiones, sino como un servicio especializado. Debido al alto costo de los aviones y de su mantenimiento, además de la experiencia necesaria para volar sobre terrenos difíciles, muchos líderes de misiones estaban convencidos de que el transporte aéreo debía dejarse a los especialistas que pudieran prestar tal servicio a muchos misioneros en una zona dada.

Fue esta necesidad la que llevó a la fundación en California, en 1944, de la primera organización de servicio aéreo misionero, la Asociación Misionera de Pilotos Cristianos, que después se denominó Asociación de Aviación Misionera [en América Latina se llama Alas de Socorro]. En Gran Bretaña también se inició otro programa de aviación separado, pero relacionado con el anterior. En Australia, algunos años después, se fundó la AAM australiana. Pilotos cristianos que habían servido en la fuerza aérea dirigieron estas organizaciones y aplicaron la técnica moderna y una mejor preparación al campo de la aviación misionera. En la década de los cincuenta ya se reconocía a la AAM

como una organización de servicio misionero de carácter indispensable. En la actualidad la AAM tiene doce organizaciones nacionales, situadas en lugares estratégicos, por todo el mundo. Los 120 aviones que tiene en servicio vuelan un promedio de 150.000.000 kilómetros anuales y sirven a decenas de misiones en veintidós países.

Aunque la AAM ha desempeñado un papel importante en el campo misionero, al principio parecía que la AAM no podría satisfacer la gran demanda de sus servicios. Entonces se formaron otras organizaciones aéreas, de las cuales la más grande y la de mayor extensión geográfica es el SRAS (Servicio de Radio y Aviación para la Selva). Es una rama de Traductores de la Biblia Wycliffe y del Instituto Lingüístico de Verano. Otras misiones siguieron el ejemplo y, hoy día, la Misión Nuevas Tribus, la Misión del Interior del Sudán, la Misión del Interior de África y otras más tienen sus propios servicios aéreos. Los Adventistas del Séptimo Día, aunque se opusieron al uso de aviones durante muchos años, ahora tienen una flotilla aérea bien equipada, con más de 100 aviones al servicio de misioneros en todo el mundo. En total, hay ahora más de 50 misiones y denominaciones que tienen en funcionamiento su propio programa de vuelos.

Los vuelos peligrosos y la técnica especial que se requiere de un piloto en la selva llevaron al desarrollo de varios programas de adiestramiento en aviación. La mayoría de ellos están relacionados con instituciones religiosas, entre otras el Instituto Bíblico Moody, el Seminario Bíblico Piedmont y la Universidad LeTourneau. Estos ofrecen cursos bíblicos, instrucción de vuelos y preparación para el mantenimiento de las aeronaves. De todas las escuelas de aviación misionera, el programa de vuelos de Moody ha hecho el mayor impacto en la aviación misionera. Se calcula que más de 50% de todos los pilotos misioneros que sirven en todo el mundo hoy día se graduaron del programa de Moody. Uno de los más recientes de tales programas funciona bajo la dirección del teniente coronel de la Fuerza Aérea de Estados Unidos Clair McCombs y tiene sus oficinas centrales en Lowell, Michigan. Este forma parte del Instituto de Biblia y Música de Grand Rapids.

Además del programa de vuelos, que incluye los cursos en aviones de varios motores, hidroplanos y vuelos en helicópteros, así como también la preparación para obtener la licencia comercial, la de instrumentos y la privada, hay un programa de mantenimiento de aeronaves que dura dos años, y prepara a los pilotos misioneros para las pruebas previas a los vuelos y la obra de reparación, que es algo tan necesario en la aviación misionera.

Desde el principio la estrategia de la aviación misionera se centró en el uso de avionetas livianas en vuelos cortos, que pudieran descender en pistas de aterrizaje cortas o en el agua. Algunas misiones intentaron extender su servicio aéreo a vuelos internacionales, para transportar a los misioneros a su destino o a su patria. Se dieron cuenta, entonces, de que no podían competir con la seguridad y el costo de las líneas aéreas comerciales. En la actualidad se usan helicópteros en zonas remotas, aunque son más costosos y su mantenimiento es mayor, para eliminar los meses de trabajo que se requieren para la construcción de pistas de aterrizaje.

Además de la AAM y del servicio aéreo de las misiones y denominaciones, el campo de la aviación misionera incluye a muchos pilotos misioneros independientes, a veces llamados "jinetes de circuitos", cuyo ministerio depende de su propio programa de vuelos. Este tipo de ministerio ha sido muy apropiado especialmente para la región ártica, donde los misioneros en muchos lugares han reemplazado el trineo de perros con los vuelos. Los misioneros independientes, tanto como los que sirven en misiones como

la Misión Ártica y la Cruzada Evangélica a los Esquimales, han ampliado sus ministerios de modo considerable mediante el uso de tales aviones.

No exageramos al decir que la aviación misionera ha revolucionado las misiones cristianas en las últimas décadas. Las semanas y meses de agotadores viajes se han convertido en un fenómeno del pasado. Los misioneros aislados en zonas remotas ya no tienen que soportar durante meses la falta de atención médica, de alimentos frescos y de entregas de correspondencia. En la actualidad un solo piloto de la AAM cubre tanto territorio en seis semanas, como el que recorrió David Livingstone en toda su vida de exploraciones en África, y con menos detrimento para su salud y para sus relaciones familiares. Pocos líderes de misiones podían darse cuenta, hace unos cuarenta años, del gran alcance del ministerio de la aviación misionera en la enorme tarea de la evangelización del mundo.

Isabel "Betty" Greene

La aviación misionera es la misión más dominada por varones que existe; sin embargo, fue una mujer quien la inició. Aunque Betty Greene niega que haya sido la fundadora de AAM, fue ella la que hizo más, durante los primeros años, para poner en marcha la aviación misionera como servicio especializado. Asimismo fue la primera en volar para la organización en sus primeros tiempos. Aunque afectada por la discriminación sexual, sus capacidades y preparación como piloto nunca se pusieron en duda. Sirvió en la fuerza aérea durante los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, volando misiones de radar. Después la asignaron a proyectos de desarrollo que incluían el vuelo de bombarderos B-17, en pruebas de equipos a gran altura. Pero el servicio militar no era la meta de la carrera de Betty. Antes de terminar la guerra comenzó a poner las bases de su ministerio para el resto de su vida como misionera y piloto.

El interés de Betty en la aviación comenzó cuando era apenas una niñita. A la edad de dieciséis años comenzó a tomar lecciones de vuelo. Durante sus años en la Universidad de Washington se matriculó en un programa de adiestramiento de pilotos civiles auspiciado por el gobierno. Así quería prepararse para su sueño de volar algún día como misionera. Pero se interpuso la Segunda Guerra Mundial. Ingresó en la sección de mujeres de Pilotos al Servicio de la Fuerza Aérea. Su motivo principal era adquirir experiencia para aplicarla en el campo misionero. Durante la guerra, Betty sacó tiempo para escribir un artículo publicado en la revista HIS de Inter-Varsity sobre la necesidad de la aviación misionera y sobre sus planes al respecto. Jaime Truxton, piloto de la marina de guerra, leyó el artículo. El había discutido la misma idea con otros dos pilotos. Le escribió a Betty y le pidió que participara con ellos en la formación de una organización para fomentar la aviación misionera.

La decisión final de Betty de trabajar en equipo con Truxton fue acelerada por las noticias de que su grupo de la fuerza aérea iba a ser disuelto. Entonces, al terminar su tiempo de servicio, se fue a Los Angeles donde estableció el centro administrativo de la recién formada Asociación Misionera de Pilotos Cristianos (posteriormente AAM). Dawson Trotman, el fundador de los Navegantes, donó el espacio para las oficinas. En 1945, poco después de la fundación de AAM, llegó un pedido urgente de ayuda. Betty era la única que estaba lista para ir: "Los Traductores de la Biblia Wycliffe nos pidieron que los ayudáramos en México, en el campamento de adiestramiento en la selva — recordaba más tarde Betty —. Fui en 1945 para ver cuál era la situación. A principios de 1946

compramos un avión, pagado en parte con los ahorros de uno de los hombres de la AAM que prestaba aún servicio militar. Era un avión de cabina Waco con un motor de 220 caballos de fuerza. Volé el avión a México, en febrero de 1946, pues los hombres todavía prestaban servicio militar."[1]

Después de varios meses de servicio en México, el fundador de Wycliffe, Cameron Townsend, le pidió a Betty que los ayudara en el Perú. Ella decidió ir y enviaron a Jorge Wiggins, un piloto naval, para reemplazarla. Entonces ocurrió el primer accidente de la incipiente AAM. Cuando Betty estaba "examinando" a Jorge para su nueva tarea, se estrellaron al aterrizar, después de pegarle a una casita que estaba cerca de la pista. Ninguno resultó herido, pero el avión quedó semidestruido. Llamaron a Natanael Saint, un mecánico experto, de Estados Unidos, para que lo reparase. Betty continuó con sus planes de servicio en el Perú, donde voló un Grumman Duck, biplano anfibio, sobrante de guerra, que había sido comprado por Wycliffe. Su misión era llevar misioneros y provisiones al interior. En cada vuelo tenía que pasar por encima de los picos de los Andes. Tuvo la distinción de ser la primera mujer en hacer tal cosa.

Después de un año en el Perú, Betty volvió a Estados Unidos, donde trabajó otra vez en la oficina de la AAM. Su siguiente misión fue en Nigeria, donde voló durante casi dos años sobre terrenos variados, desde las espesas selvas de Nigeria al vasto desierto del Sahara. Luego regresó a Los Angeles por algún tiempo. Allí se dedicó a las relaciones públicas para afirmar la obra de la administración central. Tres años después Betty estaba lista para otra misión. Con gusto aceptó la invitación de la Misión del Interior de Sudán a que los ayudara en África Oriental. Tuvo su base de operaciones en el Alto Nilo, donde sirvió a los misioneros del Sudán, Etiopía, Uganda, Kenia y el Congo.

En 1960, después de haber vuelto una vez más a la oficina central, Betty salió para su última misión de vuelos en el extranjero. Esta vez fue a Irian Jaya y no solamente tuvo que hacer vuelos peligrosos, sino también largos recorridos por la selva. Para recibir el servicio aéreo, cada estación misionera tenía que construir su propia pista de aterrizaje. Antes de hacer aterrizajes, un piloto capacitado tenía que hacer el viaje por tierra para examinar la pista. La mayor parte del trabajo previo de Betty había sido en el aire. En las fatigosas jornadas se dio cuenta pronto de que no podía igualar a su fuerte compañera, Leona San Juan, ni a los ocho cargadores de la tribu Moni que la acompañaban, y que estaban acostumbrados a las lluvias tropicales diarias, los frágiles puentes de bejucos y las angostas veredas resbalosas. "No sabía lo duro que sería — escribió ella —. Supongo que los cargadores conocían bien el sendero, pero la mayor parte del tiempo yo ni siquiera podía distinguirlo. El lugar a donde íbamos, se decía que estaba a cincuenta kilómetros de distancia. Yo creía que el mapa indicaba kilómetros horizontales y la mayoría de los nuestros eran en ascenso y descenso."[2] La incomodidad física se olvidó pronto cuando el grupo se dio cuenta de que, accidentalmente, pasaba por un campo donde se había librado una batalla entre dos tribus. Las misioneras y sus acompañantes vieron con horror la aterradora escena de muerte y desolación.

Todos los sufrimientos que habían soportado durante el fatigoso viaje se vieron compensados cuando los aldeanos y los misioneros que residían en la aldea les dieron la bienvenida a Betty, a Leona ya los cargadores con una estruendosa celebración. Lo mejor de todo es que Betty encontró la pista apta para aterrizajes y despegues. La verdadera celebración fue al día siguiente, cuando un colega de la AAM aterrizó con las provisiones que tanto necesitaban y después salió con Betty a otra misión.

Las satisfacciones del ministerio de Betty fueron abundantes. Mientras estaba en

Irian Jaya, tuvo la oportunidad de realizar una misión de socorro que todavía recuerda como uno de los acontecimientos más destacados de su carrera. Regresaba de una misión de rutina cuando recibió una llamada urgente de una estación misionera, muy lejos de su ruta. Le pedían que fuera enseguida a recoger a una niña que estaba muy grave. Sin quitar la mirada del reloj, consciente de la oscuridad repentina que viene después del ocaso tropical, Betty voló al lugar y transportó a la niñita a un hospital de la costa. La niña sobrevivió.

Después de casi dos años en Irian Jaya, Betty se retiró del servicio de vuelos y volvió a la oficina central a representar la misión y reclutar más pilotos, varones en particular. A pesar de su éxito como piloto, parece que Betty nunca interesó a otras mujeres para que siguieran su ejemplo. En realidad, ella se opuso al reclutamiento de mujeres como misioneras pilotos. Cuando le preguntaron durante una entrevista en 1967 si "animaría a una chica a entrar a este tipo de obra", ella respondió: "AAM se opone y yo también. . . Tenemos tres razones por las cuales no aceptamos mujeres para este trabajo:

(1) La mayoría de las mujeres no tienen preparación en mecánica.

(2) La mayor parte del trabajo relacionado con la aviación misionera es pesado. Hay que cargar objetos pesados y voluminosos, en algunos casos es imposible que una mujer lo haga.

(3) La otra razón es la flexibilidad. Por ejemplo, si hay un lugar donde es necesario dejar a un piloto solo por varios días o semanas, no se puede hacer eso en el caso de que el piloto sea mujer."[3]

A pesar de la antigua política de AAM de la discriminación sexual, las mujeres, no obstante, siguieron entrando al campo de la aviación misionera y sirvieron con gran distinción. Aun de Betty, con toda su experiencia y capacidad indisputable, pensaba Natanael Saint que sólo era una "chofer". Después él vio, por propia experiencia, que ella "era una aviadora tan excelente que los pilotos militares y comerciales locales la trataban con gran respeto".[4] La aceptación de Betty por los pilotos en esos primeros años sin duda tuvo que ver con el hecho de que aceptaba la opinión de ellos, de que la aviación misionera era trabajo para hombres, y que ella era una excepción aislada de la regla.

En la actualidad, después de más de diez años de influencia feminista, la política de AAM ha cambiado mucho. Ya reciben mujeres como pilotos. Recientemente, Cina Jordon, que tiene más de 15.000 horas de vuelo, dejó su famosa escuela de aviación en Canadá para ingresar a AAM como piloto en Kenia.

Natanael Saint

La necesidad crítica de pilotos-mecánicos, bien preparados, fue reconocida por los directores de AAM en los primeros meses de existencia de la misión. El primer accidente de aviación que tuvieron, aunque no hubo muertos, dejó inactiva la misión por algún tiempo. Ninguno de los dos pilotos presentes tenía la habilidad necesaria para reparar el avión dañado. Natanael Saint fue a México a hacer la reparación. Llegó a ser uno de los pilotos-mecánicos más innovadores y hábiles de la historia de la aviación misionera. Aunque en cierta ocasión pensó que "engrasarse para servir al Señor parecía un llamamiento inferior", él y los misioneros que dependían de él llegaron a reconocer el infinito valor de tal ministerio.

Aunque Natanael Saint había crecido en una familia interesada en las misiones, y aunque le había gustado la aviación desde su niñez, la aviación misionera no había

ocupado su imaginación tanto como la de Betty Greene. Su hermano mayor era piloto comercial y Natanael esperaba un futuro semejante para él. Para conseguir sus objetivos ingresó en el Cuerpo de Aviación del Ejército. Antes de empezar: su preparación en el Programa de Adiestramiento de Cadetes del Aire, se le inflamó una cicatriz que tenía en una pierna, de un ataque de osteomielitis en su juventud. Este asunto casi insignificante cambió el curso de su vida. El escribió en su diario: "Ayer cumplí los veinte años de edad. Un mal regalo de cumpleaños fue que me dijeron que en vez de ir al aeropuerto a mi primer día de vuelo, tenía que ir a la base a hacerme una radiografía."[5] Por causa de su salud, Natanael fue declarado incapacitado para realizar vuelos militares. Aunque permaneció en el Batallón del Aire dos años y medio más, pensaba con seriedad dedicar su vida al servicio cristiano.

Después de leer un artículo de Jaime Truxton sobre la reciente formación de la AAM, Natanael se comunicó con la organización sobre la posibilidad de su participación. Jaime respondió de inmediato. Un año después, cuando Natanael recibió la baja de su servicio militar, respondió a un llamado urgente de la AAM para ir a México a reconstruir el único avión de la misión, después del accidente de Betty Greene y Jorge Wiggings. Natanael estaba entusiasmado por la misión, pero cuando llegó y encontró los restos de partes de las alas del avión en un barril, por poco se desanima. Sin embargo, empezó a trabajar y después de seis meses de frustraciones, logró que el avión volara de nuevo. Si se considera el daño sufrido por el avión y las condiciones en las cuales tuvo que trabajar Natanael, lo que hizo fue una obra genial. Su biógrafo dice: "Lo que Natanael demostró en México fue su capacidad única para reparar un avión en condiciones que hubieran sido difíciles aun en un hangar con todos los equipos en Estados Unidos."[6]

Después de sus seis meses de servicio en México, Natanael volvió a Estados Unidos y asistió un año a la Universidad Wheaton. El año siguiente, 1948, fue uno de los más memorables de su vida. El Día de San Valentín, después de un breve noviazgo, se casó con Margarita Ferris, graduada de la Universidad del Sur de California. En septiembre fueron al Ecuador; Natanael a Shell Mera a establecer el centro de la AAM y construir una casa; y Margarita a Quito a esperar el nacimiento de su primer hijo. En diciembre, al regresar en un vuelo de Quito, Natanael se vio "atrapado por corrientes de aire traicioneras" y se estrelló.[7] El avión quedó destruido y él sufrió una herida grave en la espalda. Tuvo que soportar una hospitalización muy prolongada y la incomodidad del yeso. El 10 de enero de 1949, mientras Natanael estaba hospitalizado en Panamá, nació Catalina Juanita, su primera hija.

El accidente de Natanael, el segundo en la corta existencia de la AAM, fue otro golpe duro para la misión. En la oficina central pensaron que se necesitaba un adiestramiento mejor. Se inició una orientación en vuelos para todos los nuevos pilotos misioneros. A los aviones se los habilitó con elementos de seguridad. Pero, aun más importante, fue la seriedad que se le puso a la aviación misionera. La aviación en la selva, en sí, atraía aventureros atrevidos, a pesar de su consagración a Dios. Pero los vuelos misioneros no eran otro deporte emocionante como el alpinismo. Eran un asunto muy serio. Natanael también cambió después del accidente. Admitió que no había tenido bastante precaución al no permitirse el margen de seguridad que necesitaba para despegar. "Sólo Dios sabe con cuánta frecuencia he tenido ocasión de despreciar mi presunción. La odio.. . El accidente está en mis archivos bajo el título: 'Riesgos madurados y cobrados'.[8]

Natanael, más que ningún otro, aprendió una lección de su dolorosa experiencia y

de un accidente de un piloto y un pasajero de la Unión Misionera Evangélica. Los vuelos en la selva eran una rama muy especializada de la aviación. Tanto los aviones como la técnica tenían que adaptarse a las circunstancias. El accidente del avión de la Unión Misionera le hizo ver la necesidad de un sistema alterno de combustible. Enseguida enfocó su genio de inventor en ese problema. Después de improvisar con latas de aceite de cocina, desechadas por su esposa, y un pedazo de tubo de latón conectado por una válvula al múltiple de admisión, conectó todo al panel de instrumentos y probó el sistema en tierra. Sin embargo, la prueba verdadera sería en el aire: "A 650 metros de altura sobre la pista de aterrizaje halé la palanca de aceleración, con lo cual se apagó el motor por falta de combustible. Fue una experiencia novedosa para quien por largo tiempo había escuchado que eso no debía ocurrir jamás. Pero el sólo hecho de hacer girar la nueva manija en forma de "T" que había en el panel de instrumentos me produjo una maravillosa sensación al escuchar cómo arrancaba de nuevo este y alcanzaba paulatinamente toda su potencia. Durante los siguientes veinte minutos permaneció cerrada la fuente normal de combustible. No falló el motor ni una sola vez. La hélice comenzó a moverse, primero con un suave movimiento semejante al de un molino de viento, y no hubo ni una sola explosión ruidosa."[9]

El invento de Natanael, para el cual se obtuvo una patente del gobierno de Estados Unidos, fue un logro de la aviación en la selva, aprobado después por la aeronáutica civil. Russell Hitt dice: "Ahora todo piloto de la AAM lleva en su avión el sistema alterno de combustible. Natanael dejó así una huella indeleble en la aviación misionera, así como en aquellas otras formas de aviación riesgosas."[10]

Otra innovación que Natanael produjo fue su ingeniosa manera de bajar cosas en un balde durante el vuelo. Esta técnica se hizo famosa después del intento fatal por llegar a los aucas. Se usó un balde amarrado a una cuerda en espiral para dar regalos a esa tribu inaccesible, y para recibir regalos de ellos. Pero el valor verdadero de la técnica del balde era mucho más importante que la comunicación con indígenas hostiles, la cual al final resultó desastrosa. La razón de Natanael para la creación de esta técnica fue para servir mejor a los misioneros. Un día mientras volaba sobre una aldea de la selva vio una multitud de personas afuera, en el campo abierto, tratando de darle un mensaje con señales. "¿Cómo interpretar ese mensaje tan confuso? Casi todo lo que podía hacer en esa ocasión era dejar caer una caja con aspirinas, tal vez una solución débil a la verdadera necesidad de esa aldea desesperada."[11]

Por ese incidente, Natanael consideró la posibilidad de descender un balde para entregar mensajes y materiales, y para recibirlos. Mientras estaba en Estados Unidos con licencia de descanso, comenzó a hacer pruebas al respecto. En su primer intento tuvo éxito. Mientras arrastraba el cable con el balde, comenzó a descender en círculos cada vez más pequeños. El balde y el cable "se dirigieron hacia el centro del círculo y pudo estabilizarse hacia abajo, en dirección del vértice de un enorme cono invisible" hasta que "al fin se detuvo en medio del campo abierto abajo".[12]

La primera oportunidad que tuvo Natanael de probar el valor de su nueva invención fue en Ecuador, poco después de regresar de Estados Unidos. Se supo que una aldea de la selva había sido azotada por una "enfermedad muy contagiosa". El sobrevoló la aldea y descendió el balde con un teléfono dentro conectado a 500 metros de alambre. Así estableció comunicación con el traductor de Wycliffe que estaba en la aldea, el cual podía describirle los síntomas a Natanael mientras éste volaba en círculos. Con tal información, Natanael se comunicó con un médico. Después volvió a la aldea y bajó en

el balde la medicina que el doctor había recetado.

Aunque al principio no le había gustado a Natanael la idea de "engrasarse en el servicio del Señor", le gustaba mucho su obra como misionero piloto. Todos los días aprendía más que era un privilegio muy grande poder "redimir el tiempo" de los misioneros que trabajan en tierra. Les ahorraba tiempo en los viajes por medio del servicio aéreo; también les llevaba las provisiones que no fuera posible transportar por la selva. Se ingenió la manera de dejar caer grandes cantidades de alimentos enlatados y otras provisiones en paracaídas. Una vez escribió: "Aunque parezca falta de modestia decirlo, yo me divierto mucho con estos 'bombardeos'. Disfruto muchísimo de mi trabajo.[13] Otro artículo muy necesario, pero más difícil de transportar en avión, eran las hojas de aluminio para los techos de las casas de la misión. El tamaño de un objeto que necesitaran los misioneros no era obstáculo para Natanael. Se improvisó la manera de amarrar las planchas de aluminio de hasta dos metros y medio de longitud para llevárselas a los misioneros, los cuales le quedaban muy agradecidos.

Otra cosa que le preocupaba a Natanael era la construcción de un avión más seguro para los vuelos sobre la selva. "Estaba obsesionado con la idea de convertir su monomotor en un biplano trimotor." Para resolver el problema del "aumento de 'arrastre' ... se ideó un conjunto de paneles desmontables de las alas inferiores para el avión de la AAM. Hizo las pruebas volando a unos pocos metros de la superficie de la pista en el biplano simulado".[14] Cuando los "hermanos que miden con una regla de cálculo[15] supieron la noticia de sus temerarios experimentos, como no estaban muy entusiasmados con la idea de todos modos, se sintieron preocupados y lo censuraron. Natanael respondió y aseguró a los directores que él reconocía la seriedad de tales pruebas y que "estaba consciente de lo que se arriesgaba si hubiera un accidente". Luego, aceptando su error añadió con humildad: "Debo admitir que no puedo defenderme, pues he arriesgado toda la confianza que pueda haber ganado con ustedes durante los pasados años."[16]

Esta combinación de impulsividad y el deseo de acelerar la evangelización de las almas perdidas puso fin repentinamente a la vida de este piloto joven, inteligente y consagrado. En enero de 1956, él y sus compañeros fueron asesinados por los aucas. Por su ingenioso descenso del balde y los presentes que recibieron, creyeron que los aucas eran amistosos. Por su habilidad excelente como piloto, todos aterrizaron a salvo en el territorio de los aucas. La habilidad y la técnica no bastaron, y la aviación misionera perdió entonces a uno de sus mejores pilotos, el cual también era mecánico e inventor. Su contribución a la aviación misionera no terminó con su muerte. Su testimonio sigue vivo y muchos otros dedicaron su vida a Dios como misioneros pilotos al conocer su historia.

Servicio de Radio y Aviación para la Selva

Un accidente de aviación fue lo que impulsó la fundación de SRAS (conocido en inglés por las siglas JAARS), una rama de los Traductores de la Biblia Wycliffe. En 1947 Cam Townsend, su esposa y su bebé, que volaban rumbo a la Ciudad de México, habían confiado su vida a un piloto inexperto. Al despegar de la misión, el piloto hizo un giro sobre la selva antes de haber alcanzado suficiente altura. Luego de casi chocar con unos árboles, el avión se estrelló en una barranca.

El avión cayó de lado y perdió un ala. Con una pierna rota y sangrando a través de los pantalones, Cam pudo salir de los despojos del avión. Después sacó a su hijita, que no había recibido heridas, y a su esposa, cuyo pie izquierdo colgaba apenas de la piel,

cercenado casi por completo. El piloto también había resultado muy herido. Mientras Cam esperaba la llegada del grupo de rescate que llevaría a su esposa y al piloto de regreso a la base y después volvería por él, propuso en su corazón desarrollar una organización de apoyo aéreo eficaz para el servicio de sus traductores de la selva.

La necesidad urgente de la aviación en la selva le había preocupado a Cam desde mucho antes del accidente en México. En 1929 ya se había comunicado con un piloto de la marina de guerra, quien había volado en América del Sur. Le preguntó sobre la posibilidad de establecer un ministerio de aviación para los misioneros estacionados en la selva. El costo calculado para tal programa era elevado. En 1933, cuando Cam presentó el plan a los directores de la misión, lo rechazaron.

Durante los meses de lenta convalecencia en México, Cam hizo los planes para su proyecto. Lo presentó con entusiasmo al comité cuando volvió a los Estados Unidos. La mayoría de los miembros del comité seguían opuestos a su idea. Su interés era la lingüística y la traducción de la Biblia. Su opinión era que el servicio aéreo se debía dejar a la Asociación de Aviación Misionera, aunque ésta estaba demasiado ocupada en el servicio aéreo a otras misiones para satisfacer todas las necesidades de Wycliffe. Cam se mantuvo firme en su posición: "Estamos en la aviación, por estar en la selva, aunque no lo queramos." Estaba decidido a no dejar que su sueño se desvaneciera, a pesar de la oposición del comité o del elevado costo.

Las razones de Cam para el programa de aviación de TBW/ILV no fueron producto solamente de su casi fatal accidente aéreo. Otras tragedias lo habían convencido de la seria necesidad de la aviación. Dos traductores casi perecen ahogados en los rápidos de un río. En un accidente semejante, una pareja joven y su bebé fueron arrastrados por la corriente, después que su balsa chocó contra un tronco. Otros traductores de Wycliffe tenían que esperar semanas enteras para recibir el servicio aéreo que tanto necesitaban, si acaso lo recibían. De modo que Cam siguió adelante con sus planes, a pesar de las vacilaciones del comité. Se comunicó con personas interesadas y levantó fondos para esa empresa tan costosa.

El SRAS, lo mismo que la AAM, comenzó a funcionar con un solo avión. Lorenzo Montgomery, un teniente de la marina de guerra, fue el jefe de los pilotos. Desde el principio el SRAS careció de fondos suficientes. A veces la necesidad era tan grave que hasta se ponía en peligro la misma seguridad para la cual había sido fundado. Un piloto describió el servicio como uno de "chatarras voladoras", ya que los pilotos le quitaban piezas a un avión para reparar otro. Jamie Buckingham dice: "Los pilotos ni siquiera podían volar en círculos sobre la base, a fin de economizar gasolina. Si no conocían la dirección del viento, tenían que adivinarla. Siempre estaban cambiando de sitio las cajas en el hangar viejo ... en busca de repuestos para arreglar uno de los aviones, que casi siempre estaban descompuestos."[17]

A pesar de la escasez de dinero y de repuestos, el sitas tenía un historial de seguridad excelente, cuando se toman en consideración los millones de kilómetros que sus pilotos habían volado sobre zonas peligrosas de la selva. Según Buckingham, el sitas tenía "un éxito no igualado por ningún otro servicio aéreo: Veinticinco años de vuelo, en ocho países, sin haber tenido ningún accidente mortal." Durante esos años Wycliffe tuvo tragedias aéreas, no obstante, pero sin relación con el SRAS. En la víspera de la Navidad de 1971, el avión del vuelo 508 de aerolíneas LANSA cayó en la selva de los Andes. Entre los muertos había cinco misioneros afiliados a Wycliffe.

Esa desoladora tragedia llevó a lo que Buckingham llama "la experiencia

pentecostal de la selva". Jerry Elder escribió: "Durante años, los Traductores de la Biblia Wycliffe del Perú, y yo en particular, habíamos sido autosuficientes. Eramos técnicos hábiles y muy preparados. Conocíamos bien nuestros trabajos y nos enorgullecíamos de ser los mejores del mundo. Muchos lingüistas nuestros tenían el título de doctor (Ph.D.). Nuestros pilotos, mecánicos y el personal de radio eran los mejores de toda la tierra. Presumíamos en decir que podríamos resolver cualquier problema que surgiera. Si necesitábamos cambiar un motor en un arenal, lo hacíamos. También podíamos analizar cualquier idioma nuevo. Nada era demasiado difícil para nosotros." Pero el accidente de la LANSA cambió esa actitud de falsa confianza en un espíritu de avivamiento. "Durante esos días de incertidumbre cuando nuestros hombres estaban recorriendo la selva con la esperanza de que nuestros amigos todavía estuvieran vivos, algo ocurrió en los corazones de la gente en la base. Amor, más amor del que podíamos expresar, se vertió hacia las familias de los que estaban perdidos en la selva. Cuando al fin trajeron los cadáveres a la base, ese amor aumentó. Se extendió a otros en la base y fluyó dentro de la selva hacía nuestros amigos indígenas, sobrepasando los límites de las diferencias doctrinales."[18]

También hubo un cambio de actitud hacia el trabajo, en especial entre los pilotos que tanto se enorgullecían de su historial de seguridad. Eduardo Lind, director de aviación del SRAS, dijo: "Nosotros no sólo nos considerábamos profesionales, sino que teníamos orgullo de nuestro profesionalismo. Nuestro lema: 'Hacemos lo mejor que podemos y el Señor hace el resto', en realidad, significaba que podíamos resolver casi todas las emergencias. Si no podíamos, invocábamos a Dios. Pero al hacerse real la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida, aun los pilotos se dieron cuenta de que lo mejor de nosotros no bastaba. Tendríamos que confiar en Dios para todo."[19]

Fue el espíritu de humildad y dependencia de Dios lo que hizo que el sitas pudiera salir airoso de la mayor tragedia de su historia. Ese accidente ocurrió al otro lado del mundo, en Papuasia-Nueva Guinea. Murieron el experto piloto del sitas Doug Hunt, jefe del SRAS en Nueva Guinea y sus seis pasajeros. Entre ellos estaba la doctora Darlene Bee, lingüista joven e inteligente, que tenía un doctorado de la Universidad de Indiana y era una de las mejores traductoras de Wycliffe. La recuperación de Wycliffe y del SRAS después de esa tragedia es en sí misma una historia de valentía. Pero la verdadera historia de recuperación milagrosa es la de un mecánico quien, más que ninguna otra persona, resultó pulverizado por el peso de esa tragedia.

Aunque son los pilotos los que, por lo general, reciben la gloria o la culpa de los éxitos o fracasos de los vuelos, es imposible subestimar la importancia de los mecánicos. Buckingham escribe: "Hay un vínculo, como ningún otro en la tierra, entre el piloto y el mecánico. Aunque todos los ojos se ponen en el piloto cuando sube al avión y vuela sobre el 'infierno verde' en su vuelo hacia el pasado salvaje de tribus desconocidas, es el mecánico quien sostiene en sus manos engrasadas no sólo el éxito del vuelo, sino también la vida misma del piloto y de los pasajeros. Su descuido al utilizar una herramienta... una tuerquita sin apretar... una mirada para el lugar equivocado mientras se reemplaza una pieza... Estos y otros mil factores pueden causar la falla estructural o del motor en un momento crítico . . . y vidas humanas ... se pierden en un terrible accidente o desaparecen bajo el salvaje manto verde de la codiciosa selva."[20]

Fue "una tuerquita sin apretar" lo que puso fin a los veinticinco años de servicio sin tragedias fatales del SRAS. Ese error costó siete vidas y sólo por la gracia de Dios no fueron ocho. La octava víctima pudo haber sido el experto mecánico del SRAS quien, con la ayuda de un aprendiz de mecánico, completó la inspección de rutina, después de cien

horas de servicio, del bimotor Piper Aztec, el día antes de su último vuelo. En ese vuelo, Doug Hunt y sus seis pasajeros hallaron la muerte al estrellarse. La investigación del accidente indicó que la explosión, y el choque resultante, había sido causada por un chorrito de gasolina que salió de un lugar donde no se había apretado bien una tuerca. El mecánico había puesto su atención, por un momento, en otro asunto. Dejó una tuerca del tubo de combustible apretada sólo con los dedos y olvidó apretarla con la llave. Para el mecánico que se sentía culpable, "los funerales fueron algo horrible. La vista de esos ataúdes en fila, en la iglesia, fue para mí como un golpe al estómago. Quería salir corriendo de allí... ¿Cómo podría presentarme delante de mis amigos? ¿Qué opinión tendría de mí mismo? Me sentía abrumado por la culpa. Yo era un fracasado".[21]

El gran dolor que el mecánico culpable sufría recibió cierto alivio por el amor y el perdón de los familiares de las víctimas y de sus colegas. El mecánico dijo: "El tiempo pasaba y la sanidad continuaba. Pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera hablar del accidente. En realidad, sólo después de saber que Dios estaba bendiciendo vidas con el libro sobre el SRAS, *Hacia su Gloria* por Jamie Buckingham, me di cuenta de que mi historia podría ser una bendición para otros. Los lectores parecían recibir un ánimo especial en el capítulo acerca del accidente del Aztec y del mecánico joven que se consideró un fracasado, pero que siguió siendo sostenido por Dios... De no ser por la gracia de Dios, estaría acobardado en algún rincón, desesperado por el sentimiento de culpabilidad, convertido en la octava víctima del accidente del Aztec. Eso sí sería un fracaso... ¡Alabado sea Dios, pues no es asir[22]

Para todos los miembros de Wycliffe, la tragedia de 1972 fue un golpe muy duro, pero el ministerio de la aviación continuó con más impulso aun. A fines de esa década, el SRAS, bajo la dirección de Bernie May, aumentó su personal a más de cuatrocientos trabajadores de jornal completo. Tenían más de setenta aviones y helicópteros, en los cuales hay quienes arriesgan la vida para promover el evangelismo mundial.

Gleason Ledyard

Si el avión fue una bendición para los misioneros en la selva, tal vez lo fue aun más en las zonas árticas donde deambulan los nómadas por la tierra vasta, estéril y cubierta de hielo. Las condiciones atmosféricas en ese lugar impiden los viajes largos por otros medios. La escasa población y los misioneros esparcidos en las regiones árticas impedían que fueran posibles los servicios de apoyo de la aviación misionera. Así que los misioneros de esa zona del mundo con frecuencia tenían que ser pilotos también. Uno de tales pilotos-evangelistas fue Gleason Ledyard, director de la Cruzada Evangélica a los Esquimales, quien comenzó su ministerio en la Bahía de Hudson en 1946.

La obra de la aviación misionera en el Ártico fue en muchos aspectos más dura que en la selva. Los viajes prolongados, con pocos puntos de referencia, y un tiempo implacable e imprevisible convertían cada vuelo en un riesgo calculado. Los aterrizajes de emergencia debido a la acumulación de hielo en el avión eran algo común. En esos casos tenían que construir un iglú y esperar a que pasara la tormenta. Donde las temperaturas bajaban a cuarenta o cincuenta grados bajo cero, había que mantener el motor caliente con calderas de vapor. Algunas veces tenían que esperar dos o tres días para continuar el viaje. Debido a las bajas temperaturas, los vuelos a gran altura eran raros. Algunas veces, para evitar los vientos repentinos y la congelación, los aviones volaban hasta a tres metros del suelo.

Los años que pasaron los Ledyard en la obra con los esquimales en el Ártico

tuvieron días de separación, llenos de tensión. Catalina se quedaba en la misión para enseñar en una escuela para los niños esquimales. Gleason volaba a lugares remotos, en un esfuerzo por alcanzar a los esquimales que no habían oído el evangelio nunca antes. En varias ocasiones se perdió la comunicación por radio, y Catalina pasó días sin saber si su esposo estaba vivo o muerto. Un incidente así ocurrió poco después de iniciar él su ministerio aéreo en la Bahía de Hudson. Gleason salió a un viaje evangelístico de 1.600 kilómetros, con gasolina y comida para un mes. Sólo unas horas después del despegue se dio cuenta de que había perdido el rumbo. Siguió con la esperanza de poder reconocer algo de lo que se indicaba en el mapa. Por la noche ya estaba convencido de que estaba completamente perdido en algún lugar del Ártico. No tenía comunicación radial y había gastado la mitad de la gasolina. Como el mal tiempo impedía que siguiera en el aire, aterrizó a la orilla de un lago, amarró la avioneta y levantó su tienda de campaña. Aunque se consolaba con su Nuevo Testamento de bolsillo, esa fue una ocasión llena de ansiedad, como lo expresó después: "¿Dónde estaba yo? ¿Cómo encontraría la dirección correcta para regresar a casa? ¿Tendría que esperar hasta que tuviera un viento de cola fuerte? El sol le podría indicar el rumbo, pero estaba oculto por espesas nubes. Las estrellas también podrían mostrarle la ruta a seguir, pero las noches eran muy claras y no se veían las estrellas. Sólo me quedaba esperar, aunque fueran varios días."[23]

Al tercer día los vientos cesaron y el firmamento comenzó a despejarse. Entonces Gleason pudo calcular la dirección por la posición del sol. Tan pronto como levantó el campamento, alzó vuelo. Después de varias horas su esperanza aumentó cuando pudo ver, delante de él, lo que parecía ser el lago Baker. Sintió mucho alivio cuando pudo encontrar en el mapa su situación. Horas más tarde su gozo fue completo cuando aterrizó otra vez en la misión.

A pesar de esas aventuras, la recompensa de llegar hasta grupos de esquimales aislados en zonas remotas valía el riesgo que se corría. Gleason relató después uno de esos casos: "Después de la primavera, cuando ya no había hielo en los lagos, Dios me permitió tener una experiencia de mucho gozo. Fue la alegría de enseñar a un grupo de esquimales, por primera vez, las palabras de vida. . . Nunca antes se había oído el nombre de Jesús entre ellos, excepto en las blasfemias de unos impíos blancos que habían estado en comunicación con ellos durante años... Nunca antes había tenido yo tanto deseo de aprender su idioma. Durante el tiempo cuando los hombres no estaban pescando o haciendo otros trabajos necesarios, nos reuníamos frente a la tienda de campaña. . . Toda palabra expresada se repetía después de mí. Si algo no estaba claro, había una pausa. Yo expresaba mi idea de otra manera. Apenas ellos entendían el significado, repetían la palabra a coro.[24]

Los vuelos a campamentos remotos y la predicación del evangelio eran el ministerio principal de Gleason. Su capacidad como piloto le daba también otras oportunidades de servicio. De zonas remotas, con frecuencia, traía a gente que necesitaba más atención médica de la que podía él ofrecer. También traía niños de edad escolar para que su esposa les enseñara en la escuela de la misión. Las operaciones de rescate también requerían su ayuda. Una de esas misiones tuvo que ver con un piloto comercial que se perdió, con cinco pasajeros, en algún lugar de aquella oscura inmensidad mientras viajaban a un campamento minero. Aunque ellos no podían indicar su ubicación, mantuvieron comunicación radial con el campamento durante algún tiempo después de aterrizar. Las condiciones atmosféricas demoraron la búsqueda del gobierno, pero Gleason salió a buscarlos, a pesar del peligro de la ventisca. Así tuvo el privilegio de

encontrar y rescatar al piloto y a sus asustados pasajeros después de varios días de intensa búsqueda.

Tales rescates le ganaron a Gleason el respeto de los endurecidos e irreligiosos mineros. Unos meses después del rescate, él volvió y se sintió conmovido por las muestras de gratitud que recibió: "Cuando aterrizamos, fue como ver viejos amigos otra vez. Tan pronto como anunciamos una reunión para aquella noche, hubo mucha actividad en nuestro derredor... Muchos no habían tenido un himnario en las manos por muchos años, pero cantaron con gusto después de darles un poco de ánimo. . . La expresión de sus rostros mientras yo explicaba sobre la sangre de Cristo, lo que puede hacer por nosotros, lo que significa, y cuán libremente está a nuestra disposición fue algo que no había visto nunca antes. Muchos hombres se quedaron después de la reunión para hablar con nosotros.[25]

A pesar de los años de evangelismo personal pasados en la región ártica, los Ledyard vieron que la obra era lenta y desalentadora, especialmente entre los esquimales. La gente parecía amable y aceptaba su ministerio, pero no quería abandonar sus supersticiones paganas tradicionales. Otro problema que tenían, común a cualquier obra evangelística, era la seguridad falsa de la salvación que algunos habían recibido de otros misioneros: "Algunos habían introducido el cristianismo antes, pero sólo como ritos litúrgicos. Casi no había conversiones de corazón. En realidad, una de las cosas más difíciles de combatir era la idea falsa de que el bautismo, conforme a las reglas y ritos de la iglesia, y la lectura de las mismas oraciones por la mañana y por la noche, eran la esencia de la vida cristiana."[26]

Una de las ocasiones más satisfactorias para Ledyard fue cuando vio que el poder del evangelio trascendía las barreras de la superstición y de los ritos religiosos. Una mañana, un Domingo de Ramos, en una aldea de una isla a centenares de kilómetros de la estación de la misión, hubo un avivamiento mientras él hablaba. Casi todos los habitantes de la isla hicieron profesión de fe en Jesucristo. Aunque esa ocasión era tan importante, los Ledyard siempre estaban conscientes de la tentación que tenían los esquimales de caer de nuevo en sus supersticiones. Esto sucedía especialmente cuando los dejaban solos durante mucho tiempo sin un pastor residente. Los signos externos algunas veces causaban buena impresión, pero ¿habría resultados duraderos? Después de otra gira evangelística, Gleason escribió: "Nosotros no llevamos libros de estadísticas ni contamos narices, pero confiamos en que habrá algunos esquimales en el cielo gracias a la obra de Dios realizada en ese viaje.[27]

Si a los Ledyard no les preocupaban las estadísticas, se preocupaban menos por llevarles a los esquimales un cristianismo de cultura occidental. Insistían en que no estaban "interesados en llevar nada de la iglesia cristiana[28] a estos pueblos lejanos, sino sólo a Cristo. Esta filosofía, más que ninguna otra cosa, preparó el camino para la introducción del verdadero cristianismo entre la gente aislada en las zonas desérticas del Ártico.

Marcos Poole

Los vuelos en la selva no se consideran aconsejables para un aficionado que careciera de preparación especializada y de una experiencia considerable en la aviación. Pero la necesidad de viajar sobre terreno selvático difícil ha llevado a muchos misioneros a soñar con pilotear sus propios aviones. Esos sueños se desvanecen cuando se considera el alto costo de tal transporte. Marcos Poole, un médico que trabajaba en el Congo, había

tenido tales sueños a menudo. No por su propia conveniencia, sino para extender más su ministerio de salud para salvar preciosas vidas. El fue uno de los pocos que pudieron realizar tal sueño. Poole se crió como vaquero en Texas en la década de los veinte. Pasaba las vacaciones recorriendo a caballo la hacienda de su padre. Después de la secundaria, asistió a la Universidad de Texas y entonces fue a la Universidad Johns Hopkins para obtener su grado en medicina. Su meta era servir como misionero médico donde más lo necesitaran. Sus colegas lo desanimaron de tal empresa debido a su incapacidad física (una enfermedad cardiaca), pero Poole estaba decidido a dar su vida donde pudiera llevar alivio a la mayor cantidad de dolor humano. El Comité de Misiones Mundiales de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos lo aceptó. En 1936 él y su esposa comenzaron su obra en el África Ecuatorial. Un grupo de investigadores médicos había declarado esa región como "la zona más plagada de enfermedades de todo el mundo".[29]

El ministerio de Poole tenía su centro en Bulape, Congo. Allí estableció un hospital con 120 camas. El personal estaba constituido en su mayoría por congoleses que él mismo había preparado. Aunque todo su tiempo estaba ocupado en operaciones, las rutinas del hospital y el consultorio (nunca menos de cien pacientes al día), no se sentía satisfecho todavía con la atención médica limitada que podía ofrecer. Siempre estaba consciente de las multitudes que vivían en las selvas lejanas. Ellas no tenían servicios médicos en absoluto, excepto las ocasiones cuando, por emergencia, podía él ir en canoa de tronco, a pie, o en su viejo automóvil. Pero en muchos casos llegaba demasiado tarde.

"Algún día voy a conseguirme un avión", le dijo a un amigo en 1947, al hablarle de sus frustraciones en la obra médica. Aunque parezca una fantasía, Poole lo dijo en serio. Había aprendido a volar años antes y le entusiasmaba casi tanto como la medicina.

El sueño de pilotear su propio avión se convirtió en realidad en 1951. Una iglesia presbiteriana de la Florida le donó un Piper Tri-Pacer en memoria del hijo de su pastor, un piloto naval. Desde el primer día en que el avión llegó al Congo, el ministerio de Poole cobró nueva apariencia. Ya no estaba amarrado en Bulape. Ahora tenía libertad para servir en puestos médicos donde no había antes tratamiento médico. Bambuya, a unos cuarenta kilómetros al norte de Bulape, el sitio de una pista de aterrizaje del gobierno, fue el lugar para su primera clínica. Allí, en un dispensario con techo de paja, instaló a un ayudante africano que atendería los problemas médicos de rutina. Todas las semanas, Poole regresaría a llevar provisiones, tratar los casos más graves y transportar pacientes en estado crítico para hospitalizarlos en Bulape.

La reputación del médico aéreo se propagó rápidamente por toda la zona, y otras tribus aisladas también pidieron un servicio médico semejante. Una de esas tribus fue la de los batua, un grupo de pigmeos primitivos que vivía a unos 120 kilómetros de Bulape. Tanto era su deseo de atención médica que un grupito de hombres hizo el arduo viaje a Bulape, examinaron con cuidado la pista de aterrizaje y regresaron a casa listos a duplicar lo que habían visto. Durante varias semanas los batua trabajaron con intensidad con palos y canastas, retiraron los árboles y los arbustos y emparejaron el desigual terreno.

Cuando acabaron la pista surgió una emergencia médica y despacharon a un hombre a Bulape a buscar al Nganga Buka (el sanador blanco milagroso). Aunque Poole había oído que estaban construyendo la pista, dudaba que fuera segura para el aterrizaje. Sin embargo, el mensajero persistió tanto que él decidió ir a examinarla. La observación aérea de cerca le sorprendió con agrado y quiso tratar de aterrizar: "Cuando el Piper se deslizó por entre los árboles y el doctor Poole se acercó a la pista, los pequeños habitantes de la aldea ... se llenaron de alegría. Bailaron toda la noche y hasta el día

siguiente ... y cocinaron antílopes y cerdos salvajes ... para la celebración."[30]

En la continuación del ministerio médico de Poole, estableció más dispensarios regionales. Durante los primeros tres años solamente de su ministerio aéreo, voló unos 50.000 kilómetros, trató a millares de pacientes y salvó centenares de vidas. Pero él ministraba también a las necesidades espirituales de la gente. Jorge Kent dice: "No comienza ninguna cirugía sin una oración en el idioma autóctono. Varias veces a la semana, Marcos se quita los guantes y el delantal de cirujano para predicarle a la gente desde el púlpito."[31]

Miguel Hines

Los pilotos misioneros pueden usar los aviones tanto para la comunicación como para el transporte. En 1968 Miguel Hines, misionero de las Asambleas de Dios en México, quiso ayudar al Instituto Internacional por Correspondencia a llevar el evangelio a tantos hogares como fuera posible en zonas no evangelizadas. En una avioneta volaba sobre centenares de pueblos y aldeas. A poca altura arrojaba tarjetas que anunciaban que se enviaría gratis la primera lección sobre "Las preguntas importantes de la vida" a cualquiera que devolviera la tarjeta a la oficina del instituto en la Ciudad de México. En tres meses llegaron más de 20.000 tarjetas y se les envió el curso a los estudiantes.

Miguel había estado fascinado con la aviación desde su juventud y estaba a la expectativa de la aplicación de los avances técnicos a la causa de las misiones. Conocía la técnica del vuelo en círculos desarrollada por Natanael Saint y perfeccionada por otros para la comunicación con la gente en tierra. Entonces reconoció las posibilidades del sistema de "reflexión de sonido" usado en la guerra de Vietnam. Con un tipo de altoparlante especial en el avión, y bajo ciertas condiciones atmosféricas, el piloto podía hablar a toda la gente de una aldea. Ellos podían indicar su respuesta con espejos o agitando un pedazo de tela, según les indicara el piloto. ¡Qué buen método para llevar el evangelio a millares de aldeas! De ese modo Miguel Hines fue el primer civil que utilizó el sistema de reflexión de sonido.

En una mañana soleada y sin viento, Miguel y su copiloto Ted Stocks volaban en círculos encima de una aldea mientras Miguel predicaba un mensaje evangélico corto y sencillo por el altoparlante. Después le decía a la gente que iba a orar y les pedía a los que querían que orara por ellos que entraran en sus casas y sacaran un espejo o una toalla y le hicieran señales. La oración podía ser por salvación o sanidad. La respuesta de la gente era una oportunidad para expresar su fe, un paso más para acercarse a Dios.

Los líderes de su denominación consideraron la manera en que ese ministerio se podía ligar a los esfuerzos evangelísticos especiales que se programaban para centros urbanos estratégicos. Sería más eficaz si se coordinaba con campañas y testimonios personales en tierra. Miguel podría arrojar volantes que anunciaran la hora y el lugar de las reuniones. Algunas personas situadas en la calle en cada cuadra y con un distintivo especial estarían listas para hablar con la gente después de la oración de Miguel. El podría decirles que buscaran a la persona con el distintivo (o una banda en el brazo) de la cuadra. Miguel también anunciaría los servicios y el nombre de la iglesia y del pastor de esa zona.

Tal técnica resultó muy eficaz cuando Miguel ayudó en varios lugares de cada país de América Central y la República Dominicana. En Guatemala las iglesias tuvieron cruzadas simultáneas de dos semanas. En un mes Miguel hizo 211 vuelos para cubrir los pueblos donde se tenían las campañas.

Miguel está consciente de los peligros de estos vuelos. Ha sobrevivido a tres accidentes, uno casi fatal en que el avión quedó destruido. Poco después estaba otra vez en el aire, predicando y observando el reflejo de los espejos con que hacían señas los de abajo que aceptaban a Cristo como su Salvador.

PARTE V

Cambio hacia la nacionalización

Han ocurrido grandes cambios en todo el mundo durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. "La tendencia aparente más obvia de ese período — escribe Rafael Winter — fue la `retirada de Occidente' sin precedentes ... el desplome de cuatrocientos años de construcción de imperios europeos en el mundo no occidental."[1] Mientras las superpotencias y sus aliados se enfrentaban entre sí, los que habían sido países sin importancia política en África, Asia y América del Sur se convirtieron en importantes "potencias". Las naciones subdesarrolladas, gobernadas durante mucho tiempo por potencias coloniales, de repente llamaron la atención del mundo, a menudo mediante movimientos revolucionarios o por las atrevidas acciones de agresión de pequeños dictadores. El petróleo se convirtió en la materia prima más codiciada del mundo, pues la demanda de energía aumentó, y se multiplicaron las armas nucleares. Estados Unidos ya no era el símbolo de los mantenedores de la paz del mundo. La guerra de Vietnam, principalmente, destruyó tal imagen. Los aliados y las naciones subdesarrolladas ya no temían a Estados Unidos. Aunque era una superpotencia, Estados Unidos aprendió que la manera de tratar a otras naciones no era desde la posición de superioridad implícita, sino en la base de la igualdad.

Los cambios turbulentos que ocurrieron en el llamado Tercer Mundo tuvieron un impacto decisivo en el movimiento de misiones en el extranjero. Durante la década de los sesenta aumentaron los ataques contra los misioneros, en particular donde había movimientos revolucionarios izquierdistas. Hubo muertos entre los miembros de casi todas las misiones activas en zonas del mundo con problemas políticos.

Pero al mismo tiempo que sus "enemigos" amenazaban a los misioneros con actos violentos también se enfrentaban estos a situaciones tensas con sus amigos. Los creyentes del Tercer Mundo ya no querían someterse a la voluntad de los misioneros occidentales, si es que alguna vez lo habían estado. Querían los cargos de liderazgo y el control de sus propios asuntos, que en algunos casos se les había negado por mucho tiempo. La mayoría de las juntas misioneras aceptaron los deseos de los obreros nacionales en este aspecto, y la transición de autoridad, en muchos casos, se realizó con mucha facilidad.

Muchas veces los misioneros introducían la idea del liderazgo nacional antes de que las iglesias estuvieran dispuestas a aceptarla. De todos modos, es cierto que la mayoría de las organizaciones nacionales tenían que asumir su propio control antes de la avalancha hacia la independencia política. A diferencia de las más tradicionales, como la Iglesia Católica Romana y los mormones, la mayoría de las misiones protestantes habían tenido la intención de procurar la nacionalización desde el principio. Con demasiada frecuencia (como en Kenia, por ejemplo), los líderes de las naciones nuevas fueron, en realidad, cristianos nacionales, cuya capacidad como líderes se había pulido gracias a la educación y a las responsabilidades que habían obtenido mediante su participación en movimientos eclesiásticos dirigidos por nacionales. Puede ser que el cambio mundial hacia la independencia nacional deba más al movimiento misionero que a cualquier otra fuerza. Los observadores seculares pueden pasar por alto este hecho simplemente porque,

por ejemplo, no saben que 85% por ciento de las escuelas en África existen gracias a la obra misionera. Esta presencia y el enfoque de las misiones ha recibido muy poco reconocimiento por parte de la literatura seglar.

Mientras los nacionales aceptaban la responsabilidad de sus propias iglesias y los ministerios cristianos locales, comenzaron a demostrar un interés cada vez mayor en el evangelismo intercultural. Esto ya había ocurrido a mediados del siglo diecinueve, en particular en zonas tales como el Pacífico del Sur, pero no fue sino hasta un siglo después que este movimiento ganó un impulso verdadero. Se enviaron centenares de misioneros del Tercer Mundo a servir en el extranjero, así como lo habían hecho los de la cultura occidental durante casi dos siglos. Asimismo muchos cristianos del Tercer Mundo surgieron como evangelistas y estrategas misioneros con reconocimiento internacional.

Uno de los factores que han contribuido al liderazgo nacional y su participación en los ministerios de la iglesia ha sido la expansión de la educación cristiana. La preparación de pastores y evangelistas nacionales ha sido revolucionada en años recientes mediante la introducción de la Educación Teológica por Extensión (En). Muchos nacionales, especialmente hombres casados y con familia, ya eran líderes en las iglesias locales, y no habían podido matricularse en institutos bíblicos y seminarios debido al costo y a la distancia de sus lugares de residencia. Pero por medio de la m, a mediados de la década de los setenta, unas 50.0^{00} personas de más de 70 países ya estaban recibiendo preparación bíblica avanzada para servir de modo más eficaz en sus propias comunidades.

La misma participación e influencia crecientes de los cristianos del Tercer Mundo en la tarea del evangelismo mundial se pusieron de relieve por la cantidad de sus representantes y su participación en el Congreso de Lausana sobre Evangelismo Mundial, en 1974. Una tercera parte de los casi 2.500 delegados provenía del Tercer Mundo, en representación de 150 países. El congreso fue un paso gigantesco hacia el acuerdo mundial de que la realización de la Gran Comisión no es la obligación del hombre blanco solamente. En sentido secundario, el congreso dio la oportunidad a los delegados del Tercer Mundo de sacar a luz sus quejas. Entre ellos estaba el doctor René Padilla, quien dijo que "el evangelio que algunos misioneros europeos y norteamericanos han exportado ha sido un 'cristianismo de cultura', un mensaje cristiano ... distorsionado por la cultura materialista y de consumo de Occidente".[2] Algunos delegados criticaron esa opinión, pero fue un mensaje que los líderes cristianos occidentales necesitaban escuchar.

El Comité de Lausana para el Evangelismo Mundial, que resultó del Congreso, auspició muchos congresos regionales en los años siguientes, con la participación de un gran número de destacados líderes nacionales de todo el mundo. Otra reunión a nivel mundial en Pataya, Tailandia, en 1980, de nuevo atrajo una gran participación de tales líderes eclesiásticos del mundo no occidental. En 1972, un misionero bautista del Sur, Lutero Copeland, propuso una reunión mundial de personal misionero en Edimburgo para 1980, según el ejemplo de la reunión de 1910. La Consulta Mundial sobre Misiones de Avanzada que resultó fue más pequeña y especializada que la reunión de Pataya, pero fue, no obstante, la mayor congregación de delegados misioneros que jamás se hubiera celebrado a nivel mundial. Por primera vez en tal reunión, los líderes misioneros del Tercer Mundo (88, de 57 misiones; una tercera parte del total) trabajaron mano a mano con los delegados misioneros occidentales. Pero en 1910, aunque ya existían agencias misioneras del Tercer Mundo, ninguna fue invitada.

Una característica única de la reunión de Edimburgo en 1980 fue que unos líderes jóvenes, de veintisiete países, organizaron, al mismo tiempo, una Consulta Internacional

de Estudiantes sobre Misiones de Avanzada, la cual se reunió en las sesiones plenarias con los delegados misioneros. Se hace referencia tanto a la organización de los estudiantes como a la reunión de los misioneros como "Edimburgo 1980". El papel de liderazgo de los ejecutivos misioneros del Tercer Mundo se puede apreciar en las varias conferencias matutinas, durante la asamblea plenaria, que se les asignaron.

Al mismo tiempo que aumentaban el poder y la influencia de los cristianos del Tercer Mundo (mientras disminuía la asistencia a la iglesia en las denominaciones antiguas de Europa y Norteamérica), las iglesias evangélicas de Estados Unidos tenían un crecimiento considerable. La revista *Newsweek* proclamó el año de 1976 como "El año de los evangélicos", pues en ese año los dos nombrados como candidatos a la presidencia eran cristianos evangélicos. La encuesta de Gallup de ese año informó que una tercera parte de todos los estadounidenses profesaba haber "nacido de nuevo". Más de la mitad de los protestantes entrevistados habían tratado de convertir a otros a Cristo por medio del "testimonio".[3]

El grupo de evangélicos de más rápido crecimiento en Estados Unidos ha sido el de los pentecostales y carismáticos. Este crecimiento se hace evidente en el esfuerzo misionero de ellos en el extranjero. Durante la década de los sesenta, las Asambleas de Dios y otras denominaciones y misiones pentecostales aumentaron su personal de misioneros en más de 50%. En parte debido a este rápido crecimiento en el alcance misionero, el aumento del pentecostalismo se ha convertido en un fenómeno mundial. "El crecimiento explosivo de iglesias pentecostales autóctonas en Chile, Brasil y África del Sur ha hecho que algunos predigan que el centro futuro del cristianismo estará en el hemisferio sur, entre los pentecostales que no son de la raza blanca."[4] Aun cuando los pentecostales han experimentado el mayor crecimiento, también otros grupos evangélicos han crecido. Durante la década de los setenta, las misiones evangélicas tradicionales aumentaron en casi 40%, alcanzando un gran total de unos 32.000 misioneros. "Todos saben — escribe Roberto T. Coote — que las misiones norteamericanas tradicionales, en general, han tenido un crecimiento extraordinario desde fines de la década de los setenta. En 1980 ya tenían diez de cada once misioneros en el extranjero."[5] (En efecto, los Traductores de la Biblia Wycliffe enviaron ellos solos en 1983 el doble de misioneros del número total combinado de las denominaciones asociadas con el Consejo Nacional de Iglesias estadounidense.)

Al considerar todo el panorama de las misiones hay razón para sentirnos optimistas. El movimiento misionero protestante "todavía está lleno de vida y acción", escribió Heriberto Kane en 1979. "En la actualidad hay más misioneros en más países del mundo que nunca antes en la historia de la Iglesia cristiana." Pero, como indica él, ese no es el único motivo de optimismo. "Nunca antes ha estado tan abierta para el evangelio la gente del mundo pagano... Ahora es difícil entrar en algunos países debido a las visas, los permisos de residencia y los trámites burocráticos, pero después de entrar, los misioneros encuentran a la gente más receptiva que nunca antes."[6]

En 1982 hubo más voluntarios para la obra misionera entre los musulmanes que nunca antes. Durante el mismo año, unos 10.000 estudiantes (muchos influidos por la conferencia trienal de Inter-Varsity que se celebra en Urbana, Illinois) pasaron sus vacaciones de verano en la obra misionera en el extranjero. Algunas organizaciones como la Operación Movilización, fundada en 1958 y dirigida por Jorge Verwer, y Juventud con una Misión, también fundada en la década de los cincuenta, se especializan en enviar jóvenes a misiones de corta duración para distribuir literatura cristiana y realizar

evangelismo.

Otra misión que trabaja con grupos jóvenes por períodos cortos es Cruzadas Internacionales, fundada a fines de los años cincuenta por Kevin Dyer. Su obra tiene que ver con el establecimiento de iglesias. Los equipos permanecen en las zonas que les son asignadas durante dos años. Los grupos, que reciben un intenso curso de ocho meses de Biblia, lingüística y comunicación intercultural, coopera con las misiones establecidas después de llegar al campo misionero. En algunos casos colaboran con funcionarios locales en programas de desarrollo de la comunidad. Como la mayoría de las misiones a corto plazo, esta organización también brinda un curso de adiestramiento para misioneros profesionales. Más de 50% de ellos vuelve al campo misionero, generalmente bajo los auspicios de otras sociedades misioneras, después de completar su servicio de dos años con Cruzadas Internacionales.

Según se ha incrementado el número de misioneros a corto plazo, así también han aumentado los misioneros que se auto-sostienen mediante sus profesiones u oficios seculares, o sea, los "fabricantes de tiendas", como se los ha llamado. Esta es "la onda del futuro", escribe Heriberto Kane. "Hoy día hay millones de estadounidenses que viajan para residir en el extranjero. Si todos los cristianos devotos entre ellos pudieran recibir adiestramiento y se lograra que fuesen testigos eficientes de Jesucristo, añadirían una nueva dimensión al movimiento misionero. El potencial espiritual de ellos es enorme.[7] La Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo y los Navegantes, con ministerios extensos en el extranjero, preparan a estos misioneros aficionados o "fabricantes de tiendas".

Entonces, ¿cuál es el futuro de las misiones cristianas? ¿Habrá terminado ya la época de los tradicionales misioneros vitalicios? ¿Llevarán los misioneros provenientes del Tercer Mundo, los evangelistas a corto plazo y los misioneros aficionados la carga del esfuerzo misionero del futuro? No. A pesar de los nuevos movimientos, la época del misionero pionero, que dedica toda la vida al evangelismo y al establecimiento de iglesias en otras culturas, no ha pasado. Todavía existen casi 17.000 grupos étnicos a los cuales no ha llegado el mensaje del evangelio, lo cual constituye casi "80% de los habitantes del mundo que no son cristianos — escribe Wagner —", los cuales "necesitarán, al principio, del evangelismo transcultural a fin de ganarlos para Cristo". ¿Cómo se hará eso? El predice con optimismo que "el número de misioneros reclutados y enviados por las iglesias del Tercer Mundo aumentará mucho, mientras que el de los enviados por las naciones de la cultura occidental se mantendrá estable".[8]

Con más pesimismo, Rafael Winter teme que haya en el futuro una avalancha de jubilados, en la cual unos 30.000 misioneros se jubilen o regresen a su patria, por alguna otra razón, durante los próximos diez años; mientras que tal vez sólo unos 5.000 nuevos saldrán al campo misionero, a juzgar por el reclutamiento actual.

A las misiones evangélicas todavía les espera una obra inmensa, pero esa obra nunca se debe considerar aparte de las tremendas realizaciones ocurridas en las décadas recientes. El doctor David Barrett, en su enorme estudio sobre las religiones del mundo, *La Enciclopedia Cristiana Mundial*, señala que la extensa penetración del cristianismo en todos los continentes y entre muchos de los pueblos del mundo, la ha constituido como la primera religión de la historia del mundo en llegar a ser verdaderamente universal. Aunque admite que el número de cristianos nominales está disminuyendo un poco en proporción con la población del mundo (debido a la disminución en las iglesias europeas y norteamericanas más antiguas), afirma que "el alcance, el impacto y la influencia del cristianismo han surgido de modo espectacular", en gran parte como resultado del vigor

de las misiones evangélicas.[9]

En cierto sentido, todos los misioneros han sido siempre nacionales de alguna iglesia determinada. Actualmente el principal cambio radica en el traslado de la iniciativa hacia el mundo de culturas no occidentales. El cambio ha sido mayor en el caso del cristianismo mundial que en el poder político. Esto significa un éxito para las misiones occidentales, no un fracaso. Se hubieran perdido muchas vidas de misioneros en incontables países si la iglesia cristiana no hubiera sido la primera en propiciar el cambio pacífico de liderazgo en esas naciones.

CAPITULO 17

Mártires del siglo veinte:

Testigos fieles

El siglo veinte comenzó con una crisis en China que costó la vida a más misioneros protestantes que cualquier otro baño de sangre semejante de la historia. Aunque no se repetiría, fue el preámbulo de lo que seguiría. Pocos períodos de la historia cristiana han visto tantos mártires cristianos como el siglo veinte. Al surgir los movimientos de independencia en las naciones en vías de desarrollo, aumentó el clamor por el rompimiento de las cadenas de la dominación extranjera. En muchos casos, al estallar las revoluciones, se consideró a los extranjeros (en particular a los norteamericanos y a los europeos occidentales) como opresores. Poco se diferenciaba entre el diplomático, el comerciante y el misionero. Se sospechaba que todos formaban parte de una conspiración imperialista para explotar a las naciones más débiles del mundo. Esta falsa suposición le costó muy caro a las misiones cristianas.

Al progresar el siglo veinte, los misioneros se enfrentaron cada vez más a disturbios políticos. La idea del martirio ya no era la imagen del misionero cocinado en la olla de una fiesta de caníbales, sino las imágenes de misioneros enfrentados a turbas hostiles y a ataques de guerrilleros y de terroristas. Varios países de Asia, África y América Latina fueron asolados por movimientos izquierdistas durante la segunda mitad del siglo veinte. En ellos resultaron muertos tanto misioneros como cristianos nacionales.

La persecución y el martirio infligidos a los misioneros extranjeros durante el siglo veinte alcanzaron mayor intensidad cuando iban dirigidas a los cristianos nacionales, en particular a los pastores y evangelistas influyentes, cuya asociación con los misioneros extranjeros se consideraba como una amenaza al nacionalismo o a los movimientos de independencia. Durante la rebelión de los Bóxers, centenares de consagrados cristianos y evangelistas chinos fueron martirizados por causa de su fe, pero ninguno con mayor heroísmo que Chang Sen. Aunque era ciego, Chang había sido uno de los evangelistas itinerantes más eficientes que Manchuria hubiera conocido jamás. Su éxito lo hizo objeto de la persecución más severa. En el clímax de los abusos de los Bóxers, éstos quisieron que Chang sirviera de escarmiento. Se escondió en una cueva para salvar la vida, pero cuando supo que matarían a cincuenta cristianos si no informaban de su escondite, salió por su propia voluntad, aunque sabía bien las consecuencias. Aun frente a la muerte, Chang mantuvo un testimonio vibrante que hizo temblar a sus verdugos. Estos insistieron en que se quemara el cadáver de Chang por temor a que, como Cristo, resucitara de los muertos.

Otro cristiano de Manchuria que soportó un sufrimiento intenso por su fe fue el evangelista Kim. Fue torturado cruelmente y encarcelado repetidas veces por no dejar de predicar el evangelio. Durante su octavo arresto lo torturaron más de lo que podía soportar. Por último, firmó un documento en que daba su aprobación al sintoísmo. Después sintió tanto remordimiento que escribió a las autoridades, arrepentido de lo que había hecho. De inmediato lo llevaron a la prisión, donde permaneció hasta su muerte en 1943.

La Segunda Guerra Mundial produjo muchos ataques violentos contra los misioneros. Tal vez ninguno fue peor que la masacre de Hopevale en 1943 que costó la vida a una docena de misioneros estadounidenses. Hopevale [Valle de la Esperanza] fue el nombre dado a un campamento improvisado en una espesa selva de la isla de Panay, en las Filipinas, adonde habían huido los misioneros en busca de seguridad. Entre ellos se encontraban los médicos Federico Meyer, de la Facultad de Medicina de Yale, y Francisco Howard Rose, graduado de la Universidad de Chicago. Ambos eran amados y respetados por los filipinos. Durante más de un año se escondieron en el campamento, mientras continuaban realizando su ministerio físico y espiritual entre la gente de las aldeas cercanas. Entonces, en diciembre de 1943, un contingente de soldados japoneses los descubrió, los puso en fila y los fusiló junto a otros cinco estadounidenses. Ni siquiera hicieron un simulacro de juicio sumario antes de darles muerte.

Después de la guerra, excepto en la Unión Soviética y en la Europa Oriental, hubo una disminución relativa en la persecución religiosa en todo el mundo. Pero la calma fue temporal. Desde principio de los sesenta, con el surgimiento de movimientos de independencia en varias zonas del globo, la persecución y el martirio de cristianos volvió a ocupar un lugar prominente en las primeras planas de los periódicos.

A pesar de tales amenazas a los misioneros, hoy día la obra continúa y la iglesia cristiana de los países asolados por violentas luchas políticas sigue su marcha triunfal. Por cierto, la iglesia en tales regiones a menudo crece más rápidamente que en zonas del mundo que se ven libres de violencia política. Hace siglos San Agustín eligió a los mártires cristianos para hacerlos objeto de una alabanza muy especial, y sus palabras todavía tienen validez: "Los mártires cristianos son santos hombres de Dios que lucharon o permanecieron firmes por la verdad, aun hasta la muerte, para hacer conocer la Palabra de Dios y vencer la falsedad y las ficciones. Tal sacrificio se ofrece sólo a Dios; por eso el mártir es recibido con honores celestiales. Esto significa que Dios ha premiado la fe del mártir con tanta gracia que la muerte, que parece ser enemiga de la vida, se convierte en realidad en una aliada que ayuda al hombre a entrar en la vida."[1]

En 1970, según las estadísticas compiladas por el investigador de misiones David Barrett, 230.000 personas perdieron la vida, ese año solamente, por su fe en Cristo. Barrett, quien ha hecho la principal investigación estadística sobre el martirio cristiano dice: "Las cantidades anuales pertinentes a través del siglo veinte son mucho más elevadas de lo que ninguno de nosotros haya imaginado hasta ahora. El martirio sigue desempeñando un papel destacado en la evangelización local, nacional, regional, continental y global."[2]

Juan y Betty Stam

Durante los años que siguieron a la rebelión de los Bóxers, la hostilidad hacia los extranjeros continuó en China. Se sospechaba mucho de los misioneros aunque su obra era en su mayor parte de carácter humanitario. Se los acusó de propagar una epidemia de cólera que se extendió por las provincias del norte en 1902, y como resultado una turba mató a dos miembros de la MIC. Otro ataque brutal contra los misioneros ocurrió cerca de Hong Kong en 1905 y ocasionó cinco muertes, entre ellas la de la muy amada médica Eleonora Chestnut.

Cuando llegó a China en 1893 con la Misión Presbiteriana Americana, la doctora Chestnut construyó un hospital. Gastó su propio dinero para comprar los ladrillos. Aun antes de terminar el hospital llevaba a cabo intervenciones quirúrgicas en su propio baño,

por falta de un lugar mejor. Una de estas operaciones fue la amputación de una pierna a un chino pobre. Hubo complicaciones y necesitó injertos de piel. Después le preguntaron a la médica acerca de un mal que padecía en una de sus piernas. Ella respondió: "Oh, no es nada", sin más comentarios. Luego una enfermera reveló que el injerto de piel para el "insignificante chinito" se había tomado de una pierna de la doctora Chestnut, para lo cual usó solamente anestesia local.[3]

Durante la rebelión de los Bóxers, la doctora Chestnut dejó su puesto mucho después que la mayoría de los demás misioneros, y al año siguiente volvió a ocuparlo. Entonces en 1905, mientras estaba ocupada trabajando en el hospital con otros cuatro misioneros, una turba invadió el edificio. Aunque escapó a tiempo para avisar a las autoridades y hubiera podido librarse, insistió en volver a la escena de los acontecimientos a ayudar a rescatar a sus colegas. Fue demasiado tarde. Sus colegas habían sido asesinados. Pero había otros que necesitaban ayuda. Su última acción de servicio al pueblo chino, al cual había amado, fue rasgar un pedazo de tela de su propio vestido para vendar la frente de un niño que había sido herido durante la matanza.

A pesar de tales incidentes de odio brutal a los extranjeros, los primeros años del siglo veinte fueron de relativa paz en China, durante la cual la comunidad cristiana creció mucho. Pero en la década de los veinte, la escena política china era un caos. La autoridad de Sun Yat Sen era desafiada por todas partes. Había más de una docena de "gobiernos" que tenían varias ciudades como su centro, y facciones militares dominaban las zonas agrícolas. En 1925 murió Sun Yat Sen y la suerte de los extranjeros en China se hizo peor que nunca. Los comunistas, dirigidos por Mao Tse-tung, tenían cada vez más influencia, y varios misioneros fueron asesinados como resultado de una aparente instigación comunista. La situación empeoró cuando Chiang Kai-shek surgió como líder de la oposición. En 1927 sus ejércitos del sur se extendieron por toda China, dejando millares de muertos en su camino. Se ordenó a los misioneros que salieran del interior. Durante 1927 solamente, casi 50% de todos los misioneros extranjeros que estaban en China salió para no volver más. Aun se obligó a la gran mayoría de los misioneros de la MTC a salir a lugares más seguros. Dejaron sólo unas cuantas personas para administrar setenta puestos misioneros.

Parecería que un disturbio político tan caótico hubiera causado una disminución de la obra misionera de la MTC. Por el contrario, "precisamente cuando la situación general estaba peor, en 1929, Hoste [el director general] telegrafió a los países de origen de los misioneros para pedir 200 obreros cristianos [en su mayoría hombres] para los próximos dos años". La meta se alcanzó en cuanto a la cantidad y al tiempo, pero "a pesar suyo, sólo ochenta y cuatro eran hombres".[4] A pesar de los peligros que sabían les esperaban, las jóvenes misioneras se presentaron como voluntarias entusiastas. Entre ellas estaba Betty Scott, graduada del Instituto Bíblico Moody e hija de misioneros presbiterianos en China.

Mientras estaba en Moody, Betty había asistido a las reuniones de oración semanales de la MTC. Allí conoció a Juan Stam, quien también quería ser uno de los 200 llamados. Pero aunque Betty y Juan se querían y sus planes iban en la misma dirección, consideraban como secundario el matrimonio. Juan le escribió a su padre: "Betty sabe que, para ser justo y debido a mi amor por ella, no puedo pedirle que contraiga un compromiso que implique años de espera... La Misión del Interior de la China ha pedido solteros que viajen por zonas a donde sería casi imposible llevar a una mujer, hasta cuando se comience una obra más estable... Hace algún tiempo le prometí al Señor que, si era conveniente para este movimiento de avanzada, yo entraría con gusto. Por lo que

ahora no puedo echarme atrás sin tener suficientes motivos; no puedo hacerlo por meras consideraciones personales."[5]

En el otoño de 1931 se embarcó Betty hacia China en tanto que Juan permanecía en Moody a fin de completar su último año de estudios. En su discurso de graduación, Juan, conocedor de la depresión económica de Estados Unidos y de las crisis políticas en el extranjero, retó a sus compañeros a proseguir con la tarea del evangelismo mundial: "¿Nos batiremos en retirada y daremos la espalda a nuestro elevado llamamiento en Jesucristo; o nos atreveremos a avanzar a las órdenes de Dios, frente a lo imposible? ... Recordemos que la Gran Comisión no promete progreso solamente cuando haya abundancia de fondos y ausencia de dificultades o sacrificios personales. Por el contrario, se nos dice que debemos esperar tribulaciones y aun persecuciones; pero también la victoria en Cristo."[6]

Había motivos para esperar persecuciones. La situación en China seguía muy sombría. Hubo muchos ataques violentos a las misiones en 1932, pero ninguno peor que la masacre horrible de once misioneros en Sián, que trabajaban bajo los auspicios de la Misión Alianza Escandinava (MAE), que ahora se llama Misión Alianza Evangélica.

Después de graduarse en el otoño de 1932, Juan salió para China, emocionado por su futuro ministerio, pero sin esperanzas de ver a Betty. Antes de la llegada de Juan a China, ella tuvo que volver a Shanghai por motivos de salud. Allí Juan y ella tuvieron una reunión inesperada y feliz, y se comprometieron para casarse. Después de un año de separación, se casaron en el hogar de los padres de Betty en Tsinán. Durante el año siguiente, continuaron el estudio del idioma mientras servían en el centro de la misión de la MTC en Suancheng.

En septiembre de 1934 Betty dio a luz una niña, Elena Priscila. Ese otoño los asignaron a una misión en la provincia de Anhwei, de donde habían evacuado a los misioneros dos años antes. Les dijeron que la actividad comunista había disminuido. El magistrado local les dio su garantía personal de seguridad y les prometió que no había "peligro de comunistas" en esa zona.[7] Los dirigentes de la MIC, ansiosos de volver a abrir la misión, también estaban persuadidos de que la zona era bastante segura.

Desafortunadamente tanto los funcionarios chinos como los de la MIC habían cometido el grave error de juzgar mal la situación. Los Stam llegaron a fines de noviembre. Antes de pasar la primera semana de diciembre, los soldados comunistas atacaron su casa. Aunque puesto bajo guardia, le permitieron a Juan que escribiera esta carta a sus superiores:

Tsingteh, An. 6 de diciembre de 1934 Misión del Interior de la China
Shanghai
Amados hermanos:

Mi esposa, mi niña y yo estamos actualmente en manos de los comunistas en la ciudad de Tsingteh. Ellos piden 20.000 dólares de rescate.

Todas nuestras posesiones y provisiones están en manos de ellos, pero alabamos a Dios porque tenemos paz en el corazón y una cena esta noche. ¡Que Dios les dé sabiduría en lo que hagan y a nosotros fortaleza, valor y paz en el corazón! El es poderoso y un Amigo maravilloso en esta situación.

Los acontecimientos se sucedieron con mucha rapidez esta mañana. Ellos estaban en la ciudad sólo unas horas después de que los rumores persistentes se tornaron alarmantes. Por eso no pudimos prepararnos para salir a tiempo. Nos demoramos mucho.

¡Que el Señor los bendiga y los guíe, y en cuanto a nosotros, que Dios sea glorificado, ya sea en vida o en muerte!

En El,

Juan C. Stam°

Al día siguiente obligaron a los Stam a que emprendieran una terrible marcha hasta otro pueblo. Fue una ocasión de angustia mental y física. No sólo estaban sus vidas en peligro, sino que podían escuchar como los guardias comunistas hacían planes de matar a la niña para evitarse la molestia de llevarla cargada. Se salvó la vida de Elenita, pero sus padres no corrieron la misma suerte. Después de llegar a su destino, los dejaron en ropa interior y los desfilaron por las calles para ponerlos en ridículo en público. Mientras tanto, los líderes de la guerrilla comunista soliviantaban al pueblo para que acudiera en masa a presenciar la ejecución.

Una semana después del fusilamiento de sus padres, Elenita fue entregada, en una canasta de arroz, al hogar de otra familia de misioneros, a unos 160 kilómetros a través del peligroso terreno montañoso. Un evangelista chino la había hallado abandonada en una casa, unas treinta horas después de la ejecución. El se hizo responsable de llevarla a un lugar seguro.

El martirio de los Stam fue un golpe terrible para la MIC. Pero, quizás más que ningún otro incidente, desde la muerte de Gracielita Taylor, contribuyó a fortalecer y unir a una misión bombardeada por el desaliento por todos lados. Muchos jóvenes, inspirados por el sacrificio de los Stam, dedicaron su vida a las misiones. En 1935 ingresó en las arcas de la misión la mayor cantidad de dinero desde la quiebra financiera de 1929.

Hubo otros mártires misioneros en China en los años siguientes. Entre ellos se contaba Juan Birch. Comenzó su carrera misionera en Hangchow con una organización misionera bautista en 1940, cuando China estaba en guerra, en todos los frentes, con los invasores japoneses. Casi de inmediato, lo reconocieron por su valor, al viajar por los campos de combate, "deslizándose a través de las zonas ocupadas por los japoneses para predicar en aldeas a las que no se habían atrevido a ir los misioneros desde el comienzo de la guerra".[9] Después participó en la evacuación de misioneros y evangelistas chinos, fuera de la zona de combate. Fue una operación de rescate de un solo hombre, el cual desafiaba todos los riesgos para sacar a veces hasta setenta personas a la vez. Después de la guerra se quedó en China a pesar de la amenaza creciente de las guerrillas comunistas. Siguió su extensa actividad evangelística a pesar de los riesgos que conocía bien. En uno de esos viajes, las fuerzas comunistas lo emboscaron y lo asesinaron.

Otro nombre famoso en la lista de los mártires de China es el de Eric Liddel, el gran atleta de 1924, cuya historia es el tema de la película premiada *Carruajes de Fuego*. Liddell, hijo de misioneros, se crió en China. En 1925, sólo un año después de su gran victoria olímpica, volvió a China como misionero. Su ministerio cubrió el período de la guerra entre China y Japón. El y su familia conocían, por experiencia propia, las penurias y peligros de la vida misionera. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, la situación política de China empeoró. En 1941 Liddell decidió enviar a su esposa y a sus dos hijos al hogar de sus suegros en Canadá, hasta que pasaran los peligros peores. Ese mismo año los japoneses pusieron a Liddell y a otros seis miembros de la Sociedad Misionera de Londres bajo arresto domiciliario. Así permaneció hasta su muerte, a principios de 1945.

Aunque la muerte de Liddell no ocurrió como consecuencia directa de su prisión, la mala nutrición y la falta de atención médica adecuada pueden haber contribuido a ella.

Murió Liddell luego de una prolongada enfermedad y de lo que se pensó que fuera un ataque de nervios, complicado después con apoplejía. Sin embargo, la autopsia reveló que había sufrido una hemorragia cerebral intensa, causada por un tumor. Su muerte repentina fue un rudo golpe para su familia, sus amigos y sus admiradores de todo el mundo. Su muerte también fue un testimonio del sacrificio de un hombre que con tanta firmeza había puesto su fe en Dios por encima de la fama y de las aspiraciones personales.

Pablo Carlson

Desde la rebelión de los Bóxers de 1900, nunca habían matado a tantos misioneros en un solo año como en la rebelión simba de 1964 y 1965. El terror desatado contra inocentes cristianos congoleses y misioneros extranjeros dejó millares de muertos. Muchos más sufrieron heridas físicas y emocionales que dejarían cicatrices para toda la vida. La doctora Elena Roseveare estuvo cautiva durante meses y fue violada repetidas veces y golpeada. El doctor Carlos Becker, quien escapó apenas a tiempo, pudo continuar su servicio en el Congo. Pero muchos perdieron la vida a manos de la misma gente a la que habían ido a servir. Entre ellos había otro médico, el doctor Pablo Carlson, quien había servido en el Congo menos de dos años. La mayoría de los otros 30 misioneros protestantes y casi 200 misioneros católicos que fueron asesinados habían servido mucho más tiempo que él, en algunos casos con gran distinción. Pero la historia de Carlson fue la más publicada de todos los mártires del Congo.

Carlson nació en California en 1928. Su educación cristiana fue un factor importante en la decisión que tomó en su juventud de dedicar su vida a las misiones. Después de un semestre en la Universidad de California en Los Angeles (UCLA), y de un corto tiempo en la marina de guerra, se matriculó en la Universidad de North Park, en Chicago, para los estudios previos a la medicina. Allí conoció a Lois, quien era enfermera. Después de comprometerse en matrimonio en 1949, volvió él a California a continuar sus cursos de medicina en la Universidad de Stanford.

Ocho años después, con una esposa, dos niños y el título de médico, ya estaba listo para comenzar como interno. Eran tiempos difíciles y, según Lois, "el tema de las misiones médicas se mencionaba cada vez menos" hasta que "al fin desapareció por completo de nuestras conversaciones". Pablo estaba atravesando una crisis espiritual en su vida. Ponía en duda "aun la propia existencia de un Dios Trino".[10]

La consagración latente de Pablo a las misiones se despertó de repente en 1961. Ese año recibió una carta de la Asociación Médica Cristiana, en la cual le exponían la necesidad urgente de médicos en el Congo, y le pedían su ayuda. Lo que más llamó la atención de Pablo fue que no le pedían un servicio de por vida. En efecto, otra carta decía que aceptarían un servicio de cuatro meses. Tal vez con la esperanza de cumplir la promesa de su juventud en sólo cuatro meses, Pablo aceptó la invitación. En junio de 1961 dejó a Lois y a los dos niños en Michigan y voló al Congo.

Solo un año antes, con poca preparación previa, Bélgica le había concedido la independencia al Congo, y la situación política era muy volátil. El nuevo primer ministro, Patricio Lumumba, ordenó a los belgas que salieran, y muchos otros extranjeros los siguieron. El gobierno estaba en un caos, sin líderes ni empleados públicos. Bandas de soldados y de jóvenes delincuentes recorrían las ciudades y los campos. Había pocos profesionales y técnicos. Esa tensa situación les producía temor y ansiedad aun a los ciudadanos más cumplidores de la ley. En un ambiente así se encontró Pablo al descender del avión en Leopoldville en 1961.

A pesar del ambiente político inestable, los cinco meses que pasó Pablo en la provincia de Ubangi fueron todo lo que necesitaba para convencerse de la urgente necesidad de misioneros médicos. La necesidad era mayor de lo que hubiera podido imaginar. Las oportunidades para presentar el mensaje del evangelio no tenían fin. ¿Podría volver a ser feliz en Estados Unidos, donde abundaban los hospitales modernos y las iglesias cristianas? "El Pablo Carlson que había vuelto del Congo era una persona nueva — decía Lois —. Su actitud había cambiado, sus ideales brillaban otra vez, sus propósitos para la vida estaban bien definidos, su visión del futuro era de confianza. Supe entonces que Pablo había vuelto en sí y a Dios."[11]

No obstante, la nueva consagración de Pablo a las misiones médicas, la decisión de salir de Estados Unidos y volver al Congo con la familia no fue fácil. Durante el año después de su período de cinco meses en África, se asoció con unos médicos con los que había trabajado durante su residencia como interno en el hospital. La seguridad de buenos ingresos era algo que Lois y él nunca antes habían tenido. "Era fácil considerar la falta de exigencias de la vida, contemplar una existencia cómoda, esperar las cosas que todas las mujeres y las familias quisieran tener. Era fácil esperar como nuestros colegas médicos un nivel de vida mejor, cuando se tienen todas las comodidades que se pueden comprar. Estábamos cerca de obtener ese estilo de vida. Había una decisión que sabíamos que teníamos que tomar ambos."[12]

En el verano de 1963 los Carlson llegaron al Congo como médicos misioneros. Esta vez iban con su propia denominación, la Iglesia Evangélica del Pacto. Los enviaron a Wasolo, una misión de un sector remoto de la provincia de Ubangi donde Pablo había trabajado antes. Allí había solamente otros tres médicos para toda la provincia. Casi de inmediato, Pablo se entregó por completo a la rutina de trabajo del hospital. Atendía un promedio de 200 pacientes diarios. Lois se adaptaba a la manera primitiva del manejo del hogar.

El primer año pasó rápidamente y sin que ocurriera nada especial, pero al principio del segundo año en Wasolo; la situación comenzó a cambiar. Aunque a menudo se referían a Wasolo como el "rincón olvidado" del Congo, no fue inmune a la infiltración rebelde. En agosto de 1964 los simbas amenazaban las defensas del gobierno en esa zona. Para no correr riesgos innecesarios, Pablo pasó, con Lois y los niños, la frontera con la República de África Central. Entonces volvió al hospital a hacer los preparativos finales antes de salir él también.

Durante los días siguientes, Pablo se ocupó en atender casos de rutina, así como también a las víctimas de los combates, a los civiles, a los soldados del gobierno y a los rebeldes. Cruzó el río el domingo para visitar a su familia y prometió volver al miércoles siguiente. Esa visita nunca se realizó. Los simbas tomaron la zona. Antes que Pablo pudiera escapar, lo capturaron. Sufrió tres meses de tortura mental y física antes de que le quitaran la vida.

La publicidad que rodeó el martirio de Pablo Carlson opacó los sacrificios heroicos hechos por otros misioneros cristianos en el Congo, en particular, misioneros de Estados Unidos, a quienes identificaban como instrumentos del imperialismo estadounidense. A algunos los mataron los guerrilleros simbas, indiscriminadamente, al parecer para ocuparse en algo. Las misioneras solteras frene Ferrad y Rut Hege fueron atacadas en su casa de Kwilu por jóvenes rebeldes borrachos. Sólo Rut sobrevivió para contar la historia.

Héctor McMillan, canadiense, fue otro misionero que murió a manos de los

pimbas. El, su esposa Ione, sus seis hijos y varios misioneros de la Misión a Campos no Evangelizados, quedaron atrapados en Kilómetro Ocho, su misión en las afueras de Stanleyville. Las rutas de escape estaban cerradas y no había a donde ir. Para Ione aquellos días terribles tenían algo de ironía. Había recibido su propio llamado a las misiones por influencia del martirio de Juan y Betty Stam. Ella pensaba que Dios quería que fuera a China a llenar el vacío dejado por ellos. Pero China cerró sus puertas. Ione fue a servir en el Congo donde conoció a Héctor McMillan y se casó con él. En 1964, después de tener seis hijos, se encontraba con su familia en medio de un conflicto violento no menos aterrador que el que habían afrontado los Stam.

El ataque a Kilómetro Ocho fue repentino. Un rebelde simba mató a Héctor, e hirió a dos hijos de los McMillan. Fue un día de infamia, pero Ione y los otros misioneros no tenían tiempo para lamentarse. Tenían que salir tan pronto como fuera posible. Alvaro Larson, el misionero con más experiencia en esa zona, llegó con mercenarios del gobierno, poco después del ataque, para ayudar a evacuar a los sobrevivientes. El espacio en los camiones era limitado. No había lugar para equipaje y los mercenarios insistían en que sólo había lugar para gente "viva". Tuvieron que dejar el cuerpo de Héctor allí.

Lo que pudo haber sido más devastador para Ione se tomó en un testimonio de la gracia de Dios, un testimonio para el cual había sido preparada de modo extraño mediante la lectura de la biografía de Adoniram Judson. La depresión mental de Judson, después de la muerte de Nancy, había empeorado por causa de los pensamientos mórbidos acerca del cuerpo de ella en estado de putrefacción. Ese relato causó una impresión profunda en Ione. El día antes de la tragedia, ella había prometido que nunca permitiría que tal cosa le sucediera a ella: "Si un miembro de mi familia muere, con la ayuda de Dios no voy a perder el tiempo y las energías que El me dio en la preocupación sobre un cuerpo de barro." Homero Dowdy escribió: "¿Por qué tomó esta decisión sólo ayer? ¿Por qué había leído ella tan recientemente sobre la amarga experiencia de Adoniram Judson? ¿Por qué había alguien comprado este libro, tal vez lo puso a un lado, sólo para que ella lo tomara años después? ¿Por qué había sufrido ese gran misionero al cruzar este valle de lágrimas? Era parte del plan de Dios, la voluntad perfecta de Dios, para ella en ese momento preciso."[13]

Otro misionero norteamericano asesinado de modo brutal por los simbas fue Jaime Tucker, un campesino de Arkansas. Como los McMillan, Jaime se casó después de llegar al Congo. Durante veinticinco años realizaron un ministerio fructífero bajo los auspicios de las Asambleas de Dios. A principios de noviembre de 1964, los simbas arrestaron a Jaime. Unas tres semanas después, cuando los rebeldes supieron que las tropas del gobierno se acercaban, se vengaron en sus cautivos. Primero mataron a un sacerdote italiano. Después a Jaime Tucker. "Al anochecer, alguien le dio un botellazo en la cara al misionero. La botella se rompió con un ruido sordo; la sangre cubrió el rostro de Jaime que, en su agonía, se retorcía en el polvo de la tierra. Con ojos vidriosos y la euforia producida por la mariguana, los simbas comenzaron a gritar mientras buscaban palos para terminar lo que habían empezado. Los que encontraban palos lo golpeaban con ellos; otros usaban la culata de sus rifles. Se turnaban para golpear el cuerpo del misionero. Comenzando por la nuca, siguieron golpeándolo por toda la espalda; lo golpeaban cada vez que la víctima se retorcía."[14]

Con respecto a Pablo Carlson, los casi tres meses de cautiverio habían sido un tiempo de tortura física y mental. Aun antes de su prisión, habían aparecido artículos en los periódicos de Estados Unidos, en los cuales se contaba de su valerosa y sacrificada

obra médica. Después de su captura, aparecieron más artículos, que le dieron una publicidad que pudo haber complicado su situación en el Congo. Como es obvio, los simbas no querían que el mundo pensara que estaban persiguiendo a un héroe santo, por lo que tergiversaron los hechos. Hacia fines de octubre Radio Stanleyville emitió informes sobre el futuro juicio del "comandante Carlson", mercenario norteamericano acusado de espionaje. Durante más de dos semanas no hubo más noticias, pero a mediados de noviembre, se trasmitieron las noticias de que Pablo había sido sentenciado y esperaba la ejecución. Al conocer su valor como rehén, los rebeldes pospusieron la ejecución cuando las negociaciones parecían inminentes.

Fue el 24 de noviembre de 1964, sólo horas antes de la muerte de Héctor McMillan, en el Kilómetro Ocho, y de Jaime Tucker en Paulis, cuando mataron a Pablo Carlson en las calles de Stanleyville. Después de dos días de relativa paz, los rehenes habían oído, al despertar, el ruido de los aviones que volaban sobre ellos y sentían la confusión tensa que los rodeaba. La operación de rescate había comenzado. Los paracaidistas belgas llenaban las calles. El ruido de las ametralladoras se acercaba. Sacaron a los prisioneros, los cuales se tiraron al suelo en la calle, para evitar el fuego cruzado. Después de un tiempo, cesó el tiroteo. Fue un silencio aterrador y de poco consuelo para los prisioneros que yacían indefensos en la calle. Eran fácil blanco de sus enemigos. Pensaron que tenían que correr a buscar refugio. En una acción desesperada, Pablo y otros corrieron al edificio más cercano. Fue un error fatal. Los demás prisioneros escaparon, pero Pablo, quien era uno de los últimos, tuvo dificultades al trepar el muro del barandal, y fue alcanzado por muchos disparos. Lo dejaron morir junto al muro. En pocos minutos terminó la operación de rescate, pero para Pablo ya era demasiado tarde.

El funeral, celebrado por pastores congoleses, fue una escena conmovedora. Centenares de congoleses cristianos que llevaban flores y ramas de palmas, entraron en la aldea de Karawa donde se celebró el servicio. Esa era su manera de dar las gracias al hombre que lo había sacrificado todo por ellos. Un hombre cuyo credo para la vida se resumía en el versículo grabado en su tumba, escrito en la lengua lingala, que se traduce: "Nadie tiene mayor amor que este, que alguien ponga su vida por sus amigos."[15]

Betty Olsen

En tanto que los misioneros entraron en gran número a China en el siglo diecinueve, poca atención se puso en la Indochina: los tres pequeños países budistas del sur: Vietnam, Laos y Cambodia. Sólo en el siglo veinte los misioneros protestantes se establecieron allí; aun entonces una sola misión hacía la obra en su mayor parte: la Alianza Cristiana y Misionera. Esa situación siguió invariable hasta que expulsaron a los misioneros en la década de los setenta. Desde el principio Indochina había sido una zona muy difícil para las misiones cristianas. En realidad, nunca hubo una época en que estuviera libre de persecución. En muchos casos los nacionales recibían el evangelio, pero los gobernantes se sentían amenazados. Durante el régimen colonial francés, se redujo mucho la obra evangelística. Cuando entraron los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, los misioneros que no quisieron salir fueron internados en campos de concentración.

La derrota de los japoneses en 1945, que puso fin a la guerra en Asia, no trajo paz duradera a Indochina. Durante ocho años, desde 1946, Ho Chi Minh y sus guerrillas comunistas lucharon contra el régimen colonial francés de Vietnam hasta la retirada de los franceses, la cual dejó el país dividido por el paralelo diecisiete. Pero todavía no había

verdadera paz. Cuando los civiles del norte comenzaron a huir hacia el sur, la presión del norte aumentó. Las guerrillas comunistas comenzaron a aterrorizar a los aldeanos y el gobierno de Saigón respondió con ataques militares. Entonces, con la introducción de soldados estadounidenses, el conflicto se convirtió en una guerra en gran escala. Los misioneros norteamericanos estaban en peligro como nunca antes.

Aun antes de la entrada de Estados Unidos a la guerra en Vietnam, los misioneros eran objeto de la hostilidad guerrillera. Algunos fueron evacuados de las zonas en que se sabía que estaban los Viet Cong. No obstante, las noticias de que tres misioneros norteamericanos fueron capturados por ellos en 1962 causaron gran conmoción en el mundo cristiano y en el Departamento de Estado. El hecho de que trabajaban en un hospital para leprosos les había dado una falsa seguridad. No querían creer que la guerrilla se atrevería a arriesgarse a la ira de las tribus locales si interrumpían su obra médica. Pero eso es precisamente lo que ocurrió. El doctor Ardel Vietti, médico de Houston, Texas; Archie Mitchell, director del hospital, y Daniel Gerber, un trabajador menonita, fueron conducidos a punta de pistola a la selva, y nunca más se supo de ellos. De cuando en cuando había rumores de su paradero, pero nunca se obtuvieron pruebas concretas de la suerte corrida por ellos a manos de sus captores.

Del ataque al hospital salieron ilesas Betty Mitchell y sus hijos, y una enfermera, Rut Wilting, quien el mismo día del ataque estaba haciéndose un vestido para su boda con Daniel Gerber. Escaparon a la mañana siguiente a Banmethout, la capital de la provincia, que estaba cerca. Aunque conmovidas por los acontecimientos, las mujeres se quedaron en Banmethout y siguieron en sus deberes misioneros, con la esperanza cada día de recibir noticias de sus seres queridos.

Fue en Banmethout, seis años después, donde ocurrió la mayor pérdida de vidas de misioneros. Allí, el 30 de enero de 1968, el día de Tet (el año vietnamita del mono), los Viet Cong atacaron la misión e hicieron una sangrienta matanza. Asesinaron a cinco misioneros estadounidenses (entre ellos a Rut Wilting) y a un niño de cuatro años de edad. Menos suerte que los muertos tuvieron Betty Olsen y Henry Blood, quienes fueron llevados cautivos junto con Miguel Benge, un funcionario de la Alianza para el Progreso, del gobierno estadounidense. Durante varios meses Betty y Henry sufrieron indescriptibles torturas y humillaciones, antes de también ofrendar su vida como mártires cristianos.

El papel "de misionera y heroína no parecía acomodarse a la imagen de Betty Olsen. Muchos de los que la habían conocido en años anteriores hubieran dudado de su utilidad en el campo misionero. Pero en las primeras horas de la ofensiva de Tet ella arriesgó la vida mientras curaba las heridas graves de la pequeña Carolina Griswold (quien murió después) e intentaba transportarla al hospital. En los terribles meses de sufrimiento que siguieron, ella probó que tenía madera de heroína.

Betty tenía treinta y cuatro años cuando ocurrió la masacre de Banmethout. Era una enfermera que había servido menos de tres años con la ACM en Vietnam. La obra misionera no era algo nuevo para ella. Sus padres eran misioneros en África y algunos de los años más felices de su vida pasaron allí. Pero su niñez también estuvo llena de conflictos. Sus primeros recuerdos eran de sus padres ocupados en la obra misionera, ausentes a menudo durante varios días a la vez, cuando salían a visitar las iglesias africanas. A los ocho



Betty Olsen, martirizada en Vietnam después de la ofensiva de Tet.

años la enviaron lejos, a una escuela donde pasaba ocho meses cada año. Allí lloró muchas veces antes de dormir. Para Betty, el internado no fue una experiencia agradable. Se rebeló contra las reglas y no estableció relaciones estrechas con nadie por temor a la pena de la inevitable separación. La inseguridad de su juventud aumentó cuando su madre enfermó y murió de cáncer antes de que Betty cumpliera los diecisiete años de edad.

Betty terminó la secundaria en Estados Unidos y volvió a África. Todavía le preocupaba la inseguridad emocional y buscaba el amor y la atención de su padre, cuyas muchas ocupaciones y planes para el segundo matrimonio lo alejaban de ella. Después del matrimonio de su padre, ella regresó a Estados Unidos y tomó cursos de enfermería en un hospital de Brooklyn. Después se matriculó en la Universidad Misionera de Nyack para prepararse para la carrera de misionera.

Pero Betty todavía no encontraba la felicidad verdadera. Quería casarse y tener su propia familia, pero la relación que ella soñaba nunca se realizó. Después de la graduación, creía que la ACM no la aceptaría como misionera por sus propios méritos. Entonces fue a África a trabajar junto a su padre y su madrastra. Sin embargo, le era difícil controlar la amargura y la rebeldía que había abrigado por tanto tiempo. Después de un tiempo se volvió tan insoportable para los otros misioneros, y era tan difícil trabajar con ella, que le pidieron que saliera de la misión.

A los veintinueve años Betty se encontraba en Chicago trabajando como enfermera y completamente derrotada en su vida cristiana. Estaba tan deprimida que pensó en suicidarse. Entonces conoció a un joven cuyos principios de vida cristiana cambiarían su vida. El trabajaba con los jóvenes de una zona de Chicago en una iglesia bíblica. Se interesó mucho en las necesidades espirituales de Betty, cuando ella compartió con él las luchas que encontraba en su vida cristiana. El le dio principios bíblicos para enfrentar sus sentimientos de incapacidad y la ayudó a superar su mayor problema de entonces, que era la soltería. Al fin ella llegó a un punto en que estaba dispuesta y aun deseosa de servir a Dios como soltera.

Después de esa serie de sesiones de consejería, Betty llegó a ser una misionera productiva en Vietnam. Su consejero, Bill Gothard, desarrolló un seminario de

conferencias conocido como *Instituto Sobre Conflictos Fundamentales de la Juventud*, "basado principalmente en las preguntas que Betty Olsen le había hecho".[16]

Ella necesitó, y puso en práctica, esos buenos principios de vida cristiana durante los meses que soportó el tormento físico y mental a manos de sus captores Viet Cong en la húmeda selva infestada de insectos. Durante días y semanas a la vez, junto con Henry Blood y Miguel Benge, la obligaron a marchar, de doce a catorce horas al día, sustentada solamente por raciones insignificantes de arroz. Los tres sufrían de dengue, el cual les producía fiebre alta y escalofríos. Imploraban que les dieran remedios, pero sus captares insensibles no les prestaban atención o, lo que es peor, los ridiculizaban. Las enfermedades de la piel, causadas por parásitos, eran motivo de gran incomodidad. Para Betty, que permaneció con el mismo vestido que tenía cuando la capturaron, el tormento mayor era que docenas de sanguijuelas le chupaban la sangre, pegadas de las piernas, mientras la hacían caminar sin darle un momento de reposo.

Aunque la prueba era terrible, Betty fue la más saludable de los tres durante la mayor parte de los meses de mortal agonía en la marcha por la selva. A Miguel le dio un ataque grave de malaria y durante más de un mes deliraba, mientras se debatía entre la vida y la muerte. Sobrevivió esa prueba, pero perdió unas cuarenta libras de peso. Henry fue el que más sufrió durante los primeros meses de cautividad. Era un hombre bastante maduro, padre de tres hijos, cuyos ocho años de trabajo con Traductores de la Biblia Wycliffe habían sido sedentarios. No podía soportar los rigores y privaciones de las debilitantes marchas. Además de cálculos renales, de lo cual había sufrido años antes, era atormentado por dolorosos forúnculos.

Por último, durante los días de marcha lluviosos contrajo neumonía, para la cual no recibió ningún tratamiento. Esto le ocasionó la muerte, a mediados de julio, después de más de cinco meses de agonía.

En septiembre, después de casi ocho meses en las sendas de la selva, el fin se acercaba también para Betty y Miguel. "Se les puso canoso el cabello. Perdieron todo el vello del cuerpo y las uñas les dejaron de crecer. Los dientes se les aflojaron y les sangraban las encías." Todos estos eran síntomas de desnutrición.[17] A Betty empezaron a hinchársele las piernas y se le hacía más difícil caminar, especialmente al paso forzado de sus captores. Cuando caía, la golpeaban. Les rogaba que la dejaran morir en el camino, pero no le hacían caso. Sus últimos días son indescriptibles. Sufría de disentería, la cual le causaba muchas diarreas. Se "debilitó tanto que no podía levantarse de la hamaca, donde también tenía que hacer sus necesidades físicas".[18] Miguel la cuidaba lo mejor que podía, pero su condición se iba empeorando. Cumplió treinta y cinco años de edad, mientras se quejaba adolorida en su sucia hamaca, y dos días más tarde murió.

Poco después de la muerte de Betty, llevaron a Miguel a un campamento de prisioneros de guerra, donde estuvo junto a otros estadounidenses. Allí recibió palizas y lo mantuvieron casi un año completamente solo en una celda, antes de ser trasladado al llamado "Hilton de Hanoi", donde también estuvo aislado la mayor parte del tiempo. En enero de 1973, después de casi cinco años de cautiverio, él y casi todos los demás prisioneros fueron puestos en libertad como condición de la retirada de Estados Unidos de Vietnam.

El gozo de su libertad se vio limitado por el dolor de tener que relatar a las familias de Henry Blood y de Betty Olsen los horribles detalles de su agonía en cautividad. Su historia incluía mucho más que la pesadilla sufrida en la selva. El contó de su entrega a Dios por el testimonio abnegado de ellos, y que ellos escondían sus mi-

núsculas raciones de arroz para darles a los cristianos autóctonos prisioneros, cuyas raciones eran aun más pequeñas. En Betty, quien en otra época había sido una joven rebelde y amargada, Miguel vio a "la persona más abnegada que hubiera conocido jamás". Su amor, a semejanza de Cristo, iba más allá de su limitada comprensión: "Nunca manifestó ella amargura ni resentimiento. Amó hasta el fin a los que la maltrataban."[19]

Chet Bitterman

El terrorismo, esa terrible táctica política de la década de los setenta y de los ochenta, afectó también a las misiones, del mismo modo que había afectado al mundo diplomático y comercial. Entre los misioneros protestantes asesinados por terroristas latinoamericanos en años recientes, el que más publicidad recibió, aunque no ha sido el único, fue Chet Bitterman. En septiembre de 1981 mataron a Juan Troyer en Guatemala. Era un misionero menonita de Michigan, de veintiocho años de edad. Lo mataron frente a su esposa y a sus cinco hijos, mientras la banda de terroristas gritaba consignas contra Estados Unidos. Su compañero, Gary Miller, fue herido de bala en el pecho, pero sobrevivió. Después identificaron a los bandidos como el grupo izquierdista autodenominado "Ejército Guerrillero de los Pobres".

Los actos de terrorismo no tomaron por sorpresa a los líderes de las sociedades misioneras. Como estaban conscientes de esta nueva amenaza a la obra, algunos tomaron decisiones en cuanto a la manera de reaccionar si se presentaba tal situación. En 1975 los miembros de la organización Traductores de la Biblia Wycliffe acordaron que la misión no cedería a las exigencias terroristas. Reconocían así que, aunque las concesiones podrían liberar a un individuo tomado como rehén, tal acción sólo serviría para poner en peligro a otros misioneros en todo el mundo.

Esa decisión y las demandas inconcebibles de los guerrilleros impidieron que Wycliffe y el Instituto Lingüístico de Verano aceptaran las demandas de los terroristas colombianos del llamado M-19, a principios de 1981, cuando secuestraron a Chet Bitterman y lo mantuvieron cautivo durante cuarenta y ocho días. Aunque los funcionarios gubernamentales y los de la misión trabajaron intensamente para lograr su liberación, no se tuvo en cuenta la capitulación al pedido de los guerrilleros de que Wycliffe saliera del país.

Chet Bitterman era relativamente nuevo en Colombia, pues había llegado en el verano de 1979, con su esposa Brenda, que estaba en estado de gestación de su segunda hija. El era el mayor de ocho hijos, todos nacidos y criados en Lancaster, Pensilvania, donde su padre era dueño de la Compañía Bitterman de Básculas. Después de terminar el bachillerato, Chet se matriculó en la Universidad Bíblica Columbia. En 1976 se casó con Brenda Gardner, hija de misioneros de Wycliffe en Colombia. Aunque estaba decidido a ser lingüista y misionero, antes de conocer a Brenda la lingüística no había sido fácil para él. Asistió a dos cursos del Instituto Lingüístico de Verano, pero se desanimó por su progreso lento.

Al principio, los Bitterman esperaban servir como misioneros y lingüistas en Malasia, pero los directores de Wycliffe les pidieron que fueran más bien a Colombia. Al llegar allá encontraron obstáculos al tratar de participar en la obra. Intentaron sin éxito comenzar la obra con tres grupos etnolingüísticos diferentes. Por último, hicieron arreglos para trabajar entre los indígenas de habla carijona; pero Chet enfermó y fue enviado a Bogotá para operarse de la vesícula biliar.

Fue mientras esperaba para ser operado en la residencia del ILV en Bogotá que

ocurrió el secuestro. Los terroristas tocaron a la puerta a las 6:30 A.M. y entraron empuñando revólveres y ametralladoras. Silvia Riggs, de Wycliffe, describió lo que pasó, después que la despertó uno de los terroristas enmascarados: "Nos llevaron a todos a la sala y nos hicieron acostar boca abajo, en el piso, mientras nos amarraban de manos y pies y nos amordazaban. Eramos doce adultos y cinco niños... Durante la hora que estuvimos acostados allí, me dolían las manos por la cuerda que tenía atada en las muñecas y comencé a temblar por el frío del piso de cemento."[20] El temor paralizador que se apoderó de esas diecisiete víctimas indefensas mientras yacían en el piso esa mañana del 19 de enero nunca se olvidaría, pero para dieciséis de ellos el trauma real terminaría a las 8 A.M.

Para Chet Bitterman la pesadilla acababa de comenzar. Después del ataque de los terroristas, se supo que la persona que buscaban era Alvaro Wheeler, el director de la oficina del ILV en Bogotá. Cuando vieron que no estaba en el grupo, escogieron a Chet en su lugar y lo metieron a punta de pistola en un automóvil. Entonces se fueron sin dar indicios de sus motivos. La primera indicación real de por qué habían secuestrado a Chet apareció cuatro días después cuando los terroristas, identificados como miembros del M-19, pusieron sus demandas por escrito: "Chet Bitterman será ejecutado a menos que el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) y todos sus miembros salgan de Colombia antes de las 6:00 P.M. del 19 de febrero."[21]

Conocidas las exigencias de los terroristas, se trató de negociar. De todas partes llegaban mensajes con ruegos a los secuestradores para que le perdonaran la vida a Chet. El padre García Herreros, sacerdote católico romano, escribió una carta abierta que se publicó en la primera página de un periódico bogotano y decía: "Queremos pedir a los secuestradores que dejen libre a este hombre que ha dedicado su vida a la muy noble tarea de traducir la Biblia a un idioma indígena. No podemos ser insensibles ni indiferentes al dolor de nuestros hermanos protestantes. Los estimamos y los respetamos. Apreciamos sus esfuerzos por compartir el amor de Cristo. Estamos con ellos en este momento de dolor."[22]

Cuando pasó la fecha límite del 19 de febrero hubo un suspiro de 1 alivio. Tal vez los terroristas se daban cuenta de que sus objetivos., eran fútiles. Pero la realidad de la situación hizo desvanecer toda esperanza. Se pusieron otras fechas límites y casi todos los días había rumores de que ya habían llevado a cabo la ejecución. Era una pesadilla para Brenda y sus compañeros de TBW/ILV. Tal vez para Chet esta prueba haya sido menos traumática que para sus seres queridos.

Durante los cuarenta y ocho días de cautividad lo trataron bastante bien. El sabía que los terroristas eran seres humanos, amados por Dios, aunque sus ideas fueran torcidas. El les testificó, discutió y jugó ajedrez con ellos. "Hasta nos hemos hecho amigos — escribió — y nos respetamos mutuamente, aunque vemos el mundo desde polos opuestos."[23] La "amistad" establecida con sus captores no impidió su ejecución el 7 de marzo. Le pegaron un tiro en el corazón y dejaron su cuerpo en un ómnibus, en una calle de Bogotá.

> En Columbia, Carolina del Sur, el hermano de Chet supo la noticia al ver por casualidad el mensaje de un teletipo. En Huntington Beach, California, Bernie May, director de Wycliffe en Estados Unidos, despertó para contestar una llamada de larga distancia... En Lancaster, Pensilvania, los padres de Chet recibieron el mensaje de un

> periodista local. Y en Bogotá, Colómbia, la calma de la madrugada fue interrumpida cuando el dueño de una tienda cercana golpeó el portón para darle, a gritos, un mensaje urgente a la esposa de Chet: "Encontraron el cadáver de Chet en un ómnibus."[24]

La publicidad dada al secuestro y asesinato de Chet produjo un desbordamiento de aprecio y apoyo para la familia Bitterman y para TBW/ILV. Cam Townsend informó que más de 200 personas habían prometido tomar el lugar de Chet. Townsend fue a Colombia a los funerales y se sintió subyugado por la buena actitud de la gente. "Todo el país se condolió con nosotros. Desde el presidente hasta el policía, que tenía lágrimas en los ojos cuando vino a visitarnos. ¡Fue maravilloso!"[25]

Aunque hay más de cien miembros de Wycliffe en Colombia, ninguno quiso salir, aunque la misión les ofreció enviarlos a otros países. Ellos tenían una obra que realizar y sabían que al quedarse le demostrarían al mundo la inutilidad del terrorismo.

La familia de Chet aceptó la noticia con una serenidad asombrosa, aunque siempre quedaban preguntas sin respuestas. ¿Por qué había permitido Dios que todo terminara en tragedia? El padre de Chet dijo: "El problema con su muerte es que no interpretamos bien la intención de Dios. Todos esperábamos que Chet ganara a sus secuestradores para el Señor... Esperábamos que Dios dejara ir libre a Chet, tal vez de modo milagroso, para que la captura de misioneros tuviera menos atractivo para los revolucionarios... Todavía Dios es Dios. Eso lo sabemos, pero ¿cómo podemos hacer que los periodistas

lo reconozcan? Anhelábamos decir a los reporteros de noticias cuando Chet fuera liberado '¿Ven ustedes lo que Dios ha hecho?' Pero, ¿qué va a hacer El ahora que tenga sentido para el mundo? .. . Casi hemos llegado a la conclusión de que podemos hacer muy poco para explicar la muerte de Chet a nuestros amigos inconversos y al personal de los grandes medios de comunicación, porque hay que buscar la respuesta en el ámbito de lo espiritual."[26]

CAPITULO 18

Misiones del Tercer Mundo:
Las iglesias más jóvenes envían misioneros

Los cristianos coreanos evangelizan a su propia gente y se extienden más allá de sus fronteras. Este fenómeno se ha repetido por todo el mundo y ha continuado por muchas décadas. La iglesia de la cultura occidental ya no tiene la exclusividad de la obra misionera, aunque todavía no la ha terminado. El evangelismo mundial es cada vez más una obra de los cristianos de países del Tercer Mundo. En 1980 el Tercer Mundo envió y sustentó más de 10.000 misioneros en otras culturas. En 1982 había ya 15.000 misioneros. Se calcula que para el año 2000 casi 60% de los cristianos del mundo se encontrarán en las naciones del Tercer Mundo. Un aspecto importante de las misiones siempre ha sido que los naturales de un país alcancen con el evangelio a sus compatriotas; pero sólo en años recientes los habitantes de 'las naciones del Tercer Mundo han logrado prominencia a nivel internacional en el movimiento misionero mundial.

Es un hecho histórico que los misioneros siempre dependieron mucho de los creyentes autóctonos para realizar el evangelismo y la obra pastoral. En China los pastores chinos y las mujeres que enseñaban la Biblia prestaron un valioso servicio a la iglesia cristiana. El pastor Hsi, quien había sido un académico confuciano y adicto al opio, se convirtió en 1879 y trabajó con la m[c durante muchos años. En la India, Ramabai, la hija de un académico brahmán, se convirtió al cristianismo y dedicó su vida a la obra evangelística entre las viudas jóvenes y los huérfanos de su país. En Argentina, Juan Crisóstomo Varetto llegó a ser uno de los líderes más destacados de la América Latina y un influyente promotor de misiones. Su hija Agustina enseñó más de veinte años en el Seminario Internacional de Buenos Aires.

En la mayoría de los casos, los cristianos autóctonos del siglo diecinueve y principios del veinte trabajaron mano a mano con los misioneros, a menudo bajo la guía y autoridad de estos. Sin embargo, algunos obreros nacionales, al reconocer el carácter transitorio de tal medida, insistieron en obtener la independencia. Así pasó en el Japón. Shimeta Niishima fue un japonés que vino a Estados Unidos a aprender acerca del cristianismo y a asistir al seminario. Volvió a su patria en 1874 como misionero. Aunque lo auspiciaba la Junta Norteamericana de Misiones, era muy independiente y su método cristiano parecía más de estilo samurai que norteamericano. Kanzo Uchimura, otro cristiano y maestro de Biblia japonés famoso, fue el fundador del Mukuokai, movimiento cristiano "sin iglesia" y sin lazos con el occidente, cuya única "guía era la Biblia".[1] El líder cristiano japonés del siglo diecinueve que más se manifestó en contra de la influencia occidental fue Masakisa Uemura. El creía que los extranjeros debían apartarse por completo de la dirección de la iglesia japonesa. "El estaba convencido de que la evangelización del Japón debía desarrollarse desde adentro, mediante el trabajo y testimonio de los propios japoneses, ya que la ayuda recibida del extranjero y administrada mayormente por extranjeros no contribuiría al progreso de la obra."[2] En 1904 fundó un seminario teológico japonés, libre por completo del control extranjero.

Desde el principio las sociedades misioneras se dieron cuenta de la necesidad de

tener un vigoroso liderazgo autóctono. Las iglesias nacionales, tales como la Iglesia del Interior de África, obtuvieron su independencia y trabajaron en conjunto con su sociedad misionera "madre" (en este caso la Misión del Interior de África) asumiendo la obra pastoral en las esferas del evangelismo y la educación.

En la actualidad una cantidad inmensa, aunque desconocida, de evangelistas nacionales (que trabajan entre su propia gente) y de misioneros nacionales (que llevan el evangelio a otra gente) reciben el patrocinio de su propio pueblo. Esto quiere decir que unos 500.000 pastores y evangelistas, y tal vez 10.000 misioneros, reciben su sostenimiento sin ayuda extranjera. Es asombroso, pues esto representa una contribución de unos 500.000.000 de dólares que aportan los "creyentes del campo misionero" a su propio programa de expansión. La mayoría de los cristianos de Estados Unidos no tienen ni la menor idea de lo enorme que es en realidad la empresa de las iglesias en el extranjero.

La mayor parte de las sociedades misioneras también ayudan, en ocasiones, con el sostenimiento de líderes nacionales que se ocupan de obras que no tienen el apoyo de su propia gente.. Aun así, la mayoría de los fondos que se recaudan en el mundo occidental para la obra misionera se destinan en realidad al sostenimiento de misioneros occidentales. Este hecho inspiró en 1943 al doctor N. A. Jepson, un especialista en quiropráctica de Seattle, Washington, a fundar la Comisión de Evangelismo para Cristianos Nacionales (CECN); organización dedicada al sostenimiento de cristianos autóctonos. En los primeros años ese patrocinio contemplaba sólo a los chinos, pero en 1982 estaban ayudando a más de 1.000 obreros cristianos en 36 países.

Uno de ellos ha sido Anand Chaudhari, hijo de un sacerdote brahmán de la clase alta. Después de su conversión, Anand salió de su hogar en Goa para servir en Rayastán, una zona casi sin testimonio cristiano. Después de varias décadas de incansable obra, ha visto a millares de hindúes convertirse al cristianismo. Fundó el Instituto Bíblico de Rayastán y comenzó mensajes radiales semanales que se oyen por toda la India. En 1978 organizó un equipo de más de 30 evangelistas, para extenderse por toda la India con literatura cristiana. Gracias a ese 'esfuerzo, más de 60.000 personas solicitaron cursos bíblicos por correspondencia.

Debido a su propia experiencia, Anand ha podido comunicarse eficazmente con hindúes de las castas altas. Hace poco tuvo la oportunidad de guiar a los pies de Cristo a un profesor de ciencias políticas y autor, de la clase alta. Este hombre al principio mantuvo su conversión en secreto. ¿Cómo podría un extranjero haber entendido por lo que estaba pasando ese hombre? Pero Anand sí pudo. El recordaba bien la experiencia dolorosa de contar a su propia familia acerca de su conversión. Para ellos habría sido mejor que se hubiera muerto. Y entonces, poco después de esa visita, tuvo la noticia de que su familia y centenares de otras personas habían resultado muertos por una estampida de elefantes durante un festival hindú. Sólo su fe cristiana lo sostuvo en esa crisis. Su impresionante testimonio llega al corazón de otros hindúes.

En las islas Filipinas la CECN contribuye al sostenimiento de la Asociación Misionera de las Filipinas, una organización local dirigida por filipinos y que patrocina a más de 100 misioneros, muchos de los cuales han sido preparados en el Instituto Misionero de las Filipinas, fundado en 1961. Al ayudar en el sostenimiento de tales misiones, la CECN cree que sirve a la causa de las misiones mundiales por los medios más eficaces posibles. Los que trabajan en sus propios países se sostienen a un costo menor que los misioneros extranjeros, no tienen barreras culturales ni lingüísticas y no se ven impedidos por países "cerrados". La acusación de que la CECN está "mimando" a los

nacionales y negando a su propia gente el privilegio de apoyarlos es injusta, según los funcionarios de la CECN. La mayor parte de sus fondos suplementan a los ministerios que ya tienen un apoyo nacional, como en el caso de la AMF, que recibe 80% de su presupuesto de funcionamiento de los propios filipinos.

Muchas agencias misioneras nacionales no están de acuerdo con la idea del apoyo desde afuera y por eso rechazan el dinero extranjero. Una de tales organizaciones en la India es el Grupo de Oración por los Misioneros, de la Sociedad de los Amigos. Bajo la dirección de Samuel Kamaleson y otros, esta organización autóctona ha enviado unos 400 misioneros al norte de la India.

Otra organización misionera del Tercer Mundo que llama la atención es la Asociación Misionera Evangélica a las Naciones (AMEN), dirigida por Obed Alvarez, del Perú, quien llegó a ser su director general a los veintiún años de edad. La misión había sido fundada más de treinta años antes y había "estado renqueando" hasta que Alvarez se encargó de ella en 1979. En 1983 la misión ya contaba con más de 100 misioneros y auspiciaba una escuela de misiones en la que se usaba un libro de texto escrito por el propio Alvarez.[3]

Aun cuando la mayor parte de las organizaciones misioneras tradicionales trabajan muy estrechamente con los obreros nacionales, la relación entre estos y los misioneros y los líderes de la sociedad misionera no está exenta de problemas. Una manifestación de esto ha sido el desarrollo de la "teología de la liberación".

> La meta de la teología de la liberación — escribe José Spinella — es liberar a toda la humanidad de todo impedimento a su plena realización humana. Se insta a la gente a que colabore con Dios en el proceso histórico de la liberación del mundo. El pecado, según [Gustavo] Gutiérrez, es todo lo que se oponga o socave este movimiento... La salvación se encuentra en la consagración al amor al prójimo y a luchar contra la opresión, aun por medio de la revolución si fuere necesario.[4]

Mientras los conceptos de la teología de la liberación y los problemas presentados por el sincretismo (la combinación de creencias religiosas paganas con el cristianismo), en general, presentan dificultades a los misioneros y misionólogos de la década de los ochenta y del futuro, la mayor parte de las misiones del Tercer Mundo aún llevan a cabo un evangelismo basado en las enseñanzas de la Biblia. Algunos de los promotores de misiones más influyentes y eficientes del mundo en la actualidad provienen de las naciones del Tercer Mundo. El futuro del evangelismo mundial depende en mucho de sus métodos e ideas.

Un promotor de misiones muy respetable e influyente y de fama internacional es Rochunga Pudaite, cuyo impacto en la traducción y distribución de la Biblia ha sido inmenso. Su preocupación por su propia tribu hmar y por el evangelismo mundial le sirvió de estímulo para emprender un viaje difícil y a veces desanimador, desde una aldea remota de la selva del noroeste de la India hasta Wheaton, Illinois, donde su misión, Biblias para el Mundo, tiene su centro de operaciones.

Rochunga Pudaite nació en Senvon, una aldea india de Manipur cerca de la frontera con Birmania. Era una zona tan remota del centro de gobierno de Nueva Delhi que ni siquiera aparecía en el censo oficial y no tenía escuelas oficiales ni correo antes de

que Rochunga, en su juventud, llamara la atención de Nehru sobre el asunto. Sus primeros recuerdos eran los de un niño de cinco años, desprendido del único vecindario que había conocido a fin de trasladarse a otra aldea a tres días de camino. Eso fue en el año de 1932. Su madre estaba enferma, y los amigos y familiares estaban protestando, pero no pudieron persuadir a su padre, Chawnga, a que desistiera. Tenía un llamado de Dios para ir allá. No era fácil dejar la seguridad que había tenido como pastor de una iglesia establecida en la aldea, pero se sentía impulsado a obedecer. ¿Quién más llevaría el evangelio a Phulpui, si se negaba él a ir? Aunque le faltaba instrucción, Chawnga era un orador dinámico y bien preparado para la obra de evangelismo pionero. En cuestión de meses ya tenía una congregación considerable y había comenzado a viajar a las aldeas vecinas, y a compartir un mensaje sencillo del evangelio por dondequiera que fuera.

Chawnga había sido convertido a los quince años por el ministerio de un misionero de Gales, Watkin Roberts, cuya estadía en Senvon terminó bruscamente cuando los funcionarios gubernamentales le ordenaron que saliera. El joven Chawnga se sintió desanimado, pero encontró pronto el remedio a la situación. Si el misionero no podía ir adonde él estaba, entonces él iría a buscar al misionero. Viajó unos 160 kilómetros, mucho más allá de la frontera de la tribu hmar, hasta el sitio donde pudo aprender a leer y a estudiar la Biblia con su amigo y padre espiritual. Después regresó y pasó el resto de su vida en la evangelización de su propia gente. En menos de cincuenta años, 80% de la tribu hmar, que se extendía por una zona de unos 10.000 kilómetros cuadrados, ya profesaba el cristianismo, gracias a la dedicación de Chawnga y de otros evangelistas y pastores autóctonos.

Tenía apenas diez años de edad Rochunga cuando su padre le habló a solas y con mucha firmeza sobre la gran necesidad de que un cristiano hmar obtuviera preparación a fin de traducir la Biblia al idioma de su gente. Pronto se dio cuenta Rochunga de que su padre tenía ese plan para él. Eso significaba que tendría que ir lejos, a la escuela, por mucho tiempo, a vivir en un ambiente extraño. Tuvo temor al principio, pero se daba cuenta de que tal oportunidad era rara para un joven hmar.

El viaje de 160 kilómetros por la selva parecía no tener fin, pero a los 6 días de duro caminar, Rochunga y su padre llegaron a la escuela de la misión de Churachandpur. Era un internado y la mayoría de los muchachos vivían en el dormitorio. Sin embargo, tal lujo estaba más allá de los medios de la familia pobre de Rochunga. El privilegio de asistir a la escuela de la misión lo ganaba ordeñando treinta y cinco vacas, mañana y tarde, desherbando la huerta y ayudando con los quehaceres domésticos. No le quedaba tiempo para jugar fútbol ni para divertirse con los demás muchachos y casi no le quedaba tiempo para estudiar. Tuvo dificultades en las clases, enseñadas por diferentes maestros indígenas, cada uno en su propio dialecto, y pensaba que tal vez no podría ni siquiera terminar el primer semestre.

A pesar de todos los obstáculos, Rochunga demostró pronto sus aptitudes de líder y lo eligieron a la presidencia del Esfuerzo Juvenil Cristiano. El aceptó el cargo con entusiasmo. Con extraña madurez para su edad, organizó al grupo en equipos de testimonio para evangelizar las aldeas vecinas, siguiendo el ejemplo dado por su propio padre.

Aunque tuvo éxito en su esfuerzo evangelístico, la educación de Rochunga se vio plagada de dificultades, una de las cuales fue el aprendizaje del difícil idioma inglés, tan lleno de incongruencias. Rochunga, que había de llegar a ser misionero y traductor, luchó con ese idioma imposible. Pero sabía que sin él su ministerio futuro quedaría muy

limitado. Aunque pasaba muchas horas estudiando y "se esforzaba hasta que le dolía el cerebro", parecía que no iba a salir adelante.

Sólo por medio de un incidente humillante comenzó a dominar el idioma. Le pidieron que dirigiera la oración en una reunión pública de oración en inglés. "El se levantó, tembloroso y comenzó: Nuestro Padre celestial . . .' y no se acordó de nada más. No podía pensar en una sola palabra en inglés. Se estuvo allí en pie, en un silencio avergonzador, aferrado al espaldar del banco que tenía enfrente. Podía oír que sus amigos comenzaban a reírse. Después de seis o siete minutos de tortuoso silencio el líder dijo en voz alta: Amén.' "[5]

Rochunga se sentía avergonzado y corrió en dirección al dormitorio cuando terminó la reunión. Se cubrió con las sábanas y lloró en su almohada, pensando en huir antes que ver de nuevo a sus compañeros. Pero por la madrugada, después de suplicar a Dios toda la noche en oración, "se sintió inundado de mucha calma", y decidido a ganar la batalla. Después de terminar sus quehaceres, se fue a la casa de la misión y pidió prestados un ejemplar del Libro de oración común y otro libro de oraciones, ambos en inglés, y se prometió que nunca más le faltarían palabras cuando le pidieran que orara. "A las dos semanas había memorizado casi todas las oraciones de los libros. El idioma inglés, que le había estado velado por tanto tiempo, comenzó a descubrirse. La humillación de la reunión de oración lo había llevado a la propia fuente de victoria sobre la dificultad que pudo haberle impedido alcanzar su meta."[6]

Rochunga tendría que escalar más montañas al continuar su educación. Después de la secundaria, ingresó en la Universidad de San Pablo, en Calcuta. Aunque ya tenía más de veinte años de edad, la competencia era dura; Rochunga no había vencido del todo sus primeras desventajas como joven henar. Cuando recibió los resultados del examen para obtener su grado en A.I. (Artes Inmediatas) vio que había fallado en una materia, por un solo punto, pero eso pondría en peligro el resto de su educación universitaria y lo obligó a repetir un año de estudios.

A pesar de las dificultades, Rochunga nunca se apartó de su propósito de traducir la Biblia para la tribu hmar. Se había prometido a sí mismo que nada lo distraería de ese proyecto. Comenzó esa tarea durante los años en la universidad, y consagraba un valioso tiempo de estudio con ese propósito. Pero hubo distracciones y una de ellas tenía que ver con el futuro de su propia tribu. Como resultado de una entrevista que Rochunga tuvo con el primer ministro de la India, Nehru, el gobierno le dio reconocimiento a la tribu y lo escogieron a él para representarla, con la esperanza de que algún día lo eligieran a un puesto en el parlamento. Fue una época emocionante y Rochunga disfrutaba de su nueva popularidad y reconocimiento. El día de la celebración de la victoria, sin embargo, todo cambió. Rochunga recibió un telegrama que lo obligó a reconsiderar su futuro. El mensaje era de un hombre a quien nunca había conocido, Watkin Roberts, el misionero que había guiado a su padre a Cristo. Le ofrecía el costo de una educación bíblica en Inglaterra o en Escocia. Fue una decisión difícil, pero cuando Rochunga se levantó para hablar, en vez de dar un discurso de aceptación, renunció a la posición para la cual había sido elegido.

En Escocia no sólo se preparó en Biblia, sino que continuó su traducción del Nuevo Testamento hmar y pidió a la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera que lo publicara al terminar. Allí también conoció a Billy Graham, quien le sugirió que continuara sus estudios en la Universidad de Wheaton. Ese mismo año salió para Estados Unidos. Su adaptación a la vida en Estados Unidos y a la universidad en Wheaton fue un choque cultural duro para Rochunga, pero pronto hizo amigos. Entre ellos estaban algunos

líderes cristianos influyentes, como Roberto Pierce de Visión Mundial, Juan D. Jess, un radio-difusor cristiano y V. Raimundo Edman, rector de la Universidad de Wheaton, quienes vieron grandes posibilidades en este entusiasta hindú.

Mientras Rochunga tomaba cursos en Wheaton y revisaba el Nuevo Testamento en hmar, se sentía presionado por Watkin Roberts para que se encargara de la Misión Pionera Indo-Birmana, que éste había fundado años atrás. Aunque Rochunga tenía deudas de gratitud con Roberts, la oferta no le parecía muy atractiva. La misión no tenía "propiedades, capital, junta, funcionarios; ni siquiera una lista de correspondencia". Todo lo que tenía era "un grupo de obreros autóctonos que amaban al Señor y querían servirlo, y un anciano que desde el otro lado del mundo les escribía cartas alentadoras[7]. Pero a Rochunga le pareció imposible dar una respuesta negativa a quien había dado tanto de sí al pueblo limar.

En 1958, después de completar el Nuevo Testamento en hmar, Rochunga asumió la dirección de la Misión Pionera Indo-Birmana. En su junta directiva había varios líderes cristianos de renombre que querían ayudarlo a ampliar el alcance de la misión. Rochunga volvió a la India y, en menos de un año, estableció nueve escuelas en las aldeas y una escuela de enseñanza media. Entonces regresó a los Estados Unidos, con su esposa Mawii, a continuar sus estudios y levantar fondos para la misión. El primer cargamento de diez mil ejemplares del Nuevo Testamento en hmar llegó a la India y, en seis meses, se vendieron todos.

La década de los sesenta fue muy especial para Rochunga y la misión. Recibían ofrendas de más de 200.000 dólares al año y la obra en la India había crecido con rapidez. En 1970 ya había unos 350 misioneros nacionales, sesenta y cinco escuelas, una escuela de enseñanza media y un hospital. Sin embargo, el futuro no era todo color de rosa. Los rebeldes comunistas estaban trabajando en la antes tranquila tribu timar. Su influencia en la juventud limar era una amenaza a la tribu y al futuro del cristianismo allí. Una vez más la gente buscó la dirección de Rochunga. Le pidieron que volviera a hacer campaña para un puesto en el parlamento. Le aseguraron un amplio apoyo y una victoria fáci1 sobre los comunistas.

Le oferta era tan atractiva que Rochunga no podio dejarla pasar. A pesar de las objeciones de su esposa Mawii, consiguió asiento en un vuelo que llegaría a Nueva Delhi dos días antes del vencimiento del plazo para inscribirse como candidato. El avión salió a tiempo, pero los problemas atmosféricos en la ruta crearon prolongadas demoras. Cuando el avión aterrizó en Nueva Delhi, ya habían pasado quince minutos después del plazo. Fue un desengaño para Rochunga, pero no dejó que se perdiera la oportunidad. Se dedicó a las campañas de evangelismo que los líderes de la iglesia hmar ya le tenían preparadas. Muchos se convirtieron al cristianismo a pesar de las amenazas de persecución y el rechazo de las familias. El suceso más halagador de la campaña fue la conversión de un académico musulmán, lo cual hizo un impacto profundo en Rochunga.

Hasta entonces su preocupación mayor había sido su tribu limar y las zonas aledañas, pero ahora comenzó a pensar a escala mundial. Le parecía que la evangelización de todo el mundo era una imposibilidad absoluta. Calculaba que para evangelizar a cada persona de la India se necesitarían mil misioneros durante mil años. Tendría que haber un método mejor. Comenzó a orar en busca de una solución y, mientras oraba, recibió la respuesta de modo poco convencional. El tema de la propaganda de una compañía de teléfonos: "Deje que sean sus dedos los que caminen", no se apartaba de su mente. Como no podía concentrarse, dejó de orar. "Al levantarse, vio dos directorios telefónicos que

estaban sobre su escritorio. Entonces entendió la visión. Esos libros contenían los nombres y direcciones de todas las personas de Calcuta y de Nueva Delhi que podían pagar por el servicio telefónico; los educados y más influyentes, los líderes a quienes él quería alcanzar con el evangelio."[8]

El envío de ejemplares del Nuevo Testamento, por correo, a los suscriptores de teléfonos era el método de evangelismo que Rochunga había estado buscando. Se puso en comunicación con Kenneth Taylor, cuya *Living Bible* [La Biblia Al Día]se había convertido en éxito de librería. Convinieron en que podría obtener todos los ejemplares que necesitara sin tener que pagar regalías. La Liga Bíblica Mundial del Hogar convino en imprimir esa Biblia a precio de costo. Así nació Biblias para el Mundo en 1971. La obra misionera en la tribu limar continuó, pero sólo como una faceta de este nuevo movimiento internacional.

La primera página del Nuevo Testamento impreso para distribución incluía el testimonio de Rochunga y una dirección en Nueva Delhi. Poco después de hacer el primer envío por correo, comenzaron a llegar cartas en respuesta. Los primeros 50.000 ejemplares que se enviaron produjeron unas 20.000 cartas. Era la primera vez que muchos hindúes, musulmanes y sikhs habían visto o leído la Biblia; querían saber más de ella y obtener las respuestas a ciertas preguntas.

La tarea de llegar a los suscriptores de teléfonos de la India era monumental de por sí. Pero muy pronto Rochunga pensaba en pasar las fronteras a Birmania, Tailandia, Sri Lanka y llegar hasta los 500 millones de suscriptores de todo el mundo. El envío de los Nuevos Testamentos y el dar respuesta a las preguntas produjo más oportunidades para propagar el evangelio. Cuando Rochunga volvió a la India y anunció una reunión, el auditorio se llenó más de una hora antes. Centenares se aglomeraron frente a él cuando se hizo la invitación a los que quisieran saber más sobre la manera de hacerse cristianos. Así fue como comenzó a cumplirse la visión de un hombre para alcanzar al mundo para Cristo.

Festo Kivengere

Uno de los más famosos africanos que desempeñó un papel de liderazgo en el evangelismo mundial ha sido Festo Kivengere, obispo anglicano de Uganda. Fue producto del gran avivamiento del África Oriental. Debido a ello sus viajes por todo el mundo para predicar el evangelio se han visto rodeados de una cautivante vitalidad espiritual. En tanto que las naciones occidentales se debatían en la lucha por salir de una paralizante depresión económica en la década de los treinta, los fuegos del avivamiento se encendían en el África Oriental. Era el principio de uno de "los grandes movimientos del Espíritu Santo en el siglo veinte". El avivamiento se prendió de modo espontáneo entre los africanos y durante más de cuarenta años siguió extendiéndose y renovándose. Según Festo, fue una fuerza contagiosa. "Las personas que habían nacido de nuevo cuando eran analfabetos ... se aprendían de memoria los versículos; después iban y los predicaban sin tener una Biblia. . . Han ganado centenares y millares de personas... "[9]

Festo se convirtió durante los primeros años del avivamiento, y su peregrinaje espiritual corre paralelamente con ese avivamiento continuo durante las décadas siguientes. Nació en Kigezi, Uganda. En su niñez participaba con su familia en la adoración de los dioses tribales. Entonces cuando tenía unos diez años de edad supo acerca del cristianismo. Un evangelista africano fue a Kigezi y predicó acerca de Cristo y de su amor por los seres humanos. Esa era una idea completamente nueva para Festo, casi

incomprensible. El quería saber más y comenzó a leer una cartilla del Evangelio de Lucas, Buscaba algo más significativo que los dioses de la tribu, algo que. "mi padre ... nunca pareció haber encontrado". Su búsqueda terminó algunos años después cuando consagró su vida a Cristo mientras asistía a una escuela de internos.[10]

Durante esa época el avivamiento de África Oriental ya rebasaba las fronteras de Uganda hacia Kenia, Tanzania, Zaire y otros países vecinos. Festo participó en este esfuerzo evangelístico, como laico. Pasó cinco años enseñando en una escuela de su aldea natal; su mayor preocupación era las necesidades espirituales de su tribu. Con el correr del tiempo, sin embargo, la necesidad de llevar el mensaje a otros pueblos se hizo más imperiosa. El y su esposa Mera "sintieron el llamado de Dios para ir a Tanzania como misioneros".[11]

A fines de los años cincuenta el ministerio evangelístico de Festo se hizo internacional. Después de una gira de predicación por Australia, sirvió por algún tiempo como intérprete de Billy Graham después viajó alrededor del mundo para reunirse con líderes religiosos y hablar a multitudes de millares de personas. Su preocupación por África no disminuyó y fue una figura influyente en h Empresa Africana, grupo evangelístico semejante al de Billy Graham Con esta organización ayudó a mantener el impulso del avivamiento de África Oriental.

No todos sus colegas eclesiásticos de Uganda recibieron bien 11 participación de Festo en el avivamiento. El clero anglicano era escéptico en su mayoría de lo que consideraban como fanatismo emocional. Ninguno de los líderes principales participó durante lo primeros años. Ellos y la mayoría de los pastores "permaneciera muy secos", y opuestos a cualquier señal de "entusiasmo" religioso.[12]

Durante el tiempo que pasó Festo como misionero en Tanzania, tuvo que soportar los insultos y el ridículo de los líderes de la iglesia oficial. En una ocasión, recordó después, un "pastor africano subió al púlpito de la catedral un domingo cuando la iglesia estaba llena de gente y dijo: `Ahora, presten atención: Quiero prevenirlos contra algunos extraños que han entrado aquí hace poco. Ellos hablan mucho de la salvación, pero son lobos con pieles de ovejas. Cuídense de ellos.' "[13] Festo y sus colaboradores no se dieron por vencidos y su persistencia dio fruto. Unos meses después, el mismo pastor anglicano "se puso en pie delante de su congregación ... mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Les dijo: 'Hace unos meses les dije que si alguno de ustedes recibía esta salvación de la que ellos hablaban yo lo excomulgaría. Yo he sido salvo. Ahora ustedes pueden excomulgarme si quieren.' "[14]

La mayoría de los ministros anglicanos no pasó al cristianismo evangélico con tanta facilidad. Ellos estaban satisfechos con su formalismo y sus creencias, y no querían tener nada que ver con un ¸movimiento que a veces perdió el control. "Hemos tenido nuestros excesos — admitió Festo — y han ocurrido toda clase de cosas: sueños, visiones nocturnas, convicciones de pecado; pero nunca nadie ha puesto estas cosas por encima de Cristo crucificado y vivo entre nosotros."[15]

La tarea de Festo era mantener los excesos bajo control; mantener el avivamiento en su curso; predicarles a los líderes de la iglesia oficial y llevarlos a una fe personal en Cristo. Fue una empresa difícil, pero en 1976 él ya podía decir que "más de 85% de los clérigos, y también todos nuestros obispos, conocen a Jesucristo como su Salvador".[16] Para ese entonces, Festo había sido consagrado como obispo anglicano y la iglesia de Uganda pasaba por su más doloroso período de pruebas y persecuciones.

Fue en enero de 1971, casi dos años antes de que nombraran a Festo como obispo

de su propia diócesis de Kigezi, cuando Idi Amín, mediante un golpe de estado, fue instalado como presidente de Uganda. Al principio muchos habitantes de Uganda se alegraron del cambio, pero ese entusiasmo se fue desvaneciendo pronto. "Antes de tres meses — escribió Festo — nos dimos cuenta de que se les había dado poderes extraordinarios a los militares para arrestar y ejecutar al instante a cualquiera que pareciera poner en peligro el régimen."[17]

Muy pronto Uganda se vio envuelta en un ambiente de temor y terror. Cualquiera, incluso los líderes eclesiásticos, que hablara contra el régimen se consideraba como enemigo del estado, y aun era sospechoso que alguien compartiera su fe con otro. No era ni la ocasión ni el lugar para defender los principios cristianos. Sin embargo, "al aumentar el peligro y el malestar, hubo un avivamiento espiritual... Hubo arrepentimientos sinceros delante de Dios y reconciliaciones con los hermanos. . . Por toda Uganda la gente de las aldeas y de las ciudades encontraba su fortaleza en Dios. .."[18]

Fue en esa ocasión de disturbios en Uganda cuando consagraron a Festo como obispo en la Catedral de San Pedro, en Kampala. Fue un día memorable no sólo para él y su familia, sino también para millares de cristianos de Uganda. Reemplazó a un obispo inglés, y gracias á ello la diócesis de Kigezi tuvo su propio obispo africano. La ceremonia, conocida como "entronización", requería vestimentas y liturgia especiales y, según Festo, "puede hacerlo sentir a uno muy orgulloso", pero él, con su humildad, puso la ceremonia y la adulación que la acompañaba, en su propio lugar. El citó a su amigo, Yohana Omari, primer obispo africano de Tanzania. "Yo quiero ser como el borrico en el cual el Señor quiso montar para entrar a Jerusalén. Ellos pusieron sus mantos sobre él y gritaron, pero los gritos de alabanza eran todos para el Señor Jesús a quien él llevaba encima."[19]

Aunque continuaron en Uganda los disturbios políticos y las atrocidades de los militares, los años posteriores a la consagración de Festo como obispo fueron de expansión del avivamiento de África Oriental. Su diócesis sola tuvo más confirmaciones en 1976, unas 30.000, que toda la denominación episcopal de Estados Unidos durante ese mismo año. Las iglesias por toda Uganda se llenaban de gente que buscaba seguridad y consuelo en Cristo, mientras que en su alrededor el ambiente era cada vez más tenso.

Muchos de los actos de terrorismo político durante esos años iban dirigidos contra los cristianos, en tanto que se favorecía de modo especial a los musulmanes. A los clérigos se les hacía objeto de maltratos verbales y físicos. Se los acusaba de interferir con el gobierno y de "predicar el derramamiento de sangre", y sus vidas estaban en peligro. "Aquellos fueron días de temor, ansiedad, tortura y muerte", recordaba Festo más tarde. "Varias veces ese año llegaron rumores a Londres de que me habían arrestado y matado." Unos meses después escribió a sus amigos de Estados Unidos para contar acerca de la situación en su amada patria: "Todavía seguimos celebrando reuniones aquí en Noruega antes de que mi esposa y yo volvamos a nuestra `sangrante Uganda'. Estoy escuchando las noticias internacionales ahora mismo y son verdaderamente sangrientas. Un atentado contra la vida de Amín fracasó la semana pasada y murieron diez personas. Ya han masacrado a millares de personas y hay centenares más en las cámaras de tortura. Así que hagan el favor de orar para que el Señor Todopoderoso libre del terror del régimen actual a ese país que se está desangrando."[20]

La opresión del gobierno a los civiles afectó también a la familia de Festo. Su hija, Caridad, junto con más de 200 estudiantes universitarios, sufrió maltrato físico cuando los militares atacaron las residencias estudiantiles, en una madrugada, y se los llevaron a una prisión militar. En medio del caos imperante, Caridad y otros cristianos oraron. Muy

pronto los estudiantes se habían calmado. Ese mismo día los soltaron y los llevaron a la universidad. La pesadilla había pasado.

Poco después del susto que les hicieron pasar a los estudiantes, hubo una rebelión en el ejército que fue aplastada con rapidez y brutalidad. Ejecutaron inmediatamente a los responsables, pero eso no bastó. Por órdenes de Amín, a quien la revista *Time* describió como "el salvaje de África", asesinaron a millares de soldados y civiles. Se consideraba como traidor a todo el que hubiera hablado en público contra el régimen. En esa misma época le pidieron a Festo que fuera el orador principal en la consagración de otro obispo. Frente a un auditorio de más de 30.000 personas este joven y valiente obispo habló conforme a sus convicciones. El les recordó con firmeza a los funcionarios del gobierno (muchos de los cuales estaban presentes) su tremenda responsabilidad delante de Dios: "Muchos de ustedes han usado mal su autoridad, al tomar cosas por la fuerza. Jesucristo usó su autoridad para salvar a hombres y mujeres, ¿Cómo están usando la de ustedes? Si usan mal la autoridad que Dios les dio, Dios los va a juzgar, pues El fue quien se la dio a ustedes."[21]

Muchos temían que después de ese discurso ya no volverían a saber nunca más de Festo. Pero tal vez para no hacer la venganza muy obvia, las autoridades pasaron por alto a Festo, cuya fama internacional tal vez le había dado una inmunidad temporal. Después de más de dos semanas arrestaron a su superior inmediato, el arzobispo Janani Luwum. Antes de su arresto, despertaron a Luwum, a la 1:30 A.M.; los soldados saquearon su casa en busca de evidencia,, de su supuesta subversión. Una semana después lo citaron a la Casas del Estado en Entebe. Allí lo acusaron de actividades subversivas y de contrabando de armas. El noticiero oficial informó de su arresto: A la mañana siguiente, el periódico informó que Luwum y dos cristianos miembros del gabinete habían muerto en un accidente automovilístico que había ocurrido cuando uno de los miembros del gabinete intentó dominar al chofer.

El relato verdadero de lo ocurrido en realidad fue una sangrienta historia de horror, tortura y muerte. Esto convenció a Festo de que era hora de huir de su patria. Estaban vigilando su casa y había rumores de que él sería la próxima víctima de la lista. En la noche del 19 de febrero de 1977, él y su esposa Mera huyeron a través dE la frontera de Uganda a Rwanda. Fue un viaje aterrador: "Al internarnos en la noche, la oscuridad fue nuestra protección... Estuvimos perdidos en la montaña durante dos horas y media, conduciendo e auto por un estrecho sendero; casi nos deslizamos por un precipicio... Cada paso que dábamos era un milagro de la gracia de Dio: en especial en la última escalada para pasar la montaña. Mera tenía fiebre, bronquitis y tosía mucho. A veces nos preguntábamos si lo lograríamos o no. Subíamos un poco, y nos deteníamos para descansar y orar, y seguíamos subiendo... Llegamos a la cima de montaña al amanecer... ¡Habíamos cruzado la frontera! Exhausta y felices, nos sentamos y comenzamos a dar gracias a Dios."[22]

La huida de Festo a un lugar seguro recibió el aplauso de los cristianos de Uganda y de todo el mundo. Muy pronto se convirtió en el exiliado más prominente del país, y hablaba fuertemente contra el régimen de Uganda. Después de dos años de exilio, durante los cuales su país se enfrascó en una sangrienta guerra para deponer Amín, volvió Festo a su patria. En el aeropuerto lo recibió una multitud jubilosa, pero la alegría del regreso desapareció pronto, cuan se hizo evidente la realidad de la devastación. Los ochos años del reinado de terror que habían costado la vida a casi medio millón personas (en su mayoría cristianos), habían dejado al país arruinado no sólo económicamente, sino

también moral y espiritualmente.

La tarea de reconstrucción era enorme. Festo trabajó con la Empresa Africana movilizando la asistencia a los necesitados. En los años siguientes, en medio de una horrible hambre en el país, ha estado él a la vanguardia del esfuerzo de ayuda a Uganda.

Aunque participa a fondo en la obra de asistencia a los necesitados, el ministerio principal de Festo es todavía espiritual. Su prioridad está en conservar el espíritu del avivamiento de África Oriental. En 1982, casi tres años después de su regreso, informó acerca de "un gran resurgimiento del interés en las cosas espirituales" que se presentaba en Uganda. El año anterior, su propia diócesis sola había añadido catorce parroquias nuevas. "La Iglesia — según Miguel Cassidy — es la única institución que ha salido del régimen de Amín fortalecida y. fortificada, en vez de debilitada", y ha llegado a ser "un factor determinante . . . en la reconstrucción y rehabilitación de toda la nación".[23]

Luis Palau

Uno de los misioneros evangelistas más eficientes del mundo en la actualidad es Luis Palau. Nació en la Argentina. Ha predicado a cientos de millones de personas en unos cuarenta países. A menudo lo llaman el "Billy Graham de la América Latina". Palau, así como Graham, ministra con un equipo evangelístico por medio de la radio, la televisión y las campañas públicas. Ha tenido una influencia enorme en América Latina. Se calcula que casi una tercera parte de la población de esa región escuchó el evangelio mediante uno o más de los ministerios relacionados con él durante una intensa campaña de dos meses de duración en 1975. Su meta es ver en el transcurso de su vida a tres repúblicas latinoamericanas con mayoría de evangélicos. Esa tarea es monumental debido a la poderosa influencia de la Iglesia Católica Romana, pero no es imposible si se considera la rápida expansión de la iglesia evangélica que él ha ayudado a establecer.

Palau nació' en 1934, y fue criado por padres cristianos que se habían convertido por medio del ministerio de un misionero de los Hermanos, dé Inglaterra, llamado Carlos Rogers. Debido a esa relación las misiones llegaron a ser parte importante del hogar de los Palau. Desde su niñez, la madre de Palau le leía historias de misioneros y le inculcó las necesidades cruciales del evangelismo mundial.

Palau se convirtió durante un campamento de verano dirigido por misioneros anglicanos, pero en su juventud se alejó de la iglesia y cayó en "vanidades mundanas". Entonces, poco antes de la semana de carnaval de 1951, sé hizo un examen de conciencia y dedicó su vida al servicio del Señor. "Me compré una Biblia nueva y comencé a asistir a la iglesia. Fui a otra ciudad y empecé una nueva vida. Rompí mi pipa, rasgué mi tarjeta de miembro del Club Universitario, me deshice de mi automóvil, de las revistas de fútbol, de los discos de Elvis Presley y de todo. Entonces sí comencé a estudiar la Biblia y a orar de rodillas por espacio de horas."[24] Todos los jueves por la noche era "la noche de la predicación del evangelio" en la iglesia de los Hermanos. Los líderes de la iglesia se preocuparon pronto de que Luis participara. "Para prepararnos a los jóvenes, los líderes nos ponían a predicar. Entonces criticaban nuestra predicación y nos daban ideas. No sé cómo la gente de la iglesia aguantaba eso, pero lo hicieron. Fue una buena práctica, aunque nunca hacíamos invitaciones para que la gente recibiera a Cristo."[25]

La primera participación de Palau en el evangelismo personal fue con misioneros que se especializaban en la obra entre los niños. Con la ayuda de ellos, organizó una clase para muchachos de doce años de edad. Sintió por primera vez la emoción de ganar almas para Cristo cuando dos de ellos se hicieron cristianos. "Fue tan emocionante que quise

continuar siempre en esa obra. Entonces pensé: `Hombre, esto es lo mejor. Esto es lo que quiero hacer con mi vida.' “[26]

La obra evangelística tendría que esperar. Al morir su padre, tuvo dificultades económicas, debido a lo cual tuvo que ponerse a trabajar para sostener a su madre y a cinco hermanas menores que él. Aceptó un puesto en un banco y su trabajo allí consumió casi todo su tiempo durante varios años. Aun durante ese período, Palau participó activamente en el evangelismo durante sus horas libres. Con otros dos jóvenes, comenzó programas radiales diarios de corta duración; después compraron una carpa y celebraron reuniones evangelísticas. "Lo curioso del caso - recuerda él — es que, aunque me gustaba predicar y me preocupaba por invitar a la gente a aceptar a Cristo, el evangelista era mi amigo. La gente decía que trabajábamos bien en equipo, y que yo debía ser el maestro de Biblia y él el evangelista. Y así fue por algún tiempo."[27]

Un elemento clave de esos primeros esfuerzos evangelísticos fue la oración. Palau y un compañero de trabajo se reunían para orar todas las mañanas a las cinco, y los viernes pasaban "toda la noche en oración". Pronto se dio cuenta Palau de que estaba cayendo en las redes de un legalismo ritualista. "El tiempo que pasaban estudiando, orando y trabajando se convirtió en un ciclo de obstinada determinación de mantenerse en actividad, de seguir realizando la obra."[28] A pesar de todas las señales exteriores de espiritualidad, en el interior sentía un "enorme vacío". A veces estuvo a punto de darse por vencido, pero se comprometió a "no permitir que la búsqueda de su propia victoria impidiera que se le ofreciera el amor y la salvación de Dios a la gente que tenía una necesidad mayor que la de él... "[29] Una punto cimero de su obra evangelística fue la conversión de un adulto mediante su predicación, pero aun después de esto todavía tuvo muchos "altibajos terribles".[30]

Al continuar su ministerio de evangelismo laico, Palau vio que se estaba alejando cada vez más de la filosofía de los Hermanos, con quienes tenía una asociación tan estrecha. En muchos casos ponían tanto énfasis en la separación que no querían colaborar con otros grupos cristianos evangélicos. En cuanto al evangelismo en masa, también había diferencia de opiniones: "Los Hermanos tenían dificultad para aceptar el evangelismo a las multitudes . . . y no creían en las invitaciones a pasar al altar."[31]

Palau había recibido una gran influencia del ministerio de Billy Graham y de las vidas de Wesley, Whitefield, Finney, Moody y Sunday. "Mi sueño, que era motivado por toda la lectura y la oración que había estado haciendo, era que se podía alcanzar a toda América Latina, en gran escala, para Cristo. . . La historia ha demostrado que con el evangelismo personal no se puede convertir a una nación de millones de habitantes. Con el tiempo, la cadena se rompe y la multiplicación se acaba... No se cambia una nación con métodos tímidos.[32]

El sueño de Palau de llegar a ser un gran evangelista se veía estorbado por su trabajo en el banco. Sin embargo, esa demora le permitió examinar sus móviles. Comenzó a tener visiones de "estudios llenos de gente". Palau pensó: "¿Era mi deseo de convertirme en un predicador famoso un producto de mi imaginación? No. El Señor ponía en mi corazón lo que El iba a hacer." Aceptó la "sanción bíblica" de que era un "egocéntrico", pero eso no lo detuvo. "No voy a pasar el resto de la vida dándome golpes de pecho y examinando mi conciencia — escribió —, pero sí le pido al Señor: 'Si pierdo el control o si interfiero con tu mayor gloria, humíllame, por favor'. Y tengo plena confianza de que El lo hará."[33]

Su trabajo en el banco no era lo único que estorbaba su sueño de participar en la

evangelización de América Latina en "gran escala". Había otros problemas: "No tenía dinero ni amigos influyentes; casi nadie me conocía fuera de Córdoba." Continuó predicando en toda oportunidad que tenía. Su madre lo instaba a que dejara el trabajo en el banco y se dedicara exclusivamente al ministerio del establecimiento de iglesias. Sólo dejó la seguridad de su puesto en el banco cuando conoció a un misionero de Campañas en el Extranjero, quien le pidió que trabajara con esa organización.

La obra inicial de Palau con CE se vio interrumpida en 1960, cuando Ray Stedman, un pastor de California, lo invitó a Estados Unidos a recibir preparación teológica. Ingresó en el Instituto Bíblico Multnomah, de Portland, Oregón. Allí recibió educación cristiana y también conoció a su novia Patricia Scofield. Allí terminó también la "búsqueda espiritual de muchos años". Eso sucedió durante un breve mensaje en la capilla que culminó con un reto de Gálatas 2:20. Fue un "gran alivio", pues su "mayor lucha espiritual llegaba a su fin". "Corrí llorando a mi cuarto y caí de rodillas junto a mi cama. Dije: 'Señor, ahora entiendo... No es lo que yo voy a hacer por ti, sino más bien lo que tú vas a hacer por medio de mí.' "[34]

Después de sus estudios en Multnomah, Palau y su esposa fueron a Detroit a un internado misionero en preparación para el ministerio que esperaban tener en Colombia con CE. Luego, antes de comenzar su gira por las iglesias, pasaron dos meses con la campaña de Billy Graham en Fresno, California. Allí Luis interpretó al castellano los mensajes de Graham. Después de visitar algunas iglesias fueron a Costa Rica, donde Patricia entró al instituto de idiomas. En 1964 fueron como misioneros a Colombia.

Aunque Palau sabía que esperaban que "fuera un misionero dedicado a la preparación de colombianos en el evangelismo y en el establecimiento de iglesias", consideró la obra como "un punto de apoyo y adiestramiento para sus campañas en el futuro"." Su obra inicial fueron las campañas de movilización de las iglesias locales, debido a las cuales era famosa su misión. Se daba preparación a los laicos en el evangelismo y en el establecimiento de iglesias, con la esperanza de que ellos llegaran a ser el medio de crecimiento de la iglesia. Para dar impulso al evangelismo laico, Palau y otros misioneros evangelizaron en las calles. A este ministerio se oponían a menudo los clérigos católicos romanos y los funcionarios gubernamentales. En 1965 Palau dirigió su primera campaña evangelística para toda una ciudad. Tuvo lugar en una pequeña iglesia presbiteriana; no era aquello el evangelismo en masa con el que soñaba.

Después de esa campaña, Palau inició un ministerio de consejería cristiana por televisión en HCJB, "La voz de los Andes", de Quito, Ecuador. Fue una idea única que ofrecía consejos personales a los que llamaran a un programa de televisión "en vivo". Las líneas permanecían ocupadas con las llamadas que entraban. Una joven que llamó era una marxista convencida, muy activa en las actividades del partido comunista local. A la mañana siguiente a su llamada vio a Palau en persona y se entregó a Cristo, quebrantada, después de una prolongada y polémica sesión. Por el testimonio de ella, el líder del partido comunista comenzó a estudiar la Biblia y así se frustre una revolución que tenían planeada.



Luis Palau en "Jubileo 1977" con el obispo de Llandaff.

La obra en la televisión y el ministerio de campañas en Colombia aumentaron el deseo de Palau de ser un evangelista que alcanzara a las masas en toda América Latina. Su entusiasmo, como recordó después, se vio limitado por las dudas de sus superiores: "Creo que los directores de CE temían que yo no pudiera habérmelas con la gloria que puede acompañar a un evangelista con éxito. No estaban seguros de que mi temperamento latino pudiera resistir la adulación que pudiera resultar del éxito."[36]

En 1966, cuando Palau pensaba separarse de CE para ser evangelista independiente, Ricardo Hillis, el fundador y director de la misión, le pidió que fuera a México como director a preparar un grupo evangelístico para campañas en el futuro. Antes de dar ese paso, Palau tuvo su primera oportunidad de dirigir una campaña grande en Bogotá, Colombia, con una asistencia de unas 20.000 personas. En ella hubo varios centenares de decisiones por Cristo.

En 1968 los Palau llegaron a México. Al año siguiente Luis dirigió allí catorce campañas. La asistencia variaba, pero la campaña mayor atrajo más de 30.000 personas, en un período de nueve días y hubo unas 2.000 decisiones. Hubo motivos de gozo, pero también dificultades y desánimo. Los problemas económicos afectaron el ministerio y la persecución oficial lo estorbó. Una campaña grande, que iban a tener en el estadio de béisbol de la Ciudad de México, fue cancelada a última hora por los funcionarios gubermentales.

De México, Palau y su equipo fueron a El Salvador, Honduras, Paraguay, Perú, Venezuela y otros países latinoamericanos. Tuvieron campañas de una semana que atrajeron hasta 100.000. El establecimiento de iglesias seguía como objetivo principal; por eso la iglesia evangélica crecía por dondequiera que pasaban.

En la década de los setenta, al extenderse su ministerio de campañas, Palau continuó con CE. Entre 1976 y 1978 fue presidente de esa organización. La dirección de una misión con base en Norteamérica era una tarea difícil. En el otoño de 1978 se retiró de la misión y estableció su propia organización: el Equipo Evangelístico de Luis Palau. Aunque continuó colaborando con Campañas en el Extranjero, tendría la independencia necesaria para emprender un ministerio mundial de campañas que lo llevaría a lugares como Glasgow, Escocia y Madison, Wisconsin. Aunque se sentía más cómodo en

América Latina, Palau ya no podía limitar su ministerio a una zona. Todo el mundo se había convertido en su campo misionero.

Felipe Teng

El costo de la obra misionera en China, comenzando con los nestorianos, siguiendo con los jesuitas y finalmente con los protestantes, ha sido enorme. Millares de misioneros, a través de los siglos, murieron prematuramente, por martirio o enfermedad, en suelo chino. Cuando China cerró sus puertas en 1950 a los misioneros, el cristianismo todavía no había hecho un impacto considerable en ese país. Se temía que frente a una persecución intensa la fe podría desaparecer.

Pero tales predicciones fueron equivocadas. En la década de los setenta, cuando China comenzó a emerger de una generación de aislamiento, algunos de los primeros informes que llegaron al occidente fueron que la iglesia en China era mayor y más saludable de lo que nadie podría imaginarse. En todo el país, por ciudades y aldeas, habían surgido iglesias domésticas (entre 40.000 y 50.000 de ellas). Se calculó que en 1986 había unos 50.000.000 de cristianos en China; 50 veces más que los que había a la salida de los misioneros unos 36 años antes (algunos otros cálculos arrojaron cifras superiores a estas).

Los misioneros occidentales habían realizado un valioso servicio al establecer la iglesia en China. Su expulsión, que forzó a los cristianos chinos a llenar el vacío en el liderazgo de la iglesia, fue tal vez el elemento necesario para hacer del cristianismo una fe genuinamente china. Ya no tenían validez las acusaciones de imperialismo y colonialismo. El cristianismo se mantuvo firme solo, sin el equipaje adicional que tan a menudo los misioneros habían llevado consigo. Entre los chinos del exterior de la República Popular China, durante esos años, hubo también crecimiento en el cristianismo. También tenían líderes capacitados entre los chinos. En Hong Kong, Felipe Teng, pastor y educador, estaba convencido de que la tarea de la evangelización les correspondía a los chinos. Desde entonces ha sido uno de los principales misionólogos cristianos en respaldar ese principio.

A principios de los cincuenta, cuando el último misionero salía de China, Teng ya era bien conocido en los círculos cristianos de Hong Kong. Hijo de un ministro presbiteriano graduado en Edimburgo, era él un maestro popular de la Biblia entre las 300 iglesias de Hong Kong. Durante la semana dedicaba su tiempo a la enseñanza en el Seminario Bíblico Alianza, el Seminario Betel y el Instituto Bíblico de la Iglesia Evangélica Libre. En ese tiempo en que su ministerio tenía tanta demanda, Teng recibió un llamado de una congregación pequeña, de sólo cinco años de edad: La Iglesia Alianza de Punto Norte. Otros hombres de su calibre pudieran haber considerado que ese llamado era como un insulto, por lo insignificante de la congregación. Sin embargo, Teng tuvo la certeza de que Dios había guiado a la congregación en su decisión. El retiró su nombre de una iglesia grande que también quería nombrarlo como su pastor, y aceptó el pastorado de Punto Norte.

Durante los primeros años de su ministerio allí, la iglesia creció rápidamente, a pesar de las desventajas obvias de su ubicación .. . el sexto piso de un edificio de apartamentos. En 1968, después de.. estar diez años en el lugar anterior, la congregación se trasladó a un templo nuevo con capacidad para 700 personas, el cual se vio muy pronto lleno durante los dos servicios del domingo por la mañana. Durante este período de crecimiento rápido, Teng continuó su ministerio de la enseñanza y

también viajó en misiones evangelísticas por el sureste de Asia. Al viajar, estaba cada vez más consciente de. la necesidad de que los asiáticos se encargaran de las misiones. En 1961, en la Tercera Conferencia Asiática, fue **reanimado** por otros delegados del Tercer Mundo que tenían participación activa en las misiones. Volvió a su patria e inició una conferencia misionera anual y promesas de fe en la Iglesia Alianza de Punto Norte; también animó a las otras iglesias aliancistas de Hong Kong a seguir el ejemplo. También instituyó un departamento de misiones en el Seminario Bíblico Alianza. En los veinte años siguientes, las iglesias aliancistas de Hong Kong enviaron setenta y cinco misioneros a una docena de: países.

Aunque él había llegado a ser uno de los promotores de misiones más destacado de Asia, Teng no se sentía satisfecho al enviar a otros! a hacer la obra misionera, mientras se quedaba en casa. El quería; estar al frente de la obra. Esa oportunidad le llegó en 1977, cuando! pidió a su iglesia que lo dejara libre para un año de servicio misionero. Pusieron a sus hijos menores en una escuela para hijos de misioneros en Malasia, y él y su esposa fueron a Indonesia. Allí ministraron a centenares de millares de chinos del sur de Borneo.'

La iglesia de Punto Norte aceptó con recelo que su pastor se fuera de misionero, pues temían que la asistencia a la iglesia disminuiría en su ausencia. Pero la iglesia creció. Cuando el pastor regresó, su entusiasmo por la obra en el sur de Borneo se extendió con rapidez a las otras iglesias de la Alianza. Convinieron en ayudar a construir cinco iglesias nuevas y un instituto bíblico entre la gente donde él había ministrado. Algunos cristianos de Hong Kong fueron allí como misioneros.

De regreso en Hong Kong, Teng continuó su ministerio pastoral' de enseñanza y también aceptó nuevas responsabilidades. Lo nombraron presidente de la Unión de la Iglesia Alianza y rector del Seminario Bíblico Alianza; también comenzó un ministerio mundial para llevar su mensaje de misiones y evangelismo a los cinco continentes. En 1979 llegó a ser el presidente de la Sociedad Mundial de la Alianza, un tributo merecido para un gran promotor de misiones, y un testimonio de la creciente confianza de la iglesia occidental en los líderes del Tercer Mundo.[37]

Pablo Yonggi Cho

El movimiento religioso de más rápido crecimiento en el mundo hoy es la iglesia evangélica de Corea. Esta iglesia se ha propuesto enviar a 10.000 misioneros para fines de la década de los ochenta. "Cada día en Corea del Sur un promedio de diez iglesias protestantes nuevas abren sus puertas por primera vez para acomodar el flujo creciente de convertidos."[38] Se calcula que un millón de personas se convierte al cristianismo cada año; con esta tasa de crecimiento, los cristianos serán la mitad de la población para fines de este siglo.

La obra misionera protestante en Corea comenzó con intensidad en los años ochenta. Casi de inmediato hubo una reacción receptiva, muy diferente de la hostilidad que confrontó la Iglesia Católica Romana casi dos décadas antes. El cambio de actitud tal vez se debió a que los protestantes usaron la palabra coreana *Hanamim* para `Dios' y evitaron el uso de la palabra china importada por los católicos. Según Donaldo Richardson: "La selección de *Hanamim* no pudo haber sido más providencial para las misiones protestantes en Corea. La predicación caía como fuego en las casas de las ciudades, pueblos y aldeas, y en el campo. Los misioneros protestantes comenzaron por afirmar la fe de los coreanos en *Hanamim*. Al construir sobre este testimonio residual, los

protestantes vencieron la antipatía natural de los coreanos por la adoración de deidades extranjeras."[39]

Además de permitir a los coreanos que tuvieran su propia palabra para Dios, los misioneros establecieron pronto la norma de permitirles que tuvieran sus propias iglesias. En 1890 la llegada a Seúl de Juan L. Nevius, misionero presbiteriano veterano de China, preparó el camino para la estrategia misionera que pronto sería una característica de las misiones coreanas en general. El método de Nevius de iglesias con "gobierno, sostenimiento y propagación propios" promovía un cristianismo autóctono, casi completamente libre de influencias extranjeras. Los coreanos se encargaron pronto de los asuntos de la iglesia. Un siglo después ellos mismos son la fuerza de ese crecimiento fenomenal de la iglesia.

Dos pastores y sus iglesias de la capital son ejemplos sobresalientes. David Cho ha estado muy activo en el esfuerzo misionero intercultural. Además de sus deberes en su iglesia presbiteriana de 2.000 miembros en Seúl, trabaja con la Misión Internacional Coreana y la Asociación de Misiones de Asia. Es el autor de *Nuevas Fuerzas en las Misiones de Asia* y es uno de los misionólogos principales de ese continente.

El otro pastor es Pablo Yonggi Cho, quien ha visto crecer su iglesia desde su débil origen en una carpa rota hasta llegar a una congregación de 500.000 en un período de veintiocho años. La Iglesia Central del Evangelio Completo de Seúl es la iglesia protestante más grande del mundo en la actualidad. Emplea a 300 pastores dedicados por entero al ministerio y tiene siete servicios de predicación cada domingo para que sus feligreses puedan asistir por turno. Hay capacidad para 50.000 personas en su auditorio principal y capillas adyacentes. Además de las estadísticas, el ministerio de Cho es impresionante. El evangelismo mundial es su meta principal y ha exportado con eficacia su estrategia evangelística a todo el mundo.

Yonggi Cho nació en una familia budista en 1936, durante la ocupación japonesa de Corea. La familia perdió su casa y viajaron al sur con otros refugiados a Pusan. El dinero y la comida eran escasos. Yonggi tenía qué trabajar muy duro para poder tener una comida al día y continuar su educación. Un día se desmayó en el trabajo. El examen médico mostró que la tuberculosis le había destruido un pulmón por completo y el otro estaba gravemente afectado. Los médicos que lo desahuciaron le dieron un mes de vida. En ese entonces una muchacha coreana visitó a Cho y le habló del amor de Dios en Cristo. Al principio él la echó con maldiciones, pero ella volvió al día siguiente. Durante cinco días seguidos ella fue a leer la Biblia con él, le testificó, oró y cantó acerca de Jesús. Entonces le regaló una Biblia y no volvió más. Yonggi ya no pudo resistir más el evangelio. Al leer la Biblia le vino el deseo vehemente de conocer a Jesús. No pudo encontrar a la chica evangélica, pero en su búsqueda alguien lo dirigió al hogar del misionero Lou Richards. Allí encontró a Cristo y quedó lleno de gozo y de paz.

Cuando le contó a su familia lo que le había sucedido, lo echaron de la casa. Lou Richards y su esposa Graciela lo recibieron en su humilde hogar en un remolque militar descartado y compartieron su comida con él. Maynard Ketcham, amigo íntimo y consejero espiritual de Cho, describe así lo ocurrido:

La fe viva de los Richards vigorizaba las palabras que le hablaban al joven Cho. "La Palabra de Dios tiene un poder creador muy grande", decía Lou. "¡Nos protegerá y te sanará!" Entonces Lou le mostró a Cho las promesas de Dios en lo concerniente a la sanidad, y durante días el joven Cho oró basándose sobre estas Escrituras y esperó en Dios. Cuando ya había perdido toda su fuerza, Cristo se le apareció en una visión. El

inundó a Cho con su amor y llenó su ser interior con alabanzas. Mientras esta "agua viva" brotaban de los labios de Yonggi en adoración celestial, se sintió dominado por la sanidad y la fortaleza divina y ¡quedó completamente sano!

> Con el estímulo de Lou, el joven Cho compartió su poderoso testimonio por todas partes y ganó muchas almas para Jesús. Muy pronto se notó que Cho necesitaba más preparación bíblica de la que Lou o Graciela podían darle. Entonces Cho se fue a Seúl al pequeño instituto bíblico de las Asambleas de Dios dirigido por los misioneros Juan y Edith Stetz.[40]

Mientras estaba en el instituto bíblico Cho conoció a Jashel Choi, quien llegaría a ser su pastora auxiliar, y su suegra. Después de la graduación en 1958 él no aceptó la ofrenda de subsidio de alquiler para ayudarle a comenzar una iglesia. Prefirió confiar en Dios para todas sus necesidades personales y las de la obra. Se fue al norte a una aldehuela y comenzó a predicar debajo de un pino en una colina desde la cual se veían los arrozales. Un campesino vino a escuchar su primer sermón y pocos días después ya había trece escuchándolo. La gente se salvaba y traía a otros al encuentro con Cristo. Unos soldados cristianos norteamericanos le regalaron una tienda de campaña. En tres meses ya tenía 300 cristianos fervorosos en su carpa-iglesia.

El avivamiento se extendió. Dejó la iglesia bien establecida a cargo de otro pastor y aceptó una invitación a trabajar con Juan Hurston en un Centro de Avivamiento en Seúl. Por fe construyeron un auditorio para 2.600 personas. La congregación creció tan rápidamente que el edificio se llenó aun antes de terminado.

Cho, Hurston y Jashel Choi trabajaban día y noche para servir a los cristianos y alcanzar a los inconversos. Los creyentes venían por turno a los cultos. A veces Cho predicaba seis veces al día. Comenzaba con una reunión de oración a las 4:30 A.M. de la mañana y bautizaba hasta 400 personas por la noche.

Debido al agotamiento físico y mental, Cho se desmayó durante un culto en 1964. No se sabía si podría volver al pastorado. Sin embargo, Dios tenía un propósito en todo y quería enseñarle a Cho a compartir la responsabilidad con su gente para la mayor gloria de Dios y el crecimiento de su reino. Su suegra ha sido una gran fuente de fortaleza y consejo espiritual para Cho. Jashel Coi sugirió que los diáconos y otros cristianos maduros cuyos hogares estaban esparcidos por toda la ciudad tuvieran cultos de oración semanales en sus casas para los creyentes y amigos inconversos del vecindario. Debían visitar y orar por los enfermos y llevar a los niños a la escuela dominical. Se reunirían cada semana en la iglesia para recibir adiestramiento, consejos y literatura.

Al principio los diáconos no hicieron mucho para realizar el plan, pero las mujeres con las que trabajaba Jashel sí se esforzaron. Las células de oración que comenzaron en sus hogares recibieron muchas bendiciones mediante el crecimiento espiritual de los creyentes y la conversión de los vecinos. Y entonces los hombres también comenzaron a colaborar. Después de que Cho pudo volver al púlpito, lo que había comenzado como una solución temporal durante la emergencia se volvió una contribución permanente al crecimiento de la iglesia. Así como las células del cuerpo se dividen para el crecimiento, también los grupos se dividieron para formar nuevas células cuando eran demasiado grandes para las casas en las que se reunían. En 1986 la iglesia tenía más de 50.000 células con 15 a 20 personas cada una.

Esta idea de las células le permitió a la Iglesia Central del Evangelio Completo mantener su ambiente de iglesia pequeña en tanto que disfrutaba de los beneficios que podía ofrecer una iglesia grande. A pesar de su tamaño, la asociación con la iglesia era un privilegio especial que no se daba con liberalidad. Se exigía a los recién convertidos que pasaran por un período de prueba de tres meses antes de recibirlos como miembros. Aun entonces sólo se daba este privilegio por doce meses. Cada año se hacía una evaluación de los miembros para sacar de las listas a los inactivos.

La oración constante, fervorosa y de fe ha sostenido a la iglesia y le ha dado poder. Además de la oración diaria por la madrugada, la oración de los grupos y la de las reuniones regulares, los retiros de oración brindan oportunidades especiales. La iglesia compró una "montaña de la oración" en la que hay muchos cubículos en forma de cuevas para alojar a los que acuden allá para ayunar y orar. Las necesidades se satisfacen, las vidas se transforman, los cuerpos se sanan y la iglesia crece mientras la gente ora.

Cuando el gobierno de Corea decidió trasladar sus oficinas a la isla Yoida en Seúl para convertirla en un "espectáculo del oriente", Dios obró de modo maravilloso para permitir que la Iglesia Central del Evangelio Completo obtuviera una propiedad adyacente al palacio del congreso. Su nuevo edificio para 25.000 personas tuvo que ser ensanchado enseguida. Ahora hay capacidad para 50.000 con 25.000 en el auditorio principal y 25.000 en las capillas adyacentes, las cuales tienen instalados televisores en circuito cerrado.

El rápido crecimiento de la Iglesia Central no se consiguió sin dificultades ni problemas. Lo más grave fue la disensión dentro de la denominación que al fin llevó a la separación. La crisis se presentó sobre el asunto de la costumbre coreana de la veneración de los muertos. Antes de su conversión, muchos cristianos habían venerado a sus antepasados. Los evangélicos enseñaban en contra de esa costumbre.

En 1979 un miembro de la iglesia de Cho vino a confesarle que "en el primer aniversario de la muerte de su padre había él seguido la tradición de guiar a su extensa familia en el rito de encender las velas e inclinarse ante la fotografía de su padre"[41] Quería retirarse de la iglesia, pero Cho le dijo que no e insistió en que él necesitaba la iglesia entonces más que nunca antes.

Unos meses después Cho mencionó ese incidente en un sermón y afirmó que el honor debido a los muertos no es lo mismo que adorarlos. Otros pastores que lo oyeron acusaron a Yonggi Cho de herejía. A ellos sin duda les preocupaba que tal declaración daría a algunos cristianos una excusa para volver a la adoración de los antepasados. Tal vez el motivo de algunos era que pensaban que Cho tenía mucho poder en la denominación, pues una tercera parte de ella pertenecía a la iglesia que pastoreaba. Cho quería retractarse de su declaración pero la polémica fue tan acalorada que él y su iglesia se separaron de la denominación en 1981. Aunque tuvo la oportunidad de unirse a los metodistas o bautistas, Cho siguió siendo independiente. Después las relaciones mejoraron y la obra bajo su dirección fue reconocida como una organización fraternal de las Asambleas de Dios.

El crecimiento de la Iglesia Central del Evangelio Completo no ha sido la única prioridad de Cho. En 1982 ya se habían establecido casi 100 "iglesias filiales". En una ocasión envió 5.000 miembros de su iglesia a iniciar una obra nueva, y en otra ocasión envió 3.000. Corea era solamente el primer paso en el programa de Cho para el evangelismo mundial. La Iglesia Central envió sus primeros misioneros en 1972. En la década siguiente enviaron "más de 100 misioneros bien preparados y dedicados exclusivamente al ministerio" a la América del Norte y la del Sur, Europa y Asia, donde

se han establecido institutos bíblicos para preparar a los nuevos creyentes.

Aunque la primera década de esfuerzos misioneros ha sido impresionante, Cho se propone la meta de aumentar las fuerzas misioneras muchas veces más década por década. El cree que las misiones son el objetivo principal del crecimiento de la iglesia. También afirma que su estrategia de crecimiento de la iglesia es la mejor para la evangelización mundial.

Para propagar su estrategia del crecimiento de la iglesia, Cho fundó la organización Crecimiento Internacional de la Iglesia. El ha viajado mucho para dirigir seminarios con la asistencia de decenas de millares de pastores de cuarenta países diferentes, animándolos a que pongan sus principios en acción en sus iglesias.

Cho también desempeña un papel de importancia en la Asociación Misionera Asiática de las Asambleas de Dios. En reconocimiento de la necesidad de cooperación internacional para enviar misioneros y evangelizar nuevos campos, las organizaciones nacionales de las Asambleas de Dios de diez países formaron esta asociación en 1979. Es una agencia de servicio para:

1. Coordinar la información misionera en cuanto a las necesidades de personal misionero y clases de misioneros que se necesiten; los requisitos oficiales de visas; costo de la vida y recursos económicos disponibles.
2. Promover la visión misionera en todos los círculos de las Asambleas de Dios por medio de una revista trimestral.
3. Promover los programas misioneros de las iglesias, los institutos bíblicos. También realizar promoción en todos los niveles representados por entidades de la asociación.
4. Servir como agencia para canalizar las contribuciones hechas a los proyectos de la asociación y cualquier otra contribución según la designación del que la haga.

La asociación sirve de vínculo con otras organizaciones misioneras y con las organizaciones y asociaciones nacionales de las Asambleas de Dios en el mundo.

Debe tenerse en cuenta que la organización nacional de las Asambleas de Dios de cada país es completamente autónoma y mantiene una relación fraternal con las Asambleas de Dios de Estados Unidos (o el país que envíe los misioneros). En la AGAMA cooperan los directores e iglesias del Asia en Hong Kong, Taiwan, Japón, Corea, Birmania, Indonesia, Malasia, las Filipinas, Singapur y Tailandia. El director de misiones de las Asambleas de Dios de Estados Unidos para el Lejano Oriente y sus tres representantes misioneros regionales son miembros ex oficio de la AGAMA y cooperan en su obra, pero no votan en sus decisiones. Las conferencias trienales de la AGAMA, su revista trimestral y los proyectos cooperativos han fortalecido los vínculos de la comunión cristiana por toda la región, han aumentado la visión misionera de las iglesias y han permitido que los creyentes realicen juntos los proyectos que nunca pudieran haber llevado a cabo separados.

Cho no ha tratado de excluir a los misioneros occidentales ni de impedirles que desempeñen un papel de importancia en el evangelismo asiático. No obstante, él habla por muchos dirigentes cristianos cuando pone énfasis en la necesidad de que los creyentes deben alcanzar a su propia gente en su propio medio. Al mismo tiempo se sigue usando la vasta experiencia y el poder de las misiones occidentales para mayor eficacia. El futuro

del evangelismo mundial depende mucho de una comunidad internacional de misioneros y misionólogos capaces de colaborar eficazmente en la tarea monumental de alcanzar al mundo para Cristo.

CAPITULO 19

Métodos y estrategias nuevos: El evangelio para el mundo del futuro

"El nuevo misionero" fue el título de una historia publicada por la revista *Time* en 1982. Trataba de los hombres y las mujeres que han dedicado su vida a llevar el cristianismo a algunas de las más pobres y remotas zonas del mundo. ¿Quién es ese "nuevo misionero"? Según *Time*, el "nuevo misionero" no es, en realidad, muy diferente del misionero de generaciones pasadas. Ambos se caracterizan por una devoción abnegada a llevar el evangelio hasta lo último de la tierra.

Sin embargo, hay algunas diferencias importantes entre el nuevo misionero y el antiguo. El "nuevo" representa a hombres y mujeres que, en muchos casos, son más profesionales en su enfoque de la obra de lo que fueron los "viejos". Los nuevos se preocupan más por los métodos y los principios de la estrategia misionera, están más conscientes del crecimiento de la población y de otras estadísticas pertinentes, tienen más deseos de usar la técnica moderna y, como dijo *Time*, tienen más cuidado para evitar cualquier táctica que pueda asociarlos con el imperialismo de Occidente. Están más dispuestos que nunca a tratar de conservar las pintorescas tradicionales culturales que antes se consideraban como paganas.

Paralelamente con el desarrollo del concepto del "nuevo misionero" ha habido un importante avance en el campo de la misionología; prueba de lo cual son las revistas académicas, las escuelas de misiones de renombre y un gran número de misionólogos de avanzada. La palabra "misionólogo" se aplicaba antes a contados líderes de juntas misioneras progresistas, pero en la actualidad se asocia con centenares de especialistas en el desarrollo de estrategias misioneras más eficaces. En 1970 no existía todavía la Sociedad Americana de Misionología, pero diez años después, a los ocho años de fundada, ésta tenía 700 miembros.

Hombres como Donaldo McGarvan y Rafael Winter han contribuido mucho al campo de la misionología, como lo ha hecho también Pedro Wagner, quien sirvió durante dieciséis años como misionero en Bolivia. Wagner ha escrito numerosos libros sobre misiones; después de su carrera de misionero, ha sido profesor en el campo del iglecrecimiento, miembro del Comité de Lausana para el Evangelismo Mundial y ha escrito más de una docena de libros sobre misiones y crecimiento de la iglesia.

Aunque el campo de la misionología es importante, representa sólo un aspecto de la escena contemporánea del evangelismo mundial. La característica más destacada de las misiones es la diversidad en los métodos y en la filosofía. Ese aspecto más que ningún otro le da al movimiento una base sólida al acercarse el siglo veintiuno. La controversia sobre los métodos y conceptos del evangelismo presenta un buen intercambio de ideas y permite una base amplia de apoyo. Nadie se siente excluido por falta de un método filosófico compatible. Ya sea que uno esté a favor de un método evangelístico directo o de un esfuerzo humanitario, todas esas posibilidades están presentes en la diversa y fructífera empresa misionera de la actualidad.

Uno de los desarrollos más recientes en la misionología es el concepto de los

"pueblos escondidos" que hombres como Rafael Winter y Donaldo Richardson han propagado en las iglesias y agencias misioneras. En las reuniones anuales de las asociaciones misioneras en el otoño de 1982 hubo pocas excepciones entre las casi 200 misiones representadas que no tuvieran ya planes de expansión a nuevas fronteras para alcanzar con el evangelio a esos "pueblos escondidos". Este concepto ha sido adoptado por las generaciones jóvenes de líderes misioneros y se convierte con rapidez en tema dominante en las misiones en estos últimos años del siglo veinte.

A pesar de la diversificación y de los avances técnicos y científicos que han introducido a las misiones en la edad moderna, el elemento humano poco ha cambiado. Los misioneros mismos permanecen como el factor indispensable del evangelismo mundial. Hoy día, como en el pasado, los misioneros son todavía los héroes y heroínas del cristianismo, a pesar de sus debilidades humanas.

R. Kenneth Strachan

La experimentación, los éxitos y fracasos, una visión profética y lo que a veces fuera cierta inconsistencia se combinaron para hacer del "evangelismo de saturación" de Ken [apócope de Kenneth] Strachan una de las estrategias de mayor alcance del siglo veinte. Su desarrollo de Evangelismo a Fondo fue como una "Revolución en el evangelismo", como lo sugiere el titulo de un libro sobre ese tema.

Sus ideas todavía estimulan la polémica y ganan discípulos leales en la actualidad, aunque él murió en 1965. Con todo, su premisa fundamental de que "el crecimiento de cualquier movimiento está en proporción directa a la capacidad de éste para movilizar a todos sus socios para que realicen un evangelismo continuo" no era nueva.[1] Otros había tenido la misma teoría, pero ninguno la había desarrollado como un esfuerzo misionero bien definido y completo. Ken Strachan lo hizo, en parte como una reacción contra las debilidades que vio en el ministerio evangelístico de su propio padre.

Ken nació y se crió en América Latina; hijo de Harry y Susana Strachan, cofundadores de la Misión Latinoamericana. Pasó casi todos sus primeros años en Costa Rica. Su madre supervisaba el centro de la misión y su padre realizaba giras evangelísticas. "Evangelista talentoso e incansable, Harry Strachan ... viajaba por todo el continente en incesantes actividades evangelísticas. Establecía, coordinaba y realizaba campañas evangelísticas en todas las ciudades principales de América Latina. Era el promotor, el continuador, el coordinador, el maestro de ceremonias, el director de música y algunas veces el evangelista. .."[2]

A pesar de sus inmensos logros individuales, fue incapaz de inspirar a otros a participar en el ministerio con el mismo entusiasmo. Al declinar su salud, también disminuyeron los esfuerzos evangelísticos de la misión.

No se podía esperar que Ken reemplazara a su padre, pues no había nada en él que indicara la posibilidad de llegar a ser un destacado promotor de misiones. A él "le faltaba la presencia imponente de su padre en el púlpito, su capacidad para el canto, su autoridad natural, y su habilidad como predicador y evangelista. No nos sorprende que su ministerio se viera afectado toda la vida por un complejo de inferioridad."[3]

En 1945 murió Harry Strachan, y Ken se vio de repente empujado a una posición de liderazgo que no le agradaba. Al tomar las primeras decisiones se notó la diferencia entre padre e hijo. Aunque Ken veía la necesidad de la publicidad y la propaganda, les tenía una aversión instintiva. Trató de continuar con el énfasis evangelístico de su padre, pero el evangelismo en masa no le llamaba la atención. El veía "inconsistencias,

contradicciones y aun falsedad" en cosas que "otros parecían aceptar con tranquilidad". Otra cosa que le preocupaba era que tenía que caminar como por una cuerda floja "entre los fundamentalistas y los inclusivistas, cuyas controversias eran desagradables para un hombre que, como él, anhelaba la cooperación".[4]

Ken dirigió la misión al lado de su madre hasta la muerte de esta en 1950. Entonces como director de la Misión Latinoamericana salieron a luz sus cualidades de líder. La misión extendió sus servicios radiales, médicos, educativos y de literatura. En 1960 ya tenían 144 misioneros, un aumento de 82% a partir de la muerte de su madre.

Más importante que el aumento de personal proveniente de América del Norte fue la utilización de latinoamericanos en el ministerio. Cuando llegó a ser director, se propuso ponerlos al mismo nivel que los norteamericanos. El sabía bien que a menos que la misión permitiera que los latinoamericanos ocuparan puestos de liderazgo, correrían el riesgo de perder los valiosos servicios de algunos de los cristianos mejor dotados para la obra.

La "latinoamericanización" de la misión no consistía solamente en poner personal latinoamericano en cargos de dirigencia. También era la adaptación de las normas de la misión a la cultura y el pensamiento latinoamericanos. El asunto de los matrimonios entre norteamericanos y latinoamericanos, por ejemplo, era un punto doloroso. La mayoría de los norteamericanos se oponía a tales matrimonios, lo que los latinoamericanos consideraban como una postura de superioridad implícita. Ken confrontó el asunto sin rodeos e insistió en que "se erradicaran tales obstáculos a la comunión completa".[5] Para incorporar más latinoamericanos a la misión, todos los asuntos se discutían en castellano.

La cooperación eficaz con los latinoamericanos fue más fácil que con los misioneros norteamericanos. Ken quería trabajar con otros misioneros en empresas conjuntas aunque no fueran fundamentalistas. Pero enseguida se dio cuenta de que con tal método podría perder las contribuciones de sus patrocinadores en su país de origen. Después de andar con mucho cuidado en este asunto durante varios años, se convenció de que las Escrituras no enseñan una doctrina de separación; entonces la misión comenzó a colaborar más con otras misiones en el evangelismo. Al ampliar su esfuerzo evangelístico, Ken y su organización perdieron el apoyo de amigos de mucho tiempo, incluso el de la Misión Centroamericana. Según ellos, "la ML estaba coqueteando con la apostasía, presente tanto en el Movimiento Ecuménico como en la Iglesia Católica Romana".[6]

Al principio de su ministerio, Ken no había querido asociarse con grupos que pertenecieran al Consejo Mundial de Iglesias (cm') "debido a su liberalismo, su desacuerdo con las Escrituras en cuanto a la base para la comunión de los creyentes, su desacuerdo con las Escrituras en cuanto a la centralización del poder eclesiástico, su dedicación a otras tareas e intereses diferentes de lo que concierne a la Iglesia de Cristo, y su repudio de la Reforma Protestante por su acercamiento a la Iglesia Católica Romana".[7] En la década de los sesenta, no obstante, su postura respecto a la Iglesia Católica Romana y el cavo ya había cambiado.

La mayoría de los evangélicos no quisieron reconocer los cambios positivos que ocurrían en la América Latina por medio de la influencia del Papa Juan XXIII y del Concilio Vaticano II. "La repentina oferta del ramo de olivo de la amistad nos dejó confusos y perplejos. Nos asombraba un catolicismo con la Biblia en una mano y la otra extendida en señal de amor. De repente, nuestro opositor deponía las armas y buscaba la paz. ¿Era esto una trampa? ¿Podría la Roma inmutable cambiar en realidad? ¿Era esto parte de algún plan siniestro para sorprendernos descuidados? ¿Estaba el Espíritu Santo genuinamente obrando, dejando entrar 'aire fresco' a los corredores enmohecidos y a los

rincones putrefactos de la iglesia antigua?"[8] Aunque Ken no sobrevivió para dirigir a la misión por esta nueva época de menos tensión religiosa, la Misión Latinoamericana, bajo la dirección de otros, mantuvo su apertura hacia el catolicismo romano, por lo cual se ha ido aislando cada vez más de muchas de las otras misiones evangélicas.

Aunque su actitud hacia el catolicismo romano suscitaba polémicas, muchos pensaban que su amistad y cooperación con los pentecostales era aun peor. Para Ken, el "ministerio de reconciliación" era mucho más conveniente a las misiones y para el programa evangelístico que una posición separatista estricta. Esta actitud se manifestó en las campañas de Evangelismo a Fondo y en todo el ministerio de la ML.

El ministerio de campañas evangelísticas de la ML que Ken había continuado después de la muerte de su padre llegó a su clímax en 1958, después de la cruzada de Billy Graham en el Caribe. Esto fue motivo de mucho gozo, y Ken y la misión habían contribuido mucho a su éxito. A pesar de las señales exteriores de éxito inmediato, Ken estaba convencido de que tal método no produciría la evangelización dé la América Latina. Por algún tiempo él "había estado convencido de que la iglesia, y no el grupo evangelístico de visita, era ... lo principal en el programa' de Dios para el esfuerzo evangelístico".[9] La movilización completa de la iglesia se convirtió en su tema, el cual desarrolló después de observar y leer acerca del éxito de tres grupos que crecían con rapidez: los comunistas, los testigos de Jehová y los pentecostales.

El primer experimento de Ken con Evangelismo a Fondo fue un programa de siete meses en Nicaragua, que comenzó con un retiro para obreros cristianos interesados en participar. Después de cuatro días de conferencias y estudios bíblicos, los asistentes se esparcieron por todo el país y desarrollaron programas de visitación y grupos de testimonios en las iglesias locales. A esto siguieron las campañas evangelísticas en diferentes zonas, y culminó con una campaña nacional en Managua. El seguimiento fue un elemento clave; los creyentes nuevos se establecían en las iglesias locales y los cristianos más maduros los instruían "Si se toma como base una campaña tradicional para evaluarlo . . . este programa tuvo un éxito enorme."[10] Fue un esfuerzo nacional que produjo unas 2.500 conversiones.

Muchos consideraron lo ocurrido en Nicaragua como una tendencia nueva y alentadora en el esfuerzo misionero. Arturo Glasser escribió: "La importancia es mundial... Somos testigos hoy en Nicaragua de una acción positiva frente a la 'explosión demográfica' de nuestros días, de la cual tanto hemos oído, pero por la cual hacemos tan poco. Este es un esfuerzo bien organizado para satisfacer las exigencias del momento. . . Se nos demuestra así lo que se puede realizar cuando todas las fuerzas cristianas de un país se movilizan en un esfuerzo conjunto."[11]

A pesar de las alabanzas, Ken no estaba satisfecho por completo con el esfuerzo de Nicaragua. Aunque los nicaragüenses habían asumido la mayor responsabilidad de la extensa campaña, la iniciativa había venido de afuera, y "no se podía decir con certeza que había habido una revolución en la obra y en la actitud de las iglesias".[12]

La próxima prueba del Evangelismo a Fondo fue en Costa Rica. Allí, como en Nicaragua, hubo muchas decisiones por Cristo, pero el efecto tangible y permanente en las iglesias locales fue menor de lo que se esperaba. El comité local quedó endeudado al terminar la campaña de cinco meses.

Las presiones físicas y mentales de la campaña de Costa Rica y los resultados no tan estupendos produjeron en Ken una depresión espiritual y psicológica. Surgieron muchas dudas en cuanto al plan de la misión para realizar el Evangelismo a Fondo en

Guatemala. La misión tenía problemas económicos y el futuro no auguraba nada bueno. Entonces, durante una reunión en septiembre de 1961, en Keswick Grove, Nueva jersey, la situación cambió de repente, como relata Ken: "En ese momento, en medio de las dudas, Dios le habló a uno de los presentes. Se escribió una promesa de pago en un pedazo de papel y se puse) delante del Señor. De repente pasamos de nuestro conflicto mental a la seguridad perfecta de que Dios proveería."[13]

Se prosiguió con los planes para Guatemala y el resultado "fue el mayor, más permanente y profundo de todos los movimientos de Evangelismo a Fondo hasta la fecha". Al terminar el año de esfuerzo concentrado, la "cosecha apenas comenzaba". W. Dayton Roberts dice que "la conclusión era que Guatemala había sido conmovida espiritualmente en 1962, como nunca antes lo había sido".[14]

La campaña de Guatemala marcó el final de la participación de Ken en Evangelismo a Fondo. Su salud se estaba deteriorando. En 1963 los médicos diagnosticaron que se trataba de la enfermedad de Hodgkin, un mal cardiovascular progresivo que acabó con su vida en 1965. Pero los principios que había desarrollado mediante el Evangelismo a Fondo no perecerían. Sus colegas de América Latina continuaron sus esfuerzos y, nueve años después, se habían alcanzado ocho países más con el evangelio y un resultado de más de 100.000 convertidos. Al tenerse noticias de ese éxito, los misioneros y líderes eclesiásticos de todo el mundo enviaron invitaciones para celebrar campañas de Evangelismo a Fondo en lugares tan distantes como Hong Kong y Japón. Los funcionarios de la MI, tuvieron entonces la oportunidad de enseñar sus principios a otros que serían los que realizarían el ministerio.

El Evangelismo a Fondo ha cambiado con el transcurrir de los años, pero los principios básicos de la movilización de los laicos y de los obreros cristianos permanecen. Después de la muerte de Ken, la obra de la ML ha seguido adelante. Todavía se caracteriza, como en años pasados, por sus ideas progresistas con respecto a la relación entre la misión y la iglesia nacional. En vez de tomar "la solución más común de dos organizaciones independientes, aunque paralelas, en el mismo campo misionero — la asociación de iglesias locales por una parte, y por la otra una estructura misionera constante, con un comité de coordinación como mediador entre ambas —, la misión dio el paso decidido de organizar cada entidad jurídica en América Latina de manera que su directiva esté compuesta por latinoamericanos".[15] A algunos norteamericanos les es difícil adaptarse a tal norma, que representa con precisión la filosofía misionera visionaria que Ken Strachan promovió con tanto éxito.

Melvin L. Hodges

La inflexibilidad en los principios combinada con la adaptabilidad de los métodos de trabajo han hecho de Melvin L. Hodges un líder destacado del siglo veinte. Durante un período de cincuenta años sus labores misioneras, escritos y conferencias han ayudado a dar forma a las normas y programas misioneros de varias denominaciones. El ha hecho contribuciones estratégicas en: 1) el establecimiento y desarrollo de iglesias, 2) la educación cristiana, 3) la cooperación nacional e internacional de las iglesias.

Melvin Hodges se crió en un hogar cristiano. Su padre fue un ministro metodista, muy instruido, que salió de su denominación después de recibir el bautismo en el Espíritu Santo en 1907; después se asoció con las Asambleas de Dios. A la edad de diez años Melvin sintió el llamado de Dios al ministerio. Lector y estudiante ávido, a los trece años de edad ya había leído todos los libros de la biblioteca de su padre, y había aprendido

griego con él. También aprendía lecciones valiosas sobre el vivir por fe y el establecimiento de iglesias mientras la familia evangelizaba e iniciaba iglesias en el estado de Colorado, Estados Unidos.

Mientras estaba en la escuela secundaria, Melvin atravesó por un período de rebeldía contra el llamado de Dios, pero a los diecisiete años de edad volvió a consagrar su vida al Señor y a su servicio. Aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para tocar el trombón, dirigir los himnos, y predicar en la iglesia y en las reuniones al aire libre. Después se dedicó por completo a la obra evangelística.

En 1928 Melvin se casó con Loida Crews, quien sería una colaboradora valiosa de su ministerio. Después de tener más experiencia en la obra pastoral y como dirigente de la juventud de su distrito, la pareja joven y sus tres hijos fueron a América Central en 1936 a realizar una obra misionera en Nicaragua y en El Salvador que duró dieciocho años.

Los escritos de Rolando Allen habían dejado una impresión profunda en Melvin antes de salir para el campo misionero. Allí conoció a otro misionero de más experiencia, Rafael Williams, quien estuvo de acuerdo con los principios de autogobierno, auto-propagación y auto-sostenimiento de las iglesias que ellos establecían. Para lograr esa meta, no sólo debían establecer iglesias sino también preparar a personas que las pastoreasen.

El evangelismo y la enseñanza requerían largos viajes a caballo por las montañas de Nicaragua, la fundación de un instituto bíblico, la preparación de materiales didácticos cristianos para las iglesias y las escuelas.

Los Hodges y los Williams adaptaron su programa del instituto bíblico a las condiciones del campo. Por la economía agrícola, organizaron un período de estudios corto durante los meses cuando los campesinos tendrían más tiempo para asistir a clases. Tomaron en cuenta el hecho de que los hombres maduros serían los dirigentes naturales de sus comunidades y los animaron a responder al llamado de Dios al servicio y liderazgo de la iglesia. Prepararon un programa de adiestramiento para enseñar a esos hombres, y no sólo a los jóvenes, conforme al nivel educativo y las necesidades de los estudiantes. Como eran la primera generación de cristianos, necesitaban un adoctrinamiento fundamental junto con la preparación práctica para el servicio cristiano. Después, al ascender el nivel educativo del país y recibir la segunda generación de cristianos la enseñanza bíblica en sus iglesias, se mejoró el nivel de enseñanza de los institutos bíblicos para seguir satisfaciendo las necesidades.

En 1953 las Asambleas de Dios nombraron a Melvin Hodges como secretario del departamento de misiones para América Latina y el Caribe, y ocupó ese cargo durante veinte años. Ese trabajo incluía la coordinación de la obra en veintiséis países, la enseñanza en el programa de orientación para nuevos misioneros y la mediación entre los misioneros y la junta de misiones. Su libro *The Indigenous Church* [La iglesia autóctona], escrito por petición de la junta de misiones, sería una gran ayuda para millares de misioneros evangélicos en todo el mundo. Otro de sus libros, *Edificaré mi Iglesia*, ha sido traducido a muchos idiomas como libro de texto en los programas de preparación ministerial.

El período 1955-1965 presentaba un reto y una oportunidad muy grandes a la iglesia.. Había una ola de reformas educativas que se extendía por toda América Latina. Las universidades estaban llenas. Las escuelas elementales añadían clases nocturnas para adultos.

Hombres y mujeres que trabajaban todo el día llenaban las aulas de 6:00 P.M. a

10:00 P.M., cinco noches a la semana. Los maestros de secundaria que no estaban bien preparados tomaban cursos para mejorar su enseñanza. Las campañas de alfabetización levantaban el nivel educativo y despertaban el deseo de obtener más instrucción en muchos países. Las escuelas por correspondencia ofrecían toda clase de cursos a centenares de millares de adultos que estaban deseosos de aumentar sus conocimientos, mejorar su capacitación y progresar a un mejor nivel de vida.

Los Hodges y otros educadores misioneros de América Latina reconocieron la necesidad de revisar y mejorar sus programas de adiestramiento. Los pastores que habían tenido poca oportunidad de estudiar en su juventud tenían que tratar de responder entonces las preguntas de estudiantes o graduados universitarios de su congregación. Los profesores de los institutos bíblicos que estaban familiarizados con la Biblia pero no con los métodos didácticos necesitaban ayuda para que su trabajo fuera más eficaz. Las notas mimeografiadas que habían sido suficientes para los cristianos principiantes de una generación anterior tenían que reemplazarse con libros de texto que ya estaban en castellano, o habría que escribir esos libros de texto para satisfacer las necesidades de un mundo en evolución. Había que añadir nuevos cursos para preparar a los dirigentes nacionales para que desempeñasen los puestos administrativos que antes ocupaban los misioneros. Había que adaptar el currículo a las nuevas necesidades que se presentaban.

Además, el programa coordinado de educación cristiana para todos los niveles debía ser flexible en su administración, hacer el mejor uso posible de los maestros bien calificados para preparar a otros, evitar la duplicación del esfuerzo cuando fuera posible y sacar provecho de los métodos de extensión para la preparación de los que no podían dejar de trabajar para ir a clases. Se haría uso de seminarios internacionales para desarrollar los planes y tomar medidas para su implementación.

La programación estratégica y la cooperación internacional fortalecieron y mejoraron todo el programa de educación cristiana en América Latina y el Caribe. En 1960 Hodges formó un comité de currículo con misioneros de varios campos. Ellos organizaron un plan básico para los institutos bíblicos con recomendaciones para el currículo, libros de texto y lecturas suplementarias, y métodos de administración. La junta de misiones nombró a la misionera veterana Luisa Jeter Walker como coordinadora de institutos bíblicos para ayudar a las escuelas a implementar el programa. Pasaron seis años de seminarios y talleres de adiestramiento internacionales y nacionales en América Latina y el Caribe, que consistían principalmente de clases de administración y métodos didácticos, más unos estudios devocionales. Los misioneros y los líderes cristianos estudiaban juntos y hacían planes para la aplicación de los principios en la obra.

Al mismo tiempo un comité educativo internacional trabajaba con la coordinadora en el desarrollo de materiales de estudio y la realización de un programa básico de preparación para las iglesias. Este constaba de once cursos, desde la orientación para nuevos creyentes hasta la preparación de laicos para las obras nuevas. Las iglesias se beneficiaron mucho, pues varios campos misioneros adoptaron y promovieron el programa. Los institutos bíblicos pudieron levantar su enseñanza al nivel universitario al poner los estudios básicos como requisito de ingreso, los cuales se enseñaban en la localidad o por correspondencia.

Hodges también trabajó con la coordinadora y los comités educativos para establecer el Instituto de Superación Ministerial, el cual funciona desde la oficina del Servicio de Educación Cristiana en Miami, Florida. Siguiendo el modelo establecido por los seminarios de preparación de maestros, varios profesores viajan periódicamente a

varios institutos bíblicos de América Latina y del Caribe para ofrecer cuatro semanas de estudio intensivo en un seminario regional. Los estudiantes que asisten provienen de varios países de cada región. Entre una sesión y otra ellos hacen los proyectos o el estudio adicional por correspondencia que requieren los cursos. En tres sesiones y la obra práctica en el campo, los que hayan terminado los cursos de los tres años del instituto bíblico reciben un grado de Licenciado en Artes. Más de 1.400 pastores estudian en este programa avanzado.

La estrategia y los métodos nuevos han ayudado a las Asambleas de Dios a preparar cada vez más a los obreros cristianos para que estén al día en cuanto a las exigencias del evangelismo y de la enseñanza, de la explosión demográfica y del rápido crecimiento de la iglesia. De 1960 a 1985 el número de sus institutos bíblicos en Amé-rica Latina y el Caribe pasó de 19 a 143. El número de los matriculados en 1985 era de 17.804.

La dirección de Hodges en la programación estratégica ha marcado la pauta para los programas cooperativos de evangelismo de los miembros de su denominación en varios países. Su sucesor Loren Triplett ha seguido con los mismos principios de movilización total para esfuerzos concertados y metas definidas en el evangelismo de saturación y en el establecimiento de iglesias.

Las normas actuales establecen ciudades como objetivos de cooperación internacional en campañas evangelísticas para el establecimiento de iglesias. Asunción, Paraguay, fue un objetivo reciente de evangelismo cooperativo en el cual pastores de Argentina, Uruguay, Perú, El Salvador, Venezuela y Estados Unidos ayudaron a los pastores de ese país. La meta era establecer 17 iglesias nuevas en esa zona durante un período de tres años. Las campañas en carpas en sitios de construcción seleccionados estratégicamente precedían o seguían a una campaña grande en el estadio municipal. Los servicios religiosos todas las noches durante uno o dos años en la carpa ofrecerían la evangelización a la comunidad y la enseñanza a los nuevos creyentes hasta que pudieran levantar su propio templo. Los grupos visitantes también les ayudarían en la construcción. Muchos problemas produjeron demoras en el programa, pero el esfuerzo produjo no 17 sino ¡30 nuevas iglesias! Las Campañas de las Buenas Nuevas de ese tipo han dado resultados excelentes en Ecuador, México y otros países.

En 1973 Hodges dejó su cargo de director para dedicarse a la enseñanza y a la dirección del Departamento de Misiones del Seminario Teológico de las Asambleas de Dios. Allí, hasta su jubilación en 1984, le impartió a una nueva generación de misioneros una visión más clara y una dedicación más profunda a los principios y la práctica de las misiones en cooperación con la iglesia nacional en cualquier parte del mundo.

Roberto Pierce y Visión Mundial

Mientras Ken Strachan trataba de llegar al mundo perdido con una estrategia avanzada de evangelismo, Roberto Pierce hacía su contribución desde otro campo. Siguiendo el ejemplo de la vida de Jesús, Pierce llevó a cabo un esfuerzo humanitario para demostrar la realidad del cristianismo. El creía que la manera más eficaz de presentar a Cristo era mediante actos tangibles de amor y compasión: "Primero debemos tratar las necesidades físicas de la gente para después poder ministrar a sus verdaderas necesidades (espirituales)." Después del Señor mismo, ha habido pocas personas en la historia que hayan demostrado una compasión mayor por la humanidad sufrida que Roberto Pierce. "Que mi corazón sea quebrantado por las cosas que quebrantan el corazón de Dios"; el lema inscrito en su Biblia, expresa de manera breve su enfoque sobre la vida. Era amigo

del género humano.

A pesar de tener un corazón en el que cabía todo el mundo, Roberto Pierce no pudo mantener los lazos de amor más íntimos con su propia familia. El amor que prodigaba en abundancia a los huérfanos desamparados y a las víctimas de las inundaciones, no lo manifestaba de la misma manera a los que lo necesitaban más: su esposa y sus hijas. Había un abismo que separaba su vida pública de su vida privada. Pocas personas supieron que él era en realidad un ser humano frágil y atormentado. Sin embargo, Dios lo usó con poder, y la impresión que él dejó en el mundo no se olvidará en largo tiempo.

El doctor Roberto, como lo llamaban cariñosamente, nació en Fort Dodge, Iowa, en 1914; el menor de siete hijos. Al cumplir los diez años de edad, su familia se trasladó a California, sitio en que estuvo su hogar por el resto de su vida. Después de terminar el bachillerato asistió a la Universidad Nazarena en Pasadena, donde conoció a Lorena Johnson, hija de un gran evangelista, la cual llegó a ser su esposa.

En la universidad, Roberto había sido el presidente del consejo estudiantil. Era un buen predicador joven pero las circunstancias cambiaron pronto. Durante los años de la depresión era difícil hallar trabajo. Hubo ocasiones durante su noviazgo con Lorena cuando se hallaba "caminando sin rumbo fijo por las calles de Santa Fe". El matrimonio sólo sirvió para agravar los problemas. Roberto pasaba de un trabajo a otro y Lorena volvió a vivir con su familia en Chicago. Durante meses, el único medio de comunicación era una carta ocasional. Entonces Roberto le escribió una carta muy tierna, para pedirle una reconciliación y concluyó así: "Te amo y te quiero a mi lado. Pero ya sea que vengas o no, yo continuaré con Dios."[16]

Lo que impulsó a Roberto a escribirle a Lorena fue, en parte, el cambio en sus circunstancias. Al dar su testimonio en la convención anual de la Iglesia del Nazareno, frente a centenares de pastores de todo el país, él "confesó con lágrimas de arrepentimiento sus dificultades del año anterior, y proclamó con nueva convicción su decisión de servir a Dios". El impacto fue emocionante. "Los pastores se interesaban en él y ... se le abrieron las puertas para su ministerio."[17]

Durante los años siguientes, Roberto y su joven familia mantuvieron una constante actividad evangelística. Después permaneció durante más de cuatro años ministrando en el Centro Evangelístico de Los Angeles, donde colaboró con su suegro.

En esa época comenzó Roberto a darse cuenta de su habilidad para trabajar con los jóvenes. En los años siguientes trabajó como evangelista de la juventud. Luego se asoció con juventud para Cristo. Fue vicepresidente de esta, y trabajó con el famoso Torrey Johnson. Entonces apareció más claro el ministerio futuro de Roberto. En 1947 le pidieron que fuera a China a ayudar en una serie de campañas juveniles. Aunque se vio obligado a dejar a su familia en mala situación económica, aceptó la invitación con entusiasmo. Tal vez por primera vez en su vida se sintió realizado.

Los viajes intensos no lo desanimaban. Le gustaba viajar. Por dondequiera que iba veía las urgentes necesidades de la humanidad que, por así decirlo, le pedían ayuda. En cada lugar donde predicaba había profesiones de fe. Fue una época muy emocionante para él.

Durante su segundo viaje a China, Roberto vio cuál iba a ser el papel que desempeñaría para aliviar el dolor y el sufrimiento entre las personas más necesitadas del mundo. Mientras visitaba un orfanato de la misión cerca de la frontera con Tíbet "le llamó la atención una figura andrajosa y muy delgada de una niña esquelética que yacía

acurrucada con resignación en la base de las frías escalinatas de piedra. . ." Cuando preguntó por qué no la alimentaban y le daban alojamiento en el orfanato, le dijeron que la misión ya estaba cuidando a cuatro veces más niños de los que podrían atender adecuadamente. Se encolerizó al ver que se le negaba a esa niña hambrienta las necesidades esenciales de la vida, e insistió: "¿Por qué no se está haciendo nada por ayudarla?". La misionera contestó, mientras levantaba a la niña y se la ponía en los brazos a él: "¿Qué va a hacer usted al respecto?"[18] Este fue un punto decisivo en la vida de él. A partir de ese entonces consagró toda su energía a la filantropía cristiana.

Roberto quería continuar su ministerio en China, pero como los comunistas tomaron el poder, puso su atención en otros lugares. En 1950 hizo su primer viaje a Corea, donde "el sufrimiento de los niños necesitados" inspiró la creación de Visión Mundial Internacional. Como la guerra de Corea se había extendido a todo el país, lo principal era proveer comida, ropa y medicinas para las mujeres y los niños desplazados. Pero, "desde el principio, Visión Mundial multiplicó su ministerio en todas las esferas en que había necesidades". A los pocos años, la organización ya suplía las necesidades de más de 2.000 huérfanos. Desde entonces, esa cantidad se ha centuplicado.[19]

En Estados Unidos viajaba de costa a costa para informar a los cristianos acerca de las necesidades de un mundo necesitado; levantaba grandes cantidades de dinero para orfanatos, hospitales y ministerios evangelísticos. Fue durante esa época de rápido crecimiento de Visión Mundial cuando Lorena y sus hijas parecían descender cada vez más en la lista de prioridades de Roberto. Cuando volvía a su familia, después de casi diez meses de viajes cada año, era como un visitante en su propia casa, lo cual causaba conflictos inevitables. Aunque podía identificarse con las necesidades del mundo, su propia familia, que vivía bajo su propio techo, parecía encontrarse muy lejos de él.

También surgieron otros problemas al entrar Visión Mundial en su segunda década de expansión rápida. Roberto veía que cada vez le era más difícil entenderse con los miembros de la junta directiva. En 1963 ellos votaron por la cancelación de los programas radiales de Roberto, pues creían que el dinero se podría emplear mejor en otros proyectos. El asunto principal a considerar era el método de administración. El estaba habituado a usar el dinero como le parecía conveniente, sin autorización y sin rendir cuentas. Pero las circunstancias habían cambiado. El gobierno exigía cuentas precisas y a Roberto no le gustaban las restricciones que la junta le imponía a él. Los conflictos continuaron hasta 1967, cuando Roberto no pudo aguantar más y renunció.

Después de su partida de Visión Mundial, la vida personal y profesional de Roberto se fue desmoronando. En 1968 viajó al Oriente con Lorena en un viaje de "despedida", auspiciado por Visión Mundial como gesto de simpatía por su retiro; sin duda también para mantener buenas relaciones públicas en esa parte del mundo. Ese mismo año sufrieron la pena de perder a su hija mayor, que se suicidó.

Después de varios años de descanso y recuperación, Roberto siguió viajando y, con el apoyo de Visión Mundial, fundó la Bolsa del Samaritano, organización que ayudaba a los misioneros en Asia. Entonces en 1975, después da varios exámenes médicos, el médico de Roberto le comunicó que tenía leucemia. Era un golpe más al hombre que ya había padecido tanto, pero no quiso darse por vencido. Meses después estaba coordinando, con inagotable energía, un programa de ayuda a los refugiados en Saigón. Después de terminar su obra allí visitó otros lugares necesitados para mostrar su amor de siempre por los que sufren. Pero sus días estaban contados. Murió en septiembre de 1978, sólo unos días después de una memorable reunión familiar.

A pesar de los persistentes conflictos y de los dolorosos problemas asociados a través de los años con su fundador de fama internacional, Visión Mundial mantuvo un constante crecimiento y expansión de sus ministerios. Aunque las contribuciones y el personal siguieron en aumento, no llegó a ser una organización poderosa en sí y siguió actuando como un servicio a través de misiones e iglesias nacionales establecidas. Ricardo C. Halverson escribe: "Al viajar por el mundo, uno encuentra pocas instituciones con el nombre de Visión Mundial. Pero hay centenares de escuelas, orfanatos, casas para viudas, clínicas, hospitales, dormitorios e iglesias construidos o auspiciados con fondos contribuidos a través de Visión Mundial, aunque llevan los nombres de misiones o de iglesias nacionales conocidas."[20]

Como sucede con la mayoría de las misiones, Visión Mundial se ha beneficiado de los servicios de cristianos destacados del Tercer Mundo. Entre ellos se encuentra el doctor Samuel Kamaleson, de la India, quien sirvió en ese país por espacio de muchos años con la Iglesia Metodista antes de ser vicepresidente de Visión Mundial y director de su Conferencia Internacional de Pastores. También es director de la Asociación Agrícola Betel y ha escrito varios libros.

En 1969 Stanley Mooneyham llegó a la presidencia de Visión Mundial. Por su influencia la organización llegó a ser muy eficaz en la ayuda mundial, sin perder la compasión amorosa de su fundador. En su obra *What do You Say to a Hungry World* [¿Qué le dice usted a un mundo hambriento?], Mooneyham expone la realidad escueta del sufrimiento humano mediante su pungente llamado a los cristianos para que demuestren la vitalidad de su fe por medio de su participación activa. El increpa a la Iglesia de Jesucristo por perder su tiempo en los aspectos triviales de la vida: "Mientras el mundo atraviesa por la mayor crisis de alimentos de la historia, la iglesia muestra poseer un gran talento para divertirse y no poco para engañarse a sí misma."

Mooneyham también hace hincapié en que la donación de riquezas materiales no basta ni es siempre el mejor tipo de ayuda. Cita el proverbio chino que ilustra el conocimiento de un método como algo más benéfico en ciertos casos: "Dale un pescado a un hombre y lo alimentarás por un día; enséñalo a pescar y él se alimentará durante toda la vida." Bajo su dirección, Visión Mundial ha ampliado mucho los programas de esfuerzo propio. Pero aunque los ministerios de Visión Mundial son extensos, variados y diversos, como lo son los de otras organizaciones filantrópicas, la enorme tarea de aliviar el dolor de la sufrida humanidad apenas comienza.

Entonces: "¿Qué le dice usted a un mundo hambriento?" Poco se le puede decir cuando se le presenta a Cristo, a menos que las palabras lleven el respaldo de obras de caridad cristianas.

Gordon Lindsay

Una característica del siglo veinte ha sido la gran cantidad de ministerios independientes. Algunos, como el de Alinee Semple McPherson, han llegado a ser denominaciones. Otros se han con-vertido en organizaciones interdenominacionales Cristo para las Naciones comenzó como ministerio independiente pero ahora funciona como organización interdenominacional.

En la década de los treinta, Gordon Lindsay y su esposa Freda eran evangelistas del movimiento pentecostal. Predicaban en iglesias pequeñas y en carpas con piso de aserrín. Ellos sufrían el ridículo y la oposición del público. Las ofrendas apenas bastaban para su transporte de una reunión a la siguiente. No obstante, Dios confirmaba su Palabra

con "las señales que seguían", especialmente en la sanidad de los enfermos cuando Gordon oraba por ellos, y muchos aceptaban a Cristo como su Salvador.

En las décadas de los cuarenta y los cincuenta, el avivamiento se extendía mediante el ministerio de sanidad divina en campañas evangelísticas como las de Oral Roberts, Jack Coe, Rex Humbard, Gordon Lindsay y otros. En 1948 Lindsay, que era un escritor de talento, comenzó una revista mensual llamada *La Voz de Sanidad*. Después el nombre se cambió a *Cristo para las Naciones.* Publicaba testimonios de sanidad, enseñanza profética e informes sobre las campañas de varios evangelistas.

En 1949 un viaje a México convenció a los Lindsay del valor misionero del ministerio de sanidad para atraer gente a Cristo. Desde entonces ministraron en diferentes países por medio de campañas evangelísticas. También vieron la manera de ayudar a las misiones evangélicas. Lindsay promovió varios proyectos misioneros en su revista y en sus reuniones. Entre ellos estaba la literatura evangélica. Gordon Lindsay escribió más de 250 libros. Muchos de ellos fueron de enseñanza bíblica fundamental para dar a los cristianos bases sólidas en la Palabra. Otros eran evangelísticos y algunos más contenían enseñanzas avanzadas. En 1965 Cristo para las Naciones distribuyó 100.000 libros mesiánicos en Israel. Se han distribuido unos 20 millones de libros en 62 idiomas, y literatura gratis en más de 120 países.

Otros proyectos de Cristo para las Naciones han sido: la ayuda a 6.000 congregaciones con materiales para construir sus templos; la contribución de ayuda de emergencia y evangelismo para los refugiados y demás damnificados en las zonas devastadas por las guerras o azotadas por la sequía; el establecimiento y sostenimiento de institutos bíblicos en varios países; la ayuda a huérfanos en la India; las ofrendas regulares para el evangelismo radial en América Latina y los 1.000 diarios para los cuales suple las cintas y los videos; y la preparación de personas para una obra de evangelismo eficaz.

En 1970 los Lindsay abrieron el Instituto Cristo para las Naciones, en Dallas, Texas, con cincuenta estudiantes y tres colaboradores. Ofrecía este un curso de estudios de dos años intensivo y muy práctico para preparar estudiantes para el ministerio. Creció con rapidez y se compraron edificios más grandes. En 1973 Gordon Lindsay murió de repente.

Freda Lindsay siempre había apoyado la obra y dado ayuda valiosa en la organización, pero su esposo siempre había sido el director. Entonces tuvo que hacerle frente ella a una cuantiosa deuda de la propiedad, la administración del instituto, la revista y otros proyectos; pero asumió la responsabilidad con valor. Los estudiantes y los profesores ayunaron y oraron. Los amigos ayudaron. Dios respondió a las oraciones y la obra siguió adelante. Ahora, quince años después, se preparan para el ministerio 1.500 estudiantes de la Biblia allí, los cuales proceden de diferentes denominaciones.

Dennis, el hijo de los Lindsay, hace poco fue nombrado presidente de la organización. Freda, de setenta y dos años de edad, todavía está ocupada escribiendo y reuniéndose con ex alumnos y misioneros. Ella dice: "Mientras haya un hombre o una mujer, un niño o una niña, que viva sin Cristo, nuestro trabajo no ha terminado."

Demos Shakarian

Hombres de negocios dedicados a propagar el evangelio y ganar a otros para Cristo. Esa fue la visión dada por Dios a Demos Shakarian cuando comenzó la organización internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo en 1953. Sobresale por su clase particular de evangelismo.

La familia Shakarian emigró de la república de Armenia a Estados Unidos en 1905, en respuesta a un mensaje profético. La profecía anunciaba una masacre y le decía a la gente de la iglesia que emigraran a Norteamérica donde tendrían libertad religiosa y Dios les daría prosperidad. Después de la salida de la última familia pentecostal, estalló la Primera Guerra Mundial. Los turcos invadieron Armenia y mataron a muchos millares de personas, incluso a todos los que habían quedado en la aldea de los Shakarian.

Los Shakarian se establecieron en Los Angeles, California. Trabajaron duro y desarrollaron un negocio próspero de productos lácteos. El padre de Demos le dio el dinero para comenzar su propia hacienda y todo fue bien por poco tiempo. Después durante seis años sufrió pérdidas en el negocio. Al fin decidió dar prioridad a Dios en su vida y en sus negocios. Desde entonces Dios lo bendijo y prosperó su trabajo.

Demos sintió el llamado de Dios para dar apoyo económico al evangelismo. A principios de la década de los cincuenta Dios estaba preparando evangelistas, algunos de los cuales iban a otras tierras y veían la conversión de millares al Señor. En Cuba, durante las campañas de T. L. Osborn, Ricardo Jeffery y otros en 1950-1951, millares aceptaron a Cristo, las iglesias tuvieron un avivamiento y surgieron nuevas iglesias. Apareció una nueva clase de misionero: el evangelista en el extranjero. No se dedicaban a un campo misionero en particular, sino que iban por invitación de misioneros a diferentes países para realizar campañas evangelísticas. Pasaban parte del tiempo en reuniones evangelísticas en sus países de origen y dependían de las ofrendas recibidas para pagar los gastos de su ministerio en el extranjero.

Demos Shakarian se convenció del valor de tal inversión cuando vio que 4.000 personas aceptaron a Cristo en una campaña de Oral Roberts en Los Angeles. El era el director del comité que auspició la campaña. Entonces se preguntó: ¿Qué si los comerciantes cristianos de toda la nación ayudaran a auspiciar campañas por todo el mundo? En una asociación interdenominacional podrían cooperar en oración y en evangelismo personal entre sus socios también. Shakarian habló con Roberts, evangelista de la Iglesia de Santidad Pentecostal cuyo ministerio en campañas y por televisión ejercería una influencia poderosa en el avivamiento de los años siguientes. Roberts animó a Shakarian a comenzar un grupo local y lo ayudó a comenzar otro grupo en San Francisco.

La organización creció rápidamente y se extendió dentro y fuera de Estados Unidos. En 1986 ya estaba activa en ochenta y cinco países. Los hombres invitan a sus amigos y socios a un desayuno, un almuerzo o una cena en un restaurante (lugar neutral que no parecería tan aterrador para la gente inconversa como una iglesia). Después de la comida oyen los testimonios extraordinarios de hombres cuya vida ha sido transformada por Dios. Los cristianos oran con los que quieren ser salvos, sanos o llenos del Espíritu Santo.

Las reuniones mensuales de la organización, las convenciones y los campamentos también ofrecen comunión para los carismáticos que se han quedado en sus iglesias no pentecostales después de recibir el bautismo en el Espíritu Santo. También les brinda un medio para participar en la propagación del evangelio por medio de proyectos misioneros. Algunos van en equipos a convenciones extranjeras y cooperan en el evangelismo misionero. Las mujeres pueden asistir a las reuniones, pero es una organización netamente para hombres. La organización para mujeres: *Women Aglow*[Mujeres radiantes], sigue un modelo semejante de evangelismo pero no está asociada a la organización de los hombres. Los pastores también participan en las reuniones y proyectos, pero la organización es di-

rigida por hombres de negocios.

Esta movilización de negociantes para el evangelismo ha dado bendiciones materiales y espirituales a los participantes. Dios les ha dado sabiduría y ha prosperado sus negocios o su trabajo, pues han invertido su tiempo, talentos y dinero en la causa del Señor. También crecen espiritualmente al estudiar la Palabra de Dios juntos, orar y participar en el evangelismo.

Jorge M. Flattery

Jorge Flattery no tenía necesidad de que nadie lo convenciera de la eficacia de los cursos de estudio independiente. A los nueve años de edad había ido con sus padres, que eran misioneros, al Alto Volta, Africa, en 1945. Estudiante brillante, hizo toda la secundaria por correspondencia y se matriculó en el Instituto Bíblico Central en Estados Unidos el día que cumplió los dieciséis años de edad.

En ese entonces el instituto Bíblico Central, en Springfield, Missouri, estaba evaluando todos los aspectos de su labor docente y mejorando la calidad de la educación. El énfasis en los objetivos y la excelencia en la enseñanza sería una característica del ministerio de Jorge en la educación cristiana.

Después de su graduación, Jorge se casó con Este' Sheuerman, una compañera de estudios, oriunda del Canadá. Fueron a Richardson, Texas y empezaron una iglesia de las Asambleas de Dios. Mientras estaban allí, Jorge siguió sus estudios en el Seminario Teológico Bautista del Suroeste, en Fort Worth, Texas.

Durante ese tiempo, las noticias venidas de Africa, India, Hong Kong y las Filipinas traían informes emocionantes sobre el uso de los cursos por correspondencia. Millares de personas que nunca hubieran entrado en una iglesia cristiana estudiaban el evangelio en la intimidad de sus hogares. Centenares de personas hacían decisiones de entregarse a Cristo en pueblos y aldeas donde no había iglesias. En otros lugares, hombres y mujeres que eran llamados al ministerio cristiano, pero no podían asistir a un instituto bíblico, estaban estudiando los cursos respectivos en su casa por correspondencia.

Dios le habló a Jorge Flattery sobre la necesidad de coordinar y ampliar este tipo de educación cristiana. Otros países y otros grupos lingüísticos los necesitaban. La mayoría de los misioneros estaban demasiado ocupados con otras obras para desarrollar materiales de estudio independiente para su propio campo o idioma. Y ¿por qué duplicar los esfuerzos? ¿Por qué no podrían los educadores cristianos con preparación especial escribir los materiales fundamentales en inglés y ponerlos a disposición de personas en diferentes países para su traducción y adaptación? Los misioneros podrían administrar el programa en cada país. Una oficina internacional podría proporcionarles orientación y ayuda.

Mientras Jorge se paseaba por su cuarto un día y oraba acerca de esa necesidad, Dios le dio un plan completo de lo que llegaría a ser el Instituto Internacional por Correspondencia. Los cursos deberían estar en cuatro niveles: evangelístico, adiestramiento bíblico fundamental para todos los creyentes, preparación de laicos y formación ministerial. El trabajo universitario estaría en dos niveles: (1) Un programa de grado de cuatro años para los que tuvieran la preparación académica para estudios a nivel universitario; (2) Un programa de diploma de tres años con cursos paralelos para el ministerio, elaborados especialmente para personas con una preparación académica inferior.

Todo parecía como un sueño imposible, pero Jorge sabía que era la voluntad de

Dios. El continuó sus estudios para la preparación que necesitaba (el doctorado en educación) para cumplir su parte del plan de Dios. Después de presentar su plan al comité de misiones, lo enviaron a un viaje de un año por todo el mundo a investigar las posibilidades. Los misioneros que ya estaban dirigiendo cursos por correspondencia se sintieron felices con las posibilidades de ayuda. En lugares donde no había estudios por correspondencia, los misioneros estaban deseosos de comenzar tales programas y deseaban se les ayudara con literatura y con técnicas de administración.

En 1967 la junta misionera autorizó el instituto y nombró a Jorge Flattery como su presidente. Al año siguiente salieron los primeros cursos (vida cristiana y evangelismo). En 1972 el IIc tenía sucursales nacionales en cincuenta y un países y trasladó su oficina internacional a Bruselas, Bélgica.

Misioneros y pastores, además de maestros de institutos y universidades bíblicos se han trasladado a Bruselas desde Egipto, la India, Yugoslavia, Australia, Inglaterra, América del Sur, América Central, Africa, las Filipinas, Estados Unidos y otros países a fin de producir materiales de estudio para uso internacional. Ellos trabajan con los editores en la redacción de las guías de estudio. Los especialistas en la preparación didáctica del IIc dan la forma final a los materiales con ejercicios relacionados con los objetivos, exámenes e ilustraciones apropiadas. Se publican primero en inglés, luego se envían a las sucursales nacionales del IIc, y luego se traducen y se publican allí en otros idiomas según la necesidad.

En 1986 había personas de 164 países estudiando los cursos del IIc en 85 idiomas. Más de 11.000 estudiantes se han matriculado en sus cursos universitarios para la preparación ministerial, y en la actualidad hay 6.000 estudiantes en 115 países. Se han distribuido más de 19 millones de ejemplares de la primera lección de los cursos evangelísticos; cinco millones de personas se han matriculado y más de dos millones han terminado por lo menos un curso. Se han recibido testimonios escritos de 254.526 estudiantes que han recibido a Cristo mediante el estudio de las lecciones. Cuando ha sido posible, se les ha dirigido a una iglesia evangélica de su localidad si no estaban ya en una.

Unos 250 misioneros de las Asambleas de Dios, y muchos de otras esferas profesionales, colaboran en el programa del IIc. Los pastores de muchas denominaciones usan los materiales tanto en centros de aprendizaje, grupos de estudio en el vecindario, iglesias y seminarios bíblicos, como para el estudio independiente.

La visión de Jorge parecía imposible. Uno de los miembros del comité de currículo inicial le dijo a otro después de escuchar el proyecto: "¡Hay cien años de trabajo aquí!" No obstante, en menos de veinte años los educadores del IIc usando técnicas modernas para la autodidáctica y el aprendizaje especializado han preparado los materiales para más de cuarenta cursos en los niveles inferiores y los de los cursos completos para una licenciatura en artes en Biblia y en teología. El instituto está acreditado en Estados Unidos y en Europa.

Jorge Flattery y los doce directores regionales del IIc viajan mucho para coordinar el programa y ayudar a los directores de las 116 oficinas nacionales en los métodos y problemas de administración.

Parecía imposible, pero la realidad ha superado la visión. ¡Aun Jorge está asombrado de lo que Dios ha hecho!

Donaldo McGavran

Uno de los misionólogos contemporáneos más destacados del mundo es Donaldo

McGavran, cuyo enfoque está en cierto tipo de "crecimiento de la iglesia" que va más allá de los conceptos tradicionales de las campañas evangelísticas, aunque estén respaldadas por equipos y organizaciones evangelísticas costosas. Durante más de medio siglo él ha sido un dinámico activista misionero. Ha participado con energía en el evangelismo transcultural, pero no se contenta con él método de la antigua estación misionera. "Su tesis es que la obra misionera puede beneficiarse de las ciencias sociales. La investigación y el análisis pueden quitar obstáculos al crecimiento de la iglesia. En realidad, él es el Apóstol del Iglecrecimiento." Así lo dice Arturo Glasser, también un destacado estratega misionero.[21] El crecimiento de la iglesia en sí, fundamentalmente el evangelismo que tiene como centro la iglesia, puede parecer un tema incontrovertible con el cual todos debían estar de acuerdo, pero McGavran ha aportado un nuevo enfoque al tema que lo ha lanzado a él a la palestra de un acalorado debate. En realidad, gran parte del debate sobre la estrategia misionera en décadas recientes ha girado en torno a sus ideas. Según David Allen Hubbard: "Ha sido alabado y atacado, pero lo han tomado en cuenta."[22]

McGavran nació en la India en 1897, hijo y nieto de misioneros. A pesar del precedente que tuvo, no fueron las misiones su primera decisión como carrera. En realidad, al principio se rebeló contra la idea de pasar toda la vida en la situación económica de un misionero. El pensaba: "Mi padre ya ha hecho bastante por el Señor. Es hora de que yo haga algo para ganar algún dinero."[23] Su vida de estudiante en la Universidad de Butler fue relativamente plácida. Como presidente de su clase de último año y formidable polemista, él tenía todas las posibilidades de éxito; la carrera de abogado era su gran ambición. Pero eso fue antes de que rindiera su vida a Cristo. Después de asistir a la Facúltad de Teología de Yale, conoció en una reunión a la que luego fue su esposa; se casaron y se fueron a la India. Allí comenzó una vida llena de aventuras y de productividad. Tuvo que enfrentarse a un tigre herido y a un jabalí. Trató "casi solo una epidemia de cólera", escaló los Himalayas, viajó por las selvas de islas remotas en las Filipinas. Predicó en seminarios por toda Africa; produjo una película y escribió más de una docena de libros. En sus planes no estaba la jubilación. Por eso en 1973, a los setenta y seis años de edad, dictó conferencias, escribió tres libros y continuó proyectos de estudio sin detener el paso hasta la fecha.[24] En 1983 asistió a seminarios en la India y el Japón, el mismo mes, en dos viajes diferentes.

La carrera misionera de McGavran comenzó en Harda, India, como superintendente de una escuela misionera, bajo los auspicios de la Sociedad Misionera Cristiana Unida. Después sirvió en el campo educativo y médico; también estuvo activo en la traducción y en la obra evangelística. A mediados de la década de los treinta, interrumpió su obra misionera para hacer estudios de posgrado a fin de obtener el título de doctor en filosofía (Ph.D.) en la Universidad de Columbia.

Durante dos décadas más su obra misionera continuó en la India, mientras estudiaba el fenómeno de los movimientos de las masas de población. A mediados de los años cincuenta, su misión lo ocupó en actividades más amplias. Su propia experiencia en el campo misionero y su insaciable deseo de aprender de la experiencia de otros misioneros le hicieron ver la necesidad de una teoría misionera bien razonada y sana; entonces comenzó a dedicar sus energías a esa disciplina. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que la obra que realizaban los misioneros lograba poco para alcanzar la meta del evangelismo mundial. Por eso anhelaba que se llevara a cabo una investigación que tuviera por objeto desarrollar nuevos conceptos de estrategia misionera. En ese entonces comenzó a enseñar la asignatura de misiones en varias instituciones

cristianas. En 1961 fundó el Instituto de Iglecrecimiento, al que ha estado vinculado su nombre durante más de dos décadas.

Como Ken Strachan, estudió McGavran las actividades evangelísticas de otros para descubrir principios y métodos que dieran como resultado el crecimiento de la iglesia. Ningún método era sagrado ni quedaba fuera del escrutinio de la investigación científica. Aun se puso a prueba el Evangelismo a Fondo de Strachan. Según Pedro Wagner: "El cuidadoso estudio de varias repúblicas latinoamericanas no presentaba la relación de causa y efecto entre los esfuerzos de un año de Evangelismo a Fondo y los aumentos en el crecimiento de las iglesias."[25] Para McGavran y sus discípulos, la incorporación real de los convertidos a la iglesia, y no el número de "decisiones", era el factor clave para la evaluación de un método misionero. Por esa razón se pusieron a prueba los métodos tradicionales de evangelismo. Si el evangelismo de campañas producía crecimiento en la iglesia, McGavran trataba de descubrir la razón y entonces aplicaba en otra parte los principios que descubría.

Fue por medio de su Instituto de Iglecrecimiento que la investigación misionológica se desarrolló más a cabalidad que en ninguna otra parte o época en la historia de la Iglesia cristiana. El fundó el instituto en la Universidad Cristiana del Noroeste, en Eugene, Oregón. Comenzó en 1961 con un solo estudiante. En 1965 trasladó el instituto a Pasadena y McGavran llegó a ser el decano fundador de la Facultad de Misiones Mundiales en el Seminario Teológico Fuller. En años recientes más de cien



Donaldo McGavran, autor y estratega misionero de avanzada.

Misioneros con su valiosa contribución) han pasado cada año por esa facultad. Algunos de los mejores misionólogos del mundo han colaborado con él en su investigación y enseñanza. Los teóricos de las misiones han quedado muy bien impresionados con su moderno y científico punto de vista. "El se proponía metas. Trataba de principios, no métodos. Los métodos se rechazaban o se aceptaban ... basados en lo que él llamaba `fiero pragmatismo'. La investigación se convirtió en su principal instrumento."[26]

Basado en sus investigaciones, concluyó McGavran no sólo que los métodos tradicionales de evangelismo en masa contribuían poco al verdadero crecimiento de la

iglesia, sino que el esfuerzo misionero principal de todo el siglo diecinueve y mucha parte del veinte había estado mal encaminado. El método de las bases misioneras, que dominó las misiones durante casi dos siglos, no había producido el tipo de expansión espontánea que caracterizaba a la Iglesia primitiva. Aunque los misioneros habían trabajado con diligencia para establecer iglesias nacionales, el cristianismo seguía enfocado alrededor de la estación misionera. McGavran escribió: "Estas iglesias de bases misioneras no tienen las cualidades que se necesitan para el crecimiento y la multiplicación." La razón fundamental es que los convertidos se ven a menudo segregados de sus relaciones sociales anteriores y encuentran su única comunión con otros cristianos de la base misionera. Ellos, por lo general, se sienten "inmensamente superiores a sus parientes inconversos", y por eso tienen poca influencia sobre ellos a la hora de evangelizarlos. Lo que resulta es la creación, sin intención y, equivocada, de una nueva tribu, casta o sociedad aislada. El observó que los convertidos en tales casos tienden a depender mucho de la misión para obtener empleo y servicios sociales, y algunas veces "sacan la fácil conclusión de que si más personas se hacen cristianas, los recursos de la misión disminuirán", dando como resultado en ocasiones que "ellos mismos han desanimado a posibles convertidos a hacerse cristianos".[27]

Entonces, ¿cuál es la respuesta? Según McGavran, movimientos de pueblos, movimientos de tribus completas o de "unidades homogéneas" hacia el cristianismo. Tales conversiones "multi-individuales", en vez de las conversiones individuales, eran, según el concepto de McGavran, más duraderas y estables para el verdadero crecimiento de la iglesia. Tales movimientos habían ocurrido en el pasado pero "rara vez los habían buscado o deseado". En la India, "los líderes de las iglesias y misiones se habían opuesto a tales movimientos donde éstos empezaron", en parte debido a "la preferencia de la cultura occidental por las decisiones individuales sobre las decisiones colectivas".[28]

Sin duda, el aspecto más polémico del "movimiento de pueblos" de McGavran, llamado "el principio de unidad homogénea", se diseminó mucho más después del discurso de este a una sesión plenaria del Congreso de Lausana en 1974. Contra la corriente de una fuerte ideología integracionista, sostuvo él que no se debía considerar que una conciencia racial fuera un factor negativo, sino más bien positivo, en el proceso de evangelismo mundial. El insistió en que "no conviene decir que las tribus no deben tener prejuicios étnicos. Los tienen y están orgullosos de ellos. Se pueden entender y considerar como una ayuda para la cristianización". Está claro que McGavran no defendía los prejuicios raciales. Se oponía a ellos con firmeza. Pero insistía en que el desprenderse de los prejuicios raciales no se podía considerar como prerrequisito para hacerse cristiano. El definía dos "etapas de cristianización": "el discipulado" y el "perfeccionamiento". La primera etapa comprende el llegar a ser cristiano y la segunda el crecimiento en la vida cristiana. Era sólo en la segunda etapa, opinaba él, que se podía lograr algún progreso en la erradicación de los prejuicios raciales.[29]

Uno de los principales críticos más acerbos de McGavran ha sido Juan H. Yoder, teólogo anabaptista, que ha puesto en duda la honradez del método de McGavran. El dijo: "Yo creería que el misionero me había estado engañando si me dijera después del bautismo que tenía que amar a los negros, cuando no había querido decírmelo antes." El preguntaba: "Si no hemos dicho al principio que la iglesia cristiana es una comunidad integrada, ¿qué autoridad tendremos para buscar un movimiento de integración racial después?"[30] A lo que habría respondido McGavran que la exigencia del amor y la oferta de nada menos que el matrimonio entre miembros de distintas razas son dos cosas diferentes.

Otro crítico del "principio de unidad homogénea" de McGavran ha sido René Padilla, un misionólogo latinoamericano. En su opinión, la unidad homogénea es "sub.-cristiana" y pecaminosa. "La idea es que a la gente le gusta estar con los de su propia raza y clase y, por lo tanto, debemos plantar iglesias segregadas, que sin duda van a crecer más rápidamente. Se nos dice que el prejuicio racial 'puede ser sobreentendido y convertirse en una ayuda en la cristianización'. Ninguna cantidad de maniobras exegéticas puede hacer coincidir este método con la enseñanza explícita del Nuevo Testamento con respecto a la unidad de los hombres en el cuerpo de Cristo. .."[31]

Debido a su prolífica labor literaria y a sus ideas innovadoras, McGavran ha estado en el fragor de la batalla en torno a la estrategia misionera. Sus críticos "lo han acusado de poner más énfasis en la cantidad que en la calidad; de preocuparse tanto por la salvación de las almas que desatiende la atención de las necesidades humanas; de poner presión para la expansión de la iglesia mientras está ciego a las necesidades de justicia social; y en confiar en los esfuerzos humanos en vez de en el Espíritu Santo".[32]

Según Arturo Glasser, "a McGavran se lo cita más" y "se lo debate con más ardor que a cualquier otro en el campo de las misiones en la actualidad". El "ha trastornado por completo la antigua metodología misionera tradicional que predominó en las misiones ... antes de 1955, metodología que ha sido mayormente improductiva".[33] En muchos aspectos su importancia no estriba tanto en la corrección de sus respuestas como en los interrogantes que ha presentado, la pasión apostólica con la cual ha socavado las respuestas aceptadas; además, más que ninguna otra persona, él ha hecho pasar el estudio de las misiones de cursos introductorios, en contadas escuelas cristianas, a un estudio de extenso nivel profesional en el mundo entero.

Rafael Winter

Las misiones son la vida de Rafael, de Roberta, y de sus cuatro hijas y sus esposos, quienes se han consagrado a la misma causa. Si se quisiera describir a alguien como modelo del estadista misionero mundial, una persona que fuera a la vez estratega, erudito, organizador, innovador, motivador y entusiasta, se estaría describiendo a

Rafael Winter. Aunque él no aceptaría tal descripción, sería difícil señalar a alguien que tenga una mayor participación en tantas facetas de las misiones como la que tiene él. Algunos se han referido a él como la persona más visionaria e innovadora de las misiones de la actualidad.

Rafael Winter nació en Los Angeles en 1924 y, excepto por los años pasados en la escuela o en el extranjero, ha vivido en la misma casa desde la edad de dos años. Aunque sus padres fueron líderes en la iglesia presbiteriana local, la mayor influencia en la vida de ellos en aquellos días era la Sociedad Internacional de Esfuerzo Cristiano, que todavía es el movimiento juvenil cristiano mayor del mundo. Este trasfondo evangélico e interdenominacional tuvo una influencia profunda en él en los años siguientes.

Después del bachillerato, ingresó Rafael en el Instituto Técnico de California a fin de hacerse ingeniero. Su padre, quien estaba encargado de desarrollar el sistema de autopistas de Los Angeles, había tenido mucho éxito en ese campo y parecía natural que Rafael siguiera en sus pasos. Pero no siguió la carrera de ingeniero. Después de graduarse del instituto técnico y de servir en la marina de guerra, continuó estudiando hasta que obtuvo el título de doctor en filosofía (Ph.D.) de la Universidad de Cornell y un grado en teología del Seminario Teológico de Princeton.

Antes de terminar su educación superior, Rafael se casó con Roberta Helm, quien

acababa de graduarse de enfermera. Desde el principio fue un matrimonio con intereses y preocupaciones mutuos. Roberta estudiaba con Rafael mientras él continuaba su educación de posgrado. Cuando comenzaron su ministerio con un grupo de indígenas mayas en Guatemala, siguieron trabajando en equipo.

Después de diez años de labor misionera en Guatemala, Rafael, por invitación de McGavran, ingresó al cuerpo docente de la Facultad de Misiones Mundiales de Fuller. Fue una oportunidad definitiva que le permitió dejar una impresión firme en los centenares de misioneros que pasaron por sus clases.

No fue una decisión fácil abandonar a Fuller después de diez años de servicio. En 1976 los Winter dejaron la seguridad y el sueldo de aquella prestigiosa institución; se fueron sin apoyo económico a fundar el Centro de Estados Unidos para las Misiones Mundiales. Con un grupo de misioneros poco conocidos se entusiasmaron ante la oportunidad de comprar una universidad en Pasadena. "Ellos creían que ese sería el centro de operaciones ideal para reunir a hombres y mujeres que tuvieran el propósito de llegar con el evangelio a los que no lo hubieran recibido todavía. El costo era de 15.000.000 de dólares. Entre ellos sólo tenían 100 dólares."[34]

Desde su fundación, el centro ha estado "a punto de cerrarse" y "parecía destinado a fallecer en el despacho de préstamos hipotecarios" hasta que "en el último momento se obtuvieron los fondos necesarios".[35] Pero no se ha librado la batalla con el fin de pagar las hipotecas, sino de alcanzar a unos 17.000 grupos humanos, más de 2.000.000.000 de personas, donde no se ha establecido todavía la iglesia cristiana. El centro es una "colmena de energía" con más de 300 obreros provenientes, de 64 sociedades misioneras, las que a su vez están unidas con iglesias y organizaciones estudiantiles.

El centro es, en esencia, un lugar de estudio cooperativo, al cual las misiones asignan personas para que trabajen juntas en la investigación y movilización necesarias para alcanzar a los "pueblos escondidos". David Bryant, especialista en misiones de InterVarsity escribe: "Es algo más que el genio creador del director. De lo que puedo percibir en muchos sectores, el gran atractivo del centro está en los modelos de fe pionera que ha atraído (siendo Winter uno de ellos). Su celo por la gloria de Dios renueva la fe de muchos (la mía inclusive) en lo que Dios puede hacer y hará por medio de su pueblo en favor de la causa global de Cristo." Bryant ha comparado el centro con el pueblo Rivendale, de la obra Señor de los anillos de Tolkien: "El lugar donde pueden nacer las visiones, donde los frágiles sueños pueden convertirse en realidad, donde se pueden hacer planes de combate para grandes batallas del futuro y donde la fe se renueva en un éxito último e inevitable."[36]

Sin embargo, el centro no es el único producto de la "mente fértil" de Rafael. El participó en la fundación de la William Carey Library (casa de publicaciones que se especializa en libros sobre misiones cristianas), la Sociedad Norteamericana de Misionología, la Educación Teológica por Extensión, la Asociación de Fronteras y la William Carey International University, un programa de extensión para universitarios y estudiantes de posgrado.

El estilo de vida personal de los Winter es la razón, en parte, de su contagiosa influencia en las misiones. Tal estilo de vida es lo que Rafael llama de "tiempo de guerra". No es "sencillo", pero "puede ser más caro o menos caro que el sencillo. Si un soldado en una trinchera tiene que comer su ración, no gasta mucho dinero; pero el piloto de un avión de combate tal vez usa hasta 40.000 dólares mensuales de inversión técnica. En otras palabras, en tiempo de guerra, uno no juzga según el mismo modelo de estilo de vida. Lo

que importa es realizar el trabajo".[37]

Los Winter viven esa clase de vida. Aunque usan en sus oficinas equipos modernos de información y usan costosos servicios de correo de entrega especial para facilitar proyectos urgentes, Rafael maneja una camioneta Dodge 1965 que ya está en el tercer ciclo de 160.000 kilómetros. A menudo lleva el mismo saco deportivo azul que sacó del barril de ropa donada."

Mediante sus varias organizaciones y relaciones personales Rafael ha alentado a otros a desarrollar ideas y programas para promover el evangelismo mundial. Esto en sí ha sido su contribución más permanente. Hombres como Donaldo Richardson tienen una deuda de gratitud con él por el ánimo y el interés entusiasta que él mostró en su obra, antes de que otros los reconocieran por su contribución a las misiones.

Donaldo Richardson

Donaldo Richardson es en la actualidad uno de los más profundos y prácticos teóricos de misiones del hemisferio occidental. Sus obras escritas, como *Hijo de Paz* (de la que se han vendido casi 300.000 ejemplares y fue también la selección del libro del mes de *Reader's Digest*), han logrado que el cristiano laico se percate de la complejidad de la comunicación intercultural del evangelio como pocos libros lo han hecho. Tal vez más que ningún otro promotor de misiones en Norteamérica, él presenta sus obras de modo atractivo no sólo para el laico sino también para el académico. Su principio de la "analogía redentora" — "la aplicación de la verdad espiritual a las costumbres locales" — ha producido mucho entusiasmo y debates en los círculos misioneros, desde que él mencionó ese principio, por primera vez, en unas conferencias en el Seminario Teológico de Dallas, en 1973. Desde entonces su influencia ha aumentado por medio de otros libros y artículos, conferencias, la película *Hijo de Paz* y su asociación con el Centro de Estados Unidos para la Misiones Mundiales, ubicado en Pasadena, California.

En un culto en la capilla del Instituto Bíblico Prairie, en 1955, Donaldo, joven de veinte años, respondió al llamado a las misiones. Su llamamiento no fue "a cualquier parte", sino un llamado específico a ir a las tribus de cazadores de cabezas de la Nueva Guinea Holandesa, donde el salvajismo era el estilo de vida. Otros que escucharon en ese culto al anciano de setenta y un años Ebenezer Vine, de la Unión Misionera a las Regiones Más Alejadas, tuvieron el mismo llamado. Muchos graduados de ese instituto bíblico marcharon al campo misionero. Entre los estudiantes que compartieron la decisión de Donaldo ese día estaba Carol Soderstrom, una "hermosa rubia" de Cincinnati, Ohio, que llegaría a ser su esposa cinco años más tarde.

En 1962, después de terminar un curso del Instituto Lingüístico de Verano y en espera de su primer hijo, Donaldo y Carol salieron para Papuasia-Nueva Guinea. Allí trabajaron con otros misioneros de la UMRMA hasta cuando los asignaron a la tribu de los sawis. Estos combinaban el canibalismo con la cacería de cabezas e idealizaban la traición, como se hace en muy pocas culturas en todo el mundo. No sólo infundía terror la gente, sino que también la tierra era aterradora, como lo describe Donaldo con claridad: "La fértil selva de enormes árboles que parecían tocar el cielo creaba murallas que rodean el claro como si se tratara de un estadio para una competencia a punto de comenzar... Lo primitivo del lugar me asustaba. Algo en el ambiente parecía decir con burla: 'Yo no soy como tu mansa y dócil tierra canadiense. Soy enredada. Soy demasiado densa para que se pueda caminar a través de mí. Soy caliente y vaporosa, y la lluvia me inunda. Tengo barro para que te hundas hasta la cintura y espinas de quince centímetros de largo. Tengo

serpientes mortíferas, sanguijuelas y cocodrilos. Causo la malaria, la disentería, la filariosis y la hepatitis.' "[38] Ese era un lugar terrible para llevar a una esposa y a un niño de siete meses, pero Donaldo nunca dudó de su llamamiento.

Si el temor a la traición y la enfermedad estaban presentes en el subconsciente de los Richardson, el temor a no poder aprender el idioma era una lucha bien consciente. Los diecinueve tiempos de cada verbo y el complejo vocabulario eran un reto a su capacidad mental. "En castellano decimos que abrimos los ojos, el corazón, una puerta una lata o el entendimiento de alguien, todo con el verbo `abrir'. Pero en sawi *fagadon* los ojos, *anahagkon* el corazón, *tagavon* la puerta, *tarifan* una lata y *dargamon* el entendimiento del oyente."[39] Aunque con frecuencia Donaldo sentía que iba a tener "un corto circuito en los cables cerebrales", mantuvo un horario de estudio del idioma de ocho a diez horas diarias. Muy pronto llegó a comunicarse muy bien en sawi. El consideraba esa tarea como "una gran aventura": "A menudo sentía lo que debe sentir el matemático al resolver problemas y obtener nuevas fórmulas que funcionan como por arte de magia."[40]

Cuanto más aprendía Donaldo el idioma y se familiarizaba con la gente, tanto más estaba consciente de los obstáculos que afrontaba al tratar de hacerles entender el cristianismo. El abismo que separaba su propio cristianismo bíblico del salvajismo de los sawis parecía demasiado ancho para poder cruzarse. ¿Cómo podrían jamás comprender a un Salvador amoroso que murió por ellos? "A los ojos de ellos Judas, no Jesús, era el héroe del evangelio. Jesús era alguien motivo de risa."[41] La barrera de la comunicación parecía inmensa, hasta que Donaldo descubrió una "analogía redentora", la cual señalaba al Cristo Encarnado con más claridad que cualquier pasaje bíblico aislado. Donaldo descubrió el concepto sawi del *Hijo de Paz*.

La naturaleza guerrera de los sawis era un factor que había preocupado mucho a Donaldo desde los primeros días de su residencia entre ellos. A pesar de sus esfuerzos, no podía impedir que las tres aldeas tribales cercanas a su lugar de trabajo derramaran su sangre entre sí. "Concluí — se echaba la culpa Donaldo — . . . que Carol y yo les habíamos quitado, sin intención, a Haenam, Kamur y Yohwi [las tres aldeas] el aislamiento mutuo que necesitaban para sobrevivir en una paz relativa, al hacer que se acercaran para formar una sola comunidad. Por tanto, para el bien de la gente, debíamos dejarlos. Sería algo muy difícil para nosotros, pero yo sabía que sin nosotros, ellos se dispersarían a sus hogares de la espesura y estarían en paz."[42]

Quedaron tan preocupados los sawis con la noticia de la posible salida de Donaldo que celebraron una reunión especial de la tribu. Entonces le dijeron que al día siguiente harían la paz. Animado con este cambio de la situación, Donaldo esperó con ansiedad la mañana siguiente. El rito de paz de los sawis comenzó poco después del amanecer. El procedimiento diplomático, aunque rara vez ejercitado, fue una experiencia de profunda emoción. Había un intercambio de niños de cada una de las aldeas beligerantes. La paz continuaría mientras vivieran esos niños. La decisión sobre cuál niño se entregaría era muy difícil. Las madres de niños pequeños se llenaron de temor cuando supieron lo que pasaba. Al fin un joven tomó su único hijo, corrió hacia el campo enemigo y entregó a su hijo a uno de sus enemigos. Le dieron un niño en cambio del suyo y así se estableció la paz. Era una paz fundada en la confianza, la cual creía Donaldo que no existía entre los sawis. Pero a su modo, los sawis "habían hallado una manera de probar la sinceridad y establecer la paz.. . Entre los sawis toda muestra de amistad era sospechosa, excepto una; *si un hombre en realidad entregaba su propio hijo a sus enemigos, ¡en ese hombre se podría confiar!*"[43] Fue esa analogía, entonces, la que Donaldo usó para indicar a los sawis

el sacrificio que Dios el Padre hizo de su Hijo.

Con sólo el concepto del Hijo de Paz no se derribaron todas las barreras de comunicación con el cristianismo. Había que descubrir otras analogías, y para Donaldo y Carol había muchas otras pruebas por las que tendrían que pasar. Pero, gracias a su trabajo paciente, los sawis fueron acercándose al cristianismo. Al mismo tiempo se iban preparando también para sobrevivir la inevitable "desorientación cultural" que tendrían por el influjo de las industrias del petróleo, la madera y la minería, además de la inmigración de otras islas de Indonesia. Donaldo y Carol también ayudaron a los sawis de otras maneras. En el consultorio de enfermería, Carol atendía a casi 2.500 pacientes al mes; también enseñaba higiene básica y otros tipos de cuidados preventivos. Donaldo, con la ayuda de Carol, tradujo el Nuevo Testamento y les enseñó a los sawis a leer. Pero se empeñaron por evitar todo intento de cambiar la cultura de los sawis, excepto donde resultaba evidente que ésta tendía a la autodestrucción.

En 1972, después de diez años de ministerio entre los sawis, había habido muchos cambios. La casa de reuniones para los cultos cristianos se había ampliado dos veces. Por instancias de Donaldo, los habitantes de las aldeas se comprometieron a construir un edificio con capacidad para mil personas. Sería una "casa de paz en la cual los antiguos enemigos" podrían "sentarse juntos a la mesa del Señor, así como también casa de oración en la que se pediría por las tribus que todavía no tenían la Palabra de Dios". El edificio se dedicó en el verano de 1972. Se cree que es el edificio circular más grande del mundo construido con troncos sin cepillar.[44]

Después de completar la traducción del Nuevo Testamento, los Richardson dejaron a los sawis bajo el cuidado de sus propios pastores y de Juan y Ester Mills, otra pareja de misioneros. Ellos se fueron a otra tribu a ayudar a otra pareja de misioneros a analizar un idioma llamado 'auyy'. En 1976, mientras seguía como socio activo de UMRMA, Donaldo comenzó a enseñar en el Centro de Estados Unidos para las Misiones Mundiales, en Pasadena, California. Allí fue el director de estudios de pueblos tribales. Su énfasis sobre "analogías de redención" ha tenido mucha aceptación. Otros colaboran con él en su mismo esfuerzo por desarrollar medios más eficaces para comunicar el evangelio a los pueblos tribales.

En su segundo libro, *Lords of the Earth* [Amos de la tierra], Donaldo siguió desarrollando el concepto de "analogías de redención", al presentar el servicio misionero de Stan Dale entre la tribu yali de Irian Jaya: Stan y su colaborador, Felipe Masters, trabajaron incansablemente para llegar con el evangelio a esa tribu caníbal y feroz. En 1966 unos veinte hombres yalis se habían convertido. Sin embargo, la mayoría de la tribu consideraba el cristianismo como una amenaza. Casi de inmediato los sacerdotes de los espíritus yalis(llamados kembu) mataron a dos nuevos creyentes. Dos años después, Stan y Felipe perdieron la vida en un ataque inesperado de los guerreros yalis.

"Si alguna vez una tribu necesitaba la fe cristiana que el misionero pudiera presentarle — escribió Donaldo —, esa tribu era la de los yalis." Entonces, junto con otro misionero, él "hizo un estudio muy profundo de la cultura de los yalis para aprender más de sus costumbres y creencias". Así descubrió una analogía redentora relacionada con una tradición de los yalis: lugares de refugio que consistían en paredes circulares de piedra, donde los de la tribu podían hallar seguridad al huir, aun de los peores enemigos. Basados en la tradición descubierta por Donaldo, los misioneros ya podían, mediante la estrategia de "cumplimiento del concepto", trazar paralelos entre sus lugares de refugio y las ciudades de refugio que había entre los israelitas. Entonces era sencillo comunicar la

redención de Cristo como "el lugar de refugio perfecto". Millares de miembros de la tribu yali se han convertido al cristianismo en años subsecuentes.[45]

La obra más brillante de valor académico de Donaldo hasta la fecha ha sido *Eternity in their Hearts* [Eternidad en el corazón de ellos], obra histórica que trata de los "movimientos de pueblos" hacia el cristianismo. Uno de los mayores descubrimientos de sus estudios es que la gran mayoría (algunos dicen que 95%) de las religiones del mundo reconocen "un gran espíritu" como creador. Al explicar este descubrimiento fenomenal, Donaldo va directamente a Hechos 14:16, 17, que habla del Dios creador que "no se dejó a sí mismo sin testimonio". Dios, de una forma general, se ha revelado aun a las tribus más remotas y primitivas. Donaldo anima a otros misioneros a basarse en esta revelación general. El ha visto, mediante sus estudios, que los misioneros que han relacionado el cristianismo con el propio concepto de un Dios creador en la cultura de la tribu han tenido más éxito. Los misioneros que no han querido reconocer el nombre tribal de Dios como válido, por lo general, han hallado una aceptación menor al mensaje del evangelio.

Entonces, ¿Implica Richardson que el fin justifica los medios? Si una estrategia produce buenos resultados, ¿podemos usarla sin probar primero su congruencia con los precedentes de la Escritura? No. Ese no es el caso de los principios misionológicos de Donaldo Richardson. En realidad, su gran confianza en los precedentes bíblicos es en parte lo que lo hace sobresalir como misionólogo moderno. Sus principios tienen fundamento bíblico. No son nada nuevo. Son tan antiguos como la propia Biblia. Entonces su mayor contribución al campo de las misiones ha sido el redescubrimiento de los mismos métodos y principios que el apóstol Pablo y otros usaron, y la aplicación de estos a los descubrimientos de la antropología moderna. Por ejemplo, su creencia de que los misioneros deben usar el nombre indígena de Dios tiene "el sello de aprobación apostólico". Por lo visto, el apóstol Pablo no dudó en usar la palabra 'theos' para Dios, aunque era la misma que usaban los paganos a quienes trataba de convertir. Entonces los métodos y principios evangelísticos que eran pertinentes cuando empezó en Jerusalén la empresa misionera mundial en el primer siglo después de Cristo todavía se pueden aplicar hoy, pues la comisión de ir "hasta lo último de la tierra" todavía no se ha cumplido. Cabe anotar que el redescubrimiento de estos métodos y principios eternos ocurrió en lo que verdaderamente se puede considerar como la parte más recóndita del mundo: Irian Jaya.

Epílogo

Al mirar el pasado, el aspecto más sobresaliente de la misión mundial cristiana ha sido la multitud de hombres y mujeres que dejaron familia y patria para soportar las privaciones y frustraciones de otras culturas en obediencia al llamado de Dios a la evangelización. Lo que los impulsaba era ese "llamado misionero" indefinible y nebuloso. Si se podía servir en otros ministerios en la tierra natal sin haber tenido un "llamamiento", en el de las misiones no se podía. Los riesgos eran muchos. La seguridad del llamamiento les daba fuerzas para permanecer en el campo misionero. Por supuesto, hubo quienes fueron y no se quedaron; estos quedaron relegados al papel de ex misioneros solamente. Pero, por lo menos, fueron y, en muchos casos, hicieron contribuciones importantes. Los que permanecieron en el campo misionero pudieron haber sido mucho más felices en su patria. No obstante, permanecieron allí año tras año, sostenidos por la fuerza del llamamiento.

¿Quiénes fueron los impulsados por tan alto llamamiento? ¿Fueron hombres y mujeres especialmente aptos para tal llamamiento? Tal vez no; al menos no mucho más que los creyentes entusiastas de cualquier otro sector de la iglesia cristiana. La historia de la humanidad y de las misiones está plagada de limitaciones humanas, fracasos e impedimentos.

Después de siglos de crecimiento irregular, el "Gran Siglo" amaneció sólo para producir al "padre de las misiones modernas" que tenía una esposa indispuesta a colaborar y un socio de conducta dudosa. La infelicidad doméstica representada aun por ese misionero famoso era un mal ejemplo de hogar cristiano. Después, los disgustos entre los misioneros más antiguos y los más nuevos en la misión de Serampore, India, causaron aun más daño al testimonio que se esperaba del cristianismo.

No sólo en la India se le dio mala fama al nombre de Cristo. En China se pensó que el cristianismo estaba ligado al contrabando de opio. En Africa se lo asoció con el racismo y con la hostilidad suscitada entre protestantes y católicos. En las islas del Pacífico hubo campos misioneros del mundo hubo muchos actos vergonzosos debido a un mal entendimiento de las tradiciones culturales. La iglesia de la cultura occidental, institucionalizada, creía que era el único camino en que los nuevos creyentes debían seguir al Señor.

Por supuesto, los académicos modernos al investigar las misiones, por lo general, concluyen que muchos fracasos fueron incidentales y, en muchos casos, excusables. Eran sólo pequeñas manifestaciones superficiales de una poderosa ola de gracia que inundaba la tierra. Los críticos, sin embargo, se complacen en atacar las debilidades de los misioneros cristianos. La propia naturaleza débil de los misioneros sirve de combustible para el fuego de la crítica. ¿Por qué nos sorprendemos de que se hayan cometido todos los errores imaginables? Los misioneros no eran ni los supersantos creados por sus admiradores, ni los ignorantes y celosos ineptos que los detractores han descrito. Pero habían sido llamados por Dios, de una manera u otra, y su porcentaje de éxito fue fenomenal.

La expansión del cristianismo a culturas diferentes de la occidental, llevada a cabo principalmente por medio de la acción misionera, es uno de los grandes éxitos de la historia. Después de salir adelante con la reforma y de tomar impulso con el despertamiento evangélico, después de escapar de las fuerzas contrarias del racionalismo y el secularismo y sobrevivir a la Revolución Francesa y al militarismo napoleónico, el

movimiento cristiano se fue propagando hasta convertirse en una vibrante religión universal a la cual se adhieren con fervor personas de todos los rincones del mundo. Esta gran extensión ha sido producto de una fe activa. Ninguna otra causa en la historia ha producido tan trascendentes esfuerzos humanitarios de buena voluntad como el cristianismo.

El hecho en sí de que esta increíble expansión mundial haya sido realizada por seres humanos pecadores y frágiles, con el respaldo de solamente una minoría de los santos de su patria, sólo realza de una forma muy patente la gloria que se le debe dar únicamente a Dios. No obstante, es difícil, desde el punto de vista humano, dejar de admirar e idealizar a los que estuvieron dispuestos a ir, los que sacrificaron sus propias aspiraciones para contribuir lo que pudieran a una causa mayor. Hubo personas en todos los campos como Henry Martin y Elena Roseveare, los cuales abandonaron brillantes carreras en su patria y se abstuvieron de la felicidad del matrimonio y la familia, sólo para sufrir dolor y humillaciones; todo ello en obediencia al llamado de Dios.

Muy poca atención se les ha dado a los que se quedaron en su patria, los cuales no fueron menos obedientes a la visión celestial. Incontables individuos tuvieron el mismo llamado y estuvieron dispuestos a realizar los mismos sacrificios, pero nunca llegaron a ir al campo misionero. ¿Eran por eso menos espirituales? ¿Estaban menos consagrados a Dios? En realidad, existe muy poca diferencia entre los que fueron y los que sirvieron en su propia patria.

Se ha dicho que por cada misionero que va a su campo de trabajo, hay por lo menos cincuenta individuos que, en alguna ocasión, consagraron su vida a las misiones, pero nunca cumplieron su promesa. ¿No se llevó a cabo su llamado a las misiones? En muchos casos así fue. Su promesa se echó al olvido. En otros casos, sin embargo, desempeñaron un papel decisivo en su patria. ¿Dónde estarían las misiones ahora sin la ayuda de los que se quedaron? De los 100.000 estudiantes voluntarios que firmaron la "Promesa de Princeton" sólo 20.000 fueron al extranjero como misioneros, pero ¿cómo pudo ese gran ejército del Señor resistir en la vanguardia sin el fuerte apoyo de los creyentes de su patria? Durante esos años, los donativos en dinero para las misiones se cuadruplicaron. Hubo un sistema de apoyo similar al de las mujeres que fueron al campo misionero a fines del siglo diecinueve. Por cada mujer que fue había una docena o más de mujeres consagradas a sustentarlas desde su patria; entre ellas, muchas que habían tenido el llamado pero que nunca llegaron a ir.

En décadas recientes se puso en marcha otro movimiento estudiantil, en gran parte, por amantes de las misiones que se quedaron en su patria. C. Stacey Woods tenía planes preparados para marchar a la India en 1934, pero se quedó en Estados Unidos para fundar y dirigir la Asociación Cristiana Inter-Varsity, organización de estudiantes que promueve las misiones en las universidades. También se conoce esa organización por sus conferencias misioneras en Urbana, Illinois, Estados Unidos, cada tres años; una convención de cinco días que ha atraído hasta 17.000 estudiantes de las universidades de Estados Unidos. El interés de Stacey era global, factor evidente en su Asociación Internacional de Estudiantes Evangélicos.

Dawson Trotman nunca llegó a ser misionero, pero también desempeñó un importante papel en la obra misionera con la creación de los Navegantes. Trotman tuvo su visión misionera en París en 1948, y desde entonces los Navegantes se han propagado por todo el mundo con un deseo inmenso de formar discípulos en la fe cristiana.

Guillermo Bright, como Dawson, tuvo también una visión por las misiones

mundiales. La Cruzada Estudiantil para Cristo comenzó como un ministerio dirigido principalmente a los estudiantes. En 1980 ya tenían 16.000 miembros evangelizando en más de 150 países del mundo. Pocas zonas del mundo han escapado al impacto producido por esa organización mediante sus campañas de "Aquí hay vida" y su película evangélica "Jesús", que ha sido traducida a decenas de idiomas.

Entre los actuales líderes de misiones hay un parecer que aumenta en popularidad de que debe haber menos distinción entre los misioneros que marchan al extranjero y "los que se quedan en casa". También se están volviendo muy populares las misiones de breve duración. Personas como Jorge Verwer de la Operación Movilización y Loren Cunningham de Juventud con una Misión, han dedicado sus energías a animar a los jóvenes de ambos sexos a que se consagren a las misiones, ya sea por un breve tiempo o por toda la vida, ya sea en el extranjero o en su patria.

Entonces, ¿qué de los que no marchan al extranjero? ¿Cómo se debe evaluar la vida de ellos? ¿Forman acaso menos parte de la Gran Comisión porque se quedaron en su país? ¿Es menos válido su "llamamiento misionero"? Muchos jóvenes oyeron ese "llamado", y prometieron ir, pero aparentemente algo los desvió de su meta. ¿Desobedecieron ese llamado de Dios? Cada uno debe responder esa pregunta delante de Dios y tal vez volver a evaluar la naturaleza misma de ese "llamamiento" misionero. En efecto, lo que a menudo parece un llamado a cierta zona geográfica del mundo, tal vez sea un llamado a ayudar a terminar la obra misionera mediante una consagración de todo corazón a servir al Señor lo mismo en su país que en el campo misionero. Para los que piensan que han sido infieles al llamamiento, es hora de que dejen a un lado sus sentimientos de culpa y se consagren con más fervor a la tarea misionera en su totalidad.

La historia de los que fueron es emocionante y dramática, sin duda mucho más que la de aquellos que se quedaron en su patria. Pero éstos también tienen una historia que a veces se asemeja a la historia de los que fueron al campo misionero.

Una de esas historias comenzó en 1950 en una comunidad agrícola del norte de Wisconsin, Estados Unidos. Fue en un campamento bíblico de verano, en el cual el misionero Delmer Smith, de la Alianza Cristiana y Misionera, era el conferencista. Allí en el pabellón rústico, después de escuchar sus conmovedores mensajes, una campesina de trece años de edad tuvo una vislumbre de lo que eran las misiones y al concluir el servicio se puso en pie para consagrar su vida a Dios como misionera. Durante sus estudios de bachillerato las misiones eran el objetivo de su vida. Se había prometido que nada le impediría lograrlo.

Después de su graduación, su vida se vio ocupada y llena de acontecimientos: instituto bíblico, universidad, matrimonio, familia, carrera de profesora. Una cosa después de otra. Con el correr de los años, la posibilidad de ir a un campo misionero era cada vez menor.

A sólo cinco kilómetros del hogar de su niñez, otra joven campesina, su prima Valeria Stellrecht, también tenía ilusiones juveniles. Asistían a la misma escuela y a la misma iglesita campesina. Valeria también se sintió llamada a ser misionera. Ella también entró a la Universidad Bíblica de San Pablo a prepararse para el llamado de su vida. Ella también quería casarse y tener una familia. Pero su llamado a las misiones tenía prioridad. Valeria se graduó de la universidad y poco después, se despedía de su familia y sus seres queridos y salía para el Ecuador, donde todavía sirve como misionera de la Alianza Cristiana y Misionera.

Dos jóvenes cuyas vidas tenían muchos aspectos paralelos. Dos jóvenes que

tuvieron el llamado a las misiones. Valeria fue y yo me quedé en mi país.

Notas Parte I

Introducción

[1] Ralph D. Winter, "The Kingdom Strikes Back: The Ten Epochs of Redemptive History", en Perspectives on the World Christian Movement, ed. Ralph D. Winter y Steven C. Hawthorne (Pasadena: William Carey, 1981), p. 150.
[2] J. Herbert Kane, A Concise History of the Christian World Mission: A Panoramic View of Missions from Pentecost to the Present (Grand Rapids: Baker, 1978), p. 43.
[3] Winter, op. cit., p. 148.
[4] Philip Schaff, The Middle Ages, vol. 5 de History of the Christian Church (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), pp. 588-589.

Capítulo 1

[1] Kane, op. cit., p. 7.
[2] Stephen Neill, A History of Christian Missions (New York: Penguin, 1964), p. 24.
[3] Ibíd., pp. 39-40.
[4] John Foxe, Foxe's Christian Martyrs of the World (Chicago: Moody, s.f.), p. 41.
[5]Neill, op. cit., p. 45.
[6] Ibíd., p. 42.
[7] Ibíd., p. 43.
[8] Kenneth Scott Latourette, The First Five Centuries, vol 1 de A History of the Expansion of Christianity (Grand Rapids: Zondervan, 1970), p. 80.
[9] Roland Allen, Missionary Methods: St. Paul's or Ours? (Chicago: Moody, 1956) pp. 3-4.
[10] Ibíd., pp. 6-7.
[11] F. F. Bruce, The Spreading Flame: The Rise and Progress of Christianityfrom its First Beginnings to the Conversion of the English (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), p. 174.
[12] W H. C. Frend, Martyrdom and Persecution in the Early Church (0)ford: Blackwell, 1965), pp. 241, 189.
[13] Bruce, op. cit., p. 260.
[14] Philip Schaff, Ante-Nicene Christianity, vol. 2 de History of the Christian Church, p. 666.
[15] Elliot Wright, Holy Company: Christian Heroes and Heroines (New York: Macmillan, 1980), p. 80.
[16] Schaff, op. cit., p. 667.
[17] Bruce, op. cit., p. 174.
[18] Eusebius, History of the Church en Eerdmans' Handbook to the History of Christianity (Grand Rapids: Eerdmans, 1977), p. 81.
[19] Edith Deen, Great Women of the Christian Faith (New York: Harper & Row, 1959), p. 3.
[20] Wright, op. cit., p. 234.
[21] Ibíd., p. 235.
[22] Deen, op. cit., p. 5.

[23] Sherwood Wirt, "God's Darling", Moody Monthly (febrero 1977), p. 58.
[24] Wright, op. cit., p. 236.
[25] Deen, op. cit., p. 6.
[26] Wirt, op. cit., p. 60.
[27] Latourette, The First Five Centuries, vol. 1, 213.
[28] Neill, op. cit., p. 55; V. Raymond Edman, The Light in Dark Ages (Wheaton: Van Kampen, 1949), p. 91.
[29] Neill, op. cit., p. 55.
[30] Latourette, The First Five Centuries, vol. 1, 213.
[31] Philostorgius, History of the Church en Eerdmans' Handbook, p. 180.
[32] Edman, op. cit., p. 93.
as Bruce, op. cit., p. 373.
[34] 1bíd.
[35] Ibíd., p. 374.
[36]lbíd., pp. 376-377.
[37] J. Herbert Kane, "Saint Patrick: Evangelical Missionary to heland", Eternity, (julio 1972), p. 34.
[38] Latourette, The First Five Centuries, vol. 1, p. 219.
[39] Bruce, op. cit., p. 381.
[40] Edman, op. cit., p. 145.
[41] E. H. Broadbent, The Pilgrim Church (London: Pickering & Inglis, 1974), pp. 34-35.
[42] Will Durant, The Age of Faith en The Story of CivilizationNewYork: Simon & Schuster, 1950), p. 532.
[43] Latourette, The Thousand Years of Uncertainty, vol. 2 de A History of the Expansion of Christianity, p. 54.

Capítulo 2

[1] Norman F. Cantor, Medieval History: The Life and Death of a Civilization (London: Macmillan, 1969), p. 130.
[2] Bruce L. Shelley, Church History in Plain language (Waco: Word, 1982), p. 176.
[3] Neill, op. cit., p. 67.
[4] Ibíd., pp. 68-69.
[5] John Stewart, The Nestorian Missionary Enterprise: A Church on Fire (Edinburgh: Clarke, 1923), pp. 198, 29, 18.
[6] Neill, op. cit., p. 74; Latourette, The Thousand Years of Uncertainty, vol. 2, p. 85.
[7] Edman, op. cit., p. 192.
[8] George William Greenaway, Saint Boniface (London: Adam & Charles Block, 1955), p. 28.
[9] Philip Schaff, Medieval Christianity, vol. 4 de History of the Christian Church , p. 94.
[l0] C. H. Talbot, "St. Boniface and the German Mission", en The
Mission of the Church and the Propagation of the Faith, ed. G. J.
Cuming (Cambridge: The University Press, 1970), p. 49.
[11] Latourette, Thousand Years of Uncertainty, vol. 2, 95.
[12] Cantor, op. cit., p..186.
[13] Ibíd., p. 187.
[14] Schaff, Medieval Christianity, vol. 4, 98.

[15] Neill, op. cit., p. 76.
[16] Latourette, Thousand Years of Uncertainty, vol. 2, 117.
[17] Schaff, Medieval Christianity, vol. 4, 114.
[18] Samuel M. Zwemer, Raymond Lull: First Missionary to the Moslems (New York: Funk & Wagnalls, 1902), p. 26.
[19] Ibíd., p. 34, 36.
[20] Ibíd., pp. 52-52.
[21] Ibíd., p. 64.
[22] Ibíd., pp. 63-64.
[23] Ibíd., pp. 81-82.
[24] Ibíd., p. 83.
[25] Ibíd., pp. 89-90.
[26] Ibíd., p. 94.
[27] Ibíd., p. 108.
[28] Ibíd., pp. 110-111.
[29] Ibíd., p. 141.
[30] Ibíd., p. 135.
[31] Ibíd., pp. 142-143.
[32] Neill, op. cit., p. 169.
[33] Ibíd., p. 171.
[34] Kenneth Scott Latourette, Three Centuries of Advance, vol. 3 de Expansion of Christianity, p. 96.
[35] Neill, op. cit., p. 148.
[36] Will Durant, The Reformation, vol. 6 de The Story of Civilization (New York: Simon & Schuster, 1957), p. 914.
[37] James Brodrick, Saint Francis Xavier (New York: Wicklow, 1952), p. 204.
[38] Ibíd., p. 174.
[39] Ibíd., p. 145.
[40] Ibíd., p. 144.
[41] Neill, op. cit., p. 150.
[42] Ibíd., p. 154.
[43] Ibíd., p. 156.
[44] F. A. Rouleau, "Matteo Ricci," en The New Catholic Encyclopedia, ed. William J. McDonald (New York: McGraw-Hill, 1967), p. 12:472.
[45] Vincent Cronin, The Wise Man from the West (New York: Dutton, 1955), p. 31.
[46] A. J. Broomhall, Hudson Taylor & China's Open Century (London: Hodder & Stoughton, 1981), p. 74.
[47] Ibíd., p. 64.
[48] Rouleau, op. cit., p. 471.
[49] Matthew Ricci, "The Journal of Matthew Ricci", en Classics of Christian Missions, ed. Francis M. DuBose (Nashville: Broadman, 1979), pp. 172-173.
[50] Broomhall, op. cit., p. 75.

Capitulo 3

[1] William J. Danker, Profit for the Lord (Grand Rapids: Eerdmans, 1971), p. 73.
[2] A. Skevington Wood, "Count von Zinzendorf", en Eerdmans' Handbook , p. 477.
[3] John R. Weinlick, Count Zinzendorf (Nashville: Abingdon, 1956), p. 225.
[4] Ibíd., p. 200.
[5] Ibíd., p. 205.
[6] Louis Bobé, Hans Egede: Colonizer and Missionary to Greenland Copenhagen: Rosenkilde & Bagger, 1952), p. 22.
[7] Ibíd., p. 23.
[8] Ibíd., p. 29.
[9] Ibíd., p. 82.
[10] Neill, op. cit., p. 237.
[11] Bobé, op. cit., p. 155.
[12] Bernard Kruger, The Peor Tree Blossoms: A History of the Moravian Mission Stations in South Africa, 1737-1869 (South Africa: Genedendal Printing Works, 1967), p. 31.

Capítulo 4

[1] Ola Elisabeth Winslow, John Eliot: Apostle to the Indians (Boston: Houghton Mifflin, 1968), p. 96.
[2] IbId., p. 110.
[3] Ibíd., p. 113.
[4] Neville B. Cryer, "John Eliot", en Five Pioneer Missionaries (London: Banner of Truth, 1965), p. 212.
[5] Winslow, op. cit., p. 179.
[6] Elisabeth D. Dodds, Marriage to a Difficult Man: The "Uncommon Union" of Jonathan and Sarah Edwards (Philadelphia: Westminster, 1971), p. 118.
[7] David Wynbeek, David Brainerd: Beloved Yankee (Grand Rapids: Eerdmans, 1961), pp. 60-61.
[8] Ibid., p. 79.
[9] Ibíd., p. 113.
[10] Jonathan Edwards, ed., The Life and Diary of David Brainerd (Chicago: Moody, 1949), pp. 141, 146.
[11] R. Pierce Beaver, Pioneers in Mission: The Early Missionary Ordination Sermons, Charges, and Instructions (Grand Rapids: Eerdmans, 1966), pp. 211-212.
[12] Nard Jones, The Great Command: The Story of Marcus and Narcissa Whitman and the Oregon Country Pioneers (Boston: Little, Brown, and Company, 1959), p. 125.
[13] Ibíd., pp. 202, 229.
[14] Ibíd., pp. 219-220.

Parte II

Introducción

[1] Neill, op. cit., p. 243.
[2] Martin Marty, A Short History of Christianity, (New York: Meridian, 1959), p. 318.
[3] Ibíd
[4]Ibíd., p. 273.
[5] Harold Cook, Highlights of Christian Missions: A History and Survey (Chicago: Moody), p. 54.
[6] Kenneth Scott Latourette, The Great Century: North Africa and Asia, vol. 6 de Expansion of Christianity, p. 443.
[7] Neill, op. cit., p. 252.
[8] Robert Hall Glover and J. Herbert Kane, The Progress of WorldWide Missions (New York: Harper & Brothers, 1960), p. 58.
[9] A. F. Walls, "Outposts of Empire", en Eerdmans' Handbook, p. 556.
[10] Winter, op. cit., p. 154.
[12] Neill, op. cit., p. 259.

Capítulo 5

[1] Mary Drewery, William Carey: A Biography (Grand Rapids: Zondervan, 1979), p. 25.
[2] Kane, A Concise History , p. 85.
[3] Drewery, op. cit., p. 70.
[4] Ibíd., p. 89.
[5] Ibíd., pp. 69, 111.
[6] lbid., p. 102.
[7] Ibíd., p. 115.
[8] Ibíd., p. 146.
[9]Ibíd., pp. 183, 185.
[10] Ibíd., p. 173.
[11] Ibíd., p. 166.
[12] Courtney Anderson, To the Golden Shore: The Life of Adoniram Judson (Grand Rapids: Zondervan, 1972), p. 84.
[13] Ibíd., p. 181.
[14] Ibíd., p. 362.
[15] Ibíd., p. 391.
[16] Ibíd., p. 398.
[17]lbíd., p. 478.
[18] Ibíd., p. 416.
[19] David Bentley-Taylor, My Love Must Wait: The Story of Henry Martyn (Downers Grove, Illinois: InterVarsity, 1975), p. 26,
[20] Richard T. France, "Henry Martyn" en Five Pioneer Missionaries (London: Banner of Truth, 1965), pp. 255-256.
[21] Bentley-Taylor, op. cit., p. 35.

[22] William Paton, Alexander Duff: Pioneer of Missionary Education (New York: Doran, 1922), p. 150.
[23] A. T. Pierson en Glover and Kane, op. cit., p. 72.

Capítulo 6

[1] Cecil Northcott, Robert Moffat: Pioneer in Africa, 1817-1870 (London: Lutterworth, 1961), p. 22.
[2] Ibíd., p. 34.
[3] Deen, op. cit., p. 187.
[4] J. H. Morrison, The Missionary Heroes of Africa (New York: Doran, 1922), p. 38.
[5] Deen, op. cit., p. 188.
[6] Northcott, op. cit., p. 129.
[7] Geoffrey Moorhouse, The Missionaries (New York: Lippincott, 1973), p. 111.
[8] Oliver Ransford, David Livingstone: The Dark Interior (New York: St. Martin's, 1978) 14.
[9]Ibíd., p. 38.
[10] Deen, op. cit., p. 192.
[11] Northcott, op. cit., p. 189.
[12] Ransford, op. cit., p. 39.
[13] Deen, Ibíd., pp.193-194.
[14] Ibíd.
[15] Moorhouse, op. cit., p. 256.
[16] James and Marti Hefley, By Their Blood: Christian Martyrs of the 20th Century (Milford, Michigan: Mott, 1979), p. 343.
[17] Ibíd., p. 426.
[18] Neill, op. cit., p. 378.
[19] Morrison, op. cit., p. 201.
[20] Ibíd., p. 206.
[21] Ibíd., p. 208.
[22] Ibíd., p. 215.
[23] Ibíd., p. 216.
[24] Glover y Kane, op. cit., p. 329.
[25] Edwin Bliss, ed., Encyclopedia of Missions (New York: Funk & Wagnalls, 1891), p. 2.
[26] Carol Christian y Gladys Plummer, God and One Red Head: Mary Slessor of Calabar (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1970), p. 34.
[27] W. P. Livingstone, Mary Slessor of Calabar: Pioneer Missionary (London: Hodder & Stoughton, 1915), p. 51.
[28] Christian y Plummer, op. cit., p. 177.

Capítulo 7

[1] A. J. Broomhall, Hudson Taylor & China's Open Century, Tomo uno: Barbarians at the Gates (London: Hodder & Stoughton, 1981), p. 267.
[2] Sherwood Eddy, Pathfinders of the World Missionary Crusade (New York: Abingdon-Cokesbury, 1945), p. 34.
[3]Ibíd.

[4] Marshall Broomhall, Robert Morrison: A Master-builder New York: Doran, 1924), p. 59.
[5] Ibíd., pp. 61, 131.
[6] Ibíd., p. 72.
[7] Neill, op. cit., p. 285.
[8] J. C. Pollock, Hudson Taylor and Mario: Pioneers in China (Grand Rapids: Zondervan, 1976), p. 17.
9 Ibid, p. 20.
[10] Ibíd., p. 19.
[11] Ibíd. p. 29.
[12] Dr. and Mrs. Howard Taylor, J. Hudson Taylor: God's Man in China (Chicago: Moody, 1978), p. 76.
[13]Ibfd., p. 70.
[14] Pollock, op. cit., pp. 31-32.
[15] Taylor, op. cit., p. 100.
[16] Pollock, op. cit., pp. 49-50.
[17]Ibfd., p. 33.
[18]Ibid., pp. 81-82.
[19] Ibíd., pp. 84-85.
[20] Raid., [pp.] 89-91.
[21]Ibíd
.
[22]lbfd., [pp.] 97-98.
[23]lbíd., p. 140.
[24]lbíd., p. 147.
[25] Ibíd., p. 189.
[26]lbíd., p. 193.
[27] Ibíd., pp. 196-197.
[28] Taylor, op. cit., p. 208.
[29]lbid., p. 272.
[30] Kenneth Scott Latourette, The Great Century: North Africa and Asia, vol. 6 de Expansion of Christianity , p. 329.
[31] Winter y Hawthorne, op. cit., p. 172.
[32] Rosalind Goforth, Goforth of China (Grand Rapids: Zondervan, 1937), p. 29.
[33] Ibíd., p. 48.
[34] Ibíd., pp. 54-55.
[35] Ibíd., p. 119.
[36] Ibíd., pp. 157-158.
[37] Ibíd., p. 189.
[38] Ibíd., p. 187.
[39] Ibíd., pp. 114-115.
[40] Ibíd., p. 162.
[41] Ibíd., p. 214.

Capítulo 8

[1] Glover y Kane, op. cit., p. 433.
[2] Niel Gunson, Messengers of Grace: Evangelical Missionaries in the South Seas, 1797-1860 (New York: Oxford,1978), p. 178.
[3] Graeme Kent, Company of Heaven: Early Missionaries in the South Seas (New York: Nelson, 1972), p. 83.
[4] Glover y Kane, op. cit., p. 436.
[5] Neill, 297.
[6] Kent, op. cit., p. 33.
[7] Ibíd., p. 45.
[8]Ibíd., p. 57.
[9] Bradford Smith, Yankees in Paradise: The New England Impact on Hawaii (New York: Lippincott, 1956), p. 10.
[10] Ibíd., p. 190.
[11] Ibíd., p. 205.
[12] Ibíd., p. 234.
[13] John Gutch, Beyond the Reefs: The Life of John Williams, Missionary (London: McDonald, 1974), p. 18.
[14] Ibíd., p. 20.
[15] Ibíd., pp. 33-34.
[16] Ibíd., p. 46.
[17] Ibíd., p. 47.
[18] Neill, op. cit., pp. 298-299.
[19] Ralph Bell, John G. Paton: Apostle to the New Hebrides (Butler, Indiana: Higley, 1957), pp. 42-43.
[20] John G. Paton, The Story of Dr. John G. Paton's Thirty Years with South Sea Cannibals (New York: Doran, 1923), p. 33.
[21] Ibíd., p. 36.
[22] Bell, op. cit., p. 157.
[23] Paton, op. cit., p. 180.
[24] Bell, op. cit., pp. 237-238.
[25] James y Marti Hefley, op. cit., p. 169.
[26] Kent, op. cit., pp. 159, 178.
[27] Neill, op. cit., p. 354.
[28] Cuthbert Lennox, james Chalmers of New guinea (London: Andrew Melrose, 1902), pp. 147-148.
[29] Delavan L. Pierson, The Pacific Islanders: From Savages to Saints (Nueva York: Funk & Wagnalls, 1906), p. 173.
[30] Kent, op. cit., p. 147.

Parte III

Introducción

1 Neill, op. cit., p. 243.
2 Ibíd., p. 451.
[3] Robert D. Linder, "Introduction: The Christian Centuries", en Eerdmans' Handbook p. xxii.
[4] Ibíd.

Capítulo 9

[1] R. Pierce Beaver, American Protestant Women in World Mission (Grand Rapids: Eerdmans, 1969), p. 59.
[2] Helen Barnett Montgomery, Western Women in Eastern Lands (New York: Macmillan, 1910), pp. 243-244.
[3] Nancy Hardesty, Great Women of Faith (Grand Rapids: Baker, 1980), p. 104; Marlys Taege, And God Gave Women Talents! (St. Louis: Concordia, 1978), p. 90.
[4] Catherine Allen, The New Lottie Moon Story (Nashville: Broadman, 1980), pp. 136, 140-142.
[5] J. Herbert Kane, Life and Work on the Mission Field (Grand Rapids: Baker, 1980), p. 143.
[6] Irwin Hyatt, Our Ordered Lives Confess: Three Nineteenth-Century American Missionaries in East Shantung Cambridge, Massachusetts: Harvard University, 1976), p. 96.
[7] Ibíd., p. 98.
[8] Ibíd., p. 99.
[9] Ibíd., pp. 104-105.
[10] Ibid
[11] Ibíd., p. 106.
[12] Ibíd., pp. 115, 117.
[13] Ibíd., p. 113; Allen, op. cit., pp. 212-213.
[14] Hyatt, op. cit., p. 114.
[15] Allen, op. cit., p. 288.
[16] Sherwood Eddy, Pathfinders of the World Missionary Crusade New York: Abingdon-Cokesbury, 1945), p. 125.
[17] Frank Houghton, Amy Carmichael of Dohnavur (London: Society for the Propagation of Christian Knowledge, 1954), p. 61, 73.
[18] Ibíd., p. 78.
[19] raid., p. 213.
zo Ibíd., p. 62.
[21] Evelyn Stenbock, "Miss Terri": The Story of Maude Cary, Pioneer cMU Missionary in Morocco (Lincoln, Nebraska: Good News Broadcasting, 1970), p. 30.
[22] Ibíd., pp. 35-36.
[23] Ibíd., p. 46.

[24] Isobel Kuhn, By Searching (Chicago: Moody, 1959), p. 120; He-len Roseveare, Give Me This Mountain (London: InterVarsity, 1966), p. 67.
[25] Stenbock, op. cit., p. 60.
[26] Ibíd., p. 71.
[27] Ibíd., p. 103.
[28] Ibíd., p. 139.
[29] Henry Beets, Johanna of Nigeria: Life and Labors of Johanna Veenstra (Grand Rapids: Grand Rapids Printing Company, 1937), pp. 90, 129.
[30] Johanna Veenstra, Pioneering for Christ in the Sudan (Grand Rapids: Smitter Book, 1926), p. 165.
[31] Beets, op. cit., p.205.
[32] Phyllis Thompson, A Transparent Woman: The Compelling Story of Gladys Aylward (Grand Rapids: Zondervan, 1971), p. 20.
[33] Alan Burgess, The Small Woman (New York: Dutton, 1957), p. 29.
[34] Ibíd., p. 166.
[35] Thompson, op. cit., p. 183.
[36] Valentin H. Rabe, "Evangelical Logistics: Mission Support and Resources to 1920" en The Missionary Enterprise in China and Ame-rica, ed. John K. Fairbank (Cambridge, Mass: Harvard University, 1974), p. 72.
[37] Alan Burgess, Daylight Must Come: The Story of a Courageous Woman Doctor in the Congo (New York: Dell, 1975), p. 135.
[38] Ibíd., p. 149.
[39] Ibíd., p. 45.
[40] "A HIS Interview with Helen Roseveare", HIS (enero 1977), p. 19.

Capítulo 10

[1] Harold Cook, Highlights of Christian Missions: A History and Survey (Chicago: Moody, 1967), p. 69.
[2] James y Marti Hefley, op. cit., p. 76.
[3] Eddy, op. cit., pp. 5-6.
[4] Norman P. Grubb, C. T. Studd: Cricketer & Pioneer (Fort Washington, Pensilvania: Christian Literature Crusade, 1969), p. 17.
[5] J. Herbert Kane, "C. T. Studd: A Gambler for God", Eternity (diciembre de 1972), p. 39.
[6] Grubb, op. cit., p. 87.
[7] Kane, op. cit., p. 40.
[8] Grubb, op. cit., p. 121.
[9] Norman P. Grubb, Once Caught, No Escape: My Life Story (Fort Washington: Christian Literature Crusade, 1969), p. 78.
[10] John R. Mott, The Largor Evangelism (Nashville: Abingdon-Cokesbury, 1944), p. 11.
[11] C. Howard Hopkins, John R. Mott, 1865-1955: A Biography (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), p. 19.
[12] Mott, op. cit., p. 36.
[13] Hopkins, op. cit., p. 568.
[14]lbíd., p. 276.
[15] Terry Hurlbert, World Mission Today (Wheaton: Evangelical Teachér Training Association, s.f.), p. 29.

[16] W. Reginald Wheeler, A Man Sent From God: A Biography of Robert E. Speer (London: Revell, 1956), p. 53.
[17] Eddy, op. cit., p. 263.
[18] Arthur P. Johnston, The Battle for World Evangelism (Wheaton: Tyndale, 1978), p. 32.
[19] Wheeler, op. cit., p. 219.
[20] Ibíd., p. 163.
[21] Ibíd., p. 166.
[22] Ibíd., p. 15.
[23] Neill, op. cit., p. 366.
[24] J. Christy Wilson, The Apostle to Islam: A Biography of Samuel M. Zwemer (Grand Rapids: Baker, 1952), p. 23.
[25] Ibíd., p. 47.
[26] Ibíd., p. 43.
[27] Ibíd., p. 234.
[28] Ibíd., p. 81.
[29] E. Stanley Jones, Along the Indian Road (New York: Abingdon, 1939), pp. 19-20.
[30] Ibíd.
[31] Ibid, p. 8.
[32] Ibíd., p. 49.
[33] John W. R. Stott, Christian Mission in the Modern World (Downers Grove, Illinois: InterVarsity, 1975), p. 76.
[34] Jones, Along the Indian Road, pp. 183-184.
[35] Eddy, op. cit., p. 270; Glover y Kane, op. cit., p. 185.
[36] Jones, Ibíd, p. 166.
[37] Jones, The Christ, pp. 212-213.

Capítulo 11

[1] Kane, A Conciso History (op. cit., p. 102.
[2] Elisabeth Elliot, Through Gatos of Splendor (New York: Harper & Row, 1958), p. 176.
[3] Kane, loc. cit.
[4] A. E. Thompson, The Life of A. B. Simpson (New York: Christian Alliance Publishing, 1920), p. 65.
[5] Ibíd., p. 120.
[6] Ibíd., p. 121.
[7] Ibíd., p. 120.
[8] A. W. Tozer, Wingspread: A. B. Simpson: A Study in Spiritual Altitude (Harrisburg, Pensilvania: Christian Publications,1943), p. 87.
[9] Thompson, op. cit., p. 227.
[10] J H. Hunter, A Flame of Fire: The Life and Work of R. V. Bingham (Scarborough, Ontario: Sudan Interior Mission, 1961), p. 56.
[11] Ibíd., p. 50.
[12] Ibíd., p. 65.
[13] Ibíd., p. 67.
[14] Ibíd., p. 78.
[15] Ibíd., p. 79.
[16] Ibid., p. 111.

[17] Ibíd., pp. 149-151.
[18] Ibíd., p. 211.
[19] Raymond Davis, Fire on the Mountains: The Story of a Mimcle —The Church in Ethiopia Grand Rapids: Zondervan, 1975), p. 88.
[20] Ibíd., p. 107.
[21] Ibíd.
[22] Ibíd., pp. 115, 246-247.
[23] Kenneth Richardson, Garden of Miracles: The Story of the Africa Inland Mission (London: Africa Inland Mission, 1976), p. 33.
[24] Ibíd., p. 70.
[25] James y Marti Hefley, op. cit., pp. 422-423.
[26] Mildred W. Spain, "And in Samaria": A Story of More than Sixty Years' Missionary Witness in Central America, 1890-1954 (Dallas: The Central American Mission, 1954), p. 8.
[27] "A Chain Divinely Forged", CAM Bulletin (otoño de 1980), p. 5.
[28] Glover y Kane, op. cit., p. 356.
[29] Cook, op. cit., pp. 211-212.
[30] Jean Dye Johnson, God Planted Five Seeds (Woodworth, Wisconsin: New Tribes Mission, 1966), pp. 12, 23, 26.
[31] Ibid., pp. 21-22.
[32] Ibid, p. 43.
[33] Ibíd., pp. 84, 73.
[34] Ibid., pp. 107-108.
[35] Elliot, op. cit., pp. 152-153.
[36] Russell T. Hitt, Jungle Pilot: The Life and Witness of Note Saint (Grand Rapids: Zondervan, 1973), p. 244.
[37] Diario de Pedro Fleming, 6 de diciembre de 1953.
[38] Elliot, op. cit., pp. 146, 159; Hitt, op. cit., p. 241.
[39] Hitt, op. cit., p. 252.
[40] Elliot, op. cit., p. 104.
[41] Ibíd., pp. 172, 176.
[42] Diario de Pedro Fleming, 27 de diciembre de 1955.
[43] Elliot, op. cit., p. 180.
[44]lbíd., pp. 196-197.
[45] James C. Hefley, "The Auca Massacre & Beyond", Power for Living ((19 de abril de 1981), p. 5.
[46] Hitt, op. cit., p. 258.

Capítulo 12

[1] Gordon Atter. The Third Force. (Petersborough, Ontario: The College Press, 1962), pp. 6.
[2] Stanley H. Frodsham. With Signs Following. (Springfield, MO: Gospel Publishing House, 1941), pp. 253-262.
[3] Bresson. Studies in Ecstasy. (Nueva York: Vantage Press), pp. 20-122.
[4] C. Pedro Wagner. Avance del pentecostalismo en latinoamérica (Miami, FL: Editorial Vida, 1986), pp. 5.

[5] Gary B. McGee. This Gospel Shall Be Preached, (Springfield, MO: Gospel Publishing House, 1986), pp. 46.
[6] Gary McGee, "The Azusa Street Revival and 20th Century Missions: An Assessment After 80 Years", en International Bulletin of Missionary Research.
[7] Frodsham, op. cit., p. 105.
[8] Ibid., p. 108.
[9] Pedro Wagner, El poder espiritual y el crecimiento de la iglesia(Altamonte Springs, Florida: Strang Communications Company,
1986).
[10] Frodsham, op. cit., p. 177.
[11] Wagner, op. cit., p. 62.
[12] Atter, op. cit., p. 219.
[13] Wagner, op. cit., p. 20.
[14] Ibíd., p. 96-97.
[15] Ibíd., p. 25.

Parte IV:

Introducción

[1] Winthrop S. Hudson, Religion in America: An Historical Account of the Development of American Religious Life (New York; Scribner, 1956), pp. 371-371.
2 Ibíd., p. 382.
[3] Ibíd., p. 383.
[4] Kane, A Concise History, p. 186.
[5] Arthur J. Brown, The Why and How of Foreign Missions (New York: Missionary Education Movement, 1921), p. 127.

Capítulo 13

[1] Eddy, op. cit., p. 225.
[2] J. Lennox Kerr, Wilfred Grenfell: His Life and Work (New York:
Dodd, 1959), p. 85.
[3] Ibid, p. 95.
[4] Ibid., p. 181.
[5] Ibíd., p. 166.
[6] Ibíd., p. 165.
[7] Ibíd., p. 204.
[8] Ibíd., p. 166.
[9] Dorothy Clarke Wilson, Dr. Ida: The Story of Dr. Ida Scudder of
Vellore (New York: McGraw-Hill, 1959), p. 5.
[10] Ibíd., p. 22.
[11] Eddy, op. cit., p. 131.
[12] Wilson, op. cit., p. 273.
[13] Ibíd., p. 297.

[14] Ibíd., p. 321.
[15] Ibíd., p. 243.
[16] Clarence W. Hall, "Medicine Man on the Amazon", en Adventures for God (New York: Harper & Brothers, 1959), p. 183.
[17] William J. Peterson, Another Hand on Mine: The Story of Dr. Carl K. Becker of Africa Inland Mission (New York: McGraw-Hill, 1967), p. 40.
[18] Ibíd., p. 89.
[19] Ibíd., p. 127.
[20] Ibíd., p. 154.
[21] Ibíd., p. 227.
[22] Ibíd., p. 144.
[23] Ibíd., p. 127.
[24] Viggo Olsen, Daktar: Diplomat in Bangladesh (Chicago: Moody, 1973), p. 32.
[25] Ibíd.
[26] Ibíd., pp. 65-66.
[27] Ibid., pp. 67-69.
[28] Ibíd., p.' 89. " .
[29] Ibíd., pp: 79-80.
[30] Ibíd., p. 88.
[31] Ibíd, p. 350.
[32] Ibíd., p. 81.
[33] Ibíd, p. 162.
[34] Ibíd. p. 257.
[35] Ibíd., p. 12.

Capitulo 14

[1] Harold K. Moulton, "Translation Work", en Stephen Neill, et al., A Concise Dictionary of the Christian World Mission (New York: Abingdon, 1971), p. 604.
[2] Boletín de abril de 1982 de Wycliffe Bible Translators.
[3] James y Martí Hefley, Uncle Cam (Maco, Texas: Word, 1974), p. 26.
[4] Ibíd., p. 27.
[5] Jamie Buckingham, Into the Glory (Plainfield, Nueva Jersey: Logos, 1974), p. 21.
[6] Hefley, op. cit., p. 51.
[7] Ibíd., p. 200.
[8] Ibíd., p. 243.
[9] Ibid., p. 173.
[10] Clarence W. Hall, "Two Thousand Tongues to Go", en Adventures for God (New York: Harper & Brothers, 1959), pp. 119-120.
[11] Ibíd., p. 119.
[12] Hefley, op. cit., p. 96.
[13] Ibíd., p. 244.
[14] Ibíd., p. 259.
[15] Ibíd., p. 182.
[16] Boletín de abril de 1982 de Wycliffe Bible Translators.

[17] Ethel E. Wallis y Mary A. Bennett, Two Thousand Tongues to Go (New York: Harper & Brothers, 1959), p. 51.
[18] Eunice V. Pike, Ken Pike: Scholar and Christian (Dallas: Summer Institute of Linguistics, 1981), p. 48.
[19] Wallis y Bennett, op. cit., p. 108.
[20] Pike, op. cit., p. 131.
[21] Ibíd, p. 179.
[22] Ethel E. Wallis, The Dayuma Story: Life Under Auca Spears (New York: Harper & Row, 1960), 25.
[23] Hitt, op. cit., p. 120.
[24] Wallis, op. cit., p. 28.
[25] Ibíd., p. 29.
[26] Ibíd, p. 19.
[27] Ibíd., p. 92.
[28] J. H. Hunter, Beside All Waters: The Story of Seventy-Five Years of World-Wide Ministry, The Christian and Missionary Alliance (Harrisburg, Pensilvania: Christian Publications, 1965), p. 195.
[29] Russell T. Hitt, Cannibal Valley: The Heroic Struggle for Christ in Savage New Guinea (New York: Harper & Row, 1962), p. 87.
[30] Ibíd., p. 109.
[31] Ibíd, p. 111.
[32] Ibíd.
[33] Ibíd.
[34] Ibíd.
[35] Ibíd., p. 112.
[36] Shirley Horne, An Hour to the Stone Age (Chicago: Moody, 1973), p. 95.
[37] Hitt, op. cit., p. 119.

Capítulo 15

[1] Barry Siedell, Gospel Radio: A 20th Century Tool for a 20th Century Challenge (Lincoln, Nebraska: Good News Broadcasting, 1971), p. 132.
[2]lbíd., p. 134.
[3] Ibíd., p. 145.
[4] Lois Neely, Come Up to This Mountain: The Mimcle of Clarence W. Jones and HCJB (Wheaton: Tyndale, 1980), p. 53.
[5] Ibíd., p. 54.
[6] Ibíd., p. 56.
[7] Ibíd., p. 67.
[8] Ibíd., p. 73.
[9] Ibíd., p. 108.
[10] Ibíd., p. 111.
[11] Ibíd., p. 140.
[12] Gleason H. Ledyard, Sky Waves: The Incredible Far East Broadcasting Company Story (Chicago: Moody, 1968), p. 38.

[13]lbíd., p. 107.
[14] Paul E. Freed, Towers to Eternity (Nashville: Sceptre Books, 1979), p. 38.
[15] Ibíd., p. 58.
[16] Ibíd., pp. 63-64.
[17] Ibíd., p. 65.
[18] Ibíd., p. 69.
[19] Ibíd., p. 90.
[20] Ibíd., p. 169.
[21] Ibíd., p. 173.
[22] Norman B. Rohrer y Peter Deyneka, Jr., Peter Dynamite: The Story of Peter Deyneka — Missionary to the Russian World (Grand Rapids: Baker, 1975), p. 81.
[23] Phyllis Thompson, Faith By Hearing: The Story of Gospel Recordings (Hong Kong: Rainbow, 1960), p. 41.
[24] Ibíd., p. 45.
[25] Phyllis Thompson, Count It All Joy: The Story of Joy Ridderhof & Gospel Recordings (Wheaton: Shaw, 1978), pp. 143-144.

Capitulo 16

[1] Lee Roddy, On Wings of Love: Stories From Mission Aviation Fellowship (Nashville: Nelson, 1981), p. 17.
[2] Mary Wade, "On a Wing and a Prayer", The Saturday Evening Post (abril de 1980), p. 105.
[3] "Miss Betty Greene: First Lady of MAF", Christian Times (15 de enero de 1967), p. 3.,
[4] Hitt, op. cit., p. 99.
[5] Ibíd., p. 54.
[6] Ibíd., pp. 100, 107.
[7] Ibíd., p. 130.
[8] Ibíd., p. 133.
[9] Ibíd., p. 143.
[10] Ibíd., p. 144.
[11] Ibíd., p. 145.
[12] Ibid
[13] Ibíd., p. 203.
[14] Ibíd., p. 226.
[15] Ibíd., p. 206.
[16] Ibíd., pp. 226-227.
[17] Jamie Buckingham, Into the Glory: The Mimcle-Filled Story of the Jungle Aviation and Radio Service (Plainfield, Nueva jersey: Logos International, 1974), p. 37.
[18] Ibíd., pp. 152-153.
[19]lbíd., p. 153.
[20] Ibíd., p. 51.
[21] Craig Nimmo, "Seven Graves to Freedom", Power for Living (4 de mayo de 1980), p. 2.
[22] Ibíd., p. 3.
[23] Gleason H. Ledyard, And to the Eskimos (Chicago: Moody, 1958), p. 87.
[24] Ibíd., p. 91.

[25] Ibíd., p. 172.
[26] Ibíd., p. 162.
[27] Ibíd., p. 205.
[28] Ibíd., p. 237.
[29] George Kent, "Flying Doctor of the Congo", Presbyterian Life (9 de junio de 1956), p. 20.
[30] Ibíd., p. 21.
[31] Ibíd., p. 36.

Parte V

Introducción

[1] Ralph Winter, The Twenty-five Unbelievable Years, 1945-1969 (Pasadena: William Carey, 1970), p. 13.
[2] John R. W. Stott, "The Bible in World Evangelism", en Perspectives on the World Christian Movement (Pasadena: William Carey, 1981), p. 7.
[3] "Born Again", Newsweek (25 de octubre de 1976), pp. 6869.
[4] Robert Clouse, Pentecostal Churches", en The New International Dictionary of the Christian Church, ed. J. D. Douglas (Grand Rapids: Zondervan,1978), p. 764.
[5] Robert T. Coote, "The Uneven Growth of Conservative Evangelical Missions", International Bulletin of Missionary Research (julio de 1982), p. 118.
[6] J. Herbert Kane, "The Saints Keep Marching On", Wherever (otoño de 1979), p. 2.

Capitulo 17

[1] Hugh Steven, "Who was Chet Bitterman?" In Other Words (abril de 1981), p. *5*.
[2] Nelson, "El asunto más peligroso del mundo", en Happenings, *Vol. 2*, N° *4* (Springfield, MO: División de Misiones).
[3] Hefley, By Their Blood , op. cit., p. *46*.
[4] Leslie Lyall, A Passion for the Impossible: The China Inland Mission, *1865-1965* (Chicago: Moody, 1965), *pp.* 108-109.
[5] Mrs. Howard Taylor, The Triumph of john and Betty Stam (Philadelphia: China Inland Mission, 1960), pp. 51-52.
[6] Ibíd., pp. *54-55*.
[7] Ibíd., p. *92*.
[8] Ibíd., p. 102.
[9] Hefley, op. cit., *p. 66*.
[10] Lois Carlson, Monganga Paul: The Congo Ministry and Martyrdom *of* Paul Carlson, M.D. (New York: Harper & Row, 1966), p. *34*.
[11] IbId., p. *50*.
[12]lbíd., p. *53*.
[13] Homer E. Dowdy, Out *of* the jaws *of* the Lion: Christian Martyrdom in the Congo (New York: Harper & Row, 1965), pp. 186-187.
[14] Ibíd., p. 193.

[15] Juan 15:13.
[16] Hefley, op. cit., p. 126.
[17] Hefley, No Time, p. 87.
[18]1bfd., p. 91.
[19] Hefley, By Their Blood, pp. 95, 131.
[20] Betty Blair y Phil Landrum, "Chet Bitterman — Kidnappers' Choice", en In Other Words (abril de 1981), p. 2.
[21] Ibíd.
[22] Ibíd., p. 3.
[23] Molly Ekstrom, "Chet Bitterman: God's Special Envoy to Colombia", en In Other Words (verano de 1981), p. 19.
[24] Blair y Landrum, op. cit., p. 2.
[25] Jeanne Pugh, "Death of Bible Translators Sparks Expansion of Work", St. Petersburg Times (4 de abril de 1981).
[26] Harry Waterhouse, "We Gave Our Son to God", en In Other Words (abril de 1981), p. 4.

Capítulo 18

[1] Neill, op. cit., p. *329*.
[2] Ibíd., p. 330.
[3] "Obed Alvarez: Peruvian Mission Leader", Mission Frontiers (enero 1983), pp. *8-9*.
[4] Joseph Spinella, "Theology with a New Twist", Wherever (primavera de *1982),* p. 13.
[5] James y Marti Hefley, God's Tribesman: The Rochunga Pudaite Story (New York: Holman, 1974), *p. 51*.
[6] Ibíd., p. *52*.
[7] Ibíd., p. *96*.
[8]Ibíd., pp. 136-137.
[9] "The Revival That Was and Is: An Interview with Festo Kivengere", Christianity *Today (21* de mayo de 1976), *p.* 11.
[10] Ibíd.
[11] Ibíd.
[12] Ibíd., p. *12*.
[13] Ibíd.
[14] Ibíd.
[15] Ibíd., p. 11.
[16] Ibíd., p. 12.
[17] Festo Kivengere, I Love *Idi* Amin (Old Tappan, Nueva Jersey: Revell, 1977), p. *18*.
[18] Ibíd.
[19] Ibid., pp. 23-24.
[20] Ibíd., pp. 37-38.
[21] Ibíd., p. 44.
[22] Ibíd., p. 60.
[23] "Africa's Great Awakening: An Interview with Michael Cassidy", Eternity (junio de 1981), p. 23.
[24] Mili Bryan, "The Luis Palau Story", Evangelizing Today's Child (noviembre-diciembre de 1976), p. 11.

[25] Ibíd.
[26] Ibid., p. 12.
[27] Luis Palau y Jerry B. jenkins, The Luis Palau Story (O1d Tappan, Nueva Jersey: Revell, 1980), p. 77.
[28] Ibíd., p. 79.
[29] Ibid., p. 82.
[30] Ibíd., p. 85.
[31] Ibíd., p. 87.
[32] Ibíd., p. 88.
[33] Ibíd., p. 89.
[34] Ibid., p. 135.
[35] Ibíd., p. 151.
[36] Ibíd., p. 161.
[37] "An Interview with Dr. Philip Teng", Alliance Witness (7 de enero de 1981), pp. 19-20.
[38] Don Richardson, Eternity in Their Hearts (Ventura, California: Regal, 1981), p. 69.
[39] Ibíd., p. 68.
[40] Maynard Ketcham, Tigres que hablan (Charlotte, NC: PTL Cadena de Televisión, 1979), p. 103.
[41] "Célula de Interés de la Asociación Misionera Asiática de las Asambleas de Dios", en AGAMA News and Notes, enero-abril 1986, p. 12.

Capítulo 19

[1] W. Dayton Roberts, Revolution in Evangelism: The Story of Evangelism-in-Depth in Latin America (Chicago: Moody, 1976), p. 6.
[2] Ibíd., pp. 17-18.
[3] Ibíd., p. 18.
[4] Elisabeth Elliot, Who Shall Ascend: The Life of R. Kenneth Strachan of Costa Rica (New York: Harper & Row, 1968), p. 73.
[5] W. Dayton Roberts, Strachan of Costa Rica: Missionary Insights and Strategies (Grand Rapids: Eerdmans, 1971), p. 63.
[6] Ibíd., p. 108.
[7] Ibíd., p. 68.
[8] Ibíd., pp. 129-130.
[9] Ibíd., p. 83.
[10] Ibíd., p. 95.
[11] Ibíd., p. 96.
[12] Ibíd.
[13] Roberts, Revolution in Evangelism,, p. 60.
[14] Ibíd., p. 60, 64.
[15] Charles Troutman, Everything You Want to Know About the Mission Field, but are Afraid You Won't Learn until You Get There (Downers Grove, Illinois: Inter-Varsity, 1976), p. 26.
[16] Marilee Pierce Dunker, Man of Vision, Woman of Prayer (Nashville: Nelson, 1980), pp. 29-35.
[17] Ibíd., pp. 34-35.
[18] Ibíd., pp. 87-88.

[19]1bíd., pp. 106-107.
[20] Richard C. Halverson, "A History of Service", World Vision (diciembre de 1975), p. 7.
[21] Arthur Glasser, "Introducing Donald McGavran", HIS (diciembre de 1973), p. 19.
[22] A. R. Tippet, ed. God, Man, and Church Growth (Grand Rapids: Eerdmans, 1973), p. ix.
[23] Ibíd., p. 18.
[24] Ibid.
[25] C. Peter Wagner, "Concepts of Evangelism Have Changed Over the Years", Evangelical Missions Quarterly (enero de 1974), p. 43.
[26] Ibíd., p. 44.
[27] Donald A. McGavran, "The Bridge of God", en Perspectives, 282.
[28] Ibid., pp. 288-289.
[29] C. Peter Wagner, Our Kind of People: The Ethical Dimensions of Church Growth in America (Atlanta: Knox,1979), pp. 21, 100.
[30] Ibid., pp. 100-101.
[31] Ibíd., p. 23.
[32] Tippet, op. cit., p. 35.
[33] Glasser, op. cit., p. 18.
[34] Gordon Aeschliman, "United States Center for World Mission", World Christian (marzo-abril de 1983), p. 20.
[35] John Maust, "Ralph Winter's Mission Center Forges Ahead; Money Still Tight", Christianity Today (21 de enero de 1983), p. 34.
[36] David Bryant, "Concepts of Prayer: Waking Up for a New Missions Thrust", Mission Frontiers (marzo-abril de 1983), p. 8.
[37] Doris Haley, "Ralph and Roberta Winter: A Wartime Life-Style", Family Life Today (marzo de 1983), p. 31.
[38] Don Richardson, Peace Child (Glendale, California: Regal, 1974), p. 96.
[39] Ibid., p. 172.
[40] Ibid.
[41] "How to Reach the Hidden People: An Interview with Don Richardson by Robert Walker", Christian Life (julio de 1981), p. 52.
[42] Richardson, op. cit., p. 191.
[43] Ibid., p. 206.
[44] Ibid., pp. 277, 283.
[45] Don Richardson, "Concept Fulfillment", en Perspectives, pp. 419-420.